

Alberto Tena Camporesi, Jaime Rodríguez, Andrés Arango  
editores académicos

Colección  
Ciencias Sociales  
y Humanidades

# METODOLOGÍAS Y PRÁCTICAS

para la    

# HISTORIA intelectual



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA  
NACIONAL  
*Educadora de educadores*



UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA  
Facultad de Comunicaciones y Filología



UNIVERSIDAD  
DEL NORTE



Colección Ciencias Sociales y Humanidades

**Catalogación en la fuente - Biblioteca Central de la Universidad Pedagógica Nacional**

Metodologías y prácticas para la historia intelectual / Alberto Tena, Jaime Rodríguez, Andrés Arango (editores). – Bogotá, Medellín y Barranquilla, Colombia: Universidad Pedagógica Nacional; Universidad de Antioquia; Editorial Universidad del Norte, 2024.

539 páginas: ilustraciones, cuadros; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas (páginas 499-539)

ISBN (impreso): 978-628-7760-17-2

ISBN (PDF): 978-628-7760-18-9

ISBN (ePub): 978-628-7760-19-6

1. Historia. 2. Metodología. 3. Historia intelectual. I. Tena, Alberto, editor. II. Rodríguez, Jaime, editor. III. Arango, Andrés, editor. IV. Tít.

(909 M593) (CO-BrUNB)

# Metodologías y prácticas para la historia intelectual

**ALBERTO TENA CAMPORESI, JAIME RODRÍGUEZ, ANDRÉS ARANGO**  
EDITORES



UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA

Facultad de Comunicaciones y Filología



UNIVERSIDAD  
DEL NORTE

# Metodologías y prácticas para la historia intelectual

Alberto Tena Camporesi, Jaime Rodríguez y Andrés Arango  
Editores

© Universidad Pedagógica Nacional

© Universidad de Antioquia

© Universidad del Norte

ISBN (impreso): 978-628-7760-17-2

ISBN (PDF): 978-628-7760-18-9

ISBN (ePub): 978-628-7760-19-6

---

## Universidad Pedagógica Nacional

*Vigilada Mineducación*  
<https://editorial.upn.edu.co/>  
Calle 72 n° 12-77, tercer piso  
Bogotá (Colombia)

### Rector

Helberth Choachí González

### Vicerrectora de Gestión

#### Universitaria

Paola Acosta Sierra

### Vicerrector Académico

Víctor Espinosa Galán

### Vicerrectora Administrativa

#### y Financiera

Yaneth Romero Coca

### Coordinación

Lucía Bernal Cerquera

### Edición

María Alejandra Uribe Cadena

### Diseño de cubierta

Fredy Espitia Ballesteros

## Universidad de Antioquia

*Vigilada Mineducación*  
[foco@udea.edu.co](mailto:foco@udea.edu.co)  
Calle 67 n° 53-108, oficina 12-406  
Medellín (Colombia)

### Dirección editorial

Diana Guzmán

### Comité editorial

Juliana Restrepo Santamaría

Diana Ramírez Hoyos

Paula Andrea Marín Colorado

### Asistente editorial

Daniel Alejandro Cardona

Henao

### Corrección de estilo

Juan Felipe Varela García

### Diseño y diagramación

Yon Leider Restrepo

## Universidad del Norte

*Vigilada Mineducación*  
[www.uninorte.edu.co](http://www.uninorte.edu.co)  
Km 5, vía a Puerto Colombia  
Barranquilla (Colombia)

### Coordinación editorial

Fabián Buelvas

### Asistencia editorial

Daniela Torres Pérez

### Diseñador editorial

Munir Kharfan de los Reyes

### Diseño y diagramación

Luz Miriam Giraldo Mejía

---

Impreso y hecho en Colombia

Imageprinting Ltda.

Carrera 27 n° 76-38 (Bogotá)

*Printed and made in Colombia*

---

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.

# Tabla de contenido

<b>Prólogo</b>	11
----------------	----

Elías J. Palti

<b>Introducción</b>	17
---------------------	----

Alberto Tena Camporesi, Jaime Rodríguez y Andrés Arango

## **PRIMERA PARTE**

### **ESCUELAS, CORRIENTES, PERSPECTIVAS DISCIPLINARES Y ENFOQUES REGIONALES**

<b>La historia intelectual en América Latina</b>	25
--	----

Mariana Canavese

<b>La inteligencia francesa. Historia de los intelectuales, historia intelectual</b>	41
--	----

Carlos Alberto Ríos Gordillo

<b>La escuela de Cambridge</b>	65
--------------------------------	----

Francisco Quijano Velasco

<b>Historia conceptual alemana (<i>Begriffsgeschichte</i>)</b>	83
--	----

Óscar Javier Linares Londoño

<b>Iberconceptos</b>	109
----------------------	-----

Gabriel David Samacá Alonso

<b>Sociología de los intelectuales</b>	133
--	-----

Sylvia Sosa Fuentes

<b>La sociología de la filosofía</b>	151
--------------------------------------	-----

Francisco Vázquez García

**SEGUNDA PARTE**  
**CATEGORÍAS, HERRAMIENTAS, OBJETOS**

<b>Biografía intelectual</b>	<b>171</b>
Gildardo Castaño Duque	
<b>Epistolarios</b>	<b>187</b>
Diego Alejandro Zuluaga Quintero	
<b>Escuela intelectual</b>	<b>199</b>
José Luis Moreno Pestaña	
<b>Generación</b>	<b>209</b>
Jorge Costa Delgado	
<b>Intelectual</b>	<b>223</b>
Marcos Reguera Mateo	
<b>Intenciones</b>	<b>237</b>
Alberto Tena Camporesi	
<b>Metáfora/Metaforología</b>	<b>253</b>
Pedro García-Durán	
<b>Modernidad</b>	<b>265</b>
Andrés Arango	
<b>Palabra/Concepto</b>	<b>281</b>
Óscar Javier Linares Londoño	
<b>Redes intelectuales</b>	<b>295</b>
Sylvia Sosa Fuentes	
<b>Revistas</b>	<b>309</b>
Aimer Granados	
<b>Semasiología/Onomasiología</b>	<b>319</b>
Óscar Javier Linares Londoño	
<b>Soportes y materialidades</b>	<b>333</b>
Kenya Bello	

**TERCERA PARTE**  
**EXPERIENCIAS E INVESTIGACIÓN INTERDISCIPLINAR**

<b>Cómo construir un campo intelectual. Esbozo metodológico</b>	<b>345</b>
Alejandro Estrella González	
<b>La experiencia interdisciplinar. Notas para una historia intelectual de Juan Rulfo y su ficción literaria</b>	<b>369</b>
Diana Hernández Castillo	
<b>Una mirada desde la literatura y la historia de conceptos: semántica y temporalidad en los tres momentos conceptuales de ser americano en los Estados Unidos de América</b>	<b>385</b>
Gloria Hernández Avalos	
<b>Burdeles, clínicas y juzgados. Puentes entre el análisis literario y la historia de conceptos</b>	<b>403</b>
Omar Delgado	
<b>El problema de la nación: aproximación a una ruta metodológica</b>	<b>421</b>
Jaime Alberto Rodríguez	
<b>Ahí donde habita la palabra. La entrevista y la experiencia del pasado-presente</b>	<b>437</b>
Carlos Alberto Ríos Gordillo	
<b>En torno a lo político y la identidad: una trayectoria para dar sentido al orden y al desorden, al pasado y al futuro</b>	<b>461</b>
Pablo Sánchez León	
<b>Epílogo</b>	<b>481</b>
Alejandro Araujo, Aimer Granados y Alejandro Estrella	
<b>Autores</b>	<b>489</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>499</b>





# Agradecimientos

Este libro habría sido imposible sin el invaluable apoyo y colaboración de muchas personas que creyeron en este proyecto y contribuyeron con su conocimiento y entusiasmo. En primer lugar, queremos expresar nuestro más profundo agradecimiento al Seminario de Metodología para la Historia Intelectual y la Filosofía de la UAM Cuajimalpa, así como a todos sus miembros. La mayor parte de este libro sigue las intuiciones que desarrollamos colectivamente durante el constante trabajo en dicho seminario. Hacemos un reconocimiento especial a los doctores Alejandro Estrella, Aimer Granados y Alejandro Araujo por su trabajo, pasión y dedicación, los cuales desempeñaron un papel crucial en las distintas etapas de este proyecto. Sin su valiosa contribución, este libro no habría tomado la forma que tiene hoy. Al Dr. Mario Barbosa, por su generosidad a la hora de facilitar las relaciones entre el entonces proyecto y la Universidad. Igualmente, queremos mencionar aquí al Dr. Francisco Quijano Velasco, quien fue el primero en concebir la idea de que un proyecto de este tipo era necesario y tuvo la generosidad de compartirla con nosotros. También va nuestra inmensa gratitud para el Dr. Óscar Javier Linares Londoño, quien no solo contribuyó como autor de varias entradas, sino que también se destacó como incansable comentarista y revisor del trabajo editorial; su apoyo moral y confianza en este proyecto han sido un pilar fundamental durante todo el proceso. Agradecemos también al Dr. Gabriel David Samacá Alonso, comprometido de manera desinteresada con el proyecto. A nuestras editoras y editores, Lucía Bernal Cerquera (Universidad Pedagógica Nacional), Adriana Maestre Díaz (Universidad del Norte), Andrés Vergara Aguirre, Juan Fernando Taborda y Diana Paola Guzmán (Universidad de Antioquia). Asimismo, dejamos constancia de nuestro enorme agradecimiento al programa de becas doctorales del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) de México. Sin el apoyo económico que dicho programa proporciona, habría sido imposible llevar a cabo el extenso trabajo que implica un libro de estas características. Finalmente, les damos las gracias a todos los autores de este libro colectivo (mención especial merece el Dr. Elías José Palti, quien generosamente accedió a leer y prologar el presente volumen). Juntos hemos dado vida a esta obra, la cual esperamos que sirva como testimonio de nuestro compromiso con el avance del campo de la historia intelectual.

LOS EDITORES



# Prólogo

## Entre las teorías y las prácticas: el problema de sus interacciones

**E**l presente volumen es el resultado de un largo proceso de elaboración, que incluyó a gran cantidad de participantes, especializados en diferentes disciplinas, en distintos estadios de su carrera profesional y provenientes de diferentes países y regiones. El mismo surgió a partir de una iniciativa del Seminario de Metodologías para la Historia Intelectual y la Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana Cuajimalpa y se extendió entre los años 2018 y 2022. El producto es un muy nutrido haz de perspectivas y aproximaciones ordenadas en torno de tres ejes.

La primera parte, titulada “Escuelas, corrientes, perspectivas disciplinares y enfoques regionales” comienza con una presentación del panorama actual de la historia intelectual en América Latina, para luego repasar los postulados de las distintas escuelas que se pueden identificar en este campo de estudios: las escuelas de Cambridge, la historia conceptual alemana o *Begriffsgeschichte* y la historia intelectual francesa. Esta sección se completa con un estudio del proyecto *Iberconceptos*, coordinado por Javier Fernández Sebastián, el cual es el mayor emprendimiento realizado en la región, y dos textos que retoman aportes teóricos a la historia intelectual provenientes del campo de la sociología.

En la segunda parte, titulada “Categorías, herramientas, objetos”, se analizan y discuten algunas de las categorías que se manejan en la disciplina relativas a tipos de fuentes a utilizar (epistolarios, revistas), objetos de análisis (intelectual, escuela intelectual, generación, intenciones, modernidad, redes intelectuales) y enfoques o modos de aproximación a dichos objetos (biografía intelectual, metáfora/metaforología, palabra/concepto, semasiología/onomasiología).

La tercera parte, titulada “Experiencias e investigación interdisciplinar”, contiene una serie de ensayos de aplicación al estudio de casos particulares de las metodologías antes analizadas. Allí podemos encontrar elaboraciones muy variadas. Algunas de ellas abordan el análisis de obras literarias en conexión con la trayectoria de sus autores (Juan Rulfo) y como fuente para abordar los modos cambiantes en que se comprendieron ciertos conceptos no tradicionales



en el área, como la figura de la trabajadora sexual (tomando aquí por caso la novela *Santa* de Federico Gamboa). Otros textos de esta sección se enfocan en el tratamiento histórico de conceptos relativos a los modos de articulación de las identidades subjetivas (el “ser americano”) y de algunas de las categorías centrales del pensamiento político y social moderno (nación, lo político). Finalmente podemos encontrar indicaciones acerca del posible uso de ciertas herramientas metodológicas, como la entrevista y las fuentes orales.

Este conjunto de trabajos de tan diversa naturaleza provee un nutrido material, no solo para comprender la variedad de matices y pluralidad de enfoques que habitan ese territorio vagamente delimitado que comprende la historia intelectual, en el que se cruzan y convergen diversidad de disciplinas académicas. Esta pluralidad de aristas que aquí se nos revela nos plantea, a su vez, una problemática más fundamental: cómo darle sentido a las mismas, cómo comprender los modos en que las mismas se articulan entre sí. Y aquí es donde podemos observar algunos de los desafíos a los que hoy se confronta esta disciplina.

Cabe señalar, en primer lugar, que las teorías que permanecen como los referentes fundamentales en el área no son, en realidad, recientes. Su elaboración data de las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado. Este periodo marcó un momento particularmente productivo en el desarrollo de nuevas perspectivas teóricas y metodológicas que hicieron de esta disciplina una de las más dinámicas en el área de las humanidades. Mark Bevir la llama la “edad de oro de la interrogación metodológica”.<sup>1</sup> Según señala, la misma se cierra en los años noventa. En efecto, no podemos hallar en los años siguientes un esfuerzo teórico comparable al entonces producido.

Según afirman Darrin McMahon y Samuel Moyn, “la elevación de su estrella habría acompañado la declinación en lo que hace a la autorreflexión”.<sup>2</sup> La proliferación de perspectivas y metodologías habría dado lugar a una actitud ecléctica, hoy predominante entre los investigadores, la cual celebra la coexistencia de aproximaciones diversas y aun mutuamente contradictorias, siendo que todas aparecen como igualmente legítimas. El eclecticismo se convirtió entonces en la “filosofía espontánea” de este campo de estudios y esto llevó a que los esfuerzos de reflexión crítica declinasen. De esta perspectiva, no se podría

---

1 Mark Bevir, “Five Questions to Mark Bevir”. En *Intellectual History, 5 Questions*, ed. de Morten Haugaard Jeppesen, Frederik Stjernfelt y Mikkel Thorup (Copenhague: Automatic Press, 2013), 30.

2 Darrin M. McMahon y Samuel Moyn, “Introduction: Interim Intellectual History”. En *Rethinking Modern European Intellectual History* (Oxford: Oxford University Press, 2014), 3.

ir mucho más allá de la mera descripción de las distintas corrientes y tipos de aproximación presentes. El intento de debatir en torno a los modos de articulación del campo en tanto que tal, de un modo que exceda la pura descripción, de hallar pautas que nos permitan descubrir las claves que estructuran hoy dicho campo y le confieren su configuración particular, la cual no se agota en la pura superposición de tendencias y enfoques, aparecerá como trasluciendo una epistemología autoritaria. En fin, este se verá descalificado como una suerte de regreso a los hoy denostados *grands récits*.

Sin embargo, esta actitud ecléctica, reactiva hacia el debate teórico, trajo consecuencias negativas para los estudios en el campo. Para McMahon y Moyn, la misma generó un clima conformista esterilizante de la producción intelectual:

Uno de los problemas de la historia intelectual en la actualidad es que ya no peleamos entre nosotros, especialmente sobre los métodos de investigación; se considera que esto es un problema porque el debate sobre el método llevó a la escritura de algunas de las mejores obras de la historia intelectual en las décadas de 1960 y 1970. Si dejamos de debatir entre nosotros nos volvemos complacientes y dejamos de producir obras de distinción.<sup>3</sup>

Según afirma este autor, Lovejoy, el fundador de la “vieja” escuela de historia de ideas en Estados Unidos, fue, en realidad, mucho más sensible que los actuales historiadores intelectuales a las estrechas conexiones que se establecen entre las distintas áreas en que se despliega el pensamiento de una época (las artes, las ciencias, la metafísica, etc.). Si no tomamos en cuenta las interrelaciones que en cada caso se establecen entre ellas, resultaría imposible reconstruir estos complejos entramados por los que se constituye un determinado contexto discursivo.

Estos contextos discursivos nunca conforman entidades homogéneas, pero tampoco se articulan a partir de la mera superposición y adición de tendencias o corrientes. De hecho, tales tendencias o corrientes no existen de manera aislada entre sí puesto que ellas mismas solo se constituyen como tales en el

---

3 Richard Whatmore, “The Identity of Intellectual History”. En *What is Intellectual History?*, ed. de Richard Whatmore (Cambridge: Polity Press, 2015), 9. “Ahora la historia intelectual está en ascenso en la profesión, y una especie de admiración mutua, casi hasta el punto de la complacencia, florece donde alguna vez hubo amargas polémicas. ‘No hay rey en Israel, y cada hombre [hace] lo que bien le parece’, es el eslogan del libro de Jueces (21:25) que Peter Novick usó una vez para describir la práctica historiográfica actual. Solo que ahora también se han ido las esperanzas de un régimen común. Cada uno cultiva su jardín privado como si escribir historia fuera una tarea en gran parte personal” (McMahon y Moyn, “Introduction”. En *Rethinking Modern European Intellectual History*, 4).

curso de sus interacciones recíprocas, no les preexisten a ellas. Esto nos plantea la necesidad de pensar el tipo de relaciones que se establecen entre los distintos registros, y que define la dinámica particular que determina un cierto campo discursivo en un periodo dado. Y, en fin, cómo este se va reconfigurando el mismo en los diversos momentos y contextos. Como señalara Carl Schorske en el texto citado por Carlos Alberto Ríos Gordillo en su colaboración al presente volumen, se trata de comprender los sistemas de relaciones, tanto diacrónicas como sincrónicas, en función de los cuales se configura aquel terreno dentro del cual el discurso de una época habrá de desplegarse:

El historiador [...] pretende ubicar e interpretar temporalmente el producto cultural en un campo en el que se produce la intersección de dos rectas. Una es vertical o diacrónica, y con ella se establece la relación de un texto o un sistema de pensamiento con expresiones anteriores de la misma rama de la actividad cultural [...]. La otra es horizontal o sincrónica, y permite analizar la relación del objeto intelectual estudiado con lo que surge en otras ramas y otros aspectos de la cultura en la misma época.<sup>4</sup>

Este esfuerzo de articulación teórica, lejos de ignorar las contradicciones que lo habitan, permite detectarlas. El eclecticismo, el amor posmoderno por el pluralismo, que propugna la posible convivencia armónica de todas las distintas perspectivas imaginables lleva, en cambio, a perder de vista tales contradicciones o a desconocerlas como tales. Aun así, tampoco estas perspectivas eclécticas pueden evitar intentar dar un sentido a esa constelación intelectual. Llegado a este punto, el único recurso que, a falta de una mayor reflexión teórica, encuentra disponible consiste en apelar a los marcos binarios tradicionales de la historia de ideas (individualismo/organicismo, racionalismo/espiritualismo, iluminismo/historicismo, etc.), con las consecuentes ahistóricas y teleológicas implícitas en ellas. En estos marcos, tales antinomias aparecen como suertes de substancias eternas que atraviesan por igual toda la historia intelectual. Toda forma de pensamiento imaginable, pasada, presente o futura caerá, de manera necesaria, dentro de uno u otro polo de la antinomia en cada caso en cuestión. De este modo, el terreno en que se despliegan las diversas corrientes y tipos de discursos, aparece como una superficie homogénea que traza una línea de continuidad esencial, sin fisuras, en el plano diacrónico. El pluralismo sincrónico se termina así disolviendo en una unidad indiferenciada en el plano diacrónico, que es lo que resulta, en última instancia, en narrativas meramente descriptivas de los desplazamientos operados en la superficie de aquel terreno ordenado en función de tales coordenadas binarias.

---

4 Carl Schorske, *La Viena de fin de siglo: política y cultura* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2011), 19.

En última instancia, adoptado como marco para abordar el estado de la disciplina, esto es, como su propio metadiscurso fundamental, el eclecticismo es vacuo. Con decir que la historia intelectual es actualmente diversa, y que debe serlo, en realidad no decimos nada. Ciertamente, la escritura actual de la historia intelectual es plural, diversa. En el campo coexisten muchos tipos de enfoques y perspectivas diferentes, incluso opuestas. Ahora, lo mismo podría haberse dicho hace cincuenta años y, probablemente, también podrá decirse dentro de cincuenta años. De hecho, la escritura de la historia siempre ha sido y será inevitablemente plural y diversa.

La cuestión en juego es que siempre ha sido, y será, *diferentemente* diversa. La diversidad de hoy es diferente de la diversidad de ayer y de la diversidad de mañana. Lo que importa es comprender *cómo divergen* estas diferentes diversidades, qué características, tendencias, patrones, podemos encontrar que nos permitan discernir cada una de estas diversas formas de diversidad y, por lo tanto, comprender las transformaciones epistémicas más amplias que ha experimentado el campo en el ínterin. El verdadero desafío, en fin, es cómo entender tales modos de estructuración del campo sin anular, en el proceso, esa diversidad a nivel de sus contenidos, sino dándole sentido a la misma. Esto es, comprender sus mismas condiciones de posibilidad, cómo se articula el campo en donde esas distintas alternativas, esos distintos recorridos intelectuales, se volvieron posibles, incluidas las propias contradicciones que podemos hallar entre ellos.

La segunda de las problemáticas a la que nos abre el presente volumen es cómo, a su vez, hacer operativos tales marcos conceptuales en el terreno de la investigación empírica. En este punto no hay recetas preestablecidas y resulta necesario adecuar los marcos teóricos a lo que se busca comprender en cada caso. Pero, precisamente por ello, tampoco todos los diversos tipos de enfoques resultan igualmente productivos. Ciertamente, determinar cuáles resultan más productivos y cuáles no, no se puede establecer en abstracto, según reglas genéricas, pero ello no nos puede llevar llanamente a suspender todo juicio. Y esto nos conduce a la cuestión del normativismo.

Los historiadores intelectuales hemos desarrollado una profunda desconianza hacia aquellos enfoques normativos usuales en las otras disciplinas con las cuales la nuestra linda, como la historia de la filosofía o las ciencias sociales. Sin embargo, la renuncia a toda forma de normativismo resulta, en realidad, esterilizante, se termina resolviendo en ese canto vacío e inconducente a la diversidad antes señalado. Aquí cabría distinguir, pues, dos tipos muy distintos de normativismo, correspondientes respectivamente a dos niveles diversos de discurso, el del discurso objeto y el del metadiscurso. La renuncia al normativismo en el primero de estos planos no supondría la eliminación de toda forma de normativismo, sino su traslado a un nivel más abstracto, al del metadiscurso.



Esto es, no se trataría ya de imponer qué debieron decir los autores analizados, cuál es el verdadero sentido de los conceptos como democracia, libertad, justicia, etc., a los que éstos debieron haber adoptado, como suelen proponer los estudios tradicionales en las disciplinas antes mencionadas (la historia de la filosofía y la teoría política). Pero esto no obsta el proponer y debatir acerca de las normas más adecuadas para el estudio de los mismos desde una perspectiva propiamente histórica, esto es, cómo es posible entender mejor *qué es lo que los autores en cuestión pensaban*, cómo ellos concebían las ideas de democracia, justicia, libertad, etc., sin prejuzgar acerca de la validez o no de sus visiones al respecto (lo que supone, de manera inevitable, una cierta teleología histórica). La primera forma de normativismo, la relativa al discurso-objeto, resulta esterilizante, conduce a narrativas de marcado carácter teleológico que reducen toda la historia intelectual a una suerte de alumbramiento progresivo de esa “verdadera” definición de los conceptos en cuestión que el historiador conoce, o cree conocer. La segunda forma de normativismo, en cambio, constituye la premisa sobre la que se funda la empresa misma histórico-intelectual.

En suma, en lo que sigue el lector hallará un material sumamente rico e interesante destinado a reabrir el debate acerca de las metodologías y las prácticas en el campo de la historia intelectual, así como sus posibles vínculos. Se trata de un debate imprescindible si queremos revitalizar la disciplina. En definitiva, el objeto aquí implícito, según lo entiendo, es recobrar ese tipo de *pendant* entre elaboración teórica e investigación histórica que hizo de esta un área de estudios, fuente de recursos y herramientas metodológicas fundamentales, cuyo impacto se hizo sentir incluso más allá de los límites de la disciplina histórica. Por el contrario, la renuncia a ello, que resulta del eclecticismo teórico hoy reinante, lleva, de manera necesaria, al estancamiento y al conformismo, esto es, a la mera reproducción de los saberes establecidos en el campo. En conclusión, solo la reflexión teórica puede permitir la formulación de nuevos interrogantes y aproximarnos a nuestro objeto de modos renovados. Inversamente, solo la investigación histórica puede servir de plataforma para poner a prueba la validez de dichos marcos teóricos y, eventualmente, obligarnos a revisarlos.

ELÍAS J. PALTÍ  
UBA/UNQ/CONICET

# Introducción

*Para quien anda a tientas, y no sabe,  
la noche abierta es un peligro hermoso.*

ÁNGEL GONZÁLEZ

## De la necesidad de aprender al compromiso por enseñar

**L**a historia intelectual es un campo cada vez más activo en muchas universidades del mundo. En parte, probablemente, por esa especial cualidad autorreflexiva que —pronto verá el lector— estamos explotando en esta obra y que la mantiene en constante revisión y actualización. Pero también por ese potencial intrínseco de conectarse y servir a disciplinas *a priori* muy diferentes. Estas dos características han ido generando una situación algo paradójica cuando se busca dar una definición. Aunque la historia intelectual es cada vez más reconocible por el tipo de prácticas y preguntas que es capaz de formular, también genera cada vez más dificultad la presentación de una acepción precisa que no cubra solo parcialmente sus intereses.

Quizás por eso únicamente sea aceptable apelar a cierta generalidad sobre el estudio del pensamiento y sus condiciones históricas de producción, circulación y recepción. De forma un poco más literaria, podríamos decir que los practicantes de historia intelectual buscan restaurar mundos perdidos, recuperar ideas y perspectivas de las ruinas, y quizás intentar explicar por qué algunas de ellas fueron capaces de convencer y resonar en sus contemporáneos o por qué todavía pueden hacerlo hoy. En esta búsqueda se ven obligados a interrogarse sobre todas las dimensiones del pensamiento, desde la naturaleza del lenguaje que lo soporta, hasta su mundo físico y social, y cómo se relacionan estos entre sí y con nosotros.

No obstante —y aunque parezca sorprendente—, no es extraño que los investigadores suelen evitar la discusión estrictamente metodológica. Nosotros, en cambio, creemos que esta puede ayudar precisamente a desarrollar ese

necesario oído polifónico, imprescindible para captar la posibilidad de preguntas distintas o ángulos muertos de cada preconcepción. Asimilar las diferentes formas de proceder metodológico, y los supuestos sobre los que se sostienen, abre la posibilidad constante de cuestionar nuestras propias presuposiciones epistemológicas. Esta concepción de la historia intelectual que acabamos de esbozar constituye el sustrato de la presente obra.

La reflexión antecedente y el libro que el lector tiene entre manos son, ante todo, fruto del intenso proceso de aprendizaje que implicó asistir al Seminario de Metodologías para la Historia Intelectual y la Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana Cuajimalpa, dentro del programa de doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades entre los años 2018 y 2022. La idea de este libro se discutió en su interior y la mayoría de las ideas, propuestas y enfoques generales que aquí presentamos son parte de ese largo proceso de conversación que permitió compartir experiencias a personas provenientes de distintas disciplinas dentro del ancho campo de las ciencias sociales y humanidades, pero que encontraron ahí las fibras para tejer un lenguaje común. Este no es un simple agradecimiento o mención honorífica, sino que es el reconocimiento de un factor sustancial para la comprensión de las intenciones y el marco general de esta publicación.

Al momento de comenzar este proyecto, hace más de dos años, todas estas intenciones todavía eran, en realidad, apenas intuiciones generales. Ha sido en el propio proceso de conversación con los diferentes autores donde se han ido incorporando ideas y propuestas que han permitido, no solo descartar e introducir entradas que no estaban en el proyecto original, sino detectar también necesidades y deseos que circulando permitieron generar un marco común, sin perder por el camino la singularidad de cada escrito. Como es natural en un proyecto que involucra a tantas personas, esto ha implicado lidiar con resistencias y entusiasmos de diferentes grados, pero al volver la mirada atrás estamos convencidos también de que hemos ido creando un espacio que no se podía dar por sentado.

En este largo diálogo que implica coordinar y editar un libro colectivo, nos hemos afectado de las propuestas de cada una de las personas que aquí han participado, pero hemos ejercido también, y de forma constante, la responsabilidad editorial de quienes tienen una visión de conjunto de la obra y una intención explícita. Es este lugar privilegiado el que nos ha otorgado la posibilidad de ir comentando y dirigiendo los textos en las sucesivas versiones a las que íbamos teniendo acceso en pos de este objetivo. Pero ha sido precisamente este diálogo constante y bidireccional con todos los autores lo que, creemos, nos permite decir ahora que hemos conseguido: no solo un compendio de artículos indivi-

duales sobre un mismo tema, sino una obra conjunta, coherente y sistemática en la manera de tratar los temas.

Dado que los tres editores participamos en el Seminario —en ese entonces, como estudiantes de doctorado—, el resultado ha sido un libro coordinado, editado y organizado a partir de las preguntas genuinas de quienes, desde el lugar del aprendiz, buscaban captar las prácticas y lenguajes de un campo de investigación al que todavía se asomaban con curiosidad. Esta mirada, propia de quienes todavía están dentro y fuera, involucrados en esa larga ceremonia de iniciación que es un posgrado universitario, es la que ha marcado el largo desarrollo de su publicación y, finalmente, también el ideal de lector que se tuvo en mente. Esto condujo a recopilar y organizar textos tanto de experimentados doctores, como de investigadores que apenas estaban ensayando su relación con este terreno, escritos además desde diferentes universidades del mundo de habla hispana, por lo que la totalidad del proyecto se fue alimentando de lo que los autores nos iban transmitiendo, al mismo tiempo que cada texto se iba amoldando a nuestra intención original. Como consecuencia de este proceso se generó una dinámica que juzgamos muy productiva, gracias a la cual, sin duda, al menos nosotros, salimos fortalecidos en cuanto a experiencia y aprendizaje. Ahora queremos compartir este beneficio.

La búsqueda de métodos, en el sentido de encontrar bases y reglas sólidas en torno a las que proceder, también hace parte de esa tendencia, muy humana, a garantizar ciertas seguridades y certezas. En este proceso aprendimos que la palabra “metodología” es, no pocas veces, la etiqueta que identifica no solo las formas de trabajo cotidiano de los investigadores, sino cosmovisiones enteras desde las que se mira y construye el mundo, se marcan pautas sobre cómo relacionarnos con este, se debaten sus normas y digresiones y, sobre todo, se crea comunidad en torno a las discusiones que genera.

Admitamos que siempre hay momentos en los que nos encantaría tener esa lista de pasos estrictamente definidos que nos hagan evitar cualquier error, eludir los callejones sin salida y poder confiar en algo más que nosotros mismos y nuestro comprobadamente falible instinto. En este sentido, la claridad metodológica se vislumbra en el horizonte del investigador como la posibilidad de asegurarnos unos buenos resultados y evitar sesgos y distorsiones, teniendo siempre un sendero seguro al que volver.

Por estas razones, la presente obra pretende mostrar una gran variedad de enfoques y teorías posibles y sus puntos ciegos y luminosos. Aprovechar la gran oportunidad que implica invocar la capacidad autorreflexiva que todo autor atesora cuando se detiene a pensar sobre su propio trabajo o sobre los hombros de qué gigantes está parado, ha permitido tanto mapear “escuelas” o



“corrientes” como brindar herramientas o mostrar algunas aplicaciones posibles. Pero este libro —lo verá cualquiera que sepa leer entre líneas— no deja de ser en sí mismo una propuesta concreta para trabajar la historia intelectual a través de ese eclecticismo metodológico que caracteriza la investigación en ciencias sociales y humanidades.

El presente volumen también es metodológico en el sentido de que hemos querido huir tanto de textos centrados en exponer resultados de investigación —género predilecto del académico sometido a la cultura del *publish or perish* y al fantasma de la *aportación original*—, así como de textos que discutan sobre teoría sin conectarse con la práctica investigadora cotidiana, adictos a la búsqueda incesante de incoherencias y aporías lógicas *ex ante*. Hemos querido así, momentáneamente, dejar fuera al lector ideal personificado en el editor de revista indexada o en el especialista de congreso, para volver a empatizar con la mirada del aprendiz manufacturero que mira, curioso y tentativo, una profesión que quiere ejercer. Así, en el avanzar de la lectura, van a poder percibir, en realidad, una mirada situada en el presente, una instantánea de lo que se está haciendo desde la historia intelectual, y en lo profundo, una oportunidad para reflexionar sobre las formas de problematizar la realidad en la diversidad de este campo. Ahora bien, no se trata de marginar a este segundo tipo de lector: seguir métodos y teorías pulidas y contrastadas es fundamental para conseguir esto. Pero el hecho de que esta obra sea una obra colectiva no es una casualidad. Una comunidad de lectores críticos es, finalmente, la única garantía de mantener un proceder riguroso y sostenible. Aporta, desde otro punto de vista, esa necesaria vigilancia epistemológica imprescindible para el quehacer académico y científico.

Esto es, *grosso modo*, el sentido general que tiene el conjunto del libro, pero cada una de las tres partes en las que está dividido también cuenta con su propia lógica. La primera parte, titulada “Historia intelectual: escuelas, corrientes, perspectivas disciplinares y enfoques regionales” busca presentar y contextualizar algunas de las principales corrientes o escuelas vinculadas al campo de la historia intelectual. Esta sección pretende servir también como introducción a los problemas teóricos y metodológicos que cada una de aquellas ha trabajado y que se irán desarrollando después. Cualquiera que se haya adentrado en este amplio y por momentos difuso campo, se encontrará de una u otra manera con alguna de estas corrientes de pensamiento. Algunas más o menos de moda en cada momento, pero todas en diálogo entre sí. Sin una pretensión de exhaustividad, sí creemos que de esta primera parte es posible extraer un mapa bastante completo de las principales tradiciones, y de los problemas y soluciones que traen consigo cada una de ellas en términos teórico-metodológicos. La lectura de esta primera parte debería permitir al lector comprender adecuadamente de

dónde vienen estas corrientes, cuáles son sus grandes hitos y autores y, sobre todo, las principales reflexiones que han aportado para guiar el trabajo operativo de una investigación.

Una vez presentado este panorama donde se mezclan lo que pueden considerarse, de alguna manera, escuelas vinculadas a universidades o tradiciones de pensamiento más precisas, con tradiciones regionales y aportaciones disciplina-rias a la historia intelectual, se abre paso la segunda parte, titulada “Categorías, herramientas, objetos”. En esta parte se ha tratado de descomponer y aislar en partes más pequeñas algunas nociones fundamentales de ciertas tradiciones ya expuestas en la sección anterior, o que de forma implícita o explícita han acompañado al conjunto del campo. Con entradas un poco más cortas se ponen a disposición del lector —casi a modo de diccionario— algunas nociones clave que pertenecen o escoltan a la historia intelectual, pero que puedan ser útiles para organizar una investigación y para la construcción de problemas y objetos de estudio. A diferencia de la primera parte, aquí prima una descripción más centrada en las nociones mismas y su utilidad operativa que, aunque pudieran haber aparecido en la primera sección, aquí se desarrollan y aclaran según su capacidad de desenvolverse, así como sus posibles límites o potencialidades cuando queremos ponerlas en práctica.

Tras este muestrario de algunas nociones clave sobre las que poder construir prácticas investigadoras, y después de haber construido un mapa mental básico de las tradiciones y enfoques que se trabajan, el lector tendrá la posibilidad de aterrizar con los conocimientos suficientes para apreciar la tercera parte de este libro. La parte más arriesgada y diversa, pero al mismo tiempo la más innovadora y seguramente útil por la empatía que puede generar con un lector imbuido en problemas de investigación. Titulada “La historia intelectual: experiencias e investigación interdisciplinar”, aquí se rompe con el tono en ocasiones canónico de las dos partes anteriores y se busca ofrecer al lector un formato más reflexivo y personal centrado en experiencias investigativas concretas. Aquí se muestran vivencias con algunos de los problemas que hemos identificado en los apartados anteriores y se muestran algunos desarrollos, por momentos tentativos incluso experimentales, de hacerlas funcionar. En síntesis, todos los capítulos intentan razonar, en primera persona, sobre cómo se pueden dar determinados procesos de investigación y diálogo entre diferentes planteamientos, mostrando también los límites y potencialidades que pueden encontrarse en cada uno de ellos.

ALBERTO TENA CAMPORESI, JAIME RODRÍGUEZ Y ANDRÉS ARANGO



# **PRIMERA PARTE**

ESCUELAS, CORRIENTES, PERSPECTIVAS  
DISCIPLINARES Y ENFOQUES REGIONALES





# La historia intelectual en América Latina

MARIANA CANAVESE

**E**n las páginas que siguen esbozo los trazos gruesos de la historia intelectual en América Latina. No soslayo los problemas y debates que trae esa denominación. Por mi parte, conozco sin duda mejor el campo de estos estudios en Argentina, que es también uno de los más estructurados en la región. En su último libro, Carlos Altamirano muestra lo que de alteridad y heterogeneidad contiene la idea de una identidad latinoamericana y la imposibilidad de que tales diferencias puedan alojarse en un único relato.<sup>1</sup> Son compartidas, no obstante —y es también el asunto que escudriña ese libro—, las preguntas alrededor de la identidad, de la originalidad, de la relación con el pensamiento universal, incluso en la forma que discute la relevancia y la posibilidad de dar una respuesta a esas inquietudes. No desestimo, decía, los problemas de abordar a América Latina como una unidad ni la complejidad de tramar el campo actual de la historia intelectual a escala regional. Se trata de un espacio diverso, que se resiste a las generalizaciones y se expresa en desarrollos con convergencias y divergencias, en matices difíciles de reponer en esta entrada. Con seguridad estas limitaciones han dado lugar a omisiones e imprecisiones, pero confío en que este panorama contribuya a una construcción colectiva del conocimiento sobre el tema.

## Historia de las ideas/Historia intelectual

Un debate fundante del área hace a la relación de la historia intelectual con la historia de las ideas. Y en la actualidad no podríamos decir que hay algo así

---

1 Carlos Altamirano, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2021).

como un corte quirúrgico entre ambas, puesto que sus espacios están relacionados de modos diversos. Esto tiene que ver, en parte, con los característicos y persistentes esfuerzos por tejer redes de integración regional. Con todo, las maneras de pensar la historia intelectual y sus vínculos con la historia de las ideas no dejan de presentar divergencias fundamentales: hay enfoques que los piensan como campos de estudio diferenciados, donde la historia intelectual aparece como profunda transformación o como inflexión de perspectivas precedentes en lo teórico-metodológico, lo conceptual, los objetos y diálogos que habilita con otros espacios y saberes;<sup>2</sup> otros, que no suscriben a una distinción entre historia de las ideas e historia intelectual, cuestionan que la última se considere una superación de la primera, relativizan su novedad o reclaman

- 
- 2 Dice Carlos Altamirano: “No hay un hilo que corra de la historia de las ideas a la historia intelectual tal como se la entiende actualmente. Existen brechas, discontinuidades, reconfiguraciones, entre ambas”. Y sobre su propia labor, cuando comenzó a usarse el término “historia intelectual” en Argentina, recuerda: “La ruptura simbólica con la historia de las ideas nos pareció necesaria. (...) Veíamos que la historia de las ideas se hallaba capturada en dos versiones con las que no nos identificábamos. Aparecía, por un lado, acantonada en un lugar subalterno dentro del ámbito de la historiografía, como una forma tradicional de hacer historia frente a las formas nuevas representadas por la historia económica y social (todavía no se percibía la renovación que iba a experimentar la historia política). O, por el otro, en su forma más nueva, era cultivada en el marco de una historia de la identidad nacional o latinoamericana, historia de matriz filosófica a la que el pensador mexicano Leopoldo Zea había dado gran impulso y era practicada entre los argentinos por estudiosos como Arturo Roig. Este polo, en que percibíamos una tentación muy fuerte por la esencialización del ser latinoamericano, tampoco nos atraía. La conclusión que extraíamos de este cuadro era la de que si se quería hacer surgir y dar paso, en nuestro país, a otros modos de observar y examinar desde un punto de vista histórico el trabajo de las significaciones en el seno de experiencias de grupo o individuales, había que establecer la diferenciación”. Esa diferenciación, como se verá, hace a los instrumentos conceptuales y hermenéuticos que ha forjado la nueva historia intelectual “(a veces importándolos de otras disciplinas) para la interrogación de los textos, para el análisis de los modos de producción de significados, prestando atención al lenguaje figurativo como al argumentativo, a los usos diferentes de las significaciones y a los efectos que sobre éstas tienen los cambios de contexto. No obstante, agreguemos, en aquella tradición, la de la historia de las ideas, no encontramos sólo reliquias, testimonios de un saber que ya no es el nuestro, modos de historiar que ya han cumplido su ciclo. Todavía podemos aprender de lo que se ha escrito bajo su signo”. Carlos Altamirano, “Sobre la Historia Intelectual”, *Políticas de la Memoria*, n.º 13 (2013): 160-161.

diálogos que superen la polaridad entre filosofía latinoamericana e historia intelectual;<sup>3</sup> en medio, algunos que piensan matices e hibridaciones.

La historia de las ideas se articula aquí con la tradición de la filosofía latinoamericana, con encuadres desde la historia del pensamiento o el estudio de las ideas filosóficas.<sup>4</sup> Intelectuales latinoamericanos y españoles republicanos le dieron impulso en las décadas de 1940 y 1950. Algunos espacios en los inicios de su institucionalización fueron: el Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española, que comenzó a llevar José Gaos en El Colegio de México (COLMEX); y la labor de Leopoldo Zea —discípulo de Gaos y autor del clásico *El positivismo en México* (1968)— desde la Universidad Nacional Autónoma de México<sup>5</sup> y el Comité de Historia de las Ideas en América que presidió en la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia de la Organización de los Estados Americanos, a partir del cual tomaron forma la serie “Historia de las ideas en América”, de la colección Tierra Firme del Fondo de Cultura Económica, el Primer Seminario de Historia de las Ideas en América y la *Revista de Historia de las Ideas*,<sup>6</sup> entre otras iniciativas.<sup>7</sup> Parafraseando a Arturo Andrés Roig, aquel programa de los años 1940 y 1950 se renovó en las décadas

---

3 Algunas de estas posiciones pueden verse en el dossier coordinado por Alejandro Herrero, “¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?”, *Perspectivas metodológicas*, vol. 21 (2021).

4 Trabajos que van de los de José Ingenieros y Alejandro Korn a los de Francisco Romero, Coriolano Alberini, João Cruz Costa, entre otros.

5 En el Centro de Estudios Filosóficos, el Seminario sobre historia de las ideas en América, el Colegio de Estudios Latinoamericanos, el Centro Coordinador y Difusor de los Estudios Latinoamericanos.

6 “En la labor académica de Zea, Roig, Soler y Ardao hay que señalar que, cada uno a su manera, rompen con una generación, la de José Gaos, que si bien trabajaba en historia de las ideas, lo hacía más dentro del contexto de la filosofía, como historia del pensamiento. También es importante resaltar que en estos cuatro investigadores el estudio de la historia de las ideas se convierte en un instrumento de reafirmación de la identidad latinoamericana”. Aimer Granados y Carlos Marichal, comps., *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX* (México: COLMEX, 2004), 21. A las contribuciones de Gaos, Zea, Arturo Ardao, Ricaurte Soler, se suman las de Edmundo O’Gorman, Francisco Miró-Quesada Cantuarias, Baldomero Sanín Cano, Augusto Salazar Bondy, Carlos Vaz Ferreira, Benjamín Carrión, Guillermo Francovich, Germán Arciniegas, Mariano Picón Salas, Luis Alberto Sánchez, Emir Rodríguez Monegal, entre otros.

7 Para un desarrollo de estos temas puede verse Arturo Andrés Roig, “La ‘historia de las ideas’ cinco lustros después”, *Revista de Historia de las Ideas* (edición facsimilar), n.º 1-2 (1984). Para un detalle de ciertas referencias en la filosofía

siguientes a partir de los desafíos abiertos por la teoría de la dependencia, el marxismo renovado, el postestructuralismo.<sup>8</sup>

En relación con el amplio arco de estudios sobre el pensamiento latinoamericano y de los “estudios eidéticos”,<sup>9</sup> filiados en la tradición latinoamericana de estudios de ideas, Javier Pinedo dirigió la revista *Universum* y el Instituto de Estudios Humanísticos Abate Juan Ignacio Molina, de la Universidad de Talca. Eduardo Devés y Andrés Kozel dirigen *Wirapuru, revista latinoamericana de estudios de las ideas*. Pinedo y Devés fueron, respectivamente, presidentes de las redes SOLAR y FIEALC. En ese entorno se formó en 1998 el proyecto El Corredor de las Ideas, fundado por Devés, Clara Jalif, Hugo Biagini, Yamandú Acosta y Mauricio Langón.

Si desde mediados del siglo xx las preguntas en torno a una filosofía latinoamericana y su expresión político-intelectual latinoamericanista propiciaron una historia de las ideas predominantemente filosófica, desde fines del siglo la historia intelectual buscó diferenciarse poniendo en cuestión aquellas preguntas y proponiendo una radical historización de las ideas.

---

latinoamericana y la historia de las ideas en América Latina, David Sobrevilla, “Nuevas tendencias en la historia de las ideas en América Latina”, *Solar* 8 (2011).

- 8 Referente de aquella articulación, en los años 1970 y 1980 Roig incluyó en sus enfoques los aportes del giro lingüístico y la teoría del discurso. De regreso en Argentina tras su exilio ecuatoriano, en 1984 continuó con su cátedra en la Universidad Nacional de Cuyo, dirigió el Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Mendoza (CRICYT/CONICET). Se relacionan con él, la revista *Cuyo*, los *Cuadernos del Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana y Estudios de filosofía práctica e historia de las ideas*, del Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales que fundó y dirigió en Mendoza, junto con la Unidad de Historiografía e Historia de las Ideas del mismo centro de investigaciones y el Seminario Permanente de Filosofía e Historia de las ideas. Dirigió con Hugo Biagini el *Diccionario del pensamiento alternativo* que publicó la editorial Biblos en 2008.
- 9 “Se entenderá por ‘estudios eidéticos latinoamericanos’ la confluencia de estudios sobre ideas, conceptos, intelectualidades, historia intelectual, sociología del conocimiento y otras especialidades interconectadas y reconocidas en estas redes intelectuales. En este caso, ocupados prioritariamente de asuntos latinoamericanos. No se tendrá en cuenta a quienes se ocupan de estudios culturales, filosofía europea, sociología de la cultura y otros ámbitos con los cuales suelen traslaparse”. Eduardo Devés, “Los estudios de las ideas y las intelectualidades en América Latina a inicios del xx: cartografía, trazos característicos y evaluación. Un ensayo con perspectiva personal. Primera parte: Cartografía de los estudios eidéticos”, *Wirapuru*, n.º 1 (2020): 102.



## Hacia una caracterización del campo

Con frecuencia se ha dicho que la torsión propuesta por la historia intelectual se configuró a partir de una integración de debates, críticas y reformulaciones al enfoque clásico de la *history of ideas* encabezada por Arthur Lovejoy. Y que hoy conforma un campo de estudios en el que convergen diversas aproximaciones: la escuela anglosajona de historia de los lenguajes políticos con Quentin Skinner y sus colegas de Cambridge; la línea alemana, desde la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer y la historia de conceptos con Reinhart Koselleck hasta los estudios de recepción de la escuela de Constanza; la vía estadounidense, de las discusiones abiertas por Hayden White a las contribuciones de Anthony Grafton, pasando por las perspectivas de Dominick LaCapra y de Martin Jay; la vertiente francesa, de la historia de las mentalidades a la *histoire intellectuelle*, la *histoire des intellectuels* de François Dosse, Jean-François Sirinelli, Christophe Prochasson, la historia cultural de Roger Chartier y Robert Darnton, o la historia conceptual de lo político de Pierre Rosanvallon; los aportes de Marc Angenot al análisis del discurso; etc.

Pero no todo comenzó aquí con la crítica a Lovejoy, sino que implicó la puesta en debate con la historia de las ideas latinoamericana que había tomado forma en la década de 1940. De tal modo, en la emergencia de estas historias intelectuales inciden fuertemente la preeminencia inicial de las ideas filosóficas antes referidas tanto como las lecturas críticas de aquella historia de las ideas al modo de la filosofía latinoamericana, la perspectiva regional y vinculada a la política, la hibridación con las lecturas de los diversos marxismos latinoamericanos, las tradiciones en historia social, cultural y política,<sup>10</sup> la labor de sus intelectuales.<sup>11</sup> En su hechura tuvieron un rol fundamental los grupos y las revistas —dice Horacio Tarcus que “América Latina es un continente de revistas”:<sup>12</sup> desde esos espacios se llevaron adelante políticas de traducción, se promovieron intervenciones y debates y se alojaron producciones específicas.

---

10 De Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Gilberto Freyre a José Luis Romero, Tulio Halperin Donghi, Rafael Gutiérrez Girardot, Adolfo Prieto, David Viñas o Carlos Real de Azúa.

11 En Argentina, por ejemplo, desde la crítica literaria, la sociología de la literatura y la sociología de la cultura, entre las lecturas de Pierre Bourdieu y de Raymond Williams, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y otras/os intelectuales nucleadas/os en torno a la revista *Punto de vista* comenzaron a hacer historia intelectual antes de que esa perspectiva circulara fluidamente en el país.

12 Horacio Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles* (Temperley: Tren en Movimiento, 2020), 15.

Hasta décadas recientes, el trabajo sobre las ideas correspondió en la región más a las canteras del pensamiento filosófico que de la historia. Luego, también en algunos espacios la historia intelectual comenzó ocupando un lugar subordinado dentro de una “nueva historia cultural” que abarcaba ideas e intelectuales. Finalmente, en constante diálogo con otros espacios, la historia intelectual se orienta hoy en contribuciones desde la circulación internacional de ideas, la historia de los intelectuales, la historia conceptual, el giro lingüístico, el giro material, la hermenéutica, el análisis del discurso, los estudios de traducción, la cultura del impreso, la sociología de los intelectuales y de la cultura, los estudios culturales y poscoloniales, la filosofía política, la historia política, social y cultural, la antropología.

Desde mediados de 1980 y especialmente en la década de 1990, la historia intelectual compone un campo de estudios, aunque de límites difusos y fronteras permeables.<sup>13</sup> Si bien se encuentra institucionalizado en publicaciones periódicas, cursos y encuentros académicos regulares, no hay un consenso firme respecto de su demarcación.<sup>14</sup> Tomo aquí la historia intelectual en un sentido amplio —aunque distinguiéndola de la más clásica historia de las ideas— que incluye perspectivas desde la circulación y recepción de ideas, los estudios sobre revistas, grupos culturales y redes intelectuales, la historia de los intelectuales y —aunque es tema de debate— estrechamente relacionada también con la historia de los lenguajes políticos y la historia conceptual.<sup>15</sup>

En lo que hace a los enfoques y las perspectivas, es un campo de estudios plural y aloja múltiples hibridaciones, cruces e intercambios, donde se analizan las condiciones de posibilidad de prácticas y discursos; se llevan adelante

---

13 Jorge Myers, “Músicas distantes. Algunas notas sobre a história intelectual hoje: horizontes velhos e novos, perspectivas que se abrem”. En *História intelectual latino-americana: itinerários, debates e perspectivas*, org. por Maria Elisa Noronha de Sá (Rio de Janeiro: PUC-Rio, 2016), 23-56.

14 Una lectura, entre otras, respecto de los disensos en torno a cómo definir la historia intelectual, puede verse en Mara Polgovsky Ezcurra, “La historia intelectual latinoamericana en la era del ‘giro lingüístico’”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (2010).

15 La historia intelectual tendería a diferenciarse de la historia conceptual, la historia de los lenguajes políticos y la historia de las ideas. Pero no hay tampoco una escisión drástica entre historia conceptual e historia intelectual en la medida en que esas vertientes se han coaligado en formas locales. De algún modo, la historia intelectual —que se considera abierta, plural y se postula en una convergencia de perspectivas y disciplinas— no tiene sencilla la tarea de diferenciarse de otros enfoques. Se encuentran así, por momentos, en relaciones de intercambio y correspondencia; en otros, de tensión y rebasamiento.

operaciones de contextualización; se repara en la dimensión subjetiva de sus agentes y en sus itinerarios biográficos. Se pregunta especialmente sobre el efecto de las ideas en diversas coyunturas, su incidencia en nuestras sociedades, sus intelectuales, a través de temas ligados a las independencias, la nación, los problemas de la postcolonialidad, la subalternidad y los distintos movimientos sociales, la ilustración, el liberalismo y el republicanismo, el positivismo, los marxismos, el anarquismo, el pensamiento conservador, las redes intelectuales (en parte trazadas por los diversos exilios) y las revistas, los problemas teóricos y metodológicos del campo, los feminismos, etc. Como señala Devés, están menos presentes los temas del pensamiento económico, el pensamiento en lenguas indígenas y el período colonial, y hay poco énfasis sobre figuras vivas.<sup>16</sup> Ciertas líneas son medulares y atraviesan las investigaciones de los últimos años, como los estudios de circulación y recepción de las ideas, el análisis de los lenguajes políticos, la historia de los intelectuales y la historia del libro y la edición. Se aborda el período que transcurre entre los siglos XVIII y XX, especialmente XIX y XX.

Estos estudios buscan promover un desplazamiento desde los grandes nombres y los autores consagrados hacia los hombres y las mujeres “corrientes” (profesoras/es, editoras/es, traductoras/es, libreras/os, periodistas, militantes, etc.), inscribiéndose en una concepción amplia de intelectual que alude a una diversidad de sujetos antes ignorados y no se restringe a la elite letrada. Aunque en muchas ocasiones se siguen privilegiando figuras ya típicas por sobre las menos reconocidas, ilustran bien esta búsqueda proyectos colectivos regionales como el *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*.<sup>17</sup> En el mismo sentido, se repara en textos antes considerados “menores” o incluso “marginales”, y no solo en las obras canónicas. Se practica una desustancialización de las ideas que implica no solo el contenido y la lectura interna de los textos sino, principalmente, la íntima articulación entre textos y contextos, las condiciones de su emergencia tanto como las de su circulación y apropiación.

Se trata de una historia intelectual con marcada perspectiva regional —una deriva político-intelectual que estaba contenida ya en la historia de las ideas— y una puesta en diálogo global, donde adquiere toda su relevancia la reflexión

---

16 Eduardo Devés, “Los estudios de las ideas y las intelectualidades en América Latina-Caribe a inicios del XXI: cartografía, trazos característicos y evaluación. Un ensayo con perspectiva personal. Parte II: Trazos para un boceto y evaluación”, *Wirapuru*, n.º 3 (2021): 1-25.

17 Véase: *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI), 2024. Disponible en: <https://diccionario.cedinci.org/>

sobre las disímiles y asimétricas condiciones de producción y legitimación mundiales, la geopolítica de la circulación de bienes simbólicos y la crítica a la ilusión de homogeneidad, incorporando el rol que juegan elementos de visibilización como los recursos económicos e institucionales y en un sentido fundamental que advierte lo que de mercantilización de las ideas tiene su circulación internacional. Aunque hay también perspectivas más tradicionales, el campo procura habilitar nuevos puntos de vista no esencialistas ni dogmáticos: desnaturalizados, descentrados, mestizos, atentos a reconstruir la diversidad regional. Lejos de una tradición férrea, es un espacio polifónico y vital, abierto a la experimentación y a la discusión teórico-metodológica.

Por ejemplo, al debate respecto del vínculo entre historia de las ideas e historia intelectual, se liga otro también fundamental: el que se abre alrededor de las “ideas fuera de lugar”, expresión que proviene de una intervención de Roberto Schwarz.<sup>18</sup> Desde la crítica literaria, Schwarz discutía entonces las interpretaciones nacionalistas sobre el carácter “exógeno”, “importado” o “postizo” de ciertas ideas en el Brasil del siglo XIX a partir de observar el desacople entre las ideas liberales y una economía basada en el esclavismo. Contraponía que ese aparente desajuste daba cuenta de relaciones de producción que mostraban que las nociones de “centro” y “periferia” escondían su interdependencia dentro de un mismo proceso global de desarrollo capitalista. Traducido en clave cultural, implicaba pensar desde la teoría de la dependencia las posiciones sistémicas del centro y la periferia, así como la inevitable producción de sentidos que esos roles conllevan. La originalidad brasileña resultaba así un ejemplo del desarrollo desigual pero combinado del capitalismo: “El fenómeno mismo de las ‘ideas fuera de lugar’ es inevitable, un efecto estructural de las descolonizaciones. Los nuevos países independientes necesariamente adoptaban algo o mucho del orden internacional moderno, y lo combinaban a su propia morfología colonial, produciendo combinaciones más o menos absurdas”.<sup>19</sup> Esa intervención dio lugar a muchas otras: ¿qué ideas estarían, entonces, en su lugar? ¿Habría en el centro y en la periferia alguna idea no “importada”? ¿No es toda asimilación contradictoria y toda recepción activa?<sup>20</sup>

---

18 Roberto Schwarz, “As idéias fora do lugar”, *Estudos CEBRAP*, n.º 3 (1973).

19 Roberto Schwarz, “Las ideas fuera de lugar: algunas aclaraciones cuatro décadas después”, *Políticas de la Memoria*, n.º 10/11/12 (2009/2011): 27.

20 Algunos eslabones del debate pueden verse en Maria Sylvia de Carvalho Franco, “As idéias estão no lugar”, *Cadernos de debate*, n.º 1 (1976): 61-64; Adriana Amante y Florencia Garramuño, *Absurdo Brasil. Polémicas en la cultura brasileña* (Buenos Aires: Biblos, 2000); María Elisa Cevasco, “El significado de las ‘ideas fuera de lugar’”, *Políticas de la Memoria*, n.º 10/11/12 (2009/2011): 21-23; Elías José Palti, ¿Las

En relación con lo anterior, el campo tiende a enfatizar las tramas de la circulación de ideas más que las de su producción. En las perspectivas, contribuciones y debates teórico-metodológicos sobre la circulación internacional de las ideas, la recepción y los usos se encuentran orientaciones más textualistas o más materiales. Se reconstruyen las mediaciones de interpretación y de soporte que favorecen los recorridos de las ideas, las transforman y encuadran de algún modo lo que se da a leer. El suelo común es la renuncia a juzgar la fidelidad de las lecturas respecto de las elaboraciones consideradas “originales” y la apuesta por la restitución del rol activo de quien lee: ambas premisas —remotas para las tesis de la objetividad textual y los discursos de las “influencias”— buscan zanjar los tradicionales esquemas de “modelos” y “desviaciones”, el carácter “derivativo” o las “refracciones” que le dejan a América Latina un papel de mera receptora de ideas ajenas. Un conjunto de reflexiones sobre la importancia de los estudios latinoamericanos para pensar el lugar de las ideas se produce, así, en el cambio de eje de la soberanía del autor a la del lector que entiende las prácticas de lectura y los usos como un acto siempre creativo. Se analizan los modos, canales y sujetos que hacen posible su circulación, se reconstruyen las redes de sociabilidad y las materialidades involucradas (los viajes, la correspondencia, las revistas, los grupos, etc.), se estudian las formas de interpretación —de las apropiaciones a los rechazos— como hecho histórico. Se cuestiona la concepción atemporal, cerrada y definitiva de una obra y se propone, en cambio, una radical historización de las lecturas. Se discute, en fin, la existencia de interpretaciones “correctas” o “incorrectas” en favor de la productividad de los usos y se expone cómo la interpretación del lector puede ser distinta de la intención del autor y abrir a la continua actualización de un texto. Todo ello implica una significativa desfetichización de ideas, autores y obras, y una problematización sobre las posibilidades y la función de la cita. Están contenidas allí una aspiración anti-normativa y un trabajo profundo sobre la performatividad de las palabras.

Distintos desarrollos y otras discusiones se relacionan con los aspectos precedentes y hacen a los modos de entender y practicar la historia intelectual, a divergencias político-programáticas y a la incidencia del giro lingüístico y del giro material. Estos incluyen la importancia otorgada en las investigaciones al textualismo y a la historización de las lecturas, a las discursividades y a las expresiones de formaciones político-intelectuales.<sup>21</sup>

---

*ideas fuera de lugar? Estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana* (Buenos Aires: Prometeo, 2014).

21 Una parte de las perspectivas respecto del giro lingüístico puede ilustrarse a través de los trabajos de Elías José Palti, orientados a la historia de los lenguajes políticos, en análisis que dialogan con las propuestas de J.G.A. Pocock, Skinner,

## Algunas coordenadas para una cartografía actual

Aunque sería imposible dar cuenta en este espacio de los proyectos colectivos y los trabajos individuales que componen el campo, quizás sea factible recuperar algunas características y ciertos ámbitos siguiendo el recorrido de los Congresos de Historia Intelectual de América Latina (CHIAL) que tienen lugar cada dos años, desde 2012, en distintas ciudades latinoamericanas.<sup>22</sup>

En Colombia, el primer CHIAL estuvo organizado por el Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL), adscrito al área de lingüística y literatura de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia, Medellín.<sup>23</sup> El equipo coordinado por Juan Guillermo Gómez García, quien ha trabajado extensamente en torno de la figura de Rafael Gutiérrez Girardot, cuenta entre sus líneas de investigación las sociabilidades, la biografía intelectual, las revistas y las redes epistolares alrededor de la vida intelectual hispanoamericana.<sup>24</sup> Otras contribuciones se encuentran en Cali, en

---

Koselleck, François-Xavier Guerra. Palti propone que la especificidad de la historia intelectual, respecto de la historia de las ideas, se relaciona con un “segundo nivel de conceptualización” orientado a la reflexión teórico-metodológica. Elías José Palti, “*Giro lingüístico*” e historia intelectual (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1998), 22; Elías José Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’”. Las escuelas recientes del análisis conceptual. El panorama latinoamericano”, *Anales*, n.º 7-8 (2005): 63-81; entre otros. Por otra parte, en un recorrido que incluye las contribuciones fundamentales que han hecho a este campo de estudios José Aricó y José Sazbón, las investigaciones de Horacio Tarcus ilustran la perspectiva de la recepción en diálogo con los aportes del giro material: *Mariátegui en la Argentina, o las políticas culturales de Samuel Glusberg* (Buenos Aires: El cielo por asalto, 2001); *Marx en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007); *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016); entre otros.

22 Se realizaron en Medellín, Buenos Aires, Ciudad de México, Santiago de Chile y Montevideo (con actividades virtuales en 2020 y presenciales en 2021, por las condiciones derivadas de la pandemia de COVID-19).

23 Una antología del congreso puede verse en Selnich Vivas Hurtado, coord., *Utopías móviles: Nuevos caminos para la historia intelectual en América Latina* (Bogotá: Diente de León Editor, Universidad de Antioquia, 2014).

24 Entre otros, Juan Guillermo Gómez García, *Rafael Gutiérrez Girardot y España, 1950-1953* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2021); Diego Alejandro Zuluaga Quintero y Luis Fernando Quiroz Jiménez, eds., *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas* (Medellín: Fondo Editorial FOCO. Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia, 2021).



la Universidad del Valle con Gilberto Loaiza Cano,<sup>25</sup> y en Bogotá, en la Universidad de los Andes con José Ricardo Arias Trujillo y Luz Ángela Núñez Espinel.

En Argentina, el segundo encuentro estuvo a cargo de dos instituciones medulares del campo de estudios local: el Centro de Historia Intelectual (CHI/ Universidad Nacional de Quilmes) y el CeDInCI.<sup>26</sup> En relación con la primera, le anteceden dos ámbitos académicos dirigidos por Oscar Terán en la Universidad de Buenos Aires: la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano, en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras, y el Seminario de Historia de las ideas, los intelectuales y la cultura, creado en 1988 en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”. En 1994 se sumó el programa de investigación sobre historia de las ideas y análisis cultural con sede en la Universidad de Quilmes, que poco después se denominó Programa de Historia Intelectual y más tarde Centro de Historia Intelectual. Ha sido dirigido por Terán, Altamirano, Adrián Gorelik y Elías Palti. En 1997 crearon *Prismas. Revista de historia intelectual*. Entre los proyectos que llevaron adelante en redes regionales está *La historia de los intelectuales en América Latina* en dos volúmenes (Katz, 2008 y 2010) que dirigió Altamirano. La apertura de la Maestría en Historia Intelectual del CHI, en 2020, da una pauta de la institucionalización del campo de estudios. En el caso de Terán, su práctica fue la de pensar —tempranamente y desde la filosofía— la historia de las ideas con nuevas herramientas y preguntas, en parte orientadas a un problema sobre cuáles serían los marcos de referencia, cuáles los momentos en el proceso abierto de construcción de una identidad latinoamericana.<sup>27</sup> En el caso de Altamirano, promovió la historia intelectual entendida como una práctica atenta a los “hechos de discurso” en la que se intersectan la historia de las elites culturales, la historia política y el análisis histórico de la “literatura de ideas”; recorrió también el camino hacia una historia de los intelectuales, entendida como irreductible a la historia

---

25 Gilberto Loaiza Cano, *El poder letrado en Colombia. Ensayos sobre historia intelectual colombiana, siglos XIX y XX* (Cali: Editorial Universidad del Valle, 2014).

26 Horacio Tarcus, “Una invitación a la historia intelectual. Palabras de apertura del II Congreso de Historia Intelectual de América Latina”, *Pléyade*, n.º 15 (2015): 9-25.

27 Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006). Entre otros análisis de su perspectiva pueden verse: Elías José Palti, “Oscar Terán y la filosofía latinoamericana”, *Cuadernos de filosofía*, n.º 69 (2017): 35-46; Omar Acha, *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán* (Buenos Aires: Prometeo, 2018).



intelectual.<sup>28</sup> Con respecto al CeDInCI, sus proyectos están dirigidos a articular la historia de las izquierdas con la historia intelectual en sus diversas dimensiones. El centro funciona desde 1998 en la preservación del patrimonio documental y cultural de las izquierdas; tiene una fuerte incidencia local, regional e internacional, no solo como biblioteca, hemeroteca y archivo, sino como centro de investigaciones. Dirigido por Tarcus, lleva adelante proyectos colectivos que van de los estudios de recepción de ideas a las revistas político-culturales en la historia intelectual, pasando por las redes político-intelectuales, los itinerarios biográficos y los emprendimientos editoriales de las izquierdas. Desde 1998 publica *Políticas de la Memoria* y desde 2009 aloja el Seminario de historia intelectual y recepción de ideas.

A aquellas dos instituciones se suma el Programa de Historia y Antropología de la Cultura (y el que le precede: Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual, impulsado por Gustavo Sorá en la Universidad Nacional de Córdoba); y otros espacios, como el Centro de Historia Cultural e Intelectual “Edith Stein”, a cargo de José Emilio Burucúa, su revista *Eadem utraque Europa* y el Centro de Investigaciones en Historia Conceptual, organizado por Claudio Sergio Ingerflom en la UNSAM; el Programa de Historia Cultural del Instituto de Estudios Históricos que dirige Mariano Di Pasquale en la Universidad Nacional de Tres de Febrero; entre otros.

El tercer CHIAL se desarrolló en México, organizado por el COLMEX donde, desde 2001— funciona el Seminario de Historia Intelectual de América Latina (SHIAL), impulsado por Carlos Marichal, Horacio Crespo y Guillermo Palacios, y dirigido por Marichal (COLMEX), Alexandra Pita (Universidad de Colima) y Aimer Granados (Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa). Desde mediados de la década de 1990, Marichal dictó cursos de posgrado sobre historia intelectual en el Centro de Estudios Históricos, también del COLMEX, donde articularon sus trayectorias otras figuras como Javier Garciadiego y Guillermo Zermeño Padilla. Hacia 1978 Juan Marichal, el padre de Carlos,

---

28 Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005), 14. Dice Altamirano: “Una historia de los intelectuales debía ser la historia de un actor que inscribía su acción en diferentes arenas, la más visible de las cuales era la arena del debate cívico, aunque la intervención de los intelectuales en la escena política estaba lejos de agotar sus ámbitos y formas de actividad. Por cierto, la producción discursiva y las creaciones culturales eran dimensiones esenciales de la práctica intelectual. Los objetos, las fuentes y las tareas de una historia de las élites culturales, sin embargo, excedían los de una historia organizada en torno de obras, corrientes de pensamiento, movimientos artístico-literarios”. Carlos Altamirano, “Sobre la Historia Intelectual”, *Políticas de la Memoria*, n.º 13 (2012): 162.

exiliado español en México, trazó las líneas de un programa de historia intelectual latinoamericana.<sup>29</sup> Por otra parte, dentro del programa Sociología en la Frontera, de la sede mexicana de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Santiago Carassale y Liliana Martínez Pérez han organizado encuentros y seminarios en el área.

El siguiente encuentro tuvo lugar en Chile, convocado por la Asociación Chilena de Historiadores, acaso un indicio de campos de estudios más indeterminados. Si tomamos las cartografías trazadas por Devés en *Wirapuru*, una referencia para el amplio campo de los estudios de ideas en ese país, pareciera no haber espacios específicos de historia intelectual sino grupos y proyectos vinculados a la historia de las ideas o a una vasta área de estudios del pensamiento y la cultura latinoamericanos: del Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL, formado en la década de 1980) al Centro de Estudios del Pensamiento Iberoamericano de la Universidad de Valparaíso o el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, entre otros.

El quinto CHIAL se realizó en Uruguay y fue organizado por la Universidad de la República, donde Vania Markarian lleva el área de Investigación Histórica del Archivo General y han desarrollado investigaciones y desempeñado cargos académicos Aldo Marchesi, Gerardo Caetano, José Rilla, Raquel García Bouzas, entre otras/os. En esa universidad tienen sede otros espacios relacionados, como el Instituto de Historia de las Ideas y el Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos.

El próximo CHIAL probablemente tenga lugar en Brasil. Con una referencia insoslayable en la figura de José Murilo de Carvalho, contempla desde enfoques como los que en la Universidad de San Pablo y en la Universidad Estatal de Campinas se han vinculado a una sociología de los intelectuales (Sergio Miceli y Heloisa Pontes, por ejemplo) hasta perspectivas como las promovidas por la revista *Intelligere*, bajo la edición de Sara Albieri, que ubica a la historia intelectual en Brasil como una nueva denominación en la trayectoria de la historia de las ideas y como un campo de investigación “con un amplio espectro de temas y problemas, situado en la intersección de la historia de las ideas, la filosofía, la ciencia y la cultura”.<sup>30</sup> En medio, hay líneas de investigación en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, como la de Maria Elisa Noronha de Sá, Henrique Estrada Rodrigues y otras/os investigadoras/es, dentro del programa

---

29 Juan Marichal, *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana. 1810-1970* (Madrid: Fundación Juan March/Cátedra, 1978).

30 Sara Albieri, “Apresentação”, *Intelligere. Revista de história intelectual*, vol. 1, n.º 1 (2015): vi.

de posgrado en Historia Social de la Cultura, junto con el Laboratorio de Teoría de la Historia, Historiografía e Historia Intelectual; en la Universidad Federal de Espírito Santo, como el Laboratorio de Estudios de Historia Política e Intelectual de las Américas coordinado por Antonio Carlos Amador Gil, Camila Bueno Grejo y Fabio Muruci dos Santos; en la Universidad Federal de Minas Gerais, el grupo de investigación “História Intelectual: narrativas, práticas e circulação de ideias”, coordinado por Adriane Vidal Costa, sobre circulación de ideas y mediaciones culturales con un enfoque interdisciplinario de la historia intelectual; en la Universidad del Estado de Río de Janeiro, las propuestas relacionadas con la revista *Intellêctus*, que edita Marieta Pinheiro de Carvalho y que tiene su origen en el grupo de investigación “Intelectuais e Poder no Mundo Ibero-Americano”, liderado por María Emilia da Costa Prado.

Estas redes se extienden, claro, más allá de lo aquí apenas mencionado.<sup>31</sup> Entre los diversos intercambios transnacionales se encuentra también, por ejemplo, el proyecto Iberconceptos, creado por Javier Fernández Sebastián, João Feres Jr., João Paulo Pimenta, Palti, Zermeño Padilla, entre otros,<sup>32</sup> que cuenta con una entrada específica en este mismo volumen.

La reconstrucción de los rasgos de este campo no es una tarea sencilla. Vuelven con ella problemas caros a la región y al área, como la idea de América Latina como unidad y lo que esa nominación restringe (si pensamos los procesos historiográficos en el marco de la aguda internacionalización contemporánea)

---

31 Aunque este es un espacio muy limitado, el campo de estudios es amplio y abierto. Lamentablemente quedan fuera muchas otras referencias que van, entre otras, desde las perspectivas de Arcadio Díaz Quiñones, Ricardo Melgar Bao, Carlos Aguirre, Rafael Rojas, Carlos Illades, Liliana Weinberg, Pablo Yankelevich, Marcelo Ridenti, Nora Catelli, Claudio Lomnitz, Rogelio de la Mora Valencia, Marta Elena Casaús Arzú, hasta las exploraciones de grupos de trabajo como el de Hugo Cancino Troncoso, Susanne Klegel y Nanci Leonzo.

32 “Uno de los objetivos fundacionales de esta red, además de impulsar los debates sobre diversos aspectos relacionados con la historia intelectual (como lo venimos haciendo a través del foro virtual Iberoideas), era favorecer las relaciones interuniversitarias y estimular la puesta en marcha de proyectos conjuntos entre investigadores de América Latina y los dos países ibéricos (Portugal y España)”. Javier Fernández Sebastián, “Iberconceptos. Hacia una historia transnacional de los conceptos políticos en el mundo iberoamericano”, *Isegoría* n.º 37 (2007): 166. También contribuyen a una discusión sobre las distintas vertientes y la familiaridad entre historia conceptual e historia intelectual: Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel, coords., *Conceptos políticos, tiempo e historia* (Santander: Universidad de Cantabria; Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España, D. L. 2013).

o impulsa, si se trata de elaborar estrategias que den lugar al estudio y la comparación de múltiples y heterogéneas manifestaciones; o la idea de la región “periférica” respecto de los “centros” de producción cultural, lo cual obliga a análisis atentos a las complejidades, los matices, las diferencias y las asimetrías que operan en la circulación internacional de ideas.

Con una reflexión situada en Argentina para un proyecto en México, este ensayo de interpretación del campo en América Latina quizás pueda leerse también como material de aquello que quiere reconstruir: se trama desde una concepción amplia del área; la entiende relacionada a la vez que diferenciada de la historia de las ideas tradicional; a través de una serie de desplazamientos, cuestiona la potencialidad de pensar en términos de “originales” y “copias”, de “importaciones” e “influencias”; incorpora diversidad de sujetos y documentos de distinto tipo; postula la importancia de atender al carácter situado de las lecturas, las interpretaciones y los usos, a los sentidos que producen, las mediaciones que los hacen posible; entiende que el problema medular de esta historia intelectual se relaciona con los problemas de la circulación internacional de ideas. Quiere recalcar, al fin, en lo que América Latina y la historia intelectual pueden ofrecer a perspectivas no uniformes ni unilaterales, sino multiculturales y policéntricas (cuando no descentradas), en articulaciones abiertas a aquello de que felizmente —como decía Jorge Luis Borges— no nos debemos a una sola tradición, sino que podemos aspirar a todas.

Buenos Aires, verano de 2022



# La inteligencia francesa. Historia de los intelectuales, historia intelectual<sup>1</sup>

CARLOS ALBERTO RÍOS GORDILLO

*La historia de los intelectuales ha tendido desde hace poco a emanciparse como campo de investigación específico y autónomo en las disciplinas sociológica e histórica, en la intersección de la historia política, social y cultural.*

FRANÇOIS DOSSE: HISTORIOGRAPHIES I. CONCEPTS ET DÉBATS

## Historia de los intelectuales

**D**urante el renacimiento urbano de la Edad Media, hace más de ochocientos años, el historiador del Purgatorio, Jacques Le Goff, situó el nacimiento de los intelectuales: siglo XII d.C., durante el ‘renacimiento carolingio’. En *Los intelectuales en la Edad Media*, él fijó el concepto en el seno de la cristiandad occidental para caracterizar un momento específico del nuevo paisaje intelectual en el paso del siglo XII al siglo XIII: “lo que, en efecto, es decisivo en el modelo del intelectual medieval es su vínculo con la ciudad”,<sup>2</sup> escribió, agregando: “Hombres de ciudad, los nuevos intelectuales son hombres de ofi-

1 Se precisa al lector del presente capítulo que, cuando no se dispone de traducción al español, las traducciones de las fuentes citadas en su idioma original son propias.

2 Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*. Trad. Alberto Luis Bixio (Barcelona: Gedisa, 2008 [1957]), 12.

cio”:<sup>3</sup> los hombres de la Iglesia y del Estado, su reclutamiento para la dirección de la Iglesia o la monarquía. Según él, cuatro son los grandes intelectuales que ilustran la diversidad de sus comportamientos en el mundo medieval: Abelardo, Santo Tomás de Aquino, Siger de Brabante y Wyclif.<sup>4</sup> Salidos de la ciudad y del trabajo universitario, los intelectuales de la Edad Media heredaron a la posteridad, sin embargo, la especialización del trabajo intelectual, su reproducción en el seno de la cultura, su perfil de grupo socioprofesional y la importancia de su papel social; por lo cual, el latín de la época los definió como: *intellectuālis*. “Hacer algo nuevo, ser hombres nuevos”, escribió Le Goff, “ese es el vivo sentimiento de los intelectuales del siglo XII”.<sup>5</sup>

Esta noción los asimila a ciertos grupos y su posición dentro de la sociedad medieval, con base en la división del trabajo manual y del trabajo intelectual. Al respecto, al prologar la tesis de Georges Dumézil sobre la trifuncionalidad (soberanía, fuerza, fecundidad) indoeuropea, Georges Duby propuso los tres órdenes, una imagen de sociedad perfecta, un sistema ideológico coherente, del feudalismo: *laboratores, bellatores, oratores*.<sup>6</sup> Quizá excesiva, la analogía entre estos últimos y los intelectuales sirva, no obstante, para definir el lugar que estos ocupan en la sociedad feudal: son los que escriben, los que editan, los que traducen (es más, el latín es la única lengua que se lee, se escribe y se canta) y los que, salvo excepciones, recrean habitualmente la cultura letrada. ¿Acaso el sustantivo *clerc* [clérigo] referido en la Edad Media al hombre docto dedicado al trabajo intelectual y a los estudios escolásticos —cuyos sinónimos *savant* [sabio] o *lettré* [letrado] dan cuenta de una formación, una habilidad o una instrucción en el terreno del saber—, no es el que, al llegar a la acepción de *intelectual*, ha sufrido un desplazamiento de sentido?<sup>7</sup> Quizá el título del célebre libro de Julien

---

3 Ibid., 13.

4 Ibid., 14.

5 Ibid., 31.

6 Georges Duby, “Les trois ordres ou l’imaginaire du féodalisme”. En *Féodalité* (Paris: Gallimard, 1996), 451-825.

7 Aron advirtió la dificultad de buscar un período histórico específico en el cual podría identificarse su emergencia: “Todas las sociedades han tenido sus escritas, que poblaban las administraciones públicas y privadas; sus *letrados o artistas*, que transmitían o enriquecían la herencia cultural; sus *expertos*, legistas que ponían a disposición de los príncipes o de los ricos el conocimiento de los textos y el arte de la disputa, sabios que descifraban los secretos de la naturaleza y enseñaban a los hombres a curar las enfermedades o a vencer en el campo de batalla. Ninguna de esas tres especies pertenece exclusivamente a la civilización moderna”. Raymond Aron, “Los intelectuales y su patria”. En *El opio de los intelectuales*. Trad. Enrique Alonso (Buenos Aires: Siglo Veinte, 1967), 201.



Benda, *La trahison des clercs*, publicado en 1927, muestra mejor que ningún otro la evolución del término. Así, en una curiosa analogía, mientras que los *oratores* son los encargados de la salvación de las almas, los intelectuales pregonan, predicán, pontifican: son la voz que clama en el desierto.

En la vuelta del siglo xx emergió una acepción notable, cuyo sentido es el más contemporáneo. El 13 de enero de 1898, Émile Zola publicó en el número 87 del diario *L'Aurore*, el texto intitulado: “*J'accuse...! Lettre à M. Félix Faure Président de la République*”, en el cual interpeló al Jefe del Estado francés al defender la inocencia del capitán Alfred Dreyfus (1859-1935), de religión hebrea y origen alsaciano, acusado injustamente de alta traición a la patria por el delito de haber entregado información secreta al agregado militar del Imperio alemán en París, Maximilian von Schwartzkoppen.<sup>8</sup> El *L'affaire Dreyfus* mostró el antisemitismo de la sociedad francesa durante la Tercera República (1875-1940), lo cual representa el punto de quiebre de una generación: “Mis compañeros y yo nos hallábamos en la punta de lo que creo se puede llamar la generación del caso Dreyfus”, reconoció el historiador Marc Bloch en *Apología para la historia o el oficio de historiador*.<sup>9</sup> En este sentido, el *¡Yo acuso...!* adquiere la dimensión de un texto-manifiesto en la función del intelectual francés: el intelectual comprometido, el que toma partido y se bate en defensa de las causas de su época.

El manifiesto avivó el antisemitismo de la sociedad francesa de fin de siglo. Zola, novelista en la cima del éxito y “prototipo del intelectual heroico”,<sup>10</sup> fue el blanco de los ataques más ominosos y suscitó manifestaciones de repudio dentro del hexágono e incluso en los dominios coloniales: “la mayor parte de las grandes ciudades fueron escenario de ruidosos desfiles en los que se abucheó a Zola y a los judíos”, escribió Michel Winock, mientras que en “Argel hubo auténticos pogromos”.<sup>11</sup> Así, al desprecio étnico se añadió el desprecio al intelecto. No obstante, la causa del novelista fue también la de médicos, abogados, estudiantes, escritores, periodistas, artistas, científicos, cuya irrupción pública a través de la prensa mostraba el músculo y la organización política subversiva de quienes poseían títulos, reconocimiento cultural y prestigio institucional: Bernard Lazare y Émile Zola, de manera evidente, pero también, Anatole France,

---

8 Nedda Gurwitz De Anhalt, *¿Por qué Dreyfus? El ensayo de un crimen* (México: CONACULTA, 2003).

9 Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Ed. de Étienne Bloch, pref. de Jacques Le Goff y trad. de María Jiménez y Danielle Zaslavsky (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), 269.

10 Nedda Gurwitz de Anhalt, *¿Por qué Dreyfus?*, 202.

11 Michel Winock, *El siglo de los intelectuales*. Trad. Ana Herrera. (Madrid: Edhasa, 2010), 35.

Émile Duclaux, Marcel Proust, Lucien Herr, Charles Andler, François Simiand, Élie Halévy, Victor Bérard o Georges Sorel, a quienes se fueron anexando Claude Monet, Jules Renard o Émile Durkheim.<sup>12</sup>

Por tanto, mientras los abucheos contra Zola aumentaban, “la prensa revelaba que estaba a punto de nacer una nueva fuerza, la de los “intelectuales”:<sup>13</sup> profesores de enseñanza superior, investigadores formados en laboratorios y bibliotecas, escritores y artistas; su agrupación, por encima de la tonalidad de sus perfiles, atiende sobre todo a su función en la sociedad. Considerada en su momento, y por sus detractores, una oligarquía pretenciosa, vanidosa y oportunista que se elevaba por encima de los demás grupos sociales, al establecerse como élite (una “aristocracia”, según la lectura que, a propósito de los intelectuales, Gramsci hizo de Hegel; intelectuales que, a su vez y como en la Edad Media, podían crear un orden nuevo)<sup>14</sup> que instauraba una legitimidad social de grupo, la crítica estableció en el lenguaje cotidiano, no obstante, el adjetivo “intelectuales”: aquellos dedicados al cultivo de las ciencias y las letras; al igual que a su conjunto, o coalición, en un lugar determinado: “la intelectualidad” (del latín: *intellectualitas*). De tal suerte que esta emergencia social y conceptual definió, según Christophe Charle, a quienes aparecieron “como grupo, como esquema de percepción del mundo social y como categoría política, en esa época (1880-1900)”.<sup>15</sup> El primero en reagrupar bajo el vocablo de intelectuales a quienes firmaron en favor de Dreyfus en los medios de la *Revue Blanche*, de

---

12 Ibid., 36.

13 Ibid.

14 “Podría decirse que todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales”, escribió el autor de *Cuadernos de la cárcel* en testimonio de la función social de esta categoría profesional. Para él, no es simple ni necesariamente la profesión lo que forma al intelectual (el literato, el filósofo, el artista, el periodista, “formas tradicionales y vulgarizadas del intelectual”, según consideraba), sino su relación con la “vida práctica”. Al defender los postulados de *L'Ordine Nouvo*, él definió el carácter y la naturaleza del nuevo tipo de intelectual: “en el mundo moderno la base del nuevo tipo de intelectual debe darla la educación técnica, íntimamente relacionada con el trabajo industrial, incluso el más primitivo y carente de calificación”. Ni élite, ni vanguardia, sino “constructor, organizador”. Antonio Gramsci, “La formación de los intelectuales”. En *Antología*. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán (México: Siglo XXI, 2010), 391 y 392.

15 Christophe Charle, *El nacimiento de los “intelectuales” 1880-1900*. Trad. Heber Cardoso (Buenos Aires: Nueva visión), 7.

las grandes escuelas y de la Sorbona, fue Clemenceau,<sup>16</sup> quien escribió: “¿Acaso no es un signo, todos estos intelectuales provenientes de todas las esquinas del horizonte, que se reagrupan sobre una idea?”<sup>17</sup> A partir de entonces, de acuerdo con Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, se cristalizó la naturaleza de sus intervenciones como también lo hizo la naturaleza misma de su territorio. Para ellos:

La intervención del intelectual deberá ser inmediata, manifiesta. Él no será el hombre “que piensa” (o no lo será más, dirían algunos polemistas), sino el hombre que comunica un pensamiento: influencia interpersonal, petición, tribuna, ensayo, tratado... Y en su contenido la manifestación intelectual será conceptual, en el sentido que supondrá el manejo de nociones abstractas. Ninguna necesidad, no más, de producir los conceptos en cuestión. El uso será suficiente.<sup>18</sup>

Así como en la Edad Media nació el Purgatorio, en el siglo XIX “nacieron” los intelectuales franceses. Surgieron en defensa de la República ante la tentativa de las fuerzas nacionalistas y antisemitas por socavarla. No obstante, la posición del intelectual, en cuanto tal, en la sociedad francesa de la época y el discurso del intelectual, que actuó como revelador de una verdad que tomaba partido y desenmascaraba la realidad, fueron dos características profundamente subversivas en la historia coyuntural de la Tercera República, al grado de revestir al intelectual con estas dos mismas formas elementales: posición y discurso.<sup>19</sup> Debido a esta originalidad de base, el intelectual francés conquistó una legitimidad inicial, a diferencia de Alemania y de los países anglosajones, donde adquirió un matiz peyorativo.<sup>20</sup> Por tanto, la genealogía del intelectual dreyfusiano da cuenta de una especificidad francesa, cuyas características no deben ser sencillamente extrapoladas a otras latitudes. Todo lo contrario, su comprensión demanda la puesta en escena de la historia comparativa de los intelectuales<sup>21</sup> para identificar su peculiaridad y originalidad, al igual que sus correspondencias, parecidos y filiaciones con la intelectualidad de otras latitu-

---

16 Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Les intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours* (Paris: Éditions Perrin, 2004).

17 *Ibid.*, 9.

18 *Ibid.*, 13.

19 Michel Foucault, “Los intelectuales y el poder”. En *Obras esenciales. II. Estrategias de poder* (Barcelona: Paidós, 2015), 434.

20 Christophe Charle, *El nacimiento de los “intelectuales”*, 201.

21 Michel Trebitsch y Marie-Christine Granjon, *Pour une histoire comparée des intellectuels* (Paris: Complexe/IHTP-CNRS, 1998). Christophe Charle, *Les Intellectuels en Europe au XIXe Siècle. Essai d'histoire comparée* (Paris: Seuil, 1996).

des,<sup>22</sup> cuyas variantes, incluso en términos de historia intelectual (sea la hermenéutica de Paul Ricœur, sea la escuela de Cambridge en torno de una historia contextual de lo político, sea la semántica histórica alemana o *Begriffsgeschichte*) caracterizan el panorama cosmopolita en el campo de los estudios sobre los intelectuales, así como en el de la propia historia intelectual.

Los efectos de la historia sobre los intelectuales son a todas luces visibles. La historia los interpela, los moviliza, los hace reaccionar en una u otra dirección ideológica, ética o moral; aun cuando ellos, sin duda, lo hacen a su manera. De Zola a Barrès, de Brasilach a Malraux, de Aragon a Régis Debray, de Gide a Sartre y Aron, o del ‘momento Sartre’ al ‘momento Foucault’, los roles de la inteligencia francesa, de Zola a Houellebecq, son testimonio de su diversidad cultural y de los desafíos de la sociedad francesa: escritores, periodistas, académicos, todos ellos toman partido, sea ante el *l'affaire Dreyfus*, la Primera Guerra Mundial, los años de la posguerra, el Frente Popular, la Segunda Guerra Mundial, la Resistencia, la Liberación, la Guerra Fría, el imperialismo, el comunismo, la defensa o la defenestración de la Unión Soviética, Mayo del 68, la guerra de Argelia, el conflicto árabe-israelí, el desmoronamiento del bloque soviético.

Sucede lo mismo ahora en Francia con las manifestaciones sobre el calentamiento climático, los movimientos altermundistas, las protestas de los *Gilets Jaunes* o el posicionamiento frente a las políticas de confinamiento social derivadas de la pandemia de COVID-19. No obstante, en el ambiente de la posguerra las divisiones ideológicas representaban las fisuras más visibles del edificio social: colaboracionistas del régimen de Vichy contra resistentes del nacionalsocialismo; partidarios del poder colonial en ultramar frente a independentistas de todos los pueblos y de todas las naciones; unos peleando en nombre del antifascismo y otros en nombre del anticomunismo; otros criticando a los marxistas en el espíritu de Marx, mientras que los marxistas criticaban a los liberales echando mano de este último. Lejos de ser una oposición binaria, un cara a cara entre la luz y la oscuridad, la polarización social adquirió una complejidad intelectual extraordinaria: extremos en una misma tendencia, puntos medios, encuentros y consenso entre polos opuestos, atracción profunda del papel de la crítica y del valor de los principios, antes que la seducción del compromiso y el sacrificio por la causa. Complejo y desafiante, el campo intelectual francés del siglo xx cambiaba constantemente: surgieron nuevos nombres, nuevos periódicos, nuevas editoriales, colecciones y libros, nuevas asociaciones y comités de lectura, redefiniendo la geografía de la inteligencia, apelando a la urgencia

---

22 Christophe Charle, Jürgen Shriewer y Peter Wagner, comps., *Redes intelectuales transnacionales. Formas de conocimiento académico y búsqueda de identidades culturales*. Trad. José M. Pomares (Barcelona: Pomares, 2006).

de la movilización intelectual o restringiéndola ante el peso del sentido crítico y la independencia de la razón.

En el umbral de los treinta gloriosos y de la Guerra Fría, sobre París se ejercía la presión cultural e intelectual de New York, que le disputa el centro de la innovación cultural en cuanto ciudad-mundo, al ser la capital de la hegemonía norteamericana durante la segunda posguerra. Después de 1945, los artistas y escritores europeos refugiados en la capital francesa durante la época de entreguerras, no necesitaron hacerlo más. Según Alan Riding, los escritores americanos que llegaron huyendo del racismo y el macartismo (Wright, Himes, Jones, Burroughs, Ginsberg) fueron una excepción. “París se convirtió en exportadora de maestros modernos como Picasso, Matisse, Braque y Léger, que representaban ya una época pasada”, escribió: “incluso los líderes del movimiento surrealista, Dalí y Miró, habían regresado a España”.<sup>23</sup> Aunque París se mantuvo a la cabeza de la moda (Christian Dior), con creatividad en el teatro y la música (Vilar, Anouilh, Beckett, Messiaen, Boulez), en la danza y, sobre todo, en el cine, perdió terreno ante la influencia norteamericana.<sup>24</sup> No obstante, la literatura experimentó otro devenir: Gide obtuvo el Premio Nobel en 1947, Mauriac en 1952, Camus en 1957, justo cuando despuntaba la *nouveau roman* de Duras, Robbe-Grillet o Simon (nobel en 1985). Fue en esa época cuando Octavio Paz escribió, en el París de 1948 a 1950, *El laberinto de la soledad*. En el campo de la filosofía y los debates intelectuales, la inmensa presencia de Sartre (quien rechazó el Nobel de Literatura en 1964), junto a Simone de Beauvoir, tuvo un papel preponderante entre los intelectuales durante décadas.

El centro neurálgico fue París: lugar de paso del existencialismo al marxismo, lugar de confrontación del liberalismo contra el marxismo y de la derecha contra todos ellos. En los ‘años del compromiso’, la época de los dramas propios del mundo bipolar y el comienzo de los conflictos de la descolonización, se sucedieron las grandes polémicas intelectuales; lo que en *La saga des intellectuels français*, François Dosse llamó: “las fracturas del Sartrismo”.<sup>25</sup> Quizá no hay mejor ejemplo que estas para entender las tonalidades de las posturas que guardaron los intelectuales de izquierda frente a los grandes problemas de su época. Quizá también no haya mejor cantera para sistematizar la amistad, en tanto vínculo de sociabilidad, que permite explorar la manera en la cual la empatía une personalidades: Aron-Sartre, Foucault-Deleuze, Guattari-Deleuze,

---

23 Alan Riding, *Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis*. Trad. Carlos Andreu (Barcelona: Crítica, 2012), 405.

24 *Ibíd.*, 405-408.

25 François Dosse, *La saga des intellectuels français. Tome I: À l'épreuve de l'histoire, 1944-1968* (Paris: Gallimard, 2018), 99-139.

Ricœur-Derrida o Derrida-Levinas, por ejemplo, trazando relaciones de admiración y colaboración, facilitando las aproximaciones y los entrelazamientos, generando intercambios de grupo con publicaciones y asociaciones, mostrando, por consiguiente, el dinamismo de la marcha de las ideas ante la tesis del autor solitario. La empatía es importante antes, mucho antes, de haber devenido en rivalidades o rupturas: como si estas fueran causa y no consecuencia.<sup>26</sup>

El compromiso ideológico y la crítica, no contra Marx sino contra el marxismo-leninismo y, en particular, contra la sumisión de los intelectuales a la Unión Soviética, fue la bandera de Raymond Aron. Señalado –así como al Gide de *Retour de l'URSS* en el Congreso de Escritores Antifascistas durante la guerra civil española–, Aron fue juzgado por su ‘anticomunismo’. Enfrentado con Sartre, figura rectora del deber de compromiso y del combate político, quien en 1945, en la primera entrega de la revista mensual de izquierda, *Les Temps Modernes*, había sostenido que el escritor debía tener en claro su deber: “Queremos que él abrace estrechamente a su época”, evitando así la “tentación de la irresponsabilidad”,<sup>27</sup> la relación entre ambos filósofos, cofundadores de esta publicación comprometida con el tiempo del presente, devino en ruptura. Asiduo articulista en *Combat*, *Le Figaro* y *L'Express*, es quizá en *El opio de los intelectuales* donde Aron postuló una de las críticas más certeras al conformismo de los intelectuales marxistas, cuya publicación, en 1955, es anterior a las ondas de choque que, poco después, generaron la invasión soviética a Hungría, el xx Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), el deshielo estalinista, la nueva izquierda.

En una serie de desencuentros, primero con Aron, después con Camus, luego con Lefort y, al final, con Merleau-Ponty, Sartre rompió con todos. “No podían ofrecerse argumentos a quienes apoyaban el capitalismo y el imperialismo”, señaló Winock a propósito de la posición política de Sartre en plena Guerra Fría, explicando que él también condenaba la cuestión de los campos soviéticos, por ejemplo, pero se “ponía en guardia contra la explotación que había de ellos a diario en la prensa burguesa”.<sup>28</sup> Rebasando a la crítica desde la crítica-crítica, Aron escribió en la senda abierta por Julien Benda una generación antes, mientras redactaba *El opio de los intelectuales*: “me encontré ante todo con las palabras sagradas: izquierda, revolución, proletariado”, a las

---

26 François Dosse, *Amitiés philosophiques* (Paris: Odile Jacob, 2021). Véase la entrevista al autor, a modo de presentación del libro, en el sitio de la Librairie Mollat, París, 15 octubre de 2021. <https://bit.ly/3jllWje>

27 Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Les intellectuels en France*, 227.

28 Michel Winock, *El siglo de los intelectuales*, 681 y 689.



que definió como “mitos”.<sup>29</sup> Al apostar más por el compromiso que por la autonomía de la crítica, el autor de *El ser y la nada* y de *Crítica de la razón dialéctica*, fue quedándose solo. Gradualmente, mientras su estrella alcanzaba el cenit, en el firmamento intelectual su luz se eclipsaba. Foucault, Althusser, Lacan, Barthes y Lévi-Strauss serían los nuevos hechiceros del pensamiento y la teoría social, cuya influencia marcaría el panorama intelectual durante el resto del siglo xx, haciendo del estructuralismo la corriente que más adeptos reclutó, que más territorios se anexó y que más influencia ejerció en la segunda mitad del siglo.<sup>30</sup>

En Francia, como en el resto de Europa, los acontecimientos del mundo de la posguerra posicionaron a la inteligencia a favor o en contra de aquellos. No obstante, en virtud de la guerra de Argelia, la descolonización adquirió en Francia un lugar de primer orden. El país de los Derechos del Hombre emprendió una guerra de ocupación colonial contra unos nacionalistas que, al luchar por la libertad de su país, hacían suya una de las tres grandes promesas de la Ilustración, demostrando que la libertad no era monopolio del hexágono metropolitano; mientras que, en la “Algérie française”, era considerada una exigencia absurda, una excentricidad colonial, una insubordinación intolerable. Frente a ello, como era de esperarse, la prensa y las editoriales se convirtieron en un campo de batalla, en una prolongación de la intensidad del proceso de la descolonización norafricana, bien fuese para legitimar la ocupación o para legitimar la resistencia a la guerra.

*L'Algérie hors la loi*, libro capital en favor del movimiento nacionalista argelino, escrito en 1955 por Francis Jeanson, colaborador de *Les Temps Modernes* y de *Esprit*, editor de las Éditions du Seuil, es considerado por Michel Winock “el acta de nacimiento al mismo tiempo de la Revolución Argelina y del Estado argelino”.<sup>31</sup> Entre los pronunciamientos intelectuales de la época, sobresalió el *Manifiesto de los 121*. Firmado por Jean-Paul Sartre, Claude Roy, Alain Robbe-Grillet, Vercors, André Mandouze, Laurent Shwartz, Pierre Vidal-Naquet, Robert Narrat, Jean-François Revel, Maurice Pons, Jérôme Lindon, Simone Signoret, dicho manifiesto condenaba la guerra y la tortura, justificaba las redes de ayuda a los integrantes del Frente de Liberación Nacional (FLN), convocaba a los jóvenes soldados a la desertión.<sup>32</sup> Si después del período de guerra fueron

---

29 Raymond Aron, *El opio de los intelectuales*, 9.

30 François Dosse, *Historia del estructuralismo. Tomo 1: El campo del signo: 1945-1966*. Trad. María del Mar Linares (Madrid: Akal, 2004); *Historia del estructuralismo. Tomo 2: El canto del cisne: 1966-a nuestros días*. Trad. María del Mar Linares (Madrid: Akal, 2004).

31 Michel Winock, *El siglo de los intelectuales*, 748.

32 *Ibid.*, 751.



editados más de 250 libros, uno da cuenta de un profundo trauma psicosocial en la metrópoli, avizorado años atrás en el llamado del *Manifiesto* a la desmovilización: *Les héritiers du silence*, de Florence Dosse. Con el trauma psicosocial experimentado por las familias de los soldados (las mujeres, los hijos e hijas), a la mala conciencia de la ocupación colonial se aunó la mala conciencia de una sociedad malherida, cuyo silencio era mezcla de dolor, indiferencia, resentimiento, prohibición.<sup>33</sup> De tal suerte que, si para los herederos de los efectos de la guerra de Argelia esta fue un acontecimiento-ruptura, para quienes protagonizaron la resistencia intelectual, como los firmantes del *Manifiesto de los 121*, los efectos fueron el despido o la destitución.

Enardecida, la prensa de derechas contraatacó. Michel Winock escribió que, para los intelectuales de la derecha ideológica, la guerra de Argelia fue una oportunidad: “les había dado la posibilidad de revancha sobre la izquierda, instalada prácticamente con total hegemonía desde la Liberación. De nuevo eran visibles los intelectuales de derechas”.<sup>34</sup> En estos tiempos fuertes de compromiso político, el historiador Pierre Vidal-Naquet, cesado de su cargo en la Facultad de Letras de Caen, fue una valerosa figura pública durante el período. Considerado un intelectual dreyfusiano, al final de su vida Vidal-Naquet se presentó en un coloquio internacional en la Sorbona, consagrado a *l'affaire Dreyfus*, con una comunicación personal intitulada: “Mes affaires Dreyfus”. Su participación giró en torno de la historia de la acusación a dicho capitán y de la guerra de Argelia, pero también se enfocó en la crítica de los negacionistas del holocausto, a quienes años atrás él había bautizado como los “asesinos de la memoria”.<sup>35</sup> Considerados revisionistas, él escribió en torno suyo: “se pueden analizar sus textos como se hace la anatomía de una mentira”, enfatizando: “nada tengo que responderles y no lo haré. Tal es el precio de la coherencia intelectual”.<sup>36</sup> Por lo tanto, los varios estratos de los compromisos del historiador de la Grecia antigua: la verdad en el caso Dreyfus, la verdad en la guerra de Argelia, la verdad en el Holocausto, reivindican su posicionamiento ante los desafíos de la historia y lo que François Dosse, en su biografía sobre Vidal-Naquet, llamó “el modelo dreyfusiano”.<sup>37</sup>

---

33 Florence Dosse, *Les héritiers du silence. Enfants d'appelés en Algérie* (Paris: Éditions Stock, 2012).

34 Michel Winock, *El siglo de los intelectuales*, 756.

35 Pierre Vidal-Naquet, *Los asesinos de la memoria*. Trad. León Mames (México: Siglo XXI, 1994).

36 *Ibid.*, 15.

37 François Dosse, Pierre Vidal-Naquet. *Une vie* (Paris: La Découverte, 2020), 334-347.

Esta serie de compromisos, tomas de partido, acercamientos y distanciamientos, serían característicos de la inteligencia francesa durante todo el periodo de la Guerra Fría. “Se puede sostener que la historia de los intelectuales es el mejor instrumento que permite, a la usanza francesa”, escribieron Ory y Sirinelli, “definir el vocablo de ‘Guerra fría’”, así como precisar sus contornos cronológicos”.<sup>38</sup>

## Historia intelectual

A partir de las formas que ha tomado la historia de los intelectuales en Francia, al igual que sus mutaciones en el mundo anglosajón y en Alemania, ha habido una inflexión de los estudios sobre el campo, “transformando la historia de los intelectuales en historia propiamente intelectual”, según escribió François Dosse en la entrada “Historia Intelectual”, de la obra *Historiographies*.<sup>39</sup> No obstante, su definición, como advirtió Roger Chartier en su artículo sobre historia intelectual e historia de las mentalidades, del cual posteriormente surgió la entrada “Historia intelectual” del Diccionario de Ciencias Históricas, dirigido por André Burguière,<sup>40</sup> no es una empresa sencilla y, en su génesis, se resiente la influencia de la historia de las mentalidades. A su manera, las miradas de ambos historiadores son una especie de sonda, cuyo uso permite comprender cómo se ha configurado el territorio en cuestión.

El tránsito de la historia de los intelectuales a la historia intelectual corresponde al entrecruce de dos vías paralelas en emergencia. El estudio de los intelectuales, por supuesto. Su interés emergió en la década de 1980 con la creación del Groupe de Recherche pour l’Histoire des Intellectuels (GRHI), en 1985, dirigido por J-F. Sirinelli en el marco del Institut d’Histoire de Temps Présent (IHTP),<sup>41</sup> que estableció el territorio de estudio en un programa de investigación de un Instituto del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) de Francia. Este es el asidero intelectual del libro *Les intellectuels en France. De l’affaire Dreyfus à nos jours* (1987), de Pascal Ory y J-F Sirinelli; autor, este último, de *Génération intellectuelle: khâgneux et normaliens dans l’entre-deux guerres* (1988). Por su cuenta,

---

38 Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Les intellectuels en France*, 241.

39 François Dosse, “Histoire intellectuelle”. En *Historiographies I. Concepts et débats*, ed. de Christian Delacroix, François Dosse, Patrick Garcia y Nicolas Offenstadt (Paris: Gallimard, 2010), 382.

40 Roger Chartier, “Intelectual (Historia)”. En *Diccionario Akal de Ciencias Históricas*, dir. por André Burguière. Trad. E. Ripoll Perelló. (Madrid: Akal, 1991), 398-402.

41 François Dosse, *La marche des idées. Histoire des intellectuels, histoire intellectuelle*. (Paris: La Découverte, 2003), 9.

Michel Winock publicó el monumental *Le siècle des intellectuels* (1997) y en colaboración con Jacques Julliard, el *Dictionnaire des intellectuels français* (1996). Este dinamismo impulsado por grandes casas editoriales y la emergencia del estudio sistemático de los intelectuales —desde la academia, a diferencia del ámbito de las letras, como el caso de los libros de Julien Benda, *La trahison des clercs*, y de Raymond Aron, *L'opium des intellectuels*—, se corresponde con lo que Dosse llamó, primero, un cambio de paradigma en las ciencias humanas;<sup>42</sup> y después definió como una mutación en sí misma: “La desaparición de esta figura del intelectual universal que había encarnado Zola durante *l'affaire Dreyfus*”.<sup>43</sup>

Mientras el declive del modelo del intelectual comprometido se estaba produciendo (en plena crisis ideológica generada por el fin de la Guerra Fría y el colapso del sistema soviético), también lo hacía, despuntando a contracorriente, el estudio de los intelectuales y la historia intelectual. Al respecto, Dosse ha estudiado las mutaciones que esta última sufrió en Francia con el modelo polemológico (Bourdieu), la sociografía (Charle), la historia social de las ideas (Certeau, Le Roy Ladurie), la historia de la cultura popular (Mandrou) y la historia cultural (Chartier, Darnton), al igual que los cambios profundos en los Estados Unidos (White), Inglaterra (Skinner) y Alemania (Koselleck).<sup>44</sup> En este sentido, el vocabulario del análisis histórico da cuenta de estas mutaciones y de las especificidades nacionales, que a su vez son un testimonio del tipo de enfoque y las categorías, cuyas relaciones son específicas y problemáticas. Al respecto, la historiografía americana presenta dos categorías: la *intellectual history*, aparecida con la *New History* al principio del siglo xx; y la *History of ideas*, surgida en torno al *Journal of the History of Ideas*, fundada en 1940 por Arthur Lovejoy. En algunos países europeos, en Alemania, por ejemplo, *Geistesgeschichte* es dominante; en Italia *Storia intellettuale* no figura demasiado; mientras que, en Francia, *Histoire des idées* apenas existe como noción y como disciplina, e *histoire intellectuelle* parece haber llegado demasiado tarde para sustituir a las designaciones tradicionales (*histoire de la philosophie, histoire littéraire, histoire de l'art*) y languidece ante un nuevo vocabulario forjado esencialmente por los historiadores de *Annales: histoire des mentalités, psychologie historique, histoire social des idées, histoire socioculturelle*, etc.<sup>45</sup>

---

42 François Dosse, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines* (Paris: La Découverte, 1995).

43 François Dosse, *La marche des idées*, 10.

44 François Dosse, *La marche des idées*, 107-319.

45 Roger Chartier, “Histoire intellectuelle et histoire des mentalités”. En *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude* (Paris: Éditions Albin Michel, 2009), 27.

La nomenclatura representa campos del saber en emergencia, o en competencia por el reconocimiento institucional y el prestigio intelectual. Porosas, las fronteras entre ellos demuestran que los límites son franqueables y permiten el paso franco de objetos, métodos, técnicas o prácticas, aunque también se prestan a su transmisión descontrolada e instrumental la confusión de los enfoques y “la mescolanza de los enfoques colocados bajo su bandera”.<sup>46</sup> A las certidumbres lexicales de las otras historias (política, económica, social), la historia intelectual se opone a una doble incertidumbre del vocabulario que la designa: cada historiografía nacional posee su propia conceptualización y cada una de ellas entra en competencia con estas nociones, diferentes y, a menudo, mal distinguidas unas de otras.<sup>47</sup> Más allá de estas palabras que difieren entre sí, también pesa el hecho de que el objeto que designan está lejos de ser único y homogéneo. Aunque las definiciones difieren, configuran una idea de fuerza: “que el campo de la historia dicha intelectual cubre, en efecto, el conjunto de formas de pensamiento y que su objeto no tiene más precisión *a priori* que el de la historia social o económica”.<sup>48</sup>

Después de la segunda posguerra del siglo pasado, la historia intelectual fue desplazándose a través de lo que Chartier consideró, a mediados de los años ochenta, “tres preposiciones, enunciadas o implícitas, en los estudios clásicos de historia intelectual”.<sup>49</sup>

1) Las producciones del pensamiento deben ser asignadas a la sola inventiva de autores singulares; 2) son las intenciones explícitas de los autores las que dan el sentido de sus obras; 3) las concordancias observables entre las diferentes producciones intelectuales de una época se explican por juegos de préstamos e influencias, o por un “espíritu del tiempo” que marcan todos los comportamientos y pensamientos.<sup>50</sup>

Para él, las contribuciones de Lucien Febvre en el marco del proyecto de los primeros *Annales*, con *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, de 1942; de Norbert Elías, en *El proceso de la civilización*, publicado en 1939, con su apuesta por el estudio de los conceptos de *prozess* y de *figuration*; y de Erwin Panowsky, en *Architecture gothique et pensée scolastique précédé de l'Abbé Suger de Saint Denis*, de 1967, con el concepto de *habitus*, constituyen, en conjunto, una reformulación del “objeto propio de la historia intelectual”,

---

46 Roger Chartier, “Intelectual (Historia)”, 402.

47 Roger Chartier, “Histoire intellectuelle et histoire des mentalités”, 27-28.

48 *Ibíd.*, 29.

49 Roger Chartier, “Intelectual (Historia)”, 398.

50 *Ibíd.*, 398-399

escribió Chartier, puesto que a la historia de las ideas “sin riendas, de las ideas sin obligaciones de los pensamientos individuales”, se contraponía la de las “categorías compartidas y de los esquemas incorporados”.<sup>51</sup>

No obstante, para Chartier, tanto en el sentido de sus mutaciones temáticas o metodológicas, como en el desplazamiento de sus posiciones en el campo disciplinario de la historia, la trayectoria de la historia intelectual en Francia durante el siglo xx ha sentido la influencia y la vitalidad de un discurso que le llega del exterior: el de *Annales*. Más por la impronta de Lucien Febvre, que por Marc Bloch. Mientras que el peso de *La sociedad feudal*, en particular el capítulo “Maneras de sentir y de pensar”, es testimonio del nivel de jerarquía de la lengua y universos culturales en función de las condiciones de formación intelectual —de *Los reyes taumaturgos* y los artículos consagrados a las representaciones colectivas, los rumores, los bulos y las leyendas, Chartier nada menciona— es, no obstante, en el Febvre (fino lector de Charles Blondel y de Henri Wallon) del “utillaje mental” [*l’outillage mental*] aplicado a Lutero y Rabelais en las obras *Un Destin. Martin Luther* (1927) y *Le problème de l’incroyance au xvi<sup>e</sup> siècle. La religion de Rabelais* (1942), respectivamente. Allí el estudio de la sensibilidad, la incredulidad, la inseguridad o el miedo, interpretan la realidad psicológica e intelectual.

En este sentido, para Chartier es Lucien Febvre quien indica la vía a seguir en un análisis histórico que moldee los hechos de mentalidad, tal y como los construían por entonces los sociólogos durkheimianos, o como los etnólogos lo hacían siguiendo la vía de Lévy-Bruhl. No obstante, a contracorriente de esta ruta, que a partir del enfoque de la psicología histórica de Febvre traza la impronta de la historia de las mentalidades en la historia intelectual, Carlo Ginzburg consideró que el impulso dado por Febvre “ha sido en realidad un falso punto de partida”. Para él, su influencia ni siquiera puede verse en los estudios de psicología histórica de Vernant sobre el mito y el pensamiento en los griegos,<sup>52</sup> cuyas páginas “evitan casi deliberadamente hacer referencias a Febvre y a sus continuadores”.<sup>53</sup> A pesar de la certera crítica de Ginzburg, me parece que

---

51 *Ibíd.*, 399.

52 Jean-Pierre Vernant, *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Trad. Juan Diego López Bonillo. (Madrid: Ariel, 2001 [1965]).

53 Carlo Ginzburg, “Prólogo a la edición italiana de *Los reyes taumaturgos*, de Marc Bloch”. En *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch* (Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, 2015), 63. La crítica permite introducir un matiz necesario. Febvre le reprochó a Bloch justo lo que Chartier atribuye como un mérito de Febvre: el estudio de los sistemas de creencias, de valores y representaciones de una época o un grupo. En 1939, Febvre reprochó a Bloch el “esquematismo” de La sociedad feudal; su “sociologismo, que es una forma seductora de lo abstracto”. Lucien Febvre, “La société féodale: une synthèse critique”. En *Pour une histoire*

la tesis de Chartier se sostiene en lo general. En la medida que *El problema de la incredulidad religiosa en el siglo xvi* rescata indirectamente actitudes y representaciones inconscientes; o bien, que *La sociedad feudal*, cuyo objetivo era comprender “una civilización todavía animada de una gran fecundidad mítica”,<sup>54</sup> fue una obra concebida con ciertas dificultades: “tendremos que limitarnos aquí a retener las orientaciones de pensamiento y de sentimiento cuya acción sobre la conducta social parece haber sido particularmente fuerte”.<sup>55</sup> Solo en este sentido la tesis de Chartier es válida: la posición de los historiadores de la primera generación de *Annales* “ha pesado fuertemente sobre la evolución de la historia intelectual francesa”,<sup>56</sup> puesto que lo que le importa a esta última es comprender “más que las audacias de lo pensado, sobre todo los límites de lo pensable”.<sup>57</sup> Para Chartier, esta aproximación de las representaciones colectivas, de los utillajes mentales y de las categorías intelectuales disponibles y compartidas en una época determinada, permite observar la percepción y la representación del mundo, cómo se definen los límites de eso que es entonces posible de pensar.

¿Cuál es, entonces, el objeto de estudio propio de la historia intelectual? ¿Es la revelación de la idea, o más bien los usos que de ella se hacen? ¿Es el momento creador del cual emerge un pensamiento original, o se trata del proceso de circulación y consumo, de su transmisión de un libro a otro, de una lengua a otra,

---

*à part entière* [1962] (Paris: EHESS, 1982), 424-425. A pesar de la incompreensión de Febvre hacia *La sociedad feudal*, años más tarde y después de la desaparición de Bloch, la ‘admiración’ de Febvre por la obra de su colega fue en aumento. Él se inspiró en *La sociedad feudal*, que había considerado ‘esquemática’, para escribir los capítulos v y vi de uno de sus libros (cursos 1945-1946 y 1946-1947 en el Collège de France), cuyo manuscrito se extravió durante años y su hallazgo fue por completo casual. Lucien Febvre, *Honor y patria*. Trad. Aurelia Álvarez Urbajtel. Texto establecido, presentado y anotado por Thérèse Charmasson y Brigitte Mazon. Prefacio de Charles Morazé (México: Siglo xxi, 1999). De igual manera, al seguir de cerca una reseña de Marc Bloch, los capítulos v-vii de otro libro suyo (curso 1944-1945 del Collège de France) alcanzan el tono de un contexto comprobatorio de la tesis emitida por Bloch: “Europa, a mi entender, surgió justo cuando cayó el imperio romano”. A partir de ahí, Febvre escribe y escribe capítulos enteros. Lucien Febvre, *Europa. Génesis de una civilización*. Trad. Juan Vivanco. Prólogo de Marc Ferro (Barcelona: Crítica, 1999).

54 Marc Bloch *La sociedad feudal*. [1939-1940]. Trad. Eduardo Ripoll Perelló. Prólogo de Henri Berr (Madrid: Akal, 1986), 104.

55 *Ibíd.*, 105.

56 Roger Chartier, “Histoire intellectuelle et histoire des mentalités”, 40.

57 *Ibíd.*



de una a otra cultura? “Esta historia intelectual”, escribió François Dosse, “simplemente tiene como ambición el hacer que se expresen al mismo tiempo las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer”, pero de una manera que “rechaza la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad. La historia intelectual pretende dar cuenta de las obras, de los recorridos, de los itinerarios, más allá de las fronteras disciplinares”.<sup>58</sup>

Chartier y Dosse, cada uno a su manera, trazaron dos líneas de fuerza a propósito de *Fin-de-siècle. Vienna*: una vertical o diacrónica, que remite a un texto o a un sistema de pensamiento; la otra horizontal o sincrónica, que restablece al contenido del objeto intelectual en los demás dominios de la misma época. Por tanto, con la intención de mantener juntas ambas dimensiones, en *La Viena de fin de siglo: política y cultura*, el historiador norteamericano Carl Schorske conjugó el registro diacrónico con el registro sincrónico. De acuerdo con ello, apuntó:

El historiador (...) pretende ubicar e interpretar temporalmente el producto cultural en un campo en el que se produce la intersección de dos rectas. Una es vertical o diacrónica, y con ella se establece la relación de un texto o un sistema de pensamiento con expresiones anteriores de la misma rama de la actividad cultural (...). La otra es horizontal o sincrónica, y permite analizar la relación del objeto intelectual estudiado con lo que surge en otras ramas y otros aspectos de la cultura en la misma época.<sup>59</sup>

¿Hay dos tipos de historia intelectual, diferentes la una de la otra tanto por sus premisas como por sus conclusiones, al igual que por sus procedimientos y sus objetivos? Se cuestionaba Chartier. Una que corresponde a “los pensamientos de las élites”,<sup>60</sup> estudiada a través de lecturas de obras filosóficas, científicas o literarias; otra que está enfocada a las “mentalidades comunes”, susceptible de un acercamiento colectivo, antes que individual, con base en el tratamiento estadístico de materiales anónimos, en ocasiones devenidos en anomalías antes que en normas. Con una orientación similar, Dosse consideró que *El queso y los gusanos*,<sup>61</sup> de Carlo Ginzburg, uno de los fundadores de la *microstoria*, corresponde al segundo tipo. Mientras que Chartier la llamó “prosopografía de lo popular”, a través de la cual se pudo formular y articular un “sistema de repre-

---

58 François Dosse, *La marche des idées*, 11.

59 Carl Schorske, *La Viena de fin de siglo: política y cultura*. Trad. Silvia Jawerbaum y Julieta Barba. (Buenos Aires: Siglo XXI, 2011), 19.

60 Roger Chartier, “Intelectual (Historia)”, 400.

61 Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Trad. Francisco Martín (México: Océano, 2000).



sentaciones del mundo natural y social”,<sup>62</sup> para Dosse se trata más bien de un “bricolaje intelectual personal” que hace de Doménico Scandella (Menocchio), el molinero friuliano del siglo xvi condenado a la hoguera al haber sido acusado de herejía, no solamente el portador de “una cosmogonía del todo original”, sino un intelectual: “¿No es él, a su manera, un intelectual?”,<sup>63</sup> se cuestiona Dosse. A través de Menocchio, Ginzburg accedió a un sustrato de creencias populares antiquísimas que, si la Reforma hizo aflorar, Menocchio logró cristalizar. Al no haber determinación contextual (la Reforma) ni medios para la circulación de las ideas (la imprenta) ni la autonomía del genio creador de un cosmos —como José Arcadio Buendía, quien solo, tras largas noches de vigilia y largos días de actividad frenética, descubrió que la tierra era redonda como una naranja—, sino la puesta a punto de un desciframiento, se echa mano de la relación entre morfología (registro vertical) e historia (registro horizontal),<sup>64</sup> de remotas tradiciones rurales que afloraron, ya cristalizadas, a través de un molinero para quien el cosmos era como un queso que se pudre: “todo era un caos, es decir, tierra, aire, agua y fuego juntos; y aquel volumen poco a poco formó una masa, como se hace el queso con la leche y en él se forman gusanos”.<sup>65</sup> Con esta inventiva sobre la Creación, Menocchio se enfrentó al Santo Oficio.

## Intentar el experimento: hacer la historia (intelectual)

En este sentido, los objetivos de la historia intelectual no están dados: libros, ideas, creencias, itinerarios, debates, polémicas, las categorías de lo pensable, las fronteras disciplinares, evidentemente. Hay temas y fuentes. Pero la perspectiva no se reduce a ellas puesto que, como en otras disciplinas, en la historia testimonio no es método ni ciencia. En ese entendido, para Chartier la tarea es clara: “La historia intelectual debe reconstruir no unos objetos, sino unas objetivaciones”.<sup>66</sup> Esta última perspectiva “no es de ningún modo una disciplina con sus objetivos y sus métodos propios, como lo prueba a porfía la mescolanza de los enfoques colocados bajo su bandera”.<sup>67</sup> Su valor, para el historiador francés,

---

62 Roger Chartier, “Intelectual (Historia)”, 400.

63 François Dosse, *La marche des idées*, 27.

64 Carlo Ginzburg, “Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario veinticinco años después”. Trad. Carlos Aguirre Rojas. *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, n.º 7. (sep. 2006-feb. 2007): 7-16.

65 Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, 41.

66 Roger Chartier, “Intelectual (Historia)”, 401.

67 *Ibíd.*, 402.

es sobre todo heurístico. La heurística, por su raíz griega, se define como “hallar, inventar”.<sup>68</sup> Se trata de un hallazgo, pero también de una invención. Por tanto, es necesario “conceptualizar con rigor sus objetivaciones”,<sup>69</sup> pues es un campo abierto, en movimiento, susceptible de ser pensado.

La oposición entre producción y recepción es uno de los grandes temas de la historia intelectual. Puesto que la recepción cultural es en ocasiones considerada exactamente lo opuesto a la creación intelectual: pasividad contra inventiva, dependencia contra libertad, autonomía contra alienación.<sup>70</sup> Quizá uno de los casos más interesantes para estudiar el problema de la producción/recepción y para medir la relación circulación/consumo, es justamente el de las influencias intelectuales. Al respecto, me gustaría poner un ejemplo: el de la historia comparativa, en el marco de la tradición metodológica francesa de *Annales*, y en particular el caso de Marc Bloch y el método comparativo, cuya importancia le viene por el hecho de ser un punto de confluencia de las ciencias sociales del siglo XIX y el primer tercio del XX.<sup>71</sup> Y es, a su manera, un ejercicio de heurística: una indagación, más que una comprobación. Veamos.

El país de las comparaciones que los historiadores descubrieron por cuenta propia, había sido recorrido incontables veces por exploradores de otras disciplinas. Mientras que los primeros lo consideraron un país extranjero, los etnólogos, sociólogos y lingüistas tenían en él su arqueología y folklore. Desde finales del siglo XVIII, con las obras de Grimm, Bopp, Müller, Rask y Schleicher, en la lingüística histórica se practicaba la comparación acercando, a través del lenguaje, a dicha disciplina con la antropología gracias a las investigaciones de E. B. Tylor, J. F. Firth, B. Malinowski o F. Boas. Por su cuenta, Fustel de Coulanges, en *La Cité antique* (1864), había filtrado la comparación desde la etnología victoriana hasta la sociología durkheimiana, asimilándola en el terreno de la historia. De este modo, su posición en el campo de la historiografía francesa fue fundamental para la red de transferencias y los juegos de intercambio del método comparativo: Fustel no solo lo practicó, también lo dispersó entre sus alumnos más cercanos: C. Jullian, G. Bloch (padre de Marc), H. Berr, G. Glotz, É.

---

68 Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, T2, 22ª edición (Madrid, 2001), 1204.

69 Roger Chartier, “Intelectual (Historia)”, 402.

70 *Ibíd.*, 399.

71 Carlos Alberto Ríos Gordillo, *Las formas de la comparación: Marc Bloch y las ciencias humanas. Ensayo de morfología e historia* (México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Siglo XXI/Anthropos, 2016), 47-151. Y también: “En los orígenes de la historia comparativa. Campos de transferencias y circulación de saberes, siglos XIX y XX”. *Revista de História*, n.º 181 (agosto 2022): 1-26.

Durkheim; e influyó en otros más jóvenes, como L. Gernet (quien fue compañero de R. Hertz, M. Mauss, M. Bloch), a su vez, maestro de J.-P. Vernant, cabeza en jefe de una corriente de helenistas en la que figuran P. Vidal-Naquet, M. Detienne, N. Loraux, F. Hartog.

Correspondencias, lecturas cruzadas, filtraciones y asimilaciones entre disciplinas distintas y medios intelectuales diferentes son la clave para comprender este campo de transferencia. Antoine Meillet encontró en la obra de su maestro Durkheim una herramienta para descifrar los ‘hechos lingüísticos’ al asimilarlos como ‘hechos sociales’. El lenguaje como ‘hecho’ de civilización es una clara innovación metodológica que los durkheimianos habían hecho a partir de E. B. Tylor, H. S. Maine o J. Frazer. En este sentido, la recepción en la lingüística de las variaciones, clasificaciones, pruebas y leyes de carácter general, propuestas por la sociología y la antropología, fue posible porque había un *humus* proclive para ello (una tradición comparatista) y un agente interesado en esta germinación (Meillet). Esto es claro en la lingüística, así como en la historia. Si a la filtración de Fustel y Meillet se añade la influencia de Pirenne —el eslabón entre el método comparativo de Lamprecht, con M. Bloch y L. Febvre—, el campo de transferencias adquiere la imagen de un crisol donde se bañan todos los colores, cuyas tonalidades hacen de la formación de la historia comparativa un punto de encuentro para los tipos del método comparativo, usado en las ciencias sociales durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX.

Las transferencias muestran el dinamismo de las relaciones entre los científicos, la atención y el reconocimiento de un método que, aun cuando se practica en disciplinas distintas (sean idiográficas o nomotéticas, sean recientes y en expansión o clásicas e institucionalizadas), demuestra un potencial extraordinario en cada una de ellas. Esta confluencia no es resultado de una recepción pasiva, sino activa y creativa: ahí donde el método comparativo fue asimilado, también fue sujeto a un uso maleable. Aunque en ocasiones la transmisión fue directa, a menudo ha sido filtrada. No se trata de un árbol genealógico cuya raíz apunte hacia la última hoja. No es así. Las influencias, los préstamos, las correspondencias a menudo son reconocibles, pero suelen ser difusas. Incluso los propios protagonistas no tienen plena conciencia de los cauces por los cuales ha fluido el conocimiento aprendido. Harold Bloom consideraba que cada discípulo tomaba algo de su mentor, pero de manera creativa, a fin de transformar e innovar la herencia recibida. La angustia reside en ubicarla en un momento de su recorrido, en su maleabilidad y metamorfosis.<sup>72</sup>

---

72 Harold Bloom, *The anxiety of influence. A theory of poetry*. (Oxford: Oxford University Press, 1997).

Si bien es cierto que hay una actitud crítica, creativa y alerta que depura las ideas o los métodos aprendidos, una *inventio* que representa la creatividad del autor en tanto receptor agudo y creativo, el trasvase es complejo. En la medida en que ocurre, la influencia original se transforma, al mismo tiempo que el conocimiento adquirido también se modifica. Así, las ideas tanto como los métodos tienen su grado de resistencia y maleabilidad. No se siembran en un terreno yermo o deshabitado, sino todo lo contrario. Las prácticas de grupo, o de gremio, son como las generaciones microbianas: le sirven de *humus* a un virus que ahí encuentra un lugar propicio para reproducirse. En esta singular confluencia científica se encuentra la base que hizo germinar la práctica cruzada, con una sincronía asombrosa del método comparativo, lo cual no es más que la expresión del fervor comparatista.

Creatividad e innovación metodológicas se mezclan con la posición de las piezas en el tablero. Las correas de transmisión entre métodos no respetan fronteras nacionales, al igual que tampoco lo hacen con las fronteras disciplinares: entre ambas, el método comparativo fue un forastero, un indocumentado que migró de uno a otro lado durante incontables travesías, a lo largo de dos siglos. Su transmisión generó una red de expansión que vinculó a las disciplinas (antropología, sociología, historia, lingüística) aunque también circuló por otras tantas (jurisprudencia, geografía, psicología, política, economía). En cada uno de estos viajes la recepción fue activa, creativa, pero la síntesis intelectual de los tipos anteriores (Frazer, Durkheim, Meillet, Pirenne) ocurrió en el caso de la historia, cuyas influencias recíprocas e intercambios (Lamprecht, Pirenne, Bloch) son, en realidad, tan solo un momento de la circulación del método comparativo en las ciencias sociales: una filiación, una definición, una travesía de una circulación que hasta el momento no deja de suscitarse. No obstante, en este momento específico, surgió la definición de la historia comparativa y su forma de abordaje en sus dos tipos: comparaciones de larga y corta distancia; comparaciones diacrónicas y sincrónicas. Estos corresponden al momento de fundación de la historia comparativa en tanto paradigma científico contemporáneo, cuyo carácter y naturaleza se debe a la impronta de las ciencias sociales en los dominios de Clío, en cuya tarea Marc Bloch desempeñó un lugar de primer orden.<sup>73</sup> Compenetrado por el espíritu de esta idea, él escribió en su artículo-manifiesto sobre la historia comparativa: “No comparezco ante ustedes como ‘descubridor’ de una nueva panacea”.<sup>74</sup>

---

73 Hartmut Atsma y André Burguière, comps., *Marc Bloch, aujourd’hui. Histoire comparée et sciences sociales*. (Paris: ehess, 1990).

74 Marc Bloch, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”. En *Historia e Historiadores*. Comp. Étienne Bloch. Trad. F. J. González García (Madrid: Akal, 1999), 113.

En este sentido, es conveniente reflexionar sobre lo que Chartier advirtió hace más de una generación acerca del carácter diletante de la historia intelectual: “la mescolanza de los enfoques colocados bajo su bandera”.<sup>75</sup> Coyuntural o no, superada o no, está presente todavía la tentación de convertirla en un cajón de sastre donde todo encuentra lugar. Quizá no sea una actitud reflexiva, sino algo que se haga como en el caso de monsieur Jourdain, el famoso personaje de *El burgués gentilhomme*, de Molière: “sin saberlo”. Entonces, parece sensato considerar la necesidad de la objetivación antes que la reificación de las categorías, la voluntad hermenéutica y la necesidad de plantearse problemas, antes que usar teorías, métodos y etiquetas, manteniendo así aquello que Foucault llamó “la voluntad de saber”, antes que defender la identidad del grupo, el gremio o el proyecto de investigación.

El gran sinólogo Marcel Granet, autor de *La civilisation chinoise* (1929) y de *La pensée chinoise* (1934), a quien Arnaldo Momigliano consideró: “después de Marc Bloch, el historiador francés más original del período comprendido entre las dos guerras mundiales”,<sup>76</sup> un día pronunció una frase que nos ha llegado a través de Georges Dumézil: “El método es el camino, una vez que lo hemos transitado”. Si bien la palabra ‘método’ deriva del griego, para Carlo Ginzburg la etimología propuesta por Granet: *meta-hodos*, “después del camino”, acaso sea imaginaria,<sup>77</sup> aunque posee todas las cualidades de un síntoma. A partir de esta frase, Ginzburg se reivindica partidario de una concepción experimental de la investigación, según la cual el método no puede ser trazado antes de la investigación: como si este pudiera prescindir de la investigación empírica, considerándola una prescripción a *posteriori*. “Resaltar el itinerario de una investigación en el momento en que ella ya ha llegado a una conclusión”, escribe Ginzburg, “siempre conlleva, como es notorio, un riesgo: el de la teleología”.<sup>78</sup> Todo se explica por el final: las dudas, las incertidumbres, el azar quedan ocultos tras el peso del trabajo terminado cuando, por el contrario, desempeñan un papel de primer orden en la manera en la cual no solo transcurre la investigación, sino en la forma en la cual se innova y se transgreden las prácticas habituales. Si el camino de la investigación no significa deambular hasta extraviarse, no es menos cierto que tampoco se trata de preservar el ritual y el dogma entre los

---

75 Roger Chartier, “Intelectual (Historia)”, 402.

76 Arnaldo Momigliano, “Georges Dumézil y el enfoque trifuncional de la civilización romana”. En *De paganos, judíos y cristianos*. Trad. Stella Mastrangelo (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), 470.

77 Marcel Granet, apud. Carlo Ginzburg, “Brujas y Chamanes”. En *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Trad. Luciano Padilla López (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010), 413.

78 Carlo Ginzburg, “Brujas y Chamanes”, 413.

fieles. “Desde un principio el historiador sabe qué quiere, lo busca, finalmente lo encuentra”, escribió Ginzburg con base en su propia experiencia, sosteniendo: “Pero para la investigación real, las cosas no suceden así en modo alguno”.<sup>79</sup>

Entre 1961 y 1962, después de andar dando vueltas por Italia en pos de los archivos de la Inquisición en el Archivo Estatal de Venecia, se topó con el expediente de Menichino della Nota, quien relataba sobre unos vuelos nocturnos, unas batallas de cuyo resultado dependía la fertilidad de las cosechas: si ganaban los que habían nacido “con la camisa”, los llamados *benandanti*, la cosecha sería abundante; si ganaban los brujos, habría carestía.<sup>80</sup> Lo que él recuerda de ese momento constituye un claro ejemplo del por qué la suerte solo favorece a quien la busca:

Recuerdo perfectamente que, después de leer ese documento (no más de tres o cuatro páginas), entré en un estado de agitación tan fuerte que debí interrumpir el trabajo. Mientras que paseaba frente al archivo fumando un cigarrillo tras otro, pensaba que había tenido un extraordinario golpe de suerte. Todavía lo pienso, pero hoy en día esta constatación me parece insuficiente. El azar me había puesto frente a un documento por completo inesperado: ¿por qué (me pregunto) mi reacción había sido tan prontamente entusiasta? Era como si de pronto hubiese reconocido un documento que me era perfectamente ignoto hasta un minuto antes; no sólo era eso: era profundamente distinto a todos los procesos de inquisición con que había dado hasta ese momento.<sup>81</sup>

Esto evoca una idea de la investigación que se asemeja a la huida del laberinto del Minotauro. Gracias al hilo de Ariadna, Teseo pudo orientarse entre los peligrosos vericuetos del laberinto hasta encontrar la salida. Para Ginzburg, esta concepción se encuentra en un borrador de Marc Bloch, “Reflexiones para el historiador curioso de método”, verdadero adelanto de *Apología para la historia*, que el historiador francés comenzó a escribir el 23 de septiembre de 1939 a modo de un prólogo al libro que jamás vería terminado: *Histoire de la société française dans le cadre européen* [Historia de la sociedad francesa en el marco de la civilización europea]. Ahí sostuvo una idea que el autor del célebre artículo dedicado a los indicios destacó por su originalidad:

Como todo conocimiento, en no importa cuál orden de la ciencia, el conocimiento histórico tiene sus propios límites. Lo más inmediatamente aparente

---

79 *Ibíd.*, 414.

80 Carlo Ginzburg, *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos xvi y xvii*. Trad. Dulce María Zúñiga Chávez y Juan Carlos Rodríguez Aguilar (México: Universidad de Guadalajara, 2005).

81 Carlo Ginzburg, “Brujas y Chamanes”, 423.

depende de las condiciones que se imponen a la observación. Esta nunca es directa. De todos los fenómenos que estudia, el historiador sólo capta las huellas que, después de todo, éstos han dejado.<sup>82</sup>

El historiador es un rastreador de esas huellas. No solo las identifica, sino que las lee y las interpreta. Traduce de un fenómeno a otro, de un tiempo a otro, de una a otra cultura. Al hacerlo, transgrede las disciplinas y los campos de estudio; se obliga a salir del confort y del provincialismo de la especialidad científica. ¿Acaso esta curiosidad por el método indiciario no se encuentra tanto en Apología para la historia, como en *El queso y los gusanos*? Estoy tentado a afirmar que esto es lo que Roger Chartier sostenía, al final de su entrada en el *Diccionario de Ciencias Históricas*, al reivindicar el “valor heurístico” de la historia intelectual: menos sus ‘objetos’ que sus ‘hallazgos’, más su ‘inventiva’ que sus ‘certidumbres’.

¿Cuál de las dos dimensiones tendrá la capacidad —diría Hegel— de subsumir a la otra y de ser así su ‘verdad’? Si el desafío se juega a partir de la tensión entre las certezas y los nuevos descubrimientos, entonces los viejos problemas podrán adquirir una nueva tonalidad, mientras que los contemporáneos serán el crisol donde se bañen todos los colores.

---

82 Marc Bloch, “Réflexions pour un lecteur curieux de méthode” [1939]. En *L’histoire, la Guerre, La Résistance*. Édition établie par Annette Becker et Étienne Bloch (Paris: Gallimard, 2006), 509.





## La escuela de Cambridge

FRANCISCO QUIJANO VELASCO

### Orígenes, presupuestos y adversarios

**L**a *escuela de Cambridge* es una corriente historiográfica que en la segunda mitad del siglo xx contribuyó a la transformación de la *tradicional* historia de las ideas. De la mano de otras propuestas metodológicas para estudiar la historia del pensamiento —por ejemplo, la historia conceptual, la sociohistoria del conocimiento o los enfoques genealógicos— los trabajos de la escuela de Cambridge posibilitaron la emergencia de la *renovada* historia intelectual.

Si tuviéramos que explicar en unas cuantas palabras los postulados metodológicos de la escuela de Cambridge podríamos decir que se trata de una aproximación contextual a la historia del pensamiento centrada en el estudio de los lenguajes, los discursos y las discusiones políticas del pasado. Su punto de partida lo podríamos ubicar en la década de 1960, cuando un grupo de historiadores vinculados a la Universidad de Cambridge criticó la forma en que se hacía en Inglaterra la historia de la filosofía política y propuso una serie de alternativas. Entre estos pensadores destacan John Dunn, John Pocock y Quentin Skinner, quienes elaboraron estudios históricos y, en el caso de los últimos dos, diversos artículos de corte teórico y metodológico. Con el paso del tiempo, otros investigadores, algunos discípulos de ellos, se sumaron a la lista de autores vinculados con esta corriente, tal es el caso de Donal Winch, Richard Tuck, James Tully o Anabel Brett.

El término “escuela de Cambridge” se acuñó desde principios de la década de 1970. Sin embargo, la existencia de una *escuela* en términos formales es cuestionable, al no existir un manifiesto o texto colectivo que fije una postura en común, y al no haber revistas académicas, centros de investigación o de ense-

ñanza que establezcan entre ellos y sus propuestas vínculos institucionales. Asimismo, algunos de estos autores, incluido el mismo Pocock, salieron pronto de Cambridge y desarrollaron sus carreras académicas en otras universidades. La colección de libros *Ideas in Context* publicada por la Universidad de Cambridge es, quizás, su única expresión institucional. Las diferencias entre ciertos postulados metodológicos e historiográficos de sus dos principales representantes, Skinner y Pocock, a las que volveremos más adelante, han abonado también a las dudas sobre la pertinencia de hablar de una *escuela*.

No obstante, es posible identificar diversos elementos comunes en A) sus intereses y presupuestos, B) las fuentes que utilizan y C) los adversarios con los que polemizan, lo cual permite agrupar a estos autores en una misma corriente o movimiento historiográfico e, incluso, usar la categoría de *escuela* en un sentido laxo.

Entre (A) los intereses y presupuestos comunes, destaco los siguientes:

- El interés en analizar, desde la disciplina histórica, tratados de filosofía política o moral. Es decir, no desde la filosofía, la filología, la crítica literaria o la ciencia política; ni de cualquier tipo de texto, por ejemplo, panfletos, textos jurídicos o documentos de gobierno.
- La predilección por realizar estudios sobre historia del pensamiento político de la modernidad temprana (siglos XVI-XVIII).
- La concepción de los discursos escritos como acciones llevadas a cabo dentro de discusiones, polémicas o disputas políticas específicas.
- La adopción de un enfoque de análisis contextual e intertextual.
- Su atención en la dimensión lingüística y retórica de los textos.

Con respecto a (B) las fuentes de esta corriente, Dunn, Pocock y Skinner coinciden en valorar el estudio de su maestro Peter Laslett sobre los *Dos tratados sobre el gobierno civil*, de John Locke, como una suerte de antecedente de sus propuestas.<sup>1</sup> Al mismo tiempo, como veremos más adelante, Skinner y Pocock reconocen la deuda de su metodología con las propuestas realizadas desde la filosofía del lenguaje por Ludwig Wittgenstein y John Austin; así como con el historicismo del filósofo e historiador R. G. Collingwood.

Mencioné también la existencia de (C) adversarios comunes. Al analizar las disputas intelectuales en las que participan los autores de la escuela de Cambridge es posible identificar, cuando menos, dos contextos polémicos: el metodológico

---

1 Peter Laslett, "Introduction". En John Locke, *Two Treatises of Government* (Cambridge: Cambridge University Press, 1960).

y el político-ideológico. En cuanto al primero, podemos a la vez distinguir tres frentes de discusión, dos abiertos y explícitos, y un tercero indirecto.

La escuela de Cambridge, como se mencionó, surgió del malestar de un grupo de historiadores por la forma dominante en que se hacía la historia de la filosofía moral y política en Inglaterra a mediados del siglo xx. Skinner utilizó la categoría “historia de las ideas” para referirse a estos trabajos, caracterizados por concebir las ideas como entes abstractos, dotados de una agencia propia que les permitiría desplazarse en el tiempo más allá de sus contextos de enunciación. Estas historias tenían como objeto de estudio a autores “canónicos” que reflexionaron sobre ciertos conceptos o problemas considerados perenes y trascendentales, como la libertad, el origen del poder o la democracia. Se trataba de aproximaciones a textos del pasado con una alta carga normativa, que —en palabras de Skinner— buscaban dar cuenta de la sabiduría inmemorial que contenían en forma de ideas universales.<sup>2</sup> Los académicos que escribían este tipo de historias fueron los primeros y más importantes adversarios de la escuela de Cambridge.

En el polo opuesto a la tradicional historia de las ideas, los historiadores de la escuela de Cambridge encontraron a otro grupo de autores con el que también polemizaron de manera abierta y frontal; me refiero a quienes suelen englobarse bajo la categoría de críticos posmodernos. En este caso, no se trató de debates “fundadores” sino de discusiones que se presentaron en las décadas de los setenta y ochenta del siglo xx, conforme se fueron consolidando las propuestas metodológicas de ambas corrientes. Ubicados todos en el llamado “giro lingüístico”,<sup>3</sup> su divergencia responde a su postura con respecto al lugar que

---

2 La crítica de Skinner al proceder de la historia de las ideas se encuentra principalmente en su famoso artículo “Meaning and understanding in the history of ideas”, publicado por primera vez en *History and Theory*, vol. 8, n.º 1 (1969). En 2002, Skinner publicó un volumen en el que compiló, con una edición revisada y actualizada, sus principales artículos teóricos y metodológicos, incluyendo el referido: Quentin Skinner, *Visions of Politics. Volume I. Regarding Method* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002). Una selección de estos artículos traducidos al español fue editada por Enrique Bocardo Crespo, *El giro conceptual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios* (Madrid: Tecnos, 2007).

3 La categoría “giro lingüístico” remite a una transformación que se presentó en la segunda mitad del siglo xx dentro de una parte de la filosofía, y de las humanidades en general, que propuso dejar de concebir el lenguaje como un medio transparente para describir la realidad y entenderlo, en cambio, como un medio que produce la realidad misma, o lo que consideramos como tal. Así, en este movimiento, las humanidades renunciaron a concebirse como ciencias de indagación empírica para convertirse en disciplinas cuyos objetos de estudio debían

debe ocupar el autor en el proceso de interpretación de los textos del pasado, en concreto, a la posibilidad y utilidad de conocer su intención original. Algunos pensadores posmodernos desestimaron este propósito, considerándolo inútil o imposible de alcanzar, al grado de declarar “la muerte del autor”.<sup>4</sup> Para los autores de la escuela de Cambridge, en cambio, conocer la intención del autor es fundamental para distinguir lecturas aceptables y no aceptables, en términos historiográficos, de los textos filosóficos y literarios del pasado.

Las propuestas de Pocock y Skinner se opusieron a los presupuestos de una tercera perspectiva historiográfica, aunque en este caso sin mantener un debate explícito. Me refiero a ciertas corrientes materialistas, como la historia social británica y la escuela de los Annales, que tenían una fuerte presencia en la academia europea cuando se conformó la escuela de Cambridge. La configuración de un método, que se presentaba como crítico y novedoso, cuyo objeto de estudio tenía que ver con la política y las élites, y que se movía en la temporalidad del acontecimiento, iba a contracorriente de la forma en que las escuelas mencionadas sostenían que debía hacerse la historia; y aún más, al defender que la esfera ideológica e intelectual podía analizarse privilegiando el contexto lingüístico e intertextual, dejando en un segundo plano el económico y el social.

De forma paralela a estos tres frentes de discusión metodológica, Skinner y Pocock intervinieron también en controversias de carácter político, lo que contribuyó a que se consolidara la idea de una escuela. Estas discusiones se presentaron en el terreno historiográfico y estuvieron definidas por un objeto de estudio, el llamado republicanismo clásico. Ambos autores dedicaron diversos estudios para —en sus palabras— rescatar esta tradición política del olvido.<sup>5</sup>

---

ser las convenciones y usos lingüísticos, y su objetivo dilucidar las relaciones entre discursos, enunciados o conceptos. Dentro de la historiografía, quienes se ubican en el giro lingüístico desafían la idea de que es posible reconstruir el pasado “tal y como sucedió”, y sostienen, tanto para describir las fuentes como la misma producción historiográfica, que solo existen representaciones textuales del pasado, sujetas a los valores y las convenciones lingüísticas de sus autores.

- 4 El concepto es de Roland Barthes, “La muerte del autor”. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* (Barcelona: Paidós, 1987). Junto a Barthes, otros autores asociados con la crítica posmoderna son Paul Ricoeur y Jacques Derrida.
- 5 John Greville Agard Pocock, *El momento maquiavélico: El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica* (Madrid: Tecnos, 2002); Quentin Skinner, *La libertad antes del liberalismo* (México: Centro de Investigación y Docencia Económica / Taurus: 1998); Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. 2 vols. (México: Fondo de Cultura Económica, 1978); entre otros.

Para ellos, los principios y valores defendidos por los autores vinculados al republicanismo clásico —entre los que se encuentran el origen popular del poder; la participación de los ciudadanos; la vida pública; el bien común, como el fin de las sociedades políticas; y la libertad, entendida como no dependencia— fueron fundamentales en el pensamiento y los movimientos políticos de la temprana modernidad. Al estudiarlos, Skinner y Pocock debatieron con la historiografía liberal, que veía al liberalismo como la única tradición política antiabsolutista de aquella época. Pero su crítica al liberalismo no se reduce al ámbito historiográfico. Con el *rescate* del republicanismo clásico, estos autores buscaron también intervenir en los debates políticos de su tiempo, ofreciendo una alternativa a los valores individualistas, mercantiles y antiestatales de la tradición liberal, distanciándose a su vez de la vía socialista. Los debates con autores liberales se encuentran desde el inicio de la escuela de Cambridge, pero se intensificaron con la irrupción del neoliberalismo en Gran Bretaña, en las décadas de 1980 y 1990, particularmente en el caso de Quentin Skinner, quien publicó entonces trabajos más normativos, como el de *La libertad antes del liberalismo*.<sup>6</sup>

## Una metodología con-textual

El principal objetivo de la metodología de la escuela de Cambridge es restituir la historicidad del pensamiento político del pasado, evitando con ello lecturas anacrónicas o teleológicas del acontecer intelectual. Skinner y Pocock han insistido en que sus propuestas no buscan invalidar otras formas de leer y aproximarse a los textos del pasado; lo que les interesa es trazar una ruta que permita entender cómo y por qué se produjeron, así como el sentido que tuvieron en su contexto.

Skinner identificó tres prácticas analíticas que, dentro de la historia de las ideas, producen lecturas anacrónicas o teleológicas de los discursos históricos y las denominó *mitologías*. La primera de ellas, la mitología de las doctrinas, consiste en trazar morfologías de doctrinas y convertirlas en entidades deslindadas de agentes específicos; por ejemplo, la doctrina del contrato social, de la democracia liberal o de la lucha de clases. Una vez definida la doctrina, el historiador que produce este tipo de mitología procede a valorar el papel de los pensadores del pasado en su desarrollo: como antecesores adelantados a su época o como grandes contribuidores, o bien, como detractores o como incapaces de no comprenderla correctamente. La segunda mitología, la de la coherencia, resulta —parafraseando a Skinner— de esperar encontrar siempre congruencia y sistematicidad en las ideas expuestas por los escritores del pasado y de asumir

---

6 Quentin Skinner, *La libertad antes del liberalismo*. El trabajo fue publicado por primera vez en inglés en 1997, con el título *Liberty before liberalism*.

como tarea del historiador revelar su coherencia. La tercera, la mitología de la prolepsis, consiste en estar más interesado en la significación retrospectiva de un texto que en lo que significó para quien lo escribió o leyó en su época; por ejemplo, ver en Marsilio de Padua al padre de la teoría moderna de la separación de poderes. Se trata, esta última, de una forma de explicación teleológica en la que, según Skinner, se confunde el contenido de una obra con su posible significación histórica.<sup>7</sup>

Pocock identificó problemas similares al comparar el quehacer del filósofo con el del historiador del pensamiento. Mientras que al primero —para Pocock— le interesan las ideas en la medida en que pueden explicarse racionalmente, en su máximo nivel de abstracción, al historiador deberían interesarle las personas que pensaban dichas ideas, en tanto agentes que formaban parte de comunidades específicas. Por ello, para Pocock, el historiador debe explicar, en su especificidad, la manera en que los pensadores del pasado elaboraron discursos para actuar en sus comunidades. El problema, dice Pocock, es que, en muchas ocasiones, los historiadores, queriendo ocupar la labor del filósofo, fallan en hacer la suya, produciendo lecturas anacrónicas, teleológicas y explicaciones fundadas en una aparente coherencia y racionalidad que no corresponde con la de los actores estudiados.<sup>8</sup>

Para evitar estos problemas, Skinner y Pocock proponen una serie de teorías y procedimientos analíticos. Ambos parten de considerar los discursos escritos como una forma particular de acción: como actos de habla llevados a cabo por personas en contextos específicos dentro de los que buscan incidir de alguna manera. Su metodología busca explicar tanto las acciones discursivas como el contexto en el que tienen lugar.

Según Skinner, la principal tarea del historiador intelectual es rescatar el sentido de los actos de habla dentro de los términos de las polémicas en las que se presentaron, distinguiendo lo que el autor *está haciendo* con el escrito en su

---

7 Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En *El giro conceptual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios* (Madrid: Tecnos, 2007), 63-108.

8 John Greville Agard Pocock, “La historia del pensamiento político: un estudio metodológico”. En *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Trad. Sandra Chaparro Martínez (Madrid: Akal, 2011), 19-34. El artículo referido fue publicado por primera vez en 1962. Al igual que Skinner, Pocock publicó en la década del 2000 un volumen en el que compiló sus artículos teóricos y metodológicos más importantes con el título *Political Thought and History, Essays on Theory and Method* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009). Existe una traducción al español de esta obra, que es la que cito en este capítulo.



propio contexto.<sup>9</sup> Así, por ejemplo, al analizar *Leviatán*, el historiador puede identificar que una de las cosas que Hobbes está haciendo con este tratado es proponer nuevas teorías para hablar de la libertad y la asociación política, desafiando así la manera en que la escolástica neotomista y el humanismo cívico las concebían. Con ello, Hobbes se sitúa de una forma innovadora en el debate sobre la soberanía que desató la revolución inglesa de mediados del siglo xvii, tomando el partido de los absolutistas.

Ahora bien, para entender el sentido de los actos de habla, es necesario —según Skinner— conocer no solo las discusiones en las que tuvieron lugar, sino también el contexto lingüístico más amplio: las diversas teorías, los vocabularios y los lenguajes que coexistían en el tiempo y el espacio en el que el autor redactó su texto. Dicho en otras palabras, es necesario conocer lo que se podía decir en ese momento con respecto al tema debatido por el personaje en cuestión. Volviendo al ejemplo de Hobbes: no basta leer *Leviatán* y tener en cuenta el proceso revolucionario inglés del siglo xvii para saber qué está haciendo el autor con su texto. Hay que conocer también las alternativas políticas e ideológicas que existían en su tiempo, por ejemplo, las tradiciones del humanismo cívico o la escolástica neotomista; dado que Hobbes establece una relación directa con ellas —recuperando algunos de sus argumentos y polemizando con otros—, es necesario conocerlas para entender el sentido histórico de su obra.

En Pocock, el estudio del contexto lingüístico e ideológico resulta aún más determinante, al grado que termina por identificar la historia del pensamiento político con la historia de los lenguajes políticos. Como veremos más adelante, Pocock entiende el concepto *lenguaje político* en un sentido amplio, como un conjunto de vocabularios, presupuestos y formas de argumentación usado por una o varias comunidades para hablar de lo político en un periodo de tiempo determinado. Uno de los lenguajes políticos que más le interesa es el llamado republicanismo clásico. En *The Machiavellian Moment*,<sup>10</sup> su libro más conocido, Pocock traza la historia de este lenguaje, desde el Renacimiento hasta las Revoluciones atlánticas, y explica la forma en que diversas personas lo utilizaron, las controversias en las que se desplegó, así como los cambios que se produjeron dentro de él.

---

9 Quentin Skinner, “Motivos, intenciones e interpretaciones”. En *El giro conceptual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios* (Madrid: Tecnos, 2007), 109-126. Quentin Skinner, “Interpretación y comprensión en los actos de habla”. *Ibíd.*, 127-160.

10 El libro, publicado por primera vez en 1975, ha sido traducido al español con el título *El momento maquiavélico* (Madrid: Tecnos, 2002).

Con respecto al material empírico, esta metodología tiene como su objeto de análisis tratados u obras filosóficas, históricas o literarias escritos en el pasado, en los que se abordan problemas políticos. Esta afirmación, que puede parecer una obviedad, nos sitúa en la dimensión eminentemente intertextual de la metodología de la escuela de Cambridge. En efecto, los textos constituyen para estos autores tanto el objeto de estudio como el contexto en el que dicho objeto debe ser explicado. En otras palabras, para interpretar los discursos del pasado, Pocock y Skinner no proponen recurrir, en primera instancia, a elementos que se encuentren “fuera de los textos”. No es en clave sociológica, materialista o psicológica como deben de contextualizarse los discursos para ser entendidos históricamente. En cambio, lo que su metodología busca explicar es la forma en que un acto de habla responde a otros actos de habla; un discurso responde a otros discursos; o un conjunto de discursos, elaborados dentro de un lenguaje político específico, responde a otros lenguajes o debate sobre sí mismo.

Esta propuesta parte de reconocer la dimensión pública de los debates y de los lenguajes políticos, y de concebirlos como un campo de estudio. Sin negar la existencia o la importancia de factores materiales o psicológicos que pueden intervenir en la elaboración o la lectura de un texto, su metodología no está interesada en ellos ni pretende analizarlos. Su objetivo, como se mencionó, es explicar la manera en que los discursos, siguiendo las convenciones establecidas por los lenguajes, intervienen en los debates públicos dentro de los que son desplegados. Supongamos que un teólogo del siglo xvii escribió una defensa del tiranicidio motivado, entre otras cosas, por el odio que tenía hacia su padre o por un resentimiento oculto hacia las clases dominantes. Estos elementos psicológicos, que desde ciertas perspectivas podrían ser la piedra angular para descifrar el texto, no son relevantes en la metodología de Pocock y Skinner, en tanto que no son públicamente legibles. Resultaría, en cambio, medular al analizar el supuesto tratado, describir la forma en que el teólogo construyó sus explicaciones, entender frente a qué otros discursos que circularon en su tiempo estaba argumentando, así como explicar la manera en que su apología del tiranicidio afectó o no, por ejemplo, a las teorías sobre la soberanía o el buen gobierno de su época.

Aunque en principio pueda parecer paradójico, esta vía de análisis se justifica por un interés de disolver cualquier intento de separar el ámbito del pensamiento del de las acciones. Pensar y comunicar un argumento —para Skinner y Pocock— es una acción o hecho más, de la misma condición histórica que disparar un cañón o intercambiar un par de zapatos por unas monedas. Dicha acción consiste en utilizar lenguajes disponibles para articular un discurso con una intención determinada.

De esta forma, para ellos, los argumentos formulados en una discusión política no deben entenderse como una respuesta o manifestación superficial de elementos estructurales que constituyen la realidad histórica, sino como una parte consustancial de ella. Skinner y Pocock se posicionan así en un debate central de la teoría de la historia, el de la relación pensamiento-acción o mundo de las ideas-realidad social. Lo que hacen dentro de él es, por un lado, argumentar a favor de la historicidad del ámbito intelectual, frente a concepciones metafísicas o trascendentales de las ideas; y, por otro, frente a teorías materialistas, afirmar el carácter performativo del pensamiento como elemento conformador del mundo social, así como defender su autonomía como campo de estudio.

Para recapitular: la metodología que proponen los autores de la escuela de Cambridge busca, por un lado, dar cuenta del significado de los actos de habla al momento de su enunciación. En este sentido, se trata de una historia de los discursos escritos, de las discusiones en las que participaron y de las repuestas que suscitaron. Y, por otro lado, su método busca explicar la relación de los discursos con los lenguajes políticos dentro de los que se formulan. La historia aquí es de los recursos lingüísticos e ideológicos que están disponibles en determinados periodos, de cómo son utilizados y de la forma en que estos se modifican en su uso.

Aunque Skinner y Pocock están interesados en ambos niveles de análisis, Skinner centra más su atención en el primero, mientras que Pocock en el segundo. Skinner está más interesado en explicar la intención del actor al emitir un discurso, por lo que sus estudios adoptan más un enfoque sincrónico; mientras que Pocock trabaja con una perspectiva diacrónica, al estar más interesado en la recepción y el efecto de los discursos, particularmente su impacto en los lenguajes políticos. Estas diferencias se hacen patentes en sus obras de investigación histórica. En sus trabajos, Pocock analiza el desarrollo histórico de distintos lenguajes políticos y no tiene estudios monográficos centrados en un autor en particular; en cambio, gran parte de los trabajos de Skinner tienen como objeto de estudio los escritos de personajes específicos, como Maquiavelo, Moro, Hobbes o Shakespeare. Su famosa obra, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, sería en este caso una excepción.<sup>11</sup>

Una vez descritos los principales rasgos de la metodología de la escuela de Cambridge, quisiera profundizar en dos de sus propuestas más sugerentes. Me refiero, por un lado, a la teoría de la intención de los actos de habla de Skinner y, por otro, al concepto *lenguaje político* de Pocock.

---

11 Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno...*

## Los actos de habla y su intención<sup>12</sup>

Para Skinner, no existen ideas sobre las que se tengan que escribir historias; existen, en cambio, numerosos enunciados hechos por una diversidad de agentes con una gran variedad de intenciones que pueden ser historiadados.<sup>13</sup> Como vemos, la metodología propuesta por este autor no solo implica un cambio de perspectiva con relación a la historia de las ideas, implica también una reconfiguración de su objeto de estudio: de entidades mentales o trascendentales a acciones lingüísticas intencionales.

Entender este cambio es medular para comprender los procedimientos y los objetivos de la historia que plantea Skinner. Como vimos, este historiador propone concebir los discursos del pasado como actos de comunicación particulares llevados a cabo con una intención específica, dentro de un contexto específico. La intención, para Skinner, no debe confundirse con los motivos que llevaron al autor a escribir un texto, ni tampoco con los planes o diseños que tenía antes de redactarlo. La intención, en cambio, corresponde a lo que el autor *estaba haciendo* al decir lo que dijo.

Skinner recupera postulados de la filosofía del lenguaje de Ludwig Wittgenstein y de John Austin para construir su propuesta. Recordemos que, en sus últimas obras, Wittgenstein sostiene que el lenguaje no debe ser analizado desde sus supuestas estructuras lógicas sino en la manera en que es utilizado por las personas.<sup>14</sup> Es decir que, para comprender el significado de las palabras y de las oraciones, es necesario analizar la manera en que son usadas en situaciones específicas. Dentro de esta aproximación pragmatista, las reglas o convenciones lingüísticas que permiten la comunicación, concebidas como *juegos de lenguaje*, están determinadas por su uso, necesariamente público, compartido e histórico. Por ello, el significado y el sentido de las palabras y de las proposiciones, para Wittgenstein, son siempre contextuales.

John Austin, por su parte, también desde un enfoque pragmatista, se interesa en la capacidad performativa de las emisiones lingüísticas; dicho de manera más sencilla: le interesa analizar lo que una persona *hace* al *decir algo*. En su

---

12 Para un análisis más profundo del problema de las intenciones en Quentin Skinner, ver el capítulo de Alberto Tena Camporesi, "Intenciones", en este mismo volumen.

13 Quentin Skinner, "Significado y comprensión...".

14 La principal obra en donde desarrolla estas ideas es *Investigaciones filosóficas*, publicada originalmente en alemán en 1953. Hay una traducción al español, ver Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*. Trad. Alfonso García Suárez y Ulises Moulines (México: Instituto de Investigaciones Filosóficas UNAM, 1988).

libro *¿Cómo hacer cosas con palabras?*<sup>15</sup> explica que, al emitirse un enunciado o una declaración, es posible que se realicen tres tipos de actos distintos, a los que denomina *locutivo*, *ilocutivo* y *perlocutivo*. El acto locutivo es la expresión de las palabras, del enunciado en sí mismo. El acto ilocutivo es lo que está haciendo el emisor al expresar esas palabras. Finalmente, el acto perlocutivo es el efecto que las palabras tiene en el receptor de la emisión. Imaginemos una escena en una taquería de alguna ciudad mexicana, en la que una mujer, que sabe perfectamente que en el lugar hay más tortillas, le pregunta al mesero: “¿Tiene más tortillas?”, ante lo cual el mesero pone sobre la mesa una canasta llena de tortillas. En este ejemplo, el acto locutivo llevado a cabo por la mujer es la formulación de una pregunta sobre la existencia de tortillas; el acto ilocutivo es la petición de la mujer de que se le lleven más tortillas; y el acto perlocutivo es la llegada de las tortillas. Sobra decir que esta eficaz acción comunicativa es posible porque los involucrados conocen el significado contextual de la palabra *tortilla* —que, por ejemplo, en España sería otro— así como las reglas del juego que permiten entender que la pregunta por la existencia de un producto es una forma cortés de solicitarlo.

Skinner echa mano de las teorías de Wittgenstein y Austin para formular su metodología para el estudio del pensamiento político del pasado. La clave está en considerar los textos de filosofía política del pasado como actos lingüísticos, y en buscar explicar su sentido y su capacidad performativa. Así, para Skinner, el historiador del pensamiento, al analizar un tratado como un acto intencional de comunicación, debe investigar el contexto sociopolítico e intertextual en el que fue desplegado; debe comprender el significado de las palabras y los conceptos usados en dicha obra, así como las estrategias retóricas y las formas de argumentación; y, finalmente, debe poder explicar la intención del autor, entendida como *lo que está haciendo* o, dicho en términos de Austin, debe poder explicar el acto ilocutivo que se lleva a cabo en el texto.<sup>16</sup>

Así, por ejemplo, para hacer un análisis del tratado *Doce dudas*, de Bartolomé de las Casas, siguiendo la propuesta de Skinner, es necesario conocer, en primer lugar, el proceso de colonización de América y los términos de la llamada “controversia indiana”, particularmente lo que sobre estos temas se había escrito y se estaba escribiendo al momento en que el dominico redactó su tratado. Asimismo, es necesario estar familiarizado con el vocabulario jurídico y teológico del ámbito hispánico del siglo xvi, las principales teorías y convenciones que

---

15 Publicado originalmente en 1962 con el título *How to do Things with Words*, existen varias ediciones en español, la primera es la de John Langshaw Austin, *Cómo hacer cosas con palabras* (Barcelona: Paidós, 1971).

16 Quentin Skinner, “Interpretación y comprensión...”.

existían para hablar de lo político, así como con las características del método escolástico. Una vez comprendido este universo, se puede finalmente explicar lo que está haciendo Bartolomé de las Casas en su tratado; en este caso, un alegato jurídico, dirigido al rey de España, para transformar las prácticas e instituciones de la colonización en beneficio de la población indígena americana.

Al igual que en el ejemplo de la taquería, pero con un grado de mayor complejidad, la teoría de los actos intencionales de habla permite descifrar los discursos del pasado, entendidos como acciones comunicativas, y comprender las intenciones de sus autores al emitirlos, es decir, entender lo que hicieron con ellos. Para Skinner, al recuperar el significado y el sentido original de los textos del pasado se restituye su identidad histórica.

Las propuestas metodológicas de Skinner han sido descritas por sus críticos como reduccionistas o de un historicismo propio de un anticuario. Una de las principales críticas que le han hecho es que, al centrarse en la intención original del autor, deja fuera de su análisis el *significado excedente* de los textos, es decir, aquello que dice y hace el texto más allá de lo que su creador quiso decir y hacer. Asimismo, se le critica que su metodología deja fuera del análisis la forma en que las lecturas e interpretaciones posteriores a la redacción de una obra afectan su sentido, lo que Skinner denomina su significación histórica. Esta especie de pátina o huella hermenéutica, que media nuestra lectura de los discursos del pasado, es, para algunos, más importante para la interpretación de los textos que la intención original que pudo haber tenido el autor al escribirlos.<sup>17</sup>

Al responder a sus críticos, Skinner señala que su propuesta no pretende invalidar otras vías legítimas de interpretación de los textos, ni negar que los discursos poseen significados ajenos a las intenciones de sus autores. Se trata, pues, de una forma de leer los textos entre otras posibles, cuyo objetivo particular es comprender el sentido histórico original de las obras políticas del pasado. Skinner defiende la relevancia de su metodología al señalar que, lejos de responder a una actitud de anticuario, tiene una dimensión pragmática y un alto potencial político y filosófico. Restituir la historicidad de los textos permite dar cuenta de las continuidades y, sobre todo, de las discontinuidades entre nuestras formas de describir y valorar lo político con respecto a otras del pasado. Con ello, se devela la identidad no esencial de las asunciones morales y compromisos políticos de los pensadores del pasado y de los del presente, así como el carácter contingente de los conceptos y las teorías políticas.<sup>18</sup>

---

17 Para un análisis más profundo de las críticas hechas a esta propuesta de Skinner, ver el capítulo de Alberto Tena Camporesi, "Intenciones".

18 Quentin Skinner, "Significado y comprensión..."; Quentin Skinner, *La libertad antes del liberalismo...*

Este ejercicio de autoconciencia, señala Skinner, evita que caigamos bajo el encanto de nuestra herencia intelectual, es decir, evita que asumamos que las maneras de pensar lo político que recuperamos de las tradiciones dominantes —pensemos, por ejemplo, en el problema de la libertad, de la democracia, de las identidades o del fin de la vida en común— son necesariamente las maneras en que tenemos que pensar sobre ello. Al mismo tiempo, para Skinner, al estudiar en su historicidad el pensamiento del pasado es posible encontrar teorías o conceptos que han quedado en desuso u opacados por la presencia hegemónica de otros y que, al traerlos de nuevo a la superficie, pueden enriquecer nuestras discusiones.<sup>19</sup>

## El concepto de lenguajes políticos

John Pocock recupera también de Wittgenstein y Austin la perspectiva pragmatista sobre el estudio del lenguaje y la teoría de los actos de habla. Pero, a diferencia de Skinner, se interesa menos en las intenciones de los autores y más en las convenciones lingüísticas que posibilitan este tipo de actos, así como en el efecto que producen en las convenciones mismas. En palabras de Pocock, su principal interés es analizar cómo el contexto lingüístico determina las intenciones de los autores y cómo estas, a su vez, influyen en dicho contexto.<sup>20</sup> Al tratar sobre historia del pensamiento político, Pocock utiliza el concepto *lenguajes políticos* para referirse al contexto lingüístico. Este concepto es central en la propuesta metodológica de Pocock, al grado que termina por identificar la historia del pensamiento político con la historia de la generación, el uso y la transformación de los lenguajes políticos.

Pocock utiliza el concepto *lenguajes políticos* en un sentido laxo para referirse a formas institucionalizadas de habla, compuestas por expresiones, retóricas, juegos de lenguaje, presupuestos, tonos y estilos, difundidas y utilizadas en la elaboración de discursos.<sup>21</sup> Esta amplia forma de describir los lenguajes se va perfilando conforme expone advertencias sobre la forma en que usa el concepto y traza una ruta metodológica para estudiarlos.

---

19 Quentin Skinner, *La libertad antes del liberalismo...*

20 John Greville Agard Pocock, *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Trad. Sandra Chaparro Martínez (Madrid: Akal, 2011), 12.

21 John Greville Agard Pocock, “El concepto de lenguaje y el *metier d'historien*: reflexiones en torno a su ejercicio”. En *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Trad. Sandra Chaparro Martínez (Madrid: Akal, 2011), 101-118.



En primer lugar, Pocock reconoce que los lenguajes pueden ser concebidos como conjuntos de reglas o estructuras que operan sobre la producción de un discurso. Pero, al igual que Wittgenstein y Austin, Pocock no está interesado en esta dimensión “objetiva” de los lenguajes políticos, sino en su capacidad performativa y su potencial persuasivo. La historia que propone Pocock parte de estudiar el discurso y su *performance*. Es por ello, señala Pocock, que se trata más de una historia de retórica que de gramática, una historia que busca dar cuenta del contenido afectivo y de la efectividad del lenguaje, más que de su estructura.<sup>22</sup> Con esta aclaración, Pocock marca una clara distancia con el estructuralismo, al mismo tiempo que enfatiza uno de los presupuestos básicos de la metodología de la escuela de Cambridge: que los discursos políticos son acciones históricamente situadas en espacios de tensión. Los lenguajes que propone estudiar operan como las condiciones de posibilidad de estas acciones discursivas, pero también, las acciones discursivas hacen posible la existencia de los lenguajes, siempre en proceso de actualización.

Siguiendo este orden de ideas, Pocock hace otra aclaración en el sentido opuesto a su distanciamiento del estructuralismo: es importante no confundir un lenguaje con cualquier conjunto de discursos particulares. Los lenguajes, para Pocock, no son solo “formas de habla” sino “formas *institucionalizadas* de habla”.<sup>23</sup> ¿En qué radica esta dimensión institucional? Pocock propone una serie de elementos a verificar para responder a esta pregunta y con ello poder identificar la existencia de un lenguaje político.<sup>24</sup> Para el autor, es posible hablar de un lenguaje político si:

- Está en uso y cuenta con una aceptación amplia.
- Se pueden predecir algunas implicaciones y problemas de su uso.
- Se debate en torno a su uso.
- Se puede descubrir la presencia del lenguaje en otros textos donde no se esperaba.

Los lenguajes políticos para Pocock son, pues, conjuntos de vocabularios, presupuestos y formas de argumentación para hablar de lo político, disponibles en periodos determinados y utilizados de forma pública y compartida por comunidades específicas. El uso compartido de los lenguajes debe ser, pues, identificable tanto sincrónica como diacrónicamente. Pocock menciona, a manera de ejemplo, algunos lenguajes que tuvieron una presencia importante

---

22 *Ibíd.*

23 *Ibíd.* Énfasis añadido.

24 *Ibíd.*

en Europa durante la temprana modernidad: la escolástica medieval, la emblemática renacentista, el derecho común o el republicanismo clásico.<sup>25</sup> Podríamos pensar también en ejemplos contemporáneos: el lenguaje liberal, el marxista, el tercermundista o el neoliberal. En todos estos casos, es posible identificar el empleo público y compartido de los lenguajes por personas y grupos coexistentes, así como su desarrollo en periodos determinados. Asimismo, son patentes las implicaciones de su uso, los debates que se generan en torno a ellos e, incluso, su presencia en lugares inesperados, con lo cual se constata, siguiendo a Pocock, no solo su existencia, sino su amplia difusión e institucionalidad.

Un tercer punto a destacar de la propuesta de Pocock es que los lenguajes están cargados de contenidos ideológicos. No son ni pueden ser neutros política o moralmente hablando. Ciertamente, los lenguajes no deben ser equiparados con doctrinas, ya que su indeterminación semántica permite la construcción de argumentos en múltiples sentidos, incluso permite decir una cosa y su contrario. No obstante, la existencia de vocabularios específicos, de presupuestos compartidos y de determinadas formas de argumentación implican que exista una orientación política determinada a la hora de utilizarlos. Así, por ejemplo, no da igual utilizar el concepto *sociedad civil* en lugar de *pueblo*; clasificar a los grupos sociales a partir de categorías identitarias o de clase; hablar de *calidad* y *productividad* en vez de enajenación o *acumulación del capital*. Aunque desde un lenguaje neoliberal, republicano o marxista se puedan producir una enorme cantidad de actos de habla, con una amplia gama de sentidos (en la acepción de Skinner), estos estarán limitados por unas condiciones de posibilidad que implican, entre otras cosas, aspectos de naturaleza ideológica. Ahora bien, como todos los elementos que caracterizan a los lenguajes políticos, los ideológicos son contingentes y por lo tanto están abiertos a la transformación. No obstante, operan como un referente importante en el posicionamiento de quienes los usan dentro de las discusiones políticas.

Otra aclaración de Pocock que quiero aquí recuperar es que los lenguajes políticos raramente se utilizan por separado o de forma aislada. Los discursos políticos, nos dice el historiador, son de naturaleza polígota. Los lenguajes funcionan más como arsenales o caja de herramientas que como doctrinas cerradas y excluyentes. Una persona que argumenta en una discusión suele tener a su disposición diversos lenguajes que pueden articularse de manera flexible. Por ello, para Pocock, el historiador intelectual debe acercarse a los discursos del pasado como el arqueólogo que va descubriendo estratos en

---

25 *Ibíd.*

una excavación; o como Penélope, quien por las noches desbarata el tapiz que ha tejido durante el día.<sup>26</sup>

Finalmente, para Pocock, los lenguajes políticos, por su naturaleza histórica y contingente, se crean, se transforman y dejan de ser utilizados. Es también tarea del historiador del pensamiento dar cuenta de estos fenómenos. En este caso, no se trata ya de explicar cómo el contexto lingüístico determina los actos de habla, sino el proceso contrario: cómo los discursos actúan en los lenguajes, modificando el sentido que se le da a ciertos conceptos o presupuestos, introduciendo otros, alterando las estrategias de argumentación, etc. Para Pocock, los cambios en los lenguajes se pueden presentar de distintas formas y por distintas razones. Cuando los actos de habla responden a otros actos de habla, muchas veces cuestionan, junto al contenido, las reglas que los rigen.<sup>27</sup> Como vimos, la existencia de un lenguaje supone que se discuta en torno a su uso; estos debates pueden producir cambios ulteriores dentro de ellos. A veces también circunstancias extraordinarias —pensemos en el proceso de colonización de América o en la Revolución Industrial— generan tensión sobre las convenciones existentes, lo que conlleva a que se usen los lenguajes de nuevas formas. Los cambios pueden devenir, asimismo, de una innovación radical llevada a cabo por un autor específico con gran publicidad —Pocock pone de ejemplo a Maquiavelo, Hobbes y Marx— que es rápidamente aceptada por un grupo amplio de personas, pero también criticada por otro.<sup>28</sup> Como vemos, para Pocock, las innovaciones en las reglas y características de los lenguajes tienen lugar en el proceso que vincula la emisión con la recepción de los discursos, y se pueden presentar de forma implícita o explícita, intencional o involuntaria, paulatina o abrupta.

Los textos metodológicos de Pocock han sido menos debatidos que los de Skinner. El carácter más polemista del segundo puede explicar esta situación. También, me parece, interviene el hecho de que las propuestas de Pocock son menos programáticas. De hecho, una crítica que puede hacerse a la metodología de Pocock para el estudio de los lenguajes políticos es que, con todo y las aclaraciones que hemos revisado, no sistematiza del todo los criterios para la identificación de un lenguaje político y su diferenciación, por ejemplo, de una tradición intelectual. Si volvemos a los ejemplos de los lenguajes de la modernidad temprana que nos da Pocock —la escolástica, el derecho común, el republicanismo clásico, etc.— vemos que en algunos casos el lenguaje se define por

---

26 *Ibíd.*

27 *Ibíd.*

28 *Ibíd.*

cuestiones de método argumentativo, en otros por el uso de fuentes comunes y en otros por una serie de principios políticos.

No obstante, el concepto laxo de lenguaje que propone Pocock tiene un alto potencial analítico, tanto en términos heurísticos como hermenéuticos. Este concepto presenta una serie de ventajas para el análisis histórico al compararlo con otros utilizados para denotar continuidades sincrónicas y diacrónicas en comunidades de pensadores; pienso, por ejemplo, en los conceptos de “tradición”, “corriente”, “doctrina” o “escuela”. Estos últimos, particularmente en la forma en que son usados dentro de la historia de las ideas, tienden a construir núcleos coherentes de sentido y a trazar genealogías de teorías y autores, partiendo muchas veces de concepciones trascendentales de las ideas. Plantear, en cambio, el estudio del pensamiento político en términos de lenguajes, en el sentido que propone Pocock, implica dar cuenta de los múltiples usos, históricos y específicos, que se hacen de ellos. Dicho de otra forma, el concepto de lenguaje resulta una herramienta funcional para prevenirnos de producir las mitologías descritas por Skinner. Aunque los lenguajes puedan contener un conjunto de argumentos, presupuestos o conceptos clave, no están ordenados en un cuerpo doctrinal, ni su uso responde a una cadena de continuidad establecida entre una serie de autores.

El concepto de lenguaje, como lo propone Pocock, rompe también con las narrativas teleológicas de la historia de las ideas que describen el desarrollo del pensamiento como una serie de tradiciones que se suceden unas a otras (escolástica → humanismo → razón de Estado → despotismo ilustrado → liberalismo, etc.) e, incluso, con el modelo kuhniano del paradigma y la revolución. Al hablar de lenguajes, en cambio, se explica el acontecer intelectual como un escenario mucho más complejo, en el que conviven sincrónica y diacrónicamente alternativas intelectuales en disputa y en constante actualización.

Finalmente, para la historia intelectual hecha desde lugares que buena parte de la historiografía ha considerado como periféricos, como América Latina, este concepto permite eludir lo que Elías Palti, atinadamente, denominó el problema del modelo y la desviación: esa manía por discutir si las tradiciones políticas presentes en estas latitudes —pensemos en el liberalismo o el republicanismo— son completas o inacabadas, originales o copias defectuosas, buenas o malas.<sup>29</sup> Al concebir estos fenómenos intelectuales como lenguajes y no como doctrinas, estamos obligados, en cambio, a explicar las condiciones de su presencia

---

29 Elías José Palti, “El malestar y la búsqueda. Más allá de la historia de las ‘ideas’”. En *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)* (México: Fondo de Cultura Económica, 2005), 23-44.

en las regiones donde es posible ubicarlos y a aclarar cómo y para qué fueron utilizados, es decir, a dar cuenta de su especificidad sin tener por ello que ubicarlas en una escala de valor.

## Historia conceptual alemana (*Begriffsgeschichte*)

ÓSCAR JAVIER LINARES LONDOÑO

**E**n este texto me propongo presentar los rasgos más destacados de la propuesta teórico-metodológica desarrollada por la escuela alemana de historia conceptual (*Begriffsgeschichte*) (en adelante, BG).<sup>1</sup> La BG surgió en Alemania a mediados del siglo xx asociada a una pléyade de iniciativas histórico-conceptuales entre las que destaca, particularmente, el mega diccionario intitulado: *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (*Conceptos históricos fundamentales: Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*) (en adelante, GG).<sup>2</sup> Editado por

- 
- 1 Es importante aclarar que se trata del enfoque alemán de historia conceptual, pues en otros países y regiones en diálogo crítico con la BG o a partir de desarrollos independientes, otras corrientes han reclamado para sí esa etiqueta (o una parecida). Por ejemplo, existen proyectos de historia conceptual en Italia (Giuseppe Duso), Francia (Pierre Rosanvallon) e Iberoamérica (Javier Fernández Sebastián).
  - 2 Otto Brunner, Werner Konze y Reinhart Koselleck, eds., *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (Stuttgart: Klett-Cotta, 1972-1997), 9 vols. Esta monumental obra no ha sido vertida al castellano, solo han sido traducidas (en algunos casos de manera parcial) las entradas a los conceptos: Formación, Historia, Paz, Estado, Crisis, Progreso, Ilustración y Modernidad. Véase: Rudolf Vierhaus, “Formación (Bildung)”, *Revista Educación y Pedagogía* vol. XIV, n.º 33 (2002): 7-68; Reinhart Koselleck, *historia/Historia* (Madrid: Trotta, 2004); Wilhelm Janssen, “Friede. Una historia del concepto sociopolítico de paz”. En *Hacia la paz. Ideas y conceptos para una discusión emergente*, ed. de Luis Quiroz (Medellín: Universidad de Antioquia/Unidad para la Paz, 2020), 36-110; Werner Konze y Reinhart Koselleck, “Estado”.

Otto Brunner, Werner Konze y Reinhart Koselleck, y definido magistralmente como la “cartografía conceptual de la modernidad”,<sup>3</sup> este léxico “ha inspirado y continúa inspirando, dentro y fuera de Alemania numerosas monografías y diferentes programas de investigación en semántica histórica, historia de los discursos e historia conceptual”.<sup>4</sup> Koselleck,<sup>5</sup> quien suministró las principales líneas programáticas, reflexiones teóricas y desarrollos metodológicos a la *BG*, arguyó, en la *Introducción* a los *GG*, que el terremoto conceptual con el que se transformó, desde mediados del siglo XVIII, el vocabulario de la vida política y social alemana, rubricó un nuevo momento temporal: el “comienzo de la ‘Modernidad’”.<sup>6</sup> ¿Cómo explicar ese seísmo conceptual? ¿Qué caracterizó a la nueva época que emergió del cataclismo? ¿Desde qué presupuestos teóricos y estrategias metodológicas es abordada esta convulsión? Con el fin de aportar al proceso de incorporación crítica de la *BG* a las investigaciones desarrolladas en nuestro medio, en lo que sigue, de manera sucinta, daré cuenta de las principales contribuciones y límites de este campo de investigación histórico-conceptual.

## Constelación histórico-conceptual

Algunas aclaraciones para empezar. En primer lugar, es necesario advertir que la *BG* “se dice y, sobre todo, se practica de muchas maneras”.<sup>7</sup> Así que, aunque se trata de una obra colosal (119 entradas desplegadas por más de cien especia-

---

En *El concepto de Estado y otros ensayos*, de Reinhart Koselleck (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021), 129-238; Reinhart Koselleck, “Crisis”. En *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta/Universidad Autónoma de Madrid, 2007), 241-281; Horst Stuke, Reinhart Koselleck y Hans-Ulrich Gumbrecht. *Ilustración, progreso, modernidad* (Madrid: Trotta, 2021). De los *GG* también fue traducida la *Einleitung*: Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Anthropos*, n.º 223 (2009): 92-105.

- 3 Faustino Oncina Coves, “¿Qué significa y para qué se estudia la historia conceptual?”. En *Ilustración, progreso, modernidad*, de Horst Stuke, Reinhart Koselleck y Hans Ulrich Gumbrecht (Madrid: Trotta, 2021), 11.
- 4 Javier Fernández Sebastián, “Acontecer, experiencia y teoría de la historia. Recordando a Reinhart Koselleck”, *Anthropos* 223 (2009), 47.
- 5 Sobre la vida y obra de Koselleck, véase: Niklas Olsen, *History in the Plural. An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck* (New York: Berghahn, 2014).
- 6 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario*...”, 95.
- 7 José Luis Villacañas y Faustino Oncina Coves, “Introducción”. En *Historia y hermenéutica*, de Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer (Barcelona: Paidós, 1997), 9.



listas en casi siete mil páginas),<sup>8</sup> la altura de los GG no debería hacerle sombra a la productiva y variopinta “efervescencia histórico-conceptual”<sup>9</sup> que tuvo lugar en Alemania en la segunda mitad del siglo xx, y de la cual la BG de linaje koselleckiano es un síntoma más. Es por ello que, a pesar del amplio influjo del “historiador pensante”,<sup>10</sup> como lo llamó Hans-Georg Gadamer, es menester indicar que el “proyecto de historia de los conceptos no debe asociarse tan estrechamente con el nombre de Koselleck”.<sup>11</sup> En 1967, cuando Koselleck publicaba las pautas para las entradas de los GG,<sup>12</sup> el término *Begriffsgeschichte* ya era una categoría ampliamente conocida y desarrollada en Alemania.<sup>13</sup> Ello no le resta mérito alguno al profesor de Bielefeld,<sup>14</sup> su aporte a la historiografía y a la teoría política está fuera de toda duda, por algo se ha sostenido que “ningún

- 
- 8 “Los monumentales volúmenes de la GG pueden considerarse como el resultado más impresionante del renacimiento de las humanidades alemanas posterior a la Segunda Guerra Mundial”. Pim den Boer, “Culturas nacionales, conceptos transnacionales: la ‘*Begriffsgeschichte*’ más allá del nacionalismo de los conceptos”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Universidad de Cantabria/McGraw-Hill, 2013), 408. Sobre los GG, véase: Joaquín Abellán, “Historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*) e historia social. A propósito del diccionario ‘*Geschichtliche Grundbegriffe*’”, *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, n.º 14 (1991): 277-289.
- 9 Faustino Oncina Coves, “¿Qué significa y para qué...”, 12-13.
- 10 Faustino Oncina Coves, “Necrológica del outsider Reinhart Koselleck: el ‘historiador pensante’ y las polémicas de los historiadores”. En *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual*, ed. de Faustino Oncina Coves (Madrid/México: CSIC/Plaza y Valdés, 2009), 233.
- 11 Reinhard Mehring, “Teoría de la historia después de Nietzsche y Stalingrado”. En *Sentido y repetición en la historia*, de Reinhart Koselleck (Buenos Aires: Hydra, 2013), 17.
- 12 “Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit”, *Archiv für Begriffsgeschichte* XI/1 (1967), 81-99. El título de estas orientaciones es llamativo, pues hace mención al nombre inicialmente propuesto para los GG: *El léxico de conceptos político-sociales de la modernidad*.
- 13 El término *Begriffsgeschichte* “procede de Hegel o, en cualquier caso, de su círculo”. Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”. En *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta, 2012), 28.
- 14 Además de Koselleck, en Bielefeld fueron profesores Hermann Lübbe, Hans-Ulrich Wehler y Niklas Luhmann. Bielefeld “fue un auténtico laboratorio para la innovación en las ciencias sociales”. Reinhard Mehring, “Teoría de la historia...”, 14.

otro historiador podía ofrecer”<sup>15</sup> el rigor teórico, la reflexión metodológica y la excelencia interdisciplinar por él brindada. Lo que quiero indicar, tratando de ampliar el contexto intelectual en el que surge la BG, es que, tomándose en serio su plurivocidad, esta no debería entenderse como un impulso solitario, fugaz o desconectado, sino, en otra dirección, como una compleja y abigarrada “constelación”<sup>16</sup> histórico-conceptual en la que se dan cita múltiples proyectos intelectuales: la hermenéutica, la historia social, la metaforología, la filosofía de la compensación, etc.<sup>17</sup>

Que la emergencia de la BG pueda ser analizada desde la teoría de las constelaciones es una hipótesis que aquí apenas dejaré enunciada.<sup>18</sup> A favor de dicha hipótesis diré que nos permitiría describir un orden cartográfico, de vías en apariencia inconexas, más allá de los lugares comunes de las influencias, las tradiciones y las biografías intelectuales de los grandes nombres, para, en su lugar, a partir de un gran acopio de fuentes y siguiendo un método casi detectivesco, evidenciar sus posibles “rupturas o nexos ocultos”.<sup>19</sup> En cualquier caso,

---

15 Lucian Hölscher, “Lección conmemorativa de Reinhart Koselleck”, *Anthropos*, n.º 223 (2009), 40.

16 Según Faustino Oncina, la teoría de las constelaciones es “el método de investigar la concurrencia de autores diferentes en un espacio acotado de pensamiento común con el fin de poner al descubierto itinerarios filosóficos a partir de libros, obras póstumas, cartas, reseñas, fragmentos y conversaciones”. Faustino Oncina Coves, “Historia conceptual y método de las constelaciones”. En *Constelaciones*, ed. de Faustino Oncina Coves (Valencia: Pre-Textos, 2017), 15.

17 Una obra imprescindible en la que se reconstruye ese contexto intelectual es la de Melvin Richter, *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction* (New York: Oxford University Press, 1995). También son útiles: Iain Hampsher-Monk, Karin Tilmans and Frank van Vree, eds., *History of Concepts. Comparative Perspective* (Amsterdam: Amsterdam University Press, 1998). Para las relaciones entre la BG y otras escuelas y autores, véase: Faustino Oncina Coves, *Historia conceptual, Ilustración y Modernidad* (Barcelona: Anthropos/UAM, 2009); Gonzalo Bustamante y Carolina Bruna, eds., *Historia conceptual y politización de una teoría* (Valencia: Tirant, 2021); Juan de Dios Bares y Faustino Oncina Coves, eds., *La Escuela histórico-conceptual de Joachim Ritter y el protagonismo sociocultural de la filosofía* (Granada: Comares, 2022); Felipe Torres, ed., *Conceptos que hacen historia(s)*. A partir de Reinhart Koselleck (Santiago de Chile: Pólvora, 2022).

18 Sobre las relaciones y diferencias entre la teoría de las constelaciones y la historia conceptual, véase: Antonio Gómez Ramos, “Conceptos y redes: sobre sujetos de las constelaciones e historia conceptual”. En *Constelaciones*, ed. de Faustino Oncina Coves (Valencia: Pre-Textos, 2017), 31-50.

19 Faustino Oncina Coves, “Historia conceptual: ¿Algo más que un método?”. En *Tradición e innovación en historia conceptual. Métodos historiográficos*, ed. de Faustino Oncina Coves (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013), 13.

además de que excede los alcances de esta breve presentación, dibujar la constelación de esa efervescencia histórico-conceptual es una tarea no exenta de escollos.<sup>20</sup> Por ahora, bastará con señalar que algunos de los revulsivos, directos o indirectos, que permitirían imaginar, en una especie de historia de la BG,<sup>21</sup> la posible “conexión densa de ideas, teorías, problemas y documentos”,<sup>22</sup> pasa por una rica variedad de proyectos editoriales e intelectuales<sup>23</sup> y por una diversidad mareante de autores.<sup>24</sup>

Segunda aclaración. A pesar de las manifiestas diferencias en esta constelación histórico-conceptual, si algo tuvo en común esa efervescencia, es que reaccionaba a prácticas que sucumbían “complaciente pero irreflexivamente a la tentación del anacronismo”.<sup>25</sup> Extendidas en la historia y la filosofía, en estas prácticas se presuponía que las ideas tenían un “núcleo de sentido independiente de los contextos y, por ende, la historia de una idea tan solo puede observar ciertas ‘declinaciones’ o ‘variantes’ de lo que en el fondo permanece

---

20 Véase: Cornelius Bork, “Pensar y escribir en el grupo de trabajo. La forma de trabajo de *Poética y hermenéutica* como constelación”. En *Constelaciones*, ed. de Faustino Oncina Coves (Valencia: Pre-Textos, 2017).

21 Historia pertinente y necesaria puesto que la BG “aún no se ha atrevido a entablar una discusión sobre su proceso de autoconstitución”. Faustino Oncina Coves, “La modernidad velociferina y el conjuro de la secularización”. En *Aceleración, prognosis y secularización*, de Reinhart Koselleck (Valencia: Pre-Textos, 2003), 33.

22 Faustino Oncina Coves, “Historia conceptual y método...”, 15.

23 Además de los GG, habría que incluir: Joachim Ritter, Karlfried Gründer y Gottfried Gabriel, eds., *Historisches Wörterbuch der Philosophie* (Basel: Schwabe Verlag, 1971-2007); Rolf Reichardt y Eberhard Schmitt, eds., *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich 1680-1820* (Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 1985); Gert Ueding, ed., *Historisches Wörterbuch der Rhetorik* (Berlin: De Gruyter, 1992-2014); Karlheinz Barck, Martin Fontius, Dieter Schlenstedt, Burkhard Steinwachs, Friedrich Wolfzettel, eds., *Ästhetische Grundbegriffe. Historisches Wörterbuch in sieben Bänden* (Stuttgart/Weimar: J. B. Metzler Verlag, 1992-2005), entre otros. No menos importante fueron los proyectos del *Archiv für Begriffsgeschichte* y del grupo *Poetik und Hermeneutik* quienes publicaron textos fundamentales para la BG y la metaforología de autores como Gadamer, Koselleck y Blumenberg. También es necesario mencionar el *Arbeitskreis für moderne Sozialgeschichte* (Grupo de trabajo de historia social moderna), así como el *Zentrum für Interdisziplinäre Forschung* (Centro de investigaciones interdisciplinarias) de Bielefeld.

24 Martin Heidegger, Karl Löwith, Carl Schmitt, Eric Rothacker, Karlfried Gründer, Hans-Georg Gadamer, Joaquim Ritter, Otto Brunner, Werner Konze, Hans Robert Jauss, Hermann Lübke, Hans Blumenberg, Reinhart Koselleck, Odo Marquard, Hans-Ulrich Gumbrecht, Lucian Hölscher, por mencionar algunos.

25 José Luis Villacañas y Faustino Oncina Coves, “Introducción”, 24.

como idéntico a sí mismo a lo largo del tiempo”.<sup>26</sup> De allí la pasmosa inclinación a seguir el núcleo invariable de ciertas ideas (ya se trate de la democracia o de la justicia) de los griegos hasta hoy, enarbolando de paso unas filiaciones con tal filigrana que son capaces de enlazar en un *continuum* los conceptos de la tradición con los de la modernidad. Por ello, se puede afirmar que uno de los propósitos de la BG sea el de “dejar en la cuneta tanto a la neokantiana historia de los problemas como a la diltheyana historia de las cosmovisiones por traicionar ambas la historicidad del sujeto investigador o del objeto investigado”.<sup>27</sup> Gadamer había advertido tempranamente los problemas aquí expuestos, por eso afirmó que “el pensamiento filosófico tendrá que deshacer la rigidez de los conceptos químicamente puros”,<sup>28</sup> para fijarse, se dirá después, en las impurezas grabadas en “su contacto con el barro de la vida cotidiana”.<sup>29</sup>

La tendencia a reificar el lenguaje político, a hipostasiar los conceptos modernos, a neutralizar asépticamente las categorías y el lugar de enunciación del investigador, a peraltar teleológicamente las continuidades por sobre las rupturas, a inmortalizar los problemas filosóficos a partir de ideas imperecederas, han sido prácticas de la historia de las ideas tan habituales como irreflexivas.<sup>30</sup> La desobediencia a este engranaje de despropósitos, en el que las ideas se subliman de forma ahistórica, será el caldo de cultivo de la BG. Una posible explicación de la inclinación a proyectar ideas perennes se podría encontrar en la propensión a esparcir el presente hacia atrás, hacia el pasado, una especie de pasado presente alimentado por “la necesidad de mantener contra viento y marea la identidad amenazada del sujeto —ya sea individual o colectivo—”.<sup>31</sup> Dado que la imagen de permanencia o estabilidad de los conceptos, incluso en medio de desgarradoras rupturas, “no puede dar cuenta de las funciones por

---

26 Germán Rodrigo Aguirre y Sabrina Morán, “Historia conceptual”. En *Métodos de teoría política. Un manual*, dir. por Luciano Nasetto y Tomás Wiczorek (Buenos Aires: IIGG, CLACSO, 2020), 69.

27 Faustino Oncina Coves, “¿Qué significa y para qué...”, 19-20.

28 Hans-Georg Gadamer, “La historia del concepto como filosofía”. En *Verdad y método II*, de Hans-Georg Gadamer (Salamanca: Sígueme, 2010), 92

29 José Luis Villacañas y Faustino Oncina Coves, “Introducción”, 19.

30 Sobre estas prácticas, véase: Óscar Linares, *Un mapa del giro metodológico. Historia de las ideas, los conceptos y los lenguajes políticos en América Latina* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2021).

31 Javier Fernández Sebastián, “*Ex innovatio traditio/Ex traditio innovatio*. Continuidad y ruptura en historia conceptual”. En *Tradición e innovación en historia conceptual. Métodos historiográficos*, ed. de Faustino Oncina Coves (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013), 59.

completo diferentes que una misma idea cumple en periodos distintos”,<sup>32</sup> para explicitar esas funciones diversas, en su método, la BG enlaza la teoría social, el análisis histórico-crítico de las fuentes, los enfoques de la semasiología y la onomasiología, y los problemas de la historia social.

Aunque es cierto que las prácticas cobijadas bajo el paraguas de la historia de las ideas son heterogéneas y sería simplificador meterlas todas en un mismo costal, un símil puede ser suficiente para dar luz a aquello que se intenta dejar atrás. Se trata del “lecho de Procusto”:<sup>33</sup> la operación intelectual que consiste en recortar arbitrariamente los conceptos históricos para hacerlos encajar en las medidas que satisfacen nuestros intereses, tal como hacía Procusto con los cuerpos que no encajaban en las dimensiones de su lecho. En ese sentido, la BG se propone “no ahorrar ese pasado según nuestras propias y no siempre extrapolables referencias”,<sup>34</sup> así que, en lugar de ingresar al pasado como el soldado en guerra que entra a “un arsenal en busca de munición, el historiador debería aproximarse a aquellos mundos desvanecidos con el respeto, la calma y la piedad de quien se interna con paso vacilante en un vasto y laberíntico cementerio”.<sup>35</sup>

Para finalizar este apartado, debo precisar que en lo que sigue me concentraré específicamente en uno de los cuerpos celestes de esa constelación histórico-conceptual: la BG de linaje koselleckiano.<sup>36</sup> Como ya se arguyó, Koselleck

---

32 Reinhart Koselleck, “Respuesta a los comentarios sobre el *Geschichtliche Grundbegriffe*”. En *El concepto de Estado y otros ensayos*, de Reinhart Koselleck (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021), 82.

33 Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos”. En *Diccionario político y social del mundo moderno iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 (Iberconceptos-I)*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC), 38.

34 Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, dirs., *Diccionario político y social del siglo XIX español* (Madrid: Alianza, 2002), 14.

35 Javier Fernández Sebastián, “¿Cómo clasificamos a la gente del pasado? Categorías sociales, clases e identidades anacrónicas”, *Historia y Grafía*, n.º 45 (2015): 46.

36 Para una bibliografía sobre Koselleck, véase: José Luis Villacañas y Faustino Oncina Coves, “Referencias bibliográficas”. En *Historia y hermenéutica*, de Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer (Barcelona: Paidós, 1997), 55-62. Una bibliografía exhaustiva de Koselleck hasta el año 2006 se puede encontrar en Francisco Javier Capistegui, “Reinhart Koselleck. Bibliografía más destacada y principales traducciones”, *Anthropos*, n.º 223 (2009): 82-91. Hay que advertir que esta bibliografía está desactualizada, recientemente se han realizado importantes traducciones: Reinhart Koselleck, “La descomposición de la ‘casa’ como entidad de dominación”. En *Historicidades*, ed. de Christian Delacroix, François Dosse y Patrick García (Buenos Aires: Waldhuter, 2010), 95-116; Reinhart Kose-

fue el principal teórico de la BG, además de que a él “se debe la más completa formalización metodológica para la historia de los conceptos en Alemania”,<sup>37</sup> de allí que muchas de las categorías e hipótesis planteadas por el profesor de Bielefeld —como la diferencia entre palabra y concepto, el periodo bisagra (*Sattelzeit*), el espacio de experiencia (*Erfahrungsraum*), el horizonte de expectativa (*Erwartungshorizont*), los estratos del tiempo (*Zeitschichten*), etc.— sean hoy generalizados “tópicos en la comunidad científica”.<sup>38</sup> Aunque puede ser cierto que “una teoría de la *Begriffsgeschichte* es todavía hoy un *desiderátum*”,<sup>39</sup> se puede afirmar que el mérito de Koselleck fue convertir la temprana BG, limitada muchas veces a una historia de la terminología meramente auxiliar de otras ciencias, en un importante campo de investigación propio.

## ¿Qué es la *Begriffsgeschichte* (de linaje koselleckiano)?

En una corta entrada escrita para el *Lexikon Geschichtswissenschaft. Hundert Grundbegriffe* (*Léxico de la ciencia histórica. Cien conceptos fundamentales*), Koselleck caracteriza la BG de la siguiente manera:

Desde la década de los años cincuenta, “historia conceptual” remite a un campo de la investigación histórica para el que el lenguaje no es un epifenómeno de la llamada realidad [...], sino una irreductible instancia metodológica última sin la que no puede tenerse ninguna experiencia ni conocimiento del mundo o de la sociedad. Para la historia conceptual, la lengua es, por un lado, un indicador de la “realidad” previamente dada y, por otro lado, un factor de esa realidad. La historia conceptual no es “materialista” ni “idealista”, se pregunta tanto por las experiencias y estados de cosas que se plasman en los conceptos, como por cómo se comprenden estas experiencias y estados de cosas. En ese sentido, la

---

lleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional* (Madrid: CEPC, 2011); Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social* (Madrid: Trotta, 2012); Reinhart Koselleck, *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?* (Madrid: Escolar y Mayo, 2013); Reinhart Koselleck, *Sentido y repetición en la historia* (Buenos Aires: Hydra, 2013); Reinhart Koselleck, *El concepto de Estado y otros ensayos* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021); Reinhart Koselleck, “Introducción a Estratos del tiempo”, *Prismas*, n.º 25 (2021): 119-124.

37 Sandro Chignola, “Historia de los conceptos y de la filosofía política. Sobre el debate en Alemania”. En *Historia de los conceptos y filosofía política*, de Sandro Chignola y Giuseppe Duso (Madrid: Biblioteca Nueva, 2009), 49.

38 Lucian Hölscher, “Lección conmemorativa...”, 41.

39 José Luis Villacañas y Faustino Oncina Coves, “Introducción”, 9.



historia conceptual vincula la historia del lenguaje y la historia factual. Una de sus tareas consiste en el análisis de las convergencias, desplazamientos y discrepancias en la relación entre el concepto y el estado de cosas que surgen en el devenir histórico.<sup>40</sup>

De este párrafo rezuman algunos de los principios de la BG: el lenguaje como condición de aprehensión de las experiencias, los conceptos como indicadores y factores de la realidad, la permanente dislocación entre conceptos y estados de cosas, etc. Antes de profundizar en cada uno de ellos, considero fundamental puntualizar algunas de las características generales de la BG que se siguen de lo allí afirmado. En primer lugar, estas premisas llaman inmediatamente la atención por su alto grado de abstracción. Estos y otros principios y categorías teóricas de la BG responden a la necesidad de una teoría para la historia, Koselleck ha insistido con vehemencia en ello. La tesis del profesor de Bielefeld es que, como historiadores, “solo podemos escapar de nuestro aislamiento si adquirimos una nueva relación con las demás ciencias, lo cual quiere decir que nos volvamos conscientes de la necesidad que tenemos de una teoría”,<sup>41</sup> pues sin ella “no podría[mos] concebir lo que hay de común y de diferente en el tiempo”.<sup>42</sup> Una teoría propia de la ciencia histórica que responda a las particularidades del tiempo histórico: las diferentes maneras en que se trenzan pasado, presente y futuro. Ese impulso por teorizar descueña de manera muy sugestiva en la Histórica de Koselleck,<sup>43</sup> una teoría de la historia que se pregunta por “las

---

40 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual”. En *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta, 2012), 45.

41 Reinhart Koselleck, “Sobre la necesidad de la teoría de la ciencia histórica”. En *El concepto de Estado y otros ensayos*, de Reinhart Koselleck (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021), 33.

42 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia social”. En *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, de Reinhart Koselleck (Barcelona: Paidós, 1993), 124.

43 Sobre la Histórica véase: Sandro Chignola, “Temporaliza la historia. Sobre la *Historik* de Reinhart Koselleck”. En *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual*, ed. de Faustino Oncina Coves (Madrid/México: CSIC, Plaza y Valdés, 2009), 203-231; José Luis Villacañas, “Histórica, historia social e historia de los conceptos políticos”, *Res Publica*, n.º 11-12 (2003): 69-94; Luis Fernando Torres, “Las constantes antropológicas de la Histórica de Koselleck: una propuesta de ampliación”. En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, ed. de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova (Santander: G9/UN, 2021), 373-402.



condiciones de posibilidad de una historia”.<sup>44</sup> La Histórica no se ocupa de las historias particulares, objeto de la ciencia histórica, sino que se pregunta por “aquellas pretensiones, fundadas teóricamente, que deben hacer inteligible por qué acontecen historias, cómo pueden cumplimentarse y asimismo cómo y por qué se las debe estudiar, representar o narrar”.<sup>45</sup>

No es de extrañar, entonces, que las investigaciones del profesor de Bielefeld estén “siempre en una relación asumida con sus búsquedas teóricas, es decir, filosóficas”.<sup>46</sup> Por ello, se ha insistido en que no existe una *BG* asociada a la historia y otra comprometida con la filosofía, la *BG* “es una única forma de investigación que es a la vez histórica y filosófica, y que no puede ser la una si no es la otra”;<sup>47</sup> aquí la teoría alumbra la reconstrucción histórica y los hechos históricos alimentan la reflexión teórica. Esta riqueza, histórica y filosófica,<sup>48</sup> ha propiciado la cimentación de una compleja y multifuncional “caja de herramientas de teorías e hipótesis”,<sup>49</sup> entre las que sobresalen los principios previamente enunciados. Hay que destacar que este andamiaje de pertrechos teórico-metodológicos ha posibilitado la emergencia de nuevos objetos, métodos y problemas de investigación, muchos de ellos asociados a algunos de los más recientes giros: el lingüístico, el icónico, el memoriográfico, el metaforológico, etc.<sup>50</sup>

En segundo lugar, dado que los conceptos, tal como los entiende la *BG*, no son un mero reflejo de la realidad sino una instancia metodológica última que funge como indicador y factor de aquella, permitiendo, de esta manera, por un lado, asir las experiencias para que no se desvanezcan, y, por otro, saber lo que

---

44 Reinhart Koselleck, “Histórica y hermenéutica”. En *Historia y hermenéutica*, de Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer (Barcelona: Paidós, 1997), 69.

45 *Ibíd.*, 70.

46 Claudio Ingerflom, “El Estado de Reinhart Koselleck o cómo pensar los cambios históricos”. En *El concepto de Estado y otros ensayos*, de Reinhart Koselleck (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021), 101.

47 José Luis Villacañas, “Koselleck: esbozos teóricos”. En *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Escolar y Mayo, 2013), 10.

48 Para Duso, “la dimensión filosófica de la historia conceptual no caracteriza una particular acepción de ésta que la ponga junto a otras, sino —y sobre todo— el núcleo crítico y radical que identifica a la historia conceptual”. Giuseppe Duso, “Conceptos políticos y realidad en la época moderna”, *Historia y Grafía*, n.º 44 (2015): 22.

49 Lucian Hölscher, “Lección conmemorativa...”, 42.

50 Sobre este punto, véase: Faustino Oncina Coves y Elena Cantarino, eds., *Giros narrativos e historias del saber* (Madrid: Plaza y Valdés, 2013).

pasó y hacer prognosis sobre lo que pasará, es oportuno recalcar, de la manera más enfática posible, aquello con lo que no debería confundirse la BG. La BG “no tiene como objetivo una historia de las palabras ni una historia de los acontecimientos o factual, ni tampoco una historia de las ideas o de los problemas”.<sup>51</sup> En ningún caso, lo que se propone es, sencillamente, seguir el rastro histórico de ciertas ideas, palabras o doctrinas. Un ejercicio exclusivamente lingüístico en el que se pierde la diferencia entre las palabras y los conceptos, así como la tensión de los conceptos con la realidad social. Confundir la BG con una mera historia de las palabras sería caer en el tipo de reificaciones inicialmente criticadas y, en ese caso, la propuesta de Koselleck no podría desmarcarse de lo que se quiere dejar atrás. Para la BG los conceptos no tienen historia, sino que la contienen, esto es, al acumular el barro experiencial adherido a las botas conceptuales de los agentes históricos, el concepto “agavilla la diversidad de la experiencia histórica”.<sup>52</sup> Hay que recordar que, en muchos casos, “palabras diversas se refieren a un mismo contenido, mientras [...], la misma palabra se refiere a realidades diversas, que no pueden formar parte de un horizonte conceptual común”.<sup>53</sup> De allí que los conceptos no puedan tratarse como ideas inmutables ni como palabras hipostasiadas, pues con las “circunstancias también se modifican las designaciones, las denominaciones y los significados, que pueden estar transportados con el mismo significante”.<sup>54</sup> Y no solo ello, también pueden emerger nuevos conceptos para captar las innovaciones o para provocarlas.

Por último, debo advertir que al ponderar la imbricación entre conceptos y realidad social, Koselleck busca desligarse, de manera abierta y casi combativa, tanto de las reducciones materialistas como de las idealistas. Al concentrarse en los conceptos, la inclinación común es suponer que la BG es una especie de propuesta panlingüística que reduce toda la realidad al lenguaje. Nada más alejado de la verdad. Es cierto que el ser humano necesita “el lenguaje para moverse, para mirar, para escuchar, para recordar o para desear o esperar

---

51 Reinhart Koselleck, “Introducción al Diccionario...”, 99. Sobre este punto, véase: Gerson Moreno Reséndiz, “Historia de las palabras (*history of Speech*) o historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*). Qué no es la historia de los conceptos de Koselleck”, *Historia y Grafía*, n.º 45 (2015): 135-164.

52 Reinhart Koselleck, “Introducción al Diccionario...”, 102.

53 Giuseppe Duso, “Historia conceptual como filosofía política”. En *Historia de los conceptos y filosofía política*, de Sandro Chignola y Giuseppe Duso (Madrid: Biblioteca Nueva, 2009), 164.

54 Reinhart Koselleck, “Problemas histórico-conceptuales de la historiografía constitucional”. En *El concepto de Estado y otros ensayos*, de Reinhart Koselleck (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021), 70.

algo y, por tanto, para actuar y pensar”.<sup>55</sup> Pero, si en algo se separa Koselleck de Gadamer, es justamente en la concepción autónoma del lenguaje defendida por su maestro de Heidelberg. Para Koselleck, cualquier cosa “que pueda y deba ser conceptualizada se encuentra fuera de los conceptos. Toda semántica apunta fuera de ella misma, aunque sea igualmente cierto que nada perteneciente al ámbito objetivo puede aprehenderse o experimentarse sin alguna clase de contribución semántica”.<sup>56</sup> Ello significa que la realidad histórica y social no se puede reducir al lenguaje, aunque sin lenguaje no podríamos referirnos a realidad alguna. Lo que allí aparece, afirma Koselleck, es una determinación diferencial: conceptos y hechos históricos se implican, pero sin subordinarse, eliminarse o reducirse.<sup>57</sup>

Este punto tiene implicaciones de suma importancia. Ante las tendencias de moda a reducir la realidad a un discurso, para la BG “ninguna epistemología puede persuadirnos de que la realidad se agota en el lenguaje. La mediación lingüística no significa que todo es solo un texto: Auschwitz no fue ningún discurso”.<sup>58</sup> Por tanto, no podemos aceptar cualquier interpretación de la realidad histórica escudándonos en que se trata de un punto de vista más, ello nos llevaría a estimular la peligrosa epistemología del “todo vale”. De allí que, para Koselleck, las fuentes tengan un derecho a veto, esto es, “el historiador no puede afirmar lo que quiera, pues tiene la obligación de justificarse. Las pruebas necesarias solo las puede derivar de las fuentes, sin las cuales puede decir mucho, aunque contra ellas no puede objetar nada”.<sup>59</sup> En este tipo de control exegético descansa la posibilidad de objetividad científica de la historia como disciplina. No se trata, por supuesto, de la defensa de algún tipo de positivismo histórico, para Koselleck es claro que “cualquier historia, incluso después de establecida y registrada, ha de ser perpetuamente reescrita”.<sup>60</sup> Dado que los conceptos que encontramos en las fuentes no son transparentes, en el sentido que nos permi-

---

55 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, n.º 53 (2004): 29.

56 *Ibíd.*, 30.

57 Aunque el lenguaje tendrá siempre cierta prioridad (“primacía antropológica”, la llama Koselleck), pues la defensa de una perspectiva materialista “ha de ser previamente clarificada en el plano teórico, esto es, en el dominio del lenguaje”. Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y...”, 42.

58 Faustino Oncina Coves, “Historia conceptual: ¿Algo más...”, 19.

59 Reinhart Koselleck, “Legajos – Fuentes – Historias”. En *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Escolar y Mayo, 2013), 103.

60 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y...”, 40.

tan ver sin filtro alguno el pasado, siempre habrá un necesario ejercicio crítico de interpretación y traducción. Así que la historia no se escribe una sola vez y para siempre, sino que cada nuevo presente evalúa lo conocido hasta ahora y cada nueva experiencia alimenta los nuevos métodos con los que se reescribirá y constituirá, “con una crítica retrospectiva”,<sup>61</sup> de nuevo el pasado. Si no podemos eludir el error, dirá Koselleck, con todo, “la ciencia sí nos permite al menos construir barreras metodológicas que impiden los juicios precipitados”.<sup>62</sup>

En conclusión, a partir de una elaborada arquitectura categorial, teórica y metodológica, la *BG* de Koselleck, además de una renovada manera de vincular lenguaje y realidad social, se constituye en una defensa de la historia como disciplina científica. Ese amparo lo despliega desde la profunda (y kantiana) convicción de que “no hay experiencias sin conceptos y, por supuesto, no hay conceptos sin experiencias”,<sup>63</sup> por lo que los conceptos se convierten en su unidad de análisis privilegiada. De allí que, el principal interés de la *BG* sea el de “analizar todo el espectro [...] de los conceptos centrales específicos de un determinado periodo o de un determinado estrato social”.<sup>64</sup> Dicho análisis permitirá identificar las experiencias y expectativas, grabadas como huellas, en esos conceptos utilizados por los actores del pasado. No obstante, la *BG* va mucho más allá. Siguiendo las permanencias, transformaciones y rupturas de los conceptos, sincrónica y diacrónicamente,<sup>65</sup> se podrán apreciar las “variaciones de estructuras a largo plazo”,<sup>66</sup> y con ellas, lo que tiene de nuevo (*Neu*) nuestro tiempo (*Zeit*), esto es, lo que hace moderna a la modernidad (*Neuzeit*).

---

61 Reinhart Koselleck, “Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico-antropológico”. En *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, de Reinhart Koselleck (Barcelona: Paidós/UAB, 2001), 68.

62 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y...”, 45.

63 *Ibíd.*, 28.

64 Reinhart Koselleck, “Respuesta a los comentarios...”, 87.

65 Para Koselleck, “sólo a través del *principio diacrónico* la suma de análisis [sincrónicos] concretos de conceptos se transforma, de una recopilación de datos históricos, en una historia de los conceptos”. Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 100.

66 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual”, 114.

## Caja de herramientas de teorías, métodos e hipótesis

Una vez expuestas las características generales de la BG, en lo que sigue, profundizaré en algunos elementos de la caja de herramientas de teorías, métodos e hipótesis de este campo de investigación histórica. Para empezar, la distinción básica de la que hay que partir es la que se da entre palabras y conceptos. Se trata de una diferencia fundamental dado que la premisa teórica de la BG es “que la historia se deposita en determinados conceptos”<sup>67</sup> y, en estricto sentido, su tarea empieza por reconstruir la “*historia* de la conformación, los usos y las modificaciones de los conceptos”.<sup>68</sup> Pero ¿qué es un concepto y en qué se diferencia de una palabra? Para Koselleck, “una palabra se convierte en concepto [...] cuando el conjunto de un contexto de significados sociopolítico en el que, y para el que, se utiliza una palabra entra todo él a formar parte de la palabra”.<sup>69</sup> Así que las palabras se conceptualizan cuando agavillan, en un solo manojito conceptual, las múltiples y diversas experiencias y expectativas de los agentes históricos. Aunque los conceptos están adheridos a las palabras, no todas las palabras son conceptos, estos son mucho más que aquellas, son “concentrados de muchos contenidos significativos”.<sup>70</sup> Como en el plano sintáctico palabras y conceptos son indistinguibles, la diferencia la establece Koselleck de forma pragmática: si bien palabras y conceptos poseen pluralidad de significados, la univocidad solo será posible en las primeras, mientras los segundos serán, por la carga variada y abigarrada de significados en ellos concentrados, necesariamente polisémicos, equívocos, indefinibles y controvertibles.

La diversidad de la experiencia histórica está plasmada en los conceptos, pero los conceptos no son homogéneos. En la medida en que “todos los conceptos poseen una estructura temporal”,<sup>71</sup> en función de la cantidad de experiencias o expectativas que contengan, algunos conceptos se restringirán a registrar el pasado (serán indicadores), mientras otros tendrán la capacidad de proyectar el futuro (serán factores). Algunos conceptos en particular serán además guías, pues, en la medida en que “se vuelven insustituibles o no intercambiables, se convierten en conceptos fundamentales sin los que no es posible ninguna comunidad política y lingüística”.<sup>72</sup> No es posible, por una parte, porque “no existe

---

67 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 102.

68 Reinhart Koselleck, “Problemas histórico-conceptuales...”, 71

69 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 101.

70 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 117.

71 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual”, 46.

72 *Ibíd.*, 45.

ninguna sociedad sin conceptos en común”,<sup>73</sup> y, por otra, porque sin conceptos “no hay unidad para la acción política”.<sup>74</sup> Hay que añadir que, al analizar las transformaciones de los conceptos político-sociales en lengua alemana, Koselleck realiza un importante hallazgo: entre 1750 y 1850, en el marco de la revolución política y social que tuvo lugar en Occidente, “surgieron una gran cantidad de nuevos significados para palabras antiguas y neologismos que modificaron [...] todo el ámbito social y político de la experiencia y fijaron un nuevo horizonte de esperanza”.<sup>75</sup> En este periodo, que Koselleck llamó *Sattelzeit* (periodo bisagra), los conceptos sufren profundas transformaciones: se populariza su uso (democratizan), crecen sus expectativas (temporalizan), se abstraen (ideologizan) y se partidizan (politizan). Finalmente, es fundamental indicar la metodología con la que la BG analiza las transformaciones conceptuales. Por una parte, la semasiología “tiene en cuenta todos los significados de un término”<sup>76</sup> (los significados X, Y y Z del concepto A), por otra, la onomasiología “considera todas las designaciones referidas a un estado de cosas determinado”<sup>77</sup> (los conceptos A, B y C con los que nos referimos a cierta realidad X). Se trata, Koselleck insiste en ello, de metodologías complementarias que permiten entrelazar lo diacrónico y lo sincrónico.<sup>78</sup>

No obstante, como ya se había aclarado, los conceptos no están desarticulados de la realidad social, por ello hay que insistir en la tensa hermandad entre BG e historia social: la historia social requiere de la BG para historizar sus propias categorías de análisis,<sup>79</sup> pero la BG solo puede convertirse en un campo de investigación propio reconociendo su interconexión con la realidad extralingüística. En ese sentido, se puede afirmar que historia social y BG “se necesitan y se remiten mutuamente, sin que eso signifique que puedan llegar a ser en algún momento idénticas”,<sup>80</sup> ya que “la historia real contiene siempre

---

73 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 106.

74 *Ibíd.*

75 *Ibíd.*, 110.

76 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 101.

77 *Ibíd.*

78 La distinción entre palabras y conceptos y las estrategias metodológicas de la semasiología y la onomasiología se profundizarán en la segunda parte de este libro.

79 Para Koselleck, “el método de la historia conceptual es una *conditio sine qua non* para las cuestiones de la historia social”. Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 122.

80 Reinhart Koselleck, “Historia social e historia de los conceptos”. En *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta, 2012), 25.

más o menos que aquello que se dice acerca de ella por medio del lenguaje, así como el lenguaje expresa siempre más o menos cosas de las que contiene la historia real”.<sup>81</sup> En conclusión, las transformaciones conceptuales y las sociales no siempre se corresponden: una revolución puede anticipar un cambio conceptual o un cambio conceptual puede alimentar una revolución. Para decirlo en palabras de Koselleck: “los cambios en el lenguaje de la política no se corresponden necesariamente con lo que ocurre en la política”.<sup>82</sup>

La diversidad temporal de las experiencias y expectativas que, a lo largo del tiempo, se van acumulando en los conceptos permite ofrecer otra herramienta analítica fundamental: los estratos del tiempo. Se trata de capas que “remiten a formaciones geológicas que alcanzan distintas dimensiones y profundidades, y que se han modificado y diferenciado en el curso de la llamada historia geológica con distintas velocidades”.<sup>83</sup> ¿Cómo entender el tiempo y los conceptos desde la metáfora<sup>84</sup> del estrato geológico? Así como en la misma montaña se pueden apreciar estratos de distintos tiempos geológicos, en un mismo concepto pueden convivir simultáneamente significados pretéritos con innovaciones conceptuales. En esta dirección, el tiempo histórico no podría reducirse a las representaciones lineales (si todo fuera nuevo no podríamos sobrevivir) o circulares (si todo fuera repetitivo nunca habría cambio): ni el tiempo es teleológico y se dirige hacia una única dirección, ni se curva en un eterno retorno. La BG religa estas dos dimensiones señalando que el tiempo está compuesto por momentos únicos e irrepetibles (dimensión lineal) y a la vez por estructuras de repetición (recurrencias que hacen posible la unicidad) y depósitos de experiencia (fenómenos trascendentes disponibles para cualquier generación). Para Koselleck, “la ganancia de una teoría de los estratos del tiempo consiste por tanto en poder medir distintas velocidades, aceleraciones, demoras, y hacer así visibles distintos modos de cambio que ponen de manifiesto una gran complejidad temporal”.<sup>85</sup>

---

81 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y...”, 45.

82 Reinhart Koselleck, “Respuesta a los comentarios...”, 88.

83 Reinhart Koselleck, “Estratos del tiempo”. En *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, de Reinhart Koselleck (Barcelona: Paidós/UAB, 2001), 35.

84 Para Koselleck, vivimos en una especie de “invisibilidad” del tiempo que lo obliga a usar metáforas, “no podemos escaparnos en absoluto de ellas por la simple razón de que el tiempo no es intuible y no puede ser convertido en intuiciones”. Reinhart Koselleck, “Sobre la necesidad de la teoría...”, 40. Sobre las metáforas en la BG, véase: Falko Schmieder, “Las metáforas de la historia y su historia. Una confrontación con Reinhart Koselleck”. En *Metáforas espacio-temporales para la historia. Enfoques históricos e historiográficos*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Faustino Oncina Coves (Valencia: Pre-Textos, 2021), 95-120.

85 Reinhart Koselleck, “Estratos del tiempo”, 38.



Usando otra metáfora, la temporalidad tendría así una “forma de hojaldre”.<sup>86</sup> Para dar cuenta de ello, Koselleck acude a otra categoría central en su teoría: la simultaneidad de lo no simultáneo, esto es, la presencia, en un determinado momento temporal, de características sociales o conceptuales que corresponden a otros momentos históricos. Por ejemplo, un concepto como *democracia* concentra paralelamente significados antiguos y nuevos, o, en las sociedades del siglo XXI, perviven características sociales y económicas arcaicas a la par que novedades futuristas.

Las distintas velocidades en el tiempo, que se hacen evidentes en los estratos del tiempo, son explicadas por Koselleck a partir de dos categorías meta-históricas: el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa. Se trata de categorías formales que no permiten deducir recuerdos o esperanzas concretas, sino que “remiten a un dato antropológico previo, sin el cual la historia no es posible, ni siquiera concebible”.<sup>87</sup> Para el profesor de Bielefeld, la experiencia y la expectativa “son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro”.<sup>88</sup> Por una parte, la experiencia “es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados”;<sup>89</sup> por otra, la expectativa “es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir”.<sup>90</sup> Por tanto, las experiencias se reúnen, agavillan en manojos conceptuales aquello que nos atraviesa como actores históricos, son un ayer actualizado en el hoy; mientras que las expectativas se revisan, se reelaboran, se replantean y se convierten en nuevas experiencias una vez se han realizado, son un mañana esperanzador en el hoy. Experiencias y expectativas están en permanente tensión, este entrecruzamiento empuja el tiempo histórico y hace posible el cambio conceptual: “no hay expectativa sin experiencia, no hay experiencia sin expectativa”,<sup>91</sup> aunque, a la vez, entre mayor sea la experiencia menor será la expectativa y entre mayor sea la expectativa menor será la experiencia.<sup>92</sup> La tesis de Koselleck es que en la

---

86 François Dosse, “Reinhart Koselleck: entre semántica histórica y hermenéutica crítica”, *Anthropos* 223 (2009), 134.

87 Reinhart Koselleck, “‘Espacio de experiencia’ y ‘horizonte de expectativa’. Dos categorías históricas”. En *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, de Reinhart Koselleck (Barcelona: Paidós, 1993), 336.

88 *Ibíd.*, 337.

89 *Ibíd.*, 338.

90 *Ibíd.*

91 *Ibíd.*, 336.

92 Para comprender este punto son interesantes las investigaciones de uno de los discípulos de Koselleck, quien muestra que “la capacidad de proyectarse en un

“época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre experiencias y expectativas, o, más exactamente, que sólo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas”.<sup>93</sup>

Esta escisión entre experiencias y expectativas constituiría un nuevo régimen de historicidad<sup>94</sup> caracterizado por la aceleración de la experiencia histórica: sociedades con mayores expectativas y menos experiencias acumuladas.<sup>95</sup> Esta transformación se dio en el periodo que va de 1750 a 1850, el famoso *Sattelzeit* koselleckiano, metáfora traducida comúnmente por periodo bisagra que, en realidad, alude al ámbito ecuestre (el tiempo como silla de montar) y geográfico (el tiempo como anticlinal). Para Koselleck, “explorar este *Sattelzeit* —el periodo umbral socioeconómico, político y cultural de la época moderna— fue el verdadero objetivo epistemológico”<sup>96</sup> de los GG. En torno a la metáfora *Sattelzeit*, núcleo de las variaciones estructurales a largo plazo de las que se ocupa la BG, ha habido un debate enconado. El mismo Koselleck tuvo que salir a decir que era un término que no le gustaba mucho por ambiguo y débil teóricamente. Es más, según el profesor de Bielefeld, este concepto “terminó por oscurecer en lugar de esclarecer el proyecto”.<sup>97</sup> Por las múltiples críticas recibidas, Koselleck prefirió usar, en su obra tardía, *Schwelldenzeit* (tiempo umbral) o *Epochenschwelle* (umbral de época). No obstante, estoy de acuerdo con Faustino Oncina en que, si ajustamos la categoría *Sattelzeit*, puede ser una herramienta

---

futuro no es ninguna constante antropológica, ninguna facultad innata de la existencia humana en sí, sino una forma de pensar históricamente específica”. Lucian Hölscher, *El descubrimiento del futuro* (Madrid: Siglo XXI, 2014), 10.

93 Reinhart Koselleck, “‘Espacio de experiencia’ y...”, 342-343.

94 Hoy el debate es entre “el régimen moderno de historicidad jalonado fuertemente por el futurismo y la emergencia de otro régimen de temporalidad configurado por el presentismo”. Guillermo Zermeño, “El cronotopo moderno de la historia y su crisis actual”. En *Tiempos críticos: historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano: siglos XVIII y XIX*, ed. de Fabio Wasserman (Buenos Aires: Prometeo, 2020), 39.

95 Sobre las consecuencias de la aceleración, véase: Harmut Rosa, “Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada”, *Persona y Sociedad*, vol. 25, n.º 1 (2011): 9-49; y Nerea Miravet, “¿Cuán nueva es la aceleración contemporánea? Historia conceptual y crítica del tiempo”, *Conceptos históricos*, año 5, n.º 7 (2019): 98-127.

96 Carsten Dutt, “Funciones de la historia conceptual”. En *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, ed. de Faustino Oncina Coves (Barcelona: Herder, 2010), 36.

97 Reinhart Koselleck, “Respuesta a los comentarios...”, 92.

útil para alumbrar la experiencia moderna del mundo. Para el filósofo español, se “antoja especialmente logrado ese eslogan por su fuerza plástica, evocadora, expresiva y polisémica, y por su estrecha imbricación [...] con la experiencia moderna del mundo, transida de aceleración”.<sup>98</sup> En este punto vale la pena citar la manera en que Oncina saca provecho de la metáfora geográfica para indicar la experiencia de aceleración del tiempo:

Como la cresta de una montaña, línea divisoria de las aguas vertientes, la época revolucionaria separa la sociedad moderna del mundo agrícola, y esta elevación en el mapa temporal se asemeja a un anticlinal, con pendientes en ambos lados, que permite imaginarnos la lentitud con la que se asciende por una y la celeridad, conforme se avanza hacia abajo cada vez más vertiginosa, con que se desciende por la otra, un descenso desbocado por haber perdido los estribos.<sup>99</sup>

En conclusión, la modernidad “supondría un modo distinto de experimentar el tiempo, que dejó de verse como un mero contenedor neutro de las acciones humanas [...] y empezó a concebirse como motor de la historia, de una historia andante y actuante que habría acelerado su paso hacia un horizonte de progreso”.<sup>100</sup> Para Koselleck, el “teorema de la experiencia histórica de la modernidad”<sup>101</sup> es la aceleración del tiempo histórico; un “cambio en el sentir y la conciencia del tiempo”,<sup>102</sup> caracterizado por la velocidad desbocada, desquiciada y colmada de riesgos que vehicula el progreso y, por ello mismo, “un regalo envenenado, a la vez emancipador y subyugador, liberador y alienante”.<sup>103</sup> Se sigue de lo anterior que, la *BG* no se limita a “un mero protocolo de los mojonos conceptuales

---

98 Faustino Oncina Coves, “Las metáforas de Reinhart Koselleck”. En *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques históricos e historiográficos*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Faustino Oncina Coves (Valencia: Pre-Textos, 2021), 30.

99 Faustino Oncina Coves, “Las metáforas...”, 36.

100 Javier Fernández Sebastián, “Levantando los planos del porvenir. Sobre el advenimiento del futuro en el mundo hispánico”. En *Tiempos críticos: historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano: siglos XVIII y XIX*, ed. de Fabio Wasserman (Buenos Aires: Prometeo, 2020), 97.

101 Reinhart Koselleck, “Acortamiento del tiempo y aceleración. Un estudio sobre la secularización”. En *Aceleración, prognosis y secularización*, de Reinhart Koselleck (Valencia: Pre-Textos, 2003), 64.

102 Reinhart Koselleck, “¿Existe una aceleración en la historia?”. En *Las contradicciones culturales de la modernidad*, ed. de Jostein Beraiain y Maya Aguiluz (Barcelona: Anthropos/UAM/UNAM/UN, 2007), 331.

103 Faustino Oncina Coves, “¿Qué significa y para qué...”, 32.

que han acompañado su nacimiento y desarrollo [de la modernidad], sino que formula un veredicto sobre sus derroteros y se presta a enderezar su curso y reparar sus déficits”.<sup>104</sup> Por ello, se puede afirmar que, en el árbol de la BG, se cuenta también con una importante rama de crítica de la ideología,<sup>105</sup> constituyéndose también en una “metodología extraordinariamente plausible para ejercer la crítica política y, en esta medida, para participar en la vida pública”.<sup>106</sup>

Koselleck ha advertido los peligros de esta ininterrumpida y exponencial aceleración. Al reducirse al mínimo las experiencias y aumentar sin control las expectativas, los estratos del tiempo han sido fuertemente alterados. Por ejemplo, las prognosis, anticipaciones necesarias para organizar las sociedades, dependen de ciertas repeticiones, pero “hoy es más difícil hacer pronósticos a corto plazo, porque los factores involucrados en ellos se han multiplicado”.<sup>107</sup> Al abrir la puerta a un futuro ignoto quedamos sin brújula, paralizados en un presente tan excitado que no nos permite aprehender lo nuevo antes de convertirlo en obsoleto. La carrera matrimonial de la aceleración y el progreso, “a galope tendido, relampagueante, deja rezagado y en la cuneta, inservible y trasnochado, al pasado”.<sup>108</sup> Por eso, para Koselleck, a futuro hay una tarea ineludible: hallar “factores de estabilización y [...] condicionamiento naturales de nuestra existencia terrestre”,<sup>109</sup> solo mediante estos “efectos dilatorios”,<sup>110</sup> que a la vez que ralentizan la aceleración recuperan la historia como *magistra vitae*, podríamos dejar de andar a tientas y asegurar la supervivencia misma de la humanidad. Se trata, en últimas, “de ensanchar los dominios de lo recurrente, de lo ruti-

---

104 *Ibíd.*, 34.

105 Véase: Faustino Oncina Coves, “Historia conceptual y crítica: hitos o episodios de una relación nunca consumada”. En *La historia sedimentada en conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*, ed. de Faustino Oncina Coves y José Manuel Romero (Granada: Comares, 2016), 3-28.

106 Alfonso Galindo Hervás, *Historia y conceptos políticos. Una introducción a Reinhart Koselleck* (Pamplona: UENSA, 2021), 15.

107 Reinhart Koselleck, “El futuro ignoto y el arte de la prognosis”. En *Aceleración, prognosis y secularización*, de Reinhart Koselleck (Valencia: Pre-Textos, 2003), 95.

108 Faustino Oncina Coves, “Historia in/conceptual y metaforología: método y modernidad”. En *Hans Blumenberg: historia in/conceptual, antropología y modernidad*, ed. de Faustino Oncina Coves y Pedro García-Durán (Valencia: Pre-Textos, 2015), 23.

109 Reinhart Koselleck, “Acortamiento del tiempo y aceleración...”, 71.

110 Reinhart Koselleck, “El futuro ignoto y el arte...”, 99.

nario, de lo ritual, de lo familiar”.<sup>111</sup> Hay que recuperar ese pasado perdido, así como lo intentó Koselleck al preguntarse “¿Quién debe ser recordado? ¿Qué se debe recordar? ¿Cómo hay que recordar?”,<sup>112</sup> incluso a partir del estudio de los monumentos y la reflexión sobre la memoria.<sup>113</sup> La preocupación por estos temas “forma parte de la cultura de la sensibilización y conservación del recuerdo, que constituye un contrapeso [...] a la civilización moderna ultraveloz”.<sup>114</sup>

## Límites y posibilidades de la *Begriffsgeschichte*

Para finalizar esta breve presentación de la BG de linaje koselleckiano, abordaré algunos de los límites y posibilidades de este campo de investigación histórica. Koselleck y su BG han recibido fuertes críticas: Habermas ha tachado a Koselleck de conservador,<sup>115</sup> Pocock ha afirmado que su propuesta es una simple historia de las palabras<sup>116</sup> y Gumbrecht ha sentenciado la defunción de la BG.<sup>117</sup> También se le reprocha a Koselleck su pasado militar o el afecto que atesoró por algunos de sus maestros (como el vetado Carl Schmitt). Es probable que algunas de estas consideraciones no sean del todo desatinadas, en los planteamientos de Koselleck puede haber incoherencias o carencias que él mismo no advirtió o no supo cómo enmendar. Así que la lista de defectos atribuida a la BG podría

---

111 Faustino Oncina Coves, “De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes”, *Historia y Grafía*, n.º 44 (2015): 100.

112 Reinhart Koselleck, “Formas y tradiciones de la memoria negativa”. En *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, de Reinhart Koselleck (Madrid: CEPC, 2011), 57.

113 Sobre este punto, véase: Diego Fusaro, “Reinhart Koselleck y los monumentos como indicadores de los cambios históricos y políticos”, *Historia y Grafía*, n.º 45 (2015): 95-122; Antonio Gómez Ramos, “Koselleck, la memoria y la historia. Sobre la dificultad de entender el tiempo presente”, *Revista de historiografía*, n.º 34 (2020): 137-161.

114 Faustino Oncina Coves, “El giro icónico de la memoria: el caso de Reinhart Koselleck”. En *Estética de la memoria*, ed. de Faustino Oncina Coves y Elena Cantarino (Valencia: Universitat de València, 2011), 135.

115 Jürgen Habermas, “Crítica a la filosofía de la historia”. En *Perfiles filosófico-políticos*, de Jürgen Habermas (Madrid: Taurus, 2000), 383-391.

116 John Greville Agard Pocock, “Concepts and Discourses: A Difference in Culture? Comment on a Paper by Melvin Richter”. En *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, ed. de Hartmut Lehmann y Melvin Richter (Washington: German Historical Institute, 1996), 47-58.

117 Hans-Ulrich Gumbrecht, *Dimensionen und Grezen der Begriffsgeschichte* (Múnich: Wilhelm Fink, 2006).

ocupar varias páginas. No obstante, considero que destruir una propuesta como la de la BG “rara vez es loable y a menudo poco útil, al menos que el autor en cuestión sea una gran autoridad en la materia que obstaculice otras formas de trabajo intelectual más productivas y creativas”.<sup>118</sup> Y ese no es el caso. Más que una compuerta que corta el paso, la BG abre amplios canales para avanzar en la comprensión de nuestras historias. Evidentemente la BG no ha fenecido, pero sí necesita un energizante que le permita potenciar y ampliar sus posibilidades.<sup>119</sup> Por eso, coincido en que “el desafío que actualmente se nos presenta consiste en pensar con Koselleck, pero yendo más allá de él”.<sup>120</sup>

Algunas de las críticas que se le han hecho a la BG koselleckiana no pueden ser ignoradas. Usarlas como señal de advertencia puede ser lo único que permita evitar caer en el abismo de sus limitaciones. Entre ellas habría que mencionar la necesidad de eludir la inclinación de la BG a dar paseos por las alturas, esto es, debemos dejar de priorizar el análisis de los conceptos difundidos por la alta cultura para bajar a las conceptualizaciones enlodadas en la cotidianidad. También es necesario dejar de reducir la BG al formato diccionario, formato que menosprecia las redes conceptuales, las comparaciones y las posibilidades que podría desplegar la onomasiología. Asimismo, es fundamental que la BG emprenda un diálogo más intenso con la metaforología y la historia inconceptual, sobre todo teniendo en cuenta que muchos de los conceptos político-sociales abordados por la BG son metafóricos. Finalmente, no podemos seguir pecando del colonialismo epistemológico que nos suele caracterizar en estas latitudes; Koselleck nos brinda unas herramientas valiosas, pero él las pensó para el contexto alemán, así que su uso en nuestro medio requiere un ejercicio

---

118 João Feres Júnior, “Los estratos teóricos de la historia conceptual y su utilidad para futuras investigaciones”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Universidad de Cantabria/McGraw-Hill, 2013), 109.

119 A modo de ejemplo de la actual vitalidad de la BG se pueden mencionar los proyectos *History of Political and Social Concepts Group* (liderado por Melvin Richter y Kari Palonen), así como *Iberconcepts* y el *Proyecto Europeo de Historia Conceptual* (entre cuyos impulsores se encuentra Javier Fernández Sebastián); las revistas *Contributions to the History of Concepts* y *Conceptos históricos*, y la *Escuela Internacional CONCEPTA en Historia Conceptual*. A modo de botón de muestra de sus posibilidades, véase: Willibald Steinmetz, Michael Freeden y Javier Fernández Sebastián, eds., *Conceptual History in the European Space* (New York/Oxford: Berghahn Books, 2019).

120 Alexandre Escudier, “‘Temporalización’ y modernidad política: intento de sistematización a partir de R. Koselleck”. En *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, ed. de Faustino Oncina Coves (Barcelona: Herder, 2010), 163.



crítico de adaptación y reelaboración. En ese sentido, considero pertinentes los desafíos que Ernst Müller nos ha lanzado: debemos renovar los fundamentos de la BG, internacionalizar su enfoque para que dialogue con otras propuestas, repensar los conceptos fundamentales del siglo xx y del presente, complementar la BG con un abordaje más completo y profundo de la historia inconceptual, expandir la BG hacia las ciencias de la naturaleza, e impulsar una historia conceptual interdisciplinar.<sup>121</sup>

Entre todos estos límites y posibilidades quiero, para terminar, destacar algunas revisiones del proyecto koselleckiano, desplegadas en América Latina, que me parecen muy pertinentes. Por ejemplo, las reflexiones desarrolladas por Elías Palti han mostrado algunos de los vacíos del proyecto koselleckiano.<sup>122</sup> Una de sus principales críticas consiste en mostrar que el nuevo momento que supone el *Sattelzeit* “no alcanza aún a explicar cómo pudo producirse semejante quiebre conceptual”.<sup>123</sup> Para Koselleck, dichas modificaciones parecieran descansar en las revoluciones políticas, científicas e industriales de la época, pero, aún queda sin explicar cómo fue todo esto posible. Para Palti, la propuesta de Koselleck nos lleva a un círculo vicioso: al parecer, el cambio de la realidad social requirió ciertas modificaciones conceptuales, pero esos cambios conceptuales necesitaron, a su vez, ciertas mutaciones extralingüísticas. Este problema descansa en que, según Palti, Koselleck no define lo que entiende por historia social, “no lo hace ni podría nunca hacerlo, puesto que no consiste en un concepto posible dentro de su teoría, se trata de algo que la misma debe postular sin poder nunca llegar a definir”.<sup>124</sup> O la BG asume la historia social desde un plano meramente fáctico, como algo previo a lo conceptual (minando su posible conceptualización), o la asume desde un plano simbólico, ya conceptualizado (reduciendo la historia social a la historia conceptual). En cualquier caso, lo que se pondría

---

121 Ernst Müller, “Historia conceptual interdisciplinar”. En *Tradición e innovación en historia conceptual. Métodos historiográficos*, ed. de Faustino Oncina Covés (Madrid: Biblioteca Nueva, 2019), 39-49.

122 Véase: Elías José Palti, “Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Universidad de Cantabria/McGraw-Hill, 2013), 31-59.

123 Elías José Palti, *Una arqueología de lo político. Regímenes de poder desde el siglo XVII* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2018), 25.

124 Elías José Palti, “Hans Blumenberg y su crítica a la historia conceptual”. En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, ed. de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova (Santander: G9/UN, 2021), 473.



en entredicho es uno de los principales presupuestos de la *BG*: la articulación entre historia social e historia conceptual. De allí que la ruta sugerida por Palti sea la de ir más allá de la *BG* y enriquecer su apuesta con otros aportes teóricos y metodológicos, como los ofrecidos por Foucault y la escuela de Cambridge.

Por otra parte, Palti también ha sido crítico de la manera en que la noción de *Sattelzeit* reduce y encasilla una mutación compleja que no fue homogénea en ningún sentido: ni hubo una única ruptura (la del *Sattelzeit*), ni hubo un antes y un después divididos en estancos infranqueables, esta es una “imagen plana del pensamiento premoderno”<sup>125</sup> que hay que evitar. No solo ello, Palti advierte que, con la categoría de la simultaneidad de lo no simultáneo, Koselleck presupone una secuencia lineal (teleológica) de desarrollo al afirmar que algunas circunstancias son características de la tradición, mientras otras son definitorias de la modernidad. Aquí Koselleck queda preso de las filosofías de la historia modernas que vislumbraban un solo sentido de la historia. Por todo ello, agrega Palti, Koselleck “proyecta retrospectivamente categorías y problemáticas que eran ajenas al periodo en cuestión”.<sup>126</sup> Y, en ese sentido, la *BG* debe hacer un análisis crítico, no solo de los conceptos del pasado, sino de sus propias herramientas analíticas; es necesario que “el propio historiador se historicice, esto es que tome conciencia del carácter contingente y problemático de sus instrumentos de análisis”.<sup>127</sup> De allí que, se ha insistido en ello, algunas de las categorías propuestas por Koselleck deberían ser hipótesis siempre revisadas y actualizadas para cada contexto histórico y geográfico.<sup>128</sup>

En conclusión, el *Sattelzeit* pareciera recluir el fenómeno de la modernidad en una celda monolítica que se suele universalizar como la única modernidad posible (y deseable). Si asumimos el *Sattelzeit* como la verdad esencial de la modernidad, estaríamos presuponiendo las respuestas que, en realidad,

---

125 Elías José Palti, *Una arqueología de lo político*, 26.

126 Elías José Palti, “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, *Ayer*, n.º 53 (2004): 74.

127 Javier Fernández Sebastián, “Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual”. En *Historia cultural de la política contemporánea*, ed. de Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (Madrid: CEPC, 2009), 30.

128 Ello explicaría por qué, en un proyecto tan importante como *Iberconceptos*, la noción de *Sattelzeit* pasó de ser el eje central en el primer diccionario a una hipótesis secundaria en el segundo. Véase: Javier Fernández Sebastián, “Tiempos de transición en el Atlántico Ibérico. Conceptos políticos en revolución”. En *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870 (Iberconceptos-ii)*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Universidad del País Vasco/CEPC, 2014), tomo I.

deberíamos ir a buscar “mediante el cuidadoso análisis de las fuentes”.<sup>129</sup> Esta revisión debe estar acompañada de la incorporación de nuevos procesos históricos,<sup>130</sup> pues el “siglo xx, tan dramático y agitado desde un punto de vista histórico y, por lo tanto, también histórico-conceptual, queda, pues, en su mayor parte en la oscuridad —una *terra incognita* histórico-conceptual—”.<sup>131</sup> También es necesario, al abordar los conceptos políticos y sociales, ampliar los enfoques y teoremas para dar lugar a la emocionalidad,<sup>132</sup> a la internacionalización,<sup>133</sup> a la metafórica<sup>134</sup> y a la decolonialidad.<sup>135</sup> En la incorporación de una crítica decolonial (o, por lo menos, que incluya el factor colonial en la BG latinoamericana) insiste Francisco Ortega, “la historia conceptual no puede seguir siendo una historia refugiada exclusivamente en las élites”,<sup>136</sup> en los grupos alfabetizados o en la cultura letrada. La BG que se practique a este lado del mundo debe sacudirse del eurocentrismo que ha preñado a la propuesta koselleckiana.

---

129 João Feres Júnior, “Los estratos teóricos de la historia conceptual...”, 113.

130 Véase una propuesta de ampliación en Francesco Benigno, *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente* (Madrid: Cátedra, 2013), 40.

131 Carsten Dutt, “Funciones de la historia conceptual”, 25.

132 Margrit Pernau, “Nuevos caminos de la historia conceptual”, *Conceptos históricos*, año 5, n.º 8 (2019): 12-47.

133 Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Hacia una historia atlántica...”, 30-31.

134 Faustino Oncina Coves, “Historia in/conceptual y metaforología: método y modernidad”, 19.

135 Walter Mignolo, *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial* (Barcelona: Gedisa, 2007).

136 Francisco Ortega, “De conceptos y categorías: el caso de colonia”. En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, ed. de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova (Santander: G9/UN, 2021), 338.



# Iberconceptos

GABRIEL DAVID SAMACÁ ALONSO

*Historizar los marcos de comprensión de la realidad y los variados instrumentos que los seres humanos han venido forjando para interpretar sus pasados, próximos o remotos, es seguramente la mejor contribución que la semántica histórica puede ofrecer en el momento actual a las ciencias sociales.*

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN

## Introducción

**E**n una obra muy conocida que ha servido como introducción al campo de la historia intelectual, François Dosse incluyó la historia de los conceptos como parte de un movimiento renovador que tomó distancia de la historia de las ideas. Para el historiador francés, una de las principales características de esta forma de historiar las *ideas en contexto* es su vocación internacional manifiesta en diferentes tradiciones nacionales, entre las que cabe resaltar los casos inglés, italiano, francés y alemán.<sup>1</sup> Para efectos de este capítulo, nos concentraremos en una forma específica de practicar la historia conceptual que corresponde al mundo iberoamericano. En el campo historiográfico se le conoce por el nombre de su principal proyecto: Iberconceptos. La pregunta general que orienta la entrada reza así: ¿Iberconceptos es un programa/proyecto de investigación, una red intelectual y académica, una escuela historiográfica o todas ellas a la vez?

---

1 François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual* (Valencia: PUV, 2006), 204-268.

Sin desconocer otros abordajes que puedan enfatizar en su condición de red intelectual y académica, e incluso de escuela historiográfica, en el presente texto se asume el objeto denominado Iberconceptos como un programa de investigación en curso que, a lo largo de casi veinte años de trabajo ininterrumpido, se ha erigido como el principal resultado de la historia conceptual en nuestro contexto. Con el fin de reconstruir sus principales premisas, fases, realizaciones y limitaciones, el texto se estructurará en tres partes con base en los testimonios de su principal animador, el historiador español Javier Fernández Sebastián (en adelante JFS). Inicialmente, abordaremos los antecedentes y condiciones de surgimiento que permitieron la creación del programa. Acto seguido daremos cuenta de las dos primeras fases que se extendieron entre 2004 y 2014, linderos que se definen por la aparición de su principal obra. El texto cierra con una breve alusión a la última fase que se encuentra en curso, lo que nos permitirá apreciar el futuro inmediato del proyecto.

## Antecedentes y condiciones de posibilidad

Según JFS, si se tratara de auscultar en los orígenes del proyecto habría que remontarse hacia mediados de los años noventa cuando compartían con Juan Francisco Fuentes la preocupación por el uso anacrónico de los conceptos por parte del gremio de historiadores. Ambos académicos consideraban que “junto a una historia de hechos y acontecimientos, merecía la pena escribir también la historia de los instrumentos de comprensión de dichos acontecimientos. Y esto nos llevó a la historia conceptual”.<sup>2</sup> Cabe señalar que, desde los años ochenta, las ciencias sociales en España se abrieron a nuevos autores, problemas y discusiones en torno a la relación entre historia, lenguaje y sociedad.<sup>3</sup>

Autores como José Luis Villacañas, Faustino Oncina y los citados Fuentes y Fernández Sebastián se convirtieron en referentes de una renovación académica que puso en diálogo el mundo universitario español con la más reciente historiografía y la teoría de la historia europea.<sup>4</sup> A finales de los años noventa,

---

2 Gabriel Entín y Jeanne Moisan, “El abecedario iberoamericano de la modernidad política. Entrevista con Javier Fernández Sebastián”, *Book and Ideas* (10 de junio de 2011).

3 Luis Fernández Torres, “La recepción de la historia de conceptos en España. En la encrucijada entre la reflexión teórica y la aplicación práctica”, *Historia da Historiografía*, vol. 12, n.º 30 (mayo-agosto de 2019): 239-243.

4 Varios de estos autores han elaborado interesantes estudios introductorios a los trabajos que se han traducido de autores como Reinhart Koselleck. Por ejemplo, Villacañas escribió la introducción del volumen *Esbozos teóricos: ¿sigue teniendo utilidad la historia?*, mientras que Oncina hizo lo propio para *Aceleración, prog-*

dos equipos de investigadores pertenecientes a las Universidades del País Vasco y Complutense de Madrid, se embarcaron en ambiciosos proyectos con el fin de entregar al público interesado un diccionario del vocabulario político español del siglo XIX. El objetivo central era “poner a disposición de los lectores interesados en humanidades y ciencias sociales [...] un instrumento útil para un conocimiento más cabal de los conceptos y términos clave de la España liberal, sus significados y su evolución”.<sup>5</sup> Ese primer volumen constó de 104 entradas ordenadas alfabéticamente, elaboradas por más de una veintena de especialistas en la historia decimonónica de aquel país. Conscientes de la necesidad de un abordaje conectado, por cuanto el enfoque que atravesó la obra insiste en la existencia de constelaciones conceptuales, los directores incluyeron un índice temático que permitiera al lector construir un sistema de referencias cruzadas.

Años después se publicó un segundo volumen, dedicado al vocabulario del siglo XX, con una vocación interdisciplinaria declarada al involucrar herramientas y abordajes de la lexicografía, la historia social y política, el análisis histórico de los discursos y la historia conceptual.<sup>6</sup> Cabe señalar que los directores mantuvieron una actitud flexible respecto a los modelos o escuelas que conforman el campo de la historia conceptual, sin menoscabo de su apuesta por la convergencia de los postulados de la llamada escuela de Cambridge y la semántica histórica alemana. Concedores de sus especificidades, consideraban más importante asumir la crítica contra la vieja historia de las ideas con el fin de dar cuenta de la constitución lingüística del orden social, la irreductible indefinibilidad del vocabulario político y la pesquisa de una época transicional que se concentró en el periodo 1808-1898.<sup>7</sup>

Paralelamente, un destacado grupo de historiadores latinoamericanos exploraba nuevos caminos para repensar la historia política con base en la obra de François Xavier Guerra (1942-2002).<sup>8</sup> Gracias a los congresos anuales

---

*nosis y secularización*. El acercamiento particular de JFS a la historia conceptual se puede ver en: Mauricio Meglioli, *Los historiadores y sus libros* (Salamanca: Guillermo Escolar Editor, 2021), 39.

5 Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, “Introducción”. En *Diccionario político y social del siglo XIX español*, dir. por Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (Madrid: Alianza, 2002), 45.

6 Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, dirs., *Diccionario político y social del siglo XX español* (Madrid: Alianza, 2008).

7 Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, “Introducción”, 23-60.

8 Entre otros investigadores, podemos mencionar a los argentinos Elías José Palti, Vicente Oieni y Noemí Goldman; a los mexicanos Guillermo Zermeño y Elisa Cárdenas; a los brasileños João Feres Júnior y João Paulo Pimenta, así como a

organizados por el History of Political and Social Concepts Group, que más tarde se renombraría como History of Concepts Group (HCG), académicos de los dos lados del Atlántico comenzaron a discutir e intercambiar experiencias sobre el quehacer historiográfico desarrollado en sus respectivos países. Luego del VI Congreso Internacional de Historia de los Conceptos, organizado en el verano de 2003, comenzó a tomar forma la constitución de una red de alcance iberoamericano.<sup>9</sup> Un año más tarde, en el marco de la séptima versión del mismo evento, realizada en Río de Janeiro, se conformó oficialmente la Red Iberoamericana de Historia Político-Conceptual e Intelectual (RIAHPCI).<sup>10</sup>

El primer desarrollo de la nueva red fue la creación del foro virtual Iberoi-deas a través del que pretendieron impulsar el análisis y el debate en torno a la historia conceptual e intelectual. La red contó con el auspicio de la Universidad Nacional de Quilmes, El Colegio de México, el Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro y la Universidad del País Vasco. Alojado en el sitio <https://www.cervantesvirtual.com/>, el foro sirvió para divulgar eventos, publicaciones y promover la discusión en torno a la presentación de textos inéditos de los integrantes sobre el campo de la historia político-intelectual iberoamericana.<sup>11</sup> En 2006, la dinámica cambió con la organización temática de un ciclo de nueve presentaciones tituladas “Mitos y realidad de la cultura política latinoamericana”.<sup>12</sup> La procedencia nacional e institucional de los miembros fundadores del grupo de trabajo deja ver la existencia de nodos en España, Portugal,

---

los portugueses Fátima Sá e Melo Ferreira y Sérgio Campos Matos. A ellos se sumaron Carole Leal (Venezuela), George Lomné y Clément Thibaud (Francia) y el español José María Portillo Valdés, por citar solo algunos nombres.

- 9 Javier Fernández Sebastián y Luis Torres Fernández, “Iberconcepts: un proyecto de investigación en red. Cuestiones teórico-metodológicas y organizativas”, *Spagna Contemporanea*, n.º 51 (2017), 154.
- 10 Javier Fernández Sebastián, “Iberconcepts. Hacia una historia transnacional de los conceptos políticos en el mundo iberoamericano”, *Isegoría*, n.º 37 (julio-diciembre de 2007), 166.
- 11 Las discusiones iniciales fueron animadas por los trabajos de Antonio Annino, Claudio Lomnitz, José María Portillo Valdés, Javier Fernández Sebastián, Sergio Micelli y João Feres. El ciclo de 2006 se proyectó a partir de los trabajos de Elías José Palti, Ana Carolina Ibarra, Roberto Breña, Alfredo Ávila, Hilda Sabato, Marcela Ternavasio y Erika Pani. Ver: Javier Fernández Sebastián y Elías José Palti, “Novedades en historia político-conceptual e intelectual iberoamericana: redes, foros, congresos, publicaciones y proyectos”, *Historia Constitucional*, n.º 7 (2006): 369-381.
- 12 Elías José Palti, *Mito y realidad de la “cultura política latinoamericana”*. *Debates en Iberoi-deas* (Buenos Aires: Prometeo, 2010).



Argentina, México y Brasil, los cuales marcarán la dinámica de la historia conceptual en nuestro contexto.

La existencia de una red iberoamericana en ciernes, un foro virtual para mantener el intercambio académico de forma remota y la experiencia del diccionario español se hallan en la base de la puesta en marcha de un laboratorio de historia conceptual mucho más ambicioso y de largo alcance que comenzó a denominarse como Iberconceptos. Antes de adentrarnos en sus principios básicos, lineamientos metodológicos, fases, logros y límites, es preciso mencionar, así sea someramente, algunas de las condiciones historiográficas de posibilidad de esta empresa intelectual. Las ideas que presentaremos en seguida aspiran a inscribir la puesta en marcha de esta forma de practicar la historia como parte de procesos disciplinares, políticos y epocales más allá de la mera convergencia de intereses individuales.

En el nivel más inmediato, la historia conceptual en el contexto iberoamericano se vio beneficiada por la conmemoración de los doscientos años de la crisis monárquica desatada en 1808. Esta coyuntura sirvió para que entidades privadas y gobiernos de diferentes latitudes facilitaran recursos económicos con miras a la realización de proyectos, eventos y publicaciones en torno a la celebración del bicentenario del nacimiento de las repúblicas.<sup>13</sup> A su vez, las primeras décadas del siglo XXI representaron un momento de crisis e incertidumbre en el que, como lo sugiere JFS, el andamiaje social y político que comenzó a diseñarse hace dos siglos se resquebrajó. En otros términos, el presente que vio emerger la historia conceptual iberoamericana se caracteriza por la inestabilidad e incertidumbre del utillaje conceptual *moderno*, razón suficiente para emprender su estudio de manera distanciada.<sup>14</sup>

Guillermo Zermeño ofrece una explicación historiográfica más profunda del proyecto conceptual del que es uno de sus principales animadores. Para el historiador mexicano, es la crisis del régimen moderno de historicidad el telón de fondo sobre el cual hay que comprender la experiencia de Iberconceptos. Dicha crisis implica un cambio en el estatuto de la ciencia histórica, de los estados nacionales como marco fundamental de esta y una desestabilización de la concepción futurista de la temporalidad. En tanto respuesta a un nuevo orden del tiempo de naturaleza presentista, Iberconceptos hace parte un movimiento

---

13 Javier Fernández Sebastián y Elías José Palti, "Novedades en historia política-conceptual e intelectual iberoamericana: redes, foros, congresos, publicaciones y proyectos", *Historia Constitucional*, n.º 7 (2006), 377.

14 Javier Fernández Sebastián, "Apresentação. Algumas notas sobre história conceptual e sobre a sua aplicação ao espaço atlântico ibero-americano", *Ler História*, n.º 55 (2008), 8.

historiográfico revisionista que tuvo en el bicentenario de la Revolución francesa un momento destacado. En términos políticos:

Si pudieran sintetizarse las razones de la emergencia de *Iberconceptos*, podría afirmarse que intenta ser una respuesta —desde la historiografía— a los sistemas autoritarios y fundamentalistas, cuyas apariciones y reapariciones intermitentes en el siglo xx han dado mucho que pensar. En ese sentido, su potencial en el campo del conocimiento histórico se centraría en la apuesta a favor de los valores de la democracia y del respeto a la diversidad de opinión y de las diferencias [...] por encima de las tentaciones chauvinistas intrínsecas a la construcción y celebración de las identidades nacionales.<sup>15</sup>

Es preciso decir entonces que el programa de investigación que nos compete asume la crítica frontal a la historiografía nacionalista, razón por la cual ha buscado nuevos referentes geográficos para pensar los diferentes periodos de estudio. El grupo liderado por JFS hace parte de un movimiento historiográfico que podríamos denominar de historia *postnacional*, escala que “no sólo permite observar las interconexiones entre diversas partes del mundo, sino que proporciona valiosas claves para redescubrir lo nacional desde una mirada más dilatada y abarcadora”.<sup>16</sup> Así pues, esta empresa académica entra en diálogo con diferentes formas del giro global —ya sea la historia comparada, atlántica, conectada y cruzada— con el fin de estudiar los flujos, conexiones, vínculos y desplazamientos conceptuales en clave euroamericana. Ahora bien, cada uno de estos aspectos que hemos resaltado como condiciones de posibilidad se puso en marcha desde el año 2004 en tres fases sucesivas cuyo abordaje nos permitirá una mejor comprensión de esta experiencia concreta de la historia intelectual.

---

15 Guillermo Zermeño Padilla, “Sobre la condición postnacional en la historiografía contemporánea: el caso de *Iberconceptos*”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Editorial de la Universidad de Cantabria; Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España, D. L. 2013), 466.

16 Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel, “Conceptos políticos, tiempo y modernidad. Actualidad de la historia conceptual”, En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Editorial de la Universidad de Cantabria; Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España, D. L. 2013), xxxvii.

## Iberconceptos I

Entre 2004 y 2014, el proyecto de investigación titulado *El mundo atlántico como laboratorio conceptual (1750-1850). Bases para un Diccionario histórico del lenguaje político y social en Iberoamérica* se convirtió en Iberconceptos. Durante esta década, bajo la dirección de Javier Fernández Sebastián, decenas de investigadores de once países lograron instalar en el mundo historiográfico occidental una forma particular de pensar y hacer historia conceptual. Concebido desde un principio como una apuesta de largo aliento, se materializó en eventos internacionales, dossiers de revistas y, especialmente, dos diccionarios que se han convertido en una obra de referencia para especialistas e interesados en la historia del pensamiento político de la llamada era de las revoluciones. En este apartado intentaremos dar cuenta de los objetivos, premisas teóricas, principales actividades y publicaciones de las dos primeras etapas que abarcan los subperiodos 2004-2009 y 2010-2014.

Gracias a la existencia de condiciones materiales e intelectuales favorables a ambos lados del Atlántico, en los dos primeros años de trabajo un pequeño grupo de reconocidos académicos iberoamericanos definió los contornos del objeto de estudio, las bases metodológicas y la estructura interna de los grupos de investigación que conformaron nuestro tema de estudio. Como parte de esta labor, se optó por escoger un puñado de conceptos considerados claves para comprender la transición a la modernidad política tanto en la península ibérica como en América. La multiplicidad de contextos, los ritmos diferentes de la vida social y política objeto de estudio y la búsqueda de viabilidad del proyecto incidieron para decantarse por el estudio de diez conceptos. El abordaje debía realizarse a partir de un universo documental amplio que trascendiera las obras de los grandes pensadores para ir hacia los usos por parte de diferentes agentes sociales.<sup>17</sup> Según JFS, el objetivo fundamental consistió en “efectuar un análisis histórico comparado de los conceptos políticos y sociales clave en el mundo iberoamericano en el periodo de transición hacia la modernidad”.<sup>18</sup>

Una de las principales premisas de las que partió el proyecto fue la existencia, entre 1750 y 1850, de un terremoto semántico que acompañó el desarrollo de las revoluciones atlánticas en el mundo euroamericano. Para los investigadores que comenzaron a formar parte de esta empresa académica, el marco temporal, retomado de la propuesta de Reinhart Koselleck para el mundo

---

17 Javier Fernández Sebastián y Luis Torres Fernández, “Iberconceptos: un proyecto de investigación...”, 160.

18 Javier Fernández Sebastián y Elías José Palti, “Novedades en historia político-conceptual...”, 375.

germano, tuvo un subperiodo crítico entre 1808 y 1825 correspondiente a las revoluciones liberales y las independencias en varias partes de las monarquías ibéricas. El interés de fondo entonces fue el de dar cuenta del surgimiento de la modernidad política y social en un área geográfica de vastas proporciones que abarcaba territorios en dos continentes. Para ello se optó por un enfoque comparativo entre nueve unidades espaciales, que remiten a las actuales fronteras nacionales, y diez conceptos que vertebraron la actividad política durante el periodo de estudio mencionado.<sup>19</sup>

Si bien se realizó por consenso, la selección de las voces no estuvo exenta de profundas discusiones entre los diferentes especialistas de la historia decimonónica pertenecientes a los países convocados.<sup>20</sup> Los conceptos sociopolíticos e identitarios seleccionados fueron: América/americano, ciudadano/vecino, Constitución, federación/federalismo, historia, liberal/liberalismo, nación, opinión pública, pueblo, República/republicanos. Para su abordaje se definió la figura de un coordinador que dirigiría a un grupo de investigadores encargados de estudiar cada uno de los conceptos en sus respectivos contextos nacionales. Con base en los trabajos monográficos, los coordinadores, que integraron a su vez un Comité Internacional de Coordinación, elaboraron una síntesis transversal que presentaba los elementos compartidos por todo el complejo iberoamericano. Esta labor demandó un gran esfuerzo intelectual puesto que ninguna experiencia anterior en historia conceptual había intentado ofrecer una visión panorámica de diferentes procesos a esta escala.<sup>21</sup>

El cruce del eje vertical (geográfico) con el horizontal (conceptual) fue la base para que los diferentes equipos de investigación produjeran resultados parciales ganando cada vez más reconocimiento por parte de la comunidad académica internacional. Metodológicamente, si bien se trazaron directrices generales, el grado de experticia y conocimiento previo en la historia política y la perspectiva conceptual incidió en la calidad de los resultados finales. Con el ánimo de “señalar coincidencias y contrastes, similitudes y diferencias entre las diversas maneras de entender los diez conceptos básicos estudiados”,<sup>22</sup> la

---

19 Javier Fernández Sebastián y Luis Torres Fernández, “Iberconceptos: un proyecto de investigación...”, 160-162.

20 El proyecto inició con equipos de Argentina, Brasil, Colombia, España, México, Perú y Portugal. Hacia el 2006 se incorporaron los trabajos provenientes de Chile y Venezuela.

21 Javier Fernández Sebastián, “Iberconceptos. Hacia una historia transnacional...”, 166-168.

22 *Ibíd.*, 168.

Coordinación General procedió a plantear las siguientes hipótesis de trabajo como pautas analíticas para las respectivas pesquisas:

1. Los participantes debían aproximarse, hasta donde fuese posible, al mundo de los protagonistas del pasado con el fin de comprender la dimensión retórica de la política.
2. Cada entrada debía considerar un triple abordaje simultáneamente: semántico (significado), pragmático (usos) y cultural. Con ello se podría dar cuenta de las permanencias y desplazamientos conceptuales durante el periodo de estudio que, finalmente en esta etapa, correspondió al *Sattelzeit* koselleckiano.<sup>23</sup>
3. Adhesión a los teoremas de Koselleck que dan cuenta de la honda transformación conceptual ocurrida entre mediados del siglo XVIII y XIX: democratización, temporalización, ideologización y politización. Las colaboraciones tendrían que rastrear dichos teoremas en las diferentes fuentes, especialmente la prensa y los debates políticos y constitucionales. Fernández Sebastián agregó dos nuevos procesos como parte de su reflexión sobre el caso euroamericano: emocionalización e internacionalización del léxico político.<sup>24</sup>
4. La naturaleza transfronteriza de la revolución conceptual se expresó en la creación de un conjunto de voces que se podrían calificar de

---

23 En términos generales, por *Sattelzeit*, Koselleck planteó la existencia de un periodo de profunda mutación conceptual, que se extendió en Europa entre 1750 y 1850, en el que se sentaron las bases para la modernidad, especialmente por una manera particular de concebir la temporalidad en clave futurista. Este arco temporal fue asumido inicialmente por el proyecto, aunque ha sido objeto de importantes críticas. Ver: Elías José Palti “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, *Ayer*, n.º 53 (2004): 63-74.

24 Como lo ha señalado el mismo JFS en diferentes lugares, la emocionalización “estaría ligada, por una parte, al radical aumento de las expectativas depositadas en algunos conceptos-guía sobre los cuales se pretendió diseñar el futuro [...] y, por otra parte, con el aspecto movilizador, militante e integrador” de los conceptos al cargarse de normatividad. En cuanto a la internacionalización, se habría dado un movimiento paradójico de extensión del lenguaje político por diferentes territorios de las monarquías ibéricas recién se dio su desplome y un repliegue nacional ya bien entrado el siglo XIX. Ver: Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos”. En: *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750-1850 (Iberconceptos-I)*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC, 2009), 30-31.

“euroamericanismos” que, paradójicamente, en la segunda mitad del ochocientos habría experimentado un repliegue nacionalizador, por lo menos de una parte de vocabulario analizado. Esto implicaría considerar una cultura política compartida durante varios siglos a nivel iberoamericano, sin desconocer las diferencias contextuales a escala nacional, provincial y local.<sup>25</sup>

La ruta que trazó el grupo coordinador también contempló una serie de recomendaciones para el análisis de las fuentes en tres niveles: el lexicográfico, el semántico y el pragmático-retórico. El plano semántico exigía fechar, en caso de ser un neologismo absoluto, las primeras apariciones del término; mientras que si se trataba de un neologismo de sentido debía ubicarse temporalmente las primeras veces en que la palabra empezó a tener una nueva acepción. En vista de que este nivel privilegiaba la mirada diacrónica, los autores repararían hasta qué punto operó cierta resemantización o se mantuvieron los sentidos antiguos. De la misma forma, había que dar cuenta de los momentos de mayor uso, trazar un esquema evolutivo de los conceptos más próximos, los afines, adyacentes y opuestos, especificar las tradiciones discursivas en que se insertaba el concepto y, finalmente, evaluar la carga de pasado y la pretensión de realización futura que conllevaba internamente cada voz.

La dimensión pragmática o sincrónica implicaba enlistar los usos, en situaciones particulares, que experimentó cada uno de los diez vocablos seleccionados. En la medida de sus posibilidades, los colaboradores identificarían los tipos documentales, circunstancias o discursos donde apareció el concepto; registrarían los autores, obras, referencias institucionales y culturales citadas en las fuentes; determinarían el color normativo dominante (positivo, negativo o neutro), la posible voluntad de innovación ideológica, su éxito o fracaso, así como las líneas y ejes del debate político y, por último, se enfocarían en el uso realizado por los diferentes sectores sociales.

Las directrices de método se complementaron con la sugerencia de conectar y correlacionar determinados acontecimientos sociales, políticos y culturales con los cambios en el significado o valoración de los conceptos seleccionados. Incluso, se aspiraba a dilucidar cómo pudo haber incidido tal o cual concepto en el curso de los acontecimientos.<sup>26</sup> El alto grado de ambición de la apuesta investigativa abrió la compuerta a una variedad de realizaciones de acuerdo con la experiencia de los investigadores y el nivel de consolidación de las respectivas historiografías nacionales.

---

25 Javier Fernández Sebastián, “Iberconceptos. Hacia una historia transnacional...”, 168-171.

26 *Ibíd.*, 171-173.

Los resultados de este proyecto interuniversitario transnacional se presentaron en varios eventos internacionales, de los cuales reseñaremos los realizados en 2006 y 2007. Entre el 10 y el 11 de abril de 2006 tuvo lugar en Madrid el I Seminario Internacional de Historia Conceptual Comparada del Mundo Iberoamericano. Allí concurrió el grupo coordinador con el fin de rendir informes de avance del proyecto, discutir los problemas metodológicos que se presentaron a los diferentes equipos, poner a punto los textos con miras a un nuevo evento y perfilar los nuevos conceptos a trabajar en una segunda fase.<sup>27</sup> En efecto, al siguiente año, nuevamente en la capital española, se realizó el Congreso Internacional El Lenguaje de la Modernidad en Iberoamérica. Durante cuatro días, más de cincuenta investigadores de diferentes países discutieron los resultados de la primera fase del proyecto, presididos por dos conferencias magistrales a cargo de especialistas en historia conceptual y política. Este evento sirvió para exponer las síntesis comparativas que, desde una perspectiva atlántica, se focalizaron en la coyuntura independentista.<sup>28</sup>

La nómina de ponentes, la duración y el despliegue logístico de los eventos mencionados deja ver la fuerza que tomó el programa investigativo conformado por académicos de más de una decena de universidades y centros de investigación de diferentes países. Desde 2003 y hasta 2008 se difundieron en diez publicaciones científicas europeas los resultados parciales de la primera fase en dossieres temáticos que abordaban conceptos particulares y reflexiones metodológicas de este emergente campo historiográfico. Gracias a ello, Iberconceptos ganó un lugar a nivel internacional y creó un público especialista para el lanzamiento de su producto impreso más importante: el primer volumen del *Diccionario político y social del mundo iberoamericano (DPSMI)*.<sup>29</sup>

---

27 Programa del I Seminario Internacional de Historia Conceptual Comparada del Mundo Iberoamericano, Madrid, 10 y 11 de abril de 2006. Disponible en: [https://iberconceptos.es/wp-content/uploads/2023/06/programa\\_I\\_Seminario\\_Iberconceptos\\_2006.pdf](https://iberconceptos.es/wp-content/uploads/2023/06/programa_I_Seminario_Iberconceptos_2006.pdf). El equipo de coordinadores estaba conformado por: Noemí Goldman (Argentina), João Feres (Brasil), Georges Lomné (Colombia), Javier Fernández Sebastián (España), Guillermo Zermeño (México), Cristóbal Aljovín de Losada (Perú) y Fátima Sá (Portugal).

28 Programa Congreso Internacional de la modernidad en Iberoamérica: conceptos políticos en la era de las independencias, Madrid, 26-29 de septiembre de 2007. Disponible en la red vía: [https://iberconceptos.es/?page\\_id=194](https://iberconceptos.es/?page_id=194). La conferencia de apertura estuvo a cargo de Hans-Erich Bödeker y la de cierre fue impartida por José Carlos Chiaramonte.

29 Los dossieres publicados se pueden consultar en: *Historia contemporánea*, n.º 27 (2003); *Historia contemporánea*, n.º 28 (2004); *Ayer*, n.º 53 (2004); *Anales*, n.º 7-8 (2004-2005); *Revista de Estudios Políticos*, n.º 134 (2006); *Araucaria*, vol. 9, n.º 17



Luego de la experiencia de los diccionarios de conceptos políticos dedicados a España, Fernández Sebastián ha insistido que este formato no pretende definir la totalidad de términos que dieron forma al pensamiento y a la vida política en una época.<sup>30</sup> En su lugar, estos proyectos se concentran en la selección de un grupo limitado de conceptos considerados fundamentales cuyo abordaje debe enfatizar en la pluralidad de significaciones y en la reconstrucción de los contextos históricos, sociales, políticos e intelectuales en que fueron empleados. La condición de *fundamentales* de las voces incluidas en estos lexicones remite a su carácter “insustituible en la estructura semántica subyacente a los debates políticos”, de manera que cada entrada debiera mostrar las “grandes líneas de fractura” de la discusión política de un periodo histórico determinado.<sup>31</sup> Como se afirma en la introducción del *DPSMI*, en teoría, cada uno de los conceptos podría ser entendido como un punto de acceso a una red histórico-semántica cuya configuración ha de entenderse en términos diacrónicos como sincrónicos.<sup>32</sup>

Con una extensión de 1422 páginas, bajo la dirección general de JFS y un equipo de once editores y decenas de autores, en 2009 salió a la luz pública el primer volumen del *DPSMI*. La obra incluyó un estudio introductorio en el que se presentaban las hipótesis centrales del proyecto, su estructura general y las consideraciones metodológicas que orientaron el quehacer de los diferentes colaboradores. Editorialmente, se sumó un apéndice cronológico de cada uno de los espacios abordados en la obra a manera de instrumento de orientación histórica básica para los lectores menos avezados. Geográficamente, la obra abordó nueve territorios nacionales que, en tres casos, fueron presentados a partir de su denominación administrativa indiana.<sup>33</sup> Las categorías analizadas fueron una decena que, como ya se dijo líneas atrás, en ciertos casos implicó el estudio de parejas de términos por oposición o complementariedad.

El casi millar y medio de páginas de *Iberconceptos I* presentó una estructura llamativa que permite a los conocedores en las temáticas y nuevos interesados adentrarse en la complejidad de lo que su director general llamó el camino hacia

---

(2007); *Isegoría: Revista de filosofía moral y política*, n.º 37 (2007); *Contributions to the History of Concepts*, vol. 4, n.º 1 (2008); *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, n.º 45 (2008) y *Ler História*, n.º 55 (2008).

30 Javier Fernández Sebastián, “¿Qué es un diccionario histórico de conceptos políticos?”, *Anales*, n.º 7-8 (2004-2005): 223-240.

31 *Ibid.*, 229-231.

32 Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Hacia una historia atlántica...”, 34.

33 En orden alfabético, los trabajos versaron sobre: Argentina-Río de la Plata, Brasil, Chile, Colombia-Nueva Granada, España, México-Nueva España, Perú, Portugal y Venezuela.

“una historia atlántica de la modernidad iberoamericana”. Entre el estudio introductorio y el apéndice mencionados, cada una de las voces fue tratada a partir de un estudio transversal a cargo de los respectivos editores, quienes elaboraron una reflexión sobre los puntos de encuentro y contextos de uso de cada concepto. Luego de ello, se presenta para cada uno de los territorios y en unas cuantas páginas, la evolución del vocablo, así como sus principales usos y significaciones. Así pues, cada concepto fue estudiado en nueve trabajos territoriales y un ensayo interpretativo de mayor alcance. Valga señalar que la coordinación de las secciones estuvo a cargo de especialistas del concepto/problema quienes habían desarrollado investigaciones de largo aliento con anterioridad en sus respectivos países.<sup>34</sup>

Tras su aparición en 2009, el *Diccionario* fue calificado como una obra de consulta imprescindible para los estudiosos de la historia política y social en ambos lados del Atlántico.<sup>35</sup> En cuanto tal, la lectura que hemos realizado de este monumental trabajo ha sido, precisamente, troceada y parcial; razón por la cual podemos señalar que, pese a sus trascendentales méritos, el centenar de colaboraciones presenta niveles disímiles de apropiación del enfoque metodológico suscrito por su director y núcleo central de coautores. Aunque una crítica historiográfica rigurosa rebasa nuestras capacidades, cabe señalar que la primera fase del proyecto fue objeto de algunas observaciones que podemos sintetizar en los siguientes planteamientos: 1. La asunción problemática del periodo de transición a la modernidad que planteó Koselleck para el mundo germano; 2. El énfasis nacional que primó en el abordaje de los conceptos, de manera que la promesa de una historia conceptual comparativa quedaba en deuda, y 3. La decisión de trabajar conceptos particulares, presentados en forma de lexicón, impediría la comprensión de las redes semánticas, discursos y

---

34 A manera de ejemplo podemos mencionar los conceptos de *Historia, Opinión Pública y Constitución*, cuyos responsables fueron Guillermo Zermeño Padilla, Noemí Goldman y José María Portillo Valdés, respectivamente. Todos ellos tenían en su haber trabajos de gran relevancia académica en sus comunidades académicas nacionales y a nivel iberoamericano.

35 Si bien formularon algunas observaciones y pequeños reparos, dos reseñas publicadas al poco tiempo de salir a la luz coinciden en el significado historiográfico del primer volumen. Ver: Sergio Mejía Macía, reseña de *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, dir. por Javier Fernández Sebastián, *Revista de Estudios Sociales*, n.º 38 (2011): 194-196. Y José Antonio Sánchez Román, reseña de *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750-1850. (Iberconceptos I)*, dir. por Javier Fernández Sebastián, *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, n.º 23 (2010): 332-336.

lenguajes políticos de los que formaron parte.<sup>36</sup> En tal sentido, la apuesta por dar cuenta de los usos, debates y pugnas político-conceptuales tampoco se habría satisfecho. Algunas de estas críticas fueron retomadas en el seno del proyecto al punto que conllevaron debates internos, revisiones y replanteamientos que se verían en las fases subsiguientes.

## Iberconceptos II: reajustes y consolidación

Entre 2010 y 2014, Iberconceptos adelantó su segunda fase en la que alcanzó su consolidación como un laboratorio historiográfico sobre la modernidad política en Iberoamérica. A lo largo de este periodo afianzó su lugar en el campo de la historia conceptual a nivel mundial erigiéndose como una de las iniciativas más ambiciosas de esta forma de practicar la historia. La experiencia acumulada demostró un considerable grado de madurez académica y organizativa que le permitió ampliar sus redes a nuevos territorios, difundir sus resultados en nuevos dosieres y eventos, así como publicar un segundo volumen del *Diccionario*. Esta fase también significó el replanteamiento de algunas hipótesis de partida y la proyección de la empresa intelectual a partir de nuevos criterios cuyos alcances todavía están por determinar.

Como lo afirmó el mismo JFS, la segunda etapa del proyecto “trajo consigo una ampliación considerable [...] que redundó en un aumento significativo de la capacidad investigadora del grupo”.<sup>37</sup> Esto se puede apreciar en la organización de dos congresos internacionales de la red en Madrid (2009) y Montevideo (2011). En estas citas, centradas en los lenguajes políticos de las revoluciones de independencia, se contó con la presencia de buena parte de los integrantes de la red, quienes presentaron sus avances sobre la agenda definida en la primera fase. Como sucedió en el ciclo anterior, los coordinadores del nuevo conjunto de voces presentaron adelantos de sus síntesis que fueron enriquecidas con las discusiones de los otros autores, quienes presentaron trabajos más delimitados. Los objetivos, estructura y funcionamiento de los encuentros se mantuvieron en los dos congresos, al tiempo que buscaron dialogar con especialistas provenientes de la historia política euroamericana a través de sus conferencias magistrales.<sup>38</sup>

---

36 Roberto Breña, “Tensions and Challenges of Intellectual History in Contemporary Latin America”, *Contributions to the History of Concepts*, vol. 16, n.º 1 (2021): 89-115.

37 Javier Fernández Sebastián y Luis Torres Fernández, “Iberconceptos: un proyecto de investigación...”, 163.

38 Los conferencistas invitados fueron: Jaime Edmundo Rodríguez y Sir John Elliot, en 2009; Bo Stråth y Joaquín Varela Suanzes-Carpegna, en 2011.

De esta forma, el primer evento tuvo como hilo conductor el “lenguaje de la libertad” en la era de las independencias, temática que permitió la presentación del primer *Diccionario* y la socialización de los resultados preliminares de la segunda fase.<sup>39</sup> Dos años después se realizó la tercera versión del congreso en torno al lenguaje de la independencia. Además de ser el primer encuentro en Latinoamérica, lo más destacado de esta ocasión fue la organización de mesas temáticas por diadas conceptuales que sugieren una visión más relacional de las voces estudiadas, quizás con el fin de hacer realidad el trabajo sobre redes semánticas.<sup>40</sup> A ello se sumó la presentación de unos grupos de trabajo en torno a los siguientes campos problemáticos que anticiparon lo que será la tercera fase, a saber: progreso y economía política, religión y política, la era de las revoluciones y su posteridad e identidades sociales y clasificaciones étnicas.<sup>41</sup> El encuentro de colegas, la discusión de alto nivel y el aprendizaje colectivo que se dieron en los diferentes congresos pueden ser entendidos como una condición y efecto de la consolidación del macroproyecto.

A nivel de la divulgación de resultados parciales, la segunda fase significó mantener la presencia en publicaciones iberoamericanas gracias al esfuerzo de algunos miembros de la red, quienes emplearon su capital social e intelectual para continuar el posicionamiento del proyecto. En 2010, bajo el liderazgo de Georges Lomné y como muestra de todo un movimiento historiográfico gestado en torno a la coyuntura conmemorativa de las independencias, se publicó un dossier en el *Bulletin de l'Institut français d'études andines* dedicado a algunos conceptos políticos en el mundo andino entre 1750 y 1870.<sup>42</sup> Por su parte, Guillermo Zermeño dirigió en 2011 un número monográfico para *Historia Mexicana* en el que reunió trabajos sobre diferentes conceptos sociales y políticos

---

39 Programa del II Congreso Internacional El lenguaje de la libertad en Iberoamérica Conceptos políticos en la era de las independencias, Madrid, 23-25 de septiembre de 2009. Disponible en la red vía: [https://iberconceptos.es/?page\\_id=201](https://iberconceptos.es/?page_id=201)

40 Las diadas fueron: Patria y Estado, Independencia y Libertad, Revolución y Civilización, Soberanía y Democracia, Orden y Partido.

41 En este congreso se presentó un panel especial de la historia conceptual en Uruguay, uno de los nuevos equipos que se incorporó en la segunda etapa. Programa del III Congreso Internacional El lenguaje de las independencias en Iberoamérica: Conceptos políticos y conceptos historiográficos en la era de las revoluciones, Montevideo, 5-7 de septiembre de 2011. Disponible en la red vía: [https://iberconceptos.es/?page\\_id=208](https://iberconceptos.es/?page_id=208)

42 *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 39 (1) (1 de octubre de 2010). [En línea]. Publicado el 01 octubre de 2010, consultado el 03 marzo de 2021.

de lo que denominó como *modernidad mexicana*.<sup>43</sup> Sin embargo, el logro más destacado en este campo fue la aparición en 2012 de la revista especializada en historia conceptual, *Ariadna Histórica*, adscrita a la Universidad del País Vasco e impulsada por la Red Iberconceptos y el Grupo de Historia Intelectual de la Política Moderna de la misma casa de estudios que fungió como núcleo formativo y administrativo del macroproyecto.<sup>44</sup>

La ampliación geográfica de algunos de los eventos y dossiers emprendidos durante la segunda etapa permite pensar en un descentramiento del programa, tendencia que domina hoy día el funcionamiento de la red. Este sería apenas uno de los cambios más relevantes cuyas novedades permearon el *DPSMI* en sus aspectos formales y sustanciales. De aquel grueso volumen seminal asistimos a la publicación de diez tomos dedicados a los siguientes conceptos: civilización, democracia, Estado, independencia, libertad, orden partido, patria, revolución y soberanía.<sup>45</sup> Con un promedio de 230 páginas, cada libro incluyó una presentación general de la obra firmada por JFS, los ensayos transversales de los editores, una relación de los autores de las respectivas voces y listados de abreviaturas y siglas institucionales para consulta del lector. Una de las ventajas de este formato sería la posibilidad de concentrarse en una sola voz con el fin de correlacionar las similitudes y diferencias de los respectivos contextos geográficos.

En el primer tomo, dedicado al concepto de civilización, apareció una extensa introducción elaborada por el líder del programa de investigación en la que reiteró las premisas teórico-metodológicas conocidas, desarrolló argumentos históricos ausentes en el primer volumen y referenció las principales novedades de esta segunda fase. Las diferencias más significativas, como bien lo ha planteado el mismo Fernández Sebastián en diferentes ocasiones, estuvieron relacionadas con la ampliación del espacio geográfico —y por tanto la incor-

---

43 *Historia Mexicana*, vol. 60, n.º 3 (enero-marzo 2011), 239. El dossier se conformó a partir de los trabajos presentados en el marco de un curso introductorio a la historia conceptual desarrollado en El Colegio de México.

44 Con la dirección de Javier Fernández Sebastián y editada por Pedro José Chacón Delgado, aglutinó en los comités editorial y asesor a las figuras más representativas de la historia conceptual iberoamericana. Se pueden consultar todos los números en: <https://ojs.ehu.eus/index.php/Ariadna/index>

45 Los editores escogidos fueron: João Feres Júnior (civilización), Gerardo Caetano (democracia), Annick Lempérière (Estado), Alejandro San Francisco (independencia), Loles González-Ripoll y Gabriel Entin (libertad), Carole Leal Curiel (orden), Cristóbal Aljovín de Losada (partido), Georges Lomné (patria), Guillermo Zermeño Padilla (revolución) y Noemí Goldman (soberanía).

poración de nuevos equipos de trabajo— y el reajuste en el marco temporal.<sup>46</sup> Respecto al primero, se sumaron estudios sobre el área caribeña y antillana, el mundo centroamericano y la llamada banda oriental que identificamos con la actual nación uruguaya. No obstante, lo más relevante es la insistencia de JFS en el juego de escalas entre el Atlántico ibérico, los marcos nacionales postrevolucionarios, los niveles subregionales y los contextos locales. El énfasis en esta etapa, por lo menos como propósito, ni siquiera fue explicitar los diferentes niveles geográficos sino dar cuenta del peso de las transferencias, circulaciones y entrelazamientos de los mismos en materia conceptual como parte de un enfoque cada vez más interconectado.<sup>47</sup>

El segundo cambio relevante fue la ampliación del periodo al siglo transcurrido entre 1770 a 1870. Según el mismo director, luego de la aparición del primer volumen hubo discusiones internas en torno a la asunción literal del *Sattelzeit* koselleckiano. Las críticas recibidas al parecer tuvieron eco al punto que se desplazaron dos décadas tanto la apertura como el cierre del periodo de estudio. De este modo se esperaba subrayar, por un lado, la firmeza de los cambios acaecidos en el último tercio del siglo XVIII con las reformas borbónicas y pombalinas; y, por el otro, al llegar hasta bien entrado el siglo XIX, buscaban dar cuenta del afianzamiento de los estados nacionales.

En nuestro concepto, lo más significativo de la introducción del segundo volumen del Diccionario son las explicaciones, salvedades y advertencias sobre la manera en que se concibe el tiempo histórico en la obra. En síntesis, JFS relievra: el largo periodo de transición que entraña el cambio de régimen de conceptualidad como condición y efecto de la transformación sociopolítica acaecida en aquella centuria, los ritmos diferentes que tomó este proceso en los distintos espacios abordados y, por consiguiente, en los conceptos trabajados; y, finalmente, la importancia del subperiodo 1807-1834 para enfocarse en la aceleración de los cambios fraguados décadas atrás. La reflexión sobre la temporalidad condujo a dejar de lado el referente utilizado en la primera fase

---

46 Guilherme Pereira das Neves, Rodrigo Bentes Monteiro y Francine Legelski, “Iberconceptos, historia conceptual, teoría de la historia - Entrevista a Javier Fernández Sebastián (Parte I)”, *Tempo*, vol. 24, n.º 3 (septiembre-diciembre de 2018): 691.

47 Javier Fernández Sebastián, “Tiempos de transición en el Atlántico Ibérico: conceptos políticos en revolución”, En *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870 (Iberconceptos-II)*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Universidad del País Vasco/CEPC, 2014), tomo I, 47.

correspondiente a la era de las independencias o revoluciones por un marco transicional mucho más amplio.<sup>48</sup>

Esta segunda introducción, sin abandonar el tono de manifiesto, representa un trabajo de mayor filigrana intelectual por parte de JFS y sirve, a quienes se inician en la historia conceptual iberoamericana, como una síntesis propedéutica de gran valía.<sup>49</sup> El segundo y último volumen del *Diccionario*, con sus novedades y ajustes, mantiene la lucha contra la naturalización de los conceptos políticos, el presentismo imperante como quiebre del régimen moderno de historicidad, el difusionismo eurocéntrico de la modernidad política y las visiones teleológicas que se cuelan en la práctica de los historiadores. La apuesta que sigue atravesando el proyecto es la de dar cuenta de las conceptualizaciones, es decir, del uso estratégico de algunos conceptos en debates y argumentaciones a lo largo y ancho del mundo iberoamericano. El abigarrado mundo que intentaron asir los diferentes equipos de trabajo dio como resultado “una síntesis panorámica de los significados hojaldrados de una veintena de conceptos fundamentales, en cada uno de los cuales varios estratos semánticos y temporales se superponen e intersectan [sic] de manera compleja”.<sup>50</sup>

¿Qué podemos decir acerca de la recepción del segundo volumen del *DPSMI*? Una lectura aleatoria de cinco reseñas publicadas entre 2015 y 2016 nos permiten advertir el grado de reconocimiento del que gozó la obra y, de paso, el proyecto entre la comunidad académica iberoamericana. Difundidas en revistas especializadas de España, México, Venezuela y Colombia, los autores de las reseñas coinciden en el carácter monumental y ambicioso del *Diccionario* que lo llevó a convertirse, de entrada, en una obra de consulta, referencia y lectura obligada para historiadores y demás académicos de las ciencias sociales. Buena parte de los lectores consultados se esfuerzan por describir los aspectos generales del proyecto, los supuestos teórico-metodológicos y las novedades respecto al primer volumen. Los comentarios, generalmente positivos, de conocedores de la historia conceptual se concentraron en los tomos dedicados a los conceptos de orden, revolución y libertad.<sup>51</sup>

---

48 *Ibíd.*, 30-42.

49 Varios de estos postulados son retomados y reorganizados en un trabajo reciente que da cuenta de la dimensión teórica que está en la base del proyecto. Ver: Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2021), 56-114 y 155-181.

50 Javier Fernández Sebastián, “Tiempos de transición en el Atlántico...”, 59.

51 Gloria Maritza Gómez Revuelta, “Un nuevo ejercicio de historia conceptual sobre Iberoamérica”, *Historia y Grafía*, n.º 45 (julio-diciembre de 2015): 195-202; José Javier Blanco Rivero, reseña de *Diccionario Político y Social del Mundo Iberoamericano. (Iberconceptos II)*, vol. 5, dir. por Javier Fernández Sebastián, *Politeia*,



Aunque buena parte de los elementos destacados del proyecto por los reseñistas se sintetizan en las dos introducciones generales de JFS, cabe destacar los comentarios de Juan Luis Simal y Francisco Ortega, quienes plantearon algunas limitaciones del segundo volumen. Simal señala la posible redundancia de elementos teóricos y metodológicos que puede encontrar el lector de la obra en los textos transversales y la misma introducción general. Igualmente, extraña el mayor peso que se le hubiese podido dar a las transferencias conceptuales entre los mundos hispano y lusohablante, máxime cuando se pregunta por la existencia de un espacio lingüístico y conceptual iberoamericano.<sup>52</sup> Por su parte, Ortega, en un comentario relativamente extenso y tras relieves las fortalezas conocidas, plantea tres críticas: a) la dificultad para superar los marcos nacionales de los equipos, más allá de la ampliación a nuevos territorios; b) la ausencia de trabajos sobre Paraguay, Ecuador, Bolivia y otros antiguos dominios hispánicos ubicados fuera de Europa y América; y c) la decisión de abandonar, para la tercer fase, el formato de diccionario que impediría continuar el trabajo sobre otros conceptos clave.<sup>53</sup>

Al igual que en la primera etapa, la segunda tuvo como broche de oro la publicación de una obra considerada monumental que, en el decir de los conocedores, demostró la madurez del proyecto en su conjunto. Un par de años antes, los miembros del núcleo de trabajo iniciaron labores para proyectar una nueva fase que todavía se encuentra en curso y que representa un giro de tuerca en el funcionamiento de este laboratorio historiográfico. Por esta razón, en el presente ensayo se cierra con una breve mención de los principales cambios que representa la actualidad y el futuro de Iberconceptos. Tales novedades dan cuenta de una serie de mutaciones de fondo y forma con impacto en la manera en que se organizan los equipos de trabajo, la continuidad de esta forma de

---

vol. 38, n.º 54 (2015): 179-182; Antonio-Filiu Franco Pérez, “Conceptos políticos clave para entender la transición a la modernidad en Iberoamérica (1770-1870)”, *Revista de Historia Constitucional*, n.º 16 (2015): 459-465.

52 Juan Luis Simal, reseña de *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870 (Iberconceptos-II)*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Universidad del País Vasco/CEPC, 2014), *Historia y Política*, n.º 33 (enero-junio de 2015): 335-371.

53 Algunos de estos conceptos mencionados por el autor son: *igualdad, justicia, política, representación, público, moral, educación o colonia*. Ver: Francisco Ortega, reseña de *Diccionario político y social del mundo moderno iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870. Iberconceptos*. 10 tomos, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC, 2014). *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, vol. 43, n.º 1 (enero-junio de 2016): 432-438.

historiar y el tipo de resultados que han compartido con la comunidad académica internacional.

## A manera de cierre: la actualidad de Iberconceptos

El presente y futuro de Iberconceptos se comenzó a diseñar en 2011 durante el congreso organizado en Montevideo. A partir de ese momento y, especialmente luego de 2015, el proyecto ha experimentado considerables cambios que atañen a su forma y fondo. Las notas que distinguen esta fase son el pluralismo, la flexibilidad y la descentralización de la dinámica investigativa, cambios que podrían llevar a pensar en el paso de un macroproyecto de investigación a la consolidación de una red transnacional cada vez con mayores alcances. En el mismo sentido, sin que haya habido un cambio de guardia, también asistimos a la emergencia de nuevos liderazgos que se complementan con el interés por formar nuevas generaciones de historiadores conceptuales. Esto sugiere una vocación de permanencia por parte de sus impulsores.

El primer cambio, y quizás el más significativo, consiste en el abandono de la nación como marco investigativo prioritario de los diferentes equipos de trabajo y, con ello, el desistimiento de los conceptos como unidad básica de análisis. En su lugar, la tercera fase se estructuró inicialmente a partir de seis campos semánticos que han dado origen al mismo número de grupos de trabajo conformados por especialistas de diferentes países. La consecuencia más evidente ha sido la renuncia a publicar un tercer volumen del monumental diccionario. Cada equipo cuenta con un coordinador, desarrolla diferentes líneas de investigación en constante renovación y presenta resultados de manera autónoma respecto a sus pares. En este último aspecto, cabe resaltar el papel que ha jugado la revista *Ariadna Histórica* en la publicación de avances de investigación en dossiers especializados, como sucedió en 2016 y 2021, sin que obste la difusión en publicaciones de alto impacto a nivel global.

Así pues, hace poco más de un lustro vienen trabajando seis núcleos académicos que bien podríamos pensar como nodos de una estructura reticular en permanente movimiento. Los grupos/campos semánticos son: 1. “Experiencias de tiempo en los siglos XVIII y XIX”, liderado por Fabio Wasserman. 2. “Conceptos políticos fundamentales”, actualmente encabezado por Gabriel Entín y Jorge Myers. 3. “Territorio y Soberanía”, coordinado por Ana Frega. 4. “Lenguajes de identidad y diferencia en el mundo iberoamericano: clases, corporaciones, castas y razas”, impulsado por Fátima de Sá e Melo Ferreira y Francisco Ortega. 5. “Religión y Política”, hoy día abanderado por Elisa Cárdenas y Francisco Ortega y

6. “Traducción y transferencias conceptuales (siglos XVIII y XIX)”, bajo la égida de Noemí Goldman.<sup>54</sup> La diversidad representada en este nuevo escenario ha permitido a la red insertarse en discusiones relacionadas con la nueva historia social, la circulación de saberes, la metaforología, la inconceptualidad y los giros icónicos, espacial e historiográfico.<sup>55</sup>

El origen, adscripción institucional y trayectorias de los investigadores que forman la actual generación de Iberconceptos deja ver una red policéntrica que viró de España hacia América.<sup>56</sup> Ahora bien, la marcha e intensidad de cada agrupación es disímil, no solo por las especificidades de sus intereses y objetos de estudio, sino por el camino recorrido por sus integrantes al interior del macroproyecto.<sup>57</sup> Por ejemplo, el grupo dedicado al estudio de la temporalidad recogió la experiencia acumulada en las investigaciones sobre conceptos como *historia* y *revolución*. De allí que ahora inquieran por las relaciones entre tiempo, política y lenguaje, la aceleración o ralentización de las vivencias temporales y las experiencias de progreso, la revolución y la regeneración, por citar algunas

---

54 Javier Fernández Sebastián y Luis Torres Fernández, “Iberconceptos: un proyecto de investigación...”, 165-171. En los últimos años, la dinámica de cada grupo ha introducido algunas modificaciones y matices a su labor, tal y como sucede, por ejemplo, con el grupo interesado en las traducciones que ha ubicado en el centro de sus preocupaciones el tema de la metaforología. Igualmente, se ha comenzado a esbozar la creación de un nuevo grupo con sede en México sobre lenguajes y conceptos de la economía política liderado por Alberto Tena Camporesi y Daniel Barragán.

55 Una síntesis de las discusiones, avatares y reflexiones que se han desarrollado al interior de los diferentes grupos se puede consultar en la primera parte de: Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova, eds., *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Santander: Genuève Ediciones, 2021).

56 Un indicio de este desplazamiento se puede encontrar en el Congreso internacional Conceptos transatlánticos. Nuevos retos y enfoques históricos para Iberconceptos, realizado en la ciudad de Cartagena de Indias entre el 19 y 21 de abril de 2017. En este evento se presentaron síntesis de los trabajos realizados en la tercera fase que serían publicados en el libro *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica*, referenciado en la nota anterior.

57 Recientemente, apareció un nuevo libro colectivo adscrito al grupo de Religión y Política que da cuenta de la nueva etapa en la que se encuentra Iberconceptos, especialmente por la vinculación de jóvenes investigadores que han hecho parte de diferentes espacios formativos. Ver: Elisa Cárdenas Ayala y Francisco Ortega Martínez, coords., *El lenguaje de la secularización en América Latina. Contribuciones para un léxico* (Santander: Editorial Universidad de Cantabria, 2023).

entradas.<sup>58</sup> La fase en curso también permitió la incorporación de Ecuador, espacio que había quedado por fuera de las etapas anteriores.<sup>59</sup>

El segundo y último hecho que quisiéramos subrayar sobre el presente/futuro de Iberconceptos corresponde a la creación, en 2016, de la escuela de verano denominada *Concepta*.<sup>60</sup> Realizada en el Colegio de México -con un trunco intento en Bogotá debido a la pandemia de covid-19- dicha escuela contó con el liderazgo del historiador argentino Gabriel Entín, quien estructuró su propuesta tomando como base experiencias formativas similares realizadas en Europa.<sup>61</sup> Sus impulsores la conciben como un espacio de formación dirigido a profesionales en ciencias sociales interesados en incorporar algunas herramientas de la historia conceptual en su quehacer investigativo. En sus diferentes versiones, *Concepta* ha sido un espacio de intercambio, especialmente para estudiantes de posgrado de varias nacionalidades. La planta profesoral reúne a lo más granado de la red en cuyas conferencias, clases magistrales y talleres introducen a los asistentes en los vericuetos de la semántica histórica y abren diálogos con especialistas provenientes de campos adyacentes.<sup>62</sup>

---

58 Fabio Wasserman, “Temporalidad e historia conceptual: la experiencia de Iberconceptos”. En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, ed. de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Santander: Genuève Ediciones, 2021), 97-117. La producción de este grupo se puede seguir en dos volúmenes colectivos: Fabio Wasserman, ed., *Tiempos críticos: historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano: siglos XVIII y XIX* (Buenos Aires: Prometeo, 2020). Y Fabio Wasserman, coord., *El mundo en movimiento: El concepto de revolución en Iberoamérica y el Atlántico norte (siglos XVII-XX)* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2019).

59 El grupo de historiadores vinculados a la red lo lideran Juan Maiguaschca, Guillermo Bustos y Galaxis Borja, quienes cuentan con una amplia experiencia en la historia social, política y cultural de su país.

60 El nombre completo de la Escuela es *Concepta Iberoamérica en Historia Conceptual*.

61 La información sobre la primera convocatoria se puede consultar en: [https://www.facebook.com/concepta.iberoamerica/photos/se-abre-la-convocatoria-para-la-i-escuela-de-verano-concepta-en-historia-concept/1679944668954396/?papi-pv=0&eav=AfYGRtHKDqBF7-wHxabvcgCVwlylPaAcEFmnWr8Q6-K8YLp9FK-NOVXpcP8p9zBykQc&\\_rd](https://www.facebook.com/concepta.iberoamerica/photos/se-abre-la-convocatoria-para-la-i-escuela-de-verano-concepta-en-historia-concept/1679944668954396/?papi-pv=0&eav=AfYGRtHKDqBF7-wHxabvcgCVwlylPaAcEFmnWr8Q6-K8YLp9FK-NOVXpcP8p9zBykQc&_rd)

62 Los nombres de cada versión sugieren los énfasis temáticos que han pretendido guiar las discusiones y las transformaciones internas del proyecto: “Modernidades iberoamericanas” (2016); “Conceptos en Movimiento. Siglos XVI-XX” (2017); “Tiempos de crisis, caos y transformación de lo político” (2018); “Iberoamérica en perspectiva global” (2019); “Lenguajes y sentidos de orden, paz y conflicto en Iberoamérica” (2020-2021), que finalmente no se realizó; “Cuerpo y vida entre

Al principio del texto nos preguntamos cómo pensar una experiencia historiográfica que goza de gran prestigio y reconocimiento en la disciplina en ambos lados del Atlántico y que sintetizamos con la etiqueta de Iberconceptos. El recorrido que hemos hecho en estas páginas deja ver la transformación del interés de un núcleo de historiadores iberoamericanos que compartían una serie de preocupaciones en torno al oficio de historiar y la necesidad de pensar las particularidades de la modernidad política en sus naciones. Dentro de las condiciones que ayudan a entender el surgimiento y desarrollo de esta forma de hacer historia es necesario considerar la convergencia de la coyuntura conmemorativa de los bicentenarios de las independencias, la renovación de la historia política y la crisis del régimen de historicidad futurista. A ello se sumó el liderazgo de Javier Fernández Sebastián quien, como vimos, ya había desarrollado una experiencia similar para el contexto español y contaba con un conocimiento profundo de la semántica histórica.

Las discusiones teóricas, los retos metodológicos, la consciencia de los límites de este tipo de empresas académicas y la experticia para manejar grandes grupos de colaboradores sirvieron de base al proyecto que abordamos en estas páginas. La preocupación por la evolución conceptual fue la expresión de un particular interés por luchar contra el uso anacrónico del lenguaje histórico y someter a crítica la aparente transparencia del léxico social y político en el presente. Los objetivos de este combate fueron las analogías engañosas, las interpretaciones falaces y la bienintencionada actitud por erradicar la disputa por el sentido en la esfera pública pasada y presente. En buena medida, estos planteamientos se han mantenido a lo largo de dos décadas, aunque con modificaciones sustanciales de acuerdo con las dinámicas propias del trabajo.

Desde nuestra perspectiva, Iberconceptos ha mutado de un macroproyecto a una red transnacional jerarquizada de investigación transnacional. El epicentro inicial en este proceso fue la península ibérica, donde se realizaron reuniones, eventos y se publicaron los diferentes resultados impresos en revistas especializadas, así como los dos volúmenes del *Diccionario*. En la última etapa, que todavía se encuentra en curso, predomina la descentralización y la autonomía de los equipos de investigación con resultados disímiles entre los diferentes núcleos de investigadores. En términos de contenido, el cambio más significativo corresponde al paso del estudio de los conceptos hacia campos/problemas semánticos que podrían acercar más a la promesa de estudiar redes conceptuales y lenguajes políticos antes que voces aisladas.

---

naturaleza y política” (2022), “Semánticas históricas de la revolución” (2023) y “Utopía y (des)encanto en tiempos inciertos” (2024).

Esperamos haber ofrecido una imagen panorámica de un laboratorio investigativo cuyos aportes e impacto todavía están por establecer a lo largo y ancho de las dos orillas del Atlántico. Desde luego, lo dicho puede y debe complejizarse incorporando nuevas fuentes, entre ellas las voces de sus protagonistas y el estudio pormenorizado de su producción académica. Con ello podremos enriquecer, matizar y profundizar en el conocimiento de una de las experiencias más significativas de la historia intelectual en Iberoamérica en el siglo XXI.

## Sociología de los intelectuales

SYLVIA SOSA FUENTES

*Si por suerte, usted se cree libre de toda alienación, no faltarán sociólogos para agregarle una dosis aún más fuerte de determinaciones para atarlo a su cama, parapléjico, por una serie de leyes invisibles, en las que son maestros únicos. El poco aire que le quede, lo tomarán de su cuerpo por una buena presión social. Si aún respira, las exigencias indiscutibles del mercado mundial lo aplastarán por su bien.*

BRUNO LATOUR: PARÍS. CIUDAD INVISIBLE

### De la definición de la sociología de los intelectuales

**E**l primer problema que tenemos cuando necesitamos distinguir o separar disciplinas, tiene que ver con separar el orden del mundo mismo, es decir, con aplicarle al mundo un sistema clasificatorio. El caso de los estudios sobre intelectuales se enfrenta a este problema: ¿qué es lo que distingue a la historia de los intelectuales de la sociología de los intelectuales?, por poner el ejemplo más evidente para este libro; o al revés: ¿qué es lo que estamos entendiendo por “intelectuales” que pareciera que vincula tanto a la historia como a la sociología?

En ese sentido, quizás no es pertinente en este espacio definir la sociología de los intelectuales explícitamente sino, en todo caso, dejar que se vea definida



por la manera en que aquellos que han trabajado a los intelectuales o el problema de los intelectuales, del intelectual, de la intelectualidad, muestren su manera de definir el punto de vista sociológico. Así, sospecho, o más bien este es mi punto de vista, que no habrá muchísima más diferencia entre la historia de los intelectuales o la sociología de los intelectuales que la que podría haber incluso entre los mismos sociólogos o entre los mismos historiadores; como señalan Roger Chartier y Pierre Bourdieu en su conversación radial:

Mostrar que lo evidente es siempre fruto de una construcción, a partir de tomas de posición y relaciones de poder. Desde esta perspectiva, por cierto, me parece que tanto los sociólogos como los historiadores, y no sólo ellos, podrían sacar partido [...], son justamente estas divisiones “objetivas” las que deben interpretarse desde la dinámica histórica que las instituye. Hay que preguntarse siempre por qué esa distribución y no otra, para qué y a quién sirve.<sup>1</sup>

En el sentido de lo citado, probablemente, esta entrada del libro que pretende explicar o exponer qué es la sociología de los intelectuales, sea más la expresión de aquello que se podría considerar un punto de vista, una manera de ver, una posición, más precisamente, unos puntos de vista, unas maneras de ver, aquello que se ha configurado como un objeto observable del mundo, como unos sujetos observables del mundo, es decir: los intelectuales.

Es por ello que, pese al prejuicio que parece haber en las dinámicas académicas en contra de manuales, diccionarios y otras formas de sintetizar las miradas estandarizadas dentro de una disciplina —como paradójicamente este mismo libro muestra—, estos tipos de texto permiten dos cosas: en primer lugar, adentrarse a una de las miradas posibles respecto a un problema dentro de una línea de conocimiento y, segundo, particularmente relevante para este texto, dan cuenta de una trayectoria específica del conocimiento, en cierta medida son una importante fuente para los estudios sobre intelectuales.<sup>2</sup>

Dicho lo anterior, me tomo la libertad de citar a continuación la definición de “intelectuales” según Luciano Gallino en su *Diccionario de sociología*; por lo tanto, un punto de vista de la sociología de los intelectuales:

---

1 Pierre Bourdieu y Roger Chartier, *El sociólogo y el historiador* (Madrid: Abada, 2011), 27-28.

2 En esta discusión resulta casi imposible no caer en estas meta-observaciones del propio proceso de síntesis disciplinar, en el estilo epistemológico propuesto por Pierre Bourdieu, que nos sugiere una reflexividad permanente sobre los procesos de conocimiento con la intención de contribuir al trabajo colectivo de la vigilancia epistemológica.

Según las sociedades y las épocas, grupo, élite, estrato o clase de personas cuya ocupación principal y distintiva consiste, en diversos niveles de creatividad y de profundidad, en la elaboración, difusión pública, transmisión de una generación a otra de elementos de la cultura, sobre todo inmaterial, como valores, categorías cognoscitivas, morales y estéticas, normas de conducta, técnicas de pensamiento y de acción en todas las esferas de la vida social, formas de ideología. En ciertos casos tales elementos son congruentes con la cultura dominante, en otros son opuestos a ella. La actividad de los intelectuales se ejerce generalmente sobre la base de una instrucción superior y de una competencia específica reconocida por la sociedad.

[...] Las numerosas definiciones de intelectuales identificables en la bibliografía sociológica, en cuanto distinta de la filosófica sobre el mismo tema, difieren entre sí por el empleo de cuatro tipos distintos de predicado atribuido a los intelectuales: a) la posesión de una instrucción o cultura “superior”; b) la especialización en una actividad mental determinada; c) la actitud frente a la autoridad y las instituciones existentes; d) la posición en la estructura de clases.<sup>3</sup>

La clasificación de atribuciones a la posición intelectual presentada por Gallino nos permite identificar, en términos generales, el acento sociológico sobre el problema de los intelectuales, desde su relación con formas específicas de saber hasta su lugar en la estructura social. Veremos que en este espectro de problemas se desplazarán las diversas miradas en torno a lo intelectual en la sociología.

## ¿De la tradición? ¿Cuál y desde qué punto de vista?

Recuperando la propuesta de Chartier y Bourdieu, lo que aquí podríamos plantear supone, por lo menos, dos caminos. El primero nos coloca en la posición de presentar las rutas que aquellos que han hecho sociología de los intelectuales y de la intelectualidad han presentado como sus antecedentes de discusión. El segundo consiste en trazar una nueva ruta, invitar, invocar a otras(os) y proponer otro camino; o a las(os) mismas(os), pero para andar por otro sendero. Trataremos de mostrar las dos vías.

En este sentido de reconocimiento de la implicación del punto de vista en la construcción de tradiciones, se podrá notar que las genealogías cambian en función de los problemas que se planteen a la noción de intelectual. Cuando se revisan aquellos trabajos que, desde un lugar u otro, han sugerido una historia de la sociología de los intelectuales, nos percatamos de dos cosas: primero, la sociología de los intelectuales parece estar atada a la contingencia histórico-

---

3 Luciano Gallino, *Diccionario de sociología* (México: Siglo XXI, 2001), 543.

política de la creencia en la existencia de la posición intelectual; y, segundo, la geografía determina la historicidad de la aparición del interés sociológico por lo intelectual, es decir, la coyuntura histórico-política de geografías específicas a veces se manifiesta en el despertar de una sociología de los intelectuales o intelectual.

En este marco, quizás lo más difícil de esta construcción de la “tradición” (si la hay), es no caer en la tentación de pasar por una sociología de los intelectuales aquellas posiciones que dan cuenta de otras cuestiones como la posición de intelectual mismo. Como se señalaba al comienzo, podría resultar difícil (por no decir absurdo) distinguir entre la historia y la sociología de los intelectuales u otras disciplinas, pero lo que sí se puede evitar es llamar a los propios “intelectuales” a formar parte de la tradición que los construye como objeto. A este respecto Robert Brym afirma: “En la literatura pueden encontrarse muchos tratamientos normativos o moralistas del problema de los intelectuales. Ellos critican lo que los intelectuales hacen y defienden lo que deberían hacer. Julien Benda, Noam Chomsky y otros han escrito importantes obras en esta tradición. En contraste, este artículo se centra en la literatura analítica, que busca explicar por qué los intelectuales hacen lo que hacen”.<sup>4</sup>

Los trabajos que propiamente refieren al término “intelectual(es)” no dudarán en reconocer la función de estos más allá de su aparición nominal, es decir, encontrarán que el trabajo intelectual se ha realizado siempre, de diversas maneras, en las sociedades. Por ejemplo, encontrarán que curas, chamanes, maestros y sabios han ocupado dicha posición en los diferentes órdenes sociales antes de que la “figura del intelectual” apareciera propiamente. Como se podrá ver y se ha advertido ya, la forma en que se trace la recuperación de una tal tradición de la sociología intelectual, o de los intelectuales, dependerá de la posición en torno a dicha noción. Lewis A. Coser, considerado uno de los iniciadores de la sociología de los intelectuales, en su texto *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo* afirma: “Pocos términos modernos son tan imprecisos como el de ‘intelectual’. Su sola mención es capaz de provocar un debate, tanto sobre su significado como sobre su evaluación. Para muchos, representa cualidades de

---

4 Robert Brym, “Intellectual, sociology of”. En *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, vol. 12, ed. de James David Wright (Amsterdam: Elsevier, 2015), 277. Traducción libre. En el original: “Many normative or moralistic treatments of the problem of intellectuals may be found in the literature. They criticize what intellectuals do and make a case for what they ought to do. Julien Benda, Noam Chomsky, and others have written important works in this tradition. In contrast, this article focuses on the analytical literature, which seeks to explain why intellectuals do what they do”.

las que se desconfía y a las que se desprecia profundamente; para otros, denota una excelencia a la que se aspira, aunque no se logra frecuentemente”.<sup>5</sup>

En cierto sentido, la sociología de los intelectuales pareciera estar sostenida en una idea más general de sociología del conocimiento: ¿quiénes conocen?, ¿cómo se usa el conocimiento más allá de sus lugares de producción?, ¿quiénes transmiten conocimiento?, ¿para qué se transmite el conocimiento?, la siguiente afirmación de Juan Pecourt Gracia parece confirmarlo:

Por supuesto, el nuevo programa de investigación no es hermético ni completamente homogéneo, puesto que pueden detectarse definiciones divergentes del objeto de investigación. Acompañando los principios del “núcleo firme” [Bourdieu y Collins], también se observan las influencias complementarias de Anthony Giddens, Gary Becker, Jeffrey Alexander, Norbert Elias, Michel Foucault, Harold Garfinkel o Bruno Latour, así como referencias interdisciplinarias procedentes de la historia social de las ideas (Hayden White, Dominick LaCapra y David Harlan), la historia de los conceptos (John Pocock, Quentin Skinner, John Dunn y Reinhart Koselleck) o la filosofía (Richard Rorty y John Austin).<sup>6</sup>

En un contexto donde los estudios sobre intelectuales tienen muchas aristas —en la sociología misma se pueden encontrar referencias al problema de los intelectuales en muchos trabajos— vale la pena indicar que, desde los comienzos de la disciplina, aquellos que se consideran autores “clásicos” orientaron sus observaciones en torno al conocimiento en la sociedad y, por lo tanto, a aquellos que de diversas formas intervenían en sus procesos. En este marco se puede situar una primera parte de las preguntas en torno a los intelectuales en los albores de la definición de la disciplina sociológica en autores como Auguste Comte, Émile Durkheim, Karl Marx o Max Weber,<sup>7</sup> por mencionar algunos. Ellos

---

5 Lewis Alfred Coser, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980), 9. Es interesante ver cómo Coser trata de describir la posición de la idea de “intelectual” en la sociedad con cierta “neutralidad”, hasta que no puede evitar decantar su postura frente a la excelencia como aspiración cuando afirma “aunque no se logra frecuentemente”. Este es un problema importante de la sociología de los intelectuales y de los estudios sobre intelectuales en general, el cual se estará tratando a lo largo de este trabajo.

6 Juan Pecourt Gracia, “La reconstrucción de la sociología de los intelectuales y su programa de investigación”, *Papers*, vol. 101, n.º 3 (2016): 350.

7 En algunos de ellos es posible identificar textos en los que se discute, de alguna forma, la función social de los intelectuales. Algunos ejemplos son:

- Auguste Comte: Curso de filosofía positiva y Discurso sobre el espíritu positivo.
- Émile Durkheim: “El individualismo y los intelectuales” y *Educación y sociología*.
- Karl Marx: *La ideología alemana* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

no solo se encontraban definiendo una nueva disciplina, sino también en un momento de consolidación de las universidades y secularización de los campos; se estaban conformando el arte, la ciencia, incluso los medios de información como espacios de disputa de saberes y funciones específicas de dichos saberes. En este sentido, como se verá más adelante, es recurrente la referencia a estos autores (y muchas(os) más) cuando se trata de construir una genealogía de la sociología de los intelectuales.

Pasado este momento, podría identificarse la discusión en torno al problema intelectual en el problema específico en torno a la sociología del conocimiento, que podrá derivar en una sociología de la ciencia posteriormente. Por lo general se sitúa en esta discusión a Karl Mannheim, en particular su obra *Ideología y utopía*. En esta línea, aunque bastante posterior y con una tradición sociológica distinta, pueden sumarse a la discusión sobre el conocimiento autores como Talcott Parsons o Robert Merton, el primero considerando la función (rol) intelectual como parte del sistema de la cultura que norma al sistema social; el segundo planteando una serie de problemas en torno a la noción de sociología de la ciencia y, quizás evocando a Weber, en la relación entre conocimiento y religión, por un lado, y la diferencia entre técnica (ingenieros) y ciencia, por el otro.

Tomando en cuenta estos antecedentes comunes, aquí se recuperan tres formas de organización de la tradición de la sociología de los intelectuales que han tratado de sintetizar lo que a este respecto se ha hecho en la disciplina. Las posturas presentadas son las de Charles Kurzman y Lynn Owens (2002), Robert Brym (2015) y Juan Pecourt Gracia (2016).

## De las formas de clasificar la tradición

Cuando de construir la tradición de la sociología de los intelectuales se ha tratado, los trabajos de Charles Kurzman y Lynn Owens, Robert Brym y Juan Pecourt Gracia, coinciden en diversos aspectos. En primer lugar, como se mencionó arriba, de una forma u otra les es inevitable acudir al pasado general de la disciplina donde también sitúan el interés por los intelectuales. Esto puede deberse a que la disciplina se formaba al tiempo que acontecimientos como el caso Dreyfus mostraban la forma en que los campos se autonomizaban, es decir: ¿por qué los artistas tendrían que opinar sobre la política? La cuestión sobre los espacios de injerencia y su pertinencia se empezaba a abrir camino.

En segundo lugar, los tres trabajos dividen en tres la tradición de los estudios sociológicos sobre intelectuales (fig. 1):

- 
- Max Weber: *El político y el científico* y *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

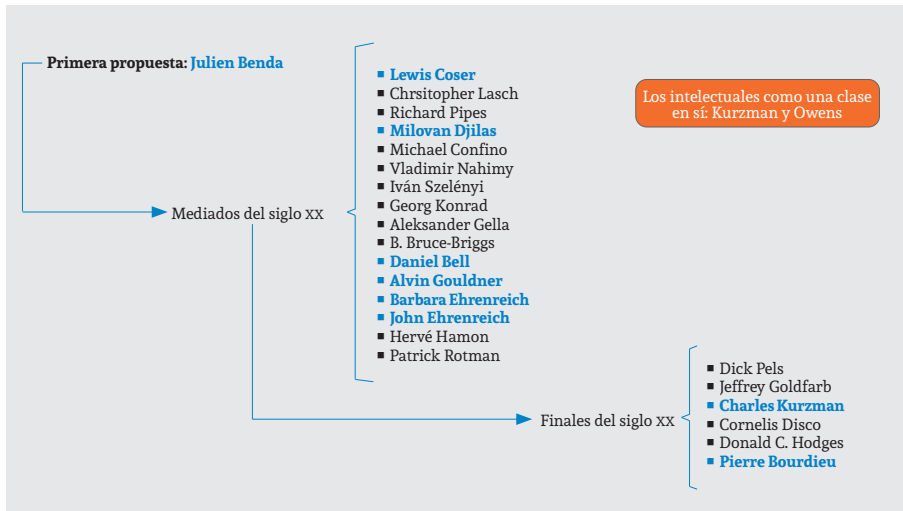
## Las clasificaciones de las teorías de la sociología de los intelectuales



**Figura 1.** Las clasificaciones de las teorías de la sociología de los intelectuales. Se presentan las imágenes de algunos textos de los autores que hacen referencia a sus propios trabajos sobre intelectuales. Elaboración propia.

Como se puede ver, uno de los problemas que parece atravesar a la mayoría de las sociologías de los intelectuales ronda en torno a la pregunta sobre si los intelectuales forman una clase en sí misma o no. En este sentido, los trabajos de Kurzman, Owens y Brym identifican la diversidad de miradas que indagaron sobre intelectuales en las categorías que responden a esta pregunta. Kurzman y Owens organizan su clasificación, no solo en función de las formas de aproximación al tema de los intelectuales que pudieron identificar en la literatura, sino también sus cambios en el tiempo (y sus singularidades según las ubicaciones geográficas). Así la clasificación “Clase en sí misma” les permite agrupar las obras de diversidad de autores (fig. 2).<sup>8</sup>

8 La diversidad de figuras que se presentan en el texto pretende sintetizar la información recopilada en los trabajos de referencia. Ahora bien, con la intención de mostrar las coincidencias entre los diversos autores se han señalado en **azul** y **negritas** aquellos autores que se verán repetidos, lo que, vía la codificación gráfica, también permite observar otra forma de construir la tradición: por las repeticiones, como una metaclasificación.

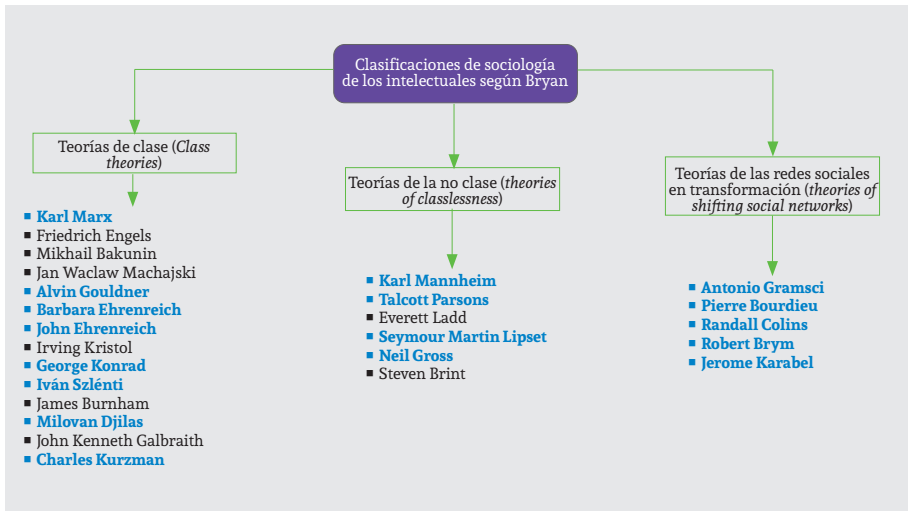


**Figura 2.** Los intelectuales como una clase en sí según Kurzman y Owens. Elaboración propia.

Por su parte, Brym produce la misma clasificación bajo el encabezado “Teorías de clase” (fig. 3). El problema de los intelectuales como una clase en sí puede sintetizarse de este modo: “A pesar de su sabor literario y tono apocalíptico, el libro de Benda encapsula muchos de los temas de la aproximación de la sociología de los intelectuales como una clase en sí: los intelectuales pueden desarrollar intereses comunes que los diferencien de otros grupos de la sociedad. Los intelectuales pueden organizarse en torno a estos intereses a veces y rechazar tal organización en otras ocasiones”.<sup>9</sup>

9 Charles Kurzman y Lynn Owens, “The sociology of intellectuals”, *Annual Review of Sociology*, n.º 28 (2002): 66. Traducción libre. En el original: “Despite its literary flavor and apocalyptic tone, Benda’s book encapsulates many of the themes of the class-in-itself approach to the sociology of intellectuals: Intellectuals can develop common interests that set them apart from other groups in society. Intellectuals can organize around these interests sometimes and reject such organization at other times”.

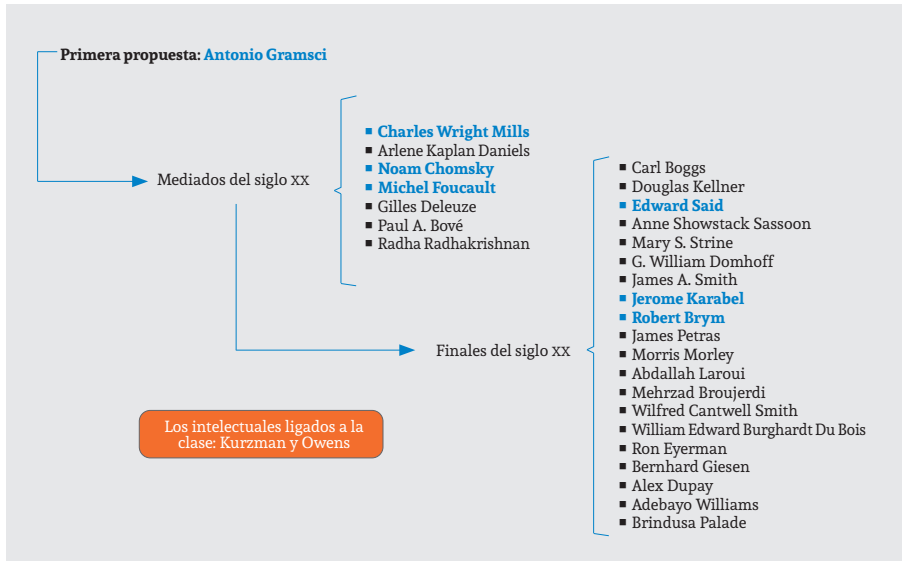




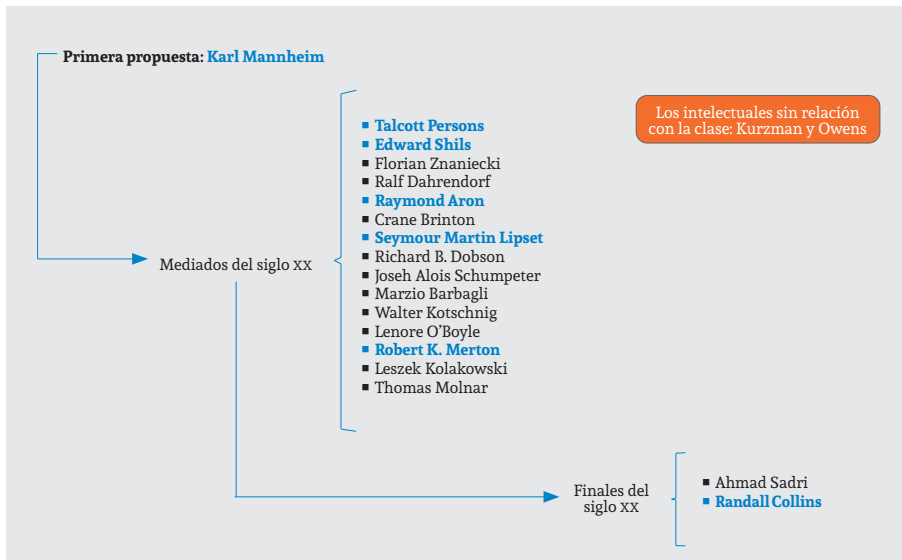
**Figura 3.** Clasificaciones de la sociología de los intelectuales según Bryman. Elaboración propia.

Una segunda clasificación, compartida por Kurzman, Owens y Bryman, tiene que ver con la postura contraria, es decir, los intelectuales no necesariamente forman una clase, aunque su posición de clase forme parte de la manera en que pueden actuar, intervenir, desde la posición intelectual. La pregunta de Gramsci: “¿Son los intelectuales un grupo social autónomo e independiente, o cada grupo social tiene su propia categoría particular, especializada de intelectuales?”,<sup>10</sup> da cuenta de este problema. Así, las clasificaciones “Los intelectuales ligados a la clase”, “Sin relación con la clase” (figs. 4 y 5) y “Teorías de la no clase”, agrupan las aproximaciones que se interrogaron como Gramsci.

10 *Ibíd.* Traducción libre. En el original: “Are intellectuals an autonomous and independent social group, or does every social group have its own particular specialised category of intellectuals?”.



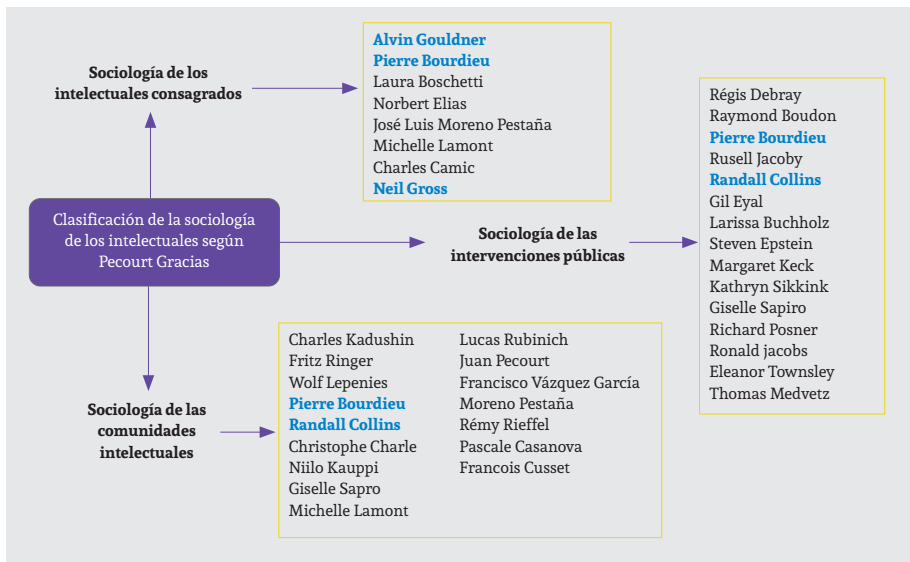
**Figura 4.** Los intelectuales ligados a la clase según Kurzman y Owens. Elaboración propia.



**Figura 5.** Los intelectuales sin relación con la clase según Kurzman y Owens. Elaboración propia.

Como se puede notar, hasta este momento no ha sido posible contemplar las clasificaciones de Pecourt Gracia, quien parece no considerar ya relevante la pregunta por la formación de los intelectuales como clase o no, en este sentido la última de las clasificaciones de Brym, “Teorías de las redes sociales en transformación”, y la de Pecourt Gracia, “Sociología de las comunidades intelectuales” (fig. 6), coinciden en pensar el problema de los intelectuales más como un sistema de relaciones, de redes, que como un grupo social o clase en sí. En este sentido, lo relevante de comprender a los intelectuales pareciera residir en la forma en que se conectan entre ellos y menos en su agrupación; esta mirada permite ver los movimientos de los intelectuales, sus cambios de postura, de relaciones, sus posicionamientos.

Finalmente, Pecourt Gracia incluye dos clasificaciones distintas a las de los autores previos. Por un lado, crea una categoría especial para los estudios sobre “intelectuales consagrados” y, por el otro, produce una categoría que condensa uno de los problemas típicos de la definición de intelectual, su relación con lo “público”. Así propone agrupar ciertos trabajos bajo la etiqueta “sociología de las intervenciones públicas”, que parece conectar particularmente con esta idea genealógica de los estudios sobre intelectuales que refiere al caso Dreyfus.



**Figura 6.** Clasificaciones de la sociología de los intelectuales según Pecourt Gracia. Elaboración propia.

Como se ha podido ver, los estudios sociológicos sobre los intelectuales tienen una abundante literatura, pero, a su vez, no dejan de problematizar en torno a las mismas cuestiones. En este sentido, bien vale la pena recuperar el balance que Kurzman y Owens hacen a propósito del tema:

La sociología de los intelectuales, tanto como sus sujetos de estudio, ha tenido una historia accidentada. A veces, el campo parecía estar listo para emerger como un cuerpo cohesivo de literatura, de la misma manera que sus sujetos, definidos de diversas formas en la literatura como personas con alta escolaridad, productores o transmisores de cultura o ideas o miembros de cualquiera de las dos categorías que se involucran en asuntos públicos —a veces condensado en un cohesivo grupo social. En otras épocas, el campo apenas existía y estaba subsumido en la sociología de las profesiones, la sociología del conocimiento, la sociología de la ciencia y otros campos —así como sus sujetos a veces rehuían la identidad colectiva de los intelectuales, prefiriendo profesionales, de clase media, etnicidad y otras identidades. Los flujos y reflujos del campo a menudo no han coincidido con los de sus sujetos, con el resultado de que la sociología de los intelectuales a veces se escribe en clave normativa, intentando llamar a la existencia a un grupo que ya no se reúne con el nombre de “intelectual”.<sup>11</sup>

## Una breve nota sobre Latinoamérica

Los trabajos sobre intelectuales en América Latina no son escasos, sin embargo, las sistematizaciones respecto a la sociología de los intelectuales parecen mucho menos frecuentes. En ese sentido, en esta breve nota se hace referencia a un solo caso de los años 70, a saber: el libro *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, dirigido por Juan Francisco Marsal. Como efectivamente el subtítulo indica, el libro se deriva de un simposio

---

11 Charles Kurzman y Lynn Owens, “The sociology of intellectuals”, 63. Traducción libre. En el original: “The sociology of intellectuals, like its subjects of study, has had a checkered history. At times, the field seemed ready to emerge as a cohesive body of literature, just as its subjects –variously defined in the literature as persons with advanced educations, producers or transmitters of culture or ideas, or members of either category who engage in public issues– sometimes gelled into a cohesive social group. At other times, the field hardly existed and was subsumed into the sociology of professions, the sociology of knowledge, the sociology of science, and other fields –just as its subjects sometimes shunned the collective identity of intellectuals, preferring professional, middle-class, ethnic, and other identities. The field’s ebbs and flows have not often matched those of its subjects, with the result that the sociology of intellectuals is sometimes written in a normative key, attempting to call into existence a group that no longer rallies to the name “intellectual”.

organizado por el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella (Argentina) en julio de 1967, el cual tenía como propósito, según el propio Marsal, recoger “el nivel actual en la teoría y la investigación de la sociología de los intelectuales, una de las parcelas hasta ahora más abandonadas del vasto campo que se les ofrece a los estudiosos de las ciencias sociales. Sobre todo la problemática del intelectual latinoamericano, que es un aspecto sobre el que la general distancia entre teoría e investigación en sociología cobra caracteres alarmantes”.<sup>12</sup>

El volumen se divide en dos apartados: “El intelectual latinoamericano y su ideología”, donde se encuentran colaboraciones de Glaucio Ary Dillon Soares, César Graña, Gloria Cucullu, Hernán Godoy Urzúa, Juan Francisco Marsal y Carlos Manuel Rama; y “Problemas especiales del intelectual latinoamericano”, donde participan Martha R. F. de Slemenson, Germán Kratochwil y Enrique Oteiza. Finalmente incluye un apéndice con la traducción de un texto de Lewis Alfred Coser, titulado “Los diferentes roles de los intelectuales en Francia, Inglaterra y Estados Unidos en la actualidad”.

A lo largo de las colaboraciones se puede ver que las preguntas, las y los autores de referencia, etcétera, coinciden con los balances históricos que han presentado los autores recuperados en la sección anterior. Sin embargo, sí se plantean tensiones especiales respecto al problema normativo de los intelectuales, de su rol político y social. Ahora bien, se puede entender que el documento aparezca justo en los años 70 del siglo xx, así como la preocupación por los intelectuales, pues es justo un momento en el que la pregunta surgió en general.<sup>13</sup>

---

12 Juan Francisco Marsal, “Introducción”. En *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, dir. por Juan Francisco Marsal (Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1970), 13.

13 Al respecto, bien vale la pena consultar los abordajes que se engloban en los llamados *global sixties*. Se puede consultar el balance general, centrado en Latinoamérica: Nicolás Dip, coord., “La nueva izquierda en la historia reciente de América Latina. Un diálogo entre Eric Zolov, Rafael Rojas, Elisa Servín, María Cristina Tortti y Aldo Marchesi”. *Espectra. Revista de Historia*, vol. 2, n.º 4 (julio-diciembre de 2020): 290-323.

## Los problemas sobre los intelectuales desde el punto de vista sociológico

La forma en que han cambiado las interpretaciones respecto a cuáles son los problemas centrales de la sociología de los intelectuales, nos permite situarnos nuevamente en la pregunta de Gallino: ¿qué es un intelectual? Como señala Coser, y continúan observando la diversidad de autoras y autores que han incursionado en el problema, la definición del intelectual depende del orden social mismo, incluso de si ese orden social opera con esa distinción. Al respecto, bien vale la pena recuperar dos problemas que se pueden derivar de la definición de Gallino. Primero, uno relativo a la división social del trabajo y, segundo, aquel relativo a la función social de los intelectuales. Respecto a la división social del trabajo, Gallino se refiere a la función que se encarga de la transmisión cultural “inmaterial”, he aquí el fundamento de una diferencia entre trabajo manual y trabajo intelectual, consecuencia de un orden social específico que valdría la pena volver a pensar: ¿qué tan excluidos genuinamente se encuentran lo manual de lo intelectual?, ¿en qué sentido esa diferencia está constituida en el orden social?, ¿cómo esa diferencia afecta la noción de intelectual?<sup>14</sup> Estas preguntas traen consigo el importante problema del reparto de la “inteligencia”<sup>15</sup> en la sociedad.

Toda vez que se apela al problema de la organización del trabajo en las sociedades, es inevitable comprender la estructura jerárquica de las mismas, en este sentido, quizás lo más problemático sea perder de vista que dicho reparto de la inteligencia se constituye en un mundo de desigualdades: ¿quiénes pueden conocer, hablar, pensar y por qué?, podría ser la pregunta central de una sociología de los intelectuales crítica, que permita comprender la forma en que la posición intelectual y los estudios sobre dicha posición reproducen el sistema vertical de medición y reparto de la inteligencia. Esto ha sido un problema de la sociología de los intelectuales y se percibe en las clasificaciones internas de la tradición que discuten si los intelectuales forman o no una clase en sí misma.

En este mismo sentido, el trabajo histórico de pensar a los intelectuales se engarza con el trabajo sociológico de la comprensión de la organización social, por lo que esta pregunta por el “trabajo intelectual” remite a comprender contextos histórico-sociales específicos. A propósito de esto, Gisèle Sapiro señala:

---

14 Con el advenimiento de las sociologías del cuerpo o de las corporalidades, esta discusión entre manual/intelectual, cobra una particular relevancia.

15 Pierre Bourdieu, “El racismo de la inteligencia”. En *Cuestiones de sociología* (Madrid: Istmo, 2003), 261-265.

En muchas sociedades se puede encontrar un grupo o categoría de individuos que ejercen una función intelectual (como los clérigos), pero no fue sino hasta la Europa del siglo XVIII que emergió un campo intelectual relativamente autónomo estrechamente relacionado con el advenimiento de una esfera pública. Este campo, llamado la República de las Letras, se unificaba alrededor de una cultura común, la cultura humanista, desarrollada por los hombres [*sic*] de letras seculares durante el Renacimiento [...].

En el siglo XIX, este grupo se expandió como resultado de la propagación de la educación y el rápido desarrollo de la producción impresa, pero su cultura común se vio desafiada tanto por la división del trabajo intelectual como por el ascenso del paradigma científico, que disputaba la autoridad de la religión.<sup>16</sup>

La transformación de la organización social obliga a ajustar el lente de observación cuando se trata de la división social del trabajo en torno a la función intelectual. En ese sentido, de cara a comprender el segundo punto que plantea Gallino para una sociología de los intelectuales, a saber, cuáles son las funciones intelectuales en la sociedad, vale la pena indagar en torno a lo siguiente: si se toma en cuenta que el intelectual o la función intelectual en una sociedad está dividida en dos, por un lado, la capacidad de todo individuo del uso del intelecto y, por el otro, aquellas posiciones sociales que, por división del trabajo, se ocupan de las funciones del intelecto, nos encontramos ante importantes problemas de análisis de los intelectuales.

Para continuar la revisión histórica propuesta por Sapiro (quien refiere, para la comprensión del cambio de la función intelectual en el siglo XX, a Jürgen Habermas) vale la pena analizar, para las primeras décadas del siglo XXI, la diferencia entre aquel profesional de alguna disciplina que coloca en el espacio público una serie de consideraciones sobre las valoraciones de algún tema en particular (el médico sobre la salud pública, el abogado sobre el estado de derecho, el ecólogo sobre el calentamiento global, el filósofo sobre problemas de ética, etcétera), de aquellos sujetos públicos que ofrecen puntos de vista, generalmente de orden moral e ideológico, respecto a lo social (*YouTubers*, *TikTokers*, periodistas, etcétera) y aquellos que son formadores de intelecto (profesores, líderes religiosos, etcétera). En este sentido, lo importante es identificar en qué posición de la jerarquía del poder se encuentran funcionando estos sujetos intelectuales, a saber, qué capacidad de influencia tiene su punto de vista y en dónde. Así el problema no solo tiene que ver con la exposición pública de un punto de vista, sino con las cadenas, redes de capital social e institucional que los sujetos intelectuales pueden impactar, aquello que Pecourt ha clasificado

---

16 Gisèle Sapiro, *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización* (Córdoba: Eduvim, 2017), 52.



como “sociología de las intervenciones públicas” pero considerando “lo público” en el sentido más amplio posible.

Pensar la noción de intelectual o estudiar a los intelectuales sin comprender la organización más general de lo social, así como el lugar que estos ocupan en ella, más que una reflexión sociológica, produciría la defensa ciega de una posición dominante o hagiografías que continúan el mito del autor-genio o, como señala Pierre Bourdieu, de la aristocracia de la inteligencia. En ese sentido Bourdieu propone un programa metodológico para pensar las posiciones intelectuales:

Los principios de la inversión metodológica, que parece ser la condición de una ciencia rigurosa de los hechos intelectuales y artísticos. [...] comporta tres momentos necesarios que mantienen una relación de orden tan estricto como los **tres niveles de la realidad social** que aprehenden: en **primer lugar**, un análisis de la posición de los intelectuales y de los artistas en la estructura de la clase dirigente (o con relación a esta estructura, cuando ellos no pertenecen a esta clase ni por su origen ni por su condición); en **segundo lugar**, un análisis de la estructura de las relaciones objetivas entre las posiciones que los grupos ubicados en situación de concurrencia por la legitimidad intelectual o artística ocupan, en un momento dado del tiempo, en la estructura del campo intelectual; así, metódicamente, la construcción de la lógica propia de cada uno de los sistemas de relaciones relativamente autónomos (el campo del poder y el campo intelectual) es la condición previa de la construcción de la trayectoria social como sistema de *rasgos pertinentes* de una biografía individual o de una clase de biografías; y, en **tercer lugar** y último momento, de la construcción del *habitus* como sistema de las disposiciones socialmente constituidas que, como estructuras estructuradas y estructurantes, constituyen el principio generador y unificador del conjunto de las prácticas y de las ideologías características de un grupo de agentes, y a las que una posición y una trayectoria determinada en el interior del campo intelectual —que ocupa él mismo una posición determinada en la estructura de la clase dominante—, proporcionan una ocasión más o menos favorable de actualizarse.<sup>17</sup>

Ahora bien, en lo relativo a la función de los intelectuales, el problema cambia de registro, efectivamente se engarza en la estructura de la división del trabajo de una sociedad dada, pero ahora refiere a las expectativas orientadas sobre dicha posición social. Así, recuperando las clasificaciones de Gallino, Kurzman, Owens y Brym, podemos ver que dichas expectativas se encuentran trazadas por: “a) la posesión de una instrucción o cultura ‘superior’; b) la especialización en una actividad mental determinada; c) la actitud frente a la autoridad y las

---

17 Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder* (Buenos Aires/Madrid: Eudeba/Clave Intelectual, 2012), 33-34. Las negritas son mías.

instituciones existentes; d) la posición en la estructura de clases”.<sup>18</sup> Sapiro no se aleja mucho de esta clasificación, pues su propuesta consiste en “distinguir las diferentes formas de intervención de los intelectuales con respecto a tres factores: el capital simbólico, el grado de autonomía de una demanda externa y el grado de especialización”.<sup>19</sup>

Lo que es visible en dichas propuestas es que se asume, pues existe, la división social del trabajo que legitima la posición intelectual para después comprender cuáles serían los diferentes ámbitos de acción de dicha posición. Lo que interesa de las definiciones es poner sobre la mesa la discusión de la comprensión del orden social, en el cual la posición intelectual está siendo observada sin que las prenociones sobre el orden social intervengan en dicha valoración funcional. De esta forma la comprensión del rol social de los intelectuales, incluso si se está considerando a un individuo, supone la comprensión del sistema de referencias que le permiten ejercer esa función y no solo de su vocación o sus intencionalidades.

Para sintetizar, de alguna forma, qué plantea la sociología de los intelectuales, se podría trazar el siguiente camino:

- a) ¿Qué se entiende por intelectual y/o intelecto?
- b) ¿Quiénes cumplen esas características para el caso dado de análisis?
- c) ¿Qué se puede entender del orden social vía la función intelectual?

Vale la pena un comentario final respecto al problema de los intelectuales desde el punto de vista sociológico. Una parte de este problema recae no solo en una cuestión de legitimidad, sino en una cuestión epistemológica. En ese sentido, las discusiones que generalmente se pueden resolver por condiciones políticas, económicas o de prestigio, en el fondo suponen una discusión epistemológica sobre la definición de lo real y, con ello, sobre la cuestión ética que se deriva de esa definición de lo real. Aunque este es un tema que no se encuentra al margen de la discusión sociológica, es uno que se halla en las fronteras filosóficas, donde las posiciones normativas se pueden hacer más asequibles. A propósito de esto: “En décadas recientes, académicos que trabajan en el campo híbrido conocido como ‘estudios sociales de la ciencia’ han tenido éxito en traer la creatividad intelectual todavía más firmemente sobre la tierra demostrando como (para citar a Steve Shapin) la ciencia es ‘producida por personas con cuerpos situados en el tiempo, el espacio, la cultura y la sociedad, que luchan

---

18 Luciano Gallino, *Diccionario de...*, 543.

19 Gisèle Sapiro, *Los intelectuales...*, 54.

por credibilidad y autoridad”<sup>20</sup>. Lo mismo se puede considerar para los intelectuales, personas situadas que luchan por credibilidad y autoridad. Al final de cuentas, el problema de la sociología intelectual tiene, en primer lugar, que superar su prejuicio intelectualista.

---

20 Robert Brym, “Intellectuals, sociology of”, 280. Traducción libre. En el original: “In recent decades, scholars working in the hybrid field known as ‘social studies of science’ have succeeded in bringing intellectual creativity even more firmly down to earth by demonstrating how (to quote Steve Shapin) science is ‘produce by people with bodies, situated in time, space, culture, and society, and struggling for credibility and authority’”.

# La sociología de la filosofía

FRANCISCO VÁZQUEZ GARCÍA

## **Introducción. La emergencia de la sociología de la filosofía en el contexto de la historia intelectual**

**D**esde su arranque a mediados de la década de 1970, la sociología de la filosofía ha tratado de posicionarse en el ámbito de los estudios sociales e históricos acerca de la vida intelectual, tomando distancia a la vez de dos planteamientos dominantes en el mundo académico. Por una parte, la disciplina surge desafiando la modalidad de historia de la filosofía elaborada por los filósofos profesionales. Estos pretenden reservarse el monopolio a la hora de comprender el decurso de la tradición filosófica, viéndolo como un proceso puramente interno, donde unos conceptos, sistemas y procedimientos intelectuales reemplazan a otros en una dinámica regida exclusivamente por la argumentación racional y la búsqueda de la verdad. Desde esta perspectiva, todo intento de explicar socialmente la vida filosófica queda descalificado como una suerte de profanación, un proyecto “reduccionista” o a lo más relegado a dar cuenta de aquello que obstaculiza la creación intelectual, ya sea la interferencia de intereses políticos y sociales, ya sea la degradación del pensamiento en pura ideología.

Por otra parte, la disciplina de la sociología de la filosofía se instaura tratando de romper con los supuestos de la sociología “clásica” del conocimiento tal como esta se constituyó en la primera mitad del siglo xx; desde la crítica de las ideologías de inspiración marxiana (Lukács, Goldmann, escuela de Frankfurt) hasta la sociología del conocimiento científico de primera generación (de Merton a Ben-David), pasando por la sociología durkheimiana de las represen-

taciones colectivas y por el análisis “relacionista” de las ideologías propuesto por Mannheim. Esta ruptura practicada por la sociología de la filosofía, y que no excluye la importación de elementos propios de la tradición criticada, afecta por ejemplo a la división entre una historia interna de las ideas, en su devenir puramente racional, y una historia externa de sus condicionamientos sociales. Frente a este planteamiento, la nueva disciplina sociofilosófica defiende que el pensamiento es una actividad social al mismo nivel que cualquier otra. Al mismo tiempo, el enfoque de la sociología de la filosofía rechaza la tentativa habitual en la sociología clásica del conocimiento, de establecer nexos explicativos directos entre características y procesos macrosociales (pertenencia a una clase social, movilidad ascendente o descendente, *ethos* cultural de un grupo, cambio en las relaciones de producción o en las élites gobernantes), por una parte, y creación de teorías o conceptos filosóficos, por otra. Así, por ejemplo, tentativas como la de Lukács, en *El asalto a la razón* (1954), explicando los sistemas filosóficos del vitalismo entre el siglo XIX y el XX como expresión ideológica de la burguesía en la fase imperialista del capitalismo, quedan descalificadas como un “error de cortocircuito”.<sup>1</sup> Ese modo de proceder olvida que el mundo intelectual, y en este caso el ámbito específico de la filosofía, está estructurado a partir de sus propias reglas de juego y que todo impacto de los procesos macrosociales sobre la actividad filosófica debe filtrarse a través de esas normas históricamente constituidas y cambiantes, pero relativamente autónomas respecto al funcionamiento de otros ámbitos de la sociedad (política, sistema económico, ciencia, religión, espacio de las clases sociales, etc.).

Pero la sociología de la filosofía no solo ha conquistado su singularidad como disciplina confrontándose con tradiciones añejas como la historia de la filosofía, elaborada por los filósofos, o como la sociología clásica del conocimiento. También, como se verá, ha tenido que marcar sus fronteras frente a orientaciones más vanguardistas en la esfera de la historiografía intelectual, como es el caso de los enfoques afines al posestructuralismo (Foucault en *Las palabras y las cosas*, Alain de Libera, Lacapra, Poster, Hayden White) o al estudio contextualista de las ideas desarrollado por la denominada escuela de Cambridge (Skinner, Pocock).

## Heterogeneidad de tendencias y elementos compartidos

A pesar de esta convergencia a la hora de marcar las distancias respecto a otras orientaciones de la investigación histórica y social del mundo intelectual, la

---

1 Pierre Bourdieu, *Homo academicus* (Paris: Minuit, 1984), 95.

sociología de la filosofía se caracteriza por su fragmentación teórica. Algunos de sus practicantes más eminentes, caso de Pierre Bourdieu o Randall Collins, la contemplan como aplicación particular de una teoría social de alcance más general. Otros, en cambio, caso del norteamericano Neil Gross o del británico Patrick Baert, han elaborado marcos conceptuales y metodológicos específicos para la investigación de este territorio. Y algunos, por último, han recurrido mayormente a las aportaciones de otros ámbitos disciplinares. Así, por ejemplo, el austríaco Martin Kusch deriva sus herramientas teóricas a partir de los desarrollos más recientes del denominado “programa fuerte” en sociología de la ciencia (escuela de Edimburgo). Esa misma inspiración en los estudios sociales y antropológicos sobre la ciencia (Latour, Calhoun, Knorr-Cetina), unida a la referencia de la microhistoria italiana, se encuentra en el grupo alemán dedicado al estudio de las “constelaciones filosóficas” (Henrich, Mulsow, Stamm). Por último, los sociólogos de la filosofía radicados en el mundo hispánico encuentran también recursos importantes en la teoría de las generaciones (Ortega y Gasset, Mannheim). Sin embargo, más allá de esta diversidad, se pueden reconocer elementos teóricos y de método compartidos prácticamente por todos los estudiosos de la disciplina en cuestión.

En primer lugar, la instancia nuclear en la explicación social de la experiencia filosófica, no son ni los macroprocesos sociales (coyuntura económica, mercado laboral académico, demografía escolar, impulso de los movimientos sociales, procesos de lucha de clases o de movilidad ascendente de una categoría social, etc.) ni el genio individual del pensador captado ideográficamente. Dicho núcleo se sitúa en un ámbito intermedio, un “mesonivel” jerarquizado, llámese “campo filosófico” (Bourdieu), “espacio de atención” (Collins), “arena” (Baert) o “constelación filosófica” (Henrich) que posee su propia estructura históricamente variable, fijando el espacio de posiciones posibles, el valor de los productos filosóficos y actuando como un filtro mediador entre los megaprosesos sociales y las interacciones y trayectorias individuales.

En segundo lugar, la sociología de la filosofía se asienta en un modo de pensar holista y relacional. Una intervención intelectual (publicación de un libro, invención de un concepto, declaración en un medio de comunicación, realización de un viaje de aprendizaje, evaluación del candidato a un puesto, etc.) no tiene significado intrínseco por sí misma; su sentido se adquiere por la posición que esa intervención ocupa y por el modo en que es recibida en relación con las demás dentro de ese ámbito jerarquizado (campo, espacio de atención, etc.) que constituye el verdadero sujeto de la historia de la filosofía.

En tercer lugar, se considera que el motor de la creación intelectual y, por ende, filosófica, es el conflicto. El ámbito que conforma el mesonivel (campo, espacio de atención, etc.) es un “campo de batalla”. Pensar implica entonces

posicionarse allí en calidad de rival o de aliado y la creación filosófica toma la forma de un trabajo de síntesis o de “coalición” de posiciones teóricas contrarias y de antagonismo. En ese combate hay también ganadores y perdedores, trayectorias logradas y trayectorias fracasadas; y a la sociología de la filosofía le interesan tanto unas como otras, pues su condición es siempre relacional. En la investigación social de la filosofía, el estudio de los debates ocupa por ello un lugar vertebral, pues en las controversias afloran las normas o estructuras que articulan el campo en una coyuntura histórica determinada.

En cuarto lugar, la filosofía es entendida no solo como una actividad cognitiva, de producción de conceptos y de argumentación racional, sino como una experiencia. Esta incluye también las dimensiones emocionales e incluso físicas (el cuerpo como modo de estar proyectado, con una presencia concreta, en los lances del campo filosófico). Como se ha dicho en alguna ocasión, la experiencia filosófica incluye, junto al capital cultural (conceptos, proposiciones, argumentos, métodos de razonamiento), un mensaje de salvación y un conjunto de “prácticas de sí”, es decir, de técnicas de vida, bien ejemplificadas por los ejercicios cultivados en las escuelas morales del mundo antiguo.<sup>2</sup> Esta manera no epistemocéntrica y no intelectualista de entender la experiencia filosófica es compartida en diverso grado por las distintas orientaciones de la sociología de la filosofía.

Por último, los estudios sobre sociología de la filosofía presentan un formato que los distingue a simple vista de los trabajos de historia de la filosofía elaborados por los filósofos profesionales. Son textos donde aparecen grafos vectoriales, tablas de verdad, cuadros y gráficos estadísticos, diagramas de puntos representando análisis de correspondencias. A través de estos instrumentos se trata de objetivar los hechos filosóficos presentándolos en su materialidad de hechos sociales.

## **Principales autores, obras, corrientes y controversias**

Comenzaremos la exposición con los dos autores que, en cierto modo, iniciaron la trayectoria de la sociología de la filosofía y que, además, la entienden como una aplicación particular de una teoría social más general. Se trata de Pierre Bourdieu (1930-2002) y de Randall Collins (1941-). Posteriormente se pasará

---

2 José Luis Moreno Pestaña, “Un programa para la sociología de la filosofía”, *Revista Internacional de Sociología*, vol. 70, n.º 2 (2012): 267.



revista a otros desarrollos distribuidos por áreas culturales: el mundo anglosajón, Alemania y el mundo hispánico.

En el planteamiento de Bourdieu, toda intervención filosófica, desde la publicación de un texto a la elección de un director de tesis, solo cobra sentido por referencia a un espacio diferencial de posiciones. Este espacio es el *campo filosófico* y constituye un tipo particular de campo cultural, autonomizado en el curso de la historia, donde los agentes que lo componen pugnan por maximizar unos recursos peculiares, un capital simbólico singular, esto es, el capital filosófico.

Ese espacio está jerarquizado porque dentro de él, y dada una coyuntura histórica determinada, no todos los bienes filosóficos poseídos y circulantes tienen el mismo valor. Esto se puede ejemplificar con el estudio que Bourdieu dedicó al caso de Heidegger.<sup>3</sup> Cuando este ingresó como estudiante universitario, el campo filosófico alemán estaba estructurado por la división entre filosofía y ciencia empírica. En el mundo académico dominaba el neokantismo, que hacía valer la soberanía de la conciencia trascendental sobre el imperio de los hechos; es decir, la escisión entre conciencia trascendental (neokantismo) y hechos (positivismo, psicologismo, historicismo), vertebraba el campo filosófico alemán de la época. En ese espacio, por ejemplo, tener un gran dominio de la obra de Kant y de los clásicos de la filosofía en general, cotizaba más que conocer el análisis estadístico, la organización del trabajo en el capitalismo o la psicología experimental.

Es decir, la posición de un agente en el campo depende del volumen de capital específico poseído (*v. g.* número de artículos publicados en *Kant-Studien*), de su estructura (el conocimiento de la obra de Kant cotiza más que el de la obra de Comte) y de su trayectoria (alguien que ha estado bajo el magisterio de Hermann Cohen cotiza más que alguien tutelado por Ernst Mach). Los agentes, en el curso de su aprendizaje, interiorizan esas estructuras o particiones jerárquicas del campo que funcionan como reglas de juego. Desarrollan así un sistema de disposiciones ajustado a los lances del campo, de manera que actúan plenamente involucrados en esos envites (postularse a una plaza universitaria, defender una tesis, pronunciar una conferencia, evaluar un artículo, realizar un viaje de formación, etc.) jugando a partir de las reglas (por ejemplo, saber distinguir el uso filosófico del uso vulgar de un concepto). Ese sistema de disposiciones activas, de esquemas de percepción, clasificación y valoración es lo que Bourdieu designa como *habitus*, mientras que a la inversión en el juego la

---

3 Pierre Bourdieu, "L'ontologie politique de Martin Heidegger", *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 1, n.º 5-6 (1975). Posteriormente publicado como libro: Pierre Bourdieu, *L'ontologie politique de Martin Heidegger* (Paris: Minuit, 1988).

denomina *illusio*. Esa inversión no es la de un agente racional y calculador que diseña estrategias deliberadas para maximizar sus beneficios; por el contrario, es una creatividad sin conciencia, hecha cuerpo, resultado de haber incorporado las reglas del campo —lo que Bourdieu denomina *nomos*— y las creencias —la *doxa*— que permiten no verse excluido del mismo.

El campo filosófico funciona además como un mercado donde se producen bienes destinados al consumo. Bourdieu distingue un *ciclo de producción largo*, donde las obras están destinadas a un público especializado, en último extremo a los propios productores o aprendices del campo. Por otra parte, existiría un *ciclo de producción corto* de obras dirigidas a un público mucho más amplio y de rápida rentabilidad. Ahora bien, el campo filosófico, como todos los campos de producción simbólica, no funciona en un vacío social. Los agentes entran en él con un conjunto de disposiciones adquiridas en el medio familiar, en la socialización con los pares de edad, en el medio escolar. Entran también con unos recursos o capitales que condicionan su ingreso y su posición dentro del campo. Un filósofo con escaso capital cultural reconocido de origen familiar y que debe toda su carrera a los méritos escolares, tenderá a adoptar una posición más conservadora en el campo, menos dada a desafiar los patrones académicos establecidos. Sin embargo, alguien que cuenta de partida con un rico y variado capital cultural familiar, o a quien el desahogo económico no le obliga a una pronta colocación, puede permitirse inversiones más arriesgadas y menos conformes con la jerarquía establecida en el campo.

Esto revela que la autonomía del campo filosófico es relativa, pues sus estructuras dependen, en parte, de la lógica de funcionamiento de otros campos: el político, el ideológico, el universitario o académico, el periodístico y, por supuesto, el espacio de las clases sociales en general. Esta dependencia no consiste en que el discurso filosófico sea un mero reflejo o expresión de esos otros ámbitos sociales externos. Bourdieu, por ejemplo, se opone a la lectura de Heidegger realizada por Adorno, donde la filosofía del primero es descrita como una mera expresión de la ideología *völkisch* o populista, muy difundida en la Alemania de entreguerras. No, lo que sucede es que existía una *homología*, concepto crucial en Bourdieu, entre la estructura de las posiciones filosóficas y la que articulaba las posiciones ideológicas. La novedad que instaura Heidegger consiste en oponerse a la vez a los determinismos cientificistas (positivismo, psicologismo, marxismo) y a la filosofía de la conciencia que representaba el neokantismo. Pero ese posicionamiento filosófico tuvo lugar en unas particiones homólogas con las que funcionaban en el campo ideológico (la oposición de ideólogos *völkisch* como Spengler y Jünger frente al liberalismo, republicanism y socialismo).

Pero la ambivalencia de su discurso no implica que la filosofía pierda en Heidegger su especificidad disolviéndose en ideología. La exigencia de tomar posición en el campo filosófico obliga a retraducir, a poner en forma filosófica —es decir, conectada con los problemas de la tradición, distanciándose del uso corriente del lenguaje— lo que funcionaba en un plano meramente ideológico. Las reglas, el *nomos* del campo filosófico impone por tanto una censura, una metamorfosis que transforma la ideología en otra cosa. Esto vale como principio general: los acontecimientos históricos, las dinámicas macrosociales, solo pueden impactar en el campo filosófico siendo refractadas, filtradas por las estructuras que lo singularizan y que establecen las reglas del juego.

Así, por ejemplo, durante la República de Weimar, el decrecimiento del número de estudiantes en las carreras humanísticas a favor de los estudios científico-técnicos, la reducción de la oferta de plazas de profesorado en estas disciplinas, la pérdida de prestigio y estatus en esos docentes, todo ello propició el éxito del conservadurismo y de la ideología populista entre los académicos, además alentó un resentimiento contra el régimen bajo la forma de un discurso catastrofista acerca de la decadencia. En el campo filosófico, esa tendencia se reflejó en el auge de las filosofías antiilustradas y en los diagnósticos sobre la crisis de la razón, con la promoción de los vitalismos y la quiebra del predominio del neokantismo en la filosofía profesional. En el caso de la revolución heideggeriana, esa refracción exigió un trabajo específico de retraducción; el filósofo tuvo que lidiar con la obra de Kant, leyéndola de un modo insólito para los neokantianos, vinculándola con la cuestión de la temporalidad y del ocultamiento del Ser. Es justamente esa exigencia de “puesta en forma” lo que delimita la autonomía del campo filosófico.

El modelo de sociología del campo filosófico elaborado por Bourdieu se convirtió en un programa de investigación colectivo que ha orientado diversos e importantes trabajos realizados por sus discípulos del *Centre de Sociologie Européenne* y de otros enclaves de investigación. En 1980 se publicó la tesis de Jean-Louis Fabiani, dando comienzo a una línea de trabajo sobre la constitución del campo filosófico profesional en Francia, en el contexto de la Tercera República,<sup>4</sup> siguiendo más tarde sus transformaciones en los momentos de las hegemonías sucesivas del existencialismo, el estructuralismo y el posestructuralismo.<sup>5</sup> Otro texto importante es el de la italiana Anna Boschetti (1985) sobre

---

4 Jean-Louis Fabiani, *La crise du champ philosophique (1880-1914)* [thèse dactylographiée] (Paris: EHESS, 1980); Jean-Louis Fabiani, “Les programmes, les hommes et les oeuvres”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 47-48 (1983); Jean-Louis Fabiani, *Les philosophes de la république* (Paris: Minuit, 1988).

5 Jean-Louis Fabiani, *Qu'est-ce qu'un philosophe français? La vie sociale des concepts (1880-1980)* (Paris: EHESS, 2010).

el encumbramiento de Sartre como “intelectual dominante”,<sup>6</sup> con su doble hegemonía en la posguerra, tanto en el campo filosófico como en el literario. Otra línea de investigación, abierta a mediados de los ochenta, se ha centrado en estudiar las prácticas escolares (disertación, comentario), conducentes a conformar un cierto *habitus* filosófico predominante en Francia y caracterizado por el culto de la brillantez y de la transgresión de lo “escolar”. Aquí se inscriben las investigaciones de Charles Soulié<sup>7</sup> y de Louis Pinto.<sup>8</sup> Este último ha tenido una trayectoria muy fructífera, explorando fenómenos como las importaciones y recepciones,<sup>9</sup> el periodismo filosófico,<sup>10</sup> las relaciones entre filosofía y ciencias sociales en Alemania<sup>11</sup> y en Francia<sup>12</sup> y una síntesis reconstruyendo el campo filosófico francés entre 1970 y 2000.<sup>13</sup> A estos trabajos debe añadirse el estudio de Godechot (1999) sobre el mercado francés del libro de filosofía<sup>14</sup> o el estudio de caso de Michèle Lamont sobre la legitimación cultural de Derrida

---

6 Anna Boschetti, Sartre et “*Les Temps Modernes*”. *Une entreprise intellectuelle* (Paris: Minuit, 1985).

7 Charles Soulié, “Apprentis philosophes et apprentis sociologues”, *Sociétés contemporaines*, n.º 21 (1995); Charles Soulié, “Anatomie du goût philosophique”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 109 (1995); Charles Soulié, “Profession philosophe”, *Genèses*, n.º 26 (1997). Y Charles Soulié, “Histoire du département de philosophie de Paris VIII. Le destin d’une institution d’avant-garde”, *Histoire de l’éducation*, n.º 77 (1998).

8 Louis Pinto, *Les philosophes entre le lycée et l’avant-garde* (Paris: L’Harmattan, 1987); Louis Pinto, “L’inconscient scolaire des philosophes”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 135 (2000).

9 Louis Pinto, *Les neveux de Zarathoustra. La réception de Nietzsche en France* (Paris: Seuil, 1995); Louis Pinto, “(Re)traductions. Phénoménologie et ‘philosophie allemande’ dans les années 1930”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, n.º 145 (2002). Y Louis Pinto (dir.), *Le commerce des idées philosophiques* (Paris: Éditions du Croquant, 2009).

10 Louis Pinto, “Le journalisme philosophique”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 101-102 (1994).

11 Louis Pinto, “La dénégation de l’origine. Hermann Cohen, de la sociologie à la philosophie transcendante”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, n.º 109 (1995).

12 Louis Pinto, *La théorie souveraine. Les philosophes français et la sociologie au XXe siècle* (Paris: Le Cerf, 2009).

13 Louis Pinto, *La vocation et le métier de philosophe. Pour une sociologie de la philosophie dans la France Contemporaine* (Paris: Seuil, 2007).

14 Olivier Godechot, “Le marché du livre philosophique”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 130 (1999).

en los campos filosóficos de Francia y de Estados Unidos.<sup>15</sup> Precisamente sobre el éxito del posestructuralismo francés en el medio universitario norteamericano, deben mencionarse los trabajos de Cusset y de Angermuller que, sin estar situados en la órbita de Bourdieu, se encuentran claramente marcados por su modelo teórico.<sup>16</sup>

Randall Collins, por su parte, encuadra el estudio de la vida filosófica desde una teoría social que concibe la realidad colectiva y las instituciones como resultado de interacciones ritualizadas y efectuadas entre individuos “cara a cara”. El modelo, muy inspirado en la sociología de Erving Goffman, quien fue profesor de Collins, solo llegó a cobrar forma definitiva en *Cadenas rituales de interacción* (2004). Sin embargo, Collins ya lo había aplicado en una obra monumental, confeccionada a lo largo de más de veinticinco años, *Sociología de las filosofías* (1998). Se trata de un trabajo de sociología histórica comparada, donde se estudian las culturas filosóficas de Asia y Europa en el curso de los últimos 2500 años. Junto a la filosofía europea, desde la Grecia antigua hasta mediados del siglo xx, comparecen los sistemas filosóficos producidos en el islam, China, Japón y la India.

El punto de partida de Collins consiste en considerar el pensamiento filosófico, no como una operación solitaria donde los conceptos brotan de la mente individual, sino como el resultado de interacciones con los otros. Estas son primariamente relaciones “cara a cara” y, solo de forma subordinada, “coaliciones mentales”, de modo que el pensamiento consiste en una conversación competitiva, polemizando con otros o recombinando sus aportaciones conceptuales. La filosofía implica por tanto un trabajo realizado en red. Las *redes* pueden ser verticales e intergeneracionales (de maestro a discípulo) u horizontales e intrageneracionales; bien de rivalidad, oponiéndose a otros; bien de alianza, compartiendo sus planteamientos o apoyándose en ellos.

Las *interacciones ritualizadas* que configuran las redes están focalizadas hacia determinados objetos que constituyen el ámbito de la discusión filosófica en una coyuntura histórica determinada. Esos objetos (problemas, conceptos, autores, argumentos, etc.) —y aquí Collins se inspira en la sociología de la religión de Durkheim— son el centro de atención de la vida filosófica, suscitan la efervescencia intelectual de los participantes en la discusión y quedan, por ello,

---

15 Michèle Lamont, “How to Become a Dominant French Philosopher: The Case of Jacques Derrida”, *American Journal of Sociology*, vol. 93, n.º 3 (1987): 584-622.

16 François Cusset, *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux États Unis* (Paris: La Découverte, 2003); Johannes Angermuller, *¿Quién dijo posestructuralismo? La creación de una generación intelectual* (Madrid: Dado, 2019).

en cierto modo consagrados como objetos de culto, cargados de lo que Collins denomina *energía emocional*. Esta es el resultado de las interacciones “cara a cara” entre los pensadores. Cuando las interacciones —por ejemplo: pronunciar una conferencia, escuchar a un gran filósofo en un seminario de investigación, publicar un libro, etc.— resultan exitosas, el participante incrementa su energía emocional y con ella su dedicación, reconocimiento e impulso creativo. Si las interacciones son fallidas, lo que se produce es una experiencia de fracaso que puede incluso relegar al pensador fuera del juego.

Las interacciones focalizadas hacia determinados objetos consagrados dentro de una coyuntura histórica, donde los filósofos, a partir del capital cultural que poseen, compiten por lograr las interacciones más logradas a fin de aumentar su energía emocional, es lo que conforma el *espacio de atención*, eje de la vida filosófica. Ese espacio, como el “campo” de Bourdieu, está jerarquizado. No todos los que participan en él gozan del mismo reconocimiento. Por eso Collins, en las distintas etapas y ámbitos civilizatorios de la historia de las filosofías diferenciados en su libro, distingue entre pensadores de distintas categorías. La pugna que se produce dentro de este espacio obedece al intento de interactuar con los pensadores más eminentes, es decir, con mayor reconocimiento por los pares, ya sea disintiendo de ellos a fin de innovar, ya sea sistematizando y aplicando sus ideas a otros dominios, actuando como un escoliasta.

En cualquier caso, esas interacciones fomentan la solidaridad entre los participantes en torno a los objetos simbólicos que concentran la atención; y, por otra parte, excluyen a los *outsiders*, aquellos aficionados que pretenden pensar por cuenta propia sin atender a los problemas (epistemológicos, metafísicos, éticos) que nuclea el espacio de atención. Este aparece compuesto, en una coyuntura histórica concreta, por un ámbito de posibles problemas y también por un espectro de posibles respuestas u opciones filosóficas. Esas opciones, encuadradas en distintas escuelas, son siempre limitadas, porque también es limitado el número de respuestas posibles a los interrogantes que articulan el espacio de atención. Esto lo formula Collins en lo que denomina la *ley de los números pequeños*. En cualquier periodo de creación filosófica, existe al menos un número de tres posturas o escuelas posibles —en un enfrentamiento de posiciones siempre caben al menos tres— y un máximo de seis. Así, por ejemplo, en el panorama de la filosofía griega en torno al 300 a. de C. existían, según Collins, dos escuelas más antiguas (académicos y peripatéticos) y dos escuelas emergentes (estoicismo y epicureísmo), a las que había que añadir toda una serie de posturas antiintelectuales: cínicos, cirenaicos y escépticos. Pues bien, a medida que las escuelas fueron realineándose y pugnando en el periodo helenístico, el epicureísmo acabó ocupando todo el espacio del materialismo y de la fuerza moral más contracultural, de modo que las posiciones antiintelectuales desaparecieron. En estos



procesos, la creatividad filosófica puede operar por síntesis, armonizando las posturas más débiles y reduciendo su número, o por fraccionamiento, cuando los pensadores tienden a acentuar sus distinciones conceptuales.

Otro asunto fundamental es el modo en que los cambios sociales y económicos pueden afectar a lo que Collins denomina la *base material* del espacio de atención y de las redes filosóficas. En efecto, como ilustra el ejemplo del declive de la filosofía budista en China a partir del año mil y el *revival* del neoconfucianismo,<sup>17</sup> los macroprocesos sociales no actúan directamente cambiando las ideas filosóficas. Lo que alteran es el asiento institucional en el que descansan las redes intelectuales, ese mesonivel que hace posible al espacio de atención con sus diferentes escuelas.

En el mundo anglosajón, y en buena medida a partir de un diálogo crítico con los modelos de Bourdieu y de Collins, la sociología de la filosofía ha conocido una proyección importante. Destacan las contribuciones de Martin Kusch, Neil Gross y Patrick Baert.

Kusch (1959-) es un filósofo y sociólogo austríaco, pero su formación y las herramientas principales de su *sociofilosofía* proceden, en lo fundamental, del Programa Fuerte en Sociología de la Ciencia, desarrollado por la escuela de Edimburgo. Kusch adopta de Durkheim, Wittgenstein y los sociólogos de Edimburgo la tesis de que el pensamiento, esto es, los significados, constituyen una institución social y, por tanto, las razones, incluidas las que esgrimen los filósofos, deben explicarse mostrando su interconexión causal con otros hechos sociales. Estos nexos, sin embargo, no pueden expresarse en la forma de una ley que conecte, por ejemplo, una posición de clase con una postura filosófica; solo se pueden establecer de forma empírica en cada caso y a través de vínculos holísticos entre los sucesos. Es lo que Kusch denomina *sociologismo anómalo*, contrapuesto al sociologismo reduccionista.<sup>18</sup>

El interés de Kusch se localiza en la exploración de las controversias filosóficas. El estudio de caso que lo ha consagrado como sociólogo de la filosofía está dedicado a la disputa del psicologismo en la filosofía alemana, acontecida entre las últimas décadas del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial.<sup>19</sup> Considera las

---

17 Randall Collins, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual* (Madrid: Hacer, 2005), 300-305.

18 Martin Kusch, "The Sociology of Philosophical Knowledge: a Case study and a Defense". En *The Sociology of Philosophical Knowledge*, ed. de Martin Kusch (Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 2000), 15-38, 32-33.

19 Martin Kusch, *Psychologism: A Case Study in the Sociology of Philosophical Knowledge* (London: Routledge, 1995).



críticas de Husserl al psicologismo como una institución social comparable al número de cátedras ofertadas para los psicólogos experimentales. Los argumentos del fenomenólogo actuaban trazando fronteras disciplinares y desplegándose bajo la forma de estrategias de *purificación de rol*, contrapuestas a las estrategias argumentativas de los psicólogos, justificando la *hibridación*, esto es, la conversión de las competencias del saber empírico en competencias filosóficas. El discurso del fenomenólogo, y esto vale para el discurso filosófico en general, muestra una ambivalencia característica: opera como un juego puramente argumentativo y altamente especializado y, a la vez, como un juego inserto en la política universitaria, justificando ante el ministerio el cese de la oferta de cátedras de filosofía para los psicólogos.

En su análisis del debate, Kusch recurre a los trabajos del sociólogo de la ciencia británico Harry Collins y a los del teórico del actor-red y antropólogo de la ciencia francés, Bruno Latour. Del primero adopta los criterios de análisis de controversias para aplicarlos al debate filosófico del psicologismo. En primer lugar, el énfasis en la *flexibilidad interpretativa* de los datos y hechos esgrimidos; en segundo lugar, el estudio de los *mecanismos de cierre* de los debates y, por último, la relación del cierre de una polémica con el contexto social y político. En la pugna del psicologismo, el evento que condujo a la clausura fue el estallido de la guerra. Esta trajo consigo el mandato gubernativo de interrumpir los debates en pro de la concordia nacional y la unidad ante la conflagración. La guerra trajo también consigo, una vez finalizada, el declive de las filosofías especulativas —neokantismo, fenomenología— y la eclosión de los pensamientos de la crisis, como los vitalismos y las filosofías de la existencia. Por otro lado, Kusch toma de Latour la concepción de los debates como luchas en torno a la modalidad de los enunciados. Explora el modo en que el psicologismo se convirtió en una *caja negra*, esto es, fue construido como un hecho dado por sentado en la comunidad filosófica.

Neil Gross (1971-), profesor norteamericano del Colby College (Nueva York), ha propuesto, por su parte, un modelo alternativo y complementario de los sugeridos por Bourdieu y Randall Collins. Su dedicación investigadora se ha proyectado en la sociología del mundo intelectual, más específicamente de la filosofía académica contemporánea en Estados Unidos, en especial las corrientes del pragmatismo y la fenomenología. Es conocido principalmente por su tesis doctoral, publicada como libro con el título *Richard Rorty. The Making of an American Philosopher* (2008), que ha tenido una importante recepción internacional, pues no se trata simplemente de una biografía sino de un estudio de caso donde la exploración de la trayectoria de Rorty le sirve para formular una teoría general acerca de los mecanismos sociales que inciden causalmente en la creación filosófica.

Encuadrada de entrada en el programa de una “nueva sociología de las ideas”, la monografía de Neil Gross sobre Rorty<sup>20</sup> pretendía dar un paso más, complementando y, al mismo tiempo, superando el enfoque propuesto por autores como Pierre Bourdieu y Randall Collins. Estos —según Gross— entienden la creación intelectual como una acción eminentemente estratégica; a través de ella el pensador busca maximizar el prestigio reconocido por los pares y encumbrar su posición dentro de un campo o espacio intelectual jerarquizado. Gross reconoce que esta acción estratégica, tal como la exploran Collins y Bourdieu, no tiene un carácter deliberado sino “inconsciente” y reconoce su importancia. Pero considera que no todo lo que rige en ese mundo es la tendencia a maximizar las inversiones simbólicas emprendidas. Junto a un sentido del juego estratégico dentro del campo, el pensador desarrolla también un concepto de sí mismo como poseedor de ciertas preferencias al mismo tiempo teóricas e ideológicas. Esta autocomprensión, que Gross denomina el “autoconcepto intelectual”, consiste en una narrativa por la que el pensador se identifica a sí mismo, condicionando decisivamente sus elecciones y creaciones dentro del campo, de modo que estas no solo obedecen a objetivos estratégicos asociados a la búsqueda de prestigio, sino también a una fidelidad en relación con el propio *autoconcepto*.

Con objeto de poner a prueba su aportación (la teoría del autoconcepto), Gross emprende el examen de la trayectoria intelectual de Richard Rorty (1931-2007) desde sus primeros años de formación familiar y escolar hasta la publicación en 1982 de *Consecuencias del pragmatismo*, obra que lo consolidó como un filósofo neopragmatista, crítico de la herencia analítica dominante en la academia norteamericana y conectado con las tendencias hermenéuticas, historicistas y “postmodernas” dominantes en la filosofía continental. Gross, que tuvo acceso a la correspondencia y a toda la documentación privada de Rorty, emprendió este estudio de caso, no como un fin en sí mismo, sino con la pretensión de discernir los mecanismos sociales que condicionan la creación intelectual, en concreto la mediación entre acción estratégica y “autoconcepto intelectual”.

La teoría de Gross sobre el autoconcepto intelectual ha recibido un desarrollo importante en Suecia en distintos trabajos emprendidos por Carl-Göran Heidegren y, sobre todo, de Henrik Lundberg, cuya tesis doctoral es un estado de la cuestión sobre la sociología de la filosofía.<sup>21</sup>

---

20 Neil Gross, Richard Rorty. *The Making of an American Philosopher* (Chicago: The University of Chicago Press, 2008).

21 Carl-Göran Heidegren y Henrik Lundberg, “Towards a Sociology of Philosophy”, *Acta Sociologica*, vol. 53, n.º 1 (2010); Henrik Lundberg, “Philosophical Thought and its Existential Basis: the Sociologies of Philosophy of Randall Collins and

En el caso de Patrick Baert (1961-), belga de nacimiento, pero profesor en la Universidad de Cambridge, los modelos de referencia no son tanto los *Science Studies*, como la teoría de los actos de habla, asentada en la tesis de que el significado de los productos intelectuales se identifica con la acción de *posicionamiento* de sus locutores (los pensadores) dentro de un campo (*arena*) a la vez político e intelectual.

En su *pars destruens*, la propuesta de Baert, conocida como “teoría del posicionamiento”, toma distancia de otros modelos de sociología de la filosofía e historia intelectual,<sup>22</sup> rechaza el intencionalismo de la escuela de Cambridge y de autores como Charles Camic y Gross. Resulta difícil documentar las motivaciones internas de las acciones de los intelectuales, en cambio hay que indagar en los efectos de las mismas, una instancia que no siempre está prevista ni es controlada por los propios agentes. Baert rechaza también el intento de discernir causas sociales del comportamiento individual de los intelectuales. En esta “falacia sociológica” incurrirían tanto Gross como Bourdieu. Ambos caerían también en la falacia de la “estabilidad”, subrayando la permanencia de las disposiciones (*habitus*) o de la autocomprensión (*autoconcepto*) del pensador en detrimento de sus variaciones de trayectoria y actitud. Además Gross quedaría presa del “sesgo de la autenticidad”, que consiste en explicar las intervenciones del filósofo a partir del sentido que este tiene de su propio yo, dejando en segundo plano la dimensión estratégica.

La teoría del posicionamiento intelectual pretende rebasar esos obstáculos. Baert, en su *pars construens*, enfatiza el modo en que cada acto y producto intelectuales posicionan al hablante en el terreno específico del pensamiento o en un ámbito político y cultural aún más amplio. Los demás aparecen entonces catalogados como oponentes, aliados o predecesores. El análisis debe centrarse en cartografiar los efectos, no las intenciones ni las causas sociales en qué consiste ese posicionamiento, cómo contribuye a promover la carrera personal y la difusión de las propias ideas y cuáles son también sus consecuencias adversas. Baert pone a prueba su propuesta en un estudio de caso bien delimitado.

---

Pierre Bourdieu”, *Transcultural Studies*, vol. 10, n.º 1 (2014): 119-147; Henrik Lundberg, “‘The Holy that has befallen me’. Vitalis Norström and his Intellectual Choices in a Sociology of Philosophy Perspective”, *Ideas in History. Journal of the Nordic Society for the History of Ideas*, vol. 9, n.º 1-2 (2015): 37-64.

22 Patrick Baert, “Positioning Theory and Intellectual Interventions”, *Journal for the Theory of Social Behaviour*, vol. 42, n.º 3 (2012) y Patrick Baert, *The Existential Moment. The Rise of Sartre as a Public Intellectual* (Cambridge: Polity Press, 2015), 158-163.

En *The Existentialist Moment* trata de explicar por qué Sartre y el movimiento existencialista conocieron una rápida aceptación popular y artística en un periodo concreto: de 1944 a 1947.

En Alemania hay que destacar dos referencias importantes. La primera es el trabajo pionero de Klaus Christian Köhnke sobre el neokantismo, *Surgimiento y auge del neokantismo*,<sup>23</sup> publicado originalmente en 1986. Frente a la historiografía académica de la filosofía, Köhnke subraya su interés por integrar el análisis de la tradición filosófica en el conjunto de la historia social, evitando al mismo tiempo el reduccionismo sociologista. Sostiene que una trayectoria filosófica individual puede llegar a trascender su “situación histórica”, pero esto no sucede con todo un movimiento como el neokantismo. Combina la atención cuidadosa a la evolución teórica de la corriente, desde su prehistoria en los años 30-40 del siglo XIX, con la exploración de su funcionamiento institucional. Hay una detallada ponderación cuantitativa de diversos factores: fluctuación del número de tesis, Congresos y cursos dedicados a Kant en las distintas Universidades del país, de las cátedras de filosofía conseguidas por los neokantianos, ritmo y patrón en la promoción de las carreras académicas, etc. Este espacio institucional es el que sirve de mediador entre las transformaciones de las ideas filosóficas y los acontecimientos de la historia social y política (desde la represión intelectual tras la revolución de 1848, hasta los atentados contra el Kaiser y el giro conservador a finales del siglo XIX).

Esta misma atención minuciosa a las controversias y desplazamientos conceptuales es la que se encuentra en una perspectiva original desarrollada inicialmente y desde los años 1990 por Dieter Henrich y sus discípulos Martin Muslow y Marcelo Stamm.<sup>24</sup> Se trata del *análisis de constelaciones* (*Konstellationsforschung*). Esta metodología, no ajena a la historia conceptual germánica

---

23 Klaus Christian Köhnke, *Surgimiento y auge del neokantismo. La filosofía universitaria alemana entre el idealismo y el positivismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011).

24 Dieter Henrich, *Konstellationen. Probleme und Debatten am Ursprung der idealistischen Philosophie (1789-1795)* (Stuttgart: Klett-Cotta, 1991); Dieter Henrich, *Grundlegung aus dem Ich. Untersuchung zur Vorgeschichte des Idealismus Tübingen – Jena (1790-1794)* (Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2004); Herausgegeben von Martin Muslow y Marcelo Stamm, *Konstellationsforschung* (Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2005) y Martin Muslow, “Qu’est-ce qu’une constellation philosophique? Propositions pour une analyse des réseaux intellectuels”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, vol. 64, n.º 1 (2009): 81-109.

al estilo de Koselleck,<sup>25</sup> se caracteriza por adoptar un enfoque micro centrado en la indagación de los intercambios que acaecen dentro de un conjunto articulado de personas, ideas, problemas y textos en interacción. De este modo, los protagonistas de la historia de la filosofía no son los elementos aislados de ese conjunto, sino la constelación en su totalidad, ese es el sujeto de la historia del pensamiento. A diferencia de la arqueología foucaultiana, en ese conjunto los discursos son tan importantes como las personas, es decir, los propios pensadores.

El planteamiento de las constelaciones cuestiona el modelo propuesto por Randall Collins, quien pretendía recomponer las redes filosóficas a partir de un estudio de las interacciones cara a cara; pero, de hecho, lo que presentaba en la *Sociología de las filosofías* era un fresco compuesto a grandes trazos y abarcando siglos enteros, realizado a partir de bibliografía de segunda mano, no del estudio minucioso de los intercambios entre los agentes. Henrich y sus discípulos, sin embargo, acercándose en esto a la microhistoria italiana, pretenden reconstruir las interacciones entre pensadores a ras de suelo. Dan por ello una importancia de primer orden a un material humilde, como la correspondencia, las recensiones, los bocetos de obras o las discusiones informales. Los pensadores secundarios cobran también mucho relieve, pues permiten delimitar los contornos reales y cotidianos de una constelación. Este enfoque ha dado sus frutos sobre todo en el estudio de la génesis del idealismo alemán (Henrich, Mulsow, Stamm) y del movimiento de los románticos.<sup>26</sup> El temple que lo caracteriza es la meticulosidad de los microanálisis, por eso, mientras Randall Collins, en su conocido libro, despachaba el idealismo alemán en unas pocas páginas, Henrich le consagra 1.700 al estudio de algunas de sus secuencias minúsculas.

En el mundo hispánico, la sociología de la filosofía ha conocido también algunos desarrollos importantes. En general, se ha tendido aquí a combinar el análisis en clave de *generación*, recuperando la teorización orteguiana y los distinguos conceptuales de Mannheim (*localización, complejo y unidad* generacionales), junto a la diferencia, tomada de Peter Gay y de Isaiah Berlin, entre *insiders* y *outsiders* intelectuales. Con esos mimbres teóricos se elaboró el excelente estudio del mexicano Francisco Gil Villegas: *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*.<sup>27</sup> Esas mismas

---

25 Faustino Oncina Coves, "Historia conceptual y método de las constelaciones". En *Constelaciones*, dir. por Faustino Oncina Coves (Valencia: Pre-Textos, 2017), 11-30.

26 Manfred Frank, "Filosofía como 'aproximación infinita'. Consideraciones a partir de la 'constelación' del primer Romanticismo alemán", *Análisis. Revista de investigación filosófica*, vol 2, n.º 2 (2015): 311-333.

27 Francisco Gil Villegas, *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)* (México: Fondo de Cultura Económica, 1996).

nociones, enriquecidas con las aportaciones de Bourdieu, Collins y Kusch, han permitido también el despegue, a partir de 2006, de un grupo español de investigación dedicado a la sociología de la filosofía, conocido como la “escuela de Cádiz” por su cristalización inicial en la Universidad de Cádiz (España).<sup>28</sup> Algunos de los integrantes de este grupo han desarrollado después su labor en México y en Chile. Su trabajo no ha consistido solo en importar los modelos teóricos forjados por otros aplicándolos al campo de la filosofía española o mexicana, sino que han confeccionado herramientas propias. Este es el caso, por ejemplo, de la distinción estipulada por Moreno Pestaña<sup>29</sup> entre *reconocimiento académico*, *consagración institucional* y *autonomía creativa*, donde la última designa, en abierta confrontación con Bourdieu y Collins, la capacidad de elaborar un dispositivo teórico susceptible de aplicarse a distintos dominios y de perpetuarse intergeneracionalmente más allá de la desaparición de su fundador. Este grupo ha publicado numerosos estudios sobre la filosofía española durante el franquismo<sup>30</sup> y la transición democrática,<sup>31</sup> ha trabajado sobre las trayectorias individuales de pensadores<sup>32</sup> y sobre escuelas.<sup>33</sup> Ha explorado también el papel desempeñado por los filósofos españoles del exilio republicano en el campo

---

28 Raimundo Cuesta, reseña de *Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968-1985)*, de Francisco Vázquez García, *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, n.º 34 (2015): 451-453.

29 José Luis Moreno Pestaña, “Consagración institucional, consagración intelectual, autonomía creativa. Hacia una sociología del fracaso intelectual”, *Telos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, vol. 15, n.º 2 (2009): 73-107.

30 José Luis Moreno Pestaña, *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico tras la Guerra Civil* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013).

31 Francisco Vázquez García, *La filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)* (Madrid: Abada, 2009).

32 José Luis Moreno Pestaña, *En devenant Foucault. Sociogénèse d'un grand philosophe* (Paris: Éditions du Croquant, 2006); José Luis Moreno Pestaña, *Filosofía y Sociología en Jesús Ibáñez. Genealogía de un pensador crítico* (Madrid: Siglo XXI, 2008); Alejandro Estrella González, *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson* (Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2011); María Francisca Fernández Cáceres, “Manuel Sacristán: génesis de un intelectual polifónico”, *Daimon. Revista Internacional De Filosofía*, n.º 53 (2011): 29-45 y María Francisca Fernández Cáceres, “Una lectura de Heidegger en la España franquista. El caso de Manuel Sacristán”, *Sociología Histórica*, n.º 2 (2013): 73-110.

33 Francisco Vázquez García, *Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968-1985)* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2014).



filosófico mexicano y la evolución de este;<sup>34</sup> además de la recepción, entre los intelectuales españoles,<sup>35</sup> del régimen de Salvador Allende y de su caída o de la sociología misma del concepto orteguiano de “generación”.<sup>36</sup>

El panorama de la sociología de la filosofía que acaba de describirse dista de ser armónico. No solo por la diversidad de planteamientos y metodologías, sino por las instancias de controversia presentes en su interior. Algunos sociólogos de la filosofía entienden que esta disciplina prolonga el ejercicio de autorreflexión filosófica (la escuela de Bourdieu, Kusch, la escuela de Cádiz); otros, en cambio, la conciben como una subdivisión de la sociología (Collins, Gross, Baert). Los hay partidarios de un enfoque más normativo, distinguiendo entre unos discursos filosóficos más autoconscientes y otros más apegados a lo concreto o más sesgados ideológicamente (Pinto, Collins), así como existen también detractores de esa partición (Fabiani, Kusch). Hay investigadores que prefieren el análisis a escala micro (la escuela alemana de las “constelaciones”) y otros que optan por las síntesis amplias y las descripciones de conjunto (Collins). También los hay más dados a privilegiar la referencia en lugar de las interacciones cara a cara (Collins), mientras que otros están más atentos a las propiedades estructurales (Bourdieu). En unos estudiosos predomina el interés por las estrategias (Collins, Bourdieu), otros apuntan más a la autocomprensión de los filósofos (Gross) y alguno hay que antepone el examen de los efectos a la indagación de las causas (Baert).

En cualquier caso, más allá de estas fracturas internas, la sociología de la filosofía es una disciplina joven. Lo revelador de sus descubrimientos y la fecundidad de sus programas de investigación, en contraste con la añeja historiografía profesional de los filósofos, le auguran un prometedor porvenir.

---

34 Alejandro Estrella González, “La filosofía mexicana durante el régimen liberal: redes intelectuales y equilibrios políticos”, *Signos Filosóficos*, vol. 12, n.º 23 (2010): 141-181; Alejandro Estrella González, *Libertad, progreso y autenticidad. Ideas sobre México a través de las generaciones filosóficas (1865-1925)* (México: Jus, 2014); Alejandro Estrella González, “La profesionalización de la filosofía y el *ethos* del exilio español en México”, *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, n.º 52 (2015).

35 Juan Gustavo Núñez Olguín, “Intelectuales ante el suceso histórico. El golpe de Estado en Chile y la reflexión política de oposición al franquismo en la España de fines de 1973”, *Sociología Histórica*, n.º 2 (2013): 211-237.

36 Jorge Costa Delgado, *La educación política de las masas. Capital cultural y clases sociales en la generación del 14* (Madrid: Siglo XXI, 2019).



## **SEGUNDA PARTE**

HISTORIA INTELECTUAL: CATEGORÍAS,  
HERRAMIENTAS, OBJETOS



# Biografía intelectual

GILDARDO CASTAÑO DUQUE

## Posibilidad de la biografía

“ La historia de vida es una de esas nociones del sentido común que se ha introducido de contrabando en el mundo científico; primero, sin bombo ni platillos, entre los etnólogos, y luego, más recientemente, y no sin estruendo, entre los sociólogos”.<sup>1</sup> Así empieza Pierre Bourdieu su artículo *La ilusión biográfica*, cuyo título sugiere ya la imposibilidad de captar y registrar una trayectoria vital sin el riesgo de incurrir en un entuerto académico. Encuentra allí el autor la huella de las “representaciones mundanas”<sup>2</sup> que ven la vida de forma lineal, como recorrido unidireccional con inicio, etapas y un fin, lo que en última instancia valida implícitamente una filosofía teleológica de la historia, entendida como sucesión ordenada de acontecimientos cuya recuperación responde a las categorías del relato, ya sea de historiador o novelista.<sup>3</sup> Registrar una vida supondría pues el desarrollo cronológico desde “un comienzo, un origen, en el doble sentido de punto de partida, de inicio, pero asimismo de principio, de razón de ser, de causa primera, hasta su término que es también un fin, una realización”, esto es, un *telos*.<sup>4</sup> En función de darle sentido, se somete la vida a una lógica retrospectiva y prospectiva que la totaliza, le da consistencia y constancia, “estableciendo relaciones inteligibles, como la del efecto con la causa

1 Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”. En *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (Barcelona: Anagrama, 1994), 74.

2 Julieta Capdevielle, “El concepto de *habitus*: ‘con Bourdieu y contra Bourdieu’”, *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, n.º 10 (2011): 31.

3 Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, 74.

4 *Ibíd.*, 75.

eficiente, entre los estados sucesivos, así constituidos en etapas de un desarrollo necesario”.<sup>5</sup>

En la misma línea de imposibilidad y ateniéndose al orden práctico, podría referirse otra dificultad, sugerida ya por Cervantes, cuando el escudero cuenta a su señor que por boca del hijo de Bartolomé Carrasco, llegado de Salamanca hecho bachiller, supo de un tal Cide Hamete Benengeli, quien bajo el título de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, había puesto ya su vida en libro de historia, “y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espanto cómo las pudo saber el historiador que las escribió”. El tono del Quijote es tranquilizante: “Yo te aseguro Sancho [...], que debe ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia; que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir”.<sup>6</sup> Para el andante caballero la respuesta es tan firme y plausible como deprimente para aquel que escoge la biografía como método, pues el punto cumbre de su labor no sería otro que el de hacer de Cide Hamete Benengeli para con su biografiado, pero sin el recurso salvador del encantamiento, condición que le imprime a sus afanes el límite vergonzoso de escoger y atar en la narración solo unos hechos precisos para cumplir así humanamente su trabajo.

Esto reafirmaría la ilusión biográfica bourdieusiana que, a su vez, le autoriza para tildar al biógrafo como partidario y custodio de una mentira. Escoger “acontecimientos significativos concretos” con un fin global, establecer conexiones que los validan y dan coherencia “como las que implica su institución en tanto que causas o, más a menudo, en tanto que fines”, coincide pues “con la complicidad natural del biógrafo al que todo [...] induce a aceptar esta creación artificial de sentido”.<sup>7</sup> Pero aclara el autor que la misma literatura desdice de tal artificio al romper con ese *habitus* de unidad que, mirado de cerca, no es más que espejismo de identidad. En momentos en que ha sido arrinconada la estructura de la novela como relato lineal, ver la vida de tal forma “tal vez sea someterse a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia, que toda una tradición literaria no ha dejado ni deja de reforzar”.<sup>8</sup> El hecho persiste, a pesar de los avances en materia literaria, pues el advenimiento de la novela moderna se da paralelo al descubrimiento de la discontinuidad de lo

---

5 Ibíd.

6 Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (Bogotá: Intermedio Editores, 1999), 409.

7 Paul Ricoeur, “Identidad narrativa”. En *Sujeto y relato*, comp. por María Stoopen (México: Editorial UNAM, 2009), 76.

8 Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, 76.

real, formado por elementos únicos e incluso yuxtapuestos en el tiempo y el espacio sin razón alguna, cuya imprevisibilidad y aleatoriedad los hace incoherentes, por su naturaleza, con una retórica narrativa. La vida en sí —afirma Bourdieu— es antihistoria. Como lo plantea Shakespeare al final de *Macbeth*: “Es una historia contada por un idiota, una historia llena de ruido y de furia, pero vacía de significado”.<sup>9</sup>

Sin embargo, en la realidad, es difícil esquivar el efecto de “los mecanismos sociales que propician o permiten la experiencia corriente de la vida como unidad y como totalidad”.<sup>10</sup> Existir socialmente es tener identidad, constancia consigo mismo, ser previsible, inteligible, “a la manera de una historia bien construida”,<sup>11</sup> y el mundo social dispone para el individuo como agente una serie de formas institucionalizadas que propenden por la totalización y la unificación del Yo, en función de predisponer la sensación de identidad que motiva y tranquiliza. La más evidente, según Bourdieu, es el nombre propio. Esa nominación que se institucionaliza con el bautizo cruza luego los ámbitos familiar, notarial, académico, económico, laboral, afectivo. Deviene “identidad social constante y duradera que garantiza la identidad del individuo biológico en todos los campos posibles en los que interviene en tanto que *agente*, es decir en todas sus historias de vida posibles”.<sup>12</sup> Como dice Bourdieu retomando a Eugène Nicole, eso es lo que recuerda el obsesivo afán proustiano de preceder con el artículo definido los nombres de sus personajes, en un “giro complejo mediante el cual se enuncian a la vez la ‘súbita revelación de un sujeto fraccionado, múltiple’”.<sup>13</sup> Así las cosas, existir impondría la ilusión de unidad como condición de vida. Una auxiliar de oficina como Leorán, por ejemplo, va tomando forma solo a partir de esa nominación que en sí misma nada significa. Mucho de lo humano es eventualidad, dispersión, incluso caos. La Leorán que atiende usuarios y registra denuncias en un despacho es la misma que compra por internet un aderezo; la Leorán que recibe en su trabajo el aviso de un accidente familiar poco comulga con la que es sujeto de existencia civil y firma con amor el formato de ingreso de su abuela al hospital; más aún, la Leorán que hoy ama es la que incomprensiblemente luego duda y odia; la Leorán alegre, apreciada y admirada se contradice con la que, en sus horas de soledad, se siente atada a un destino que le niega toda posibilidad de ser amada, cuya fuente desconoce u olvidó y que, sin embargo, atiende, como el que responde y actúa sin más frente a una voz impersonal,

---

9 Ibid.

10 Ibid., 77.

11 Ibid.

12 Ibid., 78.

13 Ibid., 79

fría y fatal que le interpela desde la oscuridad. No obstante, Leorán es y existe para sí y para los demás por mero *habitus* de unidad. Solo a partir de este concepto bourdieusiano se comprendería que ciertas “disposiciones incorporadas” construyan tal ilusión como reflejo externo de las relaciones sociales tejidas a través del nombre, en función de ponerse a salvo de la “anormalidad” desquiciante, producto de la disgregación, la soledad y la anomia.

Pero lejos de esa ilusión de identidad, en el mundo real el organismo biológico que la incorpora es un espejo roto en mil pedazos difícil de armar, porque cada vez que se coge un fragmento para ubicarlo en su lugar, el trozo de imagen allí reflejada cambia, se falsea o incluso desaparece. En tales términos, la biografía no sería posible ni siquiera contando con la prodigiosa memoria del Ireneo Funes borgiano, condenado a la desdicha de recordar en su unicidad instantánea cada hoja que había visto en cada bosque; incapacitado para generalizar, a Ireneo no solo le parecía incomprensible que el símbolo genérico *perro* referenciara tantos individuos de formas y tamaños distintos, sino que también “le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de frente) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de perfil)”.<sup>14</sup> La contundente denuncia de Bourdieu no escasea en razones. El nombre propio es un “designador rígido”<sup>15</sup> impuesto arbitrariamente por los ritos institucionales que introducen divisiones tajantes, absolutas, que para nada recogen las particularidades circunstanciales y los accidentes individuales del transcurrir cotidiano de las realidades biológicas y sociales. A esa nominación no le es dado “describir unas propiedades” o vehicular “ninguna información sobre lo que nombra”, porque solo designa un cúmulo compuesto y variado “de propiedades biológicas y sociales en cambio constante”.<sup>16</sup> En esa medida, las múltiples descripciones tendrían validez apenas “dentro de los límites de un estadio o de un espacio”. En consecuencia, atestiguar a través del recurso del nombre propio “la identidad de la personalidad, como individualidad socialmente constituida”, es posible únicamente “a costa de una colosal abstracción”.<sup>17</sup>

Hasta este punto, la biografía pareciera un callejón sin salida y, por tanto, desalentadora como vía investigativa. Sin embargo, Paul Ricoeur, al recuperar el concepto de *historia de vida*,<sup>18</sup> aporta los elementos necesarios para romper esa convincente aporía bourdieusiana. Ricoeur va mucho más allá en su análisis, pero aquí solo se llegará hasta el reconocimiento de la “identidad literaria” de

---

14 Jorge Luis Borges, *Obras Completas I. 1923-1949* (Buenos Aires: Emecé, 2009), 883.

15 Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, 79.

16 *Ibíd.*

17 *Ibíd.*

18 Paul Ricoeur, “Identidad narrativa”, 339-355.

un personaje, dado que con ello se reivindica en buena medida la posibilidad del relato de vida.

Ya sugerido en Bourdieu, hacer una biografía es un problema de identidad. Paul Ricoeur se mueve en el mismo plano, pero parte de aclarar los sentidos de identidad-*idem* e identidad-*ipse*, conceptos que en interpretaciones previas se han aplicado al respecto sin suficiente precisión. La problemática salta a la vista cuando se plantea la *permanencia en el tiempo* como un principio fundamental de la identidad personal.

Dicha permanencia se asocia “exclusivamente con la identidad-*idem*” o *mismidad*,<sup>19</sup> que es un concepto de relación y una relación de relaciones: por un lado, implica la identidad *numérica* con base en la cual, vista una cosa dos o más veces, se le puede aplicar una “operación de identificación” y afirmar de ella que es una sola y misma cosa; por otro lado, implica también la identidad *cualitativa* o de semejanza extrema en la que dos o más cosas, gracias a su gran parecido, pueden intercambiarse una por otra a través de una “operación de sustitución”, “sin pérdida semántica, *salva veritate*”.<sup>20</sup> Es fácil identificar físicamente a una persona que apenas sale y entra, pero la presunción de identidad numérica se complica cuando dicha operación está mediada por el tercer elemento de la identidad personal, es decir, la “*continuidad ininterrumpida*” entre el primero y el último estadio de desarrollo de lo que consideramos el mismo individuo”, como ocurriría con “un roble que es el mismo desde la bellota hasta el árbol totalmente desarrollado”.<sup>21</sup> Si entre la salida y la entrada de la persona en mención han transcurrido veinte años, se hace ineludible recurrir a la identidad de semejanza extrema para aseverar que sigue siendo una y la misma.<sup>22</sup> La demostración de esta continuidad ininterrumpida cuya base “descansa en la seriación ordenada de cambios débiles que, tomados de uno en uno, amenazan la semejanza sin destruirla”, funciona como sustituto de la similitud. Toda problemática de la identidad personal girará en torno a la necesidad de encontrar un principio de *permanencia en el tiempo* que ponga en diálogo los extremos de la similitud y la continuidad ininterrumpida del cambio. Según Ricoeur, lo que permanece es la “organización de un sistema combinatorio; la idea de estructura, opuesta a la de acontecimiento”: para el caso del individuo biológico sería su código genético; para el de una herramienta en la que, eventualmente, por

---

19 Según aclaración previa, el autor asume estos conceptos como sinónimos. Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro* (México: Siglo XXI, 2006), XIII.

20 Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro*, 110.

21 *Ibíd.*, 111.

22 *Ibíd.*, 110-111.



rotura o desgaste se cambian sus piezas, sería esa unidad sistémica que absorbe el cambio hasta casi desaparecerlo.<sup>23</sup>

En Bourdieu esta “base inmutable” existe solo en forma inconsciente y sumergida en un juego ilusorio sin escape. El *habitus* de la ilusión de unidad, producto de la incorporación de una estructura social, se instala de forma casi natural y toma incluso las apariencias de lo innato. De igual forma mueve a la acción, “es la *vis insita*, la energía potencial, la fuerza durmiente y el lugar de donde la violencia simbólica [...] deriva su misteriosa eficacia”.<sup>24</sup> Como resultado, el agente reacciona involuntaria e independientemente de asuntos de estadio o espacio. Hacerle antesala a un político importante, presentar una entrevista de trabajo, desarrollar un examen, son situaciones en las que la aceptación tácita y por anticipado de “los límites [sociales] impuestos, adquiere a menudo la forma de *emoción corporal* (vergüenza, timidez, ansiedad, culpabilidad)”.<sup>25</sup> Esa aceptación inconsciente de los límites sociales lleva a Bourdieu a plantear incluso que si bien el socioanálisis recupera la función crítica de la sociología al contribuir a que el agente social reconozca tales formas de dominación liberándolo de “determinismos no perfectamente conocidos”,<sup>26</sup> dicho agente solo lograría “trasformar duraderamente los *habitus*” a partir de “una auténtica labor de contraadiestramiento, que implique la repetición de los ejercicios [...], como el entrenamiento del atleta”.<sup>27</sup> Para Bourdieu, el *habitus* crea la ilusión de identidad a través de ciertas disposiciones durables sustentadas en el nombre, pero el problema radica en que por mucho que se fortalezca dicha ilusión de continuidad con hechos como el otorgamiento de títulos, la recepción de premios o la puesta de la firma en un crédito a veinte años para pagar una casa, la capacidad cohesiva del artificio del nombre cede a causa del envejecimiento social y biológico que, aunque paralelos, son independientes.<sup>28</sup> Si un abuelo, orgulloso del *crack* que era él en el pasado, cuando se movía como un fantasma por la banda izquierda del campo de fútbol en los campeonatos locales, le señala con mano temblorosa a su nieto de ocho años las copas ganadas entonces, solo por la credibilidad impuesta por el *habitus* éste verá con orgullo en el anciano a un Lucho Díaz, pero no porque los envejecimientos biológico y social le faciliten semejante asociación, así el niño ya sepa leer y reconozca el “nombre” del abuelo en las placas adheridas a los trofeos.

---

23 *Ibíd.*, 111.

24 Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (Barcelona: Anagrama, 1999), 223.

25 *Ibíd.*, 224.

26 Julieta Capdevielle, “El concepto de *habitus*”, 40.

27 Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, 227.

28 Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, 82.

Contrariamente, Ricoeur sustenta como fundamento de la identidad un substrato permanente en la persona que diferencia la mismidad de la *ipseidad* del sí y su constancia en el tiempo. Aborda el tema desde dos perspectivas: “el carácter y la *palabra dada*. En uno y en otro reconocemos de buen grado una permanencia que decimos ser de nosotros mismos”; pero aclara que en el carácter se da una casi “completa ocultación mutua de la problemática del *idem* y de la del *ipse*, mientras que la fidelidad a sí en el mantener la palabra dada marca la distancia extrema entre la permanencia del sí y la del mismo”.<sup>29</sup> El “conjunto de disposiciones duraderas *en las que* reconocemos a una persona” forman el carácter, producto de una dialéctica constante entre las costumbres adquiridas, sedimentadas, y las que se están contrayendo.<sup>30</sup> Una costumbre, vuelta disposición duradera por sedimentación, constituye “un signo distintivo *por el que* se reconoce a una persona, se le identifica de nuevo como la misma”,<sup>31</sup> tanto que cuando alguien muestra un comportamiento que no se aviene con esas disposiciones, se dice que “no se halla en el carácter del individuo [...], que éste ya no es el mismo, e, incluso, que está fuera de sí”.<sup>32</sup> Tal proceso de sedimentación que tiende a cubrir y abolir la innovación precedente, proporciona una historia del carácter; hay allí una permanencia en el tiempo que Ricoeur interpreta como recubrimiento del *ipse* (lo móvil, lo cambiante) por el *idem* (lo fijo, idéntico a sí mismo).<sup>33</sup> De igual modo, las disposiciones se asocian con las *identificaciones adquiridas* “por las cuales lo otro [la alteridad] entra en la composición de lo mismo”.<sup>34</sup> La identidad de una persona o una comunidad es, en gran parte, el cúmulo de “*identificaciones-con valores, normas, ideales, modelos, héroes, en los que la persona o la comunidad, se reconocen*”.<sup>35</sup> Aquí los dos polos de la identidad se avienen: el del carácter, asociado con la identidad-mismidad, y el de la identidad-ipseidad, que tiene que ver con un mantenimiento del sí en el que se despliega la intención eminentemente ética del carácter, pues entra en juego “un elemento de lealtad” que se incorpora al carácter “y le hace inclinarse hacia la fidelidad” frente a ciertos principios, valores, héroes con los que se ha identificado, “por tanto, a la conservación de sí”.<sup>36</sup> En la identidad del carácter se adhieren el *¿qué?* y el *¿quién?*, pero el carácter “es verdaderamente el qué del

---

29 Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro*, 112.

30 *Ibíd.*, 115.

31 *Ibíd.*

32 *Ibíd.*

33 *Ibíd.*

34 *Ibíd.*, 116.

35 *Ibíd.*

36 *Ibíd.*

quién”.<sup>37</sup> Es verdad que el *idem* recubre al *ipse*, pero tal recubrimiento “no es tal que exija renunciar a su distinción”.<sup>38</sup>

En el carácter se amalgaman pues rasgos biológicos y rasgos éticos, valores, actitudes que se sostienen a pesar de la continuidad ininterrumpida del cambio. Observado a través de algunos rasgos de Leorán, en ella es visible la persona usualmente seria y comprometida en su trabajo; medianamente alta, compleción firme, de abundante cabello alguna vez rojo, castaño claro, incluso azul, colores vencidos en combate por el negro azabache natural; piel trigueña; risa estruendosa, misma que a los catorce años sugirió el consejo de un primo, quien le advirtió que si alguna vez ella se interesaba afectivamente por alguien, no fuera a reír en la primera cita, precepto que en adelante siguió con rigor de griego antiguo como si hubiera sido premonición de oráculo...

Se puede decir que la “base inmutable”, propuesta por Ricoeur, se cruza de cerca con Bourdieu puesto que ambos hablan de disposiciones adquiridas y duraderas. Sin embargo, el paso adelante que da Ricoeur a través del segundo componente, el de la “palabra dada”, es definitivo para el propósito de rescatar la biografía. La palabra dada es el compromiso, la promesa que desafía el transcurrir temporal.<sup>39</sup> Reconoce en ello, aparte del carácter, la existencia de otro modelo para que el ser humano permanezca en el tiempo: “la palabra mantenida en la fidelidad a la palabra dada. Veo, en este *mantener*, la figura emblemática de una identidad diametralmente opuesta a la del carácter”. Ese mantenerse a sí en la palabra dada, es decir, fiel a ciertos valores, principios, actitudes, no se deja inscribir en el plano de lo general, como ocurre con el carácter, sino en el plano distinguible del ¿quién?: “Una cosa es la ‘perseveración’ del carácter; otra, la perseveración de la fidelidad a la palabra dada. Una cosa es la continuación del carácter, otra, la constancia en la amistad”.<sup>40</sup>

El desafío que implica la permanencia en el tiempo de una identidad mediada por la palabra dada solo puede registrarse en el relato. Esto es, cuando alguien se narra o lo narran. En tal medida, la solución a la aporía bourdieusiana la encontrará Ricoeur en la teoría literaria. La historia del carácter, es decir, la personalidad, es un conglomerado de sedimentaciones en el que lo *idem*, lo idéntico, abraza lo *ipse*, lo propio (esto es, la fidelidad a la palabra dada, el compromiso consigo mismo que permanece en el transcurrir temporal) hasta casi asfixiarlo; pero nada justifica la renuncia a fisurar ese abrazo en función del

---

37 *Ibíd.*, 117.

38 *Ibíd.*

39 *Ibíd.*, 112.

40 *Ibíd.*, 118.

encuentro con el *sí mismo*, porque la duda interpela y acucia la urgencia de responder al “¿quién soy? [...] ¿qué soy?”<sup>41</sup> o al ¿quién es?, ¿qué es?, para el caso del biografiado. Como lo afirma Ricoeur, el polo estable del carácter posiblemente tenga una dimensión narrativa, como lo sugieren los “usos del término ‘carácter’ que lo identifican con el personaje de una historia narrada”, por tanto, es dable emprender la tarea contraria, esto es, asumir que lo que ha sido contraído por la sedimentación “la narración puede volver a desplegarlo”.<sup>42</sup>

Ricoeur redime pues la posibilidad de contar una vida a partir del análisis narratológico en términos de la *Poética* de Aristóteles. La tesis por demostrar es la siguiente: “el relato construye el carácter duradero de un personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la identidad dinámica propia de la historia. La identidad de la historia forja la identidad del personaje”.<sup>43</sup> En Bourdieu, el gran dilema consiste en la imposibilidad de anudar un hecho significativo con los anteriores o los posteriores; lograr ese nudo será el propósito de Ricoeur. En el tiempo real en el que Bourdieu se mueve, tal propósito es una ilusión; pero sí es posible en el tiempo de la ilusión literaria que rescata Ricoeur. Afirma este último que parte de tal concepto tal como lo dejó planteado en *Tiempo y narración III*, es decir, que la temporalidad humana se constituye por la “intersección del tiempo histórico, sometido a las exigencias cosmológicas del calendario, y el tiempo de la ficción (epopeya, drama, novela, etcétera), abierto a variaciones imaginativas ilimitadas”.<sup>44</sup>

Para ese objetivo de lograr la conexión de eventos significativos a través del tiempo, el primer elemento tomado por Ricoeur de Aristóteles es supeditación del personaje a la historia. “La tragedia —dice Ricoeur— es imitación, no de los hombres, sino de una acción, de una vida y de la felicidad [...], y el fin es una acción, no una cualidad [...]. Además, no podría haber tragedia sin acción, aunque podría darse sin caracteres”.<sup>45</sup> De dicha subordinación sacará luego el autor buena ventaja.

En la *Poética*, la *mimesis* sugiere el afán del arte por imitar la realidad; el *mythos*, refiere la trama, la fábula a través de la cual actúan y se mueven los personajes. En esta última se sostiene una “identidad dinámica” extendida en el tiempo de la narración gracias a la constante interacción entre la concordancia y la discordancia.<sup>46</sup> Siguiendo a Aristóteles, Ricoeur asume la concordancia

---

41 *Ibíd.*, 117.

42 *Ibíd.*

43 Paul Ricoeur, “Identidad narrativa”, 344.

44 *Ibíd.*, 341.

45 *Ibíd.*, 344.

46 *Ibíd.*, 345.

como el principio ordenador que rige la disposición de los hechos en función de tres reglas: “completud, totalidad y extensión apropiada”.<sup>47</sup> La completud y la totalidad involucran la “unidad de la composición, que requiere que la interpretación de una parte se subordine a la del todo”<sup>48</sup> visto en conjunto, es decir, al hecho insoslayable de que un relato conste de comienzo, medio y fin. La extensión es libre, solo debe rendir cuentas a las reglas de la verosimilitud; a lo largo de ella se da la cadena episódica, por lo tanto, obliga a su dilatación en el tiempo y posibilita las transiciones, los cambios, los giros de fortuna, en síntesis, la progresión de la historia. Es aquí donde el carácter, constreñido por sedimentación, gana distensión y se despliega.

Contrario al ejercicio concordante que vela por el orden episódico, aparece el impacto disgregante de la discordancia dándole cabida al “acontecimiento” sorpresivo, eventual, signado por la contingencia. Dicha contingencia, es decir, la propiedad que tiene un episodio de “haber sido otro o incluso de no haber sido en modo alguno, se armoniza, de este modo, con la necesidad o la probabilidad que caracteriza la forma de conjunto del relato”,<sup>49</sup> imprime la progresión, el avance; aporta el “efecto sorpresa que da lugar al asombro”<sup>50</sup> y en su constante interacción con la concordancia, pone en vilo la “identidad dinámica”, es decir, atenta contra la unidad del relato hasta su clausura, momento en que la aparición de un evento, por extraño que sea, incluso rompiendo con las expectativas creadas por los acontecimientos pasados, toma sentido.<sup>51</sup> Ocurre pues que lo contingente no solo deviene necesidad al aportar el avance, los giros, la intriga, sino que también armoniza con la obra en su totalidad, además de enriquecerla en cuanto a probabilidades.

El peligro de la dispersión es conjurado por el elemento narratológico de la configuración, entendida como “el arte de la composición que media entre la concordancia y la discordancia [de la historia], y [...] regula la forma móvil que Aristóteles llama *mythos* y nosotros traducimos por elaboración de la trama”.<sup>52</sup> La configuración controla la dispersión episódica del relato, con su capacidad unificadora, al mediar entre acontecimientos y unidad temporal; entre los componentes inconexos de la acción, tales como intenciones, causas, golpes de azar y el encadenamiento de la historia; y, por último, “entre la pura sucesión y la unidad de la forma temporal, que, en última instancia, puede modificar la cronología hasta el punto de suprimirla”.<sup>53</sup>

---

47 *Ibíd.*

48 *Ibíd.*

49 *Ibíd.*, 346.

50 *Ibíd.*

51 *Ibíd.*, 345.

52 *Ibíd.*, 346.

53 *Ibíd.*, 347.

El estatuto “acontecimiento” distingue el modelo de conexión narrativa de cualquier otro, entre ellos, el causal, en el que no se discierne ocurrencia de acontecimiento. En el modelo de conexión narrativa el acontecimiento se define por su relación con la configuración; además de participar de la estructura inestable de la concordancia discordante que caracteriza la trama, “es fuente de discordancia, en cuanto que surge, y fuente de concordancia, en cuanto que hace avanzar la historia”.<sup>54</sup> Esta “conexión de acontecimientos constituidos por la construcción de la trama” posibilita “la permanencia en el tiempo” de lo que bajo el régimen de la identidad-*mismidad* sugiere disparidad y disgregación: “a saber, la diversidad, la variabilidad, la discontinuidad, la inestabilidad”.<sup>55</sup>

La identidad narrativa de un personaje, sea ficticio o real, individual o colectivo, queda mediada pues por la dispersión episódica y el principio de orden y unidad narrativa. De ello apenas resta decir que dicha identidad narrativa, esto es, el carácter del personaje, “sólo puede ser el estilo unitario de las transformaciones subjetivas reguladas por las transformaciones objetivas que obedecen a las reglas de completud, de totalidad y de unidad de la trama”.<sup>56</sup> En otras palabras, la identidad narrativa del personaje es correlativa a la identidad narrativa de la propia historia. La mejor prueba de ello es que cuando se invierte la predominancia de la trama sobre el personaje propuesta por Aristóteles, y las transformaciones del personaje devienen el centro y guía de la narración como en las novelas psicológicas y pedagógicas, la identidad se diluye; en tanto el relato más se aleje de la trama, también la identidad cede hasta la confusión casi total y la forma tiende a desaparecer con los consabidos problemas de clausura tendiendo hacia el ensayo, caracterizado por su menor configuración.<sup>57</sup>

## La biografía intelectual y sus retos

Un bosquejo apretado y, en consecuencia, bastante incompleto, puede ayudar a ubicar la biografía intelectual en el campo de estudios en que aquí se inscribe, además de dar algunas luces acerca de los retos a que está abocada. El proyecto investigativo iniciado por Arthur Lovejoy aborda el estudio de las ideas en su aspecto general, le interesan sobre todo “los factores dinámicos constantes, las ideas que dan lugar a consecuencias en la historia del pensamiento”.<sup>58</sup> En ese

---

54 Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro*, 140.

55 *Ibíd.*, 139.

56 Paul Ricoeur, “Identidad narrativa”, 347.

57 *Ibíd.*, 349.

58 Arthur Oncken Lovejoy, *La gran cadena del ser. Historia de una idea* (Barcelona: Icaria, 1983), 12.

sentido, define la historia de las ideas como “algo que es, a la vez, más específico y menos restrictivo que la historia de la filosofía”.<sup>59</sup> La historia intelectual se decanta por la vía contraria, es decir, se preocupa, en términos generales, por darle especificidad a las ideas, en esa medida tiende al estudio de las individualidades y los grupos relacionados con su producción y circulación, ubicados en sus contextos histórico y espacial. Lo anterior —sumado a la afirmación de Carlos Altamirano de que los “programas de autonomía cultural [en América Latina] respecto de Europa, [...] nunca implicaron la renuncia a la matriz occidental ni a las lenguas recibidas del Viejo Continente”—<sup>60</sup> justifica el hecho de que predominen como fuentes de información general los “portadores de ideas” en formato texto, hasta hace poco, preferiblemente libros. En las últimas décadas se ha abierto el abanico de posibilidades dentro de la misma matriz europea al incluir cartas, diarios, periódicos y revistas, entre otros materiales propios de archivos generales, familiares y personales. Asociado con la matriz en mención, el reconocimiento de la producción y circulación de ideas como un hecho social, que a su vez obligó una concepción más abierta de intelectual, detonó la importancia de aplicar para su estudio conceptos como campo intelectual, de Pierre Bourdieu, y redes intelectuales, de las cuales Randall Collins es un exponente destacado. Esta apertura en visión, concepto de intelectual y métodos, mostró el valor de abordar a fondo otros actores como los editores, compiladores y directores de periódicos y revistas, pues, en última instancia, no pocas veces son ellos los que determinan qué material es digno o no de difusión.

La biografía intelectual se ubica pues en el campo de la historia intelectual. Su potencial es grande en la medida en que no solo favorece la contextualización, sino que, además, por decirlo de algún modo, “encarna las ideas”. En términos metodológicos, no estaría por fuera de los principios básicos del hacer académico, esto es, el garantizar su rigurosidad de método a través del abordaje adecuado de las fuentes y su debida confrontación. En tal sentido, para el investigador del área que se acoge con criterio profesional a dicho hacer, la biografía intelectual no representaría un obstáculo insalvable. El verdadero reto que le impone la biografía al investigador estaría más cargado hacia las exigencias de la forma narrativa. Su misma condición de texto híbrido entre lo científico y lo ficcional<sup>61</sup> obliga sumar creatividad y soltura escritural a la habilidad interpretativa de la fuente, pues, como en la novela, el personaje está puesto en trama; en la vida narrada, los eventos y situaciones se cruzan en el

---

59 *Ibíd.*, 10.

60 Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo* (Buenos Aires: Katz, 2008), 12.

61 François Dosse, *La apuesta biográfica* (Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia, 2007), 11-13.



tiempo y el espacio construyendo así una identidad narrativa que, por correlación, construye la identidad del personaje. Una biografía intelectual, además de rigurosa, debería ser al mismo tiempo una creación estética. Su elaboración invita al biógrafo a transgredir la función meramente referencial, cuya frialdad suele habitar el discurso académico, para explorar las posibilidades expresivas del arte de escribir sin romper el pacto de verdad con el lector al que le obliga la formalidad propia del hacer histórico.<sup>62</sup>

Pero existe otro reto adicional. Se está en mora de dar un paso fundamental al que contribuiría en buena medida la biografía intelectual, esto es, democratizar la historia intelectual. Apropiando un poco términos de Ángel Rama, podría decirse que ello consiste en soltarle al menos algunos de los yugos que la atan a la ciudad letrada. Leer o escribir no puede ser el criterio para decidir quién es o no importante, es más, tampoco para decidir quién hace parte o no de la sociedad. Propuestas como las de Randall Collins y Bourdieu alcanzan al menos los márgenes del campo de estudio, pero es fácil sospechar que, impuestas la lectura y la escritura como únicos criterios, la gran mayoría queda por fuera de dichas márgenes. Sin embargo, muchos movimientos han surgido de esa exterioridad. La academia aún los ignora. Sabe que están, pero hace lo del niño que pierde una moneda en la parte oscura de la calle y corre a buscarla lejos de la penumbra, bajo la claridad de la lámpara, con la esperanza de encontrarla allí porque es el lugar donde abunda la luz. Poco despejado es aún el camino para democratizar la historia intelectual. No es fácil encontrar una moneda en la oscuridad, ni muchas, sobre todo cuando el espacio y la oscuridad son tan vastos como la historia misma. En otra parte ya quedó planteado ese afán democratizador refiriéndose a la necesidad de modificar los criterios de escogencia del personaje de estudio, las fuentes y, en la misma medida, las formas de lectura; un rodeo por las afueras de la ciudad letrada mostraría que las “miradas rígidas marginan. En muchas situaciones, la categoría de intelectual, más que un privilegio, tendría que ser un derecho”.<sup>63</sup>

¿Qué otra cosa se busca constatar en cualquier biografiado sino la permanencia de sí en su palabra dada? En el texto de François Dosse, *La apuesta biográfica*, hay un pequeño pasaje, tan sencillo como iluminador, para acercarse a la biografía intelectual. François Azouvi —autor que cita Dosse— al dimensionar el reto que implica relacionar la vida y la obra en la trayectoria

---

62 François Dosse, *La apuesta biográfica*, 66. André Maurois, *Aspectos de la biografía* (Santiago de Chile: Ercilla, 1935), 21.

63 Gildardo Castaño Duque, “La invención de un pasado para Baldomero Sanín Cano”. En *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas*, coords. Diego Alejandro Zuluaga Quintero y Luis Fernando Quiroz Jiménez (Medellín: Fondo Editorial FOCO, 2021), 119.

de un filósofo, plantea que el “ejemplo paradigmático es el de Immanuel Kant que no tiene otra vida aparte de la que se puede resumir diciendo que daba un paseo de tal hora a tal hora”.<sup>64</sup> Este detalle parecería llevar de nuevo la biografía ante una nueva aporía, pero, al igual que en el primer caso, aquí juega mucho la ilusión. Por lego que se fuera en filosofía, nadie negaría a Kant su condición de biografiado solo porque no se movió de su pueblo, cosa por demás superflua, pues elaborar una biografía, sea esta un relato de vida, biografía histórica o intelectual, no es simple asunto de movimiento-desplazamiento, es también y, sobre todo, hacerle seguimiento a la palabra dada. Por eso aclara Azouvi: “No hay otra vida de Kant que la de su obra”. Reconstruirla sería pues dilucidar y construir la trama que hay detrás de las peripecias que pasó para consolidar su identidad personal e intelectual, mismas que seguramente no estuvieron exentas de los acontecimientos impredecibles y contingentes que pululan en cualquier vida, como largas travesías a través de las ideas escuchadas, dialogadas o leídas; encuentros (eventuales, de cafetería, epistolares o simplemente a través de un libro o un artículo de revista); desencuentros (evidenciados en separaciones y debates); retrocesos, giros de fortuna que, como es normal, suelen ocurrirle a cualquiera (una Leorán; la muerte de una madre; el impacto íntimo de una bala incrustada por mano propia en el pecho de un amigo, así posiblemente lo haya hecho por criterios estéticos: Silva); hallazgos, desilusiones y posiblemente cierres trágicos, imprevisibles (una dosis letal de morfina en un pueblo fronterizo como Portbou: Benjamin).

Asumir esa interacción entre vida y obra sostenida en el tiempo como identidad a través del recurso de la palabra dada no solo urge a la hora de entender a Kant, sino también en función de una historia intelectual más justa y sin prejuicios a la hora de rehacer la trayectoria vital de cualquiera: desde el sencillo sastre del siglo XIX al que el desconocimiento del sistema métrico decimal no le impidió tomar con una “gusca de plátano” las medidas necesarias, pasando por el mendigo, el obrero, el campesino que introduce una semilla nueva en su vereda o el funcionario que desde su oficina contribuye a mejorar o empeorar el mundo, hasta el escritor, el docente universitario, el político de renombre o el filósofo. Toda vida está llena de detalles simples que, sin embargo, abruman por su carga de sentido.

El que sabe de la música que Leorán escucha y ama pensaría que su mundo es un completo caos. Va de Helenita Vargas a Canserbero, pasando por Los Panchos, Compay Segundo, Rolando Laserie, Mercedes Sosa, Jarabe de Palo, Alci Acosta, Ana Gabriel, Patricio Manns, La Oreja de Van Gogh, Juan Gabriel, Café Quijano, Emma Peters y Joaquín Sabina. Por contradictorio que parezca,

---

<sup>64</sup> François Dosse, *La apuesta biográfica*, 43.

su personalidad dialoga a través de la palabra dada con músicas que, a pesar de lo variadas en género y época, tienen como punto de cruce unos valores, una actitud frente a la vida.

“Las ideas de los grandes hombres son patrimonio común de la humanidad”, dice Marcel Schwob en *Vidas imaginarias*, “lo que cada uno de ellos poseyó realmente fueron sus rarezas”.<sup>65</sup> El mismo Aristóteles “nos dio la alegría de saber que era calvo” y en el caso de Sócrates “si su costumbre de andar descalzo no hubiese sido parte de su sistema filosófico de desprecio del cuerpo, no sabríamos de él sino sus interrogatorios sobre la moral”.<sup>66</sup> Como lo aclara André Maurois, sin atosigar, el biógrafo debe estar atento a “los detalles más pequeños que son, a menudo, los más interesantes”.<sup>67</sup> Si Kant hubiese sido cocainómano y alcohólico, eso nos hubiera puesto en diálogo con su tiempo y las formas en que los hombres protestan, llenan o soslayan los vacíos humanos en un momento determinado: Poe. Se “puede llegar a aclaraciones interesantes —sigue Dosse citando a Azouvi— acercándose a las trayectorias particulares de los filósofos, en la medida en que [...] su obra no se encuentra nunca desconectada de su tiempo, aquel en el que escriben, ni del mundo en el que viven”.<sup>68</sup> No se trata de caer en el reduccionismo de considerar que la obra es un simple reflejo de la época —aclara el autor citado— “sino de reubicar el entorno exacto de los colegas, de los interlocutores, de los corresponsales escogidos por el filósofo cuya trayectoria se traza”.<sup>69</sup> Estas biografías las interpreta Azouvi “como un intento de restitución del lugar de la obra en la vida”.<sup>70</sup>

En este tejer las relaciones alrededor del personaje, Azouvi se ubica muy cerca de Randall Collins, quien afirma que la existencia del intelectual está supeditada a la existencia de una estructura de producción y distribución de sus objetos sagrados, es decir, los símbolos sacralizados, ideas, personas, entre otros, alrededor de los cuales se unifican y actúan.<sup>71</sup> Por lo tanto, hacer historia intelectual, ya sea de un individuo o grupo, “consiste en examinar en gran detalle los diagramas de las redes y tener siempre presente el flujo de las posturas a través de la red, por decirlo así, como si tal flujo fuera el actor social que habita

---

65 Marcel Schwob, *Vidas imaginarias* (Buenos Aires: Hyspamérica, 1986), 12.

66 *Ibíd.*

67 André Maurois, *Aspectos de la biografía*, 59.

68 François Dosse, *La apuesta biográfica*, 44.

69 *Ibíd.*

70 *Ibíd.*

71 Randall Collins, *Historia comparativa de las comunidades intelectuales* (Barcelona: Hacer, 2005), 27.

el escenario histórico”.<sup>72</sup> De lo que se trata —según Collins, y para lo cual aportó buenos elementos de comprensión Paul Ricoeur— es de captar el recorrido que un intelectual, inmerso en su generación, traza en el viaje desde la posición inicial que ocupa en la penumbra (invisibilización) de las periferias del campo intelectual, hasta los puntos de máxima luz (visibilidad) en el centro del mismo; es decir, el momento en que entra a disputar la escasa atención disponible en el centro del campo, absorbida por un número escaso de posiciones que nunca será única, “sino un número de dos o tres posiciones, pero con un máximo de seis posiciones capaces de atraer seguidores en la generación siguiente”.<sup>73</sup>

Usualmente el biógrafo, continúa Collins, encontrará a su personaje gracias a un cúmulo de información que trae del mismo una idea ya cargada de sentido, pero es su responsabilidad evitar la trampa del producto histórico, es decir, el no superar al personaje canonizado en su grandeza por la tradición. Esto lleva a asumir implícitamente que el biografiado, desde su más temprana juventud, siempre poseyó esas cualidades que desarrollaría hasta constituirse en figura histórica; hay que dilucidar cómo la red “permitió que se dieran determinados pasos y cómo ciertos individuos fueron concentrando progresivamente la atención y se fueron cargando de energía para desarrollar la tarea que hizo que se acabara identificando con tales transformaciones intelectuales”.<sup>74</sup> Hallar al hombre detrás del personaje deificado, inmerso en su largo proceso constructivo, debe ser la tarea. Maurois sugiere que el interés y el encanto de la biografía estarían precisamente en devolverle a la vida esa necesaria transformación lenta del espíritu, solo así el “ser que nosotros creíamos perfecto, se nos presenta, de repente, falible”.<sup>75</sup> Ya se había planteado en otro lugar: “Hacer y leer biografías pareciera responder a la urgencia de encontrar o incorporar a alguien, con honestidad, en las palabras justas. La biografía intelectual, quién lo creyera, es un acto de humanización”.<sup>76</sup>

---

72 *Ibíd.*, XXVII.

73 *Ibíd.*

74 *Ibíd.*

75 André Maurois, *Aspectos de la biografía*, 56.

76 Gildardo Castaño Duque, “La invención de un pasado para Baldomero Sanín Cano”, 109.

# Epistolarios

DIEGO ALEJANDRO ZULUAGA QUINTERO

## Introducción

**A**ntes de la masificación del correo electrónico y de su uso corriente por parte de escritores, profesores universitarios y hombres de ciencia, las epístolas (o cartas) eran el medio usado por los intelectuales para establecer comunicación entre ellos o con quien fuera necesario establecer contacto: familiares, amigos, amores o instituciones burocráticas. Esto quiere decir que en las cartas hay rastros y huellas fundamentales de las actividades profesionales de los hombres que tienen relación con el conocimiento o los intelectuales.<sup>1</sup> Esto convierte los epistolarios en documentos históricos de singular valor para los historiadores que delimitan su campo de indagación y ordenación del pasado a la vida intelectual.

Como objeto de estudio de los historiadores intelectuales, los epistolarios son importantes porque en ellos hay registro de ideas, pensamientos, visiones del mundo, etc.; pero también de otras dimensiones de la vida intelectual que están detrás de las ideas y sin las cuales estas no serían posibles. Concretamente, me refiero a la vida social de los portadores del conocimiento. Existen procesos de producción intelectual y vínculos sociales que los posibilitan, sin los cuales no sería posible dicho conocimiento. En este sentido, desde el estudio de los epistolarios se pueden plantear diferentes problemas de investigación.

---

1 Para una definición amplia de los intelectuales, véase: Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013), 156.

La correspondencia entre intelectuales nos permite indagar en las formas de sociabilidad o en las formas de interactuar de este grupo social con el medio institucional: universidad, Iglesia, Estado. En la carta se percibe la estructura social y la posición que ocupan dentro de ella los intelectuales. Este artefacto material muestra, no solo desde el membrete sino también en el contenido y la forma de la escritura, la institución que incorpora o representa el autor en su discurso y el tipo de relación de esa institución con la sociedad o con otras instituciones.

Pensemos el caso de la institución literaria analizado por Jacques Dubois. Para el autor, hablar de la literatura como institución es pensar en unas normas de funcionamiento independientes de otros factores, es decir, pensar en la autonomía del saber (que se puede expresar en los epistolarios) respecto al poder político o religioso. Según Dubois, desde la sociología y sus manuales se entiende “la institución como un conjunto de normas que se aplican a un dominio de actividades en particular y definen una legitimidad que se traducen en un contrato o código”.<sup>2</sup> Así pues, la producción intelectual, la circulación y el reconocimiento son consecuencia de la institucionalización del saber sin la interferencia de poderes externos o, por el contrario, pueden ser la expresión de un saber enunciado desde los poderes externos, pero en este caso no se podría hablar de un saber autónomo. Esto quiere decir que la legitimidad de la producción intelectual la hacen los agentes e instancias pertenecientes al mismo campo de producción intelectual, como editores, directores de revistas o quienes le hacen el juego a la institución.

Aquí entendemos institución en el sentido de Dubois, esto es, como el sistema de normas que modelan las acciones o formas de comportarse de los intelectuales. En las cartas hay implícitos unos modelos de comportamiento que obedecen a la institución. Son, como objeto de estudio, un medio para entender las tensiones y disputas del medio intelectual; para entender las formas de poder intelectual.<sup>3</sup> Desde las cartas se puede entender por qué la historia intelectual tiene un vínculo estrecho con la sociología de los intelectuales. En ellas hay registro de las relaciones verticales de los intelectuales cuando se percibe, desde el tono y la forma de la escritura, que el emisario de la comunicación puede estar investido de autoridad y de poder intelectual; y hay registro de las relaciones horizontales de los intelectuales cuando el destinatario de la carta es colega y el tono de la misma muestra al otro como un igual. En los epistolarios se encuentran pistas para comprender la dimensión elitaria de la vida intelectual.

---

2 Jacques Dubois, *La institución de la literatura* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2014), 34.

3 Véase: Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (Barcelona: Anagrama, 1995), 520.

tual y los mecanismos que usan los intelectuales para estar ungidos de poder o adquirir una posición social desde la cual emitir el mensaje. La posición de poder de los intelectuales es relativa y está asociada a medios sociales específicos en los que ellos tienen impacto dependiendo de la institución desde la que hablen: periódico, revista, editorial, institución educativa, etc.

No solamente está implícita la sociología de los intelectuales en el análisis de los epistolarios, sino también lo que se ha llamado “giro contextual”. Pongamos como ejemplo algunos postulados de uno de los representantes más importantes de esta corriente historiográfica: Quentin Skinner.<sup>4</sup> Este autor plantea una crítica al hecho de que la historia del pensamiento busque en las ideas elementos universales, perennes, “conceptos fundamentales”. Skinner considera un error que los historiadores hayan asumido la existencia de problemas que perduran en el tiempo y que los historiadores se preparen “para leer los textos clásicos como si hubieran sido escritos por un contemporáneo”.<sup>5</sup> Para el autor, esta es una de las grandes mitologías de la historia: pensar que los textos clásicos tienen una sabiduría inmemorial. Aduce que no podemos dar por sentado, apriorísticamente, lo que dicen los textos clásicos, o lo que consideramos que dicen, porque las expectativas y prejuicios (de los contemporáneos) influyen nuestras apreciaciones. La universalidad de las ideas no puede ser tal porque las percepciones pueden estar determinadas por los marcos de referencia, los cuales podrían inducir a pensar que un autor clásico esté diciendo o expresando algo que para él mismo sería inaceptable.

A esto también contribuye la creencia de que los autores clásicos siempre están expresando una doctrina o una unidad de las ideas. Es la tendencia —parafraseando a Skinner— de pensar los autores en términos de ideas absolutas y de atribuirles una coherencia que no existe o significados que no tenían la intención de expresar. Para Skinner, lo anterior tiene las siguientes consecuencias: expresar que las ideas de un autor son anticipaciones a problemas fundamentales que surgen mucho después en la historia o criticar a muchos autores clásicos porque supuestamente no pensaron y desarrollaron ciertas doctrinas que se consideraban obligatorias.

Pensar que las ideas son universales o perennes significa descontextualizar las ideas y los autores, porque les adjudican ideas que no pudieron haber elaborado puesto que se salen de la posibilidad de los usos históricos de las mismas. En este sentido, los epistolarios permiten ordenar el pasado de la vida

---

4 Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner*, ed. de Enrique Bocardo Crespo (Madrid: Tecnos, 2007), 63-108.

5 *Ibíd.*, 63-64.



intelectual e inscribir el discurso en un contexto de enunciación (la filiación institucional de quien escribe la carta) y en un contexto de recepción (la filiación institucional de quien la recibe). Si hablamos, como lo hemos sostenido hasta el momento, de la filiación institucional de los intelectuales, entendemos que sus ideas no son universales y que están en diálogo, no con el presente del historiador sino con el contexto histórico del enunciado. Las cartas ayudan a comprender el uso contextual de ciertas ideas sin pensar en la elaboración de doctrinas sistemáticas. Ayudan a pensar las ideas más allá de los textos clásicos y a problematizar problemas respecto a momentos específicos del pasado. Su estudio permite, en la medida en que haya un buen material, el seguimiento riguroso de los autores para escudriñar sus contradicciones o ir más allá de la unidad ideal de su pensamiento. Pues, como dice Skinner, las tareas de la historia no deben consistir en buscar la coherencia de las ideas y los autores sino en hallar y explicar las contradicciones.

## Ejemplos concretos de uso en la investigación de los epistolarios

La importancia de las cartas ha dado pie para que estudiosos de la historia intelectual se dediquen a la recuperación y conservación de los epistolarios. Por un lado, el CeDinCi (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de las Izquierdas) se ha dado a la tarea de recuperar los archivos personales de intelectuales latinoamericanos —donde los epistolarios son uno de los acervos documentales más importantes y novedosos—; por otro lado, desde la revista *Políticas de la Memoria* han reflexionado sobre el material epistolar en la vida intelectual latinoamericana. Han publicado varios *dossiers* analizando aspectos de los epistolarios intelectuales en América Latina. Los trabajos presentados en estos monográficos se han convertido en un importante referente para la investigación en el campo de la historia intelectual del continente. Podemos mencionar dos artículos que consideramos fundamentales como modelo investigación: “El epistolario como conversación humanista: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)”, de Jorge Myers;<sup>6</sup> y “Un partido hecho de cartas. Exilio, redes diaspóricas y el rol de la correspondencia en la formación del aprismo peruano (1921-1930)”, de Martín Bergel.<sup>7</sup>

---

6 Jorge Myers, “El epistolario como conversación humanista: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)”, *Políticas de la Memoria*, n.º 15 (verano 2014-2015): 53-69.

7 Martín Bergel, “Un partido hecho de cartas. Exilio, redes diaspóricas y el rol de la correspondencia en la formación del aprismo peruano (1921-1930)”, *Políticas de la Memoria*, n.º 15 (verano 2014-2015): 71-85.

El académico argentino Jorge Myers explora la correspondencia de Alfonso Reyes resaltando aspectos como la relación de las cartas con la vida diplomática en general; una vida que, en el caso del mexicano, está intrínsecamente relacionada con la construcción de su obra epistolar. Para Myers, la distancia a la que Reyes se vio obligado durante los más de veinte años de diplomacia es la que da lugar a la construcción de una red intelectual y epistolar única en el continente americano. En este trabajo se destaca la posición en la Embajada de México en Argentina y Brasil, lo que lo convirtió en un difusor y legitimador de escritores mexicanos en los dos países suramericanos. En Reyes, la función diplomática constituye un impulso de la elaboración de la obra epistolar. Myers dice que Reyes escribió epístolas a los dos costados del mundo, lo que caracteriza la universalidad de su epistolario.

Por otro lado, Myers califica las cartas de Alfonso Reyes como pequeños tratados de reflexión humanística y muestra cómo la correspondencia funcionaba como medio para exponer ese humanismo. Reyes escribía sobre el cosmopolitismo o el americanismo universal, lo que era posible gracias a que la correspondencia se convertía en una obra literaria en el sentido amplio del término. De este modo, el intercambio epistolar es utilizado para el debate intelectual y la definición del propio pensamiento frente al pensamiento del destinatario. De acuerdo con Myers, el mexicano utilizaba las cartas para justificar sus posiciones en el ámbito de interpretación de la cultura mexicana y latinoamericana.

En este caso particular, se destaca el hecho de que Reyes era consciente de la importancia de las cartas como elemento de consagración de su legado intelectual, mecanismo importante para “construir el monumento”<sup>8</sup> para la posteridad. Quizás el aspecto más sustancial en la correspondencia de Reyes, según el estudio de Myers, es la consideración de la centralidad que este medio de comunicación desempeñaba en la vida y obra de Reyes. Muchas de las actividades del “campo intelectual” se promueven y desarrollan desde los epistolarios. Algunas de estas son, específicamente, las que como editor y promotor cultural desarrolló Alfonso Reyes en su correspondencia con Genaro Estrada. A través del epistolario, Reyes buscaba publicar a los poetas y escritores mexicanos en el extranjero y “realizaba cartografías de la situación de la literatura” en los diferentes países donde desarrollaba actividades diplomáticas. Esto quiere decir que extendía el campo de acción de sus corresponsales al publicarlos y promoverlos en otras latitudes. Además garantizaba, por medio de la epístola y en este caso a través de Genaro Estrada, su presencia en diarios mexicanos.

Lo anterior son aspectos que se pueden tratar de analizar a lo largo de muchos de los epistolarios de los intelectuales, aspectos que se pueden

---

8 Jorge Myers, “El epistolario...”, 53.

problematizar en caso de que se disponga de cartas. La historia intelectual trata de darle un lugar destacado a la literatura memorialista y, específicamente, a los epistolarios que se erigen como una fuente de singular valor para pensar la vida intelectual.

Todo ello lo corrobora también el otro artículo mencionado, “Un partido hecho de cartas. Exilio, redes diaspóricas y el rol de la correspondencia en la formación del aprismo peruano (1921-1930)”, en el cual se muestra que el periodo formativo del aprismo peruano de esta década del siglo xx tuvo como medio fundamental la correspondencia. El autor, Martín Bergel, indaga la formación del partido, no en las fuentes teóricas del marxismo o el leninismo, sino en la correspondencia que fue preponderante en este episodio, pues las cartas constituyeron el medio para movilizar la solidaridad internacional a favor de los presos políticos del gobierno de Augusto Leguía; también sirvieron las cartas como vehículo a través del cual se incrementó la propaganda clandestina y fue además por medio de la correspondencia que se organizó una red aprista que tuvo vida desde diferentes ciudades de América Latina.

En el artículo de Bergel se muestra cómo circulaban por diferentes lugares del mundo las ideas en torno al pensamiento del nuevo partido y los diferentes matices que hay de ese pensamiento. Esto, por supuesto, de acuerdo con los destinatarios y receptores de las misivas. Se trae a colación la cuestión de las epístolas en la formación del aprismo para resaltar la diversidad funcional de las epístolas en la historia intelectual.<sup>9</sup> Por medio del epistolario, los intelectuales llaman la atención más allá de los estrechos márgenes nacionales a favor de su reivindicación y legitimación en los espacios intelectuales. En este caso, vemos en la escritura de una carta una acción de carácter político y cultural. Las cartas intelectuales son un vehículo a través del cual se acrecienta la propaganda intelectual en diferentes direcciones. Además, es por medio de la correspondencia que los intelectuales organizan y dinamizan la red intelectual de la que forman parte. Es a través de las cartas que una investigación muestra cómo circulaban, por diferentes lugares del mundo, las ideas y la producción intelectual. Es a través de las cartas que los investigadores pueden, también, reconstruir los contextos intelectuales.

---

9 La importancia que en América Latina han tomado los epistolarios para el estudio de la historia intelectual se muestra con eventos como el que organizó el CeDinCi en septiembre del 2013, que llevó por nombre: “La correspondencia en la historia política e intelectual latinoamericana”, esto en el marco de las VII Jornadas de Historia de las Izquierdas en América Latina. El evento se dedicó exclusivamente a los epistolarios.

## Crítica y limitaciones en los estudios de los epistolarios

Los epistolarios no son objeto de indagación histórica novedosa. Se han usado para dar o corroborar información de personajes históricos. Hasta hace poco era una fuente documental como cualquier otra. En los últimos años, y en ese proceso de consolidación de la historia intelectual como campo de investigación diferente al de la historia de las ideas, las cartas se empiezan a destacar como objeto de indagación autónoma cuyas técnicas de aproximación implican reflexiones particulares, en aras de resultados más “objetivos”. Como hemos insinuado, el nuevo campo de estudios que es la historia intelectual les da importancia a las ideas más allá de conductos clásicos —como el libro— y asume que hay registro de ideas en otros artefactos.

Los epistolarios son un objeto de estudio privilegiado para hacer la historia intelectual. Sin embargo, pensar en ellos dándoles la centralidad que merecen tiene sus limitaciones. El hallazgo de este tipo de fuentes por parte de los investigadores está sometido a circunstancias de diferente orden. Las trayectorias biográficas de los intelectuales del pasado frente a los cuales se tiene interés de estudio pueden ser determinantes en el momento en que el investigador quiere acceder a la totalidad de este tipo de material.

Históricamente, los intelectuales son cosmopolitas; recorren el mundo como intelectuales (viaje intelectual), diplomáticos, becarios o en calidad de exiliados. En consecuencia, es una tarea compleja para el investigador la búsqueda de las cartas de un intelectual que trasegó por diferentes lugares del planeta y cuyos corresponsales se pueden encontrar en varios continentes, donde ha dejado amigos y formado redes. Los archivos de los intelectuales no contienen, forzosamente, las cartas que escribían y enviaban (son excepcionales los casos de aquellos que dejaban copia al carbón). La investigación que le da prevalencia a este objeto de estudio debe contar con un presupuesto suficiente para garantizar los desplazamientos.

En muchos países, los archivos personales de los intelectuales aún no están custodiados por instituciones públicas y la búsqueda se debe orientar contactando a los familiares, herederos o albaceas. Con ellos, en unas ocasiones, las cosas se pueden resolver con un simple trámite a través de una comunicación en la que se solicita acceso a la información epistolar. Pero, en otras, hay resistencias que pueden implicar la búsqueda de estrategias de persuasión y comunicación para que dichos herederos permitan la consulta de los archivos epistolares. Los custodios familiares no necesariamente son conscientes de la información que pudo haber dejado su antecesor (muchos archivos de los intelectuales se pierden por la apatía de sus familiares) o pueden ser conscientes de

que los epistolarios contienen información privada y sensible que puede afectar moralmente a terceros aun vivos o al grupo familiar.

La investigación con epistolarios y el manejo de la información en ellos obtenida tiene implicaciones éticas, principalmente, en los países que tienen vacíos jurídicos sobre la divulgación de la información de carácter privado. En el mismo sentido, otro aspecto que muestra la limitación de este tipo de investigación se relaciona con el hecho de que no hay políticas estatales que garanticen la conservación de los archivos personales de los intelectuales. Y esto no quiere decir que no existan. Pensemos, por ejemplo, en Colombia, donde sí hay archivos de intelectuales atesorados por las instituciones oficiales. La Biblioteca Nacional, algunas universidades públicas y algunas privadas conservan fondos archivísticos importantes, pero esa conservación puede estar limitada a la oficialidad del intelectual: diplomáticos, ministros o intelectuales que, en el pasado, lograron ser visibles para instituciones que deben conservar este material.

Detrás de los archivos oficiales hay una narrativa oficial que incide, sutilmente, en la selección de los materiales a los que se les da prioridad para su conservación. Para un investigador en el presente, la fácil accesibilidad a un material epistolar depende de las luchas, tensiones y disputas que en el pasado tuvieron el poder político, académico o familiar para darle a dicho material la categoría de fuente histórica digna de conservar. El material epistolar que se encuentra ubicado en estantes oficiales es resultado de las gestiones familiares o de las comunidades intelectuales o académicas que buscan que alguien se apropie de la conservación del mismo. Como ha dicho Gildardo Castaño: “la elaboración del archivo, es ya un acto propio de la narración, del poner en intriga”.<sup>10</sup> En la conservación de archivos hay sesgos tanto en los procesos de conservación —que son un acto de creación y de legitimación intelectual— como en los de ordenación.

Hay muchos intelectuales de cuyo archivo personal ni siquiera se sabe el paradero. Este desconocimiento y falta de información respecto al lugar de los archivos está asociado a lo que tradicionalmente se entendía como intelectual: aquella persona relacionada con el mundo simbólico o el mundo de las letras que adquiere fama o centralidad porque ha sido visible y ha llegado a los grandes medios de comunicación (prensa, televisión o radio). El estudio de los epistolarios ha ayudado a comprender que lo que se entendía por intelectual partía de un prejuicio, porque son muchos los intelectuales que, en el pasado,

---

10 Gildardo Castaño Duque, “La invención de un pasado para Baldomero Sanín Cano”. En *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas*, coords. Diego Alejandro Zuluaga Quintero y Luis Fernando Quiroz Jiménez (Medellín: Fondo Editorial FOCO, 2021), 110.

no tuvieron visibilidad o no fueron reconocidos, pero que jugaron papeles fundamentados en la vida intelectual como mediadores culturales, editores, directores de revistas, impresores, etc.

En los epistolarios de los “grandes” intelectuales del pasado encontramos comunicaciones constantes con personajes de la vida intelectual respecto a los cuales no teníamos noticia por su papel secundario o de “simples” mediadores culturales. Sin embargo, eran personajes fundamentales para el reconocimiento de las grandes figuras y cuya función se distinguía del común de la gente porque para ser divulgadores debían tener una relación estrecha con el mundo simbólico, debían ejercer funciones intelectuales. Eran intelectuales así no hubieran llegado a obtener la centralidad mencionada, porque eran fundamentales en las dinámicas de la vida intelectual, ya que ejercían como divulgadores o legitimadores de los “grandes” intelectuales.

El investigador de los archivos epistolares debe entonces ser consciente de los procesos de organización y disposición de estos, debe reconstruir la historia de los procesos de búsqueda, organización y conservación de ese material epistolar. Es crucial que cuestione la información que le llega a la mano y que entienda las subjetividades que se encuentran detrás de la información empírica. Dudar de la disposición de los archivos, como dice Gildardo Castaño, es una forma de romper con las narrativas preestablecidas y reconstruir una narrativa “autónoma”, que muestre las limitaciones que tienen todas las investigaciones o, por el contrario, las fortalezas manifiestas en archivos organizados por la institucionalidad que pueden incidir en la imagen que nos hagamos de los autores estudiados.

Contrastemos los archivos epistolares de personajes disímiles como los del mexicano Alfonso Reyes y el colombiano Porfirio Barba Jacob. El de Alfonso Reyes resulta excepcional, pues, como ha mostrado Jorge Myers,<sup>11</sup> Reyes organizó su obra personal (empezando por sus cartas, diarios, y manuscritos) dándole, primero, una sede: la Casa Alfonsina —en la cual está, además, su biblioteca—. Todo para hacer un monumento de sí mismo, de su vida y obra. Reyes contó, asimismo, con el apoyo del presidente Lázaro Cárdenas y tuvo a su disposición instituciones del prestigio del Colegio de México y la resonancia del Fondo de Cultura Económica. Equipado con el respaldo institucional y la admiración de sus contemporáneos, el ensayista mexicano tuvo la motivación suficiente para tomar la decisión incuestionable de conservar su importante y prolífico archivo epistolar —entre otros—. Esto ha permitido que mucha de su correspondencia, que se puede ubicar en diferentes latitudes, haya sido publicada y estudiada gracias a su fácil accesibilidad.

---

11 Jorge Myers, “El epistolario...”, 53-64.

Más comunes, en cambio —y para nada excepcionales—, son casos como el de Porfirio Barba Jacob, quien tuvo una activa dinámica epistolar con intelectuales, políticos, artistas, escritores, periodistas y poetas mexicanos, centroamericanos y colombianos de la primera mitad del siglo xx. Casi todas las cartas que se conocen son las que él envió a los destinatarios, porque las cartas que él recibió se perdieron en su mayoría. Su vida nómada lo obligó a llevar un equipaje limitado y aunque andaba con sus papeles, muchos se quedaron en los caminos por una u otra razón. Algunas de estas cartas llegaron a las manos de un amigo o conocido que, consciente de su importancia documental, las conservó; o gracias a las copias que guardaban los mismos remitentes, como hizo Alfonso Reyes con las cartas que le enviaba el poeta colombiano.<sup>12</sup>

Hay pues una diferencia en la disposición de los dos archivos epistolares relacionada con el estatus que alcanzaron ambos autores. Uno de ellos accedió a una posición favorable dentro del Estado Mexicano y ocupó varios cargos diplomáticos; el otro mantuvo una situación más bien marginal cuyas formas de supervivencia estaban asociadas al alquiler de su pluma para la prensa y, además, no contó con el respaldo sistemático del Estado. Esta diferencia incide en el trabajo y la narrativa que hagan los investigadores respecto a cada uno de ellos.

Las epístolas son entonces una fuente privilegiada para recoger información objetiva y relevante sobre acontecimientos intelectuales del pasado. Fechas de eventos, datos acerca de la publicación de un importante libro en una editorial prestigiosa o pormenores relacionados con el contrato de publicación de una obra, lo que nos daría nociones sobre las formas de supervivencia de los escritores del pasado. Con todo, hay información que debe ser sometida a verificación y frente a la cual el investigador tiene que mantener distancia. Por ejemplo, si un intelectual está hablando a uno de sus corresponsales del éxito de una de sus obras, se debe considerar la posibilidad de que dicho éxito no exista; ese testimonio se debe poner en duda porque tal vez se hable de un éxito inexistente para ganarse una posición con el corresponsal y con sus círculos intelectuales.

La fluidez de las relaciones epistolares también depende, como en las intelectuales, en general, del “capital cultural” que tenga un remitente para ofrecer a su destinatario. Es lo que Mariana Ozuna define como “máscara retórica”, es decir, el estilo de epístola en concordancia con el propósito “práctico de la misiva”.<sup>13</sup>

---

12 Esneyd Aidé Zuluaga Hernández, entrevista por Diego Alejandro Zuluaga Quintero, marzo 16 de 2022, Universidad de Antioquia. La profesora Zuluaga se ha dedicado en los últimos años a investigar la obra de Porfirio Barba Jacob, principalmente intentado reconstruir su trayectoria intelectual a través de su epistolario.

13 Mariana Ozuna Castañeda, “Epistolaridad del ensayo, ensayismo de la epístola”. En *El ensayo en diálogo I*, coord. Liliana Weinberg (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2017), 275.



Los epistolarios hacen parte de lo que se ha llamado literatura memorialista o de lo que Peter Burke ha denominado “ego-documentos”, que son aquellos documentos en los que aparece una “autoficción” o una “presentación personal”.<sup>14</sup>

Las cartas son fuentes fundamentales para la historia intelectual, no solo por la información empírica y objetiva que contienen, sino también por la información subjetiva que el investigador debe procesar de manera diferente o dándole otro tipo de significación. Por ejemplo, mostrando que la vida intelectual y las relaciones intelectuales no son necesariamente racionales, sino que están llenas de elementos pasionales, atravesadas por los deseos o el anhelo de los intelectuales que se perciben cuando un intelectual quiere presumir un reconocimiento que no ha tenido. El historiador se debe preguntar “para quiénes y por qué se escribió”,<sup>15</sup> se debe preguntar por el “propósito” de este tipo de escritura.

## Autorreflexión conclusiva

Mi acercamiento al mundo epistolar se dio cuando leí las misivas que intercambió el ensayista y crítico literario colombiano Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005) con intelectuales latinoamericanos; unas tres mil piezas epistolares. Desde que estaba haciendo mis estudios universitarios y durante la maestría había leído la obra pública del personaje: ensayos sobre poetas colombianos (Fernando Charry Lara, José Asunción Silva) o la inteligencia continental de los siglos XIX y XX (Domingo Faustino Sarmiento, Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña). Una obra que muestra a un autor crítico y agudo, quien a pesar de haber vivido más de la mitad de su vida en Alemania —desde 1953 hasta su muerte, primero como miembro de la diplomacia colombiana en ese país y luego como catedrático titular de la Universidad de Bonn— fue conocedor profundo de la realidad cultural del continente latinoamericano. Tras su muerte, en 2005, su hija Bettina Gutiérrez había donado parte de su archivo y su biblioteca personal a la Universidad Nacional de Colombia (en 2010). Ahí estaban los epistolarios,<sup>16</sup> en su mayoría los que había recibido el

---

14 Peter Burke, “Los ego-documentos como fuentes históricas”. En *El oficio del historiador. Reflexiones metodológicas en torno a las fuentes*, comp. por Yobenj Aucardo Chicangana Bayona, María Cristina Pérez Pérez y Ana María Rodríguez Sierra (Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad del Rosario, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2019), 3-17.

15 *Ibíd.*, 5.

16 Este archivo fue consultado con el profesor Juan Guillermo Gómez García, quien teniendo esa base ha construido el archivo de Rafael Gutiérrez Girardot para efectos de realizar la biografía intelectual en tres tomos. El primero de ellos ya publicado. Juan Guillermo Gómez García, *Rafael Gutiérrez Girardot y España, 1950-1953* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2021), 442.

colombiano: cartas de Alfonso Reyes, de José Luis Romero, de Eduardo Mallea, de Ángel Rama y de Sergio Pitol.

La lectura de las cartas significó un gran descubrimiento para mí como investigador. Me reveló una nueva dimensión de la obra de Gutiérrez Girardot y me mostró que el autor era mucho más que la obra publicada. Descubrí y desmitifiqué la idea de que los escritores eran personajes aislados del mundo social, desmitifiqué la imagen del escritor encerrado en su cuarto de estudio acompañado solo por sus libros. En los epistolarios había un personaje activo que estaba en constante diálogo intelectual y construyendo amistades en diferentes latitudes. Descubrí que los escritores realizaban muchas actividades “prácticas” y que su proyección intelectual iba más allá de la simple escritura, en este caso, de ensayos. A través de las cartas se invitaba a un amigo a realizar un congreso, se escribía a una institución académica para buscar apoyo financiero para la realización de un evento académico. A través de las cartas se proyectaba un libro colectivo o un *dossier* de una revista. Las misivas se enviaban a los editores para dialogar acerca del público al que podía ir dirigida su obra. La lectura de los epistolarios me mostró la utilidad del material epistolar para plantear nuevos problemas investigación. Las cartas son útiles para pensar las sociabilidades o comunidades intelectuales que se forman alrededor de un autor o las sociabilidades intelectuales que se forman en eventos académicos donde se encuentran y conocen muchos escritores que habían iniciado su contacto, muchas veces, a través de las epístolas. En la lectura de los epistolarios se entienden los procesos y las formas como los intelectuales se van posicionando frente a otros grupos e instituciones. Cada mensaje escrito a través de una epístola puede ser un conducto o puerta de entrada a un espacio social.

Esta nueva perspectiva orientó mi trabajo de investigación doctoral, que versó precisamente sobre las redes intelectuales latinoamericanas de Rafael Gutiérrez Girardot y en el cual pude mostrar la otra faceta de este escritor como mediador cultural. Un personaje que media (a través de las cartas) para que los escritores latinoamericanos divulguen la literatura del continente en Alemania y Europa. El Gutiérrez Girardot de las cartas es un “mediador” del circuito de la recepción, circulación y divulgación de las ideas, la literatura y la cultura latinoamericana en Alemania; y viceversa: un nodo de la de la recepción, circulación y divulgación de la cultura alemana en América Latina. Es un nodo de la integración de la intelectualidad latinoamericana.

# Escuela intelectual

JOSÉ LUIS MORENO PESTAÑA

## Presentación

**E**n este capítulo me propongo explorar qué constituye una escuela intelectual. Para desarrollar esta idea presentaré el proceso de transmisión intelectual en el caso de la escuela de Madrid —especialmente a través de la relación de José Gaos con Ortega y Gasset— y analizaré las dimensiones implicadas en el proceso. La perspectiva que se propone muestra los problemas de historiar la filosofía y presenta un nuevo modelo para localizar la pervivencia, las discontinuidades y las transformaciones.

Para pensar la transmisión intelectual utilizo una variante de un modelo que diferencia tres instancias de consagración filosófica: el reconocimiento por las instituciones, por los pares y la capacidad para continuar y generar debates y programas de trabajo sin el condicionante institucional o de las modas intelectuales. Solo a esta última se puede llamar creación intelectual ya que no depende exclusivamente de las retribuciones institucionales —que obligan a estudiar tal tema para competir por tal puesto o tal recurso— o de la simple adaptación a las opiniones de los colegas. Tales se encuentran dominadas, a menudo, por modas que, desde el punto de vista histórico, demuestran escaso recorrido: es el caso de los procesos de importación de problemas característicos de los espacios intelectuales dominados, donde se recogen problemas descontextualizados y sin más valor que la distinción derivada de asemejarse a una metrópoli admirada.<sup>1</sup> Entre las tres dimensiones pueden aparecer varias

---

1 José Luis Moreno Pestaña, “Ortega, el pasado y el presente de la escolástica”, *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, n.º 52, (2015): 83-86.

composiciones posibles.<sup>2</sup> En este trabajo se persigue mostrar la riqueza de este modelo para analizar la herencia intelectual.

## Un modelo de filósofo

Nacido en 1900 en Oviedo, hijo de notario con un padre ausente —Julián Marías, su sucesor en discipulado, tendrá un padre disminuido tras haberse querido instalar por su cuenta—<sup>3</sup> y miembro de una familia con enormes recursos culturales, Gaos<sup>4</sup> llegó a Madrid en 1920 tras educarse con los dominicos y después de realizar estudios en Oviedo y Valencia.

El relato de cómo se construía el *habitus* de filósofo en el medio orteguiano es preciso —y precioso—. El primer filtro con el que se encontraba el estudiante de Filosofía era Manuel García Morente, filósofo de la generación de Ortega, puerta de entrada hacia el maestro. García Morente daba clases a todos los alumnos de Filosofía a los que encomendaba trabajos que seguía con atención. Lo hacía con un talante inmisericorde respecto de las virtudes escolares: Gaos recuerda entregarle trabajos sobre psicología del acto voluntario —la fenomenología de Husserl, a quien Gaos acabaría traduciendo, estaba en boga en los años 20—, que García Morente desechaba como simple acopio de opiniones filosóficas. Para ser filósofo no bastaba con leer libros de filosofía, había que “crear”. Gaos, quien vivía en casa de sus tíos en Madrid, abrumado por su fracaso, decidió encerrarse en una habitación solamente para “pensar” —algo diferente a “leer”, explica Gaos,—. Su tío, divertido, comentaba a la familia: “Ya está Pepito conjurando espíritus”. A través de este ritual de interacción consigo mismo y de separación práctica del mundo profano, Gaos produjo un discurso “original” que le permitió, al fin, la aprobación de García Morente. En dicho trabajo describía el acto de pensamiento en su encierro metafísico como ejemplo de acto voluntario y, con ello, demostró sus competencias fenomenológicas.

Después de una estancia en Montpellier —asignada al unísono por García Morente y Ortega—, Gaos comienza a impartir clase en la Facultad de Filosofía mientras García Morente, cuidando al detalle la trayectoria de sus discípulos, ¡le traduce a Hegel para que su estudiante pueda impartir clases con decoro! Con semejante contexto institucional e intelectual, resulta completamente com-

---

2 José Luis Moreno Pestaña, *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013).

3 Una sociología de las relaciones con el magisterio debería incluir un análisis de las configuraciones familiares. Lo dejo apuntado sin poder tratarlo.

4 Cfr. José Gaos, *Obras completas XVII. Confesiones profesionales. Aforística* (México: UNAM, 1982).

previsible que las personas implicadas con él tuvieran la sensación de estar asistiendo a algo de una entidad fuera de lo normal: sociológicamente, en cuanto medio formativo, lo era. En los cursos de doctorado, que Gaos realiza en 1923-1924, Ortega habla a sus estudiantes de Bergson y de la teoría de la relatividad, preparando la visita a Madrid de Albert Einstein. Los alumnos de doctorado debían escoger a un filósofo clásico sobre el que se examinarían con Ortega. Gaos escogió a Leibniz, admiradísimo por el maestro, y este lo examinó de él durante nada menos que cuatro horas. Una vez dentro del círculo de elegidos, Gaos ve a Ortega al menos una vez al día y lo acompaña a menudo en sus paseos por la Sierra de Madrid. La intensidad del vínculo era imposible de precisar —reflexiona Gaos—, Ortega imponía una norma de filósofo que le acompañaría durante el resto de su vida y que le obligaría a pelear con una tendencia incontenible al mimetismo.

## Modelo social y de género

Entrar en el círculo orteguiano suponía ingresar en una factoría de filósofos que rodeaba la vida de los discípulos, como si de una institución total se tratase —aquella que somete a sus miembros a un único grupo de referencia, como explicaba Erving Goffman—. La selección se apoyaba en evidentes características de clase: fracciones de las clases medias dotadas de un amplio capital cultural y que se diferenciaban tanto de las clases populares como de las fracciones burguesas, cuya reproducción se fundaba exclusivamente en el capital económico y en el consumo ostentoso. Estos “señoritos satisfechos”, que Ortega retrató con muchísima acritud en *La rebelión de las masas*, no consideraban necesario rubricar su excelencia social mediante la adquisición de capital cultural, aunque sí, crecientemente —y está en el honor sociológico de Ortega haber advertido tempranamente ese cambio en las formas de capital simbólico de la burguesía— mediante el cuerpo y el aspecto físico. El grupo, por tanto, se definía, primero, debido a la exclusión sencilla provocada por la miseria económica contra las clases populares, cuya presencia pública inquietaba profundamente: la proclamación de la República inquietó a Julián Marías por la “chabacanería de las masas”.<sup>5</sup> En segundo lugar, contra la vieja burguesía, la aristocracia enemiga de los intelectuales y, sobre todo, contra sus retoños, ajenos a todo ascetismo cultural —y a sus ejercicios de “invocación de espíritus”—. Y específicamente, en tercer lugar, a las nuevas clases medias preocupadas por el gusto estético y representadas por las figuras femeninas y juveniles que asedian obsesivamente los textos de Ortega: dentro de un marco general de unificación

---

5 Julián Marías, *Una vida presente. Memorias* (Madrid: Páginas de Espuma, 2008), 64.

européa —acontecida tras la I Guerra Mundial— de los valores eróticos y de las modas que azoran a hombres mayores que no pueden ponerse al nivel de los jóvenes, concurrencia generalizada por el cuerpo<sup>6</sup> y, en fin, triunfo, en un mundo “juvenilizado”, de la futilidad intrascendente.

La Facultad de Filosofía y Letras fue, para los estudiantes, la posibilidad de acceder a la “amistad intersexuada” —explicaba Julián Marías— y a las “chicas bonitas”. Tales chicas conformaban también un mercado de expansión de bienes filosóficos, tal vez en conflicto con los mercaderes de las excelencias corporales. La lucha por ese mercado es una de las espoletas de la teoría de las generaciones, en la que se introdujo muy pronto —en 1926, como explica Marías— el problema del amor y de las relaciones entre sexos. Marías, por ejemplo, escribiría su *Historia de la filosofía* a partir de las conferencias que al respecto dio en la Residencia de Señoritas durante la República.

Aquellas mujeres que no se acomodaban al patrón femenino orteguiano —la mujer interesada por la filosofía— pueden ser algunas de las figuras empíricas que subyacen en los relatos filosóficos de Ortega. Semejantes reflexiones, sostenidas en un inconsciente masculino brutalmente irreflexivo, tienen un vuelo muy corto: se sitúan en el punto intermedio entre la exposición de un simple ánimo ante ciertos acontecimientos y su elaboración conceptual; pero son abundantes entre Ortega y sus discípulos (en *España invertebrada* se teorizaba que los hombres egregios no son nada sin el crédito que depositan en ellos las masas). Parece que ese crédito era exiguo —o no tan amplio como se fantaseaba— en el mundo femenino, de ahí la “cerrazón de la mujer española” de la que Ortega se quejaba en *¿Qué es filosofía?* Por un lado, la mentalidad femenina se consideraba con escasa disposición para la recepción filosófica: Gaos señala que algunas mujeres iban a escucharle a sus clases porque así adelgazaban y achaca la falta de competencias filosóficas de las mujeres a un exceso de afectividad que les dificultaría el trabajo conceptual. Por otro lado, el objetivo de “producir” una gran filósofa fue una constante del círculo de Ortega (algo que se lograría sobradamente con María Zambrano) y Gaos, en ocasiones, no situaba el obstáculo en el alma femenina, como en la autodescalificación de mujeres especialmente prometedoras. Así, una alumna excepcional —¿se trata de Dolores Franco, mujer de Julián Marías?— fue a comunicarle a Gaos que renunciaba a ser filósofa y se licenciaba, por tanto, en Letras. Mientras Julián Marías reconoce con fruición la importante ayuda que, como escritor, recibió de Lolita Franco, Carmen Castro (mujer de Zubiri) haría traducciones que firmaría su marido dentro de una subordinación de una contundencia chocante y asumida con relativa conformidad.

---

6 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* (Madrid: Austral, 1976), 261.

## Sentidos del concepto de escuela. La condición endogámica

La descripción de mundo de Ortega propuesta por Gaos nos ayuda a comprender qué sentidos pueden darse al concepto de escuela en filosofía. En primer lugar, toda escuela se forma sobre un patrón mínimo de integración, el cual consiste en asegurar la cooptación dentro de ciertas condiciones sociales y de género. Sin una cierta unificación de clase —producida, quizá, por la acción de una institución total que acaba renovando y controlando todas las adherencias sociales de los sujetos—, faltan las bases del consenso cotidiano acerca de cómo vivir, cómo compartir un espacio, cómo emprender tareas en común, ese “no sé qué” que hace a ciertos candidatos valiosos y a otros desechables. Una vez establecido ese mínimo, se abre un conjunto de posibilidades cuyo despliegue lógico presentaré en un cuadro con tres dimensiones (fig. 1): la dependencia institucional, la existencia de una red de apoyo mutuo y la transmisión de una problemática filosófica. Olvidemos la combinación número 8 —que es la negación de la escuela— y la número 1 —ejemplo de transmisión perfecta de puestos, reconocimiento y altura intelectual—.

Número de la combinación	Dependencia institucional	Grupo de apoyo mutuo	Transmisión de una problemática
1	+	+	+
2	+	+	-
3	+	-	+
4	+	-	-
5	-	+	+
6	-	+	-
7	-	-	+
8	-	-	-

**Figura 1.** Dimensiones de una escuela y combinaciones posibles. Elaboración propia

A partir de ese cemento social previo, podemos comprender mejor uno de los hallazgos de Randall Collins,<sup>7</sup> que no es otro que la existencia de cadenas de interacción directas entre los grandes creadores filosóficos. Aunque ignora

<sup>7</sup> Cfr. Randall Collins, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual* (Barcelona: Hacer, 2005).



la cuestión de clase, cuando Randall Collins describe una densidad de interacciones recoge la endogamia social previa —surgida no solo en círculos sociales, sino también en instituciones como los internados, los colegios mayores, a veces los partidos políticos— necesaria para mantener un proyecto intelectual.

## Formas de dependencia institucional y de apoyo mutuo

Esa endogamia social permite la gestión de una relación prolongada, aunque falte, por ejemplo, coincidencia doctrinal entre dos filósofos. Veámoslo en un ejemplo de otro filósofo, promocionado tras la guerra civil española.<sup>8</sup> Sergio Rábade ocuparía la cátedra de Teoría del Conocimiento de la Universidad Complutense de Madrid por intercesión de Ángel González Álvarez, quien a su vez había ocupado la cátedra de Metafísica de Ortega. Sin embargo, Rábade declara que no podía discutir de filosofía con su maestro, quien era un escolástico muy ortodoxo, pero que se comportó siempre como un padre: estamos claramente en una relación de tipo 2 —la relación de tipo 3 supone un patrón institucional que solo asegura cobertura universitaria, nada más—. Rábade, por su formación como jesuita, traía una formación suareciana que le iba a valer las reprimendas de otro tomista ortodoxo, que a Rábade le resultaba muy antipático (Francisco Canals). Sin embargo, dice Rábade de González Álvarez, era una buenísima persona. Y, efectivamente, entre ambos había más que un trazo común en el *habitus*: la procedencia de la región galaico-leonesa, el origen humilde y rural, la orientación conservadora y la concepción de que la filosofía debe explicar cómo se crean los conceptos a partir de un canon de autores consagrados. Mientras Rábade ampliaba ese canon —en el que incluiría a Ockham, Hume, incluso a Marx, quienes no eran precisamente los favoritos de su maestro—, Ángel González Álvarez lo restringía a las redes tomistas más ortodoxas. A partir de un marco previo, la escuela conformada por Rábade y González Álvarez constituye una red de dependencia institucional y personal, aunque sus referencias filosóficas sean tan amplias como lo permite la filosofía académica —y puede haber una manera específica de tratar a Foucault o Rawls como se trata al Aquinate—. Esa red de dependencia institucional se puede o no superponer con otra dimensión que también está presente en el caso de Rábade y de Ángel González Álvarez: la existencia de relaciones permanentes de ayuda mutua sostenidas en el tiempo. En fin, esa red puede o no suponer vinculación intelectual reconocible, cuestión que se verá detenidamente.

---

8 José Luis Moreno Pestaña, *La norma de la filosofía...*, 61-64.

La actuación de consuno, más o menos permanente, supone también un *habitus* común, una forma de ser compartida, sobre la que pueden diseñarse planes más o menos explícitos, aunque en ocasiones las actuaciones no requieren una orquestación deliberada. La referencia de una unidad de generación suele ser una figura intelectual que sirve de compañía incluso para el desacuerdo. Gaos habla de cómo Ortega definía sus vidas, incluso cuando no estaba presente, y cuánto en la existencia de sus discípulos se tejía en diálogo —también y sobre todo en diálogo interior— con el maestro. Es posible también que esta referencia común, resultado de la influencia compartida de un maestro, no suponga dependencia institucional, aunque es difícil ponerla en práctica. Cuando se depende institucionalmente de un universitario, puede ser difícil buscarse los referentes intelectuales en otros lugares. La relación de celos y cortapisas que padeció Zubiri por parte de Zaragüeta<sup>9</sup> puede ser un ejemplo de cómo un promotor institucional acepta con dificultades no ser un referente intelectual —es una relación de tipo 4—. El círculo de Zubiri (Conde, Gómez Arboleya, Laín) no suponía ninguna red institucional precisa (el tipo es 5) dada la situación de *outsider* académico del vasco en los años 40, cuando se fragua el grupo. En ese caso, el capital político que unifica a los miembros del grupo les permite un maestro sin relevancia institucional. Ese capital político era, a su vez, el soporte institucional de Zubiri, quien, sin embargo, les proporcionaba un prestigio simbólico que blandir intelectualmente y, por supuesto, la relación con él les proveía de un inmenso capital cultural, adquirido además con toda la intensidad que permite una relación cotidiana, montada según el imaginario de los participantes. Laín y Conde se iban a recibir clases de filosofía a un castillo gallego con Zubiri. En aquellos momentos, la frase de Zubiri “los griegos somos nosotros” seguro que sirvió de cemento afectivo al grupo.<sup>10</sup>

La combinación 6 es típica de las coaliciones gestadas en los internados: el apoyo mutuo de los chicos del Colegio César Carlos o el Burjassot —o de la École Normale Supérieure (ENS) en París— se establece, en ocasiones, de por vida. La 7 es muy episódica —sin apoyo mutuo ni dependencia— para transmitir una problemática. Es la interacción del lector solitario con los textos y con el mundo que imagina en ellos.

---

9 Jordi Corominas y Joan Albert Vicens Folgueira, *Xavier Zubiri: la soledad sonora* (Madrid: Taurus 2006), 131.

10 José Luis Moreno Pestaña, *La norma de la filosofía...*, 114-115.

## La transmisión de la herencia filosófica

Pero precisemos mejor, y volviendo a Gaos, qué es una herencia filosófica. Porque, no podía ser de otro modo, una escuela de filosofía contiene también una herencia filosófica. Puede ser, por ejemplo, un sistema filosófico completo, como sucede con la escuela de Gustavo Bueno. Algo que no implica, como puede parecer, dogmatismo alguno: todo sistema es internamente heterogéneo y permite desarrollos diversos. Por lo demás, y contra las apariencias, un sistema compartido permite fijar la atención en puntos comunes y con ello el debate. Nadie podría despreciar ese efecto de tener un marco compartido cuando hoy uno de los efectos más perniciosos es la ausencia de centros de atención compartidos. En este punto hay que detenerse.

La descripción que Gaos propone de Ortega ayuda a ver que la recepción de un filósofo no es solo de una serie de filosofemas, más o menos sistemáticos, sino de un modelo corporal vital, de una forma de ser filósofo. Es decir, un modo peculiar de enfrentarse al mundo, de leerlo, de recogerlo para escribirlo, de mirarlo, en suma, como un intelectual.

Además de ese *habitus* primario de filósofo, existe también una problemática filosófica. En el caso de un intelectual de la entidad de Ortega, puede decirse que la herencia doctrinal es muy compleja e incluso contradictoria entre sí. Un gran intelectual, un filósofo creativo, resulta de la conexión de redes intelectuales variadas que aquel es capaz de sintetizar de modo original, pero siempre tenso. Ciertos discípulos pueden referirse a una parte de la herencia y no a la otra. En el caso de Gaos, Ortega transmitía una historia de la filosofía profesional; su examen de cuatro horas sobre Leibniz en el curso de doctorado muestra cuánto. Por otro lado, Ortega vivía pendiente de la actualidad, meditando sobre temas no académicos —el amor y don Juan— y al margen de la historia de la filosofía —la física de Einstein—. Dos tipos de concepciones del oficio de filósofo se insinúan ahí. Una, la del comentador de textos del canon que necesita construir un sistema propio para entrar en él. Otra, la del filósofo que analiza temas extrafilosóficos, con recursos filosóficos, y cuyos intereses no pueden detenerse en la historia de la filosofía ni ir más allá de intervenciones puntuales y nada sistemáticas (si los intereses son variados). Gaos hereda la primera forma de hacer filosofía y no puede evitar su irritación cuando Ortega es incapaz de culminar un libro sistemático, por ejemplo, ante el desafío representado por *La idea de principio en Leibniz*. La crítica de Ortega, muy severa, será citada durante la campaña antiorteguiana de 1950 por Santiago Ramírez y por Vicente Marrero, representantes de un canon escolástico del oficio de filósofo.<sup>11</sup>

---

11 *Ibíd.*, 139-140.

Zubiri, en tantas cosas, otro de los maestros intelectuales de Gaos, representa una realización de la primera posibilidad: la creación de un sistema teórico original, que tiene como base la historia de la filosofía. Gaos mismo representa una realización menor, quizá porque su aprehensión por dominar los sistemas filosóficos —para, como él dice, ser poseído por la filosofía, variable según las modas— mató la capacidad de ser más que un buen maestro de filosofía, un repetidor, como dicen los franceses.

No deja de ser curioso que Gaos acabase con semejante minoración de Ortega. Porque nadie mejor que Gaos ha intentado pensar el modelo alternativo de filosofía propuesto por Ortega, un modelo de filosofía abierto a acontecimientos no filosóficos y que lleva, si quiere ir más allá del ensayismo inspirado, si no a fundirse con las ciencias humanas, sí a una vecindad muy estrecha con las áreas más reflexivas de las mismas.

Gaos interpreta que Ortega es un pensador de circunstancias, en una doble dirección: su pensamiento se estimula con ellas y solo puede versar sobre ellas. Descrito así, Gaos considera el pensamiento de Ortega una rapsodia incapaz de comprenderse sin referencia a los contextos. Más allá de ellos, solo el nombre propio de Ortega daría coherencia de conjunto a los textos. Ortega no había asumido sus propias capacidades, sino que se obligó a sí mismo a amoldarse a un traje que no le quedaba bien: el traje de filósofo sistemático. Su falta de método y sistematismo lo atormentaban, como si un superyó tiránico minusvalorase su normalidad filosófica y le impusiera otra norma, exclusiva, de la filosofía que Ortega no podía satisfacer. Esa norma la vio satisfecha en Heidegger, que desde entonces se convirtió en su obsesión. Ortega vuelto contra sí mismo, buscando una reputación académica y filosófica que no pudo satisfacer. Cuando vio *La idea de principio en Leibniz*, Gaos consideró que Ortega nunca pudo ir más allá del fragmento circunstancial.

Creo que hay una incompreensión del modelo de Ortega, porque Gaos, en el fondo, no ve mucho más allá de la alternativa entre sistema y fragmento, palabra tecnicada y desencarnada en una ontología y palabra disuelta en el tiempo que brilla solo en un instante. Más allá de la forma de expresión filosófica, creo que había una diferencia en la manera de hacer la historia de la filosofía y, en el fondo, de concebir el oficio de filósofo.<sup>12</sup>

---

12 *Ibíd.*, 157-159.

## Conclusión

He intentado mostrar a través del caso de la escuela de Madrid y de la relación de Ortega y Gasset con José Gaos algunas claves del mecanismo de transmisión intelectual. Cómo, para que este sea posible, es necesario primero atravesar cierto umbral filosófico accesible a partir de determinadas propiedades sociológicas.

La integración en una escuela puede producirse, no obstante, a partir de una variable modalidad de casos: la endogamia social basada en relaciones de dependencia académica y/o de apoyo mutuo; endogamias que pueden venir acompañadas de vínculos específicamente intelectuales; promotores institucionales que aceptan, de mala gana, no ser también referente intelectual; maestros intelectuales sin relevancia institucional; modelos gestados en instituciones, como los internados basados en apoyos mutuos de por vida, o la mera transmisión intelectual que lleva a cabo el lector solitario.

# Generación

JORGE COSTA DELGADO

## Introducción

**E**l concepto de generación recoge un uso social muy extendido que remite a formas de categorizar la realidad social aparentemente muy intuitivas: todo el universo semántico asociado a lo generacional cuenta con la fuerza de la evidencia de la finitud de la vida y la consiguiente sucesión “natural” de padres e hijos como mecanismo que permite la continuidad del género humano. La metáfora biológica traslada este sentido a la sucesión en los espacios de poder, a la transmisión cultural, etc. Sin embargo, en esa misma “naturalidad” radica uno de los principales riesgos epistemológicos del concepto de generación: esencializar el análisis de los hechos sociales. Por tanto, su uso científico requiere una elaboración teórica y una cuidadosa delimitación.

En las siguientes páginas recorreremos brevemente algunas de las principales aportaciones al desarrollo científico del concepto de generación. Partiré de la clásica diferenciación de Karl Mannheim entre la vertiente histórico-romántica y la positivista, señalando sus principales características y autores más destacados. A continuación, resumiré las aportaciones de los dos primeros autores clásicos para este concepto —Karl Mannheim y José Ortega y Gasset—. La historia posterior del concepto es rica y muy amplia, por lo que me limitaré a dos debates teóricos específicos, de los que extraeré ejemplos ilustrativos que permiten analizar desarrollos fundamentales del concepto y otras categorías pertenecientes al campo semántico generacional. Así, en primer lugar, trataré la discusión acerca del lugar epistemológico del concepto de generación que tuvo lugar durante la posguerra en España, enfrentando a Pedro Laín y Julián Marías a propósito de la obra de Ortega. Más allá de esas coordenadas históricas

específicas, el debate recoge dos maneras de entender el concepto que siguen orientando su uso en la actualidad. Después, utilizaré una obra reciente de Gérard Mauger para hablar del *modo de generación*, concepto que este sociólogo francés toma de Pierre Bourdieu, aunque lo considera también compatible con Mannheim. En su exposición, Mauger hace referencia a acontecimientos como la I Guerra Mundial, la crisis del fordismo o Mayo del 68 y comenta las virtudes y defectos que implica su análisis desde un punto de vista generacional. Al igual que en los casos anteriores, no se trata de analizar estos acontecimientos en sí, sino de comentar algunas conclusiones de estos estudios desde el punto de vista de la epistemología del concepto de generación. Por último, resumiré muy brevemente las que a mi juicio son las principales críticas legítimas al uso del concepto de generación hoy en día y las potencialidades y límites que este plantea.

Dadas las características de este libro, el tratamiento de estos autores y debates no pretenderá ser exhaustivo, pero sí representativo de elementos relevantes para una correcta comprensión del concepto. De esta manera, el lector o lectora podrá tirar de estos hilos para profundizar en los aspectos que sean de su interés. Del mismo modo, los contextos y acontecimientos históricos a los que se refieren estos debates funcionan aquí tan solo como una pantalla sobre la cual proyectar problemas epistemológicos muy específicos: en ningún caso este capítulo supone ni siquiera un principio de explicación de los mismos.

Mi relación con el concepto de generación parte de mi investigación doctoral. Lo que comenzó siendo una investigación sobre la teoría de las generaciones de Ortega y Gasset acabó convirtiéndose en un trabajo más amplio. Dedicué la primera parte a estudiar las trayectorias intelectuales y políticas de Ortega y de los demás miembros de la Generación del 14 para establecer los elementos comunes de una trayectoria generacional y algunas de sus dinámicas internas más relevantes.<sup>1</sup> Este grupo se constituyó y trató de intervenir activamente como tal en la vida pública española entre 1910 y 1914; más tarde, sus integrantes siguieron conservando propiedades en común en sus actuaciones políticas e intelectuales, un cierto “aire de familia”. El intento de precisar en qué consistía ese aire de familia a través de categorías en las que la edad jugaba un rol importante, aunque siempre en relación con otros factores sociales, me llevó a profundizar en el estudio del concepto de generación. Finalmente, en la “Introducción”

---

1 Esta primera parte de la tesis doctoral está revisada y publicada en Jorge Costa Delgado, *La educación política de las masas. Capital cultural y clases sociales en la Generación del 14* (Madrid: Siglo XXI, 2019). Para esta entrada utilizo algunos fragmentos de la segunda parte de la citada tesis, revisados y no publicados hasta la fecha.



a mi libro *La educación política de las masas*,<sup>2</sup> planteo un esbozo de teoría generacional a partir de los materiales de esta investigación empírica, basándome fundamentalmente en las aportaciones de Mannheim, Bourdieu, Mauger y el propio Ortega y Gasset. Mi aportación en este capítulo reconstruye, por tanto, de manera resumida, el recorrido teórico que llevé a cabo en mi investigación: una primera aproximación a través de dos clásicos del concepto —Karl Mannheim y José Ortega y Gasset— más un posterior desarrollo y reinterpretación a partir de las tradiciones orteguiana y bourdieusiana.

## **Las bases científicas del concepto de generación: corrientes positivista e histórico-romántica**

Comencemos con las primeras aportaciones científicas al concepto de generación, para cuya reconstrucción bibliográfica me apoyaré, no solo en Mannheim,<sup>3</sup> sino también en *El método histórico de las generaciones*,<sup>4</sup> de Julián Marías. En su clásico de 1928 titulado *El problema de las generaciones*, Karl Mannheim clasifica las aportaciones previas al concepto de generación en una corriente positivista y otra histórico-romántica. La primera la inaugura Auguste Comte, según Marías<sup>5</sup> el primer autor en ocuparse científicamente de las generaciones. En su *Curso de filosofía positiva*, Comte ya asociaba la vejez a la conservación y la juventud a la innovación, dentro de una dinámica de progreso generacional constante a lo largo de la historia. De ello se deriva una comprensión de la sucesión generacional con tres características fundamentales:

- 1) La esencialización de la juventud como una categoría que atraviesa todo el universo social y que es siempre innovadora.
- 2) La asimilación de reproducción social y renovación generacional. En otras palabras, la idea de que la edad es un factor privilegiado a la hora de explicar las continuidades y los cambios sociales.
- 3) La posibilidad de establecer una regularidad cuantificable en el cambio social a partir del mecanismo de la sucesión generacional.

---

2 Jorge Costa Delgado, *La educación...*, 15-52.

3 Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas: REIS*, n.º 62 (1993 [1928]): 193-244.

4 Julián Marías, *El método histórico de las generaciones* (Madrid: Revista de Occidente, 1967 [1949]).

5 *Ibíd.*, 29.

Estas tres características aparecen, con distintos matices, en todos los autores que Mannheim sitúa en esta tradición: después de Comte, John Stuart Mill, Émile Durkheim, Justin Dromel, Antoine Augustin Cournot, Giuseppe Ferrari, Gustav Rümelin, Ottokar Lorenz y François Mentré. Todos ellos son positivistas, ya sea en sentido estricto o en la medida en que comparten la ambición de establecer una ley científica general del cambio histórico a través de las generaciones, con un ritmo cuantitativo estable que remite al ámbito de la biología del ser humano.<sup>6</sup>

En la corriente histórico-romántica, de raíz alemana, la figura más importante es Wilhelm Dilthey.<sup>7</sup> En este caso, la clave teórica no consiste en el intento de establecer un ritmo regular de cambio generacional, sino en dos aportaciones fundamentales que parten de una idea básica: una generación expresa una particular manera de estar en el mundo. Para Dilthey, en primer lugar, las generaciones permiten medir el tiempo del cambio histórico desde dentro de la vida humana, al margen de las cronologías externas: renuncia, por tanto, a encontrar una regularidad cuantitativa de años cronológicos y apuesta por una comprensión cualitativa del ritmo según el cual los seres humanos viven esos cambios. En segundo lugar, una generación expresa una peculiar mirada sobre el mundo, en la medida en que sus integrantes comparten un período formativo en un entorno de experiencias similares. Por tanto, lo importante en este caso no es la mera coincidencia cronológica de las fechas de nacimiento, sino el influjo de una experiencia de formación común. Más adelante, Wilhelm Pinder<sup>8</sup> profundiza en esta idea para diferenciar entre coetáneos y contemporáneos: los primeros comparten una misma experiencia sobre el mundo, que se abre a posibilidades distintas a las que tienen personas de distinta edad. Con estas últimas, no obstante, comparten el mismo tiempo cronológico y otros muchos influjos externos que permanecen invariables. Así, como también dirá después Ortega y Gasset, la contemporaneidad del tiempo cronológico no supone la coetaneidad del tiempo histórico, esto es, el tiempo según lo vivencia cada generación.

En resumen, estas dos grandes corrientes, positivista e histórico-romántica, apuntan ya dos grandes tendencias en el uso del concepto de generación: establecer un ritmo regular del cambio histórico o cultural a lo largo de grandes períodos de tiempo y concretar la esencia de una época o un acontecimiento en la expresión de unos rasgos o agentes sociales delimitados.

---

6 Karl Mannheim, "El problema de las generaciones", 195.

7 Véanse las referencias a las generaciones en la obra original de Dilthey en Julián Marías, *El método...*, 60-61.

8 Wilhelm Pinder, *El problema de las generaciones en la Historia del arte de Europa* (Buenos Aires: Losada, 1946 [1926]).

## Dos clásicos del concepto de generación: Karl Mannheim y José Ortega y Gasset

En 1928, Karl Mannheim publica su obra ya citada *El problema de las generaciones*, que se convertirá en uno de los grandes clásicos para este concepto. La aportación de Mannheim se caracteriza, en primer lugar, por tratar de desnaturalizar el concepto de generación y defender que la dinámica generacional no expresa un ritmo biológico o espiritual subyacente, sino que está atravesada por relaciones sociales que es necesario dilucidar a través de cada investigación empírica.

Por tanto, Mannheim renuncia a establecer una serie fija de intervalos generacionales, pero considera que el concepto sigue siendo útil y concreta distintas variantes del vínculo generacional. Para ello, parte de una analogía con el concepto de clase<sup>9</sup> con el fin de definir el carácter estructural del vínculo generacional y diferencia tres niveles en el mismo:

- 1) La *posición generacional*. Para Mannheim, el hecho de tener una misma edad en un ámbito histórico-social compartido sitúa a las personas en una “modalidad específica de vivencia y pensamiento”<sup>10</sup> común, es decir, ante la posibilidad de participar en los mismos acontecimientos sociales “a partir de la misma modalidad de estratificación de la conciencia”.<sup>11</sup> No basta, por tanto, únicamente con la edad; también es necesario que estas personas hayan estado sometidas a un mismo ambiente formativo y tengan al menos la posibilidad de verse enfrentadas a experiencias comunes en el futuro: “nadie querría sostener que la juventud china y la alemana se encontraran en afinidad de posición en torno a 1800”.<sup>12</sup>
- 2) La *conexión generacional*, que implica la concreción de la posibilidad abierta en la posición generacional. Una conexión generacional supone la participación efectiva en el destino común de esa unidad histórico-social<sup>13</sup> —las referencias a la noción de destino común las extrae Mannheim de Heidegger—. Así, la juventud alemana urbana de 1800 se encuentra en una conexión generacional que solo un acontecimiento

---

9 El sociólogo húngaro estaba en una posición intelectual privilegiada para ello: tuvo un vínculo muy estrecho en su etapa formativa con Lukács, por ende, con el pensamiento de Marx, y también con el círculo cercano a Max Weber en Heidelberg después de su fallecimiento en 1920.

10 Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, 209.

11 *Ibíd.*, 216.

12 *Ibíd.*

13 *Ibíd.*, 221.

extraordinario, por ejemplo, las guerras napoleónicas, podría vincular a la juventud campesina, con la que, no obstante, comparte posición generacional.

- 3) La *unidad generacional*. Este último nivel de concreción del vínculo generacional es el más elevado y permite describir la manera particular en que un grupo dentro de una conexión generacional emplea u orienta sus vivencias de un modo específico. Siguiendo con el mismo ejemplo, Mannheim diferencia, dentro de la conexión generacional de la juventud alemana urbana de 1800, una unidad generacional romántico-conservadora y otra liberal-racionalista.<sup>14</sup>

Estas tres categorías de Mannheim, pese a que hay elementos discutibles en su exposición —derivados particularmente de la teleología implícita en su uso del concepto de destino común—, suponen un avance enorme en el refinamiento del concepto de generación y considero que siguen siendo de gran utilidad actualmente.

Por último, otra cuestión también central en Mannheim, que permite vincular su obra con el concepto de *habitus* en Bourdieu,<sup>15</sup> es el fenómeno de la *estratificación de la vivencia*,<sup>16</sup> según el cual la conciencia humana se va configurando a través de una dialéctica interna que asimila las nuevas experiencias a través de las primeras impresiones adquiridas. Estas primeras impresiones, decisivas, suponen además un aprendizaje cultural mayoritariamente inconsciente que procede de generaciones anteriores y, por tanto, responde a problemas que se dieron en un mundo pasado. Parte de este mundo cambia de generación en generación y entonces se produce un desajuste, más o menos intenso según el caso, porque las disposiciones adquiridas no se corresponden con los cambios ocurridos:<sup>17</sup> un fenómeno característico de los conflictos generacionales. Según Mannheim, esto hace que se ponga en cuestión una parte de la herencia cultural adquirida, que pasa de estado inconsciente a consciente y que se reelabora, siendo la aportación específica de la nueva generación a su particular tradición cultural. Así, la estratificación de la vivencia supone unas características específicas que interactúan con otros mecanismos de reproducción y transformación sociales y que el concepto de generación permite tomar en consideración.

---

14 *Ibíd.*, 222-223.

15 Véase la exposición de Gérard Mauger, “Préface de la deuxième édition”, “Introduction” y “Postface”. En *Le problème des générations*, de Karl Mannheim (Paris: Armand Colin, 2011).

16 Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, 216.

17 *Ibíd.*, 214.

El segundo clásico del concepto de generación es José Ortega y Gasset. El filósofo español comparte con Mannheim un contexto formativo similar en Alemania, aunque en su caso sin ninguna influencia del pensamiento marxista. Las características de la obra de Ortega, muy ligada al periodismo y a colaboraciones en formatos muy diversos (orales, artículos esporádicos y periódicos, manifiestos, libros...), hacen que el tema de las generaciones esté disperso en múltiples referencias.<sup>18</sup> Sin duda, la versión más madura y sistemática de su teoría de las generaciones se encuentra en la obra *En torno a Galileo*<sup>19</sup> —publicada en 1947, aunque procedente de un curso pronunciado en 1933—; si bien ya *El tema de nuestro tiempo*<sup>20</sup> recoge algunas de sus aportaciones más relevantes.

Es difícil encontrar una sola definición de generación en Ortega, ya que su estilo es rico en metáforas y avanza mediante aproximaciones que van afinando progresivamente los conceptos con los que trabaja. No obstante, lo que Ortega entiende por generación cuenta con dos elementos básicos también presentes en Mannheim: edad similar y experiencia vital compartida: “el conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia es una generación”.<sup>21</sup> El filósofo español sitúa además el concepto de generación como clave de bóveda de su teoría de la historia. Para él, la generación es la primera instancia interindividual a través de la cual cualquier persona se relaciona con el mundo: “la generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne sobre el que esta ejecuta sus movimientos”.<sup>22</sup> La historia humana consistiría, desde su punto de vista, en una sucesión de *sistemas de vigencias*, algo así como un conjunto estructurado de perspectivas —o interpretaciones— acerca de la realidad que son operativas en un determinado nivel histórico. De ello extrae Ortega dos conclusiones:

- 1) Que las generaciones afectan a la vida en su totalidad y, por tanto, no tiene sentido aplicar la teoría de las generaciones a ámbitos restringidos de la actividad humana —literatura, filosofía, política o arte—, sino a una sociedad en su conjunto. Esta cuestión será central en el debate entre Julián Marías y Pedro Laín.

---

18 Julián Marías las reconstruye en *El método...*, 89-92.

19 José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*. En *Obras Completas*, tomo VI (Madrid: Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2006 [1947]), 367-506.

20 José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*. En *Obras Completas*, tomo III (Madrid: Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2005 [1923]), 557-652.

21 José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, 393.

22 José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, 563.

- 2) Que es posible establecer una serie de generaciones en la cual ubicar a cualquier individuo —la vieja ambición positivista—, con intervalos regulares de quince años. La cifra se basa en una división de la vida humana individual en cinco edades a intervalos de quince años, considerando que solo una de esas cinco edades es la de plena vigencia: entre los cuarenta y cinco y los sesenta años.

Esta es, según Ortega, la estructura básica de la cronología histórica y, por tanto, las afinidades entre las personas que pertenecen a una misma generación no proceden de ellas mismas o de algún acontecimiento externo, sino del propio marco que impone esa estructura, que cada generación llena de contenido con su orientación particular. De esta manera, el motor del desarrollo histórico sería el conflicto generacional. En esto consiste el *anacronismo esencial de la historia*:<sup>23</sup> en cada tiempo externo o cronológico conviven distintos tiempos vitales. Al igual que Pinder, Ortega diferencia entre coetáneos y contemporáneos: distintas generaciones conviven en un mismo tiempo histórico y luchan por imponer o mantener sus respectivos sistemas de vigencias, con diferentes posiciones ante los problemas que el mundo les presenta a todas ellas. Para Ortega, desde que nacemos inevitablemente nos encontramos dentro de esta estructura generacional.

Junto a este esquema general de la teoría de las generaciones, hay al menos otras dos observaciones destacables de Ortega que hacen referencia a la dinámica interna de las generaciones:

- 1) Una aproximación a la cuestión generacional debe considerar la cuestión de la jerarquía de las variaciones que se producen en el mundo: no es lo mismo “cambiar el mundo que cambiar algo en el mundo”.<sup>24</sup> Existe, por tanto, una diferencia cualitativa en el cambio histórico. Según Ortega, en cada generación se produce un cambio de mundo, un cambio general en el horizonte vital, que es necesario diferenciar de cambios concretos que se producen en un mundo que no se altera esencialmente, por importantes que estos puedan ser. Igualmente, cabe diferenciar entre épocas acumulativas, donde las nuevas generaciones son continuistas, y épocas eliminatorias o polémicas, donde se agudiza el conflicto generacional. También se pueden identificar entre las generaciones algunas que son *decisivas* o momentos de *crisis históricas*, donde ese cambio de mundo es especialmente profundo. En definitiva, pese a la regularidad de la

---

23 José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, 393.

24 *Ibíd.*, 417.

sucesión generacional, los cambios históricos tienen distinto carácter cualitativo, es decir, no son a su vez regulares.

- 2) Ortega combina su teoría de las generaciones con una teoría social elitista, que utiliza para explicar las divisiones internas a las generaciones. Para Ortega, la diferencia entre minorías y masas es un dato social esencial, transversal a toda la historia, y se reproduce también dentro de cada generación. En otras palabras, la diferenciación interna a cada generación, que Mannheim intentaba captar desglosando tres categorías —posición, conexión y unidad generacional—, Ortega la explica recurriendo a la división élite/masa.

## El lugar epistemológico del concepto de generación: Pedro Laín y Julián Marías

Pasemos ahora a dos debates teóricos posteriores en torno a los usos del concepto de generación. En el ambiente intelectual de la posguerra española, marcado por la depuración política de buena parte de los intelectuales en activo durante la República, se produjo un debate sobre el concepto de generación que tuvo como protagonistas a Pedro Laín<sup>25</sup> y a Julián Marías.<sup>26</sup> Esta discusión está cargada de connotaciones políticas, que no podemos tratar aquí,<sup>27</sup> y se sitúa en la estela del pensamiento de uno de los clásicos citados anteriormente: Ortega y Gasset.

Una cuestión fundamental sobrevuela el debate entre Marías y Laín: ¿cuál es el lugar epistemológico del concepto de generación? Para Marías, en la línea de Ortega, las generaciones ocupan un lugar central: la sucesión generacional refleja una estructura vital básica característica del ser humano, procedente, en último término, de la “duración media” y de la estructura constante de las edades de la vida humana.<sup>28</sup> De ahí extrae dos conclusiones importantes:

- 1) Las generaciones se expresan en la totalidad de una unidad histórica:<sup>29</sup> no tiene sentido estudiarlas únicamente a través de las afinidades entre

---

25 Pedro Laín Entralgo, *Las generaciones en la historia* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1945).

26 Julián Marías, *El método...*

27 Véase para esta cuestión a José Luis Moreno Pestaña, *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013), 85-126.

28 Julián Marías, *El método...*, 162.

29 *Ibíd.*, 165.



algunos nombres ilustres o en el ámbito de disciplinas específicas. Su contenido esencial se expresa simultáneamente en todas las esferas sociales.

- 2) El primer objetivo del método histórico<sup>30</sup> de las generaciones debe ser establecer una serie histórica de generaciones a intervalos regulares de quince años.

Pedro Laín, por su parte, critica precisamente estos supuestos en la obra de Ortega —Marías sistematiza y desarrolla la posición de su maestro—: en primer lugar, Laín rechaza el uso de la generación como categoría histórica y la rebaja al nivel de suceso empírico.<sup>31</sup> En otras palabras, la generación no sería un concepto que nombra una estructura fundamental de la vida humana, sino simplemente un modo similar de hacer las cosas, un estilo particular —generacional— que aparece ocasionalmente entre personas de la misma edad. Por tanto, no tiene sentido querer establecer un ritmo regular de sucesión generacional ni aplicar el concepto al estudio de la sociedad en su conjunto, sino que este será útil en la medida en que se oriente a tareas de descripción empírica de objetos de estudio específicos bien delimitados. En segundo lugar, Laín considera que el intento de fundar el acontecer histórico en una categoría fundamental a través de una analogía con estructuras biológicas de la vida humana es una forma de esencialización injustificada: de dar “gato biológico por liebre histórica y personal”.<sup>32</sup> Marías respondió a estas críticas matizando correctamente el sentido de lo biológico en Ortega, pero la crítica de fondo de Laín no iba desencaminada y sigue siendo pertinente en la actualidad: la metáfora biológica asociada al concepto de generación puede llevar a analogías abusivas con las que se naturaliza el curso de la historia, especialmente cuando tratan de establecerse grandes series generacionales. A través de ellas, los cambios históricos parecen adquirir un cariz “necesario” o “natural” que contribuye a deshistorizar el análisis: el cambio que trae consigo cada generación parece *nacer* inevitablemente con ella y, además, el conflicto generacional eclipsa otras posibles explicaciones.

La propuesta metodológica de Laín,<sup>33</sup> consecuentemente, difiere de la de Ortega y Marías: un uso productivo del concepto de generación permite agrupar individuos en un contexto social o histórico determinado, seleccionando varia-

---

30 Para el desarrollo práctico de su propuesta metodológica, véase Julián Marías, *El método...*, 169-185.

31 Julián Marías, *El método...*, 148.

32 Pedro Laín Entralgo, *Las generaciones en la historia*, 281.

33 *Ibíd.*, 316-330.

bles relevantes a partir de las cuales cabe definir la “estructura sistemática del estilo generacional” de un grupo concreto. El método, en definitiva, consiste en:<sup>34</sup>

- 1) Describir el contexto histórico en el que surge una generación.
- 2) Seleccionar y analizar las biografías de sus miembros más relevantes.
- 3) Detenerse en el examen de las singularidades individuales internas al grupo.

Este uso delimitado de las generaciones es el más habitual cuando se aplica, consciente o inconscientemente, a grupos intelectuales, políticos, literarios o artísticos. Lo encontramos antes de Laín, aunque menos desarrollado, en Pinder<sup>35</sup> y Petersen;<sup>36</sup> posteriormente, en muchos otros. Una de las versiones más recientes y elaboradas teóricamente de este uso del concepto se encuentra en Jean-François Sirinelli.<sup>37</sup> El historiador francés defiende la productividad del concepto de generación al aplicarlo específicamente al ámbito de la historia de los intelectuales.<sup>38</sup> En su caso, insiste especialmente en la importancia de un acontecimiento significativo y exclusivo como fundador de una generación<sup>39</sup> y destaca el análisis de dicho acontecimiento como un elemento fundamental de cualquier investigación que considere la perspectiva generacional. Por lo demás, su propuesta se asemeja bastante al método que propone Laín, concretando algunos puntos específicos como la demografía o la atención a los espacios de sociabilidad.

## Los modos de generación de las generaciones sociales

Gérard Mauger, discípulo de Pierre Bourdieu, realiza su estudio del concepto de generación combinando las categorías de Mannheim con la teoría social de

---

34 José Luis Moreno Pestaña, *La norma de la filosofía*, 120; y Pedro Laín Entralgo, *Las generaciones en la historia*, 316-317.

35 Wilhelm Pinder, *El problema de las generaciones...*

36 Julius Petersen, “Las generaciones literarias”. En *Filosofía de la ciencia literaria*, ed. de Emil Ermatinger (México: Fondo de Cultura Económica, 1984 [1930]), 137-193.

37 Jean-François Sirinelli, “The Concept of an Intellectual Generation”. En *Intellectuals in Twentieth-Century France. Mandarins and Samurais*, ed. de Jeremy Jennings (London: Palgrave Macmillan, 1993), 82-93.

38 *Ibíd.*, 83.

39 *Ibíd.*, 86.

Pierre Bourdieu. En este sentido, Mauger, por ejemplo, habla de *habitus de generación*<sup>40</sup> en una línea similar al “estilo generacional” de Laín en los años 40. En su libro *Âges et générations*<sup>41</sup> recoge un estado de la cuestión del concepto muy completo y bien estructurado. Para empezar, remontándose a François Mentré<sup>42</sup> diferencia las *generaciones familiares*, que remiten a la posición relativa de miembros dentro de un linaje, de las *generaciones sociales*, que plantean el problema de la periodización histórica en un marco social más amplio.<sup>43</sup> Dentro de esta segunda acepción, la aportación más relevante de Mauger es la consideración de las transformaciones en el modo de reproducción dominante como el elemento clave que debe organizar una teoría de las generaciones, desarrollando el concepto de *modo de generación* a partir de Bourdieu.<sup>44</sup>

El modo de generación es la manera en que se conforma la subjetividad de los individuos de acuerdo con la lógica dominante en un espacio social determinado o, en otras palabras, el modo en que se producen sujetos. Para Mauger, solo se puede hablar de un cambio generacional en la medida en que se produce una transformación en el modo de generación, esto es, en la manera en que se reproduce la subjetivación característica de un determinado tipo de estructura social. Pero esto solo puede analizarse —y aquí Mauger se apoya de nuevo en Bourdieu<sup>45</sup>— a escala de una clase social o de un campo social, porque cualquier transformación del modo de reproducción social tiene efectos diferentes en distintos espacios sociales y, por tanto, normalmente no tiene sentido estudiar sus efectos de manera transversal al conjunto de la sociedad. Así, Mauger examina el cambio de modos de generación, en el caso de las clases sociales y de los campos sociales, haciendo referencia a investigaciones empíricas sobre la evolución de la clase obrera en Francia en la segunda mitad del siglo xx y sobre las luchas entre dominantes y pretendientes en el campo artístico o científico.

---

40 Gérard Mauger, “Postface”..., 124-155. Para otra síntesis de Mannheim y Bourdieu sobre las generaciones, véase también Enrique Martín Criado, *Producir la juventud* (Madrid: Istmo, 1998), que también incluye un estado de la cuestión sobre las generaciones en la sociología del siglo xx. Véase también una breve reflexión epistemológica sobre el *habitus* de generación en Jorge Costa Delgado, “La dimensión generacional en la constitución del carácter individual: ¿Es posible hablar de un *habitus* de generación?”, *Bajo Palabra*, n.º 28 (2021): 135-154.

41 Gérard Mauger, *Âges et générations* (Paris: La Découverte, 2015).

42 François Mentré, *Les Générations sociales* (Paris: Bossard, 1920).

43 Gérard Mauger, *Âges et générations*, 4.

44 Pierre Bourdieu, La distinción. Criterio y bases sociales del gusto (Madrid: Taurus, 2006 [1979]), 464-466.

45 Gérard Mauger, *Âges et générations*, 50.

Sin embargo, Mauger también considera una última posibilidad: la existencia de determinados “acontecimientos fundadores” que justifiquen la extensión de una generación al conjunto de una *clase de edad*,<sup>46</sup> por ejemplo, Mayo del 68.<sup>47</sup> Estos acontecimientos deben cumplir dos condiciones: imprimir una huella duradera y producir efectos diferentes según la edad de quienes los experimentan.<sup>48</sup> ¿Qué tipo de acontecimientos son estos, que pueden producir un cambio simultáneo en el modo de generación de toda una clase de edad? Mauger señala las revoluciones sociales, las guerras y las crisis políticas que cuestionan seriamente el orden social.<sup>49</sup> Otros posibles candidatos son las grandes crisis económicas o las transformaciones profundas y súbitas del sistema educativo en sociedades contemporáneas. A pesar de todo, incluso en estos casos siguen manifestándose las diferencias internas a la generación y los efectos de las desiguales posiciones y disposiciones previas de los sujetos durante el acontecimiento y en sus trayectorias posteriores.

## Límites y potencialidades del concepto de generación

Para terminar, muy brevemente, ¿qué balance podemos hacer de los límites y posibilidades que ofrece el concepto de generación para la historia intelectual?

En primer lugar, el concepto de generación, como cualquier otro, no es un concepto neutro políticamente: implica apostar por una determinada manera de representar el orden social y la posibilidad de transformarlo. Su desarrollo a principios de siglo xx estuvo asociado a una disputa, a la vez intelectual y política, con el concepto de clase.<sup>50</sup> También en la España posterior a 2008 se generalizaron los análisis de la crisis y sus efectos como un conflicto generacional; así

---

46 Por clase de edad se entiende el conjunto de individuos que comparten una misma edad social en un momento histórico y en un grupo o espacio social determinado. Por supuesto, el contenido y la propia extensión de la categoría de juventud varían tanto históricamente como dentro de distintos grupos en una sociedad determinada. Aquí Mauger está considerando la hipótesis de una clase de edad relativamente transversal al conjunto de una sociedad: los jóvenes franceses durante Mayo del 68.

47 Gérard Mauger, *Âges et générations*, 66-71.

48 *Ibíd.*, 64.

49 *Ibíd.*

50 Enrique Martín Criado, *Producir la juventud*, 22-23 y Gerard Mauger, *Âges et générations*, 51-54. Una explicación alternativa, pero también vinculada a cuestiones políticas —el desarrollo del Estado moderno—, puede encontrarse en

como la representación de la transformación del sistema de partidos vigente desde la Transición como un conflicto entre la vieja y la nueva política. Obviamente, no se trata de desacreditar el uso de un concepto por una circunstancia que no le es exclusiva. Sin embargo, sí conviene precaverse contra los usos “absolutistas” del concepto de generación, que pretenden establecerlo como última clave explicativa o como mecanismo automático del cambio social, y combinarlo con otras herramientas conceptuales para no caer en el error de “alejarse a los próximos y acercarse a los que están muy alejados socialmente”.<sup>51</sup>

En segundo lugar, como ya he comentado a lo largo del capítulo, el concepto de generación parte de una metáfora que incluye una fuerte connotación biológica. No es simplemente una cuestión de etimología: el término arrastra la tendencia a naturalizar las realidades sociales que describe, particularmente los cambios históricos, y a presentarlas, de manera tautológica, como evidentes por sí mismas. El concepto de generación permite organizar el material empírico con el que se construye la historia: agrupa a individuos con propiedades similares, acota períodos de tiempo en función de estas características y ayuda a describir procesos de transmisión cultural y de transformación de subjetividades. Sin embargo, no ofrece una explicación *a priori* para estos fenómenos: las generaciones no nacen sin más, unas de otras.

Por último, considero que un buen uso del concepto de generación permite disponer de una herramienta fundamental para introducir la cuestión temporal en el vínculo entre la obra y la experiencia social de un grupo de productores culturales —por ejemplo, un grupo de intelectuales—. Al fin y al cabo, hay una cuestión siempre presente en todo uso del concepto de generación: “la huella que deja en la configuración de la subjetividad de cualquier ser humano el hecho diferencial de haber vivido una experiencia relevante y duradera en un ámbito social determinado y a una edad en particular”.<sup>52</sup> Además, ayuda a organizar y matizar —estableciendo distintas modalidades e intensidades del vínculo generacional— la forma en que se produce la transmisión cultural dentro de grupos y espacios sociales bien definidos. También permite recoger la tendencia, siempre presente en la dinámica de las generaciones intelectuales, a extender sus problemas específicos al conjunto de la población; aunque desde mi punto de vista esto solo se haga efectivo en contadas ocasiones y siempre de manera muy precaria.

---

Sandra Souto Kustrín, “Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis”, *Historia Actual Online*, n.º 13 (2007): 171-192.

51 Gérard Mauger, “Postface”..., 155.

52 Jorge Costa Delgado, “La dimensión...”, 151.

# Intelectual\*

MARCOS REGUERA MATEO

## La figura del intelectual público moderno

**A**ntes de comenzar la definición del intelectual es necesario realizar una aclaración metodológica sobre el propósito de este capítulo. En las siguientes páginas no voy a realizar una síntesis de la historia del concepto de intelectual, sino a considerar los elementos que hacen al intelectual como objeto de estudio en tanto que actor fundamental en los procesos de elaboración del pensamiento social y colectivo. Resulta evidente que no puede hacerse una buena historia intelectual si no se problematiza primero qué es un intelectual. Por este motivo hablo de la figura del intelectual (y no del concepto) ya que la historia del concepto de “intelectual” tiene como precondition comprender las dinámicas socioculturales de esta figura social.

Al referirme al intelectual como una figura estoy señalando que en la modernidad este ejerce un rol social que lo identifica y circunscribe a su labor. Su carácter público es precondition necesaria para su ejercicio como intelectual, lo que le distingue de otro tipo de pensadores y agentes de la cultura cuya actividad intelectual no se circunscribe al debate público, sino que forma parte de una actividad personal y privada. Un ejemplo de este caso sería el erudito que realiza una actividad intelectual como ocio personal o desde una perspectiva formativa, sin aspirar con ello a compartir sus reflexiones y hallazgos con un público, más allá de su círculo íntimo de familiares y amistades. En este caso, aunque el erudito realice una actividad intelectual esta es privada y no

---

\* La investigación y redacción de este capítulo ha sido posible gracias a la financiación obtenida por el contrato del Programa postdoctoral del gobierno vasco, ayuda POS\_2020\_1\_0049.

llega por ello a adquirir ese carácter de figura pública que permite al intelectual jugar un rol social.

Vemos pues que para que exista el intelectual debe haber a su vez un público que ejerza de receptor y retroalmente la actividad intelectual de aquel, un público sobre el que el intelectual aspire a influir y que sirva de estímulo para su actividad creativa. Esto sitúa al intelectual en el contexto de la opinión pública como esfera en la que se inserta y cobra sentido su pensamiento.

Una esfera de opinión pública tiene como prerequisites una forma de ordenamiento social constituida en la diferenciación entre lo público y lo privado, donde el hecho de lo político pertenece al primer espacio, siendo el segundo significado en términos de una esfera de intimidad. Esto implica a su vez un orden jurídico que regule las formas y los límites en que pueden darse los actos de publicidad de los que participa el intelectual público, así como la existencia de tecnologías de la información que permitan al intelectual llegar a su público y a este devolver algún tipo de *feedback* al intelectual. En cada cultura y época, cada uno de estos elementos se presenta con distintas características que no pueden definirse apriorísticamente. En el caso de la sociedad de masas moderna, la esfera de la opinión pública tiene como prerequisite jurídico formal el derecho a la libertad de información y expresión, que se materializan a través de los grandes medios de comunicación de masas como actores sancionados para vehicular el debate público.<sup>1</sup>

Desde la primera década del segundo milenio, a dichos medios se han añadido las redes sociales como elementos descentralizadores y democratizadores de la esfera de opinión pública, al menos desde el punto de vista del acceso a los canales de emisión, ya que desde la perspectiva de la titularidad de los canales de opinión pública, el ascenso de los grandes gigantes tecnológicos ha supuesto una radicalización monopolística en el carácter privatizado que caracterizaba a la opinión pública desde el tiempo del periodismo de masas.<sup>2</sup>

Para insertarse dentro de la esfera de opinión pública el intelectual debe vincularse de algún modo a los medios de comunicación de masas y/o tener presencia en las redes sociales; si bien lo que le acredita como intelectual suele ser su vinculación a alguna otra institución a la que aporta su voz y perspectiva (universidades, laboratorios, *think-tanks*, partidos políticos, medios de comuni-

---

1 Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública* (Barcelona: Gustavo Gil, 1981), 65-79, 189-222.

2 Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen I: La sociedad red* (Madrid: Alianza, 2000), 398-446; José van Dijck, *La cultura de la conectividad: una historia crítica de las redes sociales* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2016), 11-27 y Zeotanya Sujon, *The Social Media Age* (London: Sage, 2021), 69-79.



cación, sindicatos, movimientos sociales, la patronal, iglesias o el tejido asociativo son algunos ejemplos de instituciones en las que el intelectual desarrolla su labor y a las que presta su voz como representante sancionado en la esfera pública). También puede darse el caso de ciudadanos privados que ejerzan un liderazgo intelectual al margen de toda forma instituida gracias a un prestigio construido en su actividad laboral, por su militancia política o debido a un carisma especial y por sus dotes comunicativas. Este es el caso de muchos artistas de reconocido prestigio, algunos *influencers* en las redes sociales o de personalidades de prestigio que han perdido su vinculación institucional por el motivo que sea, pero que conservan su prestigio público. En cualquier caso, la figura del intelectual público moderno se caracteriza por ser un referente en la esfera de opinión pública en la que juega un rol de portavoz de causas, ideas, instituciones y grupos a los que se encuentra vinculado orgánica o simbólicamente.

Esta vinculación entre la figura del intelectual y la esfera de la opinión pública no es casual. De hecho, los primeros trabajos en los que se comenzó a teorizar sobre los intelectuales se encontraban íntimamente ligados al estudio de la opinión pública y a la formación de un grupo especializado de personas cuya función consistiría en organizar y dotar de contenido dicha esfera de opinión. De esta manera, los primeros debates sobre la figura del intelectual se establecieron desde la diferenciación del intelectual como élite del pensamiento público con respecto al público de masas. En estos trabajos se fueron formulando dos posiciones diferenciadas: una que podríamos denominar como “elitista”, pues consideraba a los intelectuales como una clase o estamento social diferenciado y privilegiado en la sociedad, frente a otra con autores de perspectiva funcionalista que diferenciaba a los intelectuales no por constituir un grupo monolítico y diferenciado, sino por la función que ejercían en la sociedad.

La categoría de intelectual como clase y élite social se encuentra íntimamente ligada a la noción decimonónica de *intelligentsia*, una categoría desarrollada por autores polacos como Karol Libelt y por los rusos Visarión Belinski y Serguéi Bulgákov, quienes definieron la *intelligentsia* como aquellos grupos de la clase dominante eslava partidarios de la occidentalización de Europa oriental. En Polonia, estos servirían como vanguardia del nacionalismo polaco contra la ocupación del Imperio ruso, mientras que en Rusia buscarían la sustitución de sus tradiciones por las ideas pergeñadas por la ilustración occidental. La *intelligentsia* ocuparía una posición intermedia entre las masas campesinas y la alta nobleza eslava, lo que llevaría a un proceso de cierta equiparación entre *intelligentsia* y burguesía.<sup>3</sup>

---

3 Aleksander Gella, “The Russian and Polish Intelligentsias: a Sociological Perspective”, *Studies in Soviet Thought*, vol. 19, n.º 4 (Jun., 1979): 307-320.

Max Weber se vio muy influido por los debates sobre la *intelligentsia*, lo que se vio reflejado en su sociología de la religión, donde los intelectuales aparecen descritos como un estamento social especializado que en las distintas sociedades tienen el papel de establecer y regular los fines trascendentales que guían a sus sociedades de referencia. En este sentido, la función de su cometido estaría vinculado a su condición de élite intelectual claramente separada y especializada con respecto al resto de la sociedad.<sup>4</sup>

La perspectiva elitista encuentra su máximo exponente en Walter Lippmann, quien en 1922 vinculó por primera vez la figura del intelectual con la emergencia de la opinión pública de masas. Lippmann realizó un análisis pesimista sobre la capacidad del ciudadano común de conocer los eventos de su actualidad o de entender la complejidad de los fenómenos político-sociales. La ciudadanía de la sociedad de masas estaría a merced de los grandes emporios de la información, que por medio de la fabricación de relatos podrían dominar la opinión pública y marcar con ello la agenda política. Esta incapacidad de la ciudadanía de comprender la complejidad del mundo moderno, o de desprenderse de los estereotipos fabricados por los medios de comunicación para controlar la opinión pública, haría necesaria la aparición de una élite intelectual cuyo conocimiento especializado podría traspasar el consenso social actuando con mentalidad crítica en las labores de gobierno. Esta visión elitista de los intelectuales les concibe como tecnócratas diferenciados de una masa de ciudadanos alienada, cuya capacidad de autogobierno se encontraría reducida por la manera en que fluye la información en la esfera de la opinión pública, lo que haría necesario una élite social que al encontrarse bien formada no dependería de dicha información para gobernar.<sup>5</sup>

Contemporáneo a Lippmann, con una preocupación similar, pero desde coordenadas políticas distintas, el dirigente y filósofo comunista Antonio Gramsci elaboró una década después la noción de *intelectual orgánico* para explicar la relación de la clase obrera y de los capitalistas con los procesos de lucha hegemónica. Para Gramsci los intelectuales no son una clase social diferenciada, pero se encuentran íntimamente ligados al proceso de lucha de clases. En su texto *La formación de los intelectuales* (1932) Gramsci teorizó que los grupos sociales que cumplen una función fundamental en el mundo de la producción económica (capitalistas y proletarios) generan sus intelectuales orgánicamente para cumplir una función necesaria en el campo de la producción económica.

---

4 Max Weber, *Economía y sociedad* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2002), 245, 360-411.

5 Walter Lippmann, *Public Opinion* (New Brunswick: Transaction Publisher, 1998), 379-418.

Los capitalistas producirían sus propios intelectuales que tendrían entre sus funciones el desarrollo de la técnica y de los modos de gestión de la producción, así como el establecimiento de consensos sociales que legitimen el orden establecido por medio de producción hegemónica de sus intereses de clase, que a través de la cultura y de los medios de comunicación de masas extenderían su sistema de valores al resto de las clases sociales. Los proletarios, por su parte, generarían sus propios intelectuales que estarían ligados al desarrollo técnico del proceso laboral y a la organización de la lucha de clases. Ingenieros, sindicalistas y políticos comunistas estarían llamados a organizar la lucha obrera en condición de intelectuales orgánicos del proletariado.<sup>6</sup>

Tras la Segunda Guerra Mundial los autores funcional-estructuralistas dieron, desde posiciones weberianas, un giro fundamental a la concepción de los intelectuales desplazando el interés desde la estructura social a intentar explicar la función de los intelectuales en sus sociedades de referencia. Si bien la cuestión del rol social de los intelectuales ya se encontraba en los estudios precedentes, para los autores funcionalistas, como el sociólogo Talcott Parsons, esta va a ser la clave que defina a los intelectuales como agentes distintivos del orden social. Parsons considerará que la labor de los intelectuales consistirá en mediar entre los sistemas sociales (constituidos por la interacción de sus grupos) y los sistemas culturales (formados por patrones simbólicos socialmente instituidos). Los intelectuales tendrían la función de racionalizar el conjunto de símbolos que operan en la cultura para transmitirlos coherentemente a sus grupos sociales de referencia. En un sentido práctico, los intelectuales organizarían los sistemas simbólicos dotándolos de intencionalidad y direccionalidad política a través de las ideologías que, como sistemas de ideas y valores, otorgarían sentido a la acción social. De esta manera, para Parsons el rol de los intelectuales, en tanto que ideólogos, consistiría en dotar de sentido a la acción social, en tanto que mediadores entre el sistema social y el sistema cultural.<sup>7</sup>

Esta perspectiva normativista y sistémica de Parsons sería ampliamente criticada en las décadas posteriores. Una de las críticas más destacadas a la perspectiva funcionalista en el campo de la sociología vendrá de los trabajos de Pierre Bourdieu, quien a través de su teoría del *campo social* recuperaría la perspectiva de clase complejizándola profundamente. En su trabajo *La distinción* (1979), Bourdieu implementó una crítica al mito de la movilidad social ascendente en términos meritocráticos que sería muy importante para su visión de

---

6 Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales* (México: Grijalbo, 1967), 21-31.

7 Talcott Parsons, “‘The Intellectual’: a Social Role Category”. En *On Intellectuals: Theoretical Studies, Case Studies*, ed. de Philip Rieff (New York: Doubleday & Company, 1969), 3-5, 14-24.

los intelectuales. Las élites sociales se encontrarían en una situación de ventaja competitiva al transmitir a su progenie un capital cultural compuesto por el conjunto de saberes, el gusto sancionado y los valores culturales que coincidirían con aquellos elementos de distinción que les validarían socialmente para instituirse como actores de referencia en el ámbito cultural e intelectual cuando crecieran. Las clases populares tendrían teóricamente a su alcance todos esos elementos, pero sin la transmisión del capital cultural por parte de su ambiente inmediato tendrían que transitar por un proceso de aculturación para adoptar una forma fraccionada de los marcos intelectivos cultivados e impuestos por las clases dominantes. De esta forma, para Bourdieu la clase dominante, en tanto que poseedora de un mayor capital cultural, estaría en una situación de ventaja competitiva sobre el resto de actores sociales para reproducir los rangos de la intelectualidad. Entre otras razones porque su *habitus* ha sido socializado entre el resto de actores sociales a modo de repertorio legítimo de saberes, gustos y valores, generando la distinción clasista entre alta cultura (la suya, aquella que define de antemano los rasgos de la intelectualidad) frente a la cultura popular, que representaría la anti-intelectualidad.<sup>8</sup>

Un intento de superación de la disyuntiva entre la perspectiva elitista y la centrada en el rol de los intelectuales puede encontrarse en el trabajo del sociólogo Randall Collins: *Sociología de las filosofías* (1998). A través de su enfoque credencialista Collins definió a los intelectuales como un grupo social que se caracteriza por participar en redes de interacción ritual de las que extraen reconocimiento de sus pares por medio de intercambios personales de ideas. Este reconocimiento actuaría como una suerte de energía emocional que serviría de incentivo para una reflexión profesionalizada. De esta manera, tanto su establecimiento como grupo social diferenciado, como su rol social en tanto que pensadores profesionales, serían ambos resultados de participar de dichas redes de interacción ritual, de donde obtendrían los estímulos creativos necesarios para ejercer trabajos teóricos cuya ejecución sería muy difícil de realizar sin el reconocimiento de sus pares.<sup>9</sup>

Estos son algunos ejemplos destacados de teóricos que han intentado definir el carácter distintivo de los intelectuales, bien centrándose en su tendencia a establecerse como una élite social del pensamiento, bien considerando su papel específico dentro de los sistemas sociales.

---

8 Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (Madrid: Taurus, 1998), 66-94.

9 Randall Collins, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual* (Barcelona: Hacer, 2005), 19-55.

Ahora bien, tal y como expuse al principio de este apartado, la figura del intelectual público moderno requiere insertarse en la esfera de opinión pública para obtener su reconocimiento, lo que implica, por una parte, que cuente con vínculos sociales y/o institucionales con grupos de referencia que le reconozcan como representante intelectual; aunque estos no tienen por qué ser necesariamente otros intelectuales (tal y como propone Collins), sino que puede ser cualquier persona o grupo que se reconozca en el pensamiento y obra del intelectual. Esta idea ayuda a romper con la perspectiva elitista de los intelectuales, sin por ello negar su particularidad como grupo especializado.

El problema del enfoque credencialista de Collins es que se basa en una concepción utilitarista de la acción social deudora de la teoría de la elección racional, por la cual todos los autores se regirían por lógicas maximizadoras del reconocimiento de sus pares sin atender al hecho de que en toda lógica del reconocimiento existen *bienes posicionales*, elementos simbólicos que tienen valor propio y exclusivo dentro de la cosmovisión de un grupo; por lo que condicionan las lógicas expresivas y de acción de los individuos con base en sus repertorios de acción y discurso colectivo en los que estos se ven reconocidos o en los que aspiran a obtener reconocimiento. Estos bienes posicionales pueden ser fundamentales a la hora de determinar la búsqueda del reconocimiento grupal con base en lógicas que escapan a todo cálculo racional en términos de coste y beneficio, pues responden a una búsqueda de reafirmación de la identidad por parte de los sujetos dentro de los códigos de *racionalidad expresiva* de su comunidad de referencia.<sup>10</sup>

Las lógicas del reconocimiento autoral van más allá de un cálculo de coste-beneficio, pues se asientan en lógicas expresivas en las que el intelectual intenta no solo representar sus ideas, sino el conjunto de símbolos y consensos compartidos por su grupo de referencia. Para que esto suceda, el intelectual debe desarrollar una producción intelectual que materialice estas lógicas expresivas en productos y elementos que puedan ser adquiridos y compartidos por su comunidad intelectual y por su público. A este constructo cultural lo denominamos “obra”. La obra es un producto intelectual que articula, de una manera más o menos coherente, una expresión del pensamiento o de la imaginación del intelectual. Este se relaciona a su vez con un público que se reconoce en su obra, haciéndola suya a través de un proceso de recepción cultural. Esta dinámica de producción intelectual mediada por la recepción de la obra por parte de un público es lo que convierte al intelectual público en un autor. Por este

---

10 Jesús Izquierdo Martín y Pablo Sánchez León, “Racionalidad sin utilitarismo: la caza y sus conflictos en el Escorial durante el Antiguo Régimen”, *Historia Agraria: revista de agricultura e historia rural*, n.º 24 (2001): 123, 142-143, 146-148.

motivo es necesario considerar el problema de la autoría cuando se estudia la figura del intelectual público moderno.

## El intelectual como autor: obra, canon y redes intelectuales

La obra de un autor es el conjunto documental, los vestigios artísticos y las declaraciones públicas que articulan su producción total, entendida como un todo coherente. En este sentido, la obra se compone de múltiples productos artísticos e intelectivos individuales generados a lo largo de la vida del autor, pero concebidos por su posteridad como un todo articulado.<sup>11</sup> El corolario necesario para entender la obra como un todo homogéneo deviene de considerar al autor como un intelectual coherente y sistemático. Sin embargo, este mito de la coherencia autoral se trata de una distorsión que es producto de su recepción posterior,<sup>12</sup> ya que su pensamiento o inspiración artística responden a una pluralidad irreductible de contextos que desafían cualquier pretensión de singularizar al autor, a su pensamiento o a su obra como un todo coherente. Pero esto es precisamente lo que suele ocurrir cuando se recepciona su obra y ello se debe a lo que Michel Foucault denominó como *función de autor*.

La función de autor estaría presente allí donde un texto u obra no puede comprenderse del todo sin atender a lo que su autor representa para la sociedad que lo recepciona en un momento dado. El autor deviene en una imagen paradigmática, un símbolo capaz de movilizar la producción intelectual al generar un canon de pensamiento alrededor de sus ideas, ya sea por su imitación o por convertirse en motivo de debate. En este momento la obra del autor va transformándose en legado intelectual y pasa a formar parte de lo que Javier Fernández Sebastián ha denominado como *tradiciones electivas*.<sup>13</sup> Pero existen algunos autores cuya posición en el imaginario social es tan poderosa que su referencialidad adquiere un carácter *transdiscursivo*, esto es, su fuerza simbólica es tan importante que movilizará alrededor de su figura y de su pensamiento el

---

11 Marcos Reguera Mateo, “El imperio de la democracia en América: John L. O’Sullivan y la formación del concepto de Destino Manifiesto” (tesis doctoral: Universidad del País Vasco, 2020), 173-209; Hans-Robert Jauss, “Literary History as a Challenge to Literary Theory”. En *Toward a Aesthetic of Reception* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2005), 20-24.

12 Quentin Skinner, *Visions of Politics. Volume I. Regarding Method* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016), 73.

13 Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2021), 134-143.

resto de la producción artística e intelectual de un contexto cultural. Esta fuerte referencialidad conduce a lo que Foucault denominó como autores *fundadores de discursividad*, ya que su obra condiciona la producción de las generaciones posteriores.<sup>14</sup> A este tipo de autores también se les ha denominado como clásicos.

En el momento en que un autor recibe el tratamiento de clásico, este y su obra pasan a engrosar parte del canon, una lista de referentes considerados como ineludibles e intemporales por una cultura en una época dada. El canon, sin embargo, no responde a fundamentos objetivos, sino a la reproducción de los criterios artísticos e intelectivos de la cultura dominante. Se trata de la memoria cultural institucionalizada y transmitida como referente normativo. Es por tanto una herramienta cultural de poder, ya que sus obras y autores ofrecen ejemplos arquetípicos de aquello a lo que otros intelectuales y la sociedad en su conjunto debe conocer, admirar e imitar.<sup>15</sup>

Sin embargo, la autoridad del canon autoral y sus obras no se explican exclusivamente por ser referentes de la cultura dominante y herramientas del poder político. El canon debe ser valorado y aprehendido por el conjunto de la sociedad a lo largo de muchas generaciones para estabilizarse e institucionalizarse. Y si bien, como expuso Bourdieu, las clases dominantes tienen una indudable ventaja a la hora de establecer sus referentes culturales como elementos paradigmáticos del buen gusto y la distinción social al resto de la sociedad,<sup>16</sup> por otra parte, el paso del tiempo actúa como filtro incluso ante las pretensiones de dichos grupos dominantes que ejercen la hegemonía cultural en un momento dado. La transtemporalidad (que no la atemporalidad) de los clásicos radica en la capacidad que tiene un autor y su obra de conectar con los problemas y aspiraciones de múltiples generaciones posteriores a la suya. Y este es un proceso dialógico del que depende tanto la profundidad artística e intelectual del clásico, como la sensibilidad receptiva de las generaciones posteriores que deben verse capaces de dialogar con el mismo.<sup>17</sup> Tal y como lo expresó Hans-Georg Gadamer: “Es clásico lo que se mantiene frente a la crítica histórica porque su dominio histórico, el poder vinculante de su validez trans-

---

14 Michel Foucault, “¿Qué es un autor?”, *Littoral*, n.º 9 (junio, 1983): 58-61, 66-69; Charles Taylor, “¿Qué es un imaginario social?”. En *Imaginarios sociales modernos* (Barcelona: Paidós, 2006), 37-38.

15 Harold Bloom, *The Western Canon: The Books and Schools of the Ages* (New York: Harcourt Brace & Company, 1994), 1-20.

16 Pierre Bourdieu, *La distinción...*, 257-320.

17 Hans-Robert Jauss, “Literary History...”, 25.



mitida y conservada, va por delante de toda reflexión histórica y se mantiene en medio de esta”.<sup>18</sup>

El canon genera además una jerarquía entre los intelectuales con base en su capacidad de influencia pública y reconocimiento social. Esto sucede desde una perspectiva diacrónica a través de la fuerza referencial que tienen los clásicos sobre las generaciones posteriores; pero también de manera sincrónica, ya que en una misma época los intelectuales adquieren un reconocimiento asimétrico dentro de su red intelectual de referencia, así como entre el gran público.

La asimetría en el reconocimiento simbólico del autor lleva a que se genere una distinción entre figuras centrales y referentes periféricos en toda red intelectual, en la que sus miembros compiten constantemente por la atención de las grandes figuras de su red (lo que se traducirá en una mayor visibilidad para ellos), así como por el reconocimiento del gran público y de su base social de referencia. De acuerdo con Collins, esta competición es una de las mayores fuentes de creatividad intelectual, pues estimula a los intelectuales a producir pensamiento destacado para mejorar su reconocimiento entre sus pares y el público.<sup>19</sup>

Con base en este criterio, Collins considera que los intelectuales pueden dividirse en grandes pensadores, figuras secundarias y figuras menores. Los grandes pensadores serían aquellas figuras que marcan el curso del pensamiento, las que ingresan en el gran canon que estudian todos los sujetos de una cultura. Entre las figuras secundarias se encontrarían aquellos pensadores que fueron importantes para su época porque con sus teorías ejercieron un gran influjo en la constitución de su cultura. Sin embargo, su impacto posterior será menos relevante al estar sus teorías demasiado ancladas a los avatares de su época, por lo tanto su influencia en el canon posterior será menor. Finalmente se encontrarían la figuras menores, que serían aquellas cuya contribución carecería de la originalidad y profundidad necesaria para adquirir relevancia intelectual, pero que en su tiempo jugaron un papel importante en la conformación de sus redes intelectuales por el hecho de que continuaron con la labor de sus maestros desde una visión escolástica de transmisión sin innovación (epígonos y educadores), o bien porque ejercieron un poder temporal de carácter político en las redes académicas e intelectuales de su época sin que su labor se tradujera en una contribución de relevancia teórica acorde a su poder institucional (mandarines).<sup>20</sup>

---

18 Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método* (Salamanca: Sígueme, 1999), 356-357.

19 Randall Collins, *Sociología de las filosofías*, 29-40.

20 *Ibíd.*, 60-63, 68-69.

Historiadores del pensamiento como Arthur Lovejoy han reclamado que el estudio de las grandes figuras resulta fundamental para comprender los grandes procesos de cambio intelectual. Sin embargo, para una buena comprensión de los cánones de pensamiento imperantes en una época sería más útil estudiar el pensamiento de las figuras menores, pues al presentar un menor grado de innovación teórica serían más representativas del pensamiento de su tiempo. Aun oponiéndose metodológicamente a Lovejoy y a su historia de las ideas en muchos aspectos teóricos y metodológicos, tanto Quentin Skinner como Reinhart Koselleck han reivindicado también la necesidad de ampliar el estudio desde los grandes pensadores a las figuras menores para adquirir una visión más completa y compleja del pensamiento de una época. El juicio sobre si estos tres autores han conseguido implementar estos consejos en sus propias obras sería un tema para otro texto.<sup>21</sup>

## Conclusiones y sugerencias de investigación

A lo largo de este capítulo he presentado algunas de las problemáticas fundamentales relacionadas con el estudio de los intelectuales. Como especifiqué en la introducción, las temáticas y autores aquí tratados no agotan la definición y problemática de la figura del intelectual, pero asientan ciertas bases desde donde comenzar su estudio.

En primer lugar, es necesario considerar el contexto histórico a estudiar para comprender de qué manera se relacionan los intelectuales con el resto de los grupos sociales, si estos conforman un estamento social separado y cómo se configura la esfera de debate público en la que estos desarrollan su función social. Como propuse al inicio, estas son coordenadas importantes para considerar pero que no se pueden predefinir apriorísticamente. Esta llamada a la historización de la figura del intelectual es un corolario del criterio hermenéutico desplegado por la metodología del contextualismo de Cambridge y por la historia conceptual, escuelas que reclaman estudiar los textos en su contexto. Dado que todo texto tiene un autor y muchos de estos autores ejercen de intelectuales, todas las reglas de historización textual implementadas por el giro lingüístico deben implementarse también para la figura del intelectual, aplicando las mediaciones pertinentes.

---

21 Arthur Oncken Lovejoy, *La gran cadena del ser. Historia de una idea* (Barcelona: Icaria, 1983), 28-29; Reinhart Koselleck, "Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana", *Anthropos*, n.º 223 (2009): 103; Quentin Skinner, *Visions of Politics...*, 91-93.

A partir de este ejercicio de historización de la figura del intelectual se puede realizar un trabajo más profundo de tipo sociológico y de tipo hermenéutico. La perspectiva sociológica se interesa por la manera en que los intelectuales se articulan como grupo en una sociedad dada y la función que estos cumplen en su seno. También considera su carácter corporativo y si estos actúan como una élite centrada sobre sí misma o si, por el contrario, establecen vínculos fluidos y robustos con otros grupos sociales. Entre otras cuestiones, la perspectiva sociológica se interesa en la manera en que los intelectuales se insertan en la estructura social: origen de clase, nacionalidad, raza, género y sexualidad, así como el impacto que tiene cada uno de estos aspectos en las lógicas de reconocimiento social, institucional y corporativo, tanto en términos de prestigio como de exclusión.

Por otra parte, resulta importante considerar la manera en que se articulan las redes intelectuales en cada contexto, si estas se encuentran muy jerarquizadas o si, por el contrario, se caracterizan por la horizontalidad en sus relaciones. Derivado de esto, resulta interesante constatar cuáles son los liderazgos de las redes intelectuales y cómo se configura su legitimidad. De esta manera se obtiene una imagen de la organización del centro y la periferia de la red, lo que resulta fundamental a la hora de estudiar sus sinergias constitutivas. Otra cuestión relevante en lo referido a la estructuración de los intelectuales la constituye su relación con las instituciones y la pregunta por la adherencia a las mismas, a cuáles se enfrentan y si aquellos presentan, en general, un alto o bajo grado de institucionalización a la hora de desempeñar su actividad intelectual y función social. Finalmente, cabe preguntarse si la figura estudiada es reconocida como un gran pensador, un intelectual medio o una figura menor; qué criterios se han establecido en términos de su reconocimiento, considerando su legado (de haberlo) desde una perspectiva diacrónica, así como su inserción en las redes intelectuales de su tiempo (en perspectiva sincrónica).

Por último, están las consideraciones de tipo hermenéutico que han sido tradicionalmente implementadas desde una perspectiva filosófica y literaria. Son aquellas que se centran en estudiar al intelectual en tanto autor, considerando el carácter de su obra y las contribuciones de su pensamiento. Desde estos enfoques, interesa la contribución específica del intelectual como pensador y para ello es importante dotarse de herramientas interpretativas que permitan discernir la originalidad y profundidad de sus planteamientos, o si por el contrario estos son representativos del pensamiento dominante de su tiempo. En el primer caso, el estudio del intelectual tendrá relevancia por los méritos de su producción intelectual, que serán valiosos para alumbrar alguna problemática o ayudarán a comprender mejor algún fenómeno social. En el segundo caso, el estudio del intelectual podrá tener interés como fuente representativa del

pensamiento de su tiempo y, por lo tanto, como un tipo histórico que ayude a comprender la configuración cultural e intelectual de una época determinada.

Como puede observarse, el estudio de los intelectuales puede abordarse desde distintas disciplinas académicas, lo que dará lugar a enfoques y preguntas de investigación diferentes. Si bien en cada caso de estudio predominará uno de los enfoques sobre el resto (dependiendo del campo disciplinar de origen de la persona investigadora), lo ideal sería incorporar en algún grado las tres sensibilidades (histórica, sociológica y filosófica-literaria) para lograr una mayor complejidad en el proceso de investigación de la figura del intelectual. En cualquier caso, la problematización del intelectual como objeto de estudio es una tarea necesaria de cara a abordar cualquier investigación de corte filosófico, literario o de historia intelectual, ya que el fenómeno de la autoría y el estudio del dispositivo “obra” es común a dichas categorías. Por este motivo es necesario reexaminar críticamente qué es un intelectual y en qué consiste su estudio.



## Intenciones

ALBERTO TENA CAMPORESI

Quentin Skinner es, probablemente, el autor más conocido de la denominada escuela de Cambridge y, seguramente, de los más discutidos. En concreto, hay una noción a la que muchos de sus críticos y seguidores han apuntado como núcleo central de su propuesta metodológica: la idea de *intenciones*. Una etiqueta por momentos escurridiza y polémica pero sobre la que pivota el conjunto de su programa metodológico. En este capítulo intentaremos desgarnar a qué se refiere exactamente Skinner con *intenciones*, cuáles serían los pasos necesarios para definir el concepto según su criterio y mostrar en el proceso posibles límites y potencialidades de este enfoque de investigación. Para ello, es necesario comenzar explicando, brevemente, el uso que hace Skinner de las herramientas teóricas desarrolladas por Ludwig Wittgenstein y John Langshaw Austin, constitutivas del llamado *giro lingüístico* y que están en la base de su planteamiento.<sup>1</sup>

### Los fundamentos filosóficos de Skinner

El acto fundacional del planteamiento teórico-metodológico de Quentin Skinner, como suele suceder en las narrativas académicas, es el de la ruptura explícita con la tradición dominante hasta ese momento: la de Arthur Lovejoy y su historia de las ideas.<sup>2</sup> Para Lovejoy, el objeto de estudio primario de su investigación

---

1 Para una introducción, mapeo y problematización de esta escuela, recomendamos leer previamente “La escuela de Cambridge”, de Francisco Quijano Velasco, en la primera parte de la presente obra.

2 Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, ed. de Enrique Bocardó Crespo (Madrid: Tecnos, 2007 [1969]), 63-108.

historiográfica eran las denominadas “ideas-unidad”. Inspirado por concepciones positivistas de la física, Lovejoy sostiene que estas “ideas-unidad” eran detectables y relevantes para el conocimiento humano precisamente porque permanecían, de alguna manera, constantes e iguales a sí mismas a lo largo del tiempo. Desplazar y comprender el objeto de estudio desde las “ideas-unidad” hacia los “actos comunicativos”, inseparables para adquirir un sentido de su autor y contexto de enunciación, es uno de los objetivos primarios para Skinner cuando trata de separarse de dicha tradición. Es en este desplazamiento del objeto de estudio que la noción de *intenciones* adquiere su centralidad.

El “contextualismo” skinneriano, etiqueta con la que ha intentado resumirse este enfoque, pasa ineludiblemente por el proceso de averiguar las intenciones de un determinado autor al momento de escribir y publicar algún texto. Si queremos comprender correctamente el sentido del texto que estamos leyendo, situándolo adecuadamente en su contexto y evitando distorsionarlo con el nuestro, detectar estas intenciones debería de ser una de nuestras actividades investigadoras fundamentales. La vieja historia de las ideas estaba cayendo en permanentes formas de anacronismo y presentismo —mitologías— al no tener esto en cuenta al momento de hacer historiografía. Para fundamentar esta postura, Skinner se sostiene sobre algunos de los argumentos fundamentales de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein, estrella filosófica de Cambridge en la primera mitad del siglo xx.

Para comenzar a entender la centralidad de la noción de intenciones, es necesario aclarar, antes de todo, los supuestos y la justificación de Wittgenstein de la no existencia de “lenguajes privados”. Esto nos permitirá ir desgranando el primer malentendido común del que es necesario deshacernos: la concepción de que Skinner, al volver a poner al autor en el centro, pueda estar refiriéndose con la noción de intenciones a algún tipo de actividad que ocurre en el interior de su cabeza y que habría que adivinar por una especie de procedimiento psicoanalítico. Para Skinner, las intenciones de una persona en el acto de comunicar no son algo que ocurre interiormente y de manera “privada” en la psique del quienes escriben o comunican. Siguiendo a Wittgenstein, esto se debe al hecho de que, precisamente por el hecho de ser comunicables, estos actos deben de tener un carácter esencialmente público.

Para Wittgenstein, la paradoja solipsista de que cuando decimos, por ejemplo, “amarillo”, en realidad cada uno de nosotros pudiera estar refiriéndose a colores distintos en nuestra cabeza, que simplemente denominamos de la misma forma, es una simple ilusión, un falso problema. Usar una determinada palabra para denominar algo no tiene que ver con que esta palabra esté intrínsecamente ligada al objeto al que se refiere, sino al conjunto de normas sociales establecidas públicamente sobre su uso. Sin normas y convenciones



sociales el lenguaje sería simplemente imposible, las palabras no tienen otro significado que el que se deriva de su uso práctico en sociedad. Esta aclaración es fundamental para descartar, desde el inicio, que con la noción de intenciones Skinner se esté refiriendo a la búsqueda de un sentido interior de la acción lingüística. Y reforzar, justamente, la idea contraria: Skinner se está refiriendo explícitamente al uso del lenguaje en el espacio público y, por lo tanto, a la necesidad de comprender cómo este opera.

Aclarar esta confusión persistente entre sus críticos es el centro de su conocido ensayo “Motivos, intenciones e interpretación” (1972).<sup>3</sup> Para profundizar en esta aclaración, Skinner nos presenta ahí la diferenciación conceptual del compañero de Wittgenstein en Oxford, J. L. Austin: la diferencia entre las nociones de locución, ilocución y perlocución dentro de un “acto de habla”. Una locución sería simplemente la expresión concreta con un significado; la ilocución, en cambio, estaría incluyendo la intención del hablante en su contexto y es la que daría finalmente el “sentido” social a esa acción de habla; finalmente, la perlocución sería el resultado que esa acción podría tener en la realidad modificando efectivamente alguna conducta o generando determinadas consecuencias. En el momento que observamos un “acto de habla”, entendido de forma despojada como una locución —pensemos en textos/fuentes para los historiadores—, si lo que queremos es comprender su sentido, para Austin únicamente es posible comprendiendo cuál es la fuerza “ilocucionaria” que hay detrás: entender qué es lo que está “haciendo” pragmáticamente el autor en el momento de su acción comunicativa. Por ejemplo, si alguien está avisando, advirtiendo, informando, amenazando o discutiendo algo distinto en relación con su audiencia. Detectar intenciones sería, por lo tanto, captar la fuerza ilocutiva, es decir, antes que cualquier otra cosa, detectar las acciones. Skinner utiliza la noción de *motivos*, en cambio, para indicar lo que sucede en el interior del sujeto, saber qué dio origen a esos actos de habla en concreto y qué queda fuera de su análisis al ser independientes del texto mismo. De la misma manera sería secundario, o no esencial, captar tanto la posible intención perlocucionaria si quien comunica quería, por ejemplo, provocar tristeza o miedo como su posterior efecto.

Un ejemplo genérico que creemos eficaz para aclarar estas distinciones y su utilidad analítica es el siguiente. Hace unos años, en una rueda de prensa de un conocido magistrado antimafia italiano en Alemania, una persona entre el público levantó la mano y, después de las declaraciones del magistrado, pronunció la siguiente frase: “solo quería decirle que esperamos que tenga usted una

---

3 Quentin Skinner, “Motivos, intenciones e interpretación”. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, ed. de Enrique Bocardo Crespo (Madrid: Tecnos, 2007 [1972]), 109-126.

extensa vida”. Pronunciar esta frase sería lo que Austin llamaría simplemente “locución”. Pero para entender el sentido de esta frase, nuestro análisis no puede terminar aquí. Al pronunciarse estas palabras, el magistrado palideció, mientras el resto de los participantes continuaron normalmente con la dinámica de la rueda de prensa. Nadie en el auditorio, excepto el magistrado italiano, entendió que, esa frase, pronunciada en ese contexto, era en realidad una amenaza de muerte. El jurista comprendía la ilocución que existía en las intenciones del individuo que pronunció esa frase —y que en Italia podría ser incluso considerada un delito— entendiendo correctamente, por lo tanto, el sentido de la frase. El resto del auditorio, no acostumbrado a vivir en un contexto donde la mafia hace parte de la dinámica de comunicación pública, había interpretado esa frase como un simple cumplido. Por último, la “fuerza perlocucionaria” del mafioso podría ser entonces que el jurista sintiera temor o decidiera abandonar su investigación, es decir, los efectos que crea una cierta acción comunicativa.

Comprender qué es lo que está diciendo la persona del público, al decirlo de una determinada manera en un determinado momento, no dependerá de tener que meternos en la cabeza del individuo, sino conocer el contexto lingüístico donde la acción toma su sentido: un abogado antimafia que está intentando resolver un caso que algunas otras personas quieren frenar. De nuevo, poder entrar dentro de la cabeza del mafioso queda completamente descartado para Skinner y carece de sentido desde el punto de vista de la filosofía del lenguaje wittgensteiniana. Lo que sí es primordial para comprender el sentido del acto que estamos analizando, son las intenciones que hay puestas en el acto de pronunciar dicha frase como una amenaza. Lograr examinar adecuadamente esto nos lleva ni más ni menos que a la necesidad de comprender “todo lo que Cornelius Castoriadis ha descrito como imaginaria social, el abanico completo de símbolos y representaciones heredadas del pasado, que constituyen la subjetividad de una época”.<sup>4</sup> En el ejemplo que estamos mostrando implicaría, entre otras cosas, conocer el conjunto de códigos mafiosos que han impregnado las lógicas de la comunicación pública en Italia desde hace por lo menos medio siglo.

Para Skinner, detectar las intenciones de los autores al decir lo que estaban diciendo no es tratar simplemente de entender lingüísticamente las palabras que hay en los textos —“solo quería decirle que esperamos que tenga usted una extensa vida”, en la oración de nuestro ejemplo—, sino más bien esa magnitud de la lógica del propio lenguaje necesaria para interpretar correctamente el “sentido” de un acto comunicativo como acción social. En dos contextos diferentes, Alemania e Italia, una misma locución, tiene dos sentidos diferentes. Únicamente detectar la fuerza ilocucionaria y preguntarnos qué estaba haciendo la persona

---

4 Ibid., 124.

que pronunció la frase, puede ayudarnos a entender correctamente qué es lo que ahí se estaba diciendo. Esto es, de forma simplificada, lo que nos está pidiendo Skinner que reflexionemos en el momento de enfrentarnos con textos y fuentes, especialmente los que podemos llamar de “pensamiento político”, del pasado. Los problemas de interpretación de la audiencia alemana serían los problemas de los historiadores al no considerar las fuentes en tanto que “actos de habla”.

## El contexto como espacio de argumentación

Una de las muchas repercusiones que tienen las *Philosophische Untersuchungen* de Wittgenstein para Skinner es que no tenemos la posibilidad de comprender los significados de las palabras de una forma aislada de su contexto lingüístico. En la jerga del propio Wittgenstein, tenemos que fijarnos en su utilización, en el “juego de lenguaje” específico donde este se está dando.<sup>5</sup> Aquello que, por su lado, J. L. Austin denominaba “situación total de habla” y que obliga para tener en cuenta los “actos de habla”, no solo como proposiciones que debemos entender, sino como acciones argumentativas, como elementos insertos en una controversia pública. Es decir, se necesita comprender por qué se está defendiendo una cierta proposición, si deseamos entenderla, y entender los textos que analizamos como argumentos “retóricos” dentro de un espacio político de discusión: “el contexto apropiado para comprender el sentido de las emisiones de esos escritores siempre será cualquiera que sea el contexto que nos permita apreciar la naturaleza de la intervención que viene determinada por la emisión de sus expresiones”.<sup>6</sup>

En el fondo, asumir apropiadamente este enfoque implica desafiar cualquier independencia entre el escrito y el entorno en el que se formula, entre texto y contexto. Para Skinner, en el proceso de comprensión de textos históricos es necesario mantenerse en una dialéctica constante de relacionar aquello que hay en los textos mismos con el ámbito y posición argumentativa del autor en los contextos de argumentación donde se producen. Examinar los textos como reglas de juego, como si fueran piezas de un tablero más extenso: “la principal aspiración que subyace en el método que se ha estado describiendo es la de capacitarnos para recuperar la identidad histórica de los textos individuales en la historia del pensamiento. El objetivo es ver tales textos como contribuciones a discursos particulares, y con ello reconocer de qué maneras siguen, desafían o

---

5 Quentin Skinner, “Interpretación y comprensión en los actos de habla”. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, ed. de Enrique Bocardo Crespo (Madrid: Tecnos, 2007 [1988]).

6 *Ibíd.*, 143.

subvierten los términos convencionales de aquellos mismos discursos”.<sup>7</sup> Comprender un escrito implica necesariamente verlo como un acto comunicativo de un creador en un entorno concreto de argumentación, ver los textos “como si estuviesen insertos en procesos de legitimación”.<sup>8</sup>

Skinner viene a decirnos, en definitiva, que se necesita aprehender las ideas tal como se estudian las demás ocupaciones y acciones históricas: la actividad de gobernar, de combatir o de generar. “Se necesita, en la terminología de J. L. Austin comprender la naturaleza del acto de habla que se hace. ¿Qué hacía el escritor, estaba repitiendo, defendiendo o aceptando alguna actitud o punto de vista? ¿O quizá, por el contrario, estaba negando o repudiando, o tal vez corrigiendo o revisando alguna creencia que haya sido aceptada genéricamente? A lo mejor se está mofando de la aceptación de un punto de vista, o tal vez pase de largo en el silencio”.<sup>9</sup> En términos prácticos, es clave fijarse en los verbos de la acción lingüística sobre el escrito que estamos intentando examinar, de igual modo entender la funcionalidad de estas acciones en el entorno donde este desea impactar. Es necesario familiarizarse con ese entorno para detectar cuál es ese diálogo específico donde se sitúa nuestro escrito, en tanto que un componente más en un plano argumentativo.

## La productividad analítica de las intenciones

Un ejemplo clásico que puede ayudarnos a entender la utilidad de este enfoque filosófico es el proceder metodológico de Peter Laslett, considerado uno de los padres de la escuela de Cambridge, a propósito de *Two Treatises of Government* de John Locke.<sup>10</sup> Aunque Laslett no hablaba entonces todavía propiamente de intenciones, puso sobre la mesa el análisis contextual fundamental para que otros autores de Cambridge, como John Dunn, discutieran nuevas interpretaciones sobre el sentido del escrito de Locke.<sup>11</sup>

---

7 Ibid., 143-144.

8 Quentin Skinner, “Historia intelectual y acción política: retórica, libertad y republicanismo. Una entrevista con Quentin Skinner”, entrevista por Javier Fernández Sebastián, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n.º 16 (2006): 240.

9 Quentin Skinner, “Significado y comprensión...”, 48.

10 John Locke, *Two Treatises of Government*, ed de Peter Laslett, (Cambridge: Cambridge University Press, 1999 [1960]).

11 John Dunn, *The Political Thought of John Locke. An Historical Account of the Argument of the ‘Two Treatises of Government’* (Cambridge: Cambridge University Press, 1982).

Hasta ese momento se había interpretado la obra de Locke como una justificación hacia el mundo de la revolución de 1688. Laslett, recuperando una buena cantidad de evidencia en forma de cartas personales y otros escritos contemporáneos, demostró que, aunque una parte de los “Tratados” se hubiera escrito después de 1688 en el momento de su publicación, en realidad Locke se había puesto a escribir su mayor parte en un contexto anterior a la revolución, entre 1679 y 1680, durante el ascenso de Carlos II. El sentido de este importantísimo texto cambia completamente si se lee ubicándolo en este contexto anterior de su escritura y no en el mundo posrevolucionario. Este nuevo contexto invalidaba la interpretación dominante en la época, que consideraba el texto de Locke solo como una justificación de la Revolución Gloriosa y una celebración de la monarquía constitucional y un nuevo sentido común. Por el contrario, debía de considerarse como un llamamiento a una revolución aún no realizada en un momento en el que probablemente esta era una opinión todavía minoritaria. La única manera de entender lo que estamos leyendo cuando leemos este texto de Locke, es saber qué es lo que estaba intentando hacer al escribirlo. Interpretar los textos desde perspectivas construidas *a posteriori*, impensables en realidad en su propio contexto, es un error repetido en el análisis de textos clásicos. El ejemplo de Laslett mostró que situar correctamente el momento en el que un texto se escribió, separándolo analíticamente de cuando se publicó, y entenderlo en tanto que acto ilocutivo, puede ser trascendental para su comprensión.

Otros ejemplos los podemos encontrar en el propio trabajo de Skinner. En “El contexto de la teoría del pensamiento político de Hobbes” se puede observar cuáles han sido los pasos prácticos que ha dado en su investigación respecto a Hobbes.<sup>12</sup> En su estudio preliminar a este escrito de Skinner, Eunice Ostrensky resume cuáles son algunas de las preguntas que intenta contestar Skinner: “¿Qué pretendía Hobbes, por ejemplo, al dedicar casi la mitad del *Leviatán* a la política religiosa y a la exégesis de textos bíblicos? ¿Discutir abstractamente cuestiones de religión, pues sin eso su sistema filosófico habría quedado incompleto, o encarar concretamente el desafío a la estabilidad política planteado por el poder paralelo de papistas, presbiterianos y anglicanos?”<sup>13</sup>

Intentar responder adecuadamente estas preguntas es la clave para poder detectar, finalmente, qué estaba haciendo realmente Hobbes al escribir lo que escribió. Para ello, Skinner no se queda simplemente en decirnos que Hobbes

---

12 Quentin Skinner, “The context of Hobbes’s theory of political thought”. En *Hobbes and Rousseau: A Collection of Critical Essays*, ed. de Maurice Cranston y Richard Stanley Peters (New York: Anchor Books, 1972), 109-142.

13 Eunice Ostrensky, “Estudio preliminar”. En *El nacimiento del estado*, de Quentin Skinner (Buenos Aires: Gorla, 2003 [2002]), 7.

intenta refutar la teología y al clero de su época de forma genérica, sino que busca poner en relación el texto con el conjunto de convenciones intelectuales del momento y la concreta situación social y política en la que el autor estaba interviniendo. Skinner necesita presentar el vocabulario disponible para Hobbes, los problemas que quiere resolver o enfrentar, las distinciones conceptuales clave que existían, las ideas dominantes o convenciones del debate político, para así ir reconstruir detenidamente las intenciones plausibles a través de las cuales tenemos que interpretar y comprender los textos de Hobbes. De esta manera, Skinner intenta determinar si Hobbes estaba intentando romper con las convenciones intelectuales de su momento o si, por el contrario, o al mismo tiempo, quería dar continuidad a otras. Las preguntas fundamentales que guían el trabajo de Skinner son las relativas al objetivo práctico, en tanto que acción, de todos los textos que uno está intentando comprender. Todos ellos querían intervenir de alguna manera en un escenario en disputa y buscaban influenciarlo a partir de una determinada posición. Como nuevamente resume Ostrensky:

Si nos propusiéramos reconstruir estas disputas, deberíamos, en primer lugar, estudiar a los teóricos y teólogos que se habían ocupado de cuestiones similares a las desarrolladas por Hobbes, a fin de percibir cómo el *Leviatán* refuta o confirma una serie de argumentos políticos. A continuación, deberíamos estudiar algunos textos menores, tales como panfletos, cartas, periódicos, opúsculos, de manera tal de poder delinear los objetivos políticos que perseguía Hobbes con la redacción de su obra: cómo, refutando o confirmando ciertos argumentos políticos, intentó alcanzar cierto efecto práctico. Una de las consecuencias de este segundo paso, en el que se examinan textos menores de un período, es que nos permite mapear las ideologías dominantes y sus relaciones. A partir de ahí, ya se tiene un criterio para juzgar en qué medida el autor se apartó de, o se acercó a, las convenciones políticas de su tiempo, y qué aspectos de su obra no confirman las ortodoxias y de esa manera buscan promover alteraciones en las ideologías dominantes.<sup>14</sup>

Realizar este trabajo, entre otras cosas, permite a Skinner desmentir algunos lugares comunes que se habían construido sobre Hobbes en la historiografía. Principalmente haberle considerado un autor “maldito” en su tiempo y cuyas obras habían generado diversos grados de rechazo, demostrando, en cambio, el amplio grado de apoyo y popularidad que tuvo tanto en Inglaterra como en la Francia absolutista. Skinner, reconstruyendo este terreno de debates políticos, permite situar la obra de Hobbes como una contribución a ciertos debates vinculados a la Revolución inglesa.<sup>15</sup> No haber considerado adecuadamente este contexto ha hecho a otros autores malinterpretar las intenciones que tenía

---

14 *Ibíd.*, 13-14.

15 Quentin Skinner, “The context of Hobbes’s theory...”.

Hobbes, o a menudo ignorarlas. El principal error había sido proceder directamente a interpretar las obras políticas de Hobbes antes de aclarar y comprender las relaciones intelectuales y el clima de opinión en las que este estaba inserto. Cualquier interpretación debe de asumir los vínculos (o la ausencia de ellos) entre un determinado tema y las circunstancias en las que se produjo: “estos vínculos históricos en sí mismos deben poder demostrarse como históricamente creíbles y plausibles”.<sup>16</sup>

Otro ejemplo clásico es el que usa también el propio Skinner para exponer su punto de vista a propósito de esta frase en el capítulo 15 de *El príncipe* de Machiavelli: “los príncipes deben aprender cuándo no ser virtuosos”.<sup>17</sup> Para recuperar el significado histórico de este consejo, tenemos que comprender, de nuevo, su significado ilocucionario: el sentido y las referencias de los términos que ahí se expresan. Es decir, ¿cuál es el sentido del término “virtuoso”? ¿Cuál es el objetivo de Machiavelli al proponer este consejo? ¿Por qué lo escribió más allá de lo que declara explícitamente?

De nuevo, el proceso hasta responder la primera pregunta requiere situar el texto en su contexto lingüístico o ideológico, es decir, relacionarlo con los textos producidos en esa misma época y dirigidos a personas y temas similares. En este caso, el humanismo, el luteranismo y el calvinismo conforman el contexto ideológico general de las ciudades-Estado italianas durante el Renacimiento. En el caso concreto de *El príncipe* de Machiavelli, el contexto ideológico específico se reconstruye por toda la literatura y convenciones que constituyen los consejos a los príncipes. Skinner utiliza la noción de “convención” para referirse a los lugares comunes lingüísticos relevantes que hay en una serie de textos (vocabulario compartido, problemas, distinciones conceptuales, criterios para probar el conocimiento de algo, etc.). Estudiar estas convenciones es lo que le permite a Skinner determinar que Machiavelli, con dicha frase, está intentando desafiar el sentido común moralmente aceptado en ese entorno, en el que solo había que aconsejar a los príncipes cuándo actuar de forma “virtuosa”. Esta técnica permite al investigador comprender hasta qué punto los autores estaban respaldando o cuestionando las convenciones y supuestos de su época. Pero no termina aquí.

Responder la primera pregunta es lo que permite ampliar la precisión de la segunda: ¿qué estaba haciendo Machiavelli al desafiar esa convención de su época? Podríamos decir, en cierto sentido, que la primera pregunta trata de analizar el texto como maniobra ideológica, la segunda como maniobra política.

---

16 Quentin Skinner, “Motivos, intenciones e interpretación”, 142.

17 Quentin Skinner, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, *History and Theory*, vol. 8, n.º 1 (1969): 3-53.



Para responder a la segunda pregunta, entonces, hay que situar el texto en su contexto político y social y los problemas relevantes de la sociedad a la que el autor se dirige. De forma muy resumida, en este caso se trata del colapso de la República Florentina, la desunión de las ciudades-Estado del norte de Italia junto a la coincidencia de dos poderes de la familia Medici en Florencia y Roma, mostraban la posibilidad de unión territorial de estos dos grandes espacios — junto a la expulsión de españoles y franceses— y el renacimiento de una virtual república romana. El tipo de acción que Machiavelli consideraba necesaria para conseguir estos objetivos era poco justificable en términos de la creencia generalizada de que el príncipe siempre debía actuar de forma virtuosa. Si el consejero quería convencer a la élite humanista gobernante, tenía que ser capaz de describirla en términos neutros, sorteando la convención que condenaba la práctica viciosa de los príncipes. Esta es finalmente la razón de que Skinner desafiara esta convención y buscara legitimar otro tipo de actividades políticas. Únicamente detectar que esta es su intención es lo que nos lleva a comprender adecuadamente esa frase de Machiavelli.

Cerremos con un último ejemplo. El caso del debate sobre la idea de libertad en “La idea de libertad negativa: perspectivas filosóficas e históricas” (1990).<sup>18</sup> En este texto, Skinner intenta poner en valor las herramientas historiográficas de la historia intelectual dentro del debate filosófico analítico sobre el concepto de libertad al hilo de las famosas contribuciones de Isaiah Berlin. Sintéticamente, Berlin, con las herramientas metodológicas de la filosofía analítica, veía que había en la historia dos conceptos de libertad: una libertad “antigua”, que llama “positiva”, cercana a la tradición ilustrada francesa y a la idea de “autorrealización”; y otra, “negativa”, de tradición anglosajona organizada bajo el más simple principio de “no interferencia”. Para Berlin, la concepción de libertad “positiva” escondía en el fondo un deje autoritario debido a que lógicamente necesitaba fijar algún tipo de “esencia” de lo humano y por lo tanto podía ser manipulable políticamente.

Skinner se propone revisar algunos de los textos en los que Berlin se ha basado para llegar a estas conclusiones, pero aplicándoles el filtro de su propia concepción metodológica. El historiador sospecha que Berlin está muy condicionado por sus propios conceptos contemporáneos y que busca una solución derivada de una supuestamente necesaria “coherencia lógica” de los argumentos, cayendo en anacronismos manifiestos “Debemos, pues, estar en condiciones de

---

18 Quentin Skinner, “La idea de libertad negativa: perspectivas filosóficas e históricas”. En *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*, comp. por Richard Rorty, Jerome Borges Schneewind y Quentin Skinner (Barcelona: Paidós, 1990 [1984]), 227-259.

dar cuenta de lo que él hacía al presentar su argumentación, esto es, qué serie de conclusiones, qué curso de acción estaba apoyando o defendiendo, atacando o rechazando, ridiculizando con ironía, desdeñando con polémico silencio, etcétera, etcétera, a lo largo de toda la gama de actos de habla encarnados en el acto, vastamente complejo, de comunicación intencional que puede decirse que toda obra de razonamiento discursivo comprende”.<sup>19</sup>

Skinner recupera entonces algunos de los textos fundamentales de Machiavelli (*Discursos*) e intenta mostrar con claridad el contexto y sus intenciones. Situando a Machiavelli en sus debates contemporáneos como un defensor de la “libertad republicana” de los romanos, es posible observar lo que considera un “tercer tipo de libertad”.<sup>20</sup> Una libertad “cívica”, rescatada por Machiavelli en este republicanismo clásico, que únicamente puede existir dentro de un sistema político e institucional que sea capaz de garantizar la libertad de sus súbditos en tanto que ciudadanos.

Aplicando este mismo proceder metodológico a otros grandes autores como Thomas Hobbes o James Harrington, Skinner va reconstruyendo una arena política de conflicto sobre el concepto de libertad y la naturaleza del estado liberal, sobre la cual el escrito de Berlin sería solo una intervención más. Aunque el objetivo principal de una metodología como esta es la de evitar los anacronismos en la interpretación de los textos, esto no es contradictorio con la posibilidad de darnos información sobre nuestro presente y sus propios conflictos ideológicos. Skinner necesita reconstruir el campo de debate intelectual contemporáneo para mostrar las intenciones de los autores como un desvelamiento de los motivos ideológicos insertos dentro de su propia tradición de pensamiento.

Para concluir este apartado y para mostrar cuáles son el tipo de preguntas que pueden guiar una investigación consistente con el enfoque metodológico skinneriano, siguiendo a James Tully (1988), podemos decir finalmente que el procedimiento de Skinner se puede descomponer en los siguientes pasos, como formas de responder a cinco tipos de preguntas.<sup>21</sup>

1. ¿Qué hace o hacía un autor al escribir un texto en relación con otros textos disponibles que conforman el contexto ideológico?

---

19 *Ibíd.*, 237.

20 Quentin Skinner, “La libertad de las repúblicas: ¿un tercer concepto de libertad?”, *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*, n.º 33 (2005): 19-49.

21 James Tully, “The pen is a mighty sword: Quentin Skinner’s analysis of politics”. En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics* (Princeton: Princeton University Press, 1988), 7-25.

2. ¿Qué hace o hacía un autor al escribir un texto en relación con la acción política disponible y problemática que constituye el contexto práctico?
3. ¿Cómo se identifican las ideologías y se estudian y explican su formación, crítica y cambio?
4. ¿Cuál es la relación entre la ideología y acción política que mejor explica la difusión de determinadas ideologías y qué efecto tiene en el comportamiento político?
5. ¿Qué formas de pensamiento y acción política intervienen en la difusión y convencionalización del cambio ideológico?

Aunque todas estas preguntas están claramente interrelacionadas, podemos ver cómo muchas veces nos hemos quedado únicamente en la primera parte —las preguntas 1 y 2, ejemplificadas en la discusión sobre la frase de *El príncipe*— cuando a Skinner en realidad le interesaban, sobre todo como un medio para llegar a entender el cambio ideológico y político, las preguntas 3, 4 y 5. Preguntas importantes que le acomunan, más de lo que muchos piensan, con sus compañeros de Cambridge, como Pocock y Dunn, y que podemos observar con mucha más claridad cuando leemos en Skinner la discusión sobre la concepción de libertad.

## Las intenciones y sus críticos

El pensamiento de Quentin Skinner ha sido recibido con grandes elogios y agudas críticas por un gran número de estudiosos de numerosas disciplinas. Las respuestas críticas, dada la amplitud e importancia de los escritos de Skinner, abordan muchas de las cuestiones principales de la filosofía de las ciencias sociales, la filosofía y la historia de la teoría política, pero por lo general han tenido siempre la cuestión de las intenciones en el centro. Muchos de los textos más relevantes que ejemplifican algunas de estas críticas —provenientes de su propio entorno intelectual— han sido recopilados por James Tully en *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics* (1988). En este último apartado vamos a hacer un ejercicio de síntesis de algunos de estos argumentos críticos, pero sabiendo que se trata sobre todo de indicar las referencias claves de estas críticas y un mínimo esbozo por tratar de entrar a la discusión.

En dicha recopilación podemos encontrar el trabajo del filósofo racionalista de las ciencias sociales Martin Hollis.<sup>22</sup> Hollis se pregunta si Skinner puede

---

22 Martin Hollis, "Say it with flowers". En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics* (Princeton: Princeton University Press, 1988), 135-146.

verdaderamente evitar la explicación de “los motivos” — recordemos que, a diferencia de las intenciones, se trata de las razones “internas” del sujeto— o si su enfoque en realidad no está presuponiendo implícitamente una determinada motivación por parte del autor que no se reconoce. Además, se pregunta si Skinner no tiene que evaluar más explícitamente la racionalidad de las creencias que estudia y reflexionar sobre sus propias creencias y suposiciones, como parte del proceso de investigación para ser completamente consecuente con su enfoque. Una crítica que va, en muchos sentidos, en la misma línea que la de John Keane.<sup>23</sup>

Keane, en cambio, mucho más cercano a un enfoque hermenéutico, divide su crítica en tres partes. La primera: cree que Skinner identifica erróneamente la comprensión de un texto en las intenciones del autor, ignorando completamente la actividad propia del texto mismo. La segunda: cree que Skinner sigue atrapado en un paradigma —en el fondo positivista— según el cual es posible recuperar el sentido de un texto sin que quede manchado de ninguna manera por el presente; Keane recupera la idea gadameriana de “fusión de horizontes” para hacer esta crítica y mostrar cómo no es posible, ni deseable, abandonar “los prejuicios” y que más bien se trata de incorporarlos explícitamente. Por último, sostiene que a fin de cuentas el método de Skinner no es crítico y, por lo tanto, suele tender a reforzar las relaciones de poder e intereses preexistentes a su intervención. La manera de resolver esto, para Keane, recuperando la obra de Lyotard, es incorporar la necesidad de una pluralidad de narrativas y perspectivas del pasado que la perspectiva de Skinner no parecería estar dispuesto a aceptar.

Otra crítica para tener en cuenta es la de Keith Graham.<sup>24</sup> Graham se pregunta por las presunciones de Skinner de que hay una equivalencia entre la “fuerza ilocucionaria” y una verdadera intención de actuar; y, sobre todo, si intentar averiguar el “verdadero” sentido de un acto lingüístico a partir de la reconstrucción de su “fuerza ilocucionaria” es en sí mismo una forma de explicación social. Por su lado, Joseph Femia, un pensador proveniente del historicismo gramsciano, sostiene una crítica mucho más radical.<sup>25</sup> La obsesión por la

---

23 John Keane, “More theses on the philosophy of history”. En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics* (Princeton: Princeton University Press, 1988), 204-217.

24 Keith Graham, “How do illocutionary description explain”. En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics* (Princeton: Princeton University Press, 1988), 147-155.

25 Joseph Femia, “An Historic critic of ‘revisionist’ methods for studying the history of ideas”. En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics* (Princeton: Princeton University Press, 1988), 156-175.

reconstrucción de las intenciones de los autores en los textos históricos según el imperativo de evitar los anacronismos, lejos de ser una forma histórica de explicación, es para nosotros un impedimento de aprender cosas valiosas del pasado y, asimismo, algo incompatible con la tradición del historicismo.

Kenneth Minogue, profesor australiano y reconocido conservador de la London School of Economics and Political Science, recurre al clásico *The Foundations of Modern Political Thought* (1978) para comprobar el éxito de la metodología de Skinner en la práctica.<sup>26</sup> Cuestiona que haya sido muy útil y sostiene que los historiadores del pensamiento político están mejor sin las limitaciones de la teoría del acto de habla. De hecho, considera que el método de Skinner es “pernicioso”. Su punto principal es que quiere mantener una distinción entre las tareas de los filósofos políticos y los historiadores del pensamiento político —distinción que el trabajo de Skinner pone en duda—: la diferencia entre las dimensiones independientes y universales de las ideas, que los filósofos políticos analizan y evalúan; y las dimensiones históricas y contextuales de las ideas, que los historiadores estudian. Así, de forma complementaria a Femia, pero desde una perspectiva diferente, Minogue argumenta que el método de Skinner excluye una forma legítima de estudiar los clásicos de la filosofía política. En la misma línea, Nathan Tarcov sostiene que las deficiencias del enfoque de Skinner pueden verse con mayor claridad si se examinan de cerca las formas en las que supuestamente malinterpreta a Machiavelli en los capítulos centrales del primer volumen de *The Foundations*.<sup>27</sup>

Este conjunto de críticas va fundamentalmente en tres direcciones. La primera, más positivista, es si realmente es posible considerar las intenciones sin hacer algún tipo de presupuestos no verificables sobre qué estaba pensando el autor del texto que se quiere analizar, cuestionando la distinción entre motivos/intenciones. La segunda, más cercana al historicismo gramsciano, cree que no es posible acometer realmente la tarea de eliminar el anacronismo y expulsar el sentido político del presente de la investigación historiográfica. El tercero, más cercano a la tradición hermenéutica gadameriana, a partir de esta misma premisa de la imposibilidad de deshacerse absolutamente del anacronismo, propone, en cambio, asumir como parte de la investigación la necesidad de his-

---

26 Kenneth Minogue, “Method in intellectual history: Quentin Skinner Foundations”. En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics* (Princeton: Princeton University Press, 1988), 176-193.

27 Nathan Tarcov, “Quentin Skinner method and Machiavelli’s Prince”. En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics* (Princeton: Princeton University Press, 1988), 194, 203.

torizar el presente del autor como parte del mismo proceso en el que se analiza el pasado que se pretende investigar.

En mi opinión, si excluimos la estéril discusión dicotómica sobre si es válida o no esta herramienta en términos absolutos, incorporar estas críticas puede ser una manera muy útil de ampliar y profundizar preguntas de investigación y afinar el proceso de crítica de nuestras fuentes. Buscar y problematizar, a la vez, las intenciones, nos obliga reflexionar sobre asuntos epistemológicos, metodológicos e incluso políticos, que solamente pueden enriquecer un trabajo.

## Conclusión

Recuperar las intenciones quiere decir, esencialmente, comprender el conjunto de lenguajes y convenciones fundamentales a los que tenía acceso tanto el autor, en el momento de escribir, como la audiencia sobre la que aquel quería impactar y con la que estaba discutiendo. Este “contexto” no es simplemente el del estudio completo de la condición y situación social donde estaba el autor, aunque lo comprenda. El “contexto”, para Skinner y en general para la escuela de Cambridge, se entiende en un sentido fundamentalmente lingüístico: aquello que nos permite comprender adecuadamente el “texto” en tanto que acción comunicativa entre escritor y lo que su público pudo haber entendido en unas determinadas condiciones de posibilidad del lenguaje. Una manera adecuada de proceder es la de intentar diagnosticar todos los posibles significados que puede tener un enunciado concreto en un momento concreto, para después tratar de rastrear las relaciones entre ese enunciado y el contexto lingüístico para establecer, finalmente, cuál es el sentido más plausible del mismo. El contexto, para Skinner, es la reconstrucción de las relaciones entre lo que Austin llamaba la “fuerza ilocucionaria”, es decir, lo que hay entre una “locución” y el posible efecto “perlocucionario” que aquella tuvo sobre la audiencia. Por muy singular y único que un determinado “acto de habla” pueda parecernos, este solo adquiere significado en relación con el conjunto de las convenciones que le permite ser comprensible para los demás. Todos los textos producidos a lo largo de la historia, especialmente todo lo que consideramos la historia del pensamiento político, pero no solo eso, son acciones diseñadas para tener efectos sobre determinados campos de fuerzas en competición.

La necesaria distancia interpretativa entre el presente y el pasado que este enfoque pone encima de la mesa, obliga a un proceso de investigación que deja florecer gran cantidad de información y conocimiento que muchas veces ha quedado oculto o minusvalorado. Los grandes éxitos empíricos de la escuela de Cambridge han estado precisamente en la reinterpretación de grandes textos clásicos del pensamiento político ya muy estudiados por los historiadores

o filósofos de su momento. Orientar proyectos de investigación a detectar intenciones, puede ser una manera muy fructífera de acercarnos a textos ya conocidos y aportar nuestro granito de arena al conocimiento historiográfico. Al mismo tiempo, tener en cuenta las críticas que se han hecho a este enfoque es, probablemente, la única garantía de seguir innovando y avanzando en la reflexión y, quizás, ir encontrando un camino propio. La mayoría de estos problemas detectados por sus críticos contienen una serie de contradicciones —o disonancias— por resolver o, como mínimo, para tener en cuenta y mantenerse siempre abiertos. En el proceso, normalmente, se pueden hacer grandes aportaciones en la investigación dentro del campo de la historia intelectual.



## Metáfora/Metaforología\*

PEDRO GARCÍA-DURÁN

### Metáfora, retórica e historia

La metaforología, como método de investigación historiográfico, es una creación reciente cuya influencia en la historia intelectual no es fácil de calibrar por la dificultad de su aplicación concreta. Gestada por Hans Blumenberg en el seno de la historia conceptual alemana de posguerra, apenas parece haber producido obras relevantes más allá de las publicadas por su propio creador. No obstante, la aparición de *Paradigmas para una metaforología* en 1960 y el decurso posterior que seguirá la disciplina dentro del pensamiento del fundador de la disciplina suponen la principal aportación teórica acerca de la historicidad de las metáforas y en torno a la posibilidad de comprender y escribir la historia mediante su estudio. En este sentido, la metaforología se muestra como una valiosa herramienta para la historia intelectual que viene a concretar de forma historiográfica una tendencia generalizada en las ciencias sociales a la que se puede calificar de “recuperación de la retórica” y que acarrea una reconsideración de la naturaleza y función de los elementos que construyen y articulan el discurso.

Esta tendencia parte de la caducidad de un modelo lingüístico que buscaba alcanzar la plena conceptualización de lo real. Este “ideal cartesiano del lenguaje”<sup>1</sup> es el que habría perseguido el modelo científico de la modernidad haciendo

---

\* Este trabajo ha surgido en el marco del proyecto de investigación “Historia conceptual y crítica de la modernidad” (FFI2017-82195-P) de la AEI/FEDER, UE y del grupo de investigación homónimo de la Universitat de València (GIUV2013-037).

1 Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología* (Madrid: Trotta, 2003), 42.

de las figuras retóricas ornamentaciones superfluas. Sin embargo, de alcanzarse, una lengua que fuera capaz de cubrir todo lo real mediante términos definibles y cerrados no solo haría de la metaforología una suerte de depósito de curiosidades arqueológicas procedentes de estados superados del discurso teórico, sino que también vaciaría de contenido la historia de los conceptos,<sup>2</sup> la cual sería la historia de los usos errados y provisionales de vocablos que por fin habrían alcanzado su estado definitivo. En última instancia, anularía cualquier interés actual por una historia intelectual. Frente a esta visión cientificista, la recuperación de la retórica de la que forma parte la metaforología se origina desde la premisa de que los tropos y figuras no son meros adornos o estados de insuficiente conceptualización, sino herramientas necesarias en la relación del sujeto con el mundo.

La crítica al ideal conceptual antedicho es conocida, al menos, a partir del Romanticismo, aun cuando no suponga una recuperación de la retórica en el sentido explicado hasta mediados del siglo pasado. El joven Nietzsche señaló en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* que la verdad no era más que “un ejército de metáforas, metonimias, antropomorfismos en movimiento”,<sup>3</sup> pero con ello no pretendía sino cuestionar la vacuidad de un conocimiento basado en la homogeneización de la diferencia y en el olvido de sus orígenes retóricos. Aun cuando Nietzsche no exploró las repercusiones que ese origen metafórico tendrá en la semántica del concepto, esta idea será influyente en la posterior comprensión de las funciones de dicho tropo y en su relevancia como objeto histórico. Sin embargo, la metáfora no adquirirá su verdadera dimensión hasta que se produzca el *giro lingüístico* y se reflexione acerca de la relación de las formas retóricas con el pensamiento.

A partir de la década de 1950, se producirá una serie de aproximaciones a la metáfora desde diferentes formas de abordar el fenómeno lingüístico.<sup>4</sup> Desde la filosofía analítica, Max Black estudiará la estructura de metáforas y modelos lingüísticos en la construcción del lenguaje científico señalando la posibilidad de clasificarlos por órdenes temáticos y buscando comprender sus implicacio-

---

2 Joachim Ritter, “Zur Neufassung des ‘Eisler’. Leitgedanken und Grundsätze eines Historischen Wörterbuch der Philosophie”, *Zeitschrift für philosophische Forschung*, vol. 18, n.º 4 (1964), 708.

3 Friedrich Nietzsche, “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”. En *Obras completas I. Escritos de juventud* (Madrid: Tecnos, 2011), 613.

4 Sigo aquí la tipología presentada por Anselm Haverkamp en su antología de textos sobre teoría de la metáfora que habla de tres corrientes: una proveniente de la analítica del lenguaje, otra del estructuralismo y una última, en la que incluiría a Blumenberg, arraigada en la hermenéutica. Anselm Haverkamp, *Theorie der Metapher* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1996).

nes semánticas.<sup>5</sup> Por otra parte, siguiendo el modelo estructural del lenguaje de Saussure, Roman Jakobson reconocerá la operación de generar metáforas como una de las tendencias naturales del lenguaje junto al uso metonímico.<sup>6</sup> Frente a este, que procede por contigüidad y depende de las cadenas semánticas dadas, aquel actúa por analogía, siendo capaz de generar nuevas conexiones de significado. Este carácter expansivo de la metáfora, la cual es capaz de destacar sobre la cadena horizontal de elementos lingüísticos y vertebrar una nueva unidad desde arriba, permitirá extrapolar la condición metafórica a la construcción de la subjetividad<sup>7</sup> o, a través de esta, a la generación de identidades colectivas.<sup>8</sup> A su vez, autores como Paul de Man o Jacques Derrida recorrerán una veta más afin a la abierta por Nietzsche, pero complementada con las aportaciones de la hermenéutica, al mostrar la dependencia metafórica del lenguaje filosófico desde una perspectiva crítica. En algunos casos, la inevitabilidad de la presencia de la figura acabará por explicarse como producto de nuestra estructura antropológica<sup>9</sup> o como un proceder neurológico y cognitivo central de nuestro cerebro.<sup>10</sup>

El interés general por este tropo evidencia el cambio de comprensión del lenguaje que anunciábamos, en tanto subraya características y funciones de la figura que explican su relevancia en la construcción de los discursos. En primer lugar, se constata la imposibilidad de eliminarla aun cuando se persiga el ideal conceptual por todos los medios. Por otra parte, esta inevitabilidad se sustentará en la importancia de sus características específicas a la hora de construir significado. La metáfora aparece como una forma de remitir lo nuevo a una familiaridad conocida, como un procedimiento de asimilación. Este proceder explica la especial proliferación de metáforas en aquellos terrenos conceptuales en extremo abstractos. Puede decirse que el concepto de metáfora sirve para hacer “un análisis de las experiencias por las que la imaginación se inserta en

---

5 Max Black, “Metaphor”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, vol. 55, n.º 1 (1955): 273-294 y *Models and metaphors. Studies in language and philosophy*. (New York: Cornell University Press, 1962).

6 Roman Jakobson y Morris Halle, *Fundamentos del lenguaje* (Madrid: Ayuso, 1980), 134 y ss.

7 Jacques Lacan, “La instancia de la letra”. En *Escritos* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013), 484.

8 Ernesto Laclau, “La metáfora y los límites del discurso”. En *Los fundamentos retóricos de la sociedad* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014), 74-107.

9 Hans Blumenberg, “Aproximación antropológica a la actualidad de la retórica”. En *Las realidades en que vivimos* (Barcelona: Paidós, 1999), 115-142.

10 Véase George Lakoff y Mark Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana* (Madrid: Cátedra, 2018).

el lenguaje literario”.<sup>11</sup> De ese modo, se han detectado y analizado en las ciencias exactas y naturales, pero también, y en mayor grado, en conceptos políticos, artísticos, éticos o históricos.<sup>12</sup> Lo relevante de esta forma de operar es que implica una suerte de gramática intrínseca. La metáfora florece en la abstracción como medio de dotarla de contenido y hacerla viable para la praxis. Esta capacidad estructurante será la idea rectora de la metaforología y aparece también en muchos de los trabajos que hemos comentado. La metáfora no es una mera clarificación puntual o provisional, sino un mecanismo vertebrador que integra saberes complejos y los imbrica en la acción.

Algunos de los textos mencionados ilustran esta cualidad de la metáfora. Paul de Man muestra, por ejemplo, cómo la crítica de Locke al empleo de figuras retóricas se basa en una concepción metafórica del lenguaje donde este se interpreta mediante símiles cuyo éxito estético en la época permitía relacionar dicha concepción con los elementos ideológicos dominantes.<sup>13</sup> Asimismo, los primeros escritos de la metaforología blumenberguiana se ocupan de comprender la relación entre la verdad y las metáforas de la luz, mostrando cómo existen condicionantes concretos que explican la diferencia entre las actitudes ante ella.<sup>14</sup> En estos casos se muestra la clase de articulación de teoría y praxis que ofrece la metáfora y que la vincula con un horizonte extrateórico en el cual se produce esa familiaridad y se extraen sus consecuencias. La metáfora permite la invención, la mutación del lenguaje ya que, en palabras de Ricoeur, “es el proceso retórico por el que el discurso libera el poder que tienen ciertas ficciones de redescubrir la realidad”.<sup>15</sup> Por ello, la figura recoge anhelos, expectativas y deseos, convicciones ideológicas o morales e incluso inconscientes que solo el tiempo permite revelar. En palabras de Blumenberg, conduce al “mundo de la vida como sostén motivacional de toda teoría”.<sup>16</sup> Es por ello una herramienta central para el conocimiento de los horizontes de comprensión históricos, de las formas de experimentar y pensar.

---

11 Anselm Haverkamp, *Theorie der Metapher*, 8.

12 Se mencionan ejemplos de estos análisis en el apartado final.

13 Paul de Man, “La epistemología de la metáfora”. En *La ideología estética* (Madrid: Cátedra, 1998), 54-65.

14 Hans Blumenberg, “Licht als Metapher der Wahrheit. Im Vorfeld der philosophischen Begriffsbildung”. En *Ästhetische und metaphorologische Schriften* (Frankfurt: Suhrkamp, 2002), 139-171.

15 Paul Ricoeur, *La metáfora viva* (Madrid: Trotta, 2001), 13.

16 Hans Blumenberg, “Aproximación a una teoría de la inconceptuabilidad”. En *Naufragio con espectador* (Madrid: Visor, 1995), 98.

Estos factores no han pasado desapercibidos para la historiografía en general. Existen ejemplos análogos anteriores —como el *Toposforschung* de E. R. Curtius— que buscaban comprender épocas históricas por medio de recursos literarios o elementos figurativos, aunque en este caso se hacía hincapié en la continuidad y no en la mutación. A su vez, existen “metaforografías”, en palabras del profesor Fernández Sebastián,<sup>17</sup> que han estudiado la influencia de figuras del discurso en algún momento histórico. Algo que ofrece un interés indudable para cualquier forma de historia intelectual, en especial si atendemos a las características estructurantes y emocionales que se le atribuyen a la figura retórica, las cuales permitirían articular diferentes aspectos tanto culturales como prácticos de una época determinada. Sin embargo, las metaforografías no se corresponden con la intención de la metaforología de Hans Blumenberg. Esta no se ocupaba tanto de comprender la forma en que una metáfora se imbrica en un contexto específico, sino en reconstruir su historicidad intrínseca. Es decir, la forma en que se transmite a lo largo del tiempo y las variaciones semánticas que se producen en su interior ya que Blumenberg cree que a través de la reconstrucción de sus modificaciones se podrán comprender las causas del cambio histórico.

## La metaforología de Hans Blumenberg

La metaforología surge a finales de la década de los cincuenta. El primer artículo metaforológico de Blumenberg, *Licht als Metapher der Wahrheit*, aparece en 1957 y ya enmarca esta tarea en el entorno de la *Begriffsgeschichte* alemana. Uno de sus promotores, Erich Rothacker, invitará al pensador de Lübeck a la “Comisión Senatorial para la Historia de los Conceptos” de la *Deutsches Forschungsgemeinschaft* del año siguiente, en la cual presentará unas “Tesis para una metaforología” que serán la simiente de los *Paradigmas para una metaforología* publicados en 1960 como separata del *Archiv für Begriffsgeschichte*.<sup>18</sup> Su

---

17 Javier Fernández Sebastián, “Metáforas para la historia y una historia para las metáforas”. En *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*, ed. de François Godicheau y Pablo Sánchez León (México: Fondo de Cultura Económica, 2015), 34.

18 Respecto a la historia de la disciplina y la relación de Blumenberg con la misma, son especialmente interesantes los trabajos de Margarita Kranz, sobre todo “Begriffsgeschichte institutionell. Die Senatskommission für Begriffsgeschichte der Deutschen Forschungsgemeinschaft (1956-1966). Darstellung und Dokumente”. En *Archiv für Begriffsgeschichte*, vol. 53 (2012), 153-226. El texto de la ponencia de Blumenberg en el DFG, así como el debate posterior, se incluyen en las páginas 186-193.

presentación en el antedicho congreso produjo incompreensión más que debate, pero, en el contexto de los encuentros de la comisión dirigida por Hans Georg Gadamer, supuso “la única aportación programática producida hasta el cierre de la comisión que apuntaba hacia un nivel general y fundamental para el trabajo en Historia Conceptual”.<sup>19</sup>

Si bien la metaforología se presentaba entonces como un método para el análisis de metáforas cuya relación con la historia conceptual era de “servidumbre”,<sup>20</sup> las consideraciones que se introducían tendrán un largo recorrido y transformarán la forma de concebirla y practicarla al desarrollarse. Para Blumenberg, las metáforas jugarán un papel central en el lenguaje conceptual, no solo como restos de un estadio provisional (*Restbestände*), sino como elementos imprescindibles en el discurso teórico (*Grundbestände*). Estas son las “metáforas absolutas” que responden a la necesidad de proporcionar un complemento para aquellos conceptos a los que no corresponde intuición alguna. Se asimila a la función que cumplía el procedimiento simbólico en la *Crítica del juicio* como complemento del lenguaje conceptual, proporcionando orientación teórica y práctica.<sup>21</sup> Esta capacidad salta a la vista en la primera parte de la obra donde se analizan diferentes metáforas relacionadas con la verdad entre las que destaca la mencionada de la luz. Por otra parte, los restantes paradigmas que se incluyen en el libro señalan diferentes pasos terminológicos, es decir, las transformaciones que se producirán entre elementos del discurso como mito y metafórica, metafórica y concepto, concepto y metafórica o símbolo y metáfora.

Así, en aquella obra seminal se presentan en forma de paradigmas diferentes interacciones entre las metáforas y el lenguaje conceptual que indican lo “metafórico de los conceptos”,<sup>22</sup> una dimensión que no supo asumir la *Begriffsgeschichte* en sus diferentes diccionarios. Algo que, para Blumenberg, limitaba su capacidad de aprehender la historicidad subyacente al lenguaje conceptual. En 1971, reaccionará a la publicación del *Historisches Wörterbuch der Philosophie* de Joachim Ritter, señalando que sus autores “apenas logran deshacerse de su inconfesada querencia por el ideal cartesiano y sus consecuencias” y acusándoles de olvidar el camino que habría abierto su aportación y que dirigía “el

---

19 Margarita Kranz, “Begriffsgeschichte institutionell...”, 166.

20 Hans Blumenberg, *Paradigmas...*, 47.

21 Immanuel Kant, *Crítica del juicio* (Madrid: Austral, 1997), 137 y ss.

22 Reinhart Koselleck, prólogo a *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Vol. I (Stuttgart: Klett-Cotta, 1972), VIII.

instrumental constructivo a su constitución en el mundo de la vida”.<sup>23</sup> Con ello, se señalaba el derrotero que estaba siguiendo la metaforología y que la independizará de la historia conceptual para convertirla en parte de una teoría de la inconceptualidad de más largo alcance. El artículo aportaba una serie de nuevos paradigmas (metáforas náuticas, fuentes, paradigma, icebergs, el teórico como perpetrador,<sup>24</sup> la metáfora de masa crítica o el *sensus communis* en sus usos traslaticios) cuya relación con el lenguaje conceptual era más laxa que la de aquellos presentados en *Paradigmas*. Por otra parte, en las páginas finales, mostraba de forma explícita capacidades de la metaforología que no se hallaban desarrolladas en su primera encarnación. La selección de las metáforas no es arbitraria, antes bien, “sirven de aviso acerca de la necesidad de una metaforología de la crítica cultural en donde se encuentra sino su propia jerga al menos su propio trasfondo imaginativo”.<sup>25</sup> Por ello inauguran una dimensión crítica que excede los objetivos de la historia conceptual.

Esta dimensión no se puede comprender del todo sin señalar los motivos que produjeron esta transformación. En primer lugar, la preeminencia de lo intuitivo en la metáfora. Esto se señalaba al vincular el procedimiento metafórico con lo simbólico en Kant. Unos años después, en la necrológica de Erich Rothacker, Blumenberg señalará que “al hegeliano ‘trabajo del concepto’ precede un ‘trabajo de la imagen’ no menos necesario y fatigoso”,<sup>26</sup> una indicación que muestra a las claras el sentido de la metaforología. Así, la base intuitiva que introducía el lenguaje metafórico permitía una elaboración en el tiempo, poseía, pues, historicidad. Esta vinculación con la intuición hace posible, por otra parte, calibrar el “realismo de las metáforas”. Con ello se refería a la posibilidad de evaluar la manera en que estas funcionaban como una forma de alejamiento de la realidad, en especial cuando eran tomadas al pie de la letra.<sup>27</sup> De esto se colige que las metáforas siguen una lógica que podrá ser la viquiana “lógica de la fantasía”, pero que habilita una vía de reconstrucción y crítica.

---

23 Hans Blumenberg, “Beobachtungen an Metaphern”. En *Archiv für Begriffsgeschichte*, vol. 15 (1971), 163-164.

24 Empleo la traducción ‘perpetrador’ por *Täter* para mantener las connotaciones delictivas del término.

25 La expresión “crítica cultural” engloba aquí a todos aquellos que, desde Rousseau hasta Adorno, Heidegger y sus epígonos, han cuestionado la cultura humana y la han denunciado como una desviación.

26 Hans Blumenberg, “Nachruf auf Erich Rothacker”. En *Jahrbuch der Akademie der Wissenschaften und der Literatur in Mainz* (Stuttgart: Steiner, 1966), 72.

27 Hans Blumenberg, *Naufragio...*, 109.



No obstante, esta interpretación de la metáfora parece alinearse con un modelo referencialista del lenguaje que resulta obsoleto y no cuadra con algunas de las narraciones metaforológicas. El valor semántico de los tropos y su mutabilidad no pueden explicarse haciéndolos provenir de una intuición directa, requieren de un contexto donde las cosas se encuentran interrelacionadas. Una instancia para la cual Blumenberg toma prestado el concepto husserliano de *mundo de la vida* donde “tienen ‘significaciones’ no sólo las palabras y los signos sino las cosas mismas”.<sup>28</sup> En este sentido, el valor de las metáforas y sus variaciones dependerá del contexto experiencial del que emergen, siendo su anclaje en esta experiencia lo que les dote de plasticidad para adaptarse a los cambios. De esta manera, trata de evitar la omnipresencia de lo lingüístico de interpretaciones como la del estructuralismo. La metáfora es un elemento intrínseco del discurso a través del cual se introducen en él factores pre y extraconceptuales como anhelos, expectativas y experiencias cotidianas. Son, pues, una herramienta fundamental para acceder al trasfondo subyacente al cambio histórico.

La teoría de la inconceptuabilidad hace de las metáforas un acceso preferible al concepto a esta dimensión extralingüística de la historia. Por ello, ha sido percibida como un ataque en la línea de flotación de la *Begriffsgeschichte*, incluso el certificado de su fracaso como herramienta de reconstrucción histórica.<sup>29</sup> Ya en *Paradigmas* se señalaba que las metáforas absolutas “tienen historia en un sentido mucho más radical que los conceptos, pues el cambio histórico de una metáfora pone en primer plano la metacínética de los horizontes históricos de sentido y de las formas de mirar en cuyo interior experimentan los conceptos sus modificaciones”.<sup>30</sup> Eran pues una vía preferible a los conceptos dominados por su afán de univocidad. Por así decirlo, la metáfora sirve para introducir en el lenguaje teórico aquello que no puede ser incluido en él; sirve para tratar de dar respuestas a preguntas como ¿qué es lo que en realidad queríamos saber? Y por qué el avance del conocimiento nos ha defraudado de la manera en que la crítica cultural lo expresa.<sup>31</sup> Por otra parte, la teoría de la inconceptuabilidad no se limitará a la metáfora en sentido estricto, sino que ampliará su objetivo a otras “figuras de la significatividad” como mitos, leyendas o relatos cuya reconstrucción permite interpretar las modificaciones históricas de su fundamento experiencial. En el fondo, el carácter de estas figuras de la significati-

---

28 *Ibíd.*, 100.

29 Anselm Haverkamp, “Metaphorologie zweiten Grades. Unbegrifflichkeit, Vorformen der Idee”. En *Metaphorologie. Zur Praxis von Theorie*, ed. de Anselm Haverkamp y Dirk Mende (Frankfurt: Suhrkamp, 2009), 239.

30 Hans Blumenberg, *Paradigmas...*, 47.

31 Esta es una de las preguntas centrales de la obra tardía de Blumenberg.

vidad no difiere demasiado de la metáfora, Blumenberg mismo señala que la distancia entre mito y metáfora es de grado, siendo el primero la “hipérbole” de la segunda.<sup>32</sup> Lo que con ello se indica no es otra cosa que su especial vinculación con el mundo de la vida que es la causa de su éxito y lo que las habilita como objeto de estudio.

Así, podríamos decir que el grueso de la obra tardía de Hans Blumenberg consiste en estudios basados en las premisas de la teoría de la inconceptuabilidad. Esto es visible, por supuesto, en la colección de obras metaforológicas que diseñó para la editorial Suhrkamp y de las cuales solo vieron a la luz *Naufra-gio con espectador* y *La legibilidad del mundo*.<sup>33</sup> Pero es también patente en libros como *Trabajo sobre el mito*, *La risa de la muchacha tracia* o *Salidas de caverna*. El procedimiento de estos trabajos es análogo: comienza con el estudio de los elementos básicos que componen las figuras y relatos que se reconstruyen. Con ello se pretende conducir la figura a su grado de intuición máximo dotando de significado la descripción de sus posteriores variaciones. Estas, por otra parte, conducen a un presente en el que suele producirse el agotamiento de la figura. El ejemplo del libro de la naturaleza estudiado en *La legibilidad del mundo* resulta aquí de interés. Blumenberg ve en el código genético su última encarnación, un uso de la metáfora que habría conducido la praxis de la biología hacia un desciframiento de la “clave de la vida” cuya complejidad resultante ya no se podría interpretar desde la imagen de la lectura. De ese modo, se rompían las cadenas que unían la ciencia y el mundo de la vida cuando “lo que se ofrece como una referencia autorreflexiva al propio mundo vital, a la familiaridad de una experiencia típica, es ahora un andamiaje desmontado a sus espaldas, por el conocimiento científico, haciéndolo impracticable a la correalización de la sociedad contemporánea”.<sup>34</sup> Así, la metaforología de Blumenberg surge como un método para una “fenomenología de la historia de la significatividad”<sup>35</sup> centrada en la historia de la teoría y que trata dar respuesta a un desencantamiento específico. Se trata, por consiguiente, de una metodología ligada a un personal proyecto historiográfico con raíces e intenciones filosóficas.

---

32 Hans Blumenberg, *Theorie der Unbegrifflichkeit* (Frankfurt: Suhrkamp, 2007), 75.

33 De manera póstuma aparecerán los fragmentos recopilados para los libros en torno a *Fuentes, corrientes e icebergs* y el inédito *Die nackte Wahrheit*.

34 Hans Blumenberg, *La legibilidad del mundo* (Barcelona: Paidós, 2000), 413.

35 Felix Heidenreich, *Mensch und Moderne bei Hans Blumenberg* (München: Fink, 2005), 48.

## Aplicaciones, críticas y límites de la metaforología

Las aportaciones de la metaforología para la historia intelectual pueden calibrarse desde dos perspectivas. Por una parte, desde el empleo de la metodología específica acuñada por Blumenberg; por otra, a partir de la influencia que han tenido sus reflexiones en la forma de escribir y concebir la historia. Respecto a la primera faceta, las aportaciones son escasas más allá de las obras del propio Blumenberg. En cierta medida, esta metodología está tan unida a las intenciones y premisas del trabajo filosófico de este autor que parece creada exprofeso para cumplimentarlas. Por ello, no podemos decir que existan obras metaforológicas en sentido estricto, más allá de la producción del pensador hanseático, que acepten de forma explícita las exigencias del formato y las premisas epistemológicas y antropológicas que implica. El segundo aspecto parece mucho más fructífero. La influencia de la metaforología en el estudio de la historia, en sus premisas teóricas y en la escritura de sus obras, parece expandirse y generar cada vez más resultados. Podría decirse que se trata de una recepción y asimilación reciente e incompleta, pero que parece germinar con fuerza.

Sin duda, donde antes y con mayor vigor se ha notado su influencia ha sido en Alemania. Ya los primeros estudios metaforológicos dieron pie a algunas revisiones tempranas de la metafórica de la luz, como las de Carl Joachim Classen o Wilhelm Luther, inspiradas en los desarrollos de *Paradigmas*; asimismo, aunque con escaso resultado, se apuntaron algunas discusiones acerca de lo metafórico de los conceptos en el seno de la *Begriffsgeschichte*. No obstante, su recepción no floreció hasta los últimos quince años. A partir de entonces, el trabajo de estudiosos como Anselm Haverkamp, Dirk Mende, Cornelius Borck, entre otros, han avivado el interés académico por la metaforología introduciéndola en debates afines a la epistemología histórica. Esto ha dado pie a numerosos congresos y volúmenes colectivos, pero escasas obras metaforológicas. Nos hallamos ante una obra en proceso de asimilación, una nueva tarea que surge cuando los grandes proyectos de la *Begriffsgeschichte* van concluyendo.<sup>36</sup> Pese a ello, ya han comenzado a darse resultados entre los cuales destaca el *Wörterbuch der philosophischen Metaphern* que, si bien acepta la imposibilidad de asumir las premisas teóricas de Blumenberg por completo, asume su influencia de forma

---

36 Gottfried Gabriel, "Begriff – Metapher - Katachrese. Zum Abschluss des *Historischen Wörterbuchs der Philosophie*". En *Begriffe, Metaphern und Imaginationen in Philosophie und Wissenschaftsgeschichte*, ed. de Lutz Dannenberg, Carlos Spoerhase y Dirk Werle (Wiesbaden: Harrasowitz, 2009), 11-22.

“confirmadora y reverencial”.<sup>37</sup> En esa misma línea se encuentran estudios como la *Metaphorologie der Vernetzung* de Alexander Friedrich, así como metaforologías del cine, la biología, la sociología o el derecho.

Fuera de su país de origen, el impacto historiográfico de la metaforología comienza poco a poco a abrirse paso, aunque se encuentra en un estado más incipiente. La recepción de Blumenberg en Francia, España o Italia se produce sobre todo en contextos filosóficos. No obstante, en el ámbito iberoamericano comienza a apreciarse un interés por la metaforología desde la historia que surge a partir del gran desarrollo de la historia conceptual en ese ámbito. La atención de un historiador como el argentino Elías Palti es muestra de ello, como también lo es el interés del grupo de investigación “Historia intelectual de la Política Moderna” y la red Iberconceptos, dirigidos por Javier Fernández Sebastián, que ya han editado volúmenes colectivos acerca de la metáfora en la historia. Por último, algunos libros de Alberto Fragio pueden leerse como aplicaciones de la metaforología blumenberguiana a ejemplos de la historia de las ciencias.

En última instancia, la influencia de la metaforología parece circunscribirse a problemas metodológicos, aportando aún escasas obras históricas. Este prolongado proceso de “digestión” al que aludíamos antes puede deberse a la íntima vinculación del método con sus condiciones filosóficas particulares. Como señala Phillip Stoellger, es allí donde podemos encontrar sus principales límites y debilidades como metodología, en su dependencia de un horizonte de cuestiones y rivales teóricos concretos.<sup>38</sup> Cabe señalar que gran parte de los defensores de la historia conceptual, y con ellos Blumenberg, buscaron contrapesar la dominancia de la historia social de corte marxista en la academia alemana de la época.<sup>39</sup> Así, puede reprocharse a esta forma de acceso su escasa atención a los aspectos “materiales” de la historia, a los condicionantes económicos y sociales que determinan las condiciones del mundo de la vida. Si bien Blumenberg trata de llevar a cabo una historia de la teoría buscando las motivaciones tras ella, pero ciñéndose a su objeto de estudio, no es menos cierto que

---

37 Ralph Konersmann, introducción al *Wörterbuch der philosophischen Metaphern* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2007), 11.

38 Phillip Stoellger, “Über die Grenzen der Metaphorologie. Zur Kritik der Metaphorologie Hans Blumenbergs und den Perspektiven ihrer Forstschreibung”. En *Metaphorologie. Zur Praxis von Theorie*, ed. de Anselm Haverkamp y Dirk Mende (Frankfurt: Suhrkamp, 2009), 206 y ss.

39 Ernst Müller, “El concepto de técnica de Blumenberg”. En *Hans Blumenberg: historia in/conceptual, antropología y modernidad*, ed. de Faustino Oncina Coves y Pedro García-Durán (Valencia: Pre-Textos 2015), 93.

una mayor atención a estos factores podría complementar la comprensión de las causas de su decurso. Por otra parte, la metaforología trata de mantener un equilibrio entre el estatismo de una hermenéutica heideggeriana, que busca un sentido del ser ahistórico, y la disolución en la polisemia a la que conducía la deconstrucción de Derrida y que anularía la posibilidad de una historia.<sup>40</sup> Así, las metáforas son plásticas, su interés radica en su mutabilidad, pero, a su vez, son elementos identificables que delimitan un terreno de significado acotado. La metáfora requiere, para ello, de aquel carácter intuitivo al que se aludía, un aspecto indudablemente problemático.<sup>41</sup>

Más allá de estas grandes dificultades teóricas, la praxis de la metaforología resulta ardua. En primer lugar, por el carácter azaroso de sus descubrimientos que su propio creador reconocía. A diferencia del lenguaje conceptual, las metáforas no aparecen en los índices de las obras, ni se recogen en diccionarios, por lo que su seguimiento es complejo. Esto se añade a la dificultad de habérselas con un lenguaje que esquivo de manera intencionada la univocidad y que, por ello, depende del horizonte social y lingüístico en el que se emite, sin remitirse a él de forma directa. Por ello, sus variaciones históricas pueden resultar muy heterogéneas. Todo esto explica esta difícil digestión de la metaforología, que solo poco a poco comienza a producir frutos. En última instancia, la atención de la historia intelectual por la metáfora ya se había desarrollado de forma independiente coincidiendo con su revalorización generalizada. En ese horizonte, la metaforología le ofrece a la historia intelectual algunos de los mejores ejemplos de estudio histórico y también el método más fundamentado y consciente para dicho análisis.

---

40 Phillip Stoellger, "Über die Grenzen der Metaphorologie...", 232 y ss.

41 Petra Gehring, "Das Bild vom Sprachbild. Die Metapher und das Visuelle". En *Begriffe, Metaphern und Imaginationen in Philosophie und Wissenschaftsgeschichte*, ed. de Lutz Dannenberg, Carlos Spoerhase y Dirk Werle (Wiesbaden: Harrasowitz, 2009), 81-100.

# Modernidad

ANDRÉS ARANGO

*Ante todo, la hermenéutica no apunta a la univocidad de lo que ella somete a su arte interpretativo [...] se ocupa de aquello que no sólo debe tener o no tener un sentido determinado, que pueda mantenerse a través de todas las épocas, sino de lo que, justamente por su polisemia, asume en su significación sus variadas interpretaciones. Ella atribuye a su objeto la capacidad de enriquecerse mediante una interpretación continuamente nueva, de manera que aquél base precisamente su realidad histórica en asumir nuevas formas de lectura, en ser soporte de nuevas interpretaciones.<sup>1</sup>*

HANS BLUMENBERG: *LA LEGIBILIDAD DEL MUNDO*

## Introducción

**D**e acuerdo con el filósofo español Faustino Oncina Coves, modernidad es una “noción fetiche de los historiadores conceptuales de distinto pelaje”.<sup>2</sup> De su sardónico aserto propongo tomar, por lo pronto, la afirmación de que *modernidad es una noción*. Esto nos quita el peso de empantanar la exposición con la cuestión de si modernidad es una categoría o un concepto y, en cambio, nos deja en la libertad de convocar estas denominaciones en caso de que se muestren como una necesidad imprescindible. Y ello porque, como

- 
- 1 Comienzo con esta cita de Blumenberg anticipando las objeciones que casi siempre se presentan con el aspecto de una exigencia: la exigencia de univocidad.
  - 2 Faustino Oncina Coves, “Historia in/conceptual y metaforología: método y modernidad”. En *Hans Blumenberg: historia in/conceptual, antropología y modernidad*, ed. de Faustino Oncina Coves y Pedro García Durán (Valencia: Pre-Textos, 2015), 14.

muchas otras, modernidad es una noción problemática, por lo que a primera vista no parece fácil decir de qué se habla cuando se usa.<sup>3</sup> No obstante, se puede comenzar por aceptar que esta noción condensa varias cosas. Lo primero, entonces, es dilucidar qué cosas son o constituyen modernidad.

Por lo general, la historiografía (no solo la intelectual, sino la historiografía, en general) tiende a abordar la modernidad como un período, como un tiempo o como una época diferenciada para cuya delimitación importa no solo la datación, sino ciertos acontecimientos que funcionan como marcas o como hitos que indican momentos de crisis y de cambio y de cierre o apertura (*v. g.*, la Revolución Industrial y el final de la Guerra Fría). Esto no significa que la historia no se ocupe de los *contenidos* de dicha época o que no dote de profundidad reflexiva los fenómenos que agrupa o los patrones que identifica de distintas maneras; por el contrario, entre las preocupaciones centrales de la historiografía ha estado la inquietud por ver qué tan ajustada es la idea de una modernidad respecto de las realidades empíricas en las que ocurre o a las cuales nombra. Esta aclaración es importante porque a continuación diré que, con un énfasis diferenciado, otras disciplinas, como la filosofía, la sociología o la ciencia política, tienden a ocuparse de lo que podríamos llamar, provisionalmente, los contenidos de la modernidad. Esto es evidenciable en las apuestas definitorias que hacen académicos de orientaciones diversas.

El acento que en los contenidos de la modernidad suelen poner disciplinas diferentes a la historiografía, no quiere decir que estas se libren de determinaciones temporales o epocales. El filósofo Gianni Vattimo, por ejemplo, aporta una “definición de la modernidad” que “se puede considerar ampliamente presente en muchos teóricos de lo moderno” en los siguientes términos: “la modernidad es aquella época en la cual el ser moderno se convierte en un valor, es más aún, en *el* valor fundamental al que todos los demás valores se refieren”.<sup>4</sup>

---

3 “De hecho, la multiplicidad de categorías analíticas con las que se autodefinían los movimientos de la modernidad se había convertido, en palabras de Arnold Schoenberg, en una ‘danza macabra de los principios’”. Carl Emil Schorske, *La Viena de fin de siglo: política y cultura* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2011), 17. El dato de Schorske muestra cómo ya en la primera mitad del siglo, protagonistas de la modernidad eran “víctimas” de esta proliferación interpretativa. Pero, además, no se trata de una mera anécdota. En la introducción a su libro, a la que pertenece el pasaje citado, forma parte de su testimonio como historiador respecto de los problemas que enfrentaba, hacia mediados del siglo xx, la historia, en lo que describe como una especie de agotamiento de las grandes categorías. Dicho agotamiento se convertiría luego en el caballo de batalla del posmodernismo.

4 Más adelante, en el mismo pasaje, el autor dirá que la “secularización” es lo moderno. Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna* (Barcelona: Gedisa, 1987), 91.



En esta apuesta definitoria podemos identificar un acento temporal más bien vago (es una época) y también la enunciación de un contenido con cierta ambigüedad, incluso un poco tautológico (ser moderno es el valor fundamental de la modernidad). Esto nos obligaría a clarificar en qué consiste ese valor y cuándo se impuso sobre otros, con lo cual podríamos tener unos contenidos y una duración; un período histórico.

Pero veamos otro ejemplo. El sociólogo Anthony Giddens sostiene, por su parte, que la modernidad es “un orden postradicional en el que, no obstante, la seguridad de tradiciones y costumbres no ha sido sustituida por la certidumbre del conocimiento racional”. Añade que “La duda, un rasgo que impregna la razón crítica moderna, penetra en la vida de cada día y en la conciencia filosófica y constituye un aspecto existencial del mundo social contemporáneo”.<sup>5</sup> Acá se complican un poco más las cosas porque se nos habla de un “orden postradicional”, con lo cual se recurre a la dicotomía tradición/modernidad, pero a continuación se nos indica que lo tradicional sigue pesando dentro de ese orden. Adicionalmente, se dice que la duda racional propia de la modernidad “penetra en la vida de cada día [...] y constituye un aspecto existencial del mundo social contemporáneo”. Tenemos, entonces, varios problemas: unas referencias al tiempo (tradición/pasado y modernidad/contemporaneidad/tiempo presente) y la certidumbre de la tradición en conflicto con la razón crítica moderna que duda todo el tiempo, pero que, aparentemente, no logra imponerse. Por último, la referencia al “aspecto existencial”, que nos conduce al contenido experiencial de la modernidad.

Así, enfrentado con la necesidad de utilizar o pensar la noción, el investigador debería estar en la capacidad de interrogarla desde diferentes perspectivas. ¿Es la modernidad un período histórico (una época)? ¿Cuál es “el valor” que la define (si es que existe)? ¿Es una forma de diferenciar entre el pasado y el presente (orden tradicional frente a orden postradicional)? ¿Es un código de procedimiento para interrogarlo todo (la “razón crítica moderna”)? ¿Conlleva la modernidad una manera de experimentar la realidad que le es propia? A estas preguntas, formuladas a partir de las definiciones presentadas, se les podrían sumar otras: ¿es la modernidad una forma de ver el mundo? ¿Es una configuración de la cultura occidental? ¿Es, en últimas, una faceta de la religión? ¿Es

---

5 Anthony Giddens, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea* (Barcelona: Península, 1995), 11. Más adelante insiste en esta idea de un orden postradicional: “La modernidad es un orden postradicional en el que a la cuestión ‘¿cómo he de vivir?’, hay que responder con decisiones tomadas cada día sobre cómo comportarse, qué vestir, qué comer —y muchas otras cosas—; además, tal cuestión se ha de interpretar en el despliegue de la identidad del yo en el tiempo”.

acaso un escurridizo problema filosófico? Aunque todas estas cuestiones no pueden ser respondidas en este capítulo, lo importante, y eso es parte de lo que pretendo mostrar aquí, es el tipo de pregunta que este problema permite en cada situación posible sin, por ello mismo, invalidar el resto del cuestionario. Y, no obstante, queda una observación adicional: ante la abundancia de hipótesis, teorías y opiniones, habrá de prestarse atención, en cada caso, a su utilidad metodológica. Acá trato de presentar algunas conclusiones que, espero, sirvan como puntos firmes de partida para quien los necesite.

## ¿Qué es modernidad?

### **Modernidad es el nombre que se le ha dado a un período del devenir humano: la edad moderna**

Que la modernidad es un período histórico es algo sobre lo que no parece haber dudas, lo que permite pisar uno de los terrenos más firmes al hablar de ella. Cuando el historiador alemán Reinhart Koselleck se pregunta, por ejemplo, si el “concepto histórico de ‘Modernidad’ nos ofrece algo más que una *división histórica del tiempo* que se desprende de los que nos han precedido”,<sup>6</sup> muestra el profundo nivel de arraigo de este valor, es decir, del valor del término como *nombre para distinguir un período*. La afirmación de Koselleck de la “división histórica” resulta más importante aún porque apunta a una profundización del significado de la noción: la división en épocas, más aún, la tríada antigüedad/edad media/modernidad es ya una radicalización de esta determinación temporal cuyo nivel de abstracción forma parte del pensamiento moderno mismo. Sobre lo que hay debates que pueden permanecer abiertos (o por lo menos, no completamente cerrados) es sobre la cuestión de cuándo comienza y cuándo termina. Acerca del comienzo de la modernidad, las posturas son múltiples. Entre muchas otras, algunas lo señalan en el cambio del geocentrismo al heliocentrismo, en el “descubrimiento” de América, en la invención de la imprenta, en el surgimiento del individuo, en la Revolución francesa o en la Revolución Industrial. Sobre el final de la modernidad, el debate se abrió en el siglo pasado, incluso con la marca precisa de *La condición posmoderna* (1979), de Jean-François Lyotard.

El filósofo Bolívar Echeverría, por ejemplo, favorece la tesis de que la modernidad comenzó en el siglo x. A partir de una síntesis de la lectura de autores como Lewis Mumford, Patrick Geddes, Marc Bloch, Fernand Braudel y Walter

---

6 Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993), 288. Énfasis añadido.

Benjamin, Echeverría fundamenta su argumento diciendo que tal comienzo se hallaría en un “momento histórico de una ‘revolución tecnológica’, como le llaman estos autores, que se esboza ya en torno a ese siglo x, durante lo que Mumford llama la ‘fase eotécnica’ en la historia de la técnica moderna, anterior a las fases ‘paleo-técnica’ y ‘neo-técnica’”; sostiene que esa revolución sería “tan radical, tan fuerte y decisiva” porque habría penetrado “las mismas fuentes de energía y la propia consistencia material (físico-química) del campo instrumental [...] que podría equipararse a la llamada ‘revolución neolítica’”; y finalmente añade que tal revolución habría implicado “reubicar la clave de la productividad del trabajo humano [...] en la *capacidad de decidir sobre la introducción de nuevos medios de producción, de promover la transformación de la estructura técnica del aparataje instrumental*”.<sup>7</sup>

Para Koselleck, en cambio, la modernidad arranca a mediados del siglo xviii y, en un período de cien años —al que llamó *Sattelzeit*—,<sup>8</sup> entre 1750 y 1850, ubica el proceso que conduce a su consolidación, proceso que identifica por la vía de una historia de los conceptos políticos fundamentales que aparecen en ese tiempo y que entiende a la vez como índices (es decir, como indicios, como evidencias) y como factores (*i. e.*, como elementos que introducen o determinan el cambio). No obstante, cabe aclarar que en su ordenamiento conceptual hay que distinguir entre dicho *proceso*, el *problema historiográfico* que significa el rastreo de cómo la disciplina —en sus diferentes momentos— fue dando cuenta del fenómeno y modificándose a sí misma y, por último, la aparición del “concepto exacto de ‘modernidad’”, que él ubica en el siglo xix y que “sólo se impuso después de que hubieran transcurrido cerca de cuatro siglos a los que tenía que abarcar como una unidad”.<sup>9</sup>

El historiador estadounidense Arno Mayer, en cambio, parece sugerir que la modernidad ocurre en el siglo xx, tras el final de la Primera Guerra Mundial o, más exactamente —y de acuerdo con el título de su libro, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*—, que hay una perpetuación del Antiguo Régimen hasta 1914. Según su tesis, las Primera y Segunda guerras mundiales constituyen una unidad —período al que denomina la crisis de la

---

7 Bolívar Echeverría, *¿Qué es la modernidad?* (México: UNAM, 2006), 16, 17. Énfasis añadido.

8 Aunque él mismo subvaloraría la noción, muchos continúan usándola; algunos de manera más bien descriptiva y otros de forma críticamente productiva, como es el caso de Palti, quien aclara que para Koselleck es en ese periodo que nace la modernidad política. Ver: Elías José Palti, *Una arqueología de lo político. Regímenes de poder desde el siglo xvii* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2018), 20.

9 Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, 290.

Guerra de los Treinta Años—, de la cual, la Primera “fue una expresión de la decadencia y caída de un antiguo orden que luchaba por prolongar su vida” y no “la ascensión explosiva de un capitalismo industrial empeñado en imponer su primacía” sobre un orden que era fundamentalmente “preindustrial y preburgués”. Aunque no construye una hipótesis explícita sobre la modernidad, el principio subyace a su trabajo y se manifiesta cuando declara que “A fin de *contrarrestar la forma en que crónicamente se han exagerado el desarrollo y el triunfo final de la modernidad* —incluso se llega a atribuir a la misma crisis, incluido el fascismo, el haber prestado un servicio a este proyecto y este resultado universales— [el libro] se centrará en la persistencia del antiguo orden”. Y añade que “estudiosos de todas las tendencias ideológicas” han desestimado la importancia de los factores “pre” de ese viejo orden por la vía de tratarlos “*como si fueran restos agonizantes, por no decir reliquias, en medio de unas sociedades civiles y políticas modernizantes*”.<sup>10</sup>

Ante esta variada oferta de propuestas de temporalización, de las que acá se ofrecen solo unos ejemplos, no hay que encender las alarmas. En realidad, estas determinaciones temporales obtienen su coherencia interna de los factores privilegiados, en cada caso, por los académicos que las han formulado. En el caso de Echeverría, se trata de cambios en las tecnologías del aprovechamiento de los recursos, en las que se apoyaría el proceso; en Koselleck, se trata de la aparición y concentración gradual de ciertos elementos del discurso —los conceptos— que evidencian cambios que se van intensificando y acelerando, tanto en el discurso mismo como en la realidad objetiva. Mayer, en cambio, quizá en una línea más tradicional de historia política, se apoya en la idea de una persistencia del Antiguo Régimen que se prolonga hasta bien entrado el siglo xx.<sup>11</sup> Y si bien digo que quizá en una línea más tradicional, su tesis, en términos historiográficos resulta bastante controversial, pues parece contradecir la opinión, más o menos generalizada, según la cual, la modernidad ocurre a lo largo de los siglos xviii, xix y xx y se intensifica y se consolida en este último.<sup>12</sup> Echeverría, por ejemplo, se refiere al xix como “el ‘siglo moderno’ por antonomasia”,<sup>13</sup> lo que resulta incompatible con la propuesta de Mayer.

---

10 Arno Joseph Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra* (Barcelona: Altaya, 1997), 15, 16. Énfasis añadido.

11 Vale la pena anotar que entre estos tres casos ejemplares (Echeverría, Koselleck, Mayer), los dos últimos, si bien están lejos de tener objetos y métodos similares, sí comparten un énfasis: el énfasis político.

12 La tesis de Mayer es también una crítica de la modernidad postulada por la academia.

13 Bolívar Echeverría, *¿Qué es la modernidad?*, 14.

## Modernidad es una configuración histórica y una forma de experimentar el tiempo: modernidad, tiempo e historia

La relación entre modernidad e historia es crucial porque ambas nociones se refieren mutuamente. O, más exactamente, porque con la historia —como disciplina— se atestigua la aparición y el cambio de esa época que luego recibiría el nombre de modernidad y porque, a su vez, esta época va modificando el pensamiento histórico —que se expresa en la historia y en la filosofía— y, por otra parte, también la concepción y la experiencia del tiempo histórico. Koselleck explica, por ejemplo, cómo el adjetivo “moderno” (“actual”), en la expresión, “tiempos modernos”, contiene tres capas de sentido relacionadas con lo temporal: nuevo, en el sentido simple de “diferente al pasado”; nuevo, en el sentido de *radicalmente nuevo*, es decir, nunca antes experimentado; y una última capa, epocal, derivada de aquellas dos, es decir, referida a un período diferenciado al de la Edad Media.<sup>14</sup> Respecto al tiempo, la modernidad inaugura la concepción de un tiempo que se orienta, fundamentalmente, hacia el futuro, “del devenir de la temporalidad, entendido como un flujo irreversible”,<sup>15</sup> una de cuyas consecuencias más notorias es la idea de progreso, del avance hacia un mejoramiento continuo. La experiencia moderna del tiempo, por otro lado, se relaciona con cambios efectivos en las tecnologías humanas que contribuyen a una sensación de aceleración. Entre otros factores están las ciudades masificadas (cuya aglomeración acentúa una especie de aturdimiento sensorial) y los medios de transporte y comunicación que acortan las distancias (y, por lo tanto, los períodos de desplazamiento).

Digamos, de paso, que Koselleck también aporta, allí mismo, un doble dato que es esclarecedor y que contribuye a afinar el ojo del historiador: 1) que esta tercera capa de sentido es retrospectiva (“retroactiva”, en la traducción española); 2) que, en general, el pensamiento que una época tiene de sí misma y que ocurre tardíamente, es una característica, precisamente, del pensamiento de la modernidad.<sup>16</sup> El Renacimiento y la Reforma, por ejemplo, se pensaron a sí mismas así, es decir, como períodos constituyentes de la época moderna.

---

14 Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, 296, 297.

15 Elías José Palti, “Pensar históricamente en una era postsecular. O del fin de los historiadores después del fin de la historia”. En *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, ed. de Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín (Madrid: Siglo XXI, 2008), 29.

16 Como ejemplo valga el siguiente, de la explicación del mismo Koselleck: “El concepto de Edad Media se impuso, pues, de forma general en el siglo XVIII —aún de manera peyorativa—, convirtiéndose en el siglo XIX en el *topos* firme de la

## Cambios sociales, políticos, económicos y culturales: los contenidos de la modernidad

Hasta ahora hemos tratado la noción de modernidad como el nombre específico de una época histórica y como su forma típica de relacionarse con el tiempo y con la historia. Estas cuestiones forman parte también de sus contenidos, pero se suman a muchas otras, incluida la propensión clasificatoria de una “época que quiere conocer sus problemas”.<sup>17</sup> En su artículo, por ejemplo, Koselleck afirma que *las teorías de las épocas históricas no se nutren de determinaciones temporales sino de determinaciones de contenidos* que le proporcionan a una época su peculiaridad. En el caso de la modernidad, dice, “existen cada vez más intentos de clasificar las épocas según su estructura organizativa espiritual, política, social o económica, siendo esto lo que caracteriza la ‘modernidad’”.<sup>18</sup>

Los cambios atribuidos a —o desencadenantes de— la modernidad están fuertemente imbricados y se le debe a las ciencias sociales y humanas su separación temática. Usualmente, con ánimo generalizador, se pueden postular en este caso como cambios políticos fundamentales: el inicio del proceso de abolición del Antiguo Régimen a finales del siglo XVIII,<sup>19</sup> el surgimiento de los Estados nacionales y el triunfo de la democracia como forma política privilegiada; como cambios económicos: la Revolución Industrial, los grandes desarrollos técnicos que se fueron multiplicando a lo largo del siglo XIX y la imposición del capitalismo como ordenamiento económico dominante; como cambios sociales: el surgimiento de la ciudad grande y masificada, cuyas masas, a su vez, retroalimentan y empujan el cambio al ser partícipes cada vez más, de formas diversas, en los grandes acontecimientos que ocurren progresivamente con mayor frecuencia.

---

periodización histórica”. Más adelante dice, “El ‘Renacimiento’ fue implantado por la Ilustración, principalmente como el concepto histórico-literario y artístico de una época, antes de que se pusiera de moda en el siglo XIX —gracias a Michelet y a Burckhardt— como concepto general para un período”. Koselleck, *Futuro pasado*, 293, 294.

17 Se trata de la voz de Blumenberg, citada por Marco Mauerer, “Historias sobre los humanos: la perspectiva antropológica sobre el mito de Blumenberg”. En *Hans Blumenberg: historia in/conceptual, antropología y modernidad*, ed. de Faustino Oncina Coves y Pedro García Durán (Valencia: Pre-Textos, 2015), 201.

18 Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, 291.

19 Que este resista hasta la segunda década del XX, según la hipótesis de Mayer, es otra cuestión.

## Cultura y experiencia de la modernidad

Estos gruesos caracteres de la modernidad que acabo de esbozar me sirven para entrar en la cuestión de la cultura, entendida aquí en el sentido más amplio. En sentido amplio, significa que no solo se pueden entender como cultura de la modernidad los fenómenos más claramente relacionados con el arte (literatura, pintura, escultura, música, etc.) y el pensamiento (filosofía, ciencias sociales, etc.). Una forma de organización política (democracia, por oposición a los regímenes de tipo monárquico despótico o a los autoritarios);<sup>20</sup> una concepción de la economía (capitalismo, como antítesis del modelo feudal); el privilegio de un tipo de espacio físico de convivencia (la ciudad, en lugar del campo) y la imposición de los valores de una capa de la sociedad sobre otros (la burguesía, respecto del proletariado, pero también de la aristocracia) también forman parte de dicha noción de cultura. Esto no implica que los fenómenos mencionados ocurran, por supuesto, sin contradicciones o sin engendrar sus propias antítesis, pero, en general, forman parte de una especie de faceta de la modernidad triunfante que, inclusive, es la misma que luego sería objeto de críticas.<sup>21</sup>

---

20 En un análisis sobre Madison y la república en los Estados Unidos dice Norberto Bobbio que este entiende por tal “el gobierno representativo, precisamente la forma de gobierno que hoy nosotros, convencidos de que en los grandes estados no es posible otra democracia más que la representativa, si bien en algunos casos corregida e integrada por institutos de la democracia directa, llamamos sin necesidad de especificaciones ulteriores democracia [y] que contraponemos a todas las formas antiguas y nuevas de autocracia”. Y complementa: “Se debe a Alexis de Tocqueville [...] el reconocimiento, casi la consagración, del nuevo Estado en el nuevo mundo como forma auténtica de la democracia de los modernos contrapuesta a la democracia de los antiguos”. *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 211, 212.

21 Como la de Mayer, quien sostiene que “estudiosos de todas las tendencias ideológicas han disminuido la importancia de los intereses económicos preindustriales, de las élites preburguesas, de los sistemas de autoridad predemocráticos, de los lenguajes artísticos premodernistas y de las mentalidades ‘arcaicas’ [...] como si fueran restos agonizantes [...]. Han exagerado enormemente la decadencia de la tierra, del noble y del campesino; la contracción de las manufacturas y el comercio tradicionales, de los burgueses provinciales y de los trabajadores artesanales; la derogación de los reyes, las noblezas militar y de toga y las cámaras altas; el debilitamiento de las religiones organizadas y la atrofia de la alta cultura clásica. En la medida en que los historiadores económicos, políticos y sociales reconocen alguna vitalidad a estos vestigios de un pasado moribundo, los presentan como si utilizaran esa vitalidad, o abusaran de ella para retrasar,



También son fenómenos propios de la cultura de la modernidad el individuo y el individualismo; el desencantamiento del mundo y la confianza en la técnica y el progreso humanos. La aparición del individuo es un fenómeno de largo aliento en el que jugaron un importante papel la Reforma protestante, la Ilustración y el Romanticismo.<sup>22</sup> La primera, introdujo un cambio relevante en la manera como los sujetos se relacionaban con la fe, más directa y sin la mediación impuesta por la Iglesia católica a través, sobre todo, del sacerdote y de los rituales. La lectura íntima de la palabra, en el hogar, es uno de los fundamentos de una actitud introspectiva que pasó, con efectos diversos, a la filosofía y a la literatura. La segunda, ya en el siglo XVIII, afianzó no solo una confianza prácticamente irrestricta en una especie de razón que matematiza para explicar el mundo,<sup>23</sup> sino que terminó de consolidar la idea del sujeto como centro del universo, fundamentando, de paso, la muy moderna idea de “la muerte de Dios”, con la cual el hombre “quedó a merced de sí mismo”. Por último, el Romanticismo,

---

perturbar y complicar el crecimiento, finalmente inevitable, de la industrialización capitalista, la nivelación social y la liberalización política. Con ese mismo ánimo teleológico, los historiadores culturales han estudiado los logros de las vanguardias artísticas, al mismo tiempo que desechaban desdeñosamente las culturas académicas por considerarlas agotadas y por obstruir la marcha preordenada hacia el modernismo”. Arno Joseph Mayer, *La persistencia...*, 16.

22 Es un lugar común entender el Romanticismo como una reacción “pasional” contra la “fría” razón ilustrada, pero la relación no es meramente de radical oposición. Un ejemplo de esto es la concepción de la historia de ambos fenómenos. Según Ernst Cassirer, la acusación de ahistórica que se le lanza a la Ilustración fue una “consigna” del Romanticismo al que, sin embargo, esta dotó de las “armas” metodológicas para una inmersión en el pasado lejano: “Si el Romanticismo desconoce en su mayor parte esta decisiva labor de vanguardia y si no raramente la ha puesto de lado con desprecio, no por eso su juicio ha de perturbar el nuestro”. Por otro lado, afirma sobre la Ilustración que la “visión del siglo XVIII no es tanto un *cuadro* acabado, terminado en sus perfiles, cuanto una *fuera* que actúa en todos los sentidos”. *Filosofía de la Ilustración* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 222, 224.

23 Esta razón que matematiza se relaciona también, ciertamente, con la noción de “desencantamiento”, que se ha convertido en un patrimonio común de la sociología y las ciencias sociales y ha sido objeto de comparaciones y de ampliaciones. Echeverría, por ejemplo, la menciona, junto a la de “desdeificación” (de origen heideggeriano), “que implica una sustitución radical de la fuente del saber humano. *La sabiduría revelada es dejada de lado en calidad de ‘superstición’*, de remanente de creencias obsoletas, y en lugar de ella aparece como sabiduría aquello de lo que es capaz de enterarnos la razón que matematiza la naturaleza, el ‘mundo físico’”. Bolívar Echeverría, *¿Qué es la modernidad?*, 10. Énfasis añadido.

con su puesta en primer plano del héroe trágico, solitario e incomprendido, en pie de lucha contra la injusticia de un mundo que él mismo, quizá sin querer, había ayudado a construir.

Por otro lado, al economista y sociólogo alemán Max Weber se le debe la noción de “desencantamiento del mundo” (*Entzauberung der Welt*) con la que identificó los procesos de racionalización de las religiones que implicaban desprendimientos progresivos de los elementos mágicos, rituales y supersticiosos, entre otras cosas.<sup>24</sup> Max Horkheimer y Theodor Adorno aportaron una nueva capa de sentido en la que el “desencantamiento” es interpretado también como despojamiento del alma de la naturaleza, que es precondition para su dominio, lo que muy *grosso modo* significa la separación de la humanidad de la naturaleza, su extrañamiento. En algún momento escribieron: “El animismo había vivificado las cosas; el industrialismo reifica las almas”.<sup>25</sup>

La idea de progreso, por último, es una de las más reconocidas y más frecuentemente asociadas con la modernidad. Se trata, de manera muy general, de la confianza en que la humanidad está siempre en un proceso de mejoramiento continuo, consecuencia lógica, directa e inevitable, de la introducción de mejoras en las técnicas de producción, en las ciencias y en la administración de la población, lo que conllevaría una distribución cada vez más amplia del bienestar en los niveles material y espiritual. Esta idea está directamente relacionada con la concepción lineal de un tiempo que se mueve siempre hacia adelante. Algunos autores la definen directamente como una ideología, otros como una fe y, en algunos casos, ambas definiciones se hallan mezcladas. Cabe agregar que es uno de los componentes más criticados de la cultura de la modernidad.<sup>26</sup>

---

24 Una muy completa discusión sobre esta noción se encuentra en la “Introducción” de Francisco Gil Villegas a Max Weber, *Economía y sociedad* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014), 10-107.

25 Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos* (Madrid: Trotta, 1998), 81.

26 “La afirmación de que el progreso es la marcha hacia la abundancia, la libertad y la felicidad, y de que estos tres objetivos están fuertemente ligados entre sí, no es más que una ideología constantemente desmentida por la historia”. Alain Touraine, *Crítica de la modernidad* (México: Fondo de Cultura Económica, 2015), 9. Al principio de su planteamiento del concepto de “sociedad del riesgo”, Ulrich Beck hace referencia al “deterioro, descomposición y desencantamiento de los *magmas de sentido colectivo* y de determinados grupos (por ejemplo, *fe en el progreso*, conciencia de clase) pertenecientes a la cultura de la sociedad industrial (grupos que con sus formas de vida e ideas sobre la seguridad han respaldado hasta el siglo xx las democracias occidentales y las sociedades centradas en

## Modernidad y secularización

En términos filosóficos, teóricos y académicos, secularización es un concepto que explica un fenómeno concomitante a la modernidad por el cual cada vez mayor cantidad de factores de la actividad humana se van desprendiendo de la necesidad de un asidero trascendente, es decir, de las ideas de Dios, de la religión (católica, mayoritariamente) y del presentimiento (reconfortante o amenazante) de la existencia de un “más allá”. Consecuentemente con este desprendimiento, se genera una especie de reemplazo mundano-terrenal de esos factores, puestos en duda o desaparecidos. Algunos de esos factores de reemplazo pueden ser el mismo Estado-nación o la idea de progreso, como ya se mencionó, muchas veces concebida como una fe. Existe un debate sobre si dicho proceso de secularización es producto de la modernidad o, por el contrario, la engendra. En cualquier caso, el concepto de secularización ya es inseparable de la noción de modernidad. En el ejemplo de Vattimo —citado al principio—, ese valor supremo del que habla parece ser la secularización, cuyo arraigo, precisamente, también es lo que permite hablar de una “era postsecular” —como lo hace Palti—. <sup>27</sup> Pero, por otra parte, la idea de que la secularización es el reverso de la modernidad es una idea desmentida por Blumenberg. <sup>28</sup>

---

lo económico). Ulrich Beck, “Teoría de la sociedad del riesgo”. En *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, comp. por Josetxo Beriaín (Barcelona: Anthropos, 1996), 204. Énfasis añadido. “[...] el punto clave de la secularización en el plano conceptual es la fe en el progreso (o la ideología del progreso)”. Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad*, 92.

27 “Que vivimos en un mundo postsecular significa que no sólo Dios nos ha abandonado, sino que sus remedos seculares (la libertad, la nación, la democracia, la justicia, la historia) han perdido también su eficacia como dadores primitivos de sentido (como conceptos articuladores de *mundos*) [...] La diferencia fundamental que distingue nuestra época postsecular respecto de la anterior era secular es, en fin, que el Sentido, a diferencia de Dios, *no es una hipótesis de la que podamos prescindir*”. Elías José Palti, “Pensar históricamente en una era postsecular...”, 34, 36.

28 “No es la secularización en sí lo que se rechaza, sino el servicio prestado por ella como argumento justificativo de la *importancia*, el *valor cultural* del cristianismo dentro del mundo”. En el mismo marco de la discusión sobre la secularización, habla Blumenberg de la *mundanización*, otro término a veces usado como sinónimo del primero: “Esta representación ahistórica desfiguraría la autenticidad de la Edad Moderna, hasta hacer de ella una existencia residual, un substrato pagano que simplemente habría quedado al retirarse la religión a su autárquico apartamiento del mundo. En todo caso, no se llegaría a una comprensión histórica de la secularización concibiendo lo mundano que va ahí implicado como la

## Modernidad, modernización, modernismo, posmodernidad

Hemos llegado a este punto intentando dilucidar la multiplicidad de cosas que son modernidad. Sintéticamente, podemos afirmar que se trata del nombre que la humanidad le ha dado a una época que se caracteriza por unas formas y unas estructuras de lo social, de lo político y de lo económico, tres factores entendidos como productos de la cultura (en sentido amplio, es decir, como realizaciones humanas que modifican su forma de ser en el mundo y el mundo mismo). *Modernización* es el nombre que se le da, por lo general, al proceso que conduce a ese estadio histórico; aunque casi siempre referido a lo tecnológico y material, es decir, a los grandes avances técnicos desde el punto de vista histórico y sociológico. Se entiende también como la tendencia, en la faceta “inmaterial” de la cultura, a alcanzar el mismo ideal propuesto y promovido por la modernidad. Esta faceta ha dado origen a teorías de modernidades incompletas o, en el caso de Europa, de modernidades superadas, condición de posibilidad de las teorías de la posmodernidad y de la era postsecular. *Modernismo* es, en cambio, el nombre que, en diferentes contextos, reciben algunas tendencias artísticas (de la literatura a la arquitectura) desarrolladas entre el último cuarto del siglo XIX y el primero del XX. En algunos casos, el término se usa de forma intercambiable con modernidad, ambigüedad que, si bien puede confundir, es casi siempre productiva si se accede a ella con un mínimo de información. En Latinoamérica y en España, modernismo hace referencia a un movimiento mayoritariamente literario que ocurrió en diferentes momentos entre esos dos cuartos de siglo ya referidos. *Posmodernidad* es el nombre que ha recibido la tentativa por identificar un posible cambio de tamaño inconmensurable, una especie de cataclismo cultural e histórico que se derivaría del agotamiento de la modernidad. Como en la tesis de Arno J. Mayer de *La persistencia del Antiguo Régimen*, más que comprobar una realidad objetiva (el fin de la modernidad), lo que habría logrado sería un enriquecimiento del debate de las grandes cuestiones políticas, ideológicas y culturales, debate que continúa hoy. En una muy productiva función de contraste por construcción de una dicotomía simple, la posmodernidad se ha obligado a identificar qué es lo moderno para poder constituirse como su negación, como su reemplazo o como su transformación. No obstante, cabe aclarar que a la conflictiva modernidad de la primera mitad del siglo XX se le debe también la noción de la *simultaneidad de lo no simultáneo*, tan útil para explicar la coexistencia de fenómenos históricos diversos que quizá, antes, eran inexplicables sin correr el riesgo de la acusación de anacronismo

---

recuperación de algo prístino perdido con el cristianismo”. Hans Blumenberg, *La legitimación de la edad moderna* (Valencia: Pre-Textos, 2008), 17, 18.

(otra noción que ha entrado en revisión hace tiempo, por lo mismo). Así, resulta casi imposible negar que la posmodernidad se ha anotado algunos puntos, pero, al mismo tiempo, que el edificio enorme (y tal vez vetusto) de la modernidad simplemente ha sido erosionado por un ventarrón cargado de polvo. Tal vez así sean los cambios de época, como dos grandes remolinos de arena que chocan y se entremezclan hasta que alguno de los dos, eventualmente, desaparece absorbido por el otro.

## ¿Cuál es la relevancia de la modernidad para el estudio de la historia intelectual?

No solo el tipo social del intelectual, tal y como lo conocemos, sino el campo histórico mismo de la historia intelectual son fenómenos propios de la modernidad. Incluso si la entidad de eso conocido como modernidad es constantemente puesta en cuestión, el ataque proviene casi invariablemente de los intelectuales mismos, atrincherados en los surcos cavados en su fértil suelo, cualquiera sea la forma que tomen: publicistas, políticos, escritores, académicos o expertos. Así como habría sido poco probable una arqueología sin los vestigios y rastros de antiguas sociedades y civilizaciones, de la misma manera es posible aventurar que no habría intelectuales fuera de la modernidad. O, dicho de otra manera: el intelectual como individuo especializado diferenciado es un producto moderno y su industria ha sido posible solamente en interrelación con un conjunto de factores que pertenecen a la misma época.

Hasta cierto punto, este carácter moderno del intelectual explica la existencia de una tradición académica que ubica su surgimiento con el caso Dreyfus, en Francia, en 1898.<sup>29</sup> No obstante, con los ajustes metodológicos debidos, se puede profundizar en la historia e identificar figuras similares a él. Por lo pronto, para el objetivo de este capítulo, cabe simplemente enunciar algunas de las relaciones posibles dentro de las que se puede entender, en la modernidad, la historia intelectual. Con el surgimiento de los modernos Estados-nación, por lo general, se asocian individuos o colectivos que, durante estos procesos, fueron los que definieron los marcos mentales, políticos e ideológicos dentro de los cuales fueron posibles las aboliciones del Antiguo Régimen o las independencias. En estos mismos procesos nació la prensa, tal cual la conocemos, espacio privilegiado de la acción de sujetos que muchas veces entraban y salían de diferentes

---

29 Para una referencia rápida sobre el término y sobre su relación con este caso y, tangencialmente, con las sociedades modernas, se puede consultar un ágil ensayo del profesor Carlos Altamirano: "Intelectuales: nacimiento y peripecias de un nombre", *Nueva Sociedad*, n.º 245 (2013).

ámbitos; es decir, no eran solamente políticos o juristas, sino también, muchas veces, militares o revolucionarios. Con la consolidación de la industrialización y la imposición de la gran ciudad como espacio privilegiado para la vida de la humanidad, se fue gestando lentamente una capa social de público lector, fenómeno que, no sobra decirlo, ocurrió con ritmos diferenciados, sobre todo entre Europa y América. El desarrollo de las sociedades de masas permitió la aparición de públicos lectores, en unos casos, para la literatura y los escritores, en otros, para la prensa y los periodistas, reitero, en momentos y con ritmos diferentes, según los contextos. La figura del escritor profesional, por ejemplo, apareció mucho más rápido en Francia, donde ya a mediados del siglo XIX existieron figuras tan trascendentales como Flaubert o Zola; mientras que en Latinoamérica, a pesar de las independencias y de la prensa con ellas asociadas, la profesionalización del escritor fue mucho más tardía.

Por otro lado, los antagonismos políticos y económicos (y los grandes procesos a los que dieron origen) también hicieron surgir grandes capas de pensadores que se han estudiado desde la perspectiva de una historia intelectual o de una historia de los intelectuales. Valgan a modo de ejemplo: *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (1976), de Perry Anderson o *La imaginación dialéctica* (1973), de Martín Jay. En la primera obra, Anderson aclara explícitamente que se trata de estudiar una “tradición intelectual común” y, de forma muy sintética, pasa revista a la “tradición clásica”, que sería la que anticiparía a la propiamente “occidental”. En la segunda, Jay hace un muy completo estudio de la escuela de Fráncfort y de la teoría crítica en la que hay un gran peso biográfico. A todo esto se le debe sumar la consolidación y compartimentación de las diferentes disciplinas académicas en la universidad, que hizo aparecer la capa de los académicos. Justo en el cambio del siglo XIX al XX, durante el caso Dreyfus, aparecieron juntos varios de los tipos acá vagamente esbozados.

## Conclusión

Hace unos años llegué a la inquietud por la modernidad cuando leí un ensayo titulado *Modernismo* (1983), del colombiano Rafael Gutiérrez Girardot. Mientras trataba de encontrar quizá nuevas interpretaciones sobre el fenómeno literario latinoamericano conocido con ese nombre, me topé con un muy productivo uso del concepto de secularización, así que traté de indagar un poco más sobre él y sobre cómo se relacionaba con modernismo y con modernidad y terminé tratando de explicar su rendimiento en la obra del ensayista. Muchas de las conexiones que hoy en día llevo a cabo le deben mucho a ese autor, a ese libro, a esa lectura y al uso del concepto para entender la modernidad literaria.

Una de las cuestiones relevantes que saltó a la vista fue cómo, desde finales del siglo XVIII, un sinfín de manifestaciones del pensamiento están relacionadas con ese progresivo fenómeno de secularización del mundo o, mirado desde su hipotética cara opuesta, de modernización. De múltiples maneras, las impresiones que en la humanidad ha dejado la modernidad se reflejan en la obra del pensamiento occidental. Del hombre de letras al intelectual comprometido, pasando por el artista y el filósofo, estas impresiones pueden aparecer tematizadas: la abismal consciencia de la muerte de Dios, la angustia ante el avasallamiento del progreso, el anonimato y la soledad inconmensurable de la vida urbana, el aturdimiento del sujeto expuesto a la sociedad de masas y los nuevos medios de comunicación o, por último (y entre otras cosas), la atestiguación de la tecnología y la racionalidad puestas al servicio de una empresa de destrucción en la primera mitad del siglo XX, son algunos de los caracteres de la modernidad que han quedado estampados en el arte y la literatura, en la filosofía y la historia.

En este sentido, a la hora de emprender la tarea de la historia intelectual, hay que tener en cuenta cómo han influido algunas de estas grandes cuestiones en los diferentes contextos que se estudian. No ocurren con la misma intensidad las distintas formas de surgimiento de intelectuales en Europa que en América. Las sociabilidades intelectuales, por ejemplo, eran ya un rasgo de la cultura del Viejo Continente durante el siglo XVIII; mientras que en Latinoamérica se irían manifestando con mayor frecuencia cuando, al tomar el mando de las recién creadas naciones, en el XIX, los hombres de letras y los publicistas se agruparan en torno a ideales compartidos en los que se combinaban las discusiones sobre la forma adecuada de conducir una nación con aquellas acerca de cuál era la forma literaria más adecuada al proyecto nacional. Otro ejemplo: mientras que la escuela de Fráncfort, por ejemplo, estuvo fuertemente marcada por la impronta de la Segunda Guerra Mundial y del exilio norteamericano, la intelectualidad latinoamericana asistía como espectadora del cataclismo mientras lidiaba con la importación de los conflictos políticos europeos en el nivel ideológico y tempranamente compraba el antagonismo entre el fascismo y el comunismo, primero, y entre este y el capitalismo, después. Un ejemplo más: la tradición revolucionaria moderna, inaugurada en Inglaterra y en Francia antes del XIX, arribó al siglo XX de camino por México y, de esta forma, marcó tempranamente un giro en la historia intelectual de esta nación, diferenciándola del resto de países latinoamericanos. Estos son ejemplos de la gran cantidad de fenómenos que constituyen la modernidad y la convierten en una coordenada imprescindible para la historia intelectual.



## Palabra/Concepto

ÓSCAR JAVIER LINARES LONDOÑO

Entre los numerosos aportes teóricos y metodológicos de la historia conceptual alemana (*Begriffsgeschichte*) (en adelante, *BG*),<sup>1</sup> la distinción entre palabra y concepto merece una mención especial.<sup>2</sup> Se trata, sin duda, de uno de los pilares más sobresalientes de este campo de investigación histórica, pues, tal como se ha advertido, “la diferenciación entre concepto y palabra es el punto de partida de todas las reflexiones de Koselleck”<sup>3</sup> y, por ello, “sólo a partir de la especificidad del concepto adquiere sentido la empresa koselleckiana”.<sup>4</sup> Por tanto, que la *BG* distinga los conceptos de las palabras no es una mera argucia formal sin consecuencias teóricas y metodológicas.<sup>5</sup> La distinción

- 
- 1 Para una ampliación de este enfoque historiográfico, véase el capítulo “Historia conceptual alemana (*Begriffsgeschichte*)”, incluido en este libro.
  - 2 Sobre la relevancia de esta distinción véase, Óscar Linares, *Un mapa del giro metodológico. Historia de las ideas, los conceptos y los lenguajes políticos en América Latina* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2021), 98-108.
  - 3 Joaquín Abellán, “En torno al objeto de la ‘historia de los conceptos’ de Reinhart Koselleck”. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, ed. de Enrique Bocardo Crespo (Madrid: Tecnos, 2007), 218.
  - 4 Emmanuel Biset, “Conceptos, totalidad y contingencia. Una lectura de Reinhart Koselleck”, *Res Publica*, n.º 23 (2010), 129.
  - 5 Sobre la teoría y metodología propuestas por Koselleck, véase: Alejandro Cheirif Wolosky, “La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck”, *Historiografías*, n.º 7 (2014): 85-100; Ezequiel Pinacchio, “Sobre el concepto de concepto en Reinhart Koselleck. Entre las condiciones de la historia y la historia de las condiciones”, *Conceptos históricos*, año 4, n.º 5 (2018): 48-71; Gonzalo Bustamante y Carolina Bruna, eds., *Historia conceptual y politización de una teoría* (Valencia: Tirant, 2021); Rodrigo Cordero, *La fuerza de los conceptos. Ensayos en*

es relevante, en primer lugar, porque permite cristalizar el foco de análisis de la BG y, con ello, su especificidad como campo de investigación: se trata de una historia de los conceptos político-sociales, no de una historia de las ideas, las palabras o los lenguajes políticos. En segundo lugar, la distinción posibilita divorciar la propuesta koselleckiana “de muchos de los supuestos de la vieja historia de las ideas”,<sup>6</sup> pues, en contraste con las ideas reificadas, los conceptos no tienen un núcleo invariable o sustrato definicional inmutable: si las ideas son glaciales inalterables, los conceptos serían avalanchas que se van modificando al arrasar todo a su paso. Finalmente, separar los conceptos de las palabras facilita tematizar la fuerza propia de los conceptos, “sin cuyo uso nuestro obrar y sufrir humanos apenas serían experimentables y, con seguridad, no serían comunicables”.<sup>7</sup> Por todo ello, la distinción entre palabra y concepto no solo ocupa un lugar central en la BG de linaje koselleckiano, sino que constituye un elemento imprescindible en la reciente “revolución en la historiografía del pensamiento político”.<sup>8</sup> En lo que sigue me propongo clarificar esta distinción puntualizando en los elementos que pueden resultar de interés para la historia intelectual latinoamericana.

## La historia sedimentada en los conceptos

La distinción entre palabra y concepto fue desarrollada tempranamente por Koselleck en la introducción a los *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (*Conceptos históricos fundamentales: Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*),<sup>9</sup> obra que ha permanecido

---

*teoría crítica e imaginación política* (Santiago de Chile: Métales pesados, 2021); Alfonso Galindo Hervás, *Conceptos políticos fundamentales: un análisis contemporáneo* (Madrid: CEPC, 2021); Felipe Torres, ed., *Conceptos que hacen historia(s). A partir de Reinhart Koselleck* (Santiago de Chile: Pólvora, 2022); Maximiliano Hernández y Héctor del Estal, eds., *Conceptos en disputa, disputas de conceptos* (Madrid: Dykinson, 2022).

- 6 Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, “A manera de introducción. Historia, lenguaje y política”, *Ayer*, n.º 53, 1 (2004), 22.
- 7 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia social”. En *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, de Reinhart Koselleck (Barcelona: Paidós, 1993), 105.
- 8 John Greville Agard Pocock, *Virtud, comercio e historia. Ensayos sobre el pensamiento político e historia en el siglo XVIII* (Bogotá: Temis, 2018), 3.
- 9 Otto Brunner, Werner Konze y Reinhart Koselleck, eds., *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (Stuttgart: Klett-Cotta, 1972-1997), 9 vols.

como faro de referencia de la BG. La experiencia pasada y presente, afirma allí Koselleck, “siempre se ha plasmado en conceptos”,<sup>10</sup> en los conceptos se “agavilla”<sup>11</sup> la diversidad histórica, los conceptos son “concentrados”<sup>12</sup> de la multiplicidad de la experiencia. En otras palabras: la historia se encuentra sedimentada en los conceptos y, por lo mismo, los conceptos contienen la historia, esta es “la *premisa teórica* del método”<sup>13</sup> de Koselleck. Sin los conceptos no podríamos acumular las experiencias, así como tampoco podríamos incorporarlas en nuestras vidas, pues solo en el momento en que las experiencias quedan grabadas en los conceptos, impedimos que se diluyan y desaparezcan. Los conceptos son necesarios “para saber qué sucedió y para conservar el pasado en nuestro lenguaje”,<sup>14</sup> además permiten establecer “determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría concebible”.<sup>15</sup> En resumen, sin conceptos no habría pasado, presente ni futuro, no habría comunidad alguna ni acción social posible.

No obstante, la tesis según la cual en los conceptos está sedimentada la experiencia histórica requiere dos aclaraciones. En primer lugar, los conceptos no deben entenderse como meros receptáculos pasivos, no son simples silos en los que puedo almacenar la cosecha recogida o archivadores colmados de material acumulado. Si bien son depósitos de las experiencias pasadas y presentes, también son lumbrera que guía y proyecta el movimiento histórico. Los conceptos tienen dos caras: hacia el pasado, son indicadores que registran las experiencias, hojaldres que reúnen los distintos estratos significativos allí concentrados; hacia el futuro, tienen la posibilidad de ser factores que anticipan y modelan las expectativas de las sociedades. La orientación y carga temporal de los conceptos modela su “carácter anfibio, a horcajadas sobre la experiencia y la expectativa, sobre el recuerdo y la esperanza”.<sup>16</sup>

---

10 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Anthropos* 223 (2009), 93.

11 *Ibíd.*, 102.

12 *Ibíd.*

13 *Ibíd.*

14 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”. En *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta, 2012), 29.

15 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 118.

16 Faustino Oncina Coves, “Historia conceptual: ¿algo más que un método?”. En *Tradicón e innovación en historia conceptual. Métodos historiográficos*, ed. de Faustino Oncina Coves (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013), 32.

En segundo lugar, los conceptos tampoco son espejos retrovisores con los que se pueda ver de manera traslúcida el pasado, difícilmente pueden ser un registro exacto de lo que sucedió o corresponder de manera fiel con la realidad social. Según Koselleck, “ni la concepción lingüística alcanza a representar lo sucedido o lo que realmente fue ni nada sucede sin que su elaboración lingüística lo modifique”.<sup>17</sup> La realidad (tanto pasada como presente) y los conceptos se encuentran en una permanente tensión, en una dislocación que impide la subordinación de alguna de las partes: ni los conceptos son meras superestructuras de la realidad, ni la realidad es una simple invención lingüística. Así lo expresa Koselleck: por una parte, los conceptos “en los que se reúnen las experiencias y se engarzan las expectativas, no son, en tanto que producciones lingüísticas, meros epifenómenos de la llamada historia real”;<sup>18</sup> aunque, por otra parte, los conceptos se “basan en sistemas sociopolíticos que son mucho más complejos que su mera concepción como comunidades lingüísticas”.<sup>19</sup> Concepto y realidad (o historia conceptual e historia social) se remiten mutuamente, se necesitan, no puede haber conceptos sin una realidad extralingüística así como esa realidad, en tanto vivenciada por el ser humano, no puede convertirse en experiencia, sin conceptos. A pesar de remitirse y necesitarse, nunca coinciden completamente, el “significado y el uso de una palabra nunca establece una relación de correspondencia exacta con lo que llamamos la realidad. Ambos, conceptos y realidades, tienen sus propias historias que, aunque relacionadas entre sí, se transforman de diversa manera”.<sup>20</sup> Sin perder el vínculo, sus modificaciones siguen ritmos diferentes, por eso puede haber una historia de lo social, así como puede haber una historia de los conceptos.<sup>21</sup> Es extraño que conceptos y realidad coincidan en una y la misma historia.

En realidad, existen cuatro posibilidades lógicas en esta tensión entre conceptos (lingüísticos) y estados de cosas (extralingüísticos). En el primer caso,

---

17 Reinhart Koselleck, “Historia social e historia de los conceptos”. En *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta, 2012), 12.

18 Reinhart Koselleck, “Modernidad. Sobre la semántica de los conceptos modernos del movimiento”. En *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, de Reinhart Koselleck (Barcelona: Paidós, 1993), 288.

19 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 106.

20 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, n.º 53 (2004): 36.

21 Hay que ser cuidadosos con esta fórmula, “historia de los conceptos”, pues puede ser engañosa si se presupone una hipostatización del concepto. Sobre este punto, véase: Sandro Chignola y Giuseppe Duso, *Historia de los conceptos y filosofía política* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2009).

“el significado de una palabra así como el estado de cosas captado permanecen iguales sincrónica y diacrónicamente”;<sup>22</sup> en el segundo caso, permanece el significado de la palabra, pero se modifica el estado de cosas; el tercer caso es el inverso, se mantiene el estado de cosas, pero el significado de los conceptos cambia; finalmente, está el caso en que tanto significados como estados de cosas se desarrollan de forma separada.<sup>23</sup> Estas distintas posibilidades permiten entender en qué sentido el método de Koselleck “rompe con el ingenuo círculo vicioso entre palabra y cosa”:<sup>24</sup> ni estados de cosas ni conceptos tienen, el uno sobre el otro, una necesaria preeminencia ontológica o epistemológica. En realidad, la BG sería el cortocircuito de una relación que, apenas aparece jerarquizada, se desacopla y se rehace de nuevo. En lugar de circularidad, la BG propone una interdependencia indisoluble e irreductible entre conceptos y estados de cosas, por ello, puede entenderse como una “instancia metodológica última”<sup>25</sup> que discrepa tanto del materialismo como del idealismo.

## Palabras y conceptos

Estas puntualizaciones iniciales allanan el camino para esclarecer lo que separa al concepto de la palabra. La distinción parte de algunas coincidencias: palabras y conceptos son indistinguibles en el plano gramatical y las dos se caracterizan por su pluralidad de significados. No obstante, pasando del plano formal al pragmático, las divergencias emergen de inmediato: conceptos y palabras están unidos, pero los conceptos son mucho más que meras palabras. De acuerdo con el contexto de enunciación, la polisemia de una palabra puede derivar en univocidad, esto es, una palabra se puede definir. Por ejemplo, la palabra *hoja* tiene multiplicidad de significados, pero, si durante la lectura de este texto se me pide no pasar aún la hoja, seguro no confundiré esta página con la hoja que cae del árbol, la hoja de la cuchilla de afeitar, la hoja de la puerta o la hoja de vida. El caso de los conceptos es distinto. A diferencia de las palabras, para la BG, la polisemia de los conceptos se mantendrá siempre abierta y, por tanto, el concepto no podrá ser nunca definido en una univocidad. Si “solo es definible aquello que

---

22 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos...”, 32.

23 Los ejemplos de cada una de estas posibilidades lógicas se encuentran en Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos...”: 27-43.

24 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 118.

25 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual”. En *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta, 2012), 45.

no tiene historia”,<sup>26</sup> el concepto no solo la tiene, sino que la contiene; por tanto, ese contenido histórico, que no podrá ser definido, solo conseguirá ser descrito e interpretado usando las herramientas metodológicas semasiológicas (estudio de los significados a partir de los significantes) y onomasiológicas (estudio de los significantes a partir de los significados).<sup>27</sup> En últimas, un concepto, afirma Koselleck, “debe conservar su equivocidad a fin de poder ser concepto”.<sup>28</sup> En esta dirección, es interesante que la profusión de posibilidades que abre el carácter multívoco e indefinible de los conceptos quede compendiada en una variedad sugestiva de símiles y metáforas: los conceptos son “sedimentos”,<sup>29</sup> “núcleos de cristalización”,<sup>30</sup> “palimpsestos”,<sup>31</sup> “constelaciones”<sup>32</sup> y hasta “ganzúas”<sup>33</sup> que, a diferencia de las llaves, abren cualquier tipo de puerta.

Pero ¿qué explica que el concepto no pueda tener un significado unívoco? La respuesta está en la manera en que Koselleck caracteriza los conceptos: una palabra se convierte en concepto “cuando el conjunto de un contexto de significados sociopolítico en el que, y para el que, se utiliza una palabra entra todo él a formar parte de esa palabra”.<sup>34</sup> Lo que se sedimenta en el concepto es ese conjunto de significados sociopolíticos. El concepto, en su generalidad, es el concentrado de esa multiplicidad histórica. Por eso, para la BG, la polisemia del concepto no puede transitar a univocidad, pues, si lo hiciera, ya no estaríamos hablando de ese conjunto en su totalidad (diacrónica) sino tan solo de uno de sus elemen-

---

26 Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral. Un escrito polémico* (Madrid: Alianza, 2005), 103.

27 Para una ampliación de estas vías metodológicas, véase el capítulo “Semasiología/Onomasiología” incluido en este libro.

28 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 101.

29 Faustino Oncina Coves, “Nomadismo conceptual y autodeterminación como destino. A modo de introducción”. En *Conceptos nómadas. Autodeterminación*, ed. de Faustino Oncina Coves, Nerea Miravet y Héctor Vizcaíno (Valencia: Universitat de València, 2014), 11.

30 Hans Erich Bödeker, “Historia de los conceptos como historia de la teoría. Historia de la teoría como historia de los conceptos. Una aproximación tentativa”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Universidad de Cantabria/McGraw-Hill, 2013), 21.

31 Faustino Oncina Coves, *Historia conceptual, Ilustración y Modernidad* (Barcelona/México: Anthropos/UAM, 2009), 15.

32 Hans Erich Bödeker, “Historia de los conceptos...”, 25

33 Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el Atlántico Ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2021), 70.

34 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 101.

tos particulares (sincrónicos). Definir unívocamente un concepto implicaría eliminar la pluralidad allí sedimentada y dar por “zanjadas las controversias sobre su ‘verdadero’ sentido”,<sup>35</sup> cuando, en realidad, esas controversias, para la BG, no podrán ser nunca dirimidas: en torno a los conceptos se desarrolla una “guerra civil semántica”,<sup>36</sup> un combate “por no quedar excluidos”,<sup>37</sup> una “lucha por los conceptos ‘adecuados’”.<sup>38</sup> Es indiscutible que el concepto, “con independencia de su empleo originario ha ganado o abandonado paulatinamente en el proceso histórico una pluralidad de significados”,<sup>39</sup> pero ninguno de esos significados particulares podría ser postulado como el sentido auténtico o legítimo general del concepto, a no ser que, desde cierto narcisismo epistemológico, se lo encorsete en un lecho de Procusto; o que, desde cierta pretensión científica, se lo use como categoría formal. Ningún contexto de enunciación puede trocar la polisemia de un concepto, como lo entiende Koselleck, en univocidad sin caer en la arbitrariedad o en el vaciamiento de su multiplicidad, pues la operación allí realizada significaría “seccionar su curso histórico efectivo y congelarlo en el punto supuesto en que su ‘verdadero’ sentido se encontraría finalmente plenamente articulado”.<sup>40</sup> Pero, ¿quién y cómo decide cuál es el punto final de saturación de un concepto político y social para congelar su sentido en una definición unívoca transhistórica?

Un ejemplo puede ayudar a aclarar el punto: el concepto *democracia* tiene multiplicidad de significados: la Grecia clásica vinculaba la palabra a un mecanismo de elección; como forma de gobierno se asoció a un gobierno bueno de las mayorías; en la Ilustración se entendió como un gobierno del pasado, anárquico y obsoleto; tras 1789 dejó de designar un régimen político para aludir simpatía por la revolución, aunque, a la vez, se empezó a usar como calificativo de un

---

35 Javier Fernández Sebastián, “Tiempos de transición en el Atlántico Ibérico. Conceptos políticos en revolución”. En *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870 (Iberconceptos-II)*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Universidad del País Vasco/CEPC, 2014), tomo I, 28.

36 Antonio Gómez Ramos, “Introducción. Koselleck y la *Begriffsgeschichte*. Cuando el lenguaje se corta con la historia”. En *historia/Historia*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta, 2010), 15.

37 Antonio Gómez Ramos, “El trabajo público de los conceptos”. En *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual*, ed. de Faustino Oncina Coves (Madrid/México: CSIC/Plaza y Valdés, 2009), 198.

38 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 110.

39 Faustino Oncina Coves, “Nomadismo conceptual...”, 12.

40 Elías José Palti, “El malestar y la búsqueda: Sobre las aproximaciones dicotómicas a la historia intelectual latinoamericana”, *Prismas*, vol. 3, n.º 2 (1999): 225.



gobierno populista y demagógico; y más recientemente se proyectó como “un concepto universal de orden superior que, al sustituir la república, relega a la ilegalidad como formas de dominación a todos los tipos de constitución”.<sup>41</sup> La multiplicidad sincrónica y diacrónica de experiencias y expectativas aquí descritas está sedimentada, en su conjunto, en el concepto *democracia*. Congelar el concepto en una única definición significaría amarrarlo a un “contexto situacional”<sup>42</sup> específico, cuando lo que busca la BG es todo lo contrario: el concepto *democracia* debe ser liberado del contexto para poder hacer un “seguimiento de sus significados a través del tiempo”,<sup>43</sup> ya que “sólo a través del *principio diacrónico* la suma de análisis concretos de conceptos se transforma, de una recopilación de datos históricos, en una historia de los conceptos”.<sup>44</sup> Por tanto, para el caso del concepto *democracia*, la BG no busca postular una definición unívoca transhistórica, ni pretende convertir el concepto en una categoría científica o filosófica (formal, normativa o aséptica), mucho menos intenta limitar su análisis a la “serie cronológica de sus significados”.<sup>45</sup> En lugar de ello, a partir de la articulación diacrónica, y de la interpretación y descripción de los significados sedimentados en el concepto, se indagaría por las “variaciones de estructuras en el largo plazo”.<sup>46</sup> En este caso, al analizar el concepto *democracia* en la larga duración se puede identificar la emergencia de un nuevo horizonte político de legitimidad, que se abre en la modernidad y que se distancia de la teoría cíclica de las formas clásicas de gobierno.

En conclusión, a partir de la profundidad diacrónica de los conceptos, el proyecto de la BG pone la atención en la conservación y el cambio de las estructuras sociales y conceptuales en la larga duración. Para ello, parte en un primer momento de un análisis sincrónico contextual, todavía asociado al método histórico-filológico (historia de las palabras), para luego, en un “segundo paso”,<sup>47</sup> ya propiamente histórico-conceptual (historia de los conceptos), avistar la “permanencia y la fuerza de validez de un concepto social o político”<sup>48</sup> a lo largo del tiempo. El supuesto, insisto, es que la densidad histórica de los conceptos

---

41 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 115-116. Véase también: Pierre Rosanvallon, “La historia de la palabra ‘democracia’ en la época moderna”, *Estudios políticos*, n.º 28 (2006): 9-28.

42 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 113.

43 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario*...”, 102.

44 *Ibíd.*, 100.

45 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 123.

46 *Ibíd.*, 114.

47 *Ibíd.*, 113.

48 *Ibíd.*, 113-114.

alumbra ciertos cambios estructurales. Por ello, el cometido teórico de la BG pasa por identificar lo que entrecruza a la estructura con el acontecimiento, a los plazos largos con los cortos, a la diacronía con la sincronía, buscando, a partir de categorías como “estratos del tiempo” y “simultaneidad de no lo simultáneo”, “armonizar y comparar la permanencia y el cambio”.<sup>49</sup> En síntesis, lo que más interesa a Koselleck es la “gran complejidad temporal”,<sup>50</sup> las “distintas velocidades de transformación”,<sup>51</sup> que se encuentran en las “modificaciones de largo alcance en el proceso de surgimiento y consolidación de la modernidad”.<sup>52</sup>

Considero necesaria una aclaración final. La historia está sedimentada en los conceptos y son los conceptos políticos y sociales que usaron los actores del pasado las unidades de estudio básicas de la BG, eso es cierto, pero de allí no se sigue que este campo de investigación deba prescindir de categorías analíticas *ex post*. Esta es una confusión común: se ha creído que priorizar los conceptos históricos conlleva necesariamente a prescindir de la “terminología científica controlada”<sup>53</sup> y construida por los investigadores. En algunas ocasiones la confusión descansa en que “una misma palabra puede cubrir el concepto y la categoría históricos”,<sup>54</sup> como pasa, por ejemplo, con el concepto y la categoría *Estado*; pero, en otros casos, las categorías se acuñan posteriormente como parte de un proceso de precisión teórica. No se pueden desterrar las categorías analíticas, pues, sin ellas, difícilmente podríamos traducir los conceptos del pasado al presente, comparar periodos o mostrar tendencias generales. En realidad, las categorías son fundamentales en la BG, basta pensar en “periodo bisagra”, “estrato del tiempo” o “espacio de experiencia”. Considerar que el “objeto de la historia conceptual es prescindir de las categorías es suponer que las sociedades

---

49 *Ibíd.*, 123.

50 Reinhart Koselleck, “Estratos del tiempo”. En *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, de Reinhart Koselleck (Barcelona: Paidós/UAB, 2001), 38.

51 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos...”, 31.

52 José Manuel Romero, “El diagnóstico de la modernidad en la historia conceptual de R. Koselleck”. En *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, ed. de Faustino Oncina Coves (Barcelona: Herder, 2010), 107.

53 Reinhart Koselleck, “Problemas histórico-conceptuales de la historiografía constitucional”. En *El concepto de Estado y otros ensayos*, de Reinhart Koselleck (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021), 71.

54 Reinhart Koselleck, “‘Espacio de experiencia’ y ‘horizonte de expectativa’. Dos categorías históricas”. En *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, de Reinhart Koselleck (Barcelona: Paidós, 1993), 334.

son discernibles en sus propios términos”,<sup>55</sup> desestimando el trabajo de descripción e interpretación por el que deben pasar los conceptos. De allí que ante la pregunta: “¿Es lícito usar conceptos y categorías que no existían en una determinada época para identificar, calificar y clasificar desde la distancia a quienes vivieron en ella?”,<sup>56</sup> la respuesta sea un rotundo sí: conceptos y categorías se complementan y la BG los articula a la hora de presentar sus principales hallazgos teóricos e históricos.

## La temporalidad de los conceptos

El énfasis estructural en el largo plazo, en la profundidad diacrónica de los conceptos, está circunscrito al interés de la BG en indagar por el surgimiento del mundo moderno y la consecuente disolución del mundo precedente. Por ello, el lexicón de Koselleck tuvo como tema la “comprensión lingüística del mundo moderno, su proceso de toma de conciencia, conciencia a la que se llega mediante conceptos, que también son los nuestros”.<sup>57</sup> La postulación teórica de un periodo bisagra (*Sattelzeit*) entre 1750 y 1850, entendido como un momento de “profunda transformación de *topoi* clásicos”,<sup>58</sup> es un importante resultado de ese proyecto koselleckiano. Durante el *Sattelzeit*, afirma Koselleck, muchas palabras desaparecieron al perder la capacidad de aglutinar las “nuevas experiencias y de plasmarlas en un concepto común junto con las expectativas por cumplir”,<sup>59</sup> mientras que, simultáneamente, para dar cuenta de las promesas alentadas por las revoluciones modernas, se acuñaron nuevas palabras (neologismos absolutos)<sup>60</sup> y se cargaron de nuevos contenidos antiguos términos (neologismos de sentido).<sup>61</sup> Se trató, sin duda, de un “gran terremoto político-con-

---

55 Francisco Ortega, “De conceptos y categorías: el caso de colonia”. En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, ed. de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova (Santander: G9/UN, 2021), 319.

56 Javier Fernández Sebastián, “¿Cómo clasificamos a las gentes del pasado? Categorías sociales e identidades en el tiempo”. En *La subversión del orden por la palabra. Tiempo, espacio e identidad en la crisis del mundo ibérico, siglos XVIII-XIX*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Cecilia Suárez Cabal (Bilbao: Universidad del País Vasco, 2015), 130.

57 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 94.

58 *Ibíd.*

59 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos...”, 38. Por ejemplo: nobleza, linaje, abolengo, labrador.

60 Por ejemplo: comunismo, cesarismo, fascismo.

61 Por ejemplo: democracia, república, burguesía, revolución.

ceptual [...] acompañado en muchos lugares de un cambio en la vivencia del tiempo y de una conciencia más aguda de la historicidad de las sociedades”.<sup>62</sup>

En el paso por ese periodo bisagra, caracterizado por profundas transformaciones conceptuales, políticas, sociales, económicas y culturales, los conceptos políticos y sociales sufrieron un cuádruple proceso metamórfico. Las características de este proceso son comúnmente conocidas como los teoremas koselleckianos. En primer lugar, los conceptos se democratizaron: se popularizó su uso y numerosos conceptos se expandieron, “a menudo como lugares comunes”,<sup>63</sup> a través de la emergente esfera pública. En segundo lugar, los conceptos se temporalizaron: al cargarse de tiempo, los expectantes *-ismos* (republicanismo, comunismo, liberalismo, etc.) ejemplifican cómo las autopistas hacia el futuro fraguadas por la “filosofía de la historia impregnan todo el vocabulario”<sup>64</sup> de lo por venir. En tercer lugar, los conceptos se ideologizaron: al abstraerse se convirtieron en singulares colectivos, conceptos antena con la posibilidad de captar y transmitir una gran pluralidad de significados. Finalmente, los conceptos se politizaron: se convirtieron en banderas de diferentes proyectos y partidos políticos, en un campo de batalla conceptual que buscaba movilizar o frenar.

Este cuádruple proceso metamórfico de los conceptos está interconectado. No es posible que se dé un teorema de manera aislada, la complicitad de los demás será fundamental en el proceso. Por ejemplo, si más personas usan un concepto político para movilizar sus propios intereses (democratización), más abierta y pugnaz será la guerra civil semántica librada por diversos programas políticos para imponer el significado auténtico del concepto (politización); y para que el concepto pueda almacenar en su seno las variadas experiencias y expectativas partidarias será necesario que, desde su abstracción, se convierta en una gran esponja semántica (ideologización); finalmente, como se trata principalmente de proyectos políticos que apuntan a la sociedad por venir, los conceptos guiarán el futuro desde las expectativas de futuro en ellos sedimentadas (temporalización). Para Koselleck, es este cuádruple proceso metamórfico el que permite entender por qué en la modernidad los conceptos políticos y sociales son necesariamente polisémicos, polémicos, equívocos, interpretables y abiertos.

---

62 Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos”. En *Diccionario político y social del mundo moderno iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850. (Iberconceptos-I)*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC, 2009), 28.

63 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 96.

64 *Ibíd.*, 97.

Una característica de los conceptos en la que es menester profundizar es su estructura temporal interna. Los conceptos están preñados de temporalidad: algunos conceptos están saturados de pasado, mientras otros rebozan futuro; unos se orientan hacia lo pretérito, otros hacia lo en ciernes. En efecto, los conceptos contienen “estratos profundos procedentes de significados pasados, así como expectativas de futuro de diferente calado”.<sup>65</sup> Pero “el pasado y el futuro no llegan a coincidir nunca”,<sup>66</sup> esa carga de experiencias y expectativas no es simétrica, todo lo contrario, entre más experiencias pasadas acumulen los conceptos, menores serán sus expectativas futuras, y entre “menor contenido experiencial, mayor carga de expectativas”.<sup>67</sup> Koselleck nos brinda un ejemplo interesante: la vejez podría ser entendida como un proceso de saturación de experiencias, “a quien se hace mayor ya no se le puede sorprender tanto como a quien es joven. El progresivo envejecimiento se puede caracterizar como una disminución de la capacidad de sorprenderse”.<sup>68</sup>

Finalmente, de acuerdo con la temporalidad que encierran, es posible identificar distintos tipos de conceptos: concepto registro de experiencias, concepto generador de experiencias, concepto de expectativa, concepto de movimiento, concepto de anticipación, concepto contrario asimétrico, etc.<sup>69</sup> Entre los distintos tipos de conceptos, uno se destaca por su generalidad y por el lugar central que tiene en la arquitectura conceptual de una sociedad. Se trata de los conceptos fundamentales o guía, conceptos que “en combinación con varias docenas de otros conceptos de similar importancia, dirige[n] e informa[n] por entero el contenido político y social de una lengua”.<sup>70</sup> Se trata de conceptos insustituibles, no podríamos prescindir de ellos, pues su ausencia haría incomprensible nuestra realidad social y política.

## Reflexiones finales

Con el fin de aclarar confusiones frecuentes, quiero terminar con las siguientes reflexiones. La propuesta de la BG, sin duda relevante y promisoría, no es la única manera de entender o abordar los conceptos políticos y sociales. El enfoque elegido en una investigación depende siempre de los objetivos allí tra-

---

65 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos...”, 37-38.

66 Reinhart Koselleck, “Espacio de experiencia’ y...”, 339.

67 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos...”, 38.

68 Reinhart Koselleck, “Estratos del tiempo”, 40.

69 Sobre los diversos tipos de conceptos, véase: Reinhart Koselleck, “Espacio de experiencia’ y...”, 352-355.

70 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos...”, 35.

zados. Por ejemplo, no siempre es posible (o deseable) liberar al concepto de su contexto situacional, por ello en algunos casos será pertinente utilizar la BG, pero en otros será necesario explorar otras propuestas. Es claro que un investigador en historia intelectual puede (y muchas veces debe) delimitar el contenido de un concepto al uso que hace un sujeto o un grupo social o político en un espacio geográfico o lapso temporal determinado,<sup>71</sup> en ese caso, el término puede ser abordado desde enfoques que prioricen la pragmática por sobre la semántica histórica,<sup>72</sup> aunque nada impide que, sin necesidad de asumir todas sus tesis y premisas, algunos de los postulados y estrategias de la BG puedan también ser útiles en este cometido. Por algo, las tendencias más recientes tratan de hermanar a la BG con otros enfoques historiográficos (como los de Foucault, Skinner, Rosanvallon, Blumenberg, etc.). No tendría que ser necesario recordar que las propuestas teóricas y metodológicas no deben ser vistas como camisas de fuerza: no es el problema de investigación el que tiene que adaptarse, son las teorías y las metodologías las llamadas a ser flexibles.

El énfasis en este último punto me parece sustancial, pues lo más común es que, en América Latina, sea confuso cuándo una investigación puede rotularse adecuadamente como BG. En nuestro contexto, la implementación, asimilación y reelaboración del método koselleckiano ha naufragado en más de un malentendido. Por ejemplo, en algunos casos se ha creído que la BG inhibe necesariamente el uso de categorías analíticas, pues se considera que al ser todas ellas categorías *ex post* y no conceptos políticos usados por los agentes históricos, se trata de términos que irremediablemente desvirtúan el pasado. En otros casos, en una comprensión parcializada de la propuesta koselleckiana, se ha simplificado la BG a una mera historia de los significados de las palabras, desconociendo la densidad histórica acumulada en los conceptos. En el peor de los casos, apenas se ha reemplazado la clásica etiqueta “historia del pensamiento político” por la de BG, aunque algunas de las investigaciones así mentadas ni siquiera reconozcan a Koselleck en su interlocución. En el fondo, creo

---

71 La única delimitación realizada por Koselleck fue la lengua, su lexicón se restringe a los conceptos políticos y sociales de lengua alemana.

72 En este punto es importante aclarar que la BG no desdeña la dimensión pragmática del lenguaje, así como tampoco desprecia el componente iconológico y metafórico. Véase: Faustino Oncina Coves, “Nomadismo conceptual...”; Faustino Oncina Coves, “El giro icónico de la memoria: el caso de Reinhart Koselleck”. En *Estética de la memoria*, ed. de Faustino Oncina Coves y Elena Cantarino (Valencia: Universitat de València, 2011); y Javier Fernández Sebastián, “Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual”. En *Historia cultural de la política contemporánea*, ed. de Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (Madrid: CEPC, 2009).

yo, parte del problema radica en que muchas de estas investigaciones quieren ganar actualidad epistemológica con un enfoque que no hemos analizado y debatido lo suficiente. Para incorporar críticamente la BG en nuestras investigaciones habría que discutir primero, por ejemplo, si es cierto que “hay algo ahistórico en las listas de significado y supuestos cambios de significado”<sup>73</sup> en el famoso léxico de Koselleck. También tendríamos que revisar si la BG ha atribuido a los conceptos “una dinámica propia que no les corresponde, sino que surge en primer lugar de su uso por parte de los actores históricos”.<sup>74</sup> Preguntas como estas nos permitirán alejarnos, en nuestro contexto, de una versión de la BG estéril y “autodestructiva”.<sup>75</sup>

---

73 Javier Fernández Sebastián, “Historia intelectual y acción política: retórica, libertad y republicanismo. Una entrevista con Quentin Skinner”, *Historia y Política* 16 (2006), 250.

74 Hans Erich Bödeker, “Historia de los conceptos...”, 12.

75 Elías José Palti, “Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Universidad de Cantabria/McGraw-Hill, 2013), 40.



## Redes intelectuales

SYLVIA SOSA FUENTES

**E**l concepto de red intelectual hace referencia a una relación, como su nombre lo indica. Es la descripción de una forma particular de comprender las relaciones que se establecen entre aquellos elementos que se etiquetan como “intelectuales”. Las redes pueden estar formadas por diversos tipos de elementos según el marco ontológico y epistemológico desde el cual se esté observando. Así, el concepto de red no se limita a las ciencias sociales y a las humanidades (como muchos otros) sino que forma parte de lo que podríamos llamar un *giro relacional*, es decir, una particular atención a la forma en que se constituyen y encadenan conexiones entre elementos que permiten comprender una forma específica de relación, por lo general una que tiene cierta estabilidad en el tiempo y que permite comprender cierta causalidad de fenómenos. De este modo, las redes pueden ser de neuronas, de raíces, de información o datos, de instituciones, de humanos (con todas sus formas de tipificación y organización, entre ellas los intelectuales) e incluso de no humanos.

El tema de las relaciones intelectuales ha sido abordado desde una multiplicidad de miradas: relaciones entre publicaciones, epistolarios, distribución de libros, apoyos institucionales, tertulias, cafés... En este contexto, resultaría absurdo proclamar un canon respecto al concepto de redes intelectuales, por lo que se dará cuenta de lo que, desde una perspectiva sociológica del tema, se consideran tres formas ontológica y epistemológicamente distintas:<sup>1</sup> las propuestas conceptuales de Pierre Bourdieu, Randall Collins y Bruno Latour.

---

1 Este texto puede leerse en conjunto con el capítulo “6. Sociología de los intelectuales”, que podrá contextualizar la forma en que los autores problematizan a los intelectuales, la mirada sociológica en general y su relación con otras disciplinas como la historia y la filosofía.

## Bourdieu y el capital social como red

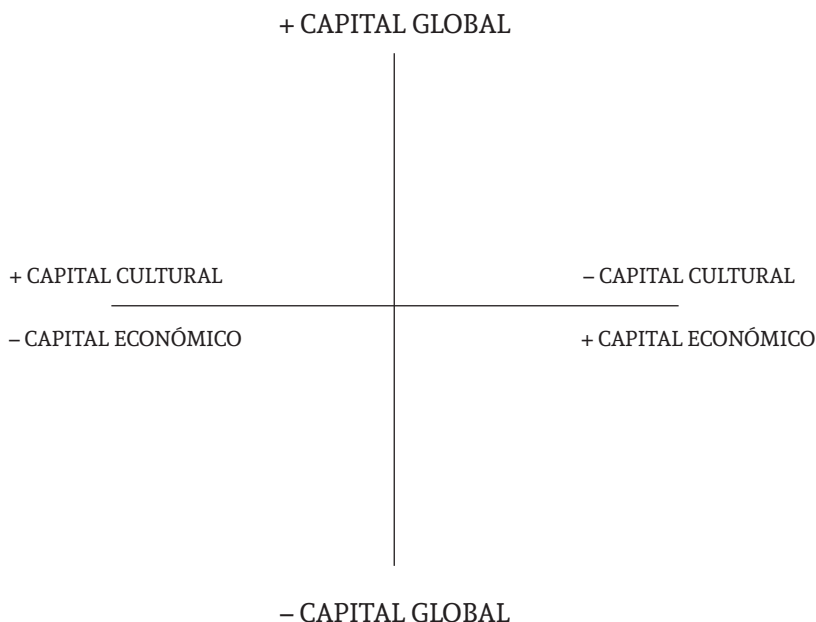
*Como lo revela la metáfora, la utopía de “la  
intelligentsia sin ataduras ni raíces”*

*supone la ignorancia del campo de las fuerzas de gravitación que comandan  
también las prácticas y las ideologías de los intelectuales,  
y que no se develan jamás tan manifiestamente como en el  
esfuerzo desesperado por negarlas produciendo  
un discurso socialmente utópico.*

PIERRE BOURDIEU: INTELLECTUALES, POLÍTICA Y PODER

Antes de presentar la noción de capital social de Bourdieu, resulta pertinente hacer una pequeña aclaración sobre la forma en que el autor concibe el tema de los intelectuales, siendo este el contexto específico en el cual se inscribirá la noción de capital social. La noción de intelectual de Bourdieu se puede encontrar en la intersección de dos problemas; por una parte, la noción de autor y, por otra, la relación de agentes sociales de ciertos campos, como el artístico y el científico, con el campo del poder. La aclaración es pertinente en la medida en que, si bien es cierto que el concepto de capital social es de carácter general, no solo útil para la comprensión del campo intelectual, también es cierto que Bourdieu dedicó una parte no menor de su trabajo a la comprensión de los sistemas simbólicos de consagración de los ámbitos artístico, humanístico y científico. Esto le permitió no solo comprender la lógica interna de esos campos, sino la forma de reproducción de las jerarquías de esos campos en relación con el campo de poder, desde una perspectiva moderna, ilustrada, donde la defensa del individuo como autor-genio es el motor principal.

En el marco de lo anterior se puede dar paso a la exposición del concepto de capital social, para ello es importante comprender el modelo teórico de Bourdieu. En términos muy generales, el autor plantea un modelo de sociedad con los siguientes elementos: espacio social, campo, *habitus* y capital. Echando mano de una metáfora fisicalista, Bourdieu piensa la sociedad como un espacio de lucha de fuerzas, un espacio donde ningún agente (individual o institucional) puede ocupar la misma posición que otro y que, al mismo tiempo, se encuentra jerarquizado, lo que produce que cada una de las posiciones esté en tensión, en lucha, con las posiciones más próximas. El espacio social bourdiano se encuentra representado a la manera de un plano cartesiano que sintetiza las posiciones sociales en función del capital global que cada agente posea (fig. 1).



**Figura 1.** Representación del espacio social y las relaciones de capital cultural y económico que constituyen el capital global con base en el texto de Pierre Bourdieu “Espacio social y espacio simbólico” (2007). Elaboración propia.

Como el esquema representa, las posiciones en el espacio social se establecen en función de la relación entre el volumen de capital económico y el volumen de capital cultural, así cada individuo, las prácticas, las ideas, en fin, aquellos fenómenos de lo social tendrán lugar en el espacio social en función de su relación entre dichas formas de capital. Ahora bien, qué es el capital para Bourdieu. En íntima relación con la noción de capital marxista, el autor considera que se le puede llamar capital a diversas formas de objetivación de las formas simbólicas de distinción en la sociedad en la medida en que se comportan de la misma manera que el capital: se pueden acumular, se pueden intercambiar, se pueden heredar y se pueden invertir.

Hay entonces cuatro tipos de capital: el económico, el cultural, el social y el simbólico. El primero, como su nombre lo indica, se refiere a los bienes económicos *per se*. El segundo se divide en tres tipos: incorporado, objetivado e institucionalizado; el incorporado refiere a todas las maneras, conocimientos, saberes, formas de hacer, etcétera, que constituyen el *habitus* de los individuos y que se encuentran inscritas en su cuerpo; el objetivado hace referencia a la expresión material de aquello que forma parte del capital cultural incorporado

(en particular relación con los criterios de la cultura legítima): libros, instrumentos musicales, obras de arte, artefactos de la vida cotidiana, muebles, etcétera; finalmente, el institucionalizado refiere a aquel capital cultural validado por instituciones, es aquel que se demuestra vía los títulos, grados, diplomas. El capital social, el que nos interesa en este texto, refiere al sistema de relaciones con otros individuos que puede ser ejercido para moverse dentro de un campo determinado (científico, económico, artístico, político, etcétera) y que dará cuenta, de cierto modo, de nuestras redes de influencia. La última forma de capital, el simbólico, es una forma de capital singular que se constituye dentro de un campo y solo funciona en esa lógica, puede ser una manera de valorar simbólicamente las otras formas de capital o puede incluir una forma de capital específica del campo.

Quizás, para referirnos al *habitus*, sea mejor recurrir a la exposición del propio Bourdieu: “Estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción de las prácticas, el *habitus* es también estructura estructurada: el principio de división en clases lógicas que organiza la percepción del mundo social es a su vez producto de la incorporación de la división de clases sociales”.<sup>2</sup> El *habitus* es, pues, la relación entre individuo y sociedad hecha cuerpo, la encarnación de los sistemas clasificatorios, lógicos, los saberes, las disposiciones que le permiten al individuo actuar en el mundo. Es, por lo tanto, la encarnación de la condición de clase del individuo, desde la perspectiva estructural, a la vez que sintetiza la singularidad de su trayectoria, desde la perspectiva individual. En ese sentido, no es un condicionamiento, sino un acervo de posibilidades de actuar que se actualiza situacionalmente.

Espacio social, *habitus*, campo y capital permiten comprender, desde esta perspectiva teórica, la organización de la sociedad. En particular, para comprender a los intelectuales se requiere reconocer, primero, si conforman o no un campo y, segundo, cuál es el capital simbólico, capital específico, en disputa; de ser así producirá entonces un *habitus* concreto y será posible entender cómo se configura el espacio social al interior del mismo. Bourdieu traza la existencia del campo intelectual en la intersección entre los campos artístico y científico y el campo del poder. El intelectual no solamente es capaz de movilizar ideas, sino que su razón de existir depende de su capacidad para que esas ideas sean puestas en movimiento en el campo del poder. Para ello es fundamental el capital social, es decir, la red de posiciones en el campo del poder de las que se vale un(a) intelectual para trazar caminos de lucha.

---

2 Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (México: Taurus, 2012), 201.

Para comprender la constitución del campo intelectual, quizás la mejor ruta requiere un paseo por un par de libros de Bourdieu: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* y *Homo academicus*. El primero da cuenta de la conformación del campo literario y de su proceso de autonomización, mientras que el segundo explica la forma en que se constituyen el campo académico y el campo universitario. Ambos textos, permiten comprender las formas de consagración de aquellos que, a la postre, en su relación con el campo del poder, podrían constituir el campo intelectual.<sup>3</sup>

No se abordarán aquí los temas de la constitución y dinámica de los campos que se tratan en ambos textos, pero sí la forma en que se da cuenta del capital social puesto en operación. En el caso de *Las reglas del arte*, la autonomización del campo literario pasa por el sistema de relaciones sociales de los escritores, su configuración depende tanto de los mecenazgos como de los apoyos burgueses dispuestos a impulsar la creación literaria libre. El famoso “arte por el arte”, este entramado de posibilidades para los escritores, termina siendo parte de la operación misma de la circulación de ideas en relación con el campo del poder. En este punto se hace muy complicado no referir el caso Dreyfus y la emergencia del intelectual literato con la participación de Émile Zola. Lo importante aquí, sin duda, será destacar las redes, el capital social, que le permitieron a Zola aparecer en la esfera pública.<sup>4</sup>

Mientras que en *Las reglas del arte* se trata de entender la conformación de un campo, en el caso de *Homo academicus* se trata de entender el funcionamiento de un campo ya formado, el campo académico en su relación con el campo universitario. Desde esta perspectiva, las redes, el capital social, serán rastreados meticulosamente por Bourdieu en los diversos momentos, si pudiéramos explicarlo así, de la trayectoria dentro del campo académico, es decir, desde la institución donde se desarrollan los estudios superiores hasta las asociaciones profesionales a las que se adscriben los agentes. Médicos y abogados son el centro de sus indagaciones empíricas, pero pone múltiples ejemplos

---

3 Aquí bien vale la pena citar un par de títulos más: *La nobleza de Estado* y *Sobre el Estado*. Siendo la figura del intelectual un fenómeno aparecido allí donde la diferenciación funcional ya permitía distinguir entre agentes del poder, agentes del arte y agentes del conocimiento, bien vale la pena recordar, como lo hace Bourdieu en los libros referidos, la relación de estos agentes frente a una de las instituciones centrales del campo del poder: el Estado.

4 Desde otro campo, la emergente sociología, Émile Durkheim también participó en la discusión del caso. Sin embargo, sus comentarios no parecen haber tenido la misma fuerza que los de Zola. Véase: Émile Durkheim, “El individualismo y los intelectuales”. En *La science sociale et l'action* (Paris: PUF, 1970). Traducido por Federico Lorenc Valcarde.

adicionales de otras disciplinas: filosofía, historia, etcétera. Así la red, más allá del capital social heredado, se empieza a construir desde el momento mismo en que se elige (o se es elegido) por “un ‘patrocinador’; en este caso, el director de tesis.

Cuanto más extendidas y diversificadas son las redes de posiciones controladas —en las instituciones de enseñanza, pero también de investigación; en las colecciones y revistas universitarias pero también, en el otro polo del campo, en los diarios y semanarios, etc.—, más largo, complicado e indescifrable para los no iniciados es el ciclo de los intercambios, y una “recomendación” de Y en favor de un alumno X puede ser pagada con una reseña escrita en un semanario por un miembro de la “familia ideológica” de X, cuya atención habrá sido llamada por X sobre el libro de Y en ocasión de una reunión de un comité de apoyo. Se comprende, con esta lógica, que el título de normalista, que certifica la adquisición de una competencia pero también y sobre todo de una disposición con respecto a la institución escolar, tenga una importancia tan grande en la acumulación del poder: el capital social que representan las relaciones de escuela, cuando son debidamente mantenidas por intercambios continuos, es una de las únicas bases de la solidaridad transdisciplinaria; lo cual explica que desempeñe un papel determinante toda vez que se trata de obtener y mantener las posiciones de poder universitario que se sitúan más allá de los pequeños feudos locales, limitados a la escala de una disciplina, e incluso las posiciones de prestigio como las que ofrece el Collège de France. En tanto que capital social de relaciones actuales o potenciales, el de ser normalista ejerce un efecto multiplicador sobre todos los poderes sociales que se detentan; es, por ende, tanto más activo cuando más alto se sitúa en la jerarquía de esos poderes.<sup>5</sup>

La larga cita anterior resume la manera en que la noción de capital social explica cómo se trazan las redes, en general, y las redes intelectuales que aquí nos ocupan. En particular, permite poner el acento en las características de la idea de capital, como aquello que se intercambia y se invierte, dentro de la lógica simbólica propia de un campo que, a su vez, estará constituida por las luchas de poder transversales al espacio social.

---

5 Pierre Bourdieu, *Homo academicus* (México: Siglo XXI, 2009), 117-118.

## Randall Collins: energía emocional y cadenas de rituales de interacción entre intelectuales

—[...] Aunque creo que Wittgenstein es considerado con cierta desaprobación por parte de algunos viejos catedráticos.

—¿A causa de sus ideas?

—No, porque se niega a llevar corbata en la mesa de la presidencia.

RANDALL COLLINS: *EL CASO DEL ANILLO DE LOS FILÓSOFOS*

La mirada de Collins se traza en el marco de la teoría de los rituales de interacción (TRI). Desde un minucioso análisis de las diferentes perspectivas teóricas de la sociología, resignifica la noción misma de microsociología para abandonarla en pos de lo que podría llamarse una mirada vinculante de las dimensiones de lo social. Las dimensiones micro y macro se co-constituyen continuamente: “Una microsociología radical no responde con hipóstasis —ficticios agentes unitarios o la abstracción de la estructura de sus relaciones—, sino desde las situaciones reales de interacción ritual en las que ingredientes variados —cuerpos, mentes, cosas— se combinan en efervescentes rituales contruidos con éxito diverso y de las que emergen creencias y emociones, personalidades y valores, memorias, proyectos, esperanzas y acciones, estructuras y moralidades”.<sup>6</sup>

Tres son los conceptos centrales de la propuesta de Collins: energía emocional (EE), rituales de interacción (RI) y cadenas de rituales de interacción (CRI). La comprensión de las redes de intelectuales dependerá de estos aspectos generales del discurrir de lo social. El núcleo de observación de la TRI radica en los encuentros cara a cara, en la copresencia, el orden que emerge en ella y la ritualización de la misma.<sup>7</sup> Así, la energía emocional depende íntimamente de la condición de naturaleza de las corporalidades, como también de su puesta en relación, vía la intermediación de la ritualización social en la copresencia.

En este marco, el trabajo de análisis histórico que realiza Collins en su libro *Sociología de las filosofías* es en dos vías: primero, a través de las historias que de la filosofía se han hecho; y, segundo, a través de la sucesión de generaciones de filósofos. Las redes que pueden reconstruirse para las filosofías chinas, griegas, indias, japonesas, islámicas/judaicas, cristianas y europeas, tienen sentido si se admite que lo que las sustenta son las relaciones personales entre los filósofos,

---

6 Juan Manuel Iranzo, “Proemio”. En *Cadenas de rituales de interacción*, de Randall Collins (Barcelona: Anthropos/UAM/UNAM/UNAL, 2009), VII-VIII.

7 Collins recupera las perspectivas teóricas de Erving Goffman y Émile Durkheim para la construcción de la TRI.



ya sea entre pares, entre maestro y discípulo, entre rivales o, incluso, entre actores de otros espacios sociales no filosóficos.

Collins no construye un concepto de red, aunque reconoce la conformación de redes. Se puede decir que lo que produce la red es algo que excede la intencionalidad de los sujetos, es decir, efectivamente hay intereses en las relaciones cotidianas entre aquellos filósofos a los que se refiere, pero los intereses no necesariamente están puestos en la posteridad (aunque se pueda pensar en ello) sino en la cadena de interacciones que da sentido cotidiano a sus relaciones sociales. Es más, para Collins, lo que se encuentra en juego en las asociaciones es el acceso al capital cultural, a aquello que se reconoce como saber, un saber deseable.

Sugiero tres procesos, entrecruzados pero analíticamente separados, que se producen en los contactos personales. Uno es la transferencia de capital cultural, de ideas y del sentido de qué hacer con ellas; otro es el traspaso de energía emocional, proveniente tanto del ejemplo de los éxitos previos como de la construcción en común entorno al caldero del que come el grupo; el tercer proceso guarda relación con el sentido estructural de las posibilidades intelectuales, especialmente si son rivales.<sup>8</sup>

Así, la relación de red de Collins solo se aprecia *a posteriori*, pues difícilmente se podría tener noción de la conformación o no de una red situada en el presente mismo de ella. La mirada alejada, metodológicamente, por el tiempo es lo que permite valorar la forma en que aquellas interacciones cotidianas donde los intercambios de capital cultural, la energía emocional y los rituales de interacción tejieron lo que después se pudo considerar como una red.

Por otra parte, la noción de redes de Collins se encuentra altamente jerarquizada, pues él reconoce que el mundo intelectual en sí mismo lo está. Su planteamiento sintético sobre las redes de filósofos es también la síntesis de su crítica:

El núcleo principal de las redes que han dominado la atención a lo largo de la historia que ha quedado registrada, y que suma un total de 100, o 500, o 2700 hombres [sic], ocupa una posición privilegiada por encima de todos los demás, que no lograron alcanzar el centro de atención. Referirnos a ellos como un pequeño club de genios sería malinterpretar absolutamente el enfoque sociológico. Son las redes las que escriben el argumento de esta historia, y la estructura de la competencia en la red por el espacio de atención, que determina a la creatividad, está calibrada para que las ideas famosas sean formuladas por las bocas y las plumas de unos pocos individuos. Decir que la comunidad de intelectuales creativos es pequeña es en realidad decir que las redes fijan

---

8 Randall Collins, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual* (Barcelona: Hacer, 2005), 74.

la atención en unas pocas cimas. La lucha de los seres humanos por situarse lo más alto posible en tales cimas y las condiciones que hacen que las cimas sean pocas pero estén interrelacionadas son la sustancia de la sociología de las filosofías, y de la vida intelectual.<sup>9</sup>

Para Collins, en concreto, las redes intelectuales son un efecto de la forma jerárquica de un orden social excluyente (piramidal) que es reforzado por la manera en que la historia de los propios intelectuales es contada, atribuyendo al individuo lo que en realidad es una condición de la estructura. Así, quienes pertenecen a la red tenían la posibilidad de pertenecer, incluso su posición en la organización social, lo que Collins llama filósofos “mayores” o “menores”, responde a las posiciones estructurales en las que de suyo construyeron su vida cotidiana intelectual, es decir, al lugar que ocuparon en la jerarquía social de su tiempo y no directamente por sus “cualidades” individuales (esto no quiere decir que no pueda haber movilidad social, solo que suele ser menos probable).<sup>10</sup>

## Bruno Latour: ANT, programas y traducción

*“Pero, ¿por qué habría de creerle a usted más que a los otros?”  
Me quedo seco: ¿Por qué este hombre pone en pie de igualdad,  
como si se tratara de una simple batalla de opiniones,  
a los especialistas del clima y a los que se ha  
dado en llamar los climaescépticos,  
pervirtiendo un poquito el bello vocablo “escéptico”? [...]”  
Pero, sobre todo, ¿cómo se atreve a hablar de “creencia”  
tratándose de las ciencias del clima?*

BRUNO LATOUR: *INVESTIGACIÓN SOBRE LOS MODOS DE EXISTENCIA*

---

9 *Ibíd.*, 82.

10 La TRI postula esto como principio para la vida social en general, no solo para la vida intelectual: “La membresía y sus límites, la solidaridad y la EE [energía emocional], alta o baja, son aspectos que operan juntos. Por eso la estratificación de la interacción —interactuar con gente más o menos poderosa o desde una posición de aceptación o exclusión por motivos de estatus— aumenta o disminuye el nivel de EE de los individuos. La estructura social —vista, en detalle, como un tapiz de CRI [cadenas de rituales de interacción]— es un proceso constante de estratificación de individuos en términos de su EE”. Randall Collins, *Cadenas de rituales de interacción* (Barcelona: Anthropos/UAM/UNAM/UNAL, 2009), 3.

Simetría: quizás esta sea la palabra que mejor permita sintetizar la postura de Latour en la Teoría del Actor-Red ( Actor-Network Theory, ANT por sus siglas en inglés), pues desde dos aristas filosóficas, la ontología y la epistemología, Latour pondrá en duda las jerarquías que con tanta naturalidad hemos aceptado sobre la inclusión de aquellos que conforman el mundo social. Pensando en intelectuales y redes, el primer paso latouriano, si podemos llamarlo así, es aquel que nos permite reconocer que para entender las redes intelectuales tenemos que dejar de pensar solo en humanos (H) y admitir las relaciones de traducción, estabilidad e institucionalización que les permiten sus enlaces con los no humanos (NH), reconociendo, a su vez, las capacidades de agencia que cada elemento de la red pone a disposición de esta. Quizás la mejor forma de entender el movimiento simétrico latouriano se encuentre expresada en una de sus definiciones de sociedad:

La palabra [sociedad] no se refiere aquí a una entidad que existe por sí misma y que está gobernada por sus propias leyes, leyes que la diferencian de otras entidades, como la naturaleza, su significado alude al resultado de una solución [moderna] que, por razones políticas, divide artificialmente el mundo en dos ámbitos: el natural y el social. Para referirme, no al artefacto de la sociedad, sino a las múltiples conexiones entre los humanos y los no humanos, utilizo en su lugar la palabra “colectivo”.<sup>11</sup>

Comprender la forma en que ese colectivo se forma, solo es posible si se comprenden las múltiples redes que, continuamente, lo constituyen. Así, el trabajo de comprensión de lo social está en observar la “sucesión de *asociaciones* entre elementos heterogéneos”.<sup>12</sup>

Desde esta perspectiva, el seguimiento de una red, metodológicamente hablando, puede comenzar en cualquier punto, no hay un principio ni un fin predeterminados, pues cualquier red es la consecuencia de un gran entramado de muchas otras redes. Esto se puede ver con claridad en el propio trabajo de seguimiento de redes que hizo Latour sobre Louis Pasteur y del cual señala que:

La irrupción de los gusanos de seda elimina a otros Pasteurs posibles, del mismo modo que la aparición de los fermentos había expulsado al cristalógrafo. A otros, la micrografía que busca polvo y gérmenes en el aire. A otros la prebiótica, como diríamos hoy. A otros los estudios sobre la reproducción de los microbios, sobre la evolución darwiniana de los microorganismos, sobre la taxonomía meticulosa de esos seres minúsculos que no son ni plantas ni ani-

---

11 Bruno Latour, *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia* (Barcelona: Gedisa, 2001), 369-370.

12 Bruno Latour, *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red* (Buenos Aires: Manantial, 2008), 19.

males. A otros la eliminación de los gérmenes del aire en medicina y cirugía. Todos esos campos, en efecto, serán desarrollados por otros investigadores.<sup>13</sup>

Esta referencia al Pasteur que resultó a través de lo que pudo haber sido él, pero que no dejaron de ser otros humanos, expresa la forma en que se puede observar el desarrollo de una red hasta su *cajanegrización*, en este caso el propio Pasteur como caja negra del “genio”. Al mismo tiempo, muestra la cantidad innumerable de redes que tejen lo social, pues la cristalografía o la comprensión de la evolución de los microbios no desaparecieron solo porque Pasteur no se ocupara de esos temas.

Ahora bien, ¿qué significa que algo se haya *cajanegrizado*? Para Latour implica el momento en el que dejamos de ver el funcionamiento de una red, porque esta ya se encuentra incrustada en otra red. Pensemos en cualquier fenómeno de nuestro entorno, un semáforo, por ejemplo. El semáforo es la consecuencia de una innumerable cantidad de redes, desde aquellas que pasaron por la comprensión de la resistencia de materiales, el comportamiento de la luz y los colores, hasta la codificación de un modo de comportamiento y regulación del tránsito. Sin embargo, cuando estamos frente a un semáforo difícilmente se nos hacen visibles todas las condiciones de posibilidad de su existencia a través de sus redes si no, solo en ese momento, la posibilidad de decodificarlo y actuar o no en consecuencia con lo que indica. El semáforo es una caja negra. Una red institucionalizada.

En este marco, si quisiéramos comprender redes intelectuales, tendríamos que reconocer la simetría de participaciones entre humanos y no humanos (H + NH), identificar los programas que cada uno de los actantes pone en el juego, comprender la forma en que las asociaciones entre esos programas fueron posibles y, finalmente, ver la forma en que la red puede o no perdurar, a través de la capacidad de traducción de su programa en el tiempo.

Volviendo al semáforo, en el encuentro entre este (NH) y un humano (H), lo que se pone en juego es cuál programa “triunfará”, será el semáforo pudiendo limitar la agencia del H, o será el humano negándose a cumplir con lo indicado por el NH. A propósito de cómo se realiza esta misma asociación, pero en la ciencia, Latour vuelve al ejemplo de Pasteur que le permite explicar cómo los programas, en relación con otros programas (para el caso, antiprogramas), pueden generar asociaciones que vía la traducción produzcan nuevas redes:

---

13 Bruno Latour, *Pasteur. Una ciencia, un estilo, un siglo* (México: Siglo XXI/Secretaría de Salud, 1995), 91.

Aquél que es capaz de traducir los intereses de los demás a su propio lenguaje lleva las de ganar. [...] Sus intereses [de granjeros y veterinarios] son una consecuencia, y no una causa, de los esfuerzos de Pasteur por traducir lo que quieren o lo que él hace que quieran. No tienen ninguna razón a priori para estar interesados en absoluto, pero Pasteur les ha encontrado más de una razón.

[...] al haber designado al microorganismo como la causa viva y pertinente, puede reformular los intereses de los granjeros de una forma distinta: *si quieren resolver su problema del ántrax, tendrán que pasar antes por mi laboratorio*. Como en todas las traducciones, se da un desplazamiento a través de las diversas versiones. Para ir derecho al ántrax, deberían dar un rodeo por el laboratorio de Pasteur.<sup>14</sup>

En concreto, para Latour, las redes intelectuales —si se les quiere buscar así— tendrán la implicación, en primer lugar, de un acto de simetría entre humanos y no humanos para después rastrear el cúmulo de asociaciones que las han hecho posibles, aceptando que siempre que se sigue un camino se ha dejado otro existente sin seguir: “Nuestro vehículo es la noción de traducción o de red. Más flexible que la noción de sistema, más histórica que la de estructura, más empírica que la de complejidad, la red es el hilo de Ariadna de esas historias mezcladas”.<sup>15</sup>

## De las críticas o los límites

Para un solo concepto, el de red, se han presentado tres ideas completamente distintas, no solo del concepto si no de la sociedad o lo social en sí. Desde los capitales sociales ejercidos en el campo del poder y la cultura legítima; pasando por las cadenas de rituales de interacción que conforman la dinámica de la vida cotidiana de todas las personas, incluidos los intelectuales; hasta una idea de red que nos obliga a pensar simétricamente a humanos y no humanos. Así, algunos de los límites del concepto de red, de red intelectual en particular, se establecen entre las fronteras de estas perspectivas.

Quizá si lo que quisiéramos fuera encontrar un límite exterior, considerando el anterior como interno en términos teóricos, nos encontraríamos de frente con un problema más grande: ¿existen los intelectuales? Al respecto, los

---

14 Bruno Latour, “Dadme un laboratorio y moveré el mundo”. En *Science Observed: Perspectives on the Social Study of Science*, ed. de Karine Knorr-Cetina y Mijail Mulkay (London: Sage, 1983), 141-170. Citado de *Ciencia, tecnología y sociedad CTS-OEI*. Traducción de Marta I. González García, 10-11 y 16-17.

15 Bruno Latour, *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007), 18.

tres autores que aquí revisamos no dudan en caracterizar lo social como una dinámica de desigualdades; la noción de intelectual, por lo tanto, se inscribe en una dinámica social que, de suyo, jerarquizará su organización interna, los intelectuales no escapan a ello. Así, la desigualdad para Bourdieu en relación con el ámbito intelectual se expresará en el racismo de la inteligencia o en la caracterización de los intelectuales como “dominantes dominados”; para Collins, en la desigualdad estructural que reconoce a unos creativos sobre otros; y, finalmente, para Latour la desigualdad es tan patente como la misma gravedad, está ahí y se experimenta, en la capacidad de traducción de los programas.

En este marco, las críticas o los límites al concepto de red intelectual se podrían trazar más cerca de la noción de intelectual si admitimos la función política de las elecciones epistémicas. Aunque no cabe duda de que así como los conceptos de estructura o sistema se toparon con sus límites epistémicos, el de red también tendrá que reconocerlos. Aun cuando su capacidad vinculante entre las escalas micro y macro muestra cierta flexibilidad que ofrece una poderosa forma de comprender lo social como algo que se mantiene en movimiento, que se construye constantemente pero que, a la vez, supone el enlace, por unas razones o por otras, entre múltiples elementos. Lo innegable, empíricamente, parece ser lo colectivo, jerarquizado, que termina también con la noción de redes reconociendo algo que no cambia: siguen arriba los de arriba y abajo los de abajo.





## Revistas

AIMER GRANADOS

### Introducción

**M**uy recientemente, tal vez desde la década de 1990, en América Latina las revistas se posicionaron como un objeto de estudio de la historia intelectual y cultural de la región. Esto no quiere decir que antes de dicha fecha las revistas no aparecieran en el panorama de los estudios históricos, en primer lugar, como meros repositorios de información, como fuente histórica y, muy ocasionalmente, como objeto de estudio. Las revistas también aparecían como objeto de estudio en el campo literario, de manera muy puntual, para señalar cómo algunas, sobre todo las modernistas y de las vanguardias de fines del siglo XIX y principios del XX, contribuyeron justamente a posicionar ciertos géneros literarios.<sup>1</sup> En la actualidad, especialmente desde la perspectiva

---

1 Por vía de ejemplo a continuación se citan dos investigaciones sobre revistas, por cierto, muy influyentes, realizadas durante la década de 1980. La primera de ellas es de John King, *Sur: estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989). La revista *Sur* se publicó entre 1931 y 1992. El otro estudio es el de Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985). Referido al grupo mexicano de “Los Contemporáneos” y a su revista *Contemporáneos*, que, además, incluye notas a propósito de otras revistas como *Policromías*, *México Moderno*, *El Maestro*, *Prismas*, entre otras. La revista *Contemporáneos* se publicó entre 1928 y 1932. Por otra parte, también es importante referenciar el estudio de Boyd George Carter, *Las revistas literarias de Hispanoamérica: breve historia y contenido* (México: Ediciones de Andrea, 1959). El libro de Carter se encuentra en una perspectiva de ver a las revistas como “fuente histórica” y, por otra parte, de tenerlas como objeto de estudio autónomo.

de una historia intelectual y cultural, las revistas se han posicionado como un objeto de análisis muy importante.<sup>2</sup> En este sentido, se ha afirmado que “las revistas culturales han sido redescubiertas por los historiadores como una fuente de enorme riqueza para el estudio de grupos y redes intelectuales, en tanto que los investigadores siguen mostrando la riqueza de este tipo de publicaciones al pasar de fuente a objeto de estudio autónomo”.<sup>3</sup> Como objeto de estudio autónomo y desde la perspectiva de una historia intelectual y cultural, las revistas han abierto un amplio panorama de temas y orientaciones metodológicas en constante diálogo con otros saberes de las ciencias sociales. En opinión de Dosse: “Las revistas, que son uno de los soportes esenciales del campo intelectual, pueden ser consideradas como una estructura elemental de sociabilidad, espacios muy valiosos para analizar la evolución de las ideas en tanto que lugares de fermentación intelectual y de relaciones afectivas”.<sup>4</sup>

El reposicionamiento de las revistas en la historiografía como objeto de estudio autónomo ha sido influenciado por el hecho de que la nueva historia intelectual ha venido desplazando progresivamente a la tradicional historia de las ideas; con lo cual, sin dejar de estudiar las ideas, a ellas se han integrado sus materialidades (como las revistas y, en general, los impresos), por donde las ideas circulan y son recepcionadas, apropiadas y reinterpretadas. Asimismo, esta corriente historiográfica ha integrado al estudio de las revistas sus contextos de enunciación y su funcionalidad en vistas de identificar, estudiar y analizar algunas de las perspectivas más sobresalientes de esta nueva forma de hacer historia: las revistas como espacio de sociabilidad; su capacidad para formar redes intelectuales y textuales, para encontrar tramas de todo tipo (políticas, ideológicas, económicas, culturales, científicas, académicas); las revistas, en particular las académicas, y su potencial para incentivar la autonomía de ciertos campos del conocimiento dentro de las ciencias sociales y las humanidades, para forjar escritores y lectores especializados en historia, sociología, filosofía, antropología, etc.; las revistas, de cualquier índole, para impulsar, replantear y estructurar el campo cultural; entre otros aspectos. Para explicar el posiciona-

---

2 El libro de Horacio Tarcus titulado: *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles* (Temperley: Tren en Movimiento, 2020), en mucho, define, aborda y desarrolla el nuevo campo de investigación histórica en torno a las revistas.

3 Alexandra Pita y María del Carmen Grillo, “Revistas culturales y redes intelectuales: Una aproximación metodológica”, *Temas de Nuestra América*, n.º 54 (2013): 178.

4 François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual. Del caso Dreyfus a nuestros días* (Valencia: Ediciones de la Universidad de Valencia, 2006), 51.

miento que las revistas han tenido en las últimas décadas como objeto de estudio autónomo, también debe tenerse en cuenta que, desde la historia del libro, la lectura y los lectores y, en general, desde la historia intelectual/cultural y la sociología de los intelectuales, se introdujeron categorías como la de soportes materiales de las ideas, espacios de sociabilidad intelectual, historia social de las ideas, prácticas culturales, teoría de los campos, etc., que han contribuido a explicar la función social, cultural y política de las revistas.

## El proceso de reapropiación de las revistas latinoamericanas

Al preguntarse por el proceso de reapropiación de las revistas culturales latinoamericanas por parte de la academia latinoamericana, dicho sea de paso, desde una perspectiva de historia cultural, Tarcus identificó obstáculos de orden material y simbólico, antes de que tal reapropiación se presentara. En cuanto a lo material, Tarcus se pregunta por las condiciones de posibilidad que durante casi todo el siglo xx impidieron estructurar una línea de investigación sólida en torno a las revistas culturales latinoamericanas. Tales condiciones de posibilidad iban desde la limitante de las hemerotecas nacionales de los países latinoamericanos, cuyas colecciones pocas veces iban más allá del espacio del Estado-nación. Tarcus también señala la falta de índices sistematizados como un impedimento para afianzar una línea de investigación en torno a las revistas. Pero, por otra parte, muestra cómo han crecido en el último tercio del siglo pasado las condiciones de posibilidad para el estudio de las revistas latinoamericanas, como lo muestran múltiples estudios aparecidos desde los inicios del siglo xxi.<sup>5</sup> Ello debido a prácticas editoriales que han rescatado revistas cultu-

---

5 Sin ánimo de ser exhaustivo en referencias bibliográficas que den cuenta de estas investigaciones, menciono algunos ejemplos: Alexandra Pita, *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920* (México: El Colegio de México / Universidad de Colima, 2009). John King, *Plural en la cultura literaria y política latinoamericana. De Tlatelolco a "el ogro filantrópico"* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011). Fernanda Beigel, *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina* (Buenos Aires: Biblos, 2006). Antonia Viu, *Materialidades de lo impreso. Revistas latinoamericanas, 1910-1950* (Santiago de Chile: Metales Pesados, 2019). Para el caso mexicano, Carlos Illades, en muchos de sus libros y artículos ha estudiado las "revistas teórico-políticas". Por vía de ejemplo, véase el capítulo 7 de *El Marxismo en México. Una historia intelectual* (México: Taurus, 2018). El tomo II de la *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la "ciudad letrada en el siglo xx"* (Madrid: Katz, 2010), obra

rales a través de facsimilares y a una ampliación de los “circuitos nacionales” de nuestras revistas culturales hacia “circuitos continentales”.<sup>6</sup> A ello, Tarcus agrega la visión continental de las revistas culturales que un puñado de becarios y exiliados pudieron obtener en virtud de sus estancias académicas en las colecciones que de estos impresos había en la universidades europeas y norteamericanas.<sup>7</sup> Todo ello ha coadyuvado para que efectivamente el proceso de reapropiación de las revistas culturales del continente se haya posicionado como un objeto de estudio e investigación, muy central, dentro de un cruce que, entre otras áreas del conocimiento, ha implicado a los estudios de historia intelectual, la historia cultural y los estudios literarios.

En este proceso de reapropiación de las revistas culturales latinoamericanas, Tarcus identifica tres momentos. 1) El proceso de develamiento y sistematización bibliográfica de una buena parte de estas revistas, realizado por hispanistas norteamericanos a mediados del siglo xx. 2) La reapropiación de las revistas como objeto de estudio por parte de algunos americanistas de las universidades europeas durante las décadas de 1980 y 1990. 3) Un gran momento de reapropiación de las revistas de “Nuestra América”, en la propia América Latina, llevada a cabo en lo que va del siglo xxi a través de estudios puntuales, congresos, seminarios y cursos especializados, libros y artículos de investigación.<sup>8</sup>

---

colectiva dirigida por Carlos Altamirano, incorpora todo un apartado sobre revistas: *Amauta, Sur, Cuadernos Americanos*, entre otras publicaciones. No olvidar las compilaciones de estudios en torno a revistas: Darío Roldán (comp.), *Crear la democracia*. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y *el debate en torno de la República Verdadera* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006) y, entre muchas otras obras de este tipo, Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura* (México: Universidad Autónoma Metropolitana - Cuajimalpa / Juan Pablos Editor, 2012).

- 6 Estas prácticas editoriales han sido complementadas en los últimos años con una política cultural de rescate y de difusión de acervos revisteriles que diferentes portales web de las bibliotecas nacionales de varios países del área han implementado. En tales portales web se han puesto en línea numerosas colecciones de revistas que atraviesan un arco temporal que va desde inicios del siglo xix hasta lo que va del siglo xxi. Destaco los portales web de las bibliotecas nacionales de Chile, Argentina y Colombia.
- 7 Horacio Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles* (Temperley: Tren en Movimiento, 2020), 10.
- 8 En el decir de Tarcus, con toda razón, el tercero de estos momentos se vio favorecido por el acceso a las colecciones de estas revistas concentradas especialmente en las universidades europeas y norteamericanas; también incidió en ello que ciertos becarios latinoamericanos hubieran podido trasladarse a estas instituciones universitarias, donde, por lo demás, se habían levantado índices y

## Algunas posibilidades metodológicas de las revistas para el estudio de la historia intelectual latinoamericana

Como medio y soporte material para socializar las ideas de todo tipo (ideológicas, filosóficas, científicas, académicas, culturales, del campo literario, etc.), las revistas fueron y siguen siendo un medio idóneo para la ensayística social, la de carácter político e ideológico, la de índole cultural, la de carácter científico, la que se centra en la crítica literaria y de muchos otros géneros, como el ensayo en torno a la identidad latinoamericana. Evidentemente, en el caso de las revistas académicas y especializadas en una determinada área de las ciencias sociales y las humanidades, su importancia radica en que en ellas se da cabida a sesudos ensayos sobre nuestras diferentes y cambiantes realidades.

Efectivamente, en las revistas académicas se publican y presentan avances de investigaciones puntuales referidas a los estudios históricos, la sociología, la antropología, la ciencia política, las relaciones internacionales, la literatura, la economía, la arqueología, etc. Debe hacerse notar además el importante rol que las revistas académicas han tenido en la emergencia y progresiva constitución de la autonomía de diferentes áreas del conocimiento, particularmente de las ciencias sociales, la literatura, la filosofía y la historia. En el caso latinoamericano, la emergencia de estos procesos de autonomía de los campos, dependiendo del país, se puede datar en el tránsito del siglo XIX a la primera mitad del XX; su estructuración plena y profesionalización, también dependiendo del país y su medio académico, solo llegó hasta la década de 1960. Las revistas especializadas y por áreas del conocimiento que genéricamente podemos denominar revistas académicas, fueron muy importantes tanto en la emergencia como en la profesionalización y autonomía alcanzada por estos campos de saber en las ciencias sociales y las humanidades. Ello en tanto tales revistas académicas dieron cabida a temas especializados. Por otra parte, estas revistas se convirtieron en espacios para la formación de un público lector académico compuesto por estudiantes y pares que publican, debaten y se informan de su respectivo campo de conocimiento. Inclusive se puede afirmar que, en el caso de los estudiantes,

---

catálogos de las revistas latinoamericanas. Horacio Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles* (Temperley: Tren en Movimiento, 2020), 9. Me parece que a ese tercer momento también contribuyó el progresivo avance de la historiografía intelectual latinoamericana que vio en las revistas una entrada muy poderosa para, entre otros aspectos, poder investigar en torno a tramas culturales e intelectuales habidas entre las élites culturales e intelectuales latinoamericanas.

las revistas académicas impulsan su formación. Pero, además, estas revistas abrieron el espacio a la materialidad para autores reconocidos en tales o cuales campos del conocimiento social y humanístico.<sup>9</sup>

- 
- 9 Ehrlicher ha sugerido que durante el modernismo las revistas fueron un importante canal “para crear redes intelectuales comunes que permitieron establecer una ‘comunidad imaginada’ entre los escritores de la literatura moderna en lengua española”. Hanno Ehrlicher, “Publicarse como intelectual ‘latino’: Rubén Darío en la *Revista Moderna* de México”. En *La historia intelectual como historia literaria*, coord. por Friedhelm Schmidt-Welle (México: El Colegio de México/Cátedra Guillermo y Alejandro von Humboldt, 2015), 42. Beigel, por su parte, refiriéndose específicamente al campo de la literatura, ha afirmado: “Vanguardistas o academicistas, de derecha o izquierda, las revistas culturales constituyen un documento histórico de peculiar interés para una historia de la cultura, especialmente porque estos *textos colectivos* fueron un vehículo importante para la formación de instancias culturales que favorecieron la profesionalización de la literatura”. Fernanda Beigel, “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 8, n.º 20 (enero-marzo, 2003): 106. Isabel de León, en su tesis doctoral, también ha resaltado el papel “religador” de las revistas en el campo literario latinoamericano de la década de 1920. Al estudiar las redes que una serie de intelectuales dominicanos empujaron desde la isla hacia el continente, de León ha establecido que, el dominicano Federico García Godoy, tuvo en las revistas llegadas a la isla, una especie de plataforma o herramienta que no solo le permitieron el “disfrute de la literatura”, sino también de establecer contactos intelectuales. Al respecto, de León señala: “Las revistas también jugaron un papel fundamental en este terreno. En sus cartas y ensayos [Federico García Godoy] reconoce haber recibido y leído publicaciones periódicas como el *Boletín de la Biblioteca Nacional* y *Revista Moderna*, de México; *Cuba Contemporánea* y *El Fígaro*, de La Habana; *Revista de América* y *Revue Hispanique*, de París; *El Cojo Ilustrado*, de Caracas; *Las Novedades*, de Nueva York y *Nosotros*, de Buenos Aires. Publicaciones que, como señala Susana Zanetti en relación a *El Cojo Ilustrado*, funcionaron como agentes principales de religación continental al: 1) producir fenómenos de coetaneidad en América Latina por el desarrollo simultáneo de similares condiciones de producción y recepción; 2) promover una red extensa e intensa de vínculos entre escritores y público; 3) contratar a escritores de diferentes países de la región para que fungieran como corresponsales o colaboradores que nutrían las páginas de la publicación con crónicas, poemas, cuentos o ensayos; 4) reproducir textos de unas revistas a otras, a través de procedimientos como el llamado “canje”; 5) introducir secciones fijas destinadas al comentario, la crítica o la reseña de las distintas literaturas latinoamericanas, y 6) convertir a “Hispanoamérica, por primera vez, en un campo compartido de solidaridades articuladas para la defensa de los mismos ideales, y también de polémica”. Isabel Dolores de León Olivares, “El continente en la isla, la isla en el continente.

Como lo he planteado en otra publicación, las revistas se pueden entender como “nudos-espacios” que permiten la formación y el encuentro intelectual/académico de redes y comunidades académicas en sentido amplio: redes de intelectuales, editores, agentes y empresarios culturales, autores, lectores/críticos y comités editoriales que orientan los contenidos y la línea editorial de las revistas.<sup>10</sup> Otra perspectiva interesante en el estudio de las revistas es la señalada por Fernanda Beigel respecto a concebir las revistas como “textos colectivos”. En tal sentido, son materialidades de las ideas que dejan ver las “principales polaridades del campo cultural”. Las revistas, de acuerdo con esta autora, constituyen “puntos de encuentro de trayectorias individuales y proyectos colectivos, entre preocupaciones de orden estético y relativas a la identidad nacional, en fin, articulaciones diversas entre política y cultura que han sido un signo distintivo de la modernización latinoamericana”.<sup>11</sup>

Fernanda Beigel, por otra parte, ha encontrado en algunas de las revistas latinoamericanas de carácter vanguardista una práctica cultural que remite a lo que esta autora enuncia como “editorialismo programático”. Este “se caracteriza por su alto grado de articulación entre la producción cultural y la militancia política”.<sup>12</sup>

---

República Dominicana y las redes intelectuales latinoamericanas entre 1880 y 1930” (tesis doctoral, Universidad Autónoma Nacional de México, 2019), 65.

10 Aimer Granados, “Introducción”, En *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura* (México: Universidad Autónoma Metropolitana - Cuajimalpa / Juan Pablos Editor, 2012), 9-10. Esta línea de constitución de redes a través de las revistas, entre muchas otras investigaciones, ha sido destacada y detallada, por ejemplo, por Pineda Franco, quien ha establecido que tres de las más importantes revistas modernistas de América Latina, *Revista Moderna. Arte y Ciencia* (México, 1898-1903), *El Cojo Ilustrado* (Caracas, 1892-1915) y *Revista de América* (Buenos Aires, 1894), “instauraron un sistema de intercomunicación entre los modernistas de diversos países hispanoamericanos, como Rubén Darío, José Martí, Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, con su epicentro cultural, París”. Ángela Pineda Franco, “El cosmopolitismo de la *Revista Moderna* (1898-1911): una vocación porfiriana”. En *La república de las letras*, vol. II, coord. por Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (México: UNAM, 2005), 223. Ehrlicher, otro autor que ha trabajado la *Revista Moderna* de México, coincide con Pineda Franco en esta apreciación a propósito de las revistas como uno de los medios que facilita la conformación de redes intelectuales, académicas y de otros tipos: los modernistas “esparcieron conscientemente su escritura por medio de las revistas a los cuatro vientos latinoamericanos para crear redes intelectuales comunes que permitieron establecer una ‘comunidad imaginaria’ entre los escritores de la literatura moderna en lengua española”. Hanno Ehrlicher, “Publicarse como intelectual ‘latino’...”, 42.

11 Fernanda Beigel, “Las revistas culturales...”, 106.

12 *Ibíd.*, 165.



Beigel ve en el editorialismo programático, una práctica cultural asociada con la dirección de revistas y periódicos, la edición de libros, el intercambio de impresos y la creación de empresas editoriales. Al menos en lo que respecta al mundo de las revistas, el editorialismo programático ha permitido a Beigel proponer un camino metodológico para restituir “redes editorialistas” a nivel continental que permiten mostrar la articulación entre la producción y práctica cultural con la praxis política. Beigel se centra particularmente en el estudio y análisis de la “red editorialista” nacional y transnacional impulsada por José Carlos Mariátegui a través de *Amauta* (1926-1930) que, en conjunción con su periódico *Labor* (1928-1929) y su práctica editorial a través de las editoriales Minerva (1925-1936) y Sociedad Editora Amauta (1928-1932 probable), enérgicamente coadyuvaron a darle forma a su proyecto cultural y político.<sup>13</sup>

## Algunas notas finales

Es un hecho comprobado la reapropiación de las revistas culturales y académicas latinoamericanas por parte de la historia intelectual y la historia cultural, tal y como recientemente lo ha planteado Horacio Tarcus en su libro sobre las revistas culturales latinoamericanas. Desde principios del siglo **XXI**, gracias a múltiples publicaciones, seminarios, mesas de trabajo y cursos de posgrado, los estudios y las investigaciones en torno a las revistas culturales y académicas latinoamericanas editadas desde mediados del siglo **XIX** a la fecha, se han posicionado como un objeto de estudio autónomo. Tal reapropiación, entre otras cuestiones, ha implicado mover el foco de atención, desde una casi que exclusiva mirada hacia las revistas como mero repositorio documental, a una serie de posibilidades metodológicas y de cruces con subcampos de la historia y aún con los estudios literarios y la sociología. Aunque ya se mencionó, se quiere enfatizar que este proceso de reapropiación de las revistas por parte de la historiografía latinoamericana ha permitido abordarlas desde una perspectiva culturalista y de historia intelectual del continente.

El estudio de “las tramas intelectuales” atrás de las revistas, según feliz noción sugerida por Horacio Tarcus, ha permitido que en muchos países de América Latina el estudio de las revistas haya explorado e investigado no solamente “tramas intelectuales” sino, además, otro tipo de “tramas”: ideológicas y políticas; de identidad, cultura y unión latinoamericana; de redes textuales, académicas e intelectuales; de tramas políticas.

---

13 Fernanda Beigel, *La epopeya...*, véanse los capítulos 4 y 5. Otra investigación de largo aliento que ha restituido una importante red intelectual, cultural y política a partir de un impreso es la de Alexandra Pita: *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*.

Las revistas permiten tener una entrada analítica muy fructífera referida al mundo de la cultura, de las letras y sus corrientes estéticas, de los intelectuales y sus ámbitos de sociabilidad. Las revistas también han proporcionado la posibilidad de estudiar algunos proyectos de carácter político que, en diferentes momentos de la historia continental, se han fraguado desde la línea editorial de una determinada publicación. Las revistas también han permitido la emergencia, estructuración y el avance de campos autónomos de las ciencias sociales y las humanidades, con lo cual han creado públicos receptores/lectores especializados.

Por todas estas posibilidades de investigación que las revistas ofrecen a la historia cultural e intelectual del continente —que, dicho sea de paso, ha arrojado excelentes y sesudos estudios—, se puede afirmar que las revistas, en mucho, llegan a ser un reflejo variopinto de las sociedades con las que han interactuado y aún interactúan.



## Semasiología/Onomasiología

ÓSCAR JAVIER LINARES LONDOÑO

La premisa según la cual las experiencias están sedimentadas en los conceptos es la contraseña particular de la historia conceptual de linaje koselleckiano: *Begriffsgeschichte* (en adelante, BG).<sup>1</sup> Como estructura arquitectónica de esta proposición, la BG alza hercúleas pilastras:<sup>2</sup> la diferencia entre palabra y concepto,<sup>3</sup> el análisis sincrónico y diacrónico, la interdependencia entre realidad y conceptos, y las rutas metodológicas asociadas a la semasiología y la onomasiología. Aunque ninguno de estos elementos puede faltar en un ejercicio de caracterización de este campo de investigación histórica —pues, como mostraré, en su interconexión, todos juntos erigen la columna vertebral del proyecto intelectual de Reinhart Koselleck—, es un hecho que mientras algunos de estos cimientos han recibido deslumbrantes reflectores, otros, detrás de una espesa bruma, se han mantenido en la penumbra. Lamentablemente, este último es el caso de la semasiología y la onomasiología como vías metodológicas de la BG. La revisión de la bibliografía especializada no deja lugar a dudas: se trata de uno de los pilares menos explorados por los historiadores conceptuales.<sup>4</sup> En

- 
- 1 Para una ampliación de este enfoque historiográfico, véase el capítulo “Historia conceptual alemana (*Begriffsgeschichte*)”, incluido en este libro.
  - 2 Para este punto, véase: Faustino Oncina Coves, “¿Qué significa y para qué se estudia la historia conceptual?”. En *Ilustración, progreso, modernidad*, de Horst Stuke, Reinhart Koselleck y Hans Ulrich Gumbrecht (Madrid: Trotta, 2021), 9-35.
  - 3 Para una ampliación de esta diferencia, véase el capítulo “Palabra/Concepto”, incluido en este libro.
  - 4 Aunque Koselleck le dedica a este tema algunas pocas líneas, en ninguna de sus obras ofrece un acápite exclusivo en el que profundice en estas perspectivas metodológicas (ni siquiera en la introducción a los *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*). Lo mismo

principio, pareciera un fuste con un rendimiento teórico fútil para una indagación histórico-filosófica sobre los conceptos políticos y sociales fundamentales de la modernidad. Allí podría estar la explicación de la mirada desdeñosa de los investigadores, para nada comparable con la contemplación seductora que hasta ahora han recibido categorías como *Sattelzeit*, aceleración, horizonte de expectativa o estratos del tiempo. No obstante, en lo que sigue espero demostrar que algunas de las posibilidades y límites de la BG pasan necesariamente por un análisis pormenorizado de la apuesta metodológica de Koselleck.

## El método de la historia conceptual

Como punto de partida, recordemos que para Koselleck la “diversidad de la experiencia histórica de tiempos pasados o presentes siempre se ha plasmado en conceptos”<sup>5</sup> y, por lo mismo, los conceptos, más que tener historias, las contienen. Por ello, la BG defiende que los conceptos son “una irreductible instancia metodológica última sin la que no puede tenerse ninguna experiencia ni conocimiento del mundo o de la sociedad”,<sup>6</sup> y no son, como suele creerse, simples epifenómenos de la realidad. Así las cosas, una de las tareas primordiales de Koselleck tendría que ser la de proveer un conjunto de estrategias metodológicas que permitan dar cuenta de esa intrincada relación entre conceptos y experiencias. ¿Con qué métodos y bajo qué presupuestos teóricos se pueden revelar las experiencias sedimentadas en un concepto? Para esta labor, el profesor de Bielefeld propone, principal aunque no exclusivamente, dos instrumentos metodológicos: la semasiología y la onomasiología. La primera perspectiva “tiene en cuenta todos los significados de un término”,<sup>7</sup> mientras que la segunda “considera todas las designaciones referidas a un estado de cosas determinado”.<sup>8</sup> En

---

sucede con sus intérpretes, todos ellos mencionan de paso la semasiología y la onomasiología, pero muy pocos van más allá de una escueta caracterización. Esto tiene consecuencias para los jóvenes investigadores que se acercan a la BG pues, regularmente, encuentran elaboradas teorizaciones o ejercicios prácticos de descripción histórica de algún concepto, pero difícilmente hallan pautas específicas sobre cómo proceder metodológicamente en sus investigaciones histórico-conceptuales.

- 5 Reinhart Koselleck, “Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Anthropos* 223 (2009), 93.
- 6 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual”. En *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta, 2012), 45.
- 7 Reinhart Koselleck, “Introducción al Diccionario...”, 101.
- 8 *Ibíd.*

esta dirección, aclara Koselleck, la BG acoge estas propuestas metodológicas de la lingüística estructuralista y de la historia de la terminología,<sup>9</sup> no porque su objetivo último sea el de indagar por la función lingüística de los conceptos, sino porque este sería un paso previo para llegar a su función político-social, a la relación de larga duración entre el concepto y la realidad, ya que únicamente en este segundo momento, propiamente histórico-conceptual, “se eleva el método histórico-filológico a historia conceptual”.<sup>10</sup> Expresado de otra manera, aunque el método de la BG está emparentado con el método histórico-filológico, método basado en una perspectiva estrictamente lingüística del vocabulario, la propuesta de Koselleck va mucho más allá de una mera “historia de las palabras”<sup>11</sup> y de una inicial “crítica de las fuentes”.<sup>12</sup>

Antes de profundizar en las posibilidades y límites de las rutas metodológicas de la BG, considero fundamental realizar algunas precisiones. En primer lugar, aunque en sentido estricto la semasiología y la onomasiología son lo más cercano a la concreción de un método de la BG, es menester advertir que, en Koselleck, la reflexión teórica y el procedimiento metodológico parecen fundirse. Aquí no es tarea sencilla separar, como tal vez podría suceder en otros campos de investigación histórica, los supuestos propiamente teóricos de los aportes llanamente metodológicos. Por ejemplo, transitar la vía semasiológica (metodología) sin partir de la diferencia entre palabra y concepto (teoría), nos confinaría en una simple historia de las palabras; así como presumir la profundidad diacrónica de un concepto (teoría) sin recurrir a la onomasiología (metodología), nos impediría trazar las transformaciones de los conceptos a largo plazo. Esta imbricación entre teoría y metodología se puede corroborar al revisar el apartado que Koselleck dedicó al método en la introducción de su lexicón.<sup>13</sup> Allí, además de las perspectivas semasiológica y onomasiológica, de manera paralela se destaca el método histórico-filológico, el principio diacrónico y la diferencia entre palabra y concepto. Difícilmente se podrá emprender una investigación en BG si suponemos, simplificadoramente, que de lo que se

---

9 Sobre la relación de Koselleck con las teorías lingüísticas, véase: Jan Ifversen, “About Key Concepts and How to Study Them”, *Contributions to the History of Concepts*, vol. 6, n.º 1 (2013): 65-88; y Niels Åkerstrøm Andersen, *Discursive Analytical Strategies. Understanding Foucault, Koselleck, Laclau, Luhmann* (Bristol: The Policy Press, 2003).

10 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia social”. En *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, de Reinhart Koselleck (Barcelona: Paidós, 1993), 113.

11 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 99.

12 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 112.

13 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 99-103.

trata es de aplicar a los conceptos políticos y sociales procedimientos propios de la lexicografía; en realidad, advierte Faustino Oncina, “constituye una perogrullada afirmar que la historia conceptual no es solo una praxis lexicográfica, por lo demás con boyantes y muy provechosos réditos, sino también una teoría de los tiempos históricos”.<sup>14</sup> En síntesis, la semasiología y la onomasiología pueden ser consideradas el método de la BG solamente si se entienden como partes de un entramado teórico-metodológico mucho más amplio, rico y complejo. Por ello, afirma el profesor de Bielefeld, la BG “se basa en un método histórico [conceptual] más desarrollado [que el histórico-filológico] a fin de hacer fructífera la historia de los conceptos para las ciencias sociales e históricas”.<sup>15</sup>

En segundo lugar, si bien es cierto que fue Koselleck el responsable de haber puesto, desde la década de 1960, a la semasiología y la onomasiología en el lenguaje habitual de los investigadores en historia, ciencias sociales y filosofía, quienes han usado estas estrategias en las más diversas exploraciones,<sup>16</sup> es claro que no fue él el primero en idear o proponer dichos métodos. En realidad, la semasiología y la onomasiología hacen parte de la lexicología, rama de la lingüística encargada de estudiar el vocabulario de una lengua, esto es, la formación, el significado y la combinación de las unidades léxicas básicas.<sup>17</sup> La semasiología, término que cuando se acuñó en 1825 era indistinguible de la semántica, recoge hoy muchos de los fundamentos de la lexicología moderna o estructural, constituyéndose en la metodología principal con la que se forma el campo léxico-semántico de una lengua; la onomasiología, por su parte, al abarcar “todas las palabras que implican un determinado concepto”,<sup>18</sup> es la aproximación con la que se ordena el campo conceptual.<sup>19</sup> En lingüística también se conoce a la semasiología como método ascendente, pues se eleva del significante a los significados; mientras que la onomasiología sería descendente al bajar del significado a los posibles significantes: “la semasiología parte de lo dado formalmente y persigue lo dable

---

14 Faustino Oncina Coves, “Editorial. Derroteros de la historia conceptual”, *Conceptos históricos*, año 5, n.º 7 (2019), 12.

15 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 99.

16 Por ejemplo: Edwin Cruz Rodríguez, “El poder en los análisis políticos de Marx. Una aproximación onomasiológica-semasiológica”, *Nómadas*, vol. 38, n.º 2 (2011): 37-50.

17 Sobre el papel de la lingüística en la historia intelectual, véase: Jacques Gilhaumou, “La historia lingüística de los conceptos: el problema de la intencionalidad”, *Ayer*, n.º 53 (2004): 47-61.

18 Enrique Alcaraz Varó y María Antonia Martínez, *Diccionario de lingüística moderna* (Barcelona: Ariel, 1997), 95.

19 Sobre estos puntos, véase: Klaus Heger, *Teoría semántica. Hacia una semántica moderna. II* (Madrid: Alcalá, 1974).



semánticamente; la onomasiología parte de lo dado conceptualmente y persigue lo dable formalmente”.<sup>20</sup> No obstante, no se trata de estrategias excluyentes, “los enfoques onomasiológico y semasiológico son complementarios entre sí”.<sup>21</sup> Finalmente, vale la pena señalar que en el campo de la lexicología estas dos perspectivas son fundamentales, pues son las estrategias utilizadas para elaborar los diccionarios semasiológicos (alfabéticos) y onomasiológicos (temáticos).<sup>22</sup>

Para cerrar esta digresión, es primordial insistir en que la metodología de la BG busca evadir los tradicionales problemas de la historia de las ideas. Sin duda, resulta necesario “repensar esta inclinación a ver las *ideas* (políticas) como entes invariables bajo cuya influencia se han resuelto un sinnúmero de problemas perennes”.<sup>23</sup> Ello implica desandar muchos de los caminos frecuentemente trasegados, hasta lograr labrar nuevos senderos que permitan sortear las mitologías que han sido presentadas como historias: aquellos relatos o narraciones “construidos como armas historiográficas”.<sup>24</sup> Cuando la historia se ha convertido, de hecho, en “un montón de trucos que le hacemos a los muertos”,<sup>25</sup> y cuando, en realidad, “muchos estudios recientes se identifican con la novedad en sus

---

20 Ramón Almela Pérez, “Para una articulación realista y semasiológica de las disciplinas lingüísticas”, *Anales de filología hispánica*, vol. 3 (1987), 63.

21 Enrique Alcaraz Varó y María Antonia Martínez, *Diccionario...*, 513.

22 En los diccionarios alfabéticos se procede semasiológicamente, pues se trata de identificar los distintos significados de una palabra; en los diccionarios temáticos, como las enciclopedias, se procede onomasiológicamente, pues lo que se busca es encontrar sinónimos, ofrecer contextos adecuados para la utilización de un término, ordenar las palabras en un campo conceptual y proporcionar herramientas para investigar conceptualmente en distintos campos semánticos. Sobre este punto, véase: Inmaculada Anaya Revuelta, “La función onomasiológica de los diccionarios: el diccionario como herramienta para aprender nuevas voces o recuperar la palabra olvidada”, *Hesperia. Anuario de filología hispánica*, n.º 8 (2005): 7-26; y Paloma Sánchez Hernández, “Los diccionarios onomasiológicos en español: el Diccionario ideológico de Julio Casares”, *Semas*, vol. 1, n.º 1 (2020): 65-84.

23 Óscar Linares, *Un mapa del giro metodológico. Historia de las ideas, los conceptos y los lenguajes políticos en América Latina* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2021), 31.

24 Óscar Linares, “De héroes, naciones milenarias y guerras fratricidas. Tres mitos fundacionales en tres relatos historiográficos de la nación mexicana”, *Folios*, n.º 32 (2010): 9.

25 Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, ed. de Enrique Bocardo Crespo (Madrid: Tecnos, 2007), 73.

títulos, pero continúan defendiendo la tradición en sus argumentos”,<sup>26</sup> se hace necesario repensar las metodologías utilizadas en la historia intelectual. Hacer historia de un concepto político o social no puede seguirse entendiendo como hacer la historia de una idea sempiterna o arquetípica, ni en el sentido de las cosmovisiones de Wilhelm Dilthey, ni en el sentido de las *unit-ideas* de Arthur Lovejoy, ni en el sentido de los modelos y desviaciones de Leopoldo Zea.<sup>27</sup> De allí que, en lugar de dar cuenta de supuestas ideas reificadas, la BG permitiría advertir la contingencia propia de los conceptos políticos y sociales. Según Koselleck:

Precisamente porque cada palabra puede tener una multiplicidad de significados que se van adecuando a la realidad mudable, hay una ciencia de la semántica. Y porque la propia realidad no se deja atrapar bajo un mismo concepto todo el tiempo, sino que invita a una multiplicidad de nombres y de denominaciones susceptibles de aplicación a un mundo cambiante, existe también la ciencia de la onomástica.<sup>28</sup>

## El taller del historiador conceptual

Una vez realizadas estas acotaciones iniciales, se hace necesario profundizar en la manera en que los historiadores conceptuales utilizan las vías semasiológicas y onomasiológicas. Para empezar, puntualicemos sus sentidos: la semasiología “estudia los significados a partir de los significantes y la onomasiología los significantes a partir de los significados”.<sup>29</sup> En el primer caso, se parte de una palabra, *democracia*, por ejemplo, y se indaga por todos los posibles significados de ese término (*i. e.* mecanismo de elección, gobierno popular, gobierno populista, fundamento de legitimidad, etc.). En el segundo caso, se parte, no de la palabra, sino del concepto, es decir, de aquella carga conceptual y experiencial

---

26 Óscar Linares, “Las caras del giro republicano en Hispanoamérica: ¿reflejos del espejo historiográfico y metodológico anglosajón?”, *Folios*, n.º 56 (2022): 201.

27 Para una crítica de la historia de las ideas, véase: Elías José Palti, *¿Las ideas fuera de lugar? Estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana* (Buenos Aires: Prometeo, 2014).

28 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, n.º 53 (2004): 30-31. Es menester advertir que la traducción de la palabra alemana “onomasiologisch” como “ciencia de la onomástica” puede llevar a confusión. En español, la onomástica es el estudio de la etimología y la toponimia.

29 Faustino Oncina Coves, “Nomadismo conceptual y autodeterminación como destino. A modo de introducción”. En *Conceptos nómadas. Autodeterminación*, ed. de Faustino Oncina Coves, Nerea Miravet y Héctor Vizcaíno (Valencia: Universitat de València, 2014), 23.

que, sincrónica y diacrónicamente, ha sido englobada en un estado de cosas reconocido como *democracia*; lo que interesa aquí, entonces, son las múltiples palabras con las que puede designarse ese concepto, sus posibles sinónimos, la red semántica que tejen sus sentidos (*i. e.* revolución, pueblo, igualdad, etc.).<sup>30</sup>

El historiador conceptual deberá recorrer los dos caminos a fin de poder dar cuenta de los “muchos contenidos significativos”<sup>31</sup> que están concentrados en un concepto. Esta combinación metodológica es primordial, pues las palabras que se “han mantenido no son, tomadas en sí mismas, un indicio suficiente de estados de cosas que hayan permanecido también, y porque —inversamente— estados de cosas que se han modificado a largo plazo se conciben desde expresiones muy diferentes”.<sup>32</sup> Por otra parte, la complementación metodológica nos previene contra un peligro frecuente: suponer que la permanencia de una palabra implica la subsistencia de una única carga conceptual. En realidad, esta reificación de las palabras solo es posible si proyectamos de manera indebida el pasado sobre el presente (mitología de la prolepsis) o el presente sobre el pasado (mitología del cronocentrismo), pasando por alto un hecho fundamental: nuestro tiempo “condiciona nuestro modo de pensar”.<sup>33</sup> Por ello, para no caer en la hipostatización de los conceptos, para no reducir la BG a una mera historia de las palabras, para poder dar cuenta del peso que la modernidad tiene en la carga conceptual de nuestro vocabulario, se hace necesario, entre otras cosas, integrar la semasiología y la onomasiología. El profesor de Bielefeld ha insistido en que se requieren ambas metodologías “para analizar y describir el cambio histórico de los conceptos, así como la realidad aprendida por ellos”.<sup>34</sup>

Ahora, si bien es cierto que las dos vías deben complementarse, esto es, que se “debe trabajar también onomasiológicamente, alternando con la intervención semasiológica”,<sup>35</sup> también es un hecho que la puerta de entrada a la historia de un concepto es la semasiología: el investigador “sale en búsqueda de una palabra que [...] representa un concepto, y para ello elige un corpus

---

30 Sobre el concepto *democracia*, véase: Gonzalo Capellán, “Imágenes de la democracia: la representación de los conceptos fundamentales (y sus símbolos)”. En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, ed. de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova (Santander: G9/UN, 2021), 165-232.

31 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario...*”, 103.

32 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 122.

33 Giuseppe Duso, *La representación política. Génesis y crisis de un concepto* (Buenos Aires: UNSAM/Jorge Baudino Ediciones, 2019), 11.

34 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos...”, 31.

35 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 119.

donde se quiere analizar la utilización de este concepto”.<sup>36</sup> De esta manera, en el taller del historiador conceptual primero se deben identificar, por vía semasiológica, los múltiples significados que tiene una palabra, esto es, se debe recoger la diversidad de la experiencia histórica que, al quedar sedimentada en la palabra, podría convertirla en un concepto. Así lo advierte Koselleck: “el estudio semasiológico tiene una primacía de carácter técnico, debido a que se llega a los conceptos desde las palabras que los contienen”.<sup>37</sup> Por tanto, una vez se han identificado los distintos significados de la palabra y hemos advertido que esa palabra ha concentrado polisémicos, equívocos, polémicos y plurales contenidos, esto es, que la palabra ya no puede ser definida unívocamente, ello indicaría que probablemente estamos ante un concepto: un concepto atado a esa palabra, pero que ahora, sin duda, la excede, pues para Koselleck el concepto “es más que la palabra”.<sup>38</sup>

En ese momento inicia un nuevo proceso: ahora el punto de partida no será la palabra sino el concepto. A fin de poder dar cuenta de los otros vocablos con los que podemos referir el estado de cosas reunido en el concepto, la vía onomasiológica pasa en este nuevo proceso a “primer plano”.<sup>39</sup> Expresado en la metáfora habitual de la BG: los conceptos sirven de “ganzúas”<sup>40</sup> para abrir las múltiples puertas de entrada al conglomerado significativo allí cristalizado, por tanto, al haber incontables ganzúas posibles, cual detective, la onomasiología tiene la tarea de hallarlas y reunir las en un manojo de llaves. Este manojo es, según Koselleck, el “gran número de denominaciones”<sup>41</sup> posibles de un concepto, las “diferentes palabras”<sup>42</sup> con las que podemos referir la cristalización de un contenido conceptual.

La metáfora del manojo de llaves ilustra una consecuencia de la vía onomasiológica que, aunque advertida por Koselleck, ha sido insuficientemente desarrollada: la red conceptual que tejen los conceptos (el llavero que reúne y ordena todas las ganzúas de las puertas de un edificio conceptual). Para el profe-

---

36 Silke Schwandt, “Métodos digitales para la semántica histórica. Tras el rastro de los conceptos en corpus digitales”, *Conceptos históricos*, año 5, n.º 8 (2019): 165.

37 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario* ...”, 101.

38 *Ibíd.*

39 *Ibíd.*

40 Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el Atlántico Ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2021), 70.

41 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia...”, 119.

42 Reinhart Koselleck, “Introducción al *Diccionario* ...”, 101.

sor de Bielefeld, “los conceptos siempre están integrados en redes conceptuales”;<sup>43</sup> de cierta manera, los conceptos extraen su sentido de las interconexiones que trenzan con otros conceptos, ningún concepto aparece y se desarrolla de manera aislada, todo lo contrario, es dicha trama histórico-semántica su condición de posibilidad. Lo que aquí resulta relevante es que esta red, malla o entramado conceptual solo irrumpe con claridad con la onomasiología; es más, la perspectiva onomasiológica consiste justamente en iluminar ese tejido conceptual, en mostrar las maneras en que los distintos hilos se entrelazan para formar el tejido. Por tanto, no se trata solo de incrustar las ganzúas en el llavero, sino de mostrar cómo es que, a pesar de sus diferencias, cada una de ellas logra abrir el mismo portón. Un entramado así es advertido por Koselleck con la palabra Estado.<sup>44</sup> Estado es un concepto histórico fundamental que no puede ser comprendido sin la red que teje con conceptos como ciudadanía, impuestos, poder, territorio, legislación, jurisprudencia, ejército, etc. La palabra Estado aprehendió todos estos estados de cosas y el concepto Estado ya no podrá pensarse sin esta pluralidad de significaciones, esa diversidad histórica entró a formar parte de la polisemia del concepto.<sup>45</sup>

En síntesis, en una simplificación que solo busca ser ilustrativa, el desplazamiento lógico en esta especie de biografía del concepto sería el siguiente:

1. La vía semasiológica muestra los múltiples significados de una palabra.
2. En algunos casos, la particularidad de esa multiplicidad significativa convierte a esa palabra en un concepto, esto es, en un concentrado de muchas experiencias.
3. La vía onomasiológica indica cuáles son las otras palabras o conceptos con las que se puede aludir a esa cristalización conceptual.
4. Estas otras palabras o conceptos conforman una red conceptual, un entramado histórico-semántico que vincula a los conceptos y les da su savia.

Estos serían los momentos iniciales del taller del historiador conceptual, encauzados en dos estrategias complementarias y sucesivas procedimentalmente: necesitamos partir de la palabra (semasiología) para llegar al concepto (onomasiología). No obstante, es menester advertir que hasta aquí llegan los posibles réditos de esta metodología. Las vías semasiológica y onomasiológica

---

43 Reinhart Koselleck, “Historia conceptual”, 47.

44 Véase: Reinhart Koselleck, “Estado”. En *El concepto de Estado y otros ensayos*, de Reinhart Koselleck (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021), 129-238.

45 Sobre este punto, véase: Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos...”, 33-36.

permiten al historiador conceptual identificar los conceptos políticos y sociales fundamentales, así como sus posibles redes conceptuales, pero el trabajo de la BG no se agota allí. En un nivel más elevado de elaboración, complementando los hallazgos de los métodos semasiológico y onomasiológico con los otros pilares de la BG, será posible empezar a identificar las modificaciones y permanencias, conceptuales y sociales, en la larga duración, esto es, las transformaciones estructurales que son el principal objetivo de este campo de investigación histórica. El ejemplo maravilloso que se puede retomar del propio Koselleck sobre la manera en que se imbrican las columnas teóricas y metodológicas de la BG, es el de la palabra secularización.<sup>46</sup> Usando la vía semasiológica, secularización significa el tránsito de un religioso regular al estado secular o el paso de bienes de la iglesia a manos de seculares. Pero solo la impronta metafórica que ganó la palabra secularización tras 1789 y que hizo de este vocablo un concepto fundamental, permitió, por vía onomasiológica, emparentar la secularización con fenómenos como la laicización, la mundanización, la temporalización y la modernidad. A partir de allí, analizando estos fenómenos en la larga duración, fue posible reconocer, gracias al principio diacrónico y al uso del espacio de experiencia y el horizonte de expectativas como categorías metahistóricas, que el progreso y la aceleración son las principales características de este tiempo nuevo.<sup>47</sup>

Por supuesto, los momentos de este taller del historiador conceptual son apenas un acercamiento que no puede generalizarse ni postularse como la única manera de practicar BG. De manera modesta, solo pretende ser un intento de precisión de algunas de las posibilidades metodológicas al utilizar las vías semasiológicas y onomasiológicas, todo ello pensando en los jóvenes investigadores que se acercan por vez primera a este campo de investigación histórica. Lamentablemente, Koselleck no nos legó un paso a paso que nos permita comprender con detalle cómo realizó la historia de los distintos conceptos de los que se ocupó (historia, Estado, crisis, progreso, etc.).<sup>48</sup> Con lo que sí contamos

---

46 Véase: Reinhart Koselleck, "Acortamiento del tiempo y aceleración. Un estudio sobre la secularización". En *Aceleración, prognosis y secularización*, de Reinhart Koselleck (Valencia: Pre-Textos, 2003), 37-71.

47 Sobre el problema de la secularización, véase: Jean-Claude Monod, *La querrela de la secularización. Teología política y filosofías de la historia de Hegel a Blumenberg* (Buenos Aires: Amorrortu, 2015).

48 Véase: Reinhart Koselleck, *historia/Historia* (Madrid: Trotta, 2004); Werner Konze y Reinhart Koselleck, "Estado". En *El concepto de Estado y otros ensayos*, de Reinhart Koselleck (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021), 129-238; Reinhart Koselleck, "Crisis". En *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, de Reinhart Koselleck (Madrid: Trotta/Universidad Autó-

es con el abrumador trabajo de descripción histórico-conceptual de esos conceptos y, sin duda, una manera de acercarse a la BG puede ser la de aprender de ese trabajo empírico. Por ello, considero que el primer paso siempre debe ser el de leer con rigurosidad la obra del propio Koselleck. No obstante, a veces sí se echa en falta una guía rápida y sencilla (más allá de la espinosa introducción al lexicón) que nos permita dejar de deambular por la teoría y metodología propuestas por el profesor de Bielefeld. Aunque no es necesariamente una guía de este tipo, las directrices que Javier Fernández Sebastián formuló para el proyecto *Iberconceptos*<sup>49</sup> pueden ser un buen punto de partida para pensar en algunos de los problemas aquí expuestos. Reproduciré algunas de las múltiples pautas del cuestionario allí empleado por un número ingente de expertos por la utilidad que pueden tener para el tema en cuestión:

- Fechar las primeras apariciones del término (si se trata de un neologismo absoluto) o, en caso de tratarse de un neologismo de sentido, las primeras veces en que la palabra empieza a usarse en la nueva acepción.
- En el segundo caso, reseñar hasta qué punto, pese a la resemantización, los viejos significados continúan gravitando sobre los nuevos usos del concepto.
- Determinar los momentos de mayor uso del término.
- Trazar un esquema evolutivo de los conceptos más próximos, afines, adyacentes y opuestos.
- Evaluar la carga de pasado y la pretensión de realización futura que el concepto internamente conlleva.

---

noma de Madrid, 2007), 241-281; Reinhart Koselleck, "Progreso". En *Ilustración, progreso, modernidad*, de Horst Stuke, Reinhart Koselleck y Hans-Ulrich Gumbrecht (Madrid: Trotta, 2021).

49 Javier Fernández Sebastián es el más destacado historiador conceptual de Iberoamérica. Como pocos, ha escrito algunas de las mejores páginas sobre los problemas aquí planteados. Por ello, luego de leer a Koselleck, el estudio de la obra de Fernández Sebastián se torna ineludible para los investigadores en BG de la región. Sugiero iniciar con las sendas introducciones que escribió para sus diccionarios, véase: Javier Fernández Sebastián, dir., *Diccionario político y social del mundo moderno iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850. (Iberconceptos-I)* (Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC, 2009); y Javier Fernández Sebastián, dir., *Diccionario político y social del mundo moderno iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870* (Madrid: Universidad del País Vasco/CEPC, 2014).



- Precisar el color normativo dominante del concepto (positivo, negativo o neutro).
- Establecer conexiones y correlaciones entre determinados acontecimientos sociales, políticos y culturales y los cambios en el significado del concepto en cuestión.<sup>50</sup>

Como el propio Fernández Sebastián advirtió, el cuestionario es solo una guía y en ningún caso, creo yo, se trata de brindar fórmulas que, al convertirse luego en camisas de fuerza, empobrezcan las posibilidades metodológicas de la BG.<sup>51</sup> Por todo ello, invito a que se tomen todas estas aproximaciones como meras sugerencias, reflexiones tentativas que buscan estimular el diálogo y el debate. Todo ello con el fin de tomar las decisiones “más apropiadas para acercarnos todo lo posible a la percepción que los agentes tenían de las cosas”.<sup>52</sup>

## A modo de cierre

Para terminar, quisiera puntualizar un reto y una dificultad latentes en lo hasta aquí desplegado. Primero la dificultad. A pesar de la reiteración en la necesidad de complementar las vías semasiológicas y onomasiológicas, en la práctica muchos de los más importantes trabajos en BG han pasado por alto este llamado.

---

50 Javier Fernández Sebastián, “*Iberconceptos*. Hacia una historia transnacional de los conceptos políticos en el mundo iberoamericano”, *Isegoría* 37 (2007), 172-173.

51 En ese tono respondió el propio Fernández Sebastián, en un seminario realizado por el Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia en el año 2015, una pregunta sobre su manera de hacer historia conceptual. Aunque en la respuesta brindó algunas posibles pautas, insistió en que no se trataba de fórmulas obligatorias. Lo primero, destacó el director de *Iberconceptos*, es conocer muy bien las fuentes del periodo que se quiere investigar, ese conocimiento permitirá identificar si existió un uso recurrente de una palabra, una irrupción masiva de un término que sea el caldo de cultivo para la cristalización de un concepto. En segundo lugar, es fundamental situar las referencias cronológicamente, ello permite identificar líneas de argumentación de un concepto, debates y conflictos. Finalmente, es necesario elaborar el mapa del concepto: cómo el concepto entra al debate, qué términos lo complementan, cuáles se oponen, etc. Véase: Javier Fernández Sebastián, “Seminario Iberconceptos. Historia política e intelectual del mundo iberoamericano: lenguajes, conceptos y discursos”, Universidad Nacional de Colombia.

52 Javier Fernández Sebastián, “Revolucionarios y liberales. Conceptos e identidades políticas en el mundo atlántico”. En *Las revoluciones en el mundo atlántico*, coord. por María Teresa Calderón y Clément Thibaud (Bogotá: Universidad Externado/Taurus/Fundación Carolina, 2006), 216.

De hecho, si a Koselleck y a cierta historia conceptual que se ha practicado en Iberoamérica les cabe una crítica fuerte, esta es justamente la de haber priorizado la vía semasiológica sobre la onomasiológica, empobreciendo el método y la apuesta teórica que se tenía como punto de partida.<sup>53</sup> La prelación que han tenido las palabras (semasiología) sobre los conceptos (onomasiología) impulsa los golpes (algunos merecidos, otros inaceptables) que ha recibido la propuesta de Koselleck. Entre ellos, los lanzados por miembros de la escuela de Cambridge, para quienes, con todas las consecuencias que ello conlleva, la BG no es más que una simple historia de las palabras.<sup>54</sup> De allí que, como compromiso ineludible, los historiadores conceptuales “deberíamos esforzarnos por combinar en su justa medida la perspectiva onomasiológica con la semasiológica”.<sup>55</sup>

El reto. Con cada vez más ímpetu, la BG ha venido incorporando a sus investigaciones el haz metafórico de los conceptos políticos y sociales.<sup>56</sup> Pareciera que por fin ha empezado a tener dolientes el llamado temprano que hiciera Hans Blumenberg:<sup>57</sup> las metáforas ya no pueden seguirse comprendiendo como meros recursos decorativos del discurso político y deben convertirse en un elemento fundamental de la historia conceptual e inconceptual.<sup>58</sup> Es cierto que Koselleck reconoció la trascendencia del plano metafórico cuando, por ejemplo, advirtió que todas las “expresiones históricas, en la medida en que el tiempo no puede explicarse a sí mismo, viven de significados naturales y espaciales que se encuentran en el trasfondo y se aplican metafóricamente a la historia y a sus ‘movimientos’”.<sup>59</sup> No obstante, a pesar de la miríada de metáforas categoriales que utiliza (entre ellas, *Sattelzeit* y estrato del tiempo), no logró incorporar la metafórica ni a su lexicón, ni a su propuesta teórica y metodológica. Ello me lleva a formular un interrogante que dejaré como desafío para seguir pensando:

---

53 Una ampliación de este punto en Óscar Linares, *Un mapa del giro metodológico...*, 109-124.

54 Véase: John Greville Agard Pocock, “Concepts and Discourses: A Difference in Culture? Comment on a Paper by Melvin Richter”. En *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, ed. de Hartmut Lehmann y Melvin Richter (Washington: German Historical Institute, 1996), 47-58.

55 Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual...*, 69.

56 Véase: Javier Fernández Sebastián y Faustino Oncina Coves, eds., *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques históricos e historiográficos* (Valencia: Pre-Textos, 2021).

57 Véase: Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología* (Madrid: Trotta, 2003).

58 Véase: Hans Blumenberg, “Aproximación a una teoría de la inconceptualidad”. En *Naufragio con espectador*, de Hans Blumenberg (Madrid: Visor, 1995).

59 Reinhart Koselleck, “Progreso”, 165.

ya que “nuestro sistema conceptual está construido en gran medida sobre bases metafóricas”,<sup>60</sup> ¿son la vía semasiológica y onomasiológica perspectivas adecuadas para dar cuenta del plano metafórico del vocabulario político?<sup>61</sup> O, ¿el reto que ello conlleva nos debe impulsar a replantear la metodología de la historia conceptual e inconceptual?

---

60 Javier Fernández Sebastián, “Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual”. En *Historia cultural de la política contemporánea*, ed. de Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (Madrid: CEPC, 2009), 21.

61 Los siguientes son algunos ejemplos del origen metafórico del vocabulario político: “*crisis, organización, regeneración o corrupción vienen de la medicina y de la biología; revolución, de la astronomía; reacción, masas y progreso, de las ciencias físicas; igualdad, de las matemáticas; liberal, moderado y opinión pública, de la moral; ideología, de la filosofía; decadencia, de la historia; fanatismo, propaganda, tolerancia y secularización, provienen de la esfera religiosa; cultura, del mundo agrario; representación, legitimidad, emancipación y civilización, del derecho*”. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, “A manera de introducción. Historia, lenguaje, política”, *Ayer* 53, 1 (2004), 21.

## Soportes y materialidades

KENYA BELLO

La historia intelectual ha tendido puentes, desde finales del siglo xx e inicios del xxi, con quienes trabajamos la historia de lo impreso, la edición y la lectura, pues aportamos una serie de herramientas teórico-metodológicas para identificar y estudiar lo que supone la materialidad de los soportes textuales y cómo el mundo de los objetos tiene un impacto sobre el mundo de las ideas. Así, el propósito de este capítulo es explicar la utilidad de la historia de lo impreso para la historia intelectual y cómo define la primera tanto los soportes como la materialidad.

### Fenómenos intelectuales e impresos: la perspectiva francesa

Entre las diferentes corrientes que tienen presencia actualmente en la historia intelectual, se encuentra la perspectiva francesa de historia sociocultural. Como se sabe, fue una tradición fundada a inicios del siglo xx por Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1866-1944), los creadores de la revista *Annales*.<sup>1</sup> Ambos concibieron que la historia debía tomar distancia crítica del individualismo metodológico que la había caracterizado y atender de manera prioritaria las realidades colectivas que conforman los entramados históricos. La sociología de Émile Durkheim (1858-1917), entre otros aportes interdisciplinarios de las ciencias humanas del periodo, fue de utilidad en este reconocimiento de la dimensión social de los procesos históricos. La perspectiva teórica durkhemiana ayudó a concebir lo social en su dimensión moral a partir de las ideas compartidas o

---

1 Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (Barcelona: Gedisa, 2005), 15-22.

categorías del entendimiento que hacen posible la vida en común.<sup>2</sup> De hecho, tanto Bloch como Febvre escribieron desde la década de 1920 sobre la dimensión colectiva y socialmente heredada del pensamiento individual.<sup>3</sup>

En el caso del segundo, hubo un matiz importante respecto a la corriente durkhemiana, pues fue constante su interés por la relación de doble vía que hay entre lo biográfico y lo colectivo en un determinado contexto intelectual.<sup>4</sup> De ahí que más adelante, a finales de los años cincuenta, haya colaborado con Henri-Jean Martin analizando el impacto que tuvo la invención del libro en las condiciones del trabajo intelectual durante sus tres primeros siglos de existencia. De este modo, con la publicación, en 1958, de *La aparición del libro*,<sup>5</sup> se concretó dentro de la historiografía de Annales un ámbito que escudriñó las condiciones sociales de producción del libro, de su difusión e impacto cultural en Europa.

Debe anotarse que las contribuciones de la historia del libro se dieron de manera paralela al auge de la historia de las mentalidades, desde finales de la década de 1960. Fue una época en que predominó un tratamiento cuantitativo de las fuentes, pero, ante todo, se asumió que las lógicas de la cultura calcaban las de la estratificación social. Es decir, que las elites tenían una relación con la cultura específica y contrastante con la de los sectores populares. A mediados de la década de 1980 hubo un cambio de rumbo significativo en los estudios sobre el libro y lo impreso, con los virajes teórico-metodológicos de la llamada nueva historia cultural, impulsada, entre otros, por las investigaciones de Roger Chartier (1945). Para este historiador, interesado por la cultura europea de los siglos XVII y XVIII, era necesario reconocer la autonomía de lo cultural respecto a la estratificación social. Debía cuestionarse lo que hasta entonces había realizado la historia social de lo cultural y, en su lugar, impulsarse una historia cultural de lo social. Lo que supone poner en duda las relaciones lineales entre

---

2 Émile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa* (Madrid: Alianza, 1993), 52.

3 Marc Bloch publicó en 1924 *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*. En 1928 salió de las prensas Martín Lutero. Un destino, mientras que en 1942 *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, de Lucien Febvre. Todos ellos fueron traducidos al español y en algunos casos existen diferentes versiones.

4 André Burgière, *La escuela de Annales. Una historia intelectual* (Valencia: Universidad de Valencia, 2009), 79-107. Georges Duby, "II. Historia de las mentalidades", En *Obras selectas*, comp. por Beatriz Rojas (México: Fondo de Cultura Económica, 1999), 44-65.

5 Este volumen fue escrito por Martin, quien incorporó ideas de Febvre, fallecido en 1956. El libro puede consultarse a través de diferentes traducciones.

estatus social y apropiación cultural, pues resulta más valioso reconstruir la circulación efectiva y socialmente transversal de los objetos culturales.<sup>6</sup>

Con dicha propuesta, Chartier contribuyó a plantear rutas más complejas en el estudio de lo impreso, pues le parecía que la historia del libro se había caracterizado por acercarse a tal objeto como una mera abstracción. Tanto en la historia de la edición como en la historia de la lectura, proyectos colectivos que representaron modelos renovados de trabajo con la cultura impresa e incluso escrita, destaca la necesidad de atender de manera simultánea a los objetos impresos y las prácticas de su apropiación para una mayor comprensión del encuentro entre el mundo del texto y el mundo del lector.<sup>7</sup> Los estudios literarios y los debates que en esa área de conocimiento se sostuvieron sobre la historia de la literatura, le proporcionaron herramientas adicionales en su quehacer crítico.

## Forma y sentido de los textos

Para sustentar parte de sus cuestionamientos metodológicos, Chartier se apoyó en la propuesta de bibliografía histórica del neozelandés Donald Francis McKenzie (1931-1999). Especialista en lengua y literatura inglesas, fue profesor tanto en su país como en Inglaterra. En el último caso, en la Universidad de Oxford, donde se encargó de la cátedra Bibliography and Textual Criticism, en los años ochenta.

En 1985, McKenzie impartió tres conferencias, las *Panizzi Lectures*, en la Biblioteca Británica, tituladas *Bibliography and the Sociology of Texts*.<sup>8</sup> En el contexto de dicho ciclo trató de propiciar un debate y expresar cuáles eran las limitaciones que identificaba en los enfoques clásicos, tanto de la bibliografía analítica como de la crítica textual, prevalecientes en los estudios sobre la literatura inglesa.<sup>9</sup> Al momento de dictarlas, llevaba al menos veinte años

---

6 Roger Chartier, *El mundo como representación...*, 48-62.

7 *La historia de la edición francesa* supuso que Henri-Jean Martin y Roger Chartier encabezaran varios equipos de trabajo entre 1982 y 1986, años en los que se publicaron los cuatro tomos que la integran. Ninguno de ellos ha sido traducido al español. A su vez, la *Historia de la lectura en el mundo occidental*, que codirigió con el italiano Guglielmo Cavallo, se publicó en 1997. De esta obra sí hay traducciones disponibles.

8 Esas tres intervenciones, al igual que la titulada "The Sociology of a Text: Orality, Literacy, and Print in Early New Zealand", que había impartido en 1983, se reunieron en un solo volumen y se publicaron en 1999.

9 Roger Chartier, "Prólogo. Un humanista entre dos mundos: Don McKenzie". En *Bibliografía y sociología de los textos*, de Donald Francis McKenzie (Madrid: Akal, 2005), 6-7.

buscando nuevos horizontes para la historia de la literatura. En la década de 1960 había elaborado su tesis doctoral sobre las formas de trabajo en la imprenta de la Universidad de Oxford, entre finales del siglo xvii e inicios del xviii. En dicha investigación reconstruyó las dinámicas laborales de cajistas y prensistas, mostrando la manera en que impactaban en la producción impresa y, por ende, en los mensajes literarios.

De hecho, su obra es testimonio de un diálogo con la propia tradición francesa de historia del libro, que detonó algunas de sus reflexiones centrales. Vale la pena retomarlo en sus propios términos:

Aunque los bibliógrafos siempre habían mostrado interés no sólo por los libros como tales, sino por las circunstancias sociales y técnicas de su producción, sólo hace, de nuevo, muy poco tiempo que la bibliografía histórica ha alcanzado reconocimiento como tal campo de estudio. El cambio, parcial pero revelador, que esto indica supone ir de las cuestiones de autoridad textual a las relativas a la difusión y a la lectura, económica y políticamente consideradas. [...] Además, al determinar las condiciones mismas bajo las cuales se crean los significados, tales relaciones se sitúan en el corazón mismo de lo que ha venido a conocerse como *histoire du livre*, una forma de investigación relacionada con la historia de todas las disciplinas que lleven aparejada la presencia de textos.<sup>10</sup>

McKenzie entendía que no bastaba con los enfoques internalistas, sino que era imprescindible integrar el contexto en que se producían los textos. Dicho contexto involucra intenciones sociales, políticas, económicas y culturales. Asimismo, subrayó que el medio siempre repercute sobre el mensaje y, por tanto, la bibliografía debía desentrañar la interrelación entre forma, función y significado. Por esa razón, orientó tanto sus interpretaciones sobre el pasado como su trabajo docente hacia la identificación de la mano de obra que hizo posible determinados textos, los materiales de que estaban hechos, las tecnologías empleadas y los procesos involucrados en su fabricación, así como las variantes de un mismo texto.<sup>11</sup> Es importante hacer notar que en el estudio de todos estos aspectos radica, precisamente, el análisis de la materialidad de los impresos.

En los prólogos de Roger Chartier, que acompañan tanto la versión francesa como española de la *Sociología de los textos*, se explica que la propuesta de este académico neozelandés se fundamenta en dos ideas. La primera consiste en no reducir los textos únicamente a los libros ni a lo escrito; mientras la segunda supone el reconocimiento de que las formas adquiridas por los textos participan de la producción de significados, pues

---

10 Donald Francis McKenzie, *Bibliografía...*, 19.

11 *Ibíd.*, 20-28.



Un texto [...] tiene siempre como soporte una materialidad específica: el objeto escrito donde ha sido copiado o impreso, la voz que lo lee, lo recita o profiere, la representación que lo hace ser visto o escuchado. Cada una de esas formas de “publicación” se organiza según dispositivos propios que determinan de manera variable la producción de sentido. Así, centrándose en el escrito impreso, el formato del libro, la *mise en page*, la división del texto, las convenciones tipográficas, la puntuación, están investidos de una “función expresiva”. Organizados por diferentes intenciones e intervenciones (las del autor, el copista, el librero editor, el maestro impresor, los componedores o los correctores), estos dispositivos pretenden cualificar el texto, determinar la recepción, controlar la comprensión.<sup>12</sup>

A diferencia de la perspectiva de la bibliografía analítica, que reconstruía de manera minuciosa los diferentes estados de un texto para encontrar su etapa prístina, la sociología de los textos de McKenzie resultó atractiva desde una óptica histórica porque permite reconocer la inexistencia de un texto ideal que respete fielmente las intenciones plasmadas por el autor en un manuscrito. Al romper con la idea de estabilidad y fijación de los textos, lo que se propuso identificar fue una “pluralidad de estados de una misma obra, en sus diferentes ediciones, o inclusive en los ejemplares de una misma edición [...]”. Cada versión de un texto constituye una encarnación histórica. En consecuencia, las creaciones textuales están constituidas por la propia materialidad que les confieren cada uno de sus soportes, al tiempo que dicha dimensión material también conlleva entender a los textos como producto del quehacer de una cadena de actores partícipes en el mundo de lo impreso, no solo de quienes los escriben.<sup>13</sup>

Dichos enunciados no solo fueron de provecho para la historia del libro y la historia de la literatura, también para entender la lectura en una dimensión histórica. Las diferentes versiones de los textos se convierten en dispositivos que pretenden controlar la comprensión de quienes los leen. Desde la materialidad, concebida a través de los soportes, se puede indagar sobre la dimensión de la producción, así como de la recepción. En síntesis, las distintas formas que pueden adquirir los textos escritos ofrecen pistas sobre las estrategias editoriales, los públicos que dichas estrategias se propusieron alcanzar y la manera en que quisieron orientar a los lectores en su interacción con una obra.<sup>14</sup> Desde esta óptica se abrieron nuevas posibilidades en el estudio de lo impreso (de forma amplia de lo escrito) y las prácticas de lectura.

---

12 Roger Chartier, “Prólogo”, 7-8.

13 *Ibíd.*, 9.

14 *Ibíd.*, 8-15.

## ¿Cómo trabajar desde la materialidad y los soportes?

En la medida en que la sociología de los textos tiene como objetivo central articular la interpretación de formas materiales y simbólicas, llevarla a la práctica consiste en interrogar los formatos, la disposición de la página, las formas gráficas, las encuadernaciones<sup>15</sup> e incluso los programas de publicación en los que se inscribe la difusión de un texto, entre los que se encontrarían, por ejemplo, las colecciones y bibliotecas. Como dichas características de los soportes ayudan a descifrar las intenciones de sus productores y el sentido que pudieron atribuirle sus posibles lectores, es requisito conocer las técnicas y los agentes involucrados. Eso permitirá una lectura más acabada de las condiciones extratextuales que pesan sobre la producción y transmisión de significados. Al inicio no es una tarea fácil o simple, pero por fortuna ya han quedado registradas formas de proceder en las que pueden basarse quienes se adentren en estos terrenos.

Una primera demostración de cómo se puede transitar por estas sendas se desarrolló en los trabajos y reflexiones del propio McKenzie. Como ya se había explicado, sus intentos por cuestionar las bases mismas de los estudios bibliográficos, de corte filológico, iniciaron a finales de la década de 1960. Desde entonces hizo énfasis en conocer las dinámicas laborales de las imprentas inglesas en el siglo XVIII. A través del archivo de la imprenta de Cambridge, entre otros, reconstruyó con ojo crítico el trabajo de prensistas y cajistas, así como los efectos que sus modalidades y ritmos de producción tuvieron en la proliferación de diferentes versiones de la misma edición de un impreso. Con dicho ejercicio demostró lo erradas que estaban algunas teorías sobre la estabilidad y homogeneidad de la producción impresa, tanto de libros como de publicaciones periódicas. Sus hallazgos obligaron a repensar ciertos supuestos sobre la literatura del periodo, al tiempo que fundaron escuela gracias a la amplificación de su mensaje realizado por la historiografía francesa.<sup>16</sup>

A propósito de dichas conexiones, un segundo ejemplo lo constituyen las investigaciones de Chartier sobre el *Quijote*. En sus diferentes aproximaciones a esta obra, buscó reconstruir la manera en que se entendió el trabajo dentro de

---

15 Respecto al análisis material de la encuadernación, de los siglos XV a XIX, puede ser útil consultar Ana Utsch, *Panorama de la encuadernación* (Bogotá-Guadalajara-Santiago: Universidad de los Andes-Universidad de Guadalajara-Pontificia Universidad Católica de Chile, 2022).

16 Donald Francis McKenzie, "Printers of the mind: Some Notes on Bibliographical Theories and Printing-House Practices", *Studies in Bibliography*, vol. 22 (1969): 7-60.

las imprentas que le dieron vida, así como la historia editorial del texto de Cervantes. Ilustró que diferentes ediciones salidas del taller del impresor madrileño Juan de la Cuesta, a inicios del siglo xvii (1605), contienen errores de secuencia en la trama cometidos por el propio autor. Al recibir críticas, Cervantes modificó partes de varios capítulos, pero en la imprenta mantuvieron el error inicial (edición de 1608), lo que desde luego impactó en la recepción de su obra. Aún más, la labor realizada en Madrid contrasta con la versión publicada en Bruselas, en 1607, donde un cajista suprimió dichas inconsistencias. Esto muestra que las decisiones tomadas en las imprentas y los errores cometidos durante el proceso de publicación tuvieron un impacto en el texto que llegó a ojos y oídos de los lectores en al menos dos diferentes contextos europeos.<sup>17</sup>

Otro laboratorio lleno de enseñanzas es el que proporciona el historiador estadounidense Robert Darnton (1939), quien se aproximó de manera novedosa a los universos intelectuales y librescos de la Francia del siglo xviii, dando cuenta de la trayectoria editorial de una obra clave. En *El negocio de la ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*,<sup>18</sup> que se publicó por primera vez en 1979, no solo se preguntó “¿Cómo hicieron los grandes movimientos intelectuales, entre ellos el de la Ilustración, para extenderse dentro de la sociedad?”, sino “¿Qué forma adquirió el pensamiento de los *philosophes* cuando se materializó en libros?”<sup>19</sup> Para responder dichas interrogantes, identificó de manera amplia y detallada tanto a los agentes y los procesos que le dieron forma, como las diferentes versiones mediante las que se pudo leer el trabajo de los enciclopedistas.

Gracias a que contó con un archivo abundante, como el de la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel, pudo entrelazar los planes comerciales de los libreros-impresores con los proyectos de ediciones concretas entre 1777 y 1782. Uno de los hallazgos más interesantes fue que la difusión ampliada de la *Enciclopedia*, que en las primeras cuatro impresiones en folio había sido restringida, se relacionó con la adopción de formatos de menor tamaño (en cuarto, en octavo) y precio. Las reducciones en forma y costo se debieron al interés de los libreros por adaptarla a un público cada vez mayor, convirtiéndola en un fenómeno masivo, en un *best-seller* de la Francia prerrevolucionaria.<sup>20</sup>

La obra de Darnton constituye en sí misma un modelo de trabajo porque ha tenido la virtud de enlazar el estudio del mundo intelectual con el editorial.

---

17 Roger Chartier, “Materialidad del texto, textualidad del libro”, *Orbis Tertius*, año xi, n.º 12 (2006): 6-7.

18 Robert Darnton, *El negocio de la ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006).

19 *Ibíd.*, 1.

20 *Ibíd.*, 6.

Representa una síntesis de los puentes que hay entre la historia cultural y quienes se interesan por ciertas vertientes de la historia intelectual. No en vano ha sido cercano a la historiografía sociocultural de Annales, pero desde un estilo propio.

Dentro de la historiografía latinoamericana es posible encontrar varios ejemplos de quienes han incorporado la dimensión material de los impresos a sus análisis de fenómenos intelectuales. En los primeros años del siglo XXI, Eugenia Roldán publicó una investigación exhaustiva y propositiva sobre la actividad editorial de Rudolph Ackermann, exitoso comerciante alemán vecindado en Londres.<sup>21</sup> Su interés por esta figura partió desde la historia de la ciencia y la llevó a analizar tanto los procesos de producción como de recepción de sus catecismos, cuya circulación fue bastante significativa a nivel latinoamericano. De este modo, al contrastar las versiones en inglés con las traducciones al español, pudo dar cuenta de los procesos tanto de reescritura como de adaptación que experimentaron dichos textos. La originalidad de su mirada radicó en mostrar las implicaciones que el género catequístico tuvo para la enseñanza de la ciencia en las primeras décadas del siglo XIX.

También es importante tener presente en este campo al historiador argentino Horacio Tarcus, una figura central en el entrelazamiento de la historia intelectual y de lo impreso. Entre otras, ha hecho contribuciones sólidas al estudio del socialismo y el marxismo, no solo en una dimensión nacional, también latinoamericana. Por ejemplo, en este último caso, ha reconstruido quiénes fueron los traductores de *El capital*, de Marx, al tiempo que se detiene en sus diferentes ediciones, que muestran la importancia de centros editoriales e intelectuales como Buenos Aires y Ciudad de México.<sup>22</sup>

En una obra reciente, *Revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*, no solo da cuenta de las aristas involucradas en el estudio de las revistas culturales latinoamericanas, sino que subraya la importancia del giro material dentro de la historia intelectual.<sup>23</sup> Retoma al

---

21 Eugenia Roldán Vera, *Libros, negocios y educación. La empresa editorial de Rudolph Ackermann para Hispanoamérica en la primera mitad del siglo XIX* (Bogotá: Universidad del Rosario-Universidad Javeriana-UAM Cuajimalpa, 2022). El libro se publicó originalmente en inglés a inicios de este siglo: *The British Booktrade and Spanish American Independence: Education and Knowledge Transmission in Transcontinental Perspective* (Aldershot: Ashgate, 2003).

22 Horacio Tarcus, *La biblia del proletariado. Traductores y ediciones de El Capital* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2018).

23 Horacio Tarcus, *Revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles* (Buenos Aires: Tren en Movimiento, 2020), 70-78.

historiador estadounidense Anthony Grafton<sup>24</sup> para plantear que, así como los libros no pueden comprenderse con independencia de los procesos mediante los cuales se producen y se materializan, se venden y compran, circulan y tienen una recepción, tampoco las revistas. En consecuencia, propone que dentro de la historia intelectual las revistas deben pensarse como producto de una cadena de mediadores y no solamente como obra de un editor-escritor.

De manera más precisa, el análisis de la materialidad llevado al terreno de las revistas supone la necesidad de ir más allá de la sección editorial como instancia que define el proyecto de una revista cultural. Tarcus sugiere contemplar de manera central el índice —que hace explícita la sintaxis de una revista— porque encarna las políticas de producción y selección de textos: los ordena y los jerarquiza. También señala que deben considerarse la tipografía y diseño con que se presentan los artículos para leer las intenciones de quienes crearon la revista. De manera adicional, es necesario reconstruir los procesos de traducción y edición, como elementos que permiten ir más allá de la dimensión textual de dichas publicaciones. Lo que se destaca en las portadas sería otro ámbito de observación y no debería descuidarse el proceso de recepción de las revistas, por ejemplo, a través de la correspondencia de los lectores. Todos estos elementos encarnan testimonios de los procesos que se vivieron en una determinada redacción al crear una propuesta cultural y forman parte de las tendencias renovadas para adentrarse en lo que denomina campo revisteril. En su libro enlista todos estos aspectos para sugerir rutas de investigación, por lo que es un trabajo aún pendiente en gran medida.

Por lo expuesto hasta aquí, es posible establecer que el estudio de la materialidad, si bien se ha centrado en los libros, no se agota en ellos, pues otro tipo de fuentes impresas, como las revistas, también pueden trabajarse desde esta óptica. En el caso de impresos más efímeros, como los folletos, contamos con un artículo reciente de Sebastián Rivera Mir.<sup>25</sup> Este historiador, experto en edición comunista, se aproximó de manera novedosa a la producción de impresos durante el cardenismo, en México, pues plantea la necesidad de ir más allá del

---

24 *Ibíd.*, 73. De acuerdo con Grafton, desde la década de 1990, las revistas comenzaron a ser reconsideradas como artefactos culturales complejos desde diversas disciplinas y ya no se les piensa únicamente como soportes textuales. Este cambio de perspectiva es precisamente lo que se conoce como “giro material”. Tarcus cita como material de apoyo el artículo de Grafton “La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, vol. 11, n.º 2 (2007): 123-148, cuya consulta se sugiere para complementar lo que aquí se explica.

25 Sebastián Rivera Mir, “Folletos para la educación socialista en México (1934-1940)”, *Amoxtili. Historia de la Edición y la Lectura*, n.º 6 (2021): 1-25, 1 y 2.

libro de texto. Explica que los folletos se imprimieron en tirajes de cientos de ejemplares con objeto de difundir contenidos acordes al proyecto de educación socialista, así como de renovar los contenidos tanto de las bibliotecas públicas como de las bibliotecas caseras. Por último, contempla cómo los imaginarios sobre la lectura supusieron fronteras móviles entre el libro y el folleto en el primer tercio del siglo xx.

## Límites del análisis material

A partir de los ejemplos anteriores, es posible establecer que los análisis de la historia intelectual se enriquecen cuando son conscientes de la dimensión material de los procesos de transmisión de sentido. Tomar en cuenta la materialidad supone reconocer que resulta limitado interrogar únicamente el aspecto textual de los discursos e ideas. No obstante, el diálogo con quienes se especializan en el estudio de la cultura impresa puede resultar fecundo solo a condición de que no se pierdan de vista las tensiones políticas y económicas que involucra todo fenómeno sociocultural.

Es decir, hay límites en lo que puede aportar la dimensión material, pues tampoco resultaría prudente centrarse solo en los objetos impresos, como tienden a hacerlo algunas historias del libro y la propia bibliografía descriptiva, perdiendo de vista los mundos sociales y culturales que le dan sentido a cualquier producción intelectual. Por algo McKenzie denominó a su propuesta como sociología de los textos. La etiqueta puede resultar un tanto desconcertante para la propia sociología, pero no tanto si se entiende que la apuesta consiste en entrelazar el conocimiento del mundo de lo impreso con una profundización sobre los actores y los contextos históricos que los atraviesan. De este modo, la propia historia intelectual aporta y no solo recibe, pues obliga al análisis material a no quedarse exclusivamente en el mundo de las formas.

## **TERCERA PARTE**

### EXPERIENCIAS E INVESTIGACIÓN INTERDISCIPLINAR





# Cómo construir un campo intelectual. Esbozo metodológico

ALEJANDRO ESTRELLA GONZÁLEZ

## Teoría e investigación empírica

**U**n buen trabajo empírico debe contar con una buena reflexión teórica. Sin una teoría que nos permita construir los hechos, nos vemos abocados a un empirismo ciego que debe contentarse con la ilusión de describir el mundo, a costa de explicarlo. Es más, cabría preguntarse hasta qué punto sería posible dejar en suspenso cualquier operación teórica sin otra previa que lo permitiera. Al final, a lo que parece abocado el investigador, no es a la diatriba teoricismo-empirismo, sino a elegir entre la buena o la mala teoría.

Pero el camino no está exento de dificultades. Tener claro un aparato teórico coherente no asegura que la construcción del objeto empírico sea satisfactoria: no solo hay que saber de teoría, sino cómo aplicarla al caso y ponerla en cuestión. Esta dimensión práctica del proceso de investigación no puede reducirse al empleo ciego de un conjunto de protocolos epistemológicos. Parte de la incoordinación entre epistemólogos o filósofos de la ciencia con los investigadores empíricos, radica ahí. Si bien el trabajo de elaboración teórica debe realizarse de la manera más rigurosa posible, dilucidar un problema empírico requiere conocer y manejar adecuadamente un acervo técnico específico, dotarse de capacidad de inventiva y abrirse a la imprevisibilidad.

Cuando pasamos del ámbito de las ciencias de laboratorio al de las ciencias históricas e indiciarias, estos rasgos se acentúan. En gran medida el motivo radica, no solo en la imposibilidad de reproducir *ad libitum* el caso, sino en el carácter contextual de las fuentes que permiten reconstruirlo: el modelo teórico

de ciudad que usa hoy día un especialista en geografía urbana, no puede reproducirse empíricamente para el caso de la ciudad antigua. Mas allá de las diferencias semánticas entre ambas nociones, y de las que daría cuenta la historia conceptual, las fuentes disponibles impiden someter ambos casos a un mismo cuestionario. Cada caso requiere una elaboración propia, en la que el investigador debe desplegar su oficio e imaginación asumiendo el riesgo de que el resultado no sea plausible, o que finalmente no responda a las preguntas que se realizó al comienzo de la investigación.

## **El campo intelectual como objeto de investigación empírica**

Uno de los conceptos más utilizados actualmente en el ámbito de la historia intelectual y la sociología de los intelectuales es el concepto de campo. Elaborado por Pierre Bourdieu, el estudio de los procesos de formación y desarrollo de los campos intelectuales y del lugar que autores y creadores ocupan en él, constituyen hoy día temas recurrentes de investigación.

En este marco, en ocasiones, el problema no radica tanto en la comprensión del concepto, sino en volverlo operativo en una investigación empírica. Muchas veces, esta operación no pasa de una intuición sobre ciertas posturas intelectuales que se oponen entre sí. El problema, como señala el propio Bourdieu, no radica en la intuición. Esta puede resultar una guía adecuada desde la cual partir. Pero este primer paso debe someterse a un tratamiento disciplinado que permita construir racional y empíricamente el objeto de estudio.

Mi intención en este capítulo es arrojar algunas claves que contribuyan a facilitar esta labor, basándome en una investigación en curso sobre la constitución del campo de la filosofía española contemporánea en siglo XIX, que a su vez lo hace, en términos metodológicos, en la obra de Pierre Bourdieu, especialmente en *Homo academicus* y *Las reglas del arte*. Mi interés se centra, por tanto, más en el uso del concepto que en sus propiedades teóricas. Me referiré a estas propiedades, únicamente en la medida en que se vinculan con las operaciones metodológicas necesarias para construir el concepto de campo intelectual como objeto de estudio empírico.

## **Partir de relaciones y no de sustancias**

Uno de los principales objetivos que persigue el concepto de campo es contribuir a sustituir un pensamiento sustancialista por otro relacional: la realidad social no responde a la agregación de sustancias individuales, sino a un conjunto de

relaciones. El concepto de campo remite así a un espacio de posiciones, donde las propiedades de cada una de ellas vienen dadas por su relación con la totalidad. En otras palabras, un campo es un sistema de diferencias objetivas en un momento histórico determinado.

Pensar relacionamente supone romper con la tendencia del sentido común a sustancializar la relación entre los elementos de un sistema y a considerarlo el resultado de la suma de sus integrantes. Se trataría de invertir el razonamiento. Contemporáneo de Pierre Bourdieu, E. P. Thompson señalaba desde el ámbito del marxismo que las clases sociales no existían al margen de la lucha de clases. Era un error común entre los marxistas proceder identificando clases sociales y derivar de ahí el proceso de lucha. Para Thompson, la lucha de clases era previa a la formación de las clases: la relación adquiere prioridad sobre los términos que relaciona. Cabría extender la idea a la noción de campo gravitatorio, entendido como el conjunto de fuerzas que determina, con diferente grado de atracción, el movimiento de los cuerpos que conforman el sistema solar. Como señala Francisco Vázquez en su monografía sobre Pierre Bourdieu:

La primera consecuencia metodológica de esta lección, lleva a abandonar el típico enfoque ideográfico que domina en los estudios de crítica, historia o sociología de la cultura, y que consiste en tomar como blanco al autor y a su obra, o en redactar una monografía acerca de una institución o escuela determinadas. No se puede captar la singularidad de un agente o de un producto cultural sin emplazarlo en el espacio de los agentes y los productos culturales que le son coetáneos. No se puede leer un texto sin recorrer el universo de los textos por relación a los cuáles aquel se define.<sup>1</sup>

Por tanto, reconstruir el punto de vista de un autor pasa por entender ese punto de vista como una visión desde un punto. Y que ese punto sólo existe como una posición en un espacio de diferencias. El objetivo del investigador es reconstruir esas diferencias. La pregunta es cómo.

## El campo como espacio de unidad

La idea de relación supone la de diferencia, pero también la de unidad. Un campo, como sistema de posiciones objetivas que ejerce una coerción externa sobre quienes lo integran, se encuentra unido por aquello que está en disputa, y cuya desigual redistribución lo convierte en un espacio jerarquizado. En este sentido decimos que el campo, como sistema de relaciones, es un “campo de

---

1 Francisco Vázquez García, *Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón* (Barcelona: Montesinos, 2000), 118.

fuerzas” donde cada uno de los integrantes tiene un peso desigual en relación con el todo. Los recursos en disputa, cuya distribución configura el espacio de posiciones, es lo que Bourdieu denomina como capital.

Dejando de lado la discusión sobre el concepto *capital*, lo importante es tener presente que de lo que se trata cuando queremos construir empíricamente un campo, es de identificar cuáles son los principios de jerarquización que están operando: los capitales eficientes. En las sociedades complejas, el proceso de diferenciación social ha llevado a la constitución de espacios articulados por principios diversos. Las diferencias y jerarquías del mundo de la religión, de la economía o de la ciencia, aunque responden a ciertos rasgos comunes, no lo hacen según los mismos criterios. Por este motivo, Bourdieu habla de unas leyes generales de los campos y de una dinámica específica en torno a principios particulares: el mundo social no es homogéneo, pero tampoco completamente heterogéneo. Ahora bien, ¿cuáles son los principios eficientes del campo intelectual?

## El capital simbólico y los mercados de bienes simbólicos

Pierre Bourdieu distingue a lo largo de su obra cuatro tipos de capitales (que a su vez pueden modularse en especies específicas): económico, social, cultural y simbólico. Me centraré en el último, que es el que nos interesa.

El capital simbólico es una forma de poder que está basada en el conocimiento y el reconocimiento. Cualquier objeto, agente o acción, en la medida en que son construidos y representados simbólicamente, adquieren valor social. Y esto ocurre solo si, quienes están implicados, comparten categorías de percepción, así como el interés y la *illusio* (la fascinación) por lo que está en juego.<sup>2</sup> Para formar parte de una comunidad y distinguir las sutilezas de sus jerarquías simbólicas, es necesario incorporar sus dispositivos culturales característicos y dejarse atrapar (seriamente) por sus rituales. Llevándolo al otro extremo, el *outsider* que carece de interés en el juego y de las categorías adecuadas para comprenderlo, no distingue la relevancia de las pequeñas diferencias simbólicas que jerarquizan objetos, agentes y lances.

Bourdieu reconoce que existen determinados espacios sociales donde la posesión de capital simbólico constituye la principal fuente de autoridad. Estos mundos son los mercados de bienes simbólicos. Los mercados de bienes simbólicos pueden definirse por oposición a los mercados económicos. Se trata

---

2 Pierre Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (Barcelona: Anagrama, 2002), 150-151.

de mundos cuya lógica responde a la del don y la obligación moral, no a la del cálculo, la maximización y el interés material. Se asemejan más al intercambio de obsequios que a la transacción comercial pura, y de hecho su magia reside en la negación del precio económico. Se trata de la economía de las cosas que no tienen precio.

Como señala Bourdieu en su estudio etnográfico sobre Cabilia, todas las conductas de honor de las sociedades aristocráticas o precapitalistas se basan en una economía de los bienes simbólicos que opera mediante la represión del interés material.<sup>3</sup> Además de la economía en el interior de la familia, en nuestras sociedades diferenciadas existe todo un conjunto de universos que se forjaron a partir de la creación de unas condiciones objetivas que favorecían que los agentes implicados desarrollaran un interés en el desinterés económico, recompensando simbólicamente aquellos comportamientos que se fundamentaban en la sumisión, incluso aparente, del interés personal a la norma universal. Aquí, es donde se sitúan los campos intelectuales de producción cultural.

## Lo puro y lo comercial

El campo intelectual, en cualquiera de sus modulaciones (literario, filosófico, científico, etc.), está regulado por la lógica económica de los bienes simbólicos. Según Pierre Bourdieu, un campo intelectual como, por ejemplo, el literario:

Significa la emergencia progresiva de un mundo económico invertido, donde las sanciones positivas del mercado son indiferentes e incluso negativas. El *best-seller* no es automáticamente reconocido como obra legítima y el éxito comercial puede tener incluso valor de condena. E, inversamente, el artista maldito puede deducir de su maldición en su época indicios de elección en el más allá. Esta visión del arte se ha ido inventando poco a poco, con la idea del artista puro, sin más fines que el arte, indiferente a las sanciones del mercado, al reconocimiento oficial, al éxito.<sup>4</sup>

En el mundo intelectual, el principio dominante de diferenciación y jerarquización es el capital intelectual: un tipo de autoridad simbólica que es resultado de actos de conocimiento y reconocimiento de determinadas formas de capital cultural.<sup>5</sup>

---

3 Ibid., 153.

4 Ibid., 183.

5 Podemos entender el capital cultural como el conjunto de herramientas que permite generar preguntas, reproducir ideas y diseñar proyectos creativos. El capital cultural actúa como principio de jerarquización en la medida en que es

En el fragmento que acabamos de leer, el reconocimiento intelectual tiene dos orígenes: aquel que proviene del éxito comercial —y que normalmente está asociado a un público amplio, profano—, y el que procura el propio campo a través de pares y competidores. La relación entre ambos tipos de reconocimiento no está dada de una vez para siempre. Cuando los campos intelectuales son muy autónomos (como el de las matemáticas), sus productos tienden a ser evaluados por los propios productores, que ejercen una suerte de monopolio. En el caso contrario, por ejemplo, en el periodismo, las fuentes de reconocimiento se multiplican. Esta oposición entre un polo puro y otro comercial tiende además a reproducirse al interior de los mismos campos intelectuales. Por ejemplo, en el caso de la filosofía y de la literatura, el ensayo y el *best-seller* responderían más al segundo caso; mientras que la metafísica y la poesía, al primero. Ahora bien, incluso cuando el reconocimiento proviene del interior del campo, ¿se trata siempre del mismo tipo de prestigio intelectual?

## El problema de la creatividad: producción de ciclo largo y ciclo corto

Al tratar los diferentes tipos de obras literarias en función de sus públicos, Pierre Bourdieu distinguía entre la producción de ciclo largo y la de ciclo corto.<sup>6</sup> La segunda, que suele identificar con el polo comercial, se corresponde con aquellos productos que se ajustan a una demanda preexistente y a unas formas preestablecidas, minimizan los riesgos y están pensados para garantizar una rápida retribución. La primera, en cambio, acepta la incertidumbre que supone volcarse hacia nichos futuros, o simplemente hacia públicos que constituyen mercados más autónomos respecto a la urgencia inmediata.

En *Las reglas del arte*, Pierre Bourdieu operaba esta distinción con el objetivo de diferenciar entre tipos de empresas comerciales en el ámbito de la literatura. José Luis Moreno Pestaña ha acertado al distinguir, a partir de ella,

---

reconocido y goza de autoridad intelectual. De este modo, muchas de las luchas intelectuales responden a conflictos por dotar de autoridad a diferentes tipos de capital cultural (*v. g.*, teorías científicas, influencias artísticas o filosóficas, idiomas extranjeros, tecnologías, diseños curriculares, etc.). Aquellos que triunfan, se convierten en recursos de prestigio en un determinado momento y, a partir de ahí, en ocasiones quedan asociados a nombres propios que se convierten en depositarios de ese reconocimiento (*v. g.*, el Bosón de Higgs, los “ismos” filosóficos, el método Montessori, etc.).

6 Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructuras del campo literario* (Barcelona: Anagrama, 2018), 214-217.



dos tipos de capital intelectual: por un lado, se encontraría el que proviene del reconocimiento por parte de los pares; por otro, aquel que procede de la capacidad para generar debates y proyectos que trascienden el contexto de producción.<sup>7</sup> Y es que, según Moreno Pestaña, las comunidades intelectuales cerradas tienden a generar un comportamiento dogmático de celebración autorreferencial, puesto que sus miembros suelen adaptar sus creaciones a las demandas del grupo. Esto nos aproxima a la lógica de la producción de ciclo corto. En el segundo caso, el productor logra conectar con públicos vitalmente alejados en el espacio y el tiempo, más allá de la influencia social que puede generar la comunidad intelectual local a la que pertenece. Esto nos sitúa en la estela de la lógica del ciclo largo.

El sociólogo norteamericano Randall Collins ha encarado esta problemática para el caso de la filosofía, al intentar distinguir entre reputación y creatividad.<sup>8</sup> Dado que el capital intelectual es un tipo de reconocimiento: ¿cómo distinguimos —se pregunta— entre los intelectuales famosos y los realmente creativos? La solución de Collins pasa por idear una suerte de mecanismo de “selección intelectual” que hace que no todas las ideas de los filósofos reputados se perpetúen en las siguientes generaciones. Este mecanismo de selección —lo que denomina como la “ley de los números pequeños”—<sup>9</sup> plantea la necesidad de estudiar al menos tres generaciones intelectuales para poder evaluar si la obra de un filósofo importante se perpetúa y continúa generando creatividad. Cuantas más generaciones perdure la capacidad para atraer la atención de los demás, mayor creatividad. La consecuencia lógica es que, en el momento presente, no podemos discernir qué intelectuales, además de famosos, serán creativos. La creatividad es un fenómeno colectivo que depende de la larga duración y que solo podemos conocer *a posteriori*.

## El poder institucional

Sin duda, el reconocimiento intelectual no constituye el único criterio de jerarquización de los campos intelectuales. En *Homo academicus*, Pierre Bourdieu llevaba a cabo una reconstrucción del campo universitario en la Francia del 68. Inspirándose en *El conflicto de las facultades* de Immanuel Kant, Bourdieu establecía una distinción en el espacio académico entre el polo mundano, repre-

---

7 José Luis Moreno Pestaña, *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013), 33-35.

8 Randall Collins, *Sociología de las filosofías: una teoría global del cambio intelectual* (Barcelona: Hacer, 2005), 60-63.

9 *Ibíd.*, 86-87.

sentado por las facultades de derecho y medicina, y el polo científico, representado por las de ciencias, con filosofía y letras en una situación intermedia.

Según Bourdieu, el polo científico es aquel en el que predominan los poderes sobre los medios que proporcionan autoridad científica. El polo mundano, en cambio, está fundado sobre el dominio de los medios de reproducción del cuerpo profesoral y puede entenderse como una forma de autoridad institucional, temporal, sobre el mundo universitario.<sup>10</sup> De nuevo, con un claro regusto kantiano, Bourdieu concluye:

Dominantes temporalmente, los ocupantes de las posiciones de poder más estrictamente fundadas en la institución y limitadas a la institución [...] son dominados desde el punto de vista de la consagración universitaria propiamente dicha y sobre todo desde el punto de vista de la notoriedad intelectual.<sup>11</sup>

Haciendo extensible esta lógica del campo universitario a los campos intelectuales, cabe concluir que, además del reconocimiento intelectual en cualquiera de sus dos formas, el capital institucional, como forma de poder temporal que abre posibilidades para desarrollar ciertas carreras o cerrar otras, constituye un elemento clave de jerarquización y determina finalmente la morfología del campo intelectual.<sup>12</sup>

## El campo intelectual como frontera

Bourdieu elaboró el concepto de campo con la intención de romper con la disyuntiva que, en la sociología de la cultura, enfrentaba a quienes sostenían que comprender una producción cultural pasaba por leerla como un texto, con quienes defendían que ese texto sólo cobraba sentido al relacionarlo con el contexto social y económico. Según el propio Bourdieu:

Mi hipótesis consiste en suponer que entre esos dos polos [...] hay un universo intermedio que llamo campo literario, artístico, jurídico o científico, es decir,

---

10 Pierre Bourdieu, *Homo academicus* (Madrid: Siglo XXI, 2008), 99-109

11 *Ibíd.*, 112.

12 La oposición entre polo intelectual (o científico) e institucional (o mundano) también se reproduce dentro de las mismas facultades o disciplinas. Por ejemplo, en el caso de la medicina, se mostraría en la oposición entre la investigación médica y la clínica. Los propios agentes participan de esta distinción y pueden, dado el caso, acumular ambos tipos de autoridad. Piénsese, por ejemplo, en el caso de Fernand Braudel durante el apogeo de la escuela de los Annales, o de Ortega y Gasset en el periodo de esplendor de la escuela de Madrid.

el universo en el que se incluyen agentes y las instituciones que producen, reproducen o difunden el arte, la literatura o la ciencia. Este universo es un mundo como los demás, pero obedece a leyes específicas. La noción de campo pretende designar ese espacio relativamente autónomo, ese microcosmos provisto de sus propias leyes. Si bien está sometido como el macrocosmos a las leyes sociales, estas no son las mismas. Si bien nunca escapa del todo a las coacciones del macrocosmos, dispone de autonomía parcial, más o menos marcada, con respecto a él.<sup>13</sup>

En este fragmento se vincula la idea de campo intelectual a la de autonomía, que hemos discutido más arriba. Interesa ahora fijarse en la noción de homología. La posibilidad de reconvertir unas formas de capital en otras mediante el trabajo resulta en este punto clave. Pues si, en función del principio de autonomía, las fronteras del campo intelectual imponen un cambio de orden a los recursos, disposiciones y móviles que los agentes introducen “desde fuera”, también es cierto que estos sirven para acumular capital intelectual específico. Disponer, por ejemplo, de unas rentas económicas altas, no asegura el reconocimiento literario, pero puede dotar de autonomía creativa respecto a las fuerzas del mercado y de los padrinazgos. Una discusión científica no se gana por un voto, pero el poder político puede favorecer de múltiples maneras unas líneas de investigación sobre otras. Y lo mismo ocurre con los recursos culturales incorporados: los herederos de la cultura oficial cuentan con un *background* de innumerables ventajas sutiles de las que carecen los hijos de quienes no participan de esos circuitos.

En definitiva, los campos intelectuales tienden a reproducir de forma particular el sistema de desigualdades, la estructura de clases del mundo social. Este principio de homología nos ayuda a explicar por qué los intelectuales se sitúan en determinadas posiciones de partida en la estructura del campo, tienen determinadas preferencias o tienden a ciertos cursos de acción. Por este motivo, las investigaciones sobre el mundo intelectual no pueden obviar el análisis de esos determinantes externos y la forma en la que se traducen a la lógica particular del campo.

## Campos de batalla

Hasta aquí hemos discutido el concepto de campo intelectual como campo de fuerzas, como un espacio de diferencias objetivas que permite distinguir posiciones

---

13 Pierre Bourdieu, *Los usos sociales de la ciencia* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2000), 74-75.

en las cuales situar a los agentes implicados. De forma que, si bien, esas divisiones son algo que

los agentes sociales tienen que hacer, que construir, individualmente y sobre todo colectivamente, en la cooperación y el conflicto, hay que añadir que esas construcciones no se operan en el vacío social, como parecen creer ciertos etnometodólogos: la posición ocupada en el espacio social, es decir, en la estructura de la distribución de los diferentes tipos de capital, que son también armas, dirige las representaciones de ese espacio y las tomas de posición en las luchas para conservarlo o transformarlo.<sup>14</sup>

Pasamos, por tanto, del espacio de posiciones al espacio de las tomas de posición, del mundo intelectual como campo de fuerzas, al mundo intelectual como campo de luchas, cuyos efectos reproducen o alteran esas relaciones de fuerzas.<sup>15</sup>

En términos estrictos, el conflicto intelectual adquiere dos direcciones. Por un lado, se compete por definir los criterios legítimos de distribución del reconocimiento intelectual, es decir: por estipular los recursos culturales autorizados que permiten hacer cosas autorizadas. Pierre Bourdieu establece al respecto una distinción básica entre estrategias ortodoxas, que tienden a reproducir los criterios oficiales (y, por tanto, las relaciones de fuerzas), y heterodoxas, que se apartan de la norma oficial o pretenden impugnarla. En ocasiones, estos conflictos conllevan una discusión sobre las fronteras del campo intelectual, sobre los criterios de pertenencia (*v. g.* “eso no es filosofía”); lo que, en el fondo, responde a un intento por definir legítimamente los capitales que diferencian entre *insiders* y *outsiders*.<sup>16</sup>

Cuando un movimiento intelectual transgrede el orden establecido y genera nuevas posibilidades —al realizar una combinación (de oposiciones o capitales) hasta ese momento imposible por impensable—, se produce una revolución

---

14 Pierre Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social* (México: Siglo XXI, 2005), 38.

15 Para defenderse de las acusaciones de mecanicismo que se vertieron sobre este modelo, Bourdieu insistió en la necesidad de comprender el concepto de *habitus* como agente mediador entre posiciones y tomas de posición. Sobre las aclaraciones que introduce en respuesta a sus críticos, véase: Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (Madrid: Taurus, 1999), 89.

16 Junto con la posición en el campo intelectual (dominante-dominado), la edad (o la generación) constituye otro criterio eficiente de diferenciación que permite a Bourdieu distinguir entre la tendencia a desarrollar estrategias ortodoxas y rupturistas. Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, 109-110.

simbólica que convoca a todos los principios en los que se funda la ortodoxia, con el fin de realizar llamadas al orden (*v. g.* la acusación que realiza la pintura académica a Manet de no conocer ni la composición ni la perspectiva).

Si bien el objetivo que persigo en este capítulo es arrojar algunas claves sobre cómo construir empíricamente el campo intelectual como campo de fuerzas, resulta relevante recordar que esas relaciones de fuerzas son producto de conflictos y tomas de posición enfrentadas. Tener presente que el mundo intelectual es un juego donde las reglas están siempre en disputa, permite ponerse en guardia frente a la visión que la oficialidad aspira a dar de sí misma como el estado natural y definitivo de las cosas.

## La población objeto de estudio

Una vez establecidos los principios eficientes que permiten reconstruir el mundo intelectual como un espacio de diferencias objetivas, es necesario definir cuáles serán los índices adecuados para elaborar empíricamente esas diferencias. Estos índices, como señalaba, se encuentran desigualmente objetivados y representados en las fuentes, lo que determina el cuestionario que puede realizarse a la población objeto de estudio.

Cabe deducir, por tanto, que la población es resultado de una doble elaboración. Por un lado, porque como dije en el último apartado, los criterios de pertenencia no están dados y se deciden en el conflicto por delimitar las fronteras del campo. En segundo lugar, porque los agentes son resultado de aplicar el cuestionario sobre las variables eficientes del campo.<sup>17</sup> Expondré ahora la

---

17 Para aclarar este último punto, Bourdieu distingue entre individuo empírico e individuo epistémico. El primero, que se corresponde con el nombre propio (o de la institución), es un instrumento de reconocimiento (y no de conocimiento) que aprehende un individuo como singular, pero sin analizar lo que le diferencia de otros. En cambio, el segundo, se define por un conjunto finito de propiedades explícitamente definidas, y difiere de otros individuos construidos a partir de las mismas propiedades. Esta lista de las propiedades eficientes es finita y excluye la lista infinita de propiedades que no se consideran eficientes. Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, 35-36. Uno de los riesgos que corre el investigador cuando estudia momentos presentes del campo intelectual radica en que los intelectuales implicados en el estudio no advierten esta distinción y se resisten, a veces de forma vehemente, a la objetivación del nombre propio que portan. Presas de la ilusión biográfica, olvidan que, en calidad de individuos epistémicos, solo representan una posición en un espacio y que, por tanto, el significativo del nombre que portan carece del estatus sagrado que, como sujeto, ellos mismos le dotan. En los campos donde, por motivos diversos, la figura del genio (e incluso

forma en la que he llevado a cabo en mi trabajo sobre los orígenes de la filosofía española (1845-1900), esa construcción del objeto de estudio, discutiendo algunas de las particularidades que imponía su contextualización.

En sociología, la selección de la población puede realizarse de forma aleatoria. En mi caso opté por una estrategia alternativa. Lo que hice fue seleccionar las obras de la época que explícitamente estaban dedicadas a dar una visión completa de los autores del momento. De esta manera, se incluyen a quienes, más allá de mis preferencias, eran considerados en aquel momento pensadores relevantes. Una primera aproximación arrojó un total de 110 individuos. Con el fin de llevar a cabo un estudio más detallado, seleccioné aquellos que habían sido citados al menos dos veces, lo cual arrojó la cifra de 53. Dada la relevancia que iba a adquirir la filosofía académica a lo largo del periodo, sumé otros 21 catedráticos de filosofía que no habían sido recogidos por las fuentes. A estos añadí, aleatoriamente, otros 8 debido a que algunas de las redes intelectuales en las que se integraban los filósofos estaban infrarrepresentadas. En total: 82 autores, lo que creo constituye una muestra suficiente para extraer algunas conclusiones generales.

El siguiente paso consistió en seleccionar los índices que facilitarían información sobre los criterios de diferenciación. Basándome en la propuesta que realiza Bourdieu en *Homo academicus*, distinguí entre indicadores internos e indicadores externos al campo intelectual. Entre los primeros, incluí índices de creatividad, de capital intelectual, de capital institucional y de capital editorial. Entre los segundos, incorporé los de generación, procedencia geográfica, origen familiar, educación escolar, militancia política y adscripción religiosa.<sup>18</sup>

## ¿Es posible medir la creatividad?

Partiendo de la distinción entre el reconocimiento intelectual que es producto de la creatividad y el que proviene de la reputación, cabe preguntarse de qué forma es posible estudiar empíricamente el primero. Una solución podría ser la de llevar a cabo un ejercicio de historia conceptual que explorara los cambios, permanencias y agenciamientos de determinados marcos conceptuales a lo largo de varias generaciones filosóficas. El estudio de estas cadenas conceptuales

---

del genio maldito) constituye una forma reconocida e incluso una aspiración, el rechazo a esta operación sociológica se vuelve aún más poderoso.

18 El estudio cuantitativo en detalle puede consultarse en Alejandro Estrella, “Redes intelectuales en los orígenes de la filosofía española contemporánea. Estudio cuantitativo”, *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, n.º 25, (2022).

permitiría valorar hasta qué punto ideas y problemas forjados en determinados contextos han sido adoptados en otros, permitiendo desarrollos alternativos.

Este enfoque puede complementarse con el que propone Randall Collins. Su objetivo es medir la cantidad de atención recibida por un autor a lo largo de varias generaciones. En *Sociología de las filosofías*, Collins realiza un *ranking* de los filósofos más relevantes de la historia de la filosofía en los diferentes focos de producción mundial. Para realizar ese *ranking*, Collins se basa en el número de páginas dedicadas a los diferentes autores en una ingente cantidad de manuales de historia de la filosofía de cada una de esas esferas de producción.<sup>19</sup> En mi caso, he combinado este método con los trabajos que pensadores españoles de las siguientes generaciones han dedicado a los autores de la muestra: tesis doctorales, monografías y artículos especializados. Los resultados pueden compararse con los índices de reputación —que pueden estimarse a través del número de citas que recibieron los autores por parte de las fuentes contemporáneas— y evaluar, a partir de aquí, quiénes fueron seleccionados por el campo intelectual a lo largo de sucesivas generaciones filosóficas.<sup>20</sup> Discutiré ahora los diferentes indicadores internos al campo filosófico.

## Indicadores de capital intelectual<sup>21</sup>

### Traducciones

Llevar a cabo traducciones constituye un indicativo de la posesión de un determinado capital cultural que puede ser objeto de reconocimiento. En el momento histórico en el que se sitúa el trabajo, con un mercado editorial en vías de desarrollo, significa también participar de un grado de internacionalización que establece diferencias importantes entre los miembros del campo. El estudio

---

19 Randall Collins, *Sociología de las filosofías...*, 60.

20 Este índice sólo es pertinente si el estudio apuesta por una perspectiva de larga duración, con el objetivo de medir los efectos que una determinada configuración del campo intelectual ejerce sobre estadios posteriores.

21 Es conveniente, dentro de lo posible, extraer la información sobre los indicadores de fuentes que aseguren cierta homogeneidad. En mi caso, los datos provienen de la monumental *Hombres y documentos de la filosofía española*, de Gonzalo Díaz Díaz, obra en siete tomos que constituye, hasta la fecha, el estudio prosopográfico más completo de la filosofía hispana. Los huecos han sido completados a través de monografías especializadas y de la consulta de los fondos del Archivo Histórico Nacional, el Archivo de la Administración del Estado y el de la Universidad Complutense de Madrid, los cuales también se han utilizado para cruzar la información de la fuente principal.



cualitativo de estas traducciones permite además reconstruir la red por la que circula el capital cultural internacional.

## Viajes al extranjero

Por el mismo motivo —y aunque hoy día se trataría de un elemento con mero valor cualitativo—, en el periodo en cuestión, resulta un elemento de distinción. Su estudio permite apreciar diferencias respecto al grado de internacionalización y de reconocimiento más allá de las fronteras. En su dimensión cualitativa, nos habla del tipo de capital cultural que se importa.

## Cátedras

El acceso a las cátedras universitarias puede considerarse indicativo de prestigio intelectual, ya que supone el reconocimiento por parte de los pares. No obstante, es importante considerar que en España, hasta la creación del cuerpo de catedráticos bajo el plan Pidal (1845), muchas cátedras se otorgaban por concesión del gobierno. Con posteridad al plan, la instancia de decisión continuó residiendo en el ejecutivo —que haría uso de esta prerrogativa en algunos casos sonados—, pero con ciertos matices. El tribunal de las oposiciones era nombrado por el Consejo de Instrucción Pública que presentaba una terna al Ministerio de Fomento, quien finalmente decidía. En la mayor parte de los casos que he consultado, el orden de la terna propuesto por el tribunal se respeta.

## Formación universitaria

El tipo de carrera determina la acumulación original de unos recursos culturales, no solo en forma de contenidos, sino de esquemas de percepción y habilidades técnicas. He distinguido 4 tipos que se corresponden con las 4 grandes facultades del periodo: Derecho, Filosofía y Letras, Teología y Medicina.<sup>22</sup>

## Capitales culturales reconocidos

Basándome en Vázquez y Marqués<sup>23</sup> he distinguido 5 tipos de capitales específicos: (1) filosofía y su historia, (2) político y moral, (3) empírico-científico, (4) artístico-literario y (5) teológico. Para determinar el tipo de capital que caracteriza la

---

22 Los estudios de Ciencias estaban incluidos en Filosofía hasta 1857 con el plan Moyano. No hay representantes en la muestra que pasen por esta Facultad, al menos como primera opción, por lo que se ha suprimido.

23 Francisco Vázquez e Ildefonso Marqués, “Sociología del campo filosófico español entre el franquismo y la transición democrática. Una validación cuantitativa”, *Revista de Investigaciones Sociológicas*, vol. 73, n.º 3 (2015).

obra de los integrantes de la muestra he considerado aquel que predomina, añadiendo, en todo caso, un segundo tipo cuando fuera necesario.

## Indicadores de capital institucional

### Cargos intelectuales

En este apartado he distinguido 4 tipos: (1) cargos altos: como la dirección de grandes editoriales, la pertenencia a varias academias nacionales o un alto índice de presencia en tribunales de oposiciones a catedrático; (2) cargos medios: dirección de editoriales o revistas, la pertenencia al menos a una academia nacional o índice medio en tribunales; (3) cargos bajos: dirección de ediciones locales, ingreso en academias locales o índice bajo de presencia en tribunales; (4) inexistente.<sup>24</sup>

### Cargos políticos, administrativos y religiosos

Aquí he optado por unir las tres categorías en un solo tipo. Al igual que en el rubro anterior he distinguido entre cargos altos (acumulación de varios cargos políticos a nivel nacional o alto clero: arzobispos y cardenales), cargos medios (al menos un cargo a nivel nacional y obispos), bajos (uno o varios cargos locales) e inexistentes.

## Indicadores de capital editorial<sup>25</sup>

### Miembros traducidos

Este rubro supone la conexión con editores más allá de las fronteras nacionales y nos informa, por tanto, no solo del capital editorial que se dispone sino del grado de internacionalización.

---

24 El ingreso en las academias supone un reconocimiento por parte de los pares a través de un proceso de cooptación. No obstante, las academias también representan la cima de la consagración oficial y, por tanto, ejercen un poder sobre la reproducción de la norma legítima. Este es el motivo por el cual puede considerarse un índice de poder institucional.

25 Contra la intuición que nos remite a un mundo letrado de escritores y lectores, Carlos Petit ha insistido en la necesidad de entender el mundo de la academia del siglo XIX español en términos de una cultura esencialmente oral. Carlos Petit, *Discurso sobre el Discurso* (Madrid: Universidad Carlos III, 2014). El papel dominante del derecho y de la arena forense, el modelo de elocuencia judicial

## Tipo de producción

Este indicador permite distinguir el tipo de estrategia editorial que siguen los autores. Sirve para diferenciar los distintos tipos de capital editorial, la apuesta por la innovación o la reproducción, así como el tipo de público al que se dirige (especialistas o profanos). He distinguido 4 tipos de producción: (1) manual escolar, (2) monografía, (3) prensa y (4) autores ágrafos. He asignado a cada autor lo que he considerado como el tipo de producción dominante, añadiendo en los casos confusos un segundo tipo.

## Tipo de publicación

En este rubro deberían tratarse las editoriales de preferencia de los autores. El problema radica en que, durante el periodo, la industria editorial se encontraba atravesando un proceso de cambio que dificulta un análisis adecuado. He localizado 222 editoriales en las que publicaron los autores estudiados. Solo en 32 de ellas publicaron dos autores o más. La editorial Ryvadeneira concentra 18 autores. Las editoriales Fortanet, Victoriano Suárez y Manuel Tello publican, entre las tres, a 21 autores de la muestra. Esta concentración nos dice dos cosas: primero, que el mundo editorial español estaba transitando de la figura del editor-impresor a la lógica de mercado, donde grandes empresas iban a hacer desaparecer poco a poco a esas figuras locales dispersas. En segundo lugar, las nuevas editoriales no se caracterizaban aún por una clara especialización de géneros y, por tanto, de públicos. Podemos encontrar algunas características propias en cada editorial, pero en general publicaban todo tipo de obras.

Por este motivo, he centrado mi atención en la revistas y publicaciones periódicas. Es cierto que también aquí se aprecia cierta falta de especialización. Pero creo que es más sencillo utilizar ciertos criterios para distinguir tipos. He localizado un total de 110 publicaciones y me he centrado en las 30 en las que publican al menos dos autores de la muestra. Las he organizado en tres catego-

---

y la retórica parlamentaria se convierten en el paradigma del hombre educado y cívicamente activo. Por otro lado, el formato de las tesis doctorales responde invariablemente a un manuscrito para ser leído en el acto de investidura y poco tiene que ver con la tesis de inspiración germánica, que no se generalizará hasta los años 90 del siglo XIX. Finalmente, el sistema de exámenes de oposición para catedrático privilegiaba el conocimiento de las lecciones de los temarios escolares y su exposición oral. Todo esto nos remite a un mundo académico en buena medida ajeno al nuestro y es necesario tenerlo en cuenta para evitar ciertos anacronismos. No obstante, he considerado pertinente introducir el capital editorial como principio eficiente del campo ya que el estudio de su estructura y redistribución permite establecer diferencias significativas sobre las distintas formas de ser filósofo que el periodo posibilitaba.

rías: de mayor especialización (ciclo largo) a las de mayor difusión para públicos amplios (ciclo corto), pasando por un grado intermedio. Para concretarlo, he asignado un valor a los siguientes criterios: periodicidad, presencia de noticias de actualidad, de artículos técnicos, artículos literarios (de poesía, novela por entregas o folletín) y, finalmente, de traducciones de autores de prestigio.

## Relevancia de la publicación

Este rubro pretende medir el capital editorial entendido como reconocimiento por parte de los pares. Lo que permite ver es si la publicación está situada más cerca o más lejos del foco de atención del campo filosófico y, por tanto, si se dirige a un público especializado o profano. Para lograrlo he distinguido 3 tipos: alta relevancia (publicación en la que concurren más de 4 autores), relevancia media (más de 2) y baja importancia (2 o 1).

## Indicadores externos al campo filosófico

### Generación

Para tratar este indicador me he basado en el concepto de Karl Mannheim, quien habla de complejo generacional para referirse a las transformaciones, no solo en los ritmos biológicos de producción de las poblaciones, sino en los estados institucionales cuyos cambios producen nuevas formas de “generar” sujetos sociales.<sup>26</sup>

En mi caso, he dividido a la población objeto de estudio en dos complejos generacionales según el tipo de universidad en la que se formaron. La reforma liberal de la universidad tiene lugar en el periodo que media entre el plan Pidal de 1845 y la ley Moyano de 1857. El primer complejo sería el de quienes lideraron esa reforma; el segundo, el que se forma en sus aulas. La década de los años 20 constituye la horquilla temporal que permite diferenciar cronológicamente una población de otra. Tomé la mitad de la década como referente. En relación con los intelectuales que se formaron en las instituciones de la Iglesia, la cronología es similar ya que el cambio fundamental se sitúa en el Concordato de 1851, donde se regula la formación de futuros sacerdotes a través de los Seminarios Conciliares.

---

26 Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, *Revista española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 62 (1993).

## Clase social de origen

Entre los indicadores de los determinantes sociales que definen la posibilidad y la forma de acceder al mundo de la filosofía y sus redes, la clase social de origen constituye un elemento esencial. El material me permitió situar a la mayor parte de la población identificando la clase social de sus padres. Se han distinguido 6 posibilidades: (1) grandes propietarios o alta nobleza, (2) altos funcionarios y oficiales del ejército, (3) profesión liberal, (4) pequeños funcionarios, (5) pequeños propietarios o baja nobleza y (6) obreros.

## Educación

La formación escolar constituye un elemento central en la formación de disposiciones intelectuales, modela criterios de acción, valores y gustos, lo que determina la trayectoria intelectual posterior. Dada la limitación de las fuentes, me he centrado fundamentalmente en los estudios de bachiller que, en el modelo educativo del periodo, habilitaban para los estudios universitarios. En esta misma línea, el papel de las instituciones eclesiásticas es esencial, cuando no un auténtico monopolio, por lo menos hasta la creación de la red de institutos de enseñanza media en 1845. Por este motivo he distinguido entre una alta exposición a una educación religiosa (*v. g.*, paso por seminarios), una exposición media (colegios religiosos) y una educación de otro tipo, no religiosa.

## Militancia política

La relación entre el campo intelectual y el campo político es una variable histórica que no puede entenderse a partir de los esquemas actuales. En ese momento histórico las redes políticas e intelectuales estaban intensamente entrelazadas. El modelo del ciudadano políticamente activo constituía además un referente de la élite intelectual decimonónica. No obstante, es posible establecer algunas diferencias. Siguiendo la propuesta de Vázquez y Marqués<sup>27</sup> he distinguido tres tipos de militancia política: un tipo de militancia permanente, otra coyuntural y otra inexistente.

## Adscripción religiosa

En una línea similar al anterior indicador, la pertenencia a una organización religiosa constituye, para el periodo en cuestión, una variable esencial que permite además comprender el trasiego de saberes y títulos entre el campo filosófico y el eclesiástico. También aquí he distinguido tres posibilidades: la

---

27 Francisco Vázquez e Ildefonso Marqués, "Sociología del campo filosófico...".

ordenación sacerdotal, el trato de cercanía (*v. g.* paso por seminario) y la inexistencia de vínculo.

## Conclusión. El campo de la filosofía española a mediados del siglo XIX

Entre 1845-1857 y 1868-1875, se llevaron a cabo en España un conjunto de profundas transformaciones institucionales que alteró el mapa de la filosofía española y generó las bases de lo que podemos considerar como el pensamiento español contemporáneo. Aunque mi trabajo también aborda el periodo de la Restauración (1875-1900), me centraré en esas dos etapas previas.

A lo largo de este periodo podemos reconstruir el espacio de la filosofía española a partir de dos ejes: (1) la oposición entre reconocimiento intelectual y capital institucional y (2) entre las formas de capital editorial (producción de ciclo largo para públicos especializados y de ciclo corto, abierta a otros más mundanos). El espacio resultante se define por cuatro cuadrantes que se corresponden con cuatro posibilidades lógicas. Esas posibilidades constituyen cuatro “tipos filosóficos” que, en mi estudio, se corresponden a su vez con cuatro redes filosóficas.

Las redes intelectuales conforman entramados de intercambios perdurables entre pares y entre maestros-discípulos.<sup>28</sup> En estos espacios sus integrantes se socializan en un *modus operandi* (preferencias, gustos, temas y estilos de pensamiento) que acaba generando un sentido de membresía y una sensibilidad compartida. Las características propias de cada red determinan además unas condiciones de entrada e imponen al candidato un umbral sociológico. Si se comparten estas condiciones es más fácil que se produzcan los primeros encuentros rituales y que estos, al verse coronados por el éxito, favorezcan nuevos intercambios. En consecuencia, como conjunto de propiedades que se actualizan en situaciones concretas, es esperable que las redes se aglutinen en determinados lugares del espacio intelectual. El análisis de correspondencias múltiples —que es una técnica estadística para analizar simultáneamente la relación entre diferentes variables— distribuye a los 82 filósofos entre las cuatro redes-cuadrantes, situando en posiciones próximas a quienes poseen propiedades similares.

---

28 Randall Collins, *Sociología de las filosofías...*, 85-87. He reconstruido una trama de interacciones que permite hablar de 6 redes relativamente cohesionadas: la red oficial (32 individuos), la krausista (19), la neocatólica (8), la eclesiástica (12) y para el periodo posterior: la neokantiana (7) y la naturalista (7). No he logrado vincular con ninguna red a 5 de los 82 autores.

Durante el periodo isabelino (1833-1868), la nueva filosofía oficial había logrado desbancar del centro de atención filosófica a la escolástica. Esta, parapetada en la universidad y en sus centros de enseñanza, se había especializado en la reproducción del canon tradicional, perdiendo en apertura y creatividad. La innovación se desplazó, en principio, hacia espacios donde concurrían públicos más amplios, no exclusivamente de especialistas, y dominados por la red de la filosofía oficial (ateneos, academias, clubs, prensa, etc.).

Frente a la metafísica escolástica y frente a los diferentes desarrollos del sensualismo, identificados respectivamente con la reacción y la revolución, esta apuesta supuso, más que un sistema claramente definido, un nuevo método de filosofar, ecléctico y conciliador, que aspiraba a sintetizar lo mejor de cada tradición armonizando oposiciones en apariencia irreconciliables. Esta postura intermedia tuvo tres desarrollos fundamentales: la filosofía del sentido común, el eclecticismo de influencia francesa y el krausismo.<sup>29</sup>

El krausismo, en este sentido, es una de las modulaciones de la filosofía oficial. Su evolución, como red desgajada de la oficialidad, es efecto de las reformas universitarias implementadas por los gobiernos moderados. Desde la Universidad Central de Madrid, Julián Sanz del Río inauguraría un nuevo linaje en el que convergieron estudiantes y profesores de Filosofía y Letras con elementos provenientes de las filas del republicanismo. Sociológicamente, esta tesis se apoya en el hecho de que los miembros de esta red comparten rasgos fundamentales con los de la red oficial, pero, a su vez, adquieren un perfil propio cada vez más acusado.

Sin embargo, el desarrollo del krausismo y su posterior ascenso a una posición dominante durante el Sexenio Democrático (1868-1874), no se llevó a cabo sin impugnación. Randall Collins sostiene que la creación filosófica está gobernada por una lógica de simultaneidad y oposición.<sup>30</sup> Cuando una postura ocupa el centro de atención filosófica, emerge su opuesta y, normalmente, una tercera que se posiciona frente a ambas. Esto explicaría la aparición de la filosofía oficial frente al escolasticismo y al sensualismo. Pero también el desarrollo del krausismo como red diferenciada, la condensación de la red neocatólica como una evolución alternativa de la red oficial. Esta evolución se caracteriza por

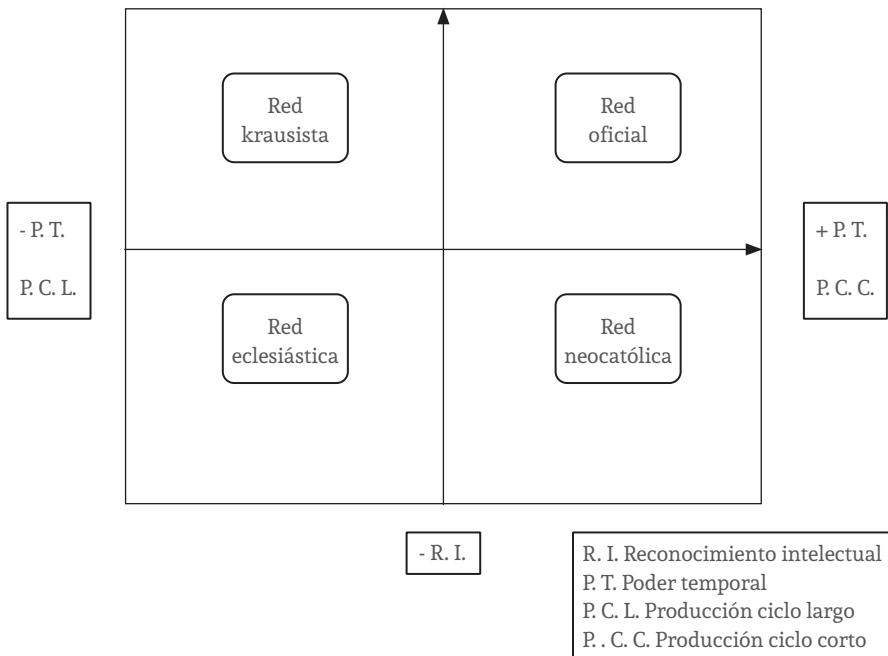
---

29 La red oficial constituye un entramado donde se cruzaban ramas del partido moderado con las redes literarias de la capital y con la filosofía oficial, sobre todo la de corte ecléctico. Como ya demostró Heredia Soriano, *Política docente y filosofía oficial en la España del siglo XIX (1833-1864)* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1982). Esta red contó con el apoyo institucional de los gobiernos liberales del periodo isabelino; especialmente de los moderados.

30 Randall Collins, *Sociología de las filosofías...*, 79.



acentuar rasgos opuestos a los que caracterizaron al krausismo: el estudio sociológico del neocatolicismo arroja un entramado de carácter aún más elitista que el oficial, más mundano, politizado y alejado de la universidad.



**Figura 1.** Campo de la filosofía española hacia 1868.

Por tanto, antes de 1868 se encuentran dadas las bases de un cambio fundamental en la filosofía española. El campo filosófico se articula a partir de cuatro posibles filosóficos. Por un lado, una posición de prestigio intelectual ocupada por filósofos de corte mundano y literario, orientada hacia públicos externos al campo académico y no especialista. Dicha posición se opone a la que representa la Iglesia: una filosofía metafísica, técnicamente bien pertrechada, pero anquilosada y desprestigiada por la reproducción del canon eclesiástico. Al subdividirse la red oficial, el krausismo llevó a cabo una redefinición del campo filosófico en la línea de lo que ocurrió en el resto de Europa con los movimientos idealistas de corte alemán: apoyándose en la reforma *humboldtiana*, recuperó la universidad para la filosofía, combinando el reconocimiento intelectual con la abstracción, la reflexividad y la sofisticación técnica propia de la filosofía académica. El modelo del filósofo krausista se alejaba así del intelectual literario que dominaba en la red oficial, pero también del que provenía de las redes eclesiásticas. Como respuesta, surgió en oposición al krausismo una filosofía

aún más mundana y atenta al mercado de las demandas temporales: la producida por la red neocatólica.<sup>31</sup>

Randall Collins señala que en paralelo a la tendencia a que las posiciones fuertes del campo se dividan, las débiles tienden a aglutinarse y, en algunos casos, a experimentar una suerte de sincretismo teórico.<sup>32</sup> Este fenómeno tuvo lugar durante el Sexenio, cuando el krausismo se convirtió en la filosofía dominante y llegó a adquirir rasgos de oficialidad durante el periodo republicano (1873-1874). La formación de lo que podemos denominar como un “frente anti-krausista” se materializó en el llamado Grupo de Pasión que, bajo la dirección de Fray Zeferino González, reunió desde 1871 a miembros de la red eclesiástica, de la neocatólica e incluso de la antigua red oficial; reorganización del campo —con su respectiva división del trabajo intelectual: el polo mundano, representado por los neocatólicos, y el académico por la iglesia— que marcaría *avant la lettre* la pauta de la filosofía hispana durante la Restauración.

La Restauración alteró de nuevo las bases de la producción intelectual. En 1881, cuando se hizo efectivo el *turnismo* —una de las primeras medidas del gobierno liberal fue restituir a los catedráticos krausistas purgados en el 75 por los conservadores—, el sistema se estabilizó. Pero el campo de juego ya era otro. Refractando los nuevos acuerdos políticos, el centro de atención intelectual y el poder académico, se repartió entre las dos oficialidades anteriores: el krausismo y la antigua red oficial isabelina. El krausismo entraría en un proceso de recomposición en torno a la Institución Libre de Enseñanza y el autodenominado “krausopositivismo”, que no fue sino el intento por apropiarse del sintagma “ciencia empírica”, adecuándola a los principios metafísicos del idealismo. Por otro lado, en torno a la figura de Menéndez Pelayo se produjo la reorganización de la vieja red de la filosofía oficial, reforzada ahora con la alianza con el neocatolicismo y la Iglesia, y reintroduciendo en el orden del día la polémica sobre “la historia de la ciencia española”.

Frente a esta nueva oficialidad, desde 1875 comenzaron a configurarse dos nuevas redes: la neokantiana y la naturalista. La primera disputaría al krausismo la bandera de la innovación filosófica; pero, carente de una base institu-

---

31 Un estudio más detallado de las redes intelectuales de este primer periodo, incluyendo el análisis del espacio de discusión y las tomas de posición filosóficas, Alejandro Estrella, “Orígenes de la filosofía española contemporánea: carreras profesionales y tipos filosóficos”. En *Entre textos y contextos. Ensayos de filosofía española contemporánea*, ed. de Alejandro Estrella y Rodolfo Gutiérrez (Madrid: Guillermo Escolar, 2022), 47-76.

32 Randall Collins, *Sociología de las filosofías...*, 86.

cional desde la cual crear escuela, acabaría engullida por la nueva oficialidad.<sup>33</sup> La segunda, si bien se había forjado ya durante el periodo anterior a partir del sensualismo en la Facultad de Medicina y sus aledaños, eclosionó al calor del gran debate que irrumpió en el mundo intelectual europeo en torno a la ciencia positiva y la evolución.

---

33 José Luis Villacañas Berlanga, *Kant en España. El neokantismo en el siglo XIX* (Madrid: Verbum, 2006).



# La experiencia interdisciplinar. Notas para una historia intelectual de Juan Rulfo y su ficción literaria

DIANA HERNÁNDEZ CASTILLO

## Preámbulo. El cruce entre estudios literarios e historia intelectual

**E**n este trabajo —derivado de mi Idónea Comunicación de Resultados (ICR)— nos propusimos detallar la experiencia que tuvimos al analizar al escritor Juan Rulfo (1917-1986) desde un cruce interdisciplinar, cuyo eje transversal es el enfoque histórico. Al respecto, Rulfo afirmó: “Mi verdadera vocación es la historia. Lo de la literatura vino como tenía que venir, como una cosa aparte”.<sup>1</sup> Estas palabras clarificaron el primer nodo de nuestra investigación: el nexo entre estudios literarios e historia. De esta manera nos inclinamos, indirectamente, hacia la experiencia interdisciplinar. Posteriormente, durante mi estancia en la maestría en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Cuajimalpa (UAM-C), asistí (como oyente) al Seminario de Investigación de Doctorado “Perspectivas teóricas y metodológicas para el estudio de la historia intelectual y la filosofía” del mismo programa de posgrado de la UAM-C. Este espacio académico nos otorgó las herramientas

---

1 Juan Rulfo, citado en Juan Carlos Talavera, “Autores revisan la obra ‘Pedro Páramo’, de Juan Rulfo”, *Excélsior* (01/09/2015).

teórico-metodológicas necesarias para abordar al autor desde el enfoque de la historia intelectual.

Si regresamos a nuestro objeto de estudio, hablar de Rulfo, tanto académicamente como culturalmente, implica una serie de pensamientos, concepciones e ideas que son, generalmente, *inamovibles*. Es decir, este autor ha pervivido bajo la imagen, indiscutible e imperturbable, del escritor brillante. Prueba de ello es que su novela *Pedro Páramo* es considerada un hito en la literatura universal.<sup>2</sup> Con muchos lectores alrededor del mundo, con el tiempo surgieron múltiples análisis de las obras rulfianas. Así, mientras buscábamos la bibliografía concerniente al estado de la cuestión, nos percatamos de que, por lo general, algunos textos académicos han *adjetivado* y *encasillado* a Rulfo como un escritor magánimo. Estas ideas han empezado a ser detectadas y cuestionadas por algunos investigadores. Por ejemplo, Ortoll ha comentado que es pertinente “apartar a Rulfo de la niebla de cinismo con que ciertos críticos literarios lo han envuelto”.<sup>3</sup> Pero esa “niebla” ¿solo está presente en el ámbito literario? ¿Qué hay de la faceta del autor como historiador?

Para contestar nuestra segunda incógnita, tuvimos que recurrir a la información que nos develaron los estudios histórico-literarios. Estos trabajos han analizado la Revolución mexicana, el reparto agrario, la Guerra Cristera y la historia regional en la narrativa rulfiana.<sup>4</sup> Ahora bien, cuando nos adentramos en la faceta de historiador del escritor, encontramos que su concepción de la historia se inclinaba a la promoción, enseñanza, y divulgación. De este modo, con la historia como “maestra de vida”, se evitaría la migración.<sup>5</sup> Derivado de lo anterior, gracias a su escritura, literaria e histórica, algunos textos académicos empezaron a catalogar al autor como *intelectual*.<sup>6</sup> De esta manera, nuestro objeto de investigación, Rulfo y su ficción, traspasó la frontera de los estudios literarios para *aterrizar* en la historia intelectual. Pero ¿qué tipo de intelectual fue el autor? No lo teníamos muy claro porque el término ‘intelectual’ a veces se

---

2 CUSur, “Juan Rulfo, referente obligado de la literatura universal”, Universidad de Guadalajara (7 de enero de 2014). Jorge Zepeda, “Centenario de Juan Rulfo: cómo el escritor mexicano más traducido se consagró con un puñado de páginas”, *BBC Mundo* (16 de mayo de 2017).

3 Servando Ortoll, “Obstáculos en la escritura de Juan Rulfo”, *Signos Literarios*, vol. 11, n.º 22 (2015): 111.

4 Juan Rulfo, citado en Raymundo Padilla Lozoya y Enrique Ceballos (coords.), *Historiando a Juan Rulfo* (Chile: Cuadernos de Sofía, 2018), 8-9.

5 Raymundo Padilla Lozoya y Enrique Ceballos (coords.), *Historiando a Juan Rulfo...*, 10, 129 y 190.

6 José Fernando González Castolo, *Historiando a Juan Rulfo...*, 10.

usaba de manera generalizada e indistinta. Así que, para responder tal interrogante, consideramos pertinente ampliar nuestras relaciones interdisciplinarias.

## La sociología como articulación teórica-metodológica entre estudios literarios e historia intelectual

Rulfo nació en Jalisco. Se desarrolló como escritor, editor, fotógrafo y tuvo una importante intervención en el cine nacional, así como en el Instituto Nacional Indigenista (INI). Fue asesor del Centro Mexicano de Escritores (CME), recibió diversos premios literarios y homenajes, aun después de su muerte.<sup>7</sup> Gracias a su labor literaria, Rulfo fue agrupado junto a Vicente Lombardo Toledano (1894-1968), Daniel Cosío Villegas (1898-1976) y Octavio Paz (1914-1998) como algunos de los intelectuales importantes del siglo xx.<sup>8</sup> Ello reveló la problematización del intelectual en las ciencias sociales, como la ciencia política por ejemplo.<sup>9</sup> Nosotros, desde el enfoque histórico, nos preguntamos: ¿qué hay de las humanidades? En este sentido, comenzamos a reflexionar sobre los enfoques interdisciplinarios que posibilitarían analizar a los intelectuales en los estudios literarios. En primer lugar, debíamos recurrir a algunos sucesos de la vida del autor, pero no bastaba una biografía. Para resolver esta cuestión, nos auxiliamos en las herramientas que nos brinda la sociología, como la categoría “trayectoria intelectual” de Pierre Bourdieu. De esta manera se articuló el segundo nodo de la investigación: el nexo entre estudios literarios y sociología. Con la “trayectoria intelectual” rescatamos los hitos, posiciones, movimientos y desplazamientos rulfianos que estuvieron “en un espacio en devenir y sometido a incesantes transformaciones”.<sup>10</sup> Además, esta categoría fue el pivote que nos permitió situar a Rulfo dentro o fuera de las generaciones literarias y del ámbito de la historia. Con lo que hemos examinado hasta este momento, la siguiente figura clarifica nuestro marco teórico-metodológico.

---

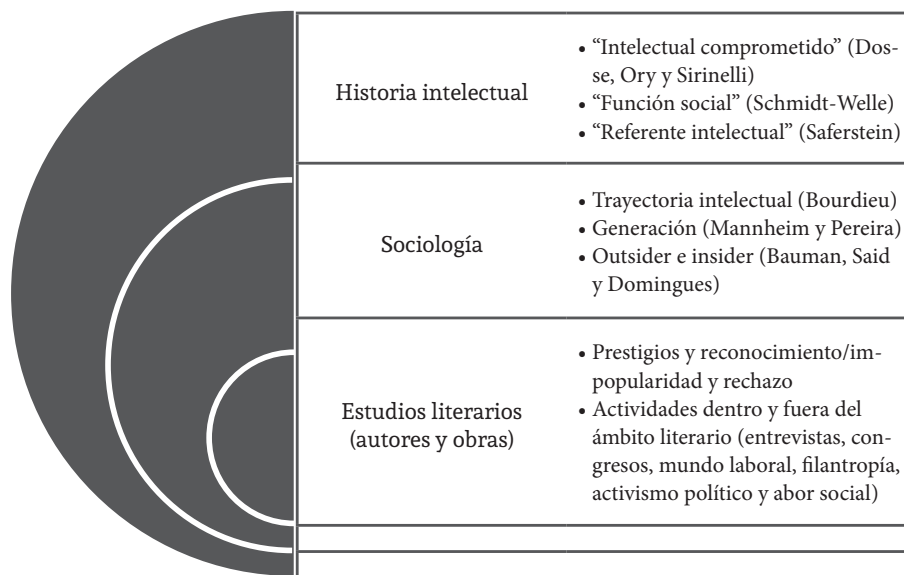
7 Alberto Vital, “Juan Rulfo”, *Enciclopedia de la Literatura en México* (15 de octubre de 2018).

8 Luis Enrique Valencia Venegas, “Los intelectuales y el poder en México. El caso de Lorenzo Meyer y Héctor Aguilar” (tesis de licenciatura, UAEM, 2016), 2.

9 Estos trabajos han usado el “método reputacional” y/o etnográfico para problematizar a los intelectuales, véase Luis Enrique Valencia Venegas, “Los intelectuales...”, 94-98; Roderic Camp, “An image of mexican intellectuals, some preliminary observations”, *Estudios Mexicanos*, vol. 1, n.º 1 (1985): 61-82.

10 Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, *Historia y Fuente Oral*, n.º 2 (1989): 32.





**Figura 1.** Esquema teórico-metodológico para el análisis del cruce interdisciplinar en la historia intelectual

Fuente: Elaboración propia.

Regresando a la trayectoria del autor, nuestro punto de partida debía ser un acontecimiento que trastocara su vida personal y, a su vez, se ligara a su vida literaria e intelectual: la Revolución mexicana. Como menciona Max Aub, solo podían “testimoniar” la Revolución aquellos individuos que tuvieron experiencias y/o participaciones directas en este acontecimiento.<sup>11</sup> Rulfo no fue la excepción, pues durante este conflicto armado su familia (de hacendados) fue atacada por el villista Pedro Zamora (1890-1921).<sup>12</sup> Posteriormente, en la Guerra Cristera, asesinaron a su padre.<sup>13</sup> Tiempo después, el autor decidió estudiar en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).<sup>14</sup> En esta universidad, Rulfo leyó literatura mexicana,<sup>15</sup> fue alumno de Vicente Lombardo Toledano

11 Flor Esther Aguilera Navarrete, “La narrativa de la Revolución: periodo literario de violencia”, *Acta Universitaria*, vol. 26, n.º 4 (2016).

12 Carlos González, “Juan Rulfo”, *Secretaría de Cultura. Jalisco* (2014).

13 Roberto García Bonilla, “El camino de Rulfo”, *Nexos* (2017).

14 Sergio López Mena, *Los caminos de la creación en Juan Rulfo* (México: UNAM, 1993), 43 y Roberto García Bonilla, “El camino de Rulfo”.

15 Juan Rulfo, citado en Juan Cruz, “Juan Rulfo: ‘No puedo escribir sobre lo que veo’”. *El País* (19 de agosto de 1979).

(1894-1968)<sup>16</sup> y de Antonio Caso (1883-1946). Parafraseando a Sergio López Mena y a Roberto García Bonilla, conforme pasó el tiempo, el jalisciense desechó la idea de ser abogado y acudió a las tertulias de la cafetería de la facultad con José Luis Martínez (1918-2007) y Manuel González Durán. Después trabajó en la Secretaría de Gobernación y, en esa época, conoció a Efrén Hernández (1904-1958).<sup>17</sup> Durante este periodo, Rulfo redactó varios trabajos literarios, como *El hijo del desaliento*. Hernández leyó este texto e invitó a Rulfo a reunirse con los escritores de la revista *América*, fundada en 1940 por mexicanos y españoles en un café de la calle Dolores.<sup>18</sup> En 1944 Rulfo regresó a Guadalajara y asistió a varias cafeterías con Juan José Arreola (1918-2001) y Antonio Alatorre (1922-2010). En estos cafés hablarían de temas musicales, no de literatura.<sup>19</sup> Por eso, cuando Rulfo le entregó a Alatorre y a Arreola el cuento “Nos han dado la tierra”, se asombraron. Derivado de ello, tanto Alatorre como Arreola, adentraron a Rulfo al medio literario mexicano.<sup>20</sup> En los primeros años de 1950, Rulfo y Arreola asistieron al CME.<sup>21</sup> En dicho centro, Rulfo obtuvo varias becas de 1952 a 1954 y publicó *El Llano en Llamas*,<sup>22</sup> un libro que gozó de gran aceptación en el círculo literario nacional.<sup>23</sup> A la par, el escritor comenzó a frecuentar varios congresos

---

16 Rulfo fue allegado a la familia Lombardo Toledano. Véase Emilio García Bonilla, *Lombardo: Facetas de una vida* (México, Códice, 2020), 232.

17 Roberto García Bonilla, “El camino de Rulfo”; Sergio López Mena, *Los caminos...*, 44-45.

18 Roberto García Bonilla, “El camino de Rulfo”.

19 Sergio López Mena, *Los caminos...*, 58.

20 Cuando a Rulfo le obsequiaron el primer número de *Pan*, él en agradecimiento les entregó “Nos han dado la tierra”. Aunque fue publicado de inmediato, Alatorre y Arreola se sorprendieron porque no sabían que Rulfo escribía, ya que solo lo consideraban un burócrata. Gracias a la publicación de Rulfo, *Pan* fue considerada una revista prestigiosa, véase: El Universal, “La fama fue nociva para Paz y Rulfo: Antonio Alatorre”, *Vanguardia/MX* (22 de septiembre de 2015). Y La cita correcta es El Universal, “La fama fue nociva para Paz y Rulfo: Antonio Alatorre”, El Universal (31 de octubre de 2010). <https://archivo.eluniversal.com.mx/cultura/64139.html>.

21 Geney Beltrán Félix, “¿Dinero de la CIA para Juan Rulfo?”, *Confabulario* (5 de abril de 2014).

22 Michael Schuessler, “Margaret Shedd y el Centro Mexicano de Escritores: el extraño caso de Juan Rulfo y la CIA”, *Nexos* (4 de marzo de 2017).

23 Diana Hernández Castillo, “(Des)archivando a *Pedro Páramo*, Paralelo 20. *Revista Nacional y Paralelo 20*”, *Tenso Diagonal*, n.º 7 (2019): 134.

y en estos eventos empezó a ser reconocido.<sup>24</sup> Ya para 1957 y 1958, Rulfo era un personaje sobresaliente en el ámbito literario. Sus obras *El Llano en Llamas* y *Pedro Páramo* se publicaron en el Fondo de Cultura Económica (FCE).<sup>25</sup> Estos libros, los principales hitos literarios de Rulfo, fueron considerados un gran éxito, al grado que “Los escritores mexicanos y críticos de manera unánime consideran a míster Rulfo como el talento literario más importante en emerger en México durante la última década”.<sup>26</sup> Además, *Pedro Páramo*, “Luvina” y “Anacleto Morones” fueron traducidos a varios idiomas.<sup>27</sup> Recapitulando, Rulfo se dio a conocer con el libro *El Llano en Llamas*, pero *Pedro Páramo* lo catapultó como novelista a nivel internacional.

Hasta este momento, en la “trayectoria intelectual” del escritor, examinamos cómo sus libros tuvieron una “visibilidad” excepcional y encumbraron al autor como el gran literato mexicano. Gracias a estos hitos literarios, de 1963 a 1983, Rulfo fue requerido para asistir a diversas presentaciones, entrevistas y conversatorios.<sup>28</sup> En estos espacios, Rulfo se convirtió, siguiendo a Saferstein, en un “referente intelectual”. Ello ejemplifica cómo en las entrevistas, así como en el público espectador y lector, podemos rastrear las “formas de sociabilidad”<sup>29</sup> que afianzaron a Rulfo como metáfora del gran escritor magnánimo. Nuestra experiencia, utilizando la “trayectoria intelectual”, nos brindó un panorama novedoso del escritor. En primer lugar, logramos comprender aquellos sucesos que hicieron posible la consagración del jalisciense como escritor y de sus obras como hitos que marcaron un partaguas en la literatura mexicana del siglo xx.

---

24 Federico Campbell, citado en Servando Ortoll, “Obstáculos a la escritura de Juan Rulfo”, *Signos Literarios*, vol. 11, n.º 22 (2015): 86. Los corchetes son parte de la cita.

25 *Ibíd.*, 99-100.

26 *Ibíd.*, 103.

27 *Ibíd.*, 99-100.

28 Destacamos la entrevista publicada en el diario *Excelsior* en abril de 1963 (véase María Dolores Adsuar Fernández, “¿Te acuerdas de Rulfo? Medio siglo tras *La cordillera*”, *Monteagudo*, n.º 22 (2017): 161-162), así como la conferencia que Rulfo impartió en la UNAM hacia 1980: “El desafío de la creación”. En 1979 fue entrevistado por Juan Cruz y luego por Ernesto González Bermejo. En 1983 fue entrevistado por Martín Caparrós. Algunas de estas entrevistas se publicaron en diversos medios importantes como *El País*, *La Revista de la Universidad de México* y *The New York Times*.

29 Ezequiel Andrés Saferstein y Analía Eugenia Goldentul, “Los jóvenes lectores de la derecha argentina: un acercamiento etnográfico a los seguidores de Agustín Laje y Nicolás Márquez”, *Cuaderno 112. Centro de Estudios en Diseño y Comunicación* (2020/2021): 113-114.

Posteriormente, nos adentramos, muy brevemente, en algunos espacios de sociabilidad del autor. Con estos elementos ya podíamos responder a las preguntas ¿qué tipo de intelectual era Rulfo? y ¿a qué generación se le asociaba? He aquí dos conceptos centrales que ya se han mencionado en este libro: *intelectual y generación*.

## Rulfo y “el problema de las generaciones”

En México, desde la primera mitad del siglo xx, la escritura de la historia intelectual, así como la elaboración de la historia de la literatura, han sido objetos de estudio persistentes en algunos autores. Por ejemplo, como menciona Curiel Defossé, varios escritores importantes “incurren en la Historia Intelectual al destacar al autor social (Asociaciones Literarias, Generaciones, Promociones), el contexto de las obras, las revistas y polémicas, las redes, las distintas especies de recepción, etcétera”.<sup>30</sup> Siguiendo este orden de ideas, “generación”, al igual que otros conceptos, comienzan a vislumbrarse como categorías necesarias para la elaboración de la historia literaria e intelectual mexicana. Por consiguiente, era pertinente comprender cómo han abordado los estudios literarios el concepto de generación. Por ejemplo, Curiel comenta que se

pone el acento en los equipos autorales [...]. Reconociendo la aportación mayúscula de la Idea Generacional de Ortega y Gasset, pero haciendo caso omiso de su exacta vara de medición, propongo su “remasterización”. Ya no sólo Coetáneos y Contemporáneos con todo y la laxitud temporal reconocida a estos últimos, hacia atrás o hacia adelante [...]. De lo que hablo es de Generaciones Típicas y Generaciones Atípicas. Coetáneas y Contemporáneas entre las primeras. De coyuntura, De época y Constelaciones entre las segundas [...] la pertenencia generacional no la decide la cronología, erróneo parecer que todavía subsiste. Lo decide el programa en juego y la libre decisión de hacerlo propio. Sin que dejen de influir determinados contextos: un episodio político o literario determinado, cierta lectura aglutinadora...<sup>31</sup>

Si regresamos a nuestro objeto de investigación, Rulfo, algunos trabajos literarios lo han situado dentro de algunas generaciones que se apegan a las corrientes estilísticas.<sup>32</sup> Otros estudios académicos, y de carácter divulgativo,

---

30 Fernando Curiel Defossé, “sigloveinte@lit.mex. Recorrido en 4 escalas”, (*Anecdótica: Seminario de edición crítica de textos*, vol. 4, n.º 2 (2020): 48.

31 *Ibíd.*, 52-53.

32 José Carlos González Boixo (ed.), *El Gallo de Oro y otros relatos* (México: RM/Fundación Juan Rulfo, 2018), 90-91; Seymour Menton, *El cuento hispanoamericano* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), 407-408; Goic Cedomil, *Historia y*

han posicionado al jalisciense dentro de la generación del 52 o de la ruptura.<sup>33</sup> O, por el contrario, se ha comentado que “su visión de la escritura fue tan auténtica que cuesta incluirlo en un grupo”.<sup>34</sup> Cuando leímos los preceptos de la generación del 52, encontramos varios datos relevantes. Descubrimos que algunos de sus exponentes estuvieron influidos por los acontecimientos europeos. Además, durante la década de 1950 estos artistas reaccionaron contra “la hegemonía en el arte después de la Revolución”.<sup>35</sup> Por lo tanto, los miembros de esta generación intentaron desapegarse del “arte oficial”, elaborado por algunos muralistas, que representaba a la Revolución como propaganda. Recapitulando, esta generación se caracterizaba por su hartazgo.<sup>36</sup>

¿Por qué hacemos énfasis en los muralistas y en los artistas que buscaban romper con el arte oficial? En una entrevista a Rulfo, le comentaron que su producción literaria podía compararse con el arte de algunos muralistas, como José Clemente Orozco (1883-1949). Rulfo argumentó que admiraba a Orozco por su fuerza y autenticidad, pero que no podía compararse la literatura con la pintura.<sup>37</sup> Quizá ambas expresiones artísticas no tengan mucha similitud en lo estilístico, pero sí podían coincidir en las temáticas que representaron. Por ejemplo, el arte orozquista, aunque era nacionalista,<sup>38</sup> tenía una gran carga pesimista. Orozco representó a la muerte y a la Revolución mexicana como un “episodio más [...] como guerra y no como cambio”.<sup>39</sup> Por su parte, Rulfo también concibió a la Revolución como sinónimo de muerte, guerra y pesimismo; es decir, el

---

*crítica de la literatura hispanoamericana. III Época contemporánea* (Madrid: Crítica, 1988), 387.

33 Tes Nehuén, “Juan Rulfo”, *Solo Literatura. Literatura Hispanoamericana* (10 de julio de 2017); Universia, “El 16 de mayo de 1917 nació Juan Rulfo, escritor mexicano perteneciente a la generación del 52”.

34 Tes Nehuén, “Juan Rulfo”.

35 “¿A qué se le llama ‘Generación de la Ruptura’?”, *El Universal* (3 de julio de 2017). Las negritas son parte del texto.

36 Victoria García Jolly, “Generación de Ruptura”, *Algarabía*, n.º 127 (2017).

37 Juan Rulfo, citado en Juan Cruz, “Juan Rulfo: ‘No puedo escribir sobre lo que veo’”.

38 José Antonio Aguilar Rivera, “Siglo xx: el mundo de las ideas”. En *Gran historia de México ilustrada*, tomo V, coord. por Soledad Loaeza (México: Planeta, 2001), 346.

39 Robin Adèle Greeley, “Testimoniando la Revolución, forjando Patria”. En *Pinta la revolución: arte moderno mexicano, 1910-1950*, coord. por Matthew Affron (México: Museo del Palacio de Bellas Artes, INBAL/Fondo de Cultura Económica/Philadelphia Museum of Art/Fundación Jenkins, 2016), 263-270.

autor conservó una “visión pesimista de la realidad política que trajo la Revolución”.<sup>40</sup> La Revolución mexicana nos hizo pensar que era pertinente rescatar los acontecimientos, y coyunturas histórica-políticas, que acercaron al autor a una generación *diferente*. Como Orozco, cada intelectual —incluyendo a Rulfo— intentó resolver a su manera los problemas sociopolíticos que experimentó. Pero ¿cuáles eran estos problemas? A todas luces, el emergente desencanto de la Revolución, así como la creciente urbanización e industrialización que originó el surgimiento de nuevos estratos sociales. De esta manera, para mediados del siglo xx se exacerbó la desigualdad, la corrupción, así como el rezago y olvido de la sociedad rural.<sup>41</sup> Además de este contexto histórico, y de las problemáticas experimentadas por los intelectuales, rescatamos los “espacios de sociabilidad” donde Rulfo platicó con sus colegas y profesores. En estos espacios también se gestaron varias “cadenas de rituales de interacción”<sup>42</sup> entre generaciones. Por lo tanto, no podíamos conformarnos con los estudios que situaban al autor dentro de las generaciones estilísticas. Tampoco la generación del 52 o de la ruptura nos dio las respuestas necesarias. Nuevamente, la sociología nos brindaría la solución adecuada.

Siguiendo este hilo conductor, concordamos con Mannheim cuando comenta que “la secuencia de libres agrupaciones de hombres (salones, grupos literarios, etc.) [...]. Es donde parece más prontamente perceptible la rítmica de las generaciones”.<sup>43</sup> En este caso, nos referimos a aquellos individuos que no experimentaron<sup>44</sup> las expectativas de la Revolución. O bien, solo presenciaron episodios aislados de muerte y caos, como Rulfo y Orozco. Por consiguiente, creemos que esas “condiciones del conflicto” situaron a algunos muralistas y literatos dentro de una generación desencantada. Sin embargo, estos intelectuales, integrantes de una generación, interactuaron con otras generaciones, por lo

---

40 Marta Portal, *Proceso narrativo de la Revolución mexicana* (Madrid: Espasa-Calpe, 1980), 220.

41 Soledad Loaeza (coord.), *Gran historia de México ilustrada*, tomo. V (México: Planeta, 2002); Lorenzo Meyer, “De la estabilidad al cambio”. En *Historia general de México*, tomo 2, coord. por Daniel Cosío Villegas, (México: El Colegio de México, 2000); Macario Schettino, *Cien años de confusión. México en el siglo xx* (México: Taurus, 2007); Elisa Servín (coord.), *Del nacionalismo al neoliberalismo, 1940-1994* (México: CIDE, 1994).

42 Randall Collins, “Coaliciones en la mente”. En *Sociologías de las filosofías* (Barcelona: Hacer, 2005), 28-29.

43 Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 62 (1993): 196-197.

44 Cabe señalar que “no experimentar o vivenciar”, también es una experiencia. Véase Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, 216.

general, antecesoras.<sup>45</sup> Por ejemplo, la generación predecesora de Rulfo apoyó los ideales que mitificaron a la historia oficialista y a la Revolución. Este choque de ideales implicó debates, oposiciones y fricciones entre ambas generaciones.

Con la trayectoria intelectual del autor, fuimos más allá de su “posición generacional” (el año de su nacimiento). Rulfo poseía lo que Mannheim denomina una “*conexión generacional* cuando los contenidos sociales reales y los contenidos espirituales establecen —precisamente en los terrenos de lo que se ha desestabilizado y de los que están en renovación— un vínculo real entre los individuos que se encuentran en la misma posición generacional”.<sup>46</sup> Además de esta conexión, es perceptible una

“unidad generacional” la cual es una adhesión mucho más concreta que la que establece la mera conexión generacional. *La propia juventud que se orienta por la misma problemática histórica-actual, vive en una ‘conexión generacional’, dentro de cada conexión generacional, aquellos grupos que siempre emplean esas vivencias de modos diversos constituyen, en cada caso, distintas ‘unidades generacionales’ en el ámbito de una misma conexión generacional.*<sup>47</sup>

Precisamente en esta “conexión generacional”, germinan las oposiciones y debates, pero eso no significa que haya una desconexión. Por el contrario, la conexión persiste entre las “posiciones generacionales”, las cuales se pueden dirigir a un “nuevo destino” o nuevas vertientes. Por ejemplo, la adaptación, subordinación, apego, así como el rechazo de nuevas o viejas posturas.<sup>48</sup> De esta manera podemos analizar cómo las diversas generaciones discutieron y se opusieron entre sí, ante ciertos acontecimientos. Asimismo, estas generaciones dialogaron, entre ellas, con un lenguaje en común orientado por las coyunturas histórico-políticas. Siguiendo este hilo conductor, los intelectuales consideraban necesario debatir para hacer algo al respecto, ya fuera en el arte o la literatura. Además de Mannheim, nos auxiliamos en la obra de Armando Pereira. Este autor, para conceptualizar el concepto de generación, retomó a Ortega y Gasset “atendiendo ante todo al elemento histórico y cultural que esencialmente la define: participar de una cierta sensibilidad colectiva, de una manera semejante de percibir y reproducir el mundo, de ideas y actitudes comunes, de anhelos e intereses compartidos”.<sup>49</sup>

---

45 Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, 220.

46 *Ibíd.*, 222.

47 *Ibíd.*, 222-223.

48 *Ibíd.*, 222 y 225.

49 Armando Pereira, *La generación de medio siglo: un momento de transición de la cultura mexicana* (México: UNAM, 1997), 202.



Hasta este momento, logramos desglosar una parte de nuestro esquema teórico-metodológico. Detallamos, brevemente, el cruce entre sociología, estudios literarios e historia intelectual. Nuestros primeros resultados demostraron que debían examinarse los acontecimientos, las coyunturas, las rupturas, las experiencias, así como “la edad del despertar político”<sup>50</sup> en un autor. En este caso, vimos que la Revolución mexicana generó una oposición que estableció en Rulfo —siguiendo a Mannheim y Pereira— una “conexión y unidad generacional”. De igual manera, se originó una gran sensibilidad colectiva que logró aglutinar a varios intelectuales, académicos y no académicos. Ellos se *comprometieron*<sup>51</sup> a solucionar —a la manera de cada intelectual— los problemas derivados de este acontecimiento histórico. En este sentido, la generación de desencanto, a la que perteneció Rulfo, se caracterizó por debatir y cuestionar la Revolución.<sup>52</sup>

Una vez que hemos definido a Rulfo como un intelectual comprometido que formó parte de una generación de desencanto, era lógico pensar en su “función social”.<sup>53</sup> Como el autor se decantó por escribir obras literarias, su compromiso se vería reflejado en su ficción. En algunos de sus cuentos y novelas encontramos el cuestionamiento de las condiciones sociales que le tocó vivir. ¿Cómo? Periodizando e historiando, literariamente, las consecuencias de la Revolución. Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que su “función social” fue *desmitificar*, en su producción literaria, los hitos nacionales reafirmados por el cardenismo

---

50 François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual* (Valencia: Universitat de València, 2007), 47.

51 La categoría del “intelectual comprometido” la retomamos de François Dosse, Jean-François Sirinelli y Pascal Ory. Si para Dosse el caso Dreyfus es un “modelo” y para Ory y Sirinelli dicho caso contribuyó a delinear un intelectual definido “por lo que hace”, pensamos que para la historia intelectual mexicana la Revolución mexicana pudo ser un “modelo” para esos intelectuales inconformes con el régimen posrevolucionario. Véase Pascal Ory y Jean François Sirinelli, *Los intelectuales en Francia: del caso Dreyfus a nuestros días* (Valencia: Universitat de València, 2007), 19-20; François Dosse, *La marcha de las ideas...*, 43-97.

52 Para ahondar sobre el cuestionamiento a la Revolución mexicana, véase Luis Barrón, *Historias de la Revolución mexicana* (México: Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2010), 22-23.

53 Schmidt-Welle ha mencionado que “la función social de los intelectuales después de la Revolución mexicana es casi única en América Latina”. Véase Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), *La historia intelectual como historia literaria* (México: El Colegio de México/Cátedra Guillermo y Alejandro von Humboldt, 2015).

y el callismo. En ambos periodos estaba presente el monopolio de las artes por el Estado, así como la legitimidad de los gobiernos posrevolucionarios.<sup>54</sup>

Ante estos resultados, llegamos a la conclusión de que nuestra labor no estaba finalizada porque la investigación nos fue llevando por otras veredas y generó más interrogantes. Una de ellas era descifrar cómo eran las relaciones entre las generaciones *confrontadas*. Al respecto, las generaciones pueden tener una “tendencia a expulsar a la precedente a favor de los nuevos acontecimientos, a partir de los cuales se afirma, constituyéndose en ‘grupos concretos’, creando su sociabilidad”.<sup>55</sup> En el caso rulfiano, pensamos que el autor creó dos tipos de “expulsiones” entre las generaciones antecesoras y contemporáneas del ámbito literario<sup>56</sup> e histórico.<sup>57</sup> Si regresamos a su “trayectoria intelectual”, veremos que

---

54 Para ahondar más sobre esta temática, véase Thomas Benjamin, *La Revolución mexicana: memoria, mito e historia* (México: Santillana, 2003), 99-131.

55 François Dosse, *La marcha de las ideas...*, 47-48.

56 Esto lo podemos observar claramente en la recepción de Pedro Páramo en 1955. Este libro recibió muchas críticas negativas que crearon un cisma en el medio literario mexicano. Algunos escritores señalaron que esta novela, al recurrir, reproducir y abusar de estilos presentes en la literatura extranjera, nada tenía de novedoso. Por tanto, era una obra deficiente, oscura y deprimente que solo a los “ignorantes” y nuevos escritores podía agradarles. Ello ocasionó diversas polémicas y debates en la literatura nacional. Véase Diana Hernández Castillo, “(Des)archivando...”, 133-134.

57 En este ámbito nos referimos a la interpretación pesimista de algunos intelectuales sobre la Revolución mexicana. Ellos, incluido Rulfo, veían en la Revolución un suceso histórico frustrado, pervertido, muerto y/o agonizante. Estos intelectuales se posicionaron, y confrontaron, ante esa generación “revolucionaria” que defendía a la Revolución mexicana como un proceso vivo e inacabado. Pero ¿quiénes eran los defensores de la Revolución? Principalmente los políticos, y presidentes, del partido hegemónico. Por ejemplo, en 1934, el presidente Plutarco Elías Calles (1877-1945) y Lázaro Cárdenas (1895-1970) ofrecieron un discurso que enunciaba la pulsión de la Revolución como un proceso que no había terminado. Además, la Revolución era acechada por los enemigos que falseaban sus triunfos. Para solucionar este problema, Calles comentó que comenzaría un “nuevo periodo de la Revolución, que yo llamo el periodo revolucionario psicológico”, confróntese “‘El grito de Guadalajara’ de Plutarco Elías Calles (1934)”, *Enciclopedia histórica y biográfica de la Universidad de Guadalajara. Desarrollo histórico (1925-1934)*, tomo IV, coord. por Juan Real Ledezma (Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara, 2017). En este ejemplo vemos cómo Calles, de una generación antecesora a Rulfo, criticó a los intelectuales de generaciones contrapuestas que repudiaban la Revolución. Por lo tanto, Calles optó por hacer algo para salvaguardar este acontecimiento histórico.

las publicaciones de sus obras posibilitaron las expulsiones y oposiciones entre dichas generaciones. En este sentido, sus hitos literarios más sobresalientes fueron la publicación de *Pedro Páramo*, así como el prestigio y el renombre del autor construidos en los “espacios de sociabilidad”. De igual manera, fueron de suma importancia las revistas donde publicó antes de ser un autor consagrado. Sin embargo, en su “trayectoria intelectual” también observamos que Rulfo no siempre gozó de aceptación, prestigio y reconocimiento. ¿Cómo podíamos abordar esta problemática? Necesitábamos mantenernos en el utillaje de la sociología y recurrir a las categorías *outsider e insider*.

## **La transición intelectual rulfiana. Su cambiante estatus entre *outsider*, *insider* y “referente intelectual”<sup>58</sup>**

Actualmente, la historia intelectual latinoamericana y europea, así como la sociología, brindan varias pistas para definir *outsider e insider*. Adentrándonos a la tematización y problematización de ambas categorías encontramos que si un intelectual tiene interés por hacer algo diferente y rechaza lo que prevalece (en ese momento), lógicamente no podrá formar parte de los grupos predominantes. Por consiguiente, ese intelectual se convertirá en un *outsider*,<sup>59</sup> es decir, en un “desconocido”. Al respecto, Zygmunt Bauman, siguiendo lo dicho por Edward Said, comenta que “en términos de pensamiento, en el mundo intelectual ser un *outsider* es una posición privilegiada: no estar ligado, o fijado, no estar sobre determinado, sobre definido [...]. Estar en el exilio [...]. Es muy cómodo”.<sup>60</sup> Siguiendo este orden de ideas, Rulfo, al comienzo de su “trayectoria intelectual”, era un *outsider*: un individuo “desconocido, ajeno o extraño” que no estuvo relacionado con un “modelo en específico”.<sup>61</sup> Pero esta situación,

---

58 En este apartado solo examinamos las principales características de la transición y facetas rulfianas. Como se podrá advertir, existen diversos medios literarios/intelectuales que pueden analizarse desde el “campo intelectual”. Para ahondar más sobre esta categoría, véase el capítulo “Cómo construir un campo intelectual. Esbozo metodológico”, de Alejandro Estrella, incluido en este libro.

59 Zygmunt Bauman, citado en Simon Tabet, “Del proyecto moderno al mundo líquido. Conversación con Zygmunt Bauman”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 62, n.º 230 (2017): 290.

60 Simon Tabet, “Del proyecto moderno al mundo líquido”, 291.

61 Ivan Domingues, citado en Patricia Fachin, “O intelectual cosmopolita globalizado é um outsider. Entrevista especial com Ivan Domingues”, *Instituto Humanitas UNISINOS/Adital* (2018). Traducción propia.

a su vez, le otorgó la flexibilidad (¿y comodidad?) para elaborar los cuestionamientos y denuncias a la Revolución. En este sentido, nuestro autor, siendo un *outsider*, fue un intelectual comprometido *contrapuesto* que formó parte de una generación desencantada. Con el tiempo, Rulfo se convirtió en un representante de los debates y oposiciones de su época. De hecho, con las herramientas que nos aporta la historia intelectual, el jalisciense puede brindarnos pistas para examinar la problematización del intelectual, así como la historia de los intelectuales literarios en México.<sup>62</sup>

Ahora bien, es pertinente enfatizar que los términos *outsider* e *insider* deben matizarse y “personalizarse” de acuerdo al intelectual, así como a sus medios y/o “campos intelectuales” a estudiar. En el caso de Rulfo, dividimos su transición intelectual en cinco fases. De esta manera, aplicando estas categorías (incluyendo referente intelectual), detectamos las posturas, oposiciones y debates generacionales entre algunos intelectuales y el jalisciense. Para detallar cada categoría, fueron piezas clave su función social, las temáticas de su narrativa, su popularidad, su alcance político y su compromiso. Ello nos ayudó a perfilar al autor como un intelectual que experimentó varias transiciones, como veremos a continuación.

- 1) 1945: el *outsider* literario. Rulfo se opone, generacionalmente, a los *insiders* oficialistas mediante algunas materialidades. Aunque se relacionaba con algunos escritores, como Alatorre y Arreola, no era conocido como escritor. El autor, fuera del medio literario, como *outsider*, cuestionó la

---

62 Es importante rescatar qué entendía Rulfo por “intelectual”, pues él constantemente se negaba como tal. Esto, creemos, fue resultado de la previa observación que hizo el autor para definir a los intelectuales. Según Rulfo, los intelectuales eran “embajadores o cuando menos agregados culturales”, personajes famosos, catedráticos, periodistas y políticos “pedantes”. Asimismo, Rulfo no convivió con los escritores que abandonaban su “vida literaria” para competir por premios y poderes simbólicos. Véase Sergio López Mena, “Juan Rulfo y el mundo indígena”, *Fragmentos*, n.º 23 (2002): 104; Juan Rulfo, citado en César Abraham Navarrete Vázquez, “Mis fragmentos: José Revueltas, Juan Rulfo y Jaime García Terres. Investigación bibliográfica”, *César Abraham Navarrete Vázquez* (s. f.). El Universal, “La fama fue nociva...”; Víctor Jiménez *et. al.*, *Tríptico para Juan Rulfo* (México: Fundación Juan Rulfo/RM, 2005), 432-433. Para ahondar más sobre la concepción del intelectual y lo dicho por Rulfo sobre ellos, así como su continua negación a pertenecer a ese medio, véase Guillermo Zermeño, “La invención del intelectual y su crisis”. En *Historias conceptuales* (México: El Colegio de México, 2017), 321-345; Jorge Zepeda, *La recepción inicial* de Pedro Páramo (1955-1963) (México: Fundación Juan Rulfo/RM, 2005), 75; Juan Cruz, “Juan Rulfo: ‘No puedo escribir sobre lo que veo’”; Juan Rulfo, “El desafío de la creación”, *Revista de la Universidad de México*, n.º 2-3 (1980): 17.

“verdad unívoca” de los *insiders* historiando literariamente el fracaso de la Revolución mexicana y el reparto agrario.

- 2) 1950-1953: el *insider* cuentista. Rulfo se dio a conocer como cuentista con *El Llano en Llamas* y gozó de aceptación en el círculo literario nacional. El papel de las editoriales es fundamental, porque el escritor optó por publicar sus libros en el Fondo de Cultura Económica y ello le otorgó mucho prestigio. En esta fase de *insider*, el autor criticó al bracerismo, al gobierno mexicano, así como a algunas de las políticas gubernamentales fallidas, como la reforma agraria. Todas esas problemáticas también derivaron del fracaso de la Revolución.
- 3) 1955: el *desconocido* en la novela. En la novela *Pedro Páramo*, Rulfo periodizó literariamente algunos acontecimientos históricos mexicanos del siglo xx. Esta obra fue muy criticada por varios autores que tenían una amplia trayectoria en la literatura mexicana. Estos literatos señalaron la falta de “novedad” en *Pedro Páramo* y el mal uso de los recursos literarios. Finalmente, comentaron que Rulfo no podía considerarse un novelista. Estos debates acontecieron dentro del medio literario nacional.
- 4) A partir de 1957: el *insider* de la literatura universal. A pesar de las críticas y debates que abundaban sobre *Pedro Páramo*, esta novela encumbró internacionalmente a Rulfo como novelista. Con las diversas traducciones de sus obras, nuevamente el papel de las editoriales fue fundamental. Posteriormente, gracias a su prestigio e “instancias de consagración”, el jalisciense determinó quiénes eran los *insiders* y *outsiders*<sup>63</sup> de la literatura mexicana. En esta fase, la narrativa rulfiana criticó la “crisis moral”, así como la corrupción persistente en el gobierno y en el pueblo mexicano.
- 5) 1963-1983: el “referente intelectual”. Gracias a su hito literario, *Pedro Páramo*, Rulfo fue invitado a varias entrevistas, congresos, conversatorios y conferencias. En estos espacios, el escritor defendió y posicionó a la literatura nacional y latinoamericana frente a la literatura europea. Además, se opuso a la generación literaria de estructuralistas y lacanistas.<sup>64</sup> Las entrevistas y conversatorios fueron los “medios legitimadores”

---

63 Véase Rafael Olea Franco, “Rulfo y Arreola (otra vuelta de tuerca)”. En Pedro Páramo: *diálogos en contrapunto* (1955-2005), coord. por Yvette Jiménez de Báez y Luzelena Gutiérrez de Velasco (México: El Colegio de México/ Fundación para las Letras Mexicanas (FLM), 2008), 250; Ricardo Pacheco Colín, “Pedro Páramo cumple hoy 50 años”, *Crónica* (19 de marzo de 2005).

64 Para ahondar más sobre esta información, véase Ernesto González Bermejo, “Juan Rulfo: la literatura es una mentira que dice la verdad. Una conversación

que consagraron a Rulfo como un “referente intelectual” mexicano. Pensamos que esta faceta está fuertemente ligada a la categoría *insider*.

## Conclusiones

Al documentar la experiencia que tuvimos al elaborar un cruce interdisciplinar entre los estudios literarios, la historia intelectual y la sociología, dejamos entrever las problemáticas, las interrogantes, las posibles soluciones y/o abordajes que se desprendieron de nuestro objeto de investigación: Rulfo y su ficción literaria. Nuestro principal hallazgo es que los estudios literarios pueden ser objeto de estudio y fuentes para la historia intelectual. Además, descubrimos otros posicionamientos —y nuevas facetas— en Rulfo. Siguiendo este hilo conductor, teórica-metodológicamente hablando, encontramos un puente que posibilita los estudios interdisciplinarios entre las ciencias sociales y las humanidades. Es decir, fuimos más allá del binomio historia-literatura y de la historia de la literatura, para analizar a un escritor. De esta manera abrimos un panorama inexplorado del autor y de sus obras que no concluye en esta investigación, ya que amerita continuar escribiéndose desde otras *miradas* y otros *espacios*.

Con lo anteriormente descrito, en trabajos futuros, pueden abordarse —desde la historia intelectual— otras facetas de la vida intelectual del autor, como la diversificación de sus redes intelectuales, sus campos intelectuales, su epistolario, así como la circulación de sus ideas en algunos soportes materiales. Por consiguiente, no podemos hablar de un final de esta investigación. Expusimos nuestra experiencia con el propósito de acercar a los lectores a la historia intelectual. Asimismo, también ejemplificamos cómo puede dialogar un objeto de estudio con nuevas posturas y enfoques interdisciplinarios. Aún no hay un punto final a los estudios rulfianos; todavía quedan muchas temáticas y problemáticas por analizar, tanto en Rulfo como en otros literatos mexicanos y/o latinoamericanos.

---

con Ernesto González Bermejo”, *Revista de la Universidad de México*, vol. xxxiv, n.º 1 (1979): 7.

# Una mirada desde la literatura y la historia de conceptos: semántica y temporalidad en los tres momentos conceptuales de ser americano en los Estados Unidos de América

GLORIA HERNÁNDEZ AVALOS

## Introducción

**M**i objetivo principal en este texto es ilustrar el potencial teórico-metodológico del marco de la historia de conceptos dentro de un enfoque transdisciplinario a partir de mi propia experiencia investigando la construcción identitaria en el ámbito de la literatura estadounidense entre los siglos xvii y xix. Para ello, intentaré aquí llevar a cabo una reconstrucción acerca de cómo los fundamentos teóricos establecidos por Reinhart Koselleck, y en particular los desarrollos posteriores de Gonzalo Capellán de Miguel (2013), me permitieron replantear el problema de investigación al que me enfrentaba, de modo que fue posible adoptar una perspectiva más amplia y llegar así a explicaciones más fructíferas de las que hubiera obtenido ciñéndome estrictamente a un análisis textual.

El propósito de esta investigación consiste en explorar las transformaciones que sufre el concepto de *ser americano* del siglo xvii al siglo xix, a través de tres textos literarios: *A Model of Christian Charity*, de John Winthrop; “What



is an American” (en *Letters from an American Farmer*), de J. Hector St. John de Crèvecoeur y “The American Scholar”, de Ralph Waldo Emerson. Mi objetivo consistía en trazar la evolución diacrónica que existía entre estos distintos momentos acerca de cómo los autores articulaban progresivamente una identidad como habitantes de una nueva tierra, con una experiencia y un destino diferente al de los europeos, apoyándose en los momentos anteriores. No obstante, dado que cada uno de estos escritos estaba planteado en sus propios términos y poseía un contexto de interpretación propio, la manera fiable de seguir este hilo conductor no sería realizando un ejercicio de literatura comparada ni una hermenéutica de las intenciones de cada autor, sino a través del concepto de *ser americano*. Esta elección metodológica resulta clave, pues a diferencia de las palabras, los conceptos son “concentrados de experiencia histórica” que unifican un conjunto de significados.<sup>1</sup>

Por *ser americano* me refiero a la identidad como una construcción social de los habitantes de procedencia europea de los Estados Unidos de América que se comienza a forjar aún antes de la independencia política, producto de la revolución de 1776. Asimismo, dicha identidad no quedaría constituida de una vez por todas con la conformación de un nuevo Estado, sino que continúa configurándose. Una vez planteada la investigación en estos términos, el problema metodológico con el que me topé fue el de encontrar la manera de integrar, por una parte, los elementos internos de cada texto y, por otra, el ámbito sociopolítico, el cual claramente aportaba elementos para comprender la configuración del ser americano. Parecería que tomar en serio la problemática particular de cada texto, como se suele hacer en una investigación literaria, convertiría el ámbito sociopolítico en un mero trasfondo histórico, mientras que lo contrario haría de los textos literarios tan solo fuentes primarias en una investigación histórico-social, lo cual perdería de vista la temática original de la investigación.

A continuación, mostraré cómo la historia de conceptos permite deshacer este dilema al ofrecer herramientas para caracterizar lo semántico más allá de lo meramente lingüístico. El trabajo de Koselleck permite identificar los conceptos fundamentales y sus relaciones con otros conceptos circundantes, no solo a partir de las relaciones semánticas entre palabras, sino a partir de las transformaciones en los usos lingüísticos que permiten a los hablantes reconfigurar el territorio de su experiencia en la práctica como actores sociales.

---

1 Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos”. En *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850. (Iberconceptos-I)*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC, 2009), 27.

Por otra parte, el trabajo de Gonzalo Capellán (2013) a través de su texto “Los ‘momentos conceptuales’. Una nueva herramienta para el estudio de la semántica histórica”, me permitiría caracterizar cada uno de estos textos como un momento conceptual representativo de su respectiva semántica dominante. Esto es lo que, en última instancia, me permitió buscar maneras de sustentar mi hipótesis de que cada uno de estos textos poseía un carácter coyuntural en el desarrollo del problema identitario con el que partió la investigación. Los momentos conceptuales que caractericé fueron los siguientes:

1. El *momento moral* durante el siglo xvii a través del documento literario fundacional de las colonias *A Model of Christian Charity* (1630), sermón pronunciado por John Winthrop durante su travesía rumbo a América a bordo del Arbella.
2. El *momento rural* durante el siglo xviii a través del documento literario *Letters from an American Farmer*, “What is an American”, texto epistolar escrito poco antes de la revolución independentista (1776) por J. Hector St. John de Crèvecoeur.
3. El *momento intelectual* durante el siglo xix a través del discurso “The American Scholar” (1837), considerado como la declaración de independencia cultural estadounidense y pronunciado por Ralph Waldo Emerson, líder del trascendentalismo.

Así, analizar el concepto de ser americano con esta metodología resulta particularmente interesante, ya que ha sido un continuo proceso con elementos complejos y cambiantes como el excepcionalismo, el apego a la tierra, el sentimiento de nostalgia por la vida pastoral, la inmigración y la religión desde el rigorismo puritano hasta el universalismo de los trascendentalistas. En el resto de este capítulo mostraré los resultados obtenidos al utilizar la historia de conceptos para llevar a cabo esta investigación transdisciplinaria. A través del recorrido que vamos a realizar, el lector podrá comprobar la importancia de estos aspectos a partir de la dinámica que se muestra en los momentos que ocuparé para este análisis, dado que a lo largo del tiempo existe una relación cambiante con todos estos aspectos de la propia identidad.

## **El ser americano como concepto**

Al enfocarnos en el concepto de ser americano se mostrará cómo las expectativas y la experiencia de los actores sociales están relacionadas con el tipo de experiencias históricas de las que forman parte, ya que es a través de ambas donde se genera el horizonte de acción de los actores sociales. Koselleck afirma

que, tomando en cuenta que los conceptos poseen una estructura temporal en función de la cantidad de contenidos de experiencia que se han acumulado en el concepto y en función de cuántas expectativas innovadoras incluye, un concepto tendrá distintas valoraciones temporales.<sup>2</sup>

Para un estudio como el que aquí interesa, la noción de momento conceptual como aparece en Capellán es sumamente útil. Por “momento”, se entiende “un tiempo de importantes cambios de una determinada coyuntura histórica y en un ámbito concreto”.<sup>3</sup> En el caso de la historia conceptual, los intereses teóricos de una investigación buscan construir un momento que “genera una polémica en torno a los significados de un concepto fundamental que se resuelve con un cambio en su sentido dominante”.<sup>4</sup>

Por ello, los tres momentos de los que me ocupo no han sido escogidos arbitrariamente, sino que competen a tres coyunturas muy específicas que serán mostradas respectivamente. Para cada uno de estos momentos he elegido un texto paradigmático que, a través de un análisis literario, puede revelar tanto el horizonte de expectativas como los aspectos dinámicos mediante los cuales se lleva a cabo el cambio semántico. Es importante recalcar que el análisis de los textos literarios no es el fin de esta investigación sino el medio a través del cual podremos detectar el concepto de ser americano y el campo semántico que lo circunda en diferentes momentos históricos. Asimismo, cabe señalar que el análisis que ofrezco no se reduce a elementos puramente textuales o lingüísticos. Durante el análisis del concepto sujeto de estudio será importante mantener un enfoque transdisciplinar entre los textos literarios y el contexto histórico social para dar cuenta de la totalidad de los componentes del cambio conceptual.<sup>5</sup>

---

2 Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* (Madrid: Trotta, 2012), 46.

3 Gonzalo Capellán de Miguel, “Los ‘momentos conceptuales’. Una nueva herramienta para el estudio de la semántica histórica”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia. Nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Ediciones Universidad de Cantabria, McGraw Hill Interamericana, 2013), 196.

4 *Ibíd.*

5 *Ibíd.*, 199.

Los momentos conceptuales de <i>ser americano</i>				
Momentos	Cronología/ Autor(es)	Contexto histórico	Semántica dominante	Léxico relacionado
Moral	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Siglo XVII</li> <li>▪ John Winthrop</li> <li>▪ <i>A Model of Christian Charity</i> (1630)</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Migraciones a Norteamérica llevadas a cabo en 1620 por los Padres Peregrinos</li> <li>▪ En 1630 se da la migración más grande en su especie liderada por Winthrop</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Lenguaje persuasivo para convencer a los futuros pobladores del Nuevo Mundo que Dios los había enviado a este territorio para una misión decisiva por medio de términos religiosos</li> <li>▪ Excepcionalismo</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Pureza</li> <li>▪ Espiritualidad</li> <li>▪ Amor al prójimo</li> <li>▪ Alianza entre Dios y los cristianos</li> <li>▪ La Divina Providencia</li> <li>▪ La tierra prometida</li> </ul>
Rural	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Tres últimas décadas del Siglo XVIII</li> <li>▪ J. Hector St. John de Crèvecoeur</li> <li>▪ <i>Letters from an American Farmer</i> (1776)</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Revolución 1776</li> <li>▪ Revolución Industrial</li> <li>▪ Migraciones a América para obtener mejores condiciones de vida y oportunidades de trabajo</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Mezcla de lenguaje utilitario y a la vez romántico para hablar de identidad nacional a través de los ideales democráticos</li> <li>▪ Choque de visiones políticas para preservar una nación agraria vs. establecer una nación industrial con presencia mundial</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Granjero</li> <li>▪ Democracia</li> <li>▪ Lo rural</li> <li>▪ Lo pastoral</li> <li>▪ Industria</li> <li>▪ Palabras relacionadas con emociones de exaltación</li> </ul>
Intelectual	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ A partir de la tercera década del s. XIX</li> <li>▪ Ralph W. Emerson</li> <li>▪ "The American Scholar" (1837)</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Romanticismo</li> <li>▪ -Unitarianismo</li> <li>▪ Trascendentalismo</li> <li>▪ Naturaleza</li> <li>▪ Idealismo</li> <li>▪ Académicos americanos vs. académicos de Harvard.</li> <li>▪ "La era del hombre común"</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Lenguaje idealista y literario, con una fuerza exhortativa, resaltando el valor de la independencia intelectual para forjar una identidad nacional propia.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Igualdad</li> <li>▪ Libertad</li> <li>▪ Idealismo</li> <li>▪ Hombre común</li> <li>▪ Creación</li> <li>▪ Historia natural</li> </ul>

## El momento moral

Como mencioné anteriormente, el concepto de ser americano precede a la existencia de un Estado independiente. Si bien los primeros colonizadores tenían

un sentido de excepcionalidad como pueblo elegido, dada su identidad religiosa como puritanos, esto es únicamente uno de los elementos que fueron necesarios para la configuración de una identidad. Para comprender este proceso es necesario detallar algunas cuestiones históricas.

El siglo XVII se caracterizó por una serie de migraciones del continente europeo al continente americano. En 1620 se lleva a cabo una migración que sería la piedra angular en cuanto a dirigirse a América para vivir en un territorio que les permitiera tener libertad de credo religioso. En ese momento, 102 puritanos desembarcaron del *Mayflower* en el vasto territorio que es hoy América con la intención de vivir una libertad bíblica que les permitiera entregarse a su labor terrenal y contribuir así a la formación de una gran nación. “Los padres peregrinos que habían huido de las guerras de religión venían ahora a América a realizar los sueños e ideales por los cuales habían luchado con sus correligionarios: el libre albedrío, la libertad de conciencia, la libertad de religión y la libertad de creencias. En estas tierras construirían una Nueva Jerusalem pactando en la Biblia, con Dios y entre sí”.<sup>6</sup>

De acuerdo con los antecedentes históricos y teológicos de la doctrina del destino manifiesto, el sueño de los padres peregrinos estaba marcado por un sentido de predestinación, ellos eran los elegidos, los destinados a ser amos del mundo. La colonización se extendió a través de los territorios ubicados en la costa este de los Estados Unidos avalada por la idea de un destino manifiesto que prometía como recompensa la libertad y la independencia de una tierra aparentemente sin límites.

Diez años más tarde, en 1630, se llevó a cabo la migración más grande que se hubiera dado durante el siglo XVII. Mil personas, bajo la guía de un hombre excepcional, John Winthrop—<sup>7</sup> quien decidió abandonar su exitosa carrera de abogado y magistrado en Londres y su vida familiar en Groton—, se embarcaron en diecisiete barcos hacia América en busca de Salem, (Jeru)Salem. La fundación de esta colonia tendría su capital en Boston. En esta migración no solo se encontraban aquellos que deseaban ir al nuevo territorio por cuestiones religiosas, pues había una gran cantidad de ellos que salieron huyendo de las injusticias económicas y sociales que se vivían en Inglaterra. Aun cuando Winthrop no pertenecía a este último grupo, sí lideraba la migración en busca de justicia para sus compatriotas de las clases menos privilegiadas.

---

6 Juan Antonio Ortega y Medina, *El destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica* (México: Alianza Editorial Mexicana, 1972), 89.

7 Oriundo de Suffolk, cuna de los más grandes estadistas, científicos y hombres cultos dedicados a la Iglesia y artistas de la historia de Inglaterra.

En la travesía hacia América, John Winthrop, a bordo del *Arbella*, se dirigió a sus compañeros con un sermón revelador que, dadas las circunstancias y el predicador, ha pasado a ser un documento fundacional de las colonias en los Estados Unidos de América: *A Model of Christian Charity*. Algunas de sus frases se han citado una y otra vez como resumen del alma y el carácter de aquellos emigrantes puritanos. En este sermón, Winthrop eligió los puntos doctrinales que interesaban a la situación de un pueblo que buscaba un nuevo estado social y de gobierno a través de peligros inciertos. Para ello, Winthrop se apoyó en la autoridad del *Antiguo y Nuevo Testamento*.

El propósito del sermón de Winthrop responde al modelo de sociedad que él deseaba implantar en su colonia, así como a las características propias de su espiritualidad, regida por la caridad y la falta de egoísmo. Winthrop anhelaba construir una colonia en la que hubiera unidad de la caridad, tomando como modelo la del cuerpo espiritual de Cristo que instaura un modo nuevo de fraternidad.<sup>8</sup> Como barreras para crear esta unidad de amor estaban los intereses materiales y la desigualdad de bienes. Esto entraba en conflicto con la moral calvinista que consideraba la riqueza como signo de bendición divina. Veamos como Winthrop apoya esta idea en la autoridad de las Sagradas Escrituras:

The definition which the Scripture gives us of love is this: "Love is the bond of perfection. First, it is a bond or ligament. Secondly it makes the work perfect. There is no body but consists of parts and that which knits these parts together gives the body its perfection, because it makes each part so contiguous to others as thereby they do mutually participate with each other, both in strength and infirmity, in pleasure and pain. To instance in the most perfect of all bodies: Christ and His church make one body."<sup>9</sup>

Utilizando un tono argumentativo de carácter religioso se ofrecen razones para empezar a concebirse como una sociedad en términos de una comunidad de creyentes. La falta de una unidad religiosa y el peligro de una falta de unidad política que esto conlleva es resuelta con un sentido de propósito en el que la divinidad juega un papel como garante:

Thus stands the cause between God and us. We are entered into Covenant with Him for this work. We have taken out a commission. The Lord hath given us leave to drawe our own articles. We have professed to enterprise these and those accounts, upon these and those ends. We have hereupon besought Him

---

8 Catalina Montes, "Introducción". En *Un modelo de caridad cristiana*, de John Winthrop (León: Universidad de León, 1997), 22.

9 John Winthrop, *The Journal of John Winthrop 1630-1649* (Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 1996), 9.

of favour and blessing. Now if the Lord shall please to hear us, and bring us in peace to the place we desire, then hath He ratified this covenant and sealed our commission, [and] will expect a strict performance of the articles contained in it; but if we shall neglect the observation of these articles which are the ends we have propounded, and, dissembling with our God, shall fall to embrace this present world and prosecute our carnal intentions, seeking great things for ourselves and our posterity, the Lord will surely break out in wrath against us; be revenged of such a perjured people and make us know the price of the breach of such a covenant.<sup>10</sup>

Aquí es donde el excepcionalismo juega un papel predominante en tanto que el pueblo se define, no por su procedencia ni por su cultura, que comparte con los ingleses, sino por la misión que debe llevar a cabo por la Alianza que ha hecho con Dios. Por ello, también resulta paradigmática la forma del texto escogido: el sermón. En esa época era un medio de comunicación importante, en especial para los puritanos, pero para los fundadores de la colonia de Massachusetts lo fue aún más ya que se dice que inventaron su identidad *ex verbo* y la reafirmaron por la palabra, por el sermón.<sup>11</sup>

En este sermón encontramos que Winthrop va más allá de la mera exposición de un credo religioso y ya apunta a forjar una identidad. Lo anterior se hace evidente a través de la mención de que el mundo contemplaría ese experimento de vida en Nueva Inglaterra: “For we must consider that we shall be as a city upon a Hill. The eyes of all people are upon us...”<sup>12</sup>

La identidad de la que habla el texto se refiere a una identidad moral que debe ser ejemplo para el mundo. Junto con la fuerza exhortativa, aparece implícitamente un acto de habla clave para entender el juego lingüístico que se lleva a cabo: la promesa. De manera similar a lo que sucede en el *Antiguo Testamento*, la divinidad promete un designio para su pueblo en tanto que este, al aceptarlo, promete cumplirlo. Dado que una promesa conlleva la permanencia del carácter y el mantenimiento de sí, es una manera mediante la cual un sujeto individual o colectivo se constituye a sí mismo.<sup>13</sup>

Esto es particularmente importante en un contexto donde la relación de los colonos con las autoridades inglesas era tensa: “las autoridades locales tienen la autoridad de autogobernarse, con la posibilidad amenazante de que su auto-

---

10 *Ibíd.*

11 Emory Elliot, *Columbia Literary History of the United States* (New York: Columbia University Press, 1988), 34.

12 John Winthrop, *The Journal...*, 10.

13 Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro* (México: Siglo XXI, 2006), 120.



nomía sea retractada por las autoridades inglesas”.<sup>14</sup> En esta coyuntura cabe señalar que, aunque los colonos de Massachusetts se consideraban ingleses, con este acto lingüístico se comienza a configurar un proceso de separación de Inglaterra que aún no es explícito.

Conforme avanzó el siglo se fueron estableciendo otras colonias con características similares en cuanto a buscar un lugar en el que pudieran ejercer un credo religioso libre de persecuciones, así como un lugar en el que no hubiera una diferencia de clases que solo beneficiaba a la monarquía y a la aristocracia.

Entre los siglos xvii y xviii se fundaron en la costa este de Norteamérica las trece colonias<sup>15</sup> y para 1750 comenzaron a colaborar entre ellas. Fue precisamente esta relación intercolonias la que propició que se cultivara un sentido de identidad de ser americano compartida y distinta a la que ostentaban los primeros colonizadores. A diferencia del ejemplo que mostramos en el sermón de Winthrop respecto a quienes se consideraban ciudadanos ingleses a pesar de habitar en territorio americano, a mediados del siglo xviii podemos observar cómo se va forjando una identidad distinta. En el siguiente momento, se aprecia claramente este cambio.

## El momento rural

En las últimas décadas del siglo xviii, las circunstancias para las generaciones posteriores a estos primeros colonizadores fueron cambiando conforme la Corona inglesa iba colonizando más territorio americano, lo que a su vez conllevaba a una mayor migración de Europa hacia América principalmente por motivos económicos y por las marcadas diferencias sociales. Si bien es cierto que Inglaterra promovió la salida de migrantes durante la mayor parte del siglo xvii, durante el siglo xviii solo lo hizo con elementos que consideraban indeseables, como pobres y vagabundos. Conforme avanzó el siglo xviii llegaron también a Norteamérica migrantes franceses-hugonotes, forzados a emigrar por la revocación del Edicto de Nantes. También se unieron expulsados religiosos de Alemania y Suiza; pero el mayor grupo que llegó fue el de los escoceses e irlandeses por motivos económicos. De ahí se derivó que una gran cantidad de migrantes

---

14 Cfr. Francis John Bremer, *John Winthrop: America's Forgotten Founding Father* (Oxford: Oxford University Press, 2003).

15 Provincia de la bahía de Massachusetts, provincia de Nuevo Hampshire, colonia de Rhode Island y las plantaciones de Providence, provincia de Connecticut, provincia de Nueva York, provincia de Pensilvania, provincia de Nueva Jersey, colonia de Delaware, provincia de Maryland, colonia de Virginia, provincia de Carolina del Norte, provincia de Carolina del Sur y provincia de Georgia.

se asentaran en este nuevo territorio. Es precisamente este momento el que capta J. Hector St. John de Crèvecoeur en *Letters from an American Farmer* y que nos habla del papel que desempeñaron estos inmigrantes como granjeros en la sociedad estadounidense y de cómo el concepto de ser americano se asimiló en este periodo coyuntural.

El propio de Crèvecoeur vivió esta experiencia al darse a la tarea de visitar América con el objeto de analizar la vida en el nuevo territorio. Junto con su esposa se estableció en una granja en el condado de Orange, en Nueva York, y a la par que trabajaba la tierra empezó a escribir ensayos sobre América y sobre sus vivencias como agricultor. Para su texto *Letters from an American Farmer*<sup>16</sup> creó a un narrador ficcional, quien dirige hipotéticamente sus cartas a un amigo que vivía en Europa. La puntualidad de abordar esta tercera carta, “What is an American”, obedece a que en este periodo sobresalía, por encima de todo, el interés de las trece colonias por independizarse de la Corona británica, hecho que se cristalizó con la Revolución independentista de 1776.

Esta carta anima a sus moradores a que aprecien, no solo la gran extensión del territorio y sus fértiles tierras, sino la libertad que en ella se respira a diferencia de lo que sucedía en Europa. Asimismo, hace énfasis en plantear la necesidad de definir la nueva identidad que adquirirían una vez independizados. El tono de la carta se enfoca, en varios momentos, en reforzar el concepto de ser americano; a continuación muestro algunas líneas de la carta que apoyan esta idea.

I wish I could be acquainted with the feelings and thoughts which must agitate the heart and present themselves to the mind of an enlightened Englishman, when he first lands on this continent. He must greatly rejoice that he lived at a time to see this fair country discovered and settled. He must necessarily feel a share of national pride when he views the chain of settlements which embellish these extended shores. When he says to himself, this is the work of my countrymen, who, when convulsed by factions, afflicted by a variety of miseries and wants, restless and impatient, took refuge here... Here he sees the industry of his native country displayed in a new manner... Here he beholds fair cities, substantial villages, extensive fields, an immense country filled with decent houses, good roads, orchards, meadows, and bridges, where a hundred years ago, all was wild, woody, and uncultivated... It is not composed as in Europe, of great lords who possess everything, and of a herd of people who have nothing.<sup>17</sup>

---

16 El texto fue escrito siete años antes de la revolución independentista y se publicó en 1782.

17 John Hector Saint John de Crèvecoeur, *Letters from an American Farmer* (New York: Oxford University Press, 1997), 40.

Como podemos observar en esta cita, hay diversas alusiones de carácter social. En lugar de una sociedad europea en la que imperaba la desigualdad y las injusticias hay que pensar ahora en una sociedad compuesta por ciudadanos que disfrutaban igualdad de derechos: “The rich and the poor are not so far removed from each other as they are in Europe”.<sup>18</sup> De manera más precisa alude a los granjeros y enaltece su labor: “The simple cultivation of the earth purifies them; but the indulgences of the government, the soft remonstrances of religion, the rank of independent freeholders, must necessarily inspire them with sentiments very little known in Europe among the people of the same class. What do I say? Europe has no such class of men”.<sup>19</sup>

Con relación al aspecto identitario, Crèvecoeur hace referencia al nuevo territorio de una manera tal que es innegable el orgullo que representaba ser americano: “What then is the American, this new man? He is neither an European, nor the descendent of an European: hence that strange mixture of blood, which you will find in no other country”.<sup>20</sup> Es pertinente aclarar que el sentido exacto de la cita se comprenderá a partir del contexto de toda la carta, pero la situación social, así como las circunstancias de libertad en este nuevo territorio, habrán de tenerse en consideración.

Al pasar desde el sentido de la cita misma a la clasificación histórica de los conceptos que aparecen en ella para aludir al nuevo territorio (libertad, igualdad, democracia, vida rural) se muestra cómo vislumbraban los inmigrantes esta tierra a partir de las diferencias existentes entre Europa y América. Estos inmigrantes, a diferencia de los primeros colonizadores que se consideraban ingleses, no solo se hacían llamar americanos, sino que era motivo de orgullo para ellos ostentar esta nueva identidad.

Como consecuencia de un nuevo tipo de vida, el narrador alude en repetidas ocasiones a un “nuevo hombre” que surge de esta sociedad que él denomina perfecta: “the american is a new man, who acts upon new principles, he must therefore entertain new ideas, and form new opinions”.<sup>21</sup> Esto es una muestra de que el texto no solo se enfoca en querer implementar la idea de ser americano, sino que más bien pide un cambio de actitud y pensamiento que refleje este estatus. Y añade que la mezcla de diferentes nacionalidades en América ha forjado una nueva raza de hombres. Y reitera: “We have no princes, for whom

---

18 *Ibíd.*, 41.

19 *Ibíd.*, 46.

20 *Ibíd.*, 44.

21 *Ibíd.*

we toil, starve and bleed”.<sup>22</sup> Y líneas adelante recalca el contraste entre Europa y América: Can a wretch, who wanders about, who works and starves, whose life is a continual scene of sore affliction or pinching penury; can that man call England or any other kingdom his country? A country that had no bread for him; whose fields procured him no harvest; who met with nothing but the frowns of the rich. [...] Everything has tended to regenerate them. New laws, a new mode of living, a new social system”.<sup>23</sup>

Asimismo, enaltece la labor del granjero porque en este territorio “Lawyer or merchant are the fairest titles our towns afford: that of a farmer is the only appellation of the rural inhabitants of our country. [...] We are people of cultivators, scattered over an immense territory”.<sup>24</sup> Al trabajar la tierra podían aspirar a una vida digna sin tener que estar bajo el yugo de un terrateniente, además de los impuestos que estaban obligados a pagar injustificadamente. “His country is now that which gives him land, bread, protection, and consequences”.<sup>25</sup>

Es importante notar cómo persiste el excepcionalismo que se dio en un primer momento con los primeros colonizadores, quienes sostenían que la Divina Providencia les había reservado ese territorio, en tanto estos inmigrantes a los que se refiere Crèvecoeur tienen ahora en sus manos, como una nueva raza de hombres, la responsabilidad de llevar a cabo cambios que transformen al mundo: “Here individuals of all nations are melted into a new race of men, whose labours and posterity will one day cause great changes in the world”.<sup>26</sup> Una vez independizados y con la consigna de forjar una cultura nacionalista y democrática, se apreciará en lo sucesivo una nueva forma de ser americano.

## El momento intelectual

El discurso “The American Scholar” pronunciado por Ralph Waldo Emerson en 1836, nos mostrará una forma distinta de forjar el concepto de ser americano a través de una nueva escuela de pensamiento denominada trascendentalismo.

Después de la Revolución independentista, los Estados Unidos buscaron tener una identidad adecuada a su condición política de Estado soberano. Esto se aprecia claramente en las primeras dos décadas del siglo XIX, en donde la mayoría de los estadounidenses estuvieron de acuerdo en elegir la república

---

22 *Ibíd.*, 41.

23 *Ibíd.*, 46.

24 *Ibíd.*, 41.

25 *Ibíd.*, 43.

26 *Ibíd.*, 44.

como forma de gobierno. Los historiadores estadounidenses de esa época, entre los que destacan Prescott, Motley, Parkman y Bancroft, pusieron especial atención a las décadas que precedieron a la Revolución americana, pues consideraron que el siglo XIX fue una época importante y un periodo crucial para forjar un futuro político, económico, cultural y social libre de toda presión externa.

En la segunda década de ese siglo surge la necesidad de liberarse de modelos europeos intelectuales, especialmente en el ámbito literario. Con la llegada del Romanticismo a América estos anhelos se vieron cristalizados en parte. Sin embargo, persistía la idea, por parte de un grupo de conservadores intelectuales en el noreste del país, de seguir basándose en preceptos europeos, particularmente en los ingleses. A partir de 1826 emerge un grupo de intelectuales en Boston que, inicialmente, pertenecía a la secta religiosa liberal del unitarianismo y pugnaban por darle a los Estados Unidos una identidad propia que reflejara la realidad del territorio, entre otras cosas. Hacia 1830 este grupo se separó ideológicamente del unitarianismo, pues, aunque muchos siguieron asistiendo a los servicios religiosos de esta secta liberal, formaron otro grupo denominado trascendentalistas. Ralph W. Emerson fue el líder de este movimiento, el cual es un parteaguas cuando se habla de ser americano. El trascendentalismo es considerado por algunos como la primera filosofía de los Estados Unidos de la que más tarde emergería el pragmatismo de William James. Fue, a la vez, un movimiento de carácter filosófico, sociopolítico y religioso. En 1836 Emerson publicó el manifiesto de los trascendentalistas, *Nature*, en el que expone una tesis idealista sobre la naturaleza y su relación con el hombre. En 1837 pronunció un discurso ante la Phi Beta Kappa Society en Harvard, “The American Scholar”, el cual representa el primer ejemplo en América de debate académico dirigido más adelante a la opinión pública en forma de ensayo.

El día que Emerson pronunció este controvertido discurso (31 de agosto de 1837) estaban presentes unas doscientas personas que pertenecían al selecto grupo intelectual de Boston. Entre los asistentes se encontraban dos de las más prominentes figuras del estado de Massachusetts, el gobernador Edward Everett y el ministro de la Suprema Corte de Justicia, Joseph Story. La mayoría de los allí presentes eran egresados de la Universidad de Harvard, aparte de ser unitarianistas. Desde el inicio del discurso, Emerson increpó a Harvard a que no dictara los valores de una comunidad, sino que más bien coadyuvara a investigarlos. “I greet you on the re-commencement of our literary year. Our anniversary is one of hope and perhaps, not enough of labor. [...] Our day of dependence, our long apprenticeship to the learning of other lands, draws to a close”. Agregó que la educación que ahí se celebraba lo agobiaba. “The book,

the college, the school of art, [...] pin me down. They look backward and not forward. Meek young men grow up in libraries”.<sup>27</sup>

Y agrega a la frase un término que pasaría a la historia por lo que implicaba: “In the right state he is *Man thinking*. In the degenerated state, when the victim of society, he tends to become a mere thinker, or still worse, the parrot of other men’s thinking”.<sup>28</sup> Líneas adelante abunda sobre el significado de este término. “Instead of *Man thinking*, we have the bookworm, the restorers of reading, the emendators, the bibliomaniacs of all degrees. See already the tragic consequences”.<sup>29</sup> *Man thinking* [énfasis añadido] hace alusión al académico que él tenía en mente, aquel que fuera un reflejo de la verdadera experiencia americana y que, a la vez, fuera ejemplo para los ciudadanos americanos, quienes mostrarían esa realidad.

El discurso es un intento revolucionario de Emerson por darle la espalda a la tradición que imperaba en esos momentos y, a cambio, ofrecer una visión completamente nueva de lo que significaba ser americano. Es decir, Emerson le daba al académico americano la importante labor de llevar a cabo cambios que permitieran al ciudadano común tener acceso a la educación superior, un ciudadano que formara parte de la vida de la nación, que no estuviera marginado por las élites que pretendían ser las regidoras de la vida sociopolítica e intelectual estadounidense. Con esto, pensaba Emerson, se podría reflejar una realidad de lo que sucedía en el territorio y no ser simplemente una cultura trasplantada. Asimismo, este nuevo académico americano crearía algo nuevo a partir de vivencias tomadas de la vida común, que a su vez emergían del ciudadano común y que implicaban ser americano. Por su parte, Emerson realmente practicaba lo que predicaba, pues es bien sabido que se identificaba a sí mismo con la cultura popular y con todo lo que tuviera que ver con la creación individual, independientemente de la situación social o intelectual de su creador. Él pensaba que el académico debía basarse en esta cultura popular para dejar ver lo que significaba ser americano y así adquirir, por fin, una identidad propia.

The American Scholar became Man Thinking. [...] And just as Socrates defended and ultimately died for Athenian freedom without ever feeling comfortable with Athenian democracy, Emerson embraced American Liberty without feeling beholden to the institution that supported it.<sup>30</sup>

---

27 Ralph Waldo Emerson, “Nature”. En *The Essays of Ralph Waldo Emerson* (Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2001), 44.

28 *Ibíd.*, 54. Énfasis añadido.

29 *Ibíd.*, 56. Énfasis añadido.

30 Kenneth Sacks, *Understanding Emerson. The American Scholar and His Struggle for Self-Reliance* (Princeton: Princeton University Press, 2003), 15.

Es importante aclarar que el discurso iba dirigido a los unitarianistas que tenían acaparado Harvard y consideraban inamovibles las normas por ellos establecidas. Asimismo, era un grupo que tenía gran poder en el estado de Massachusetts, particularmente en Boston, y regía las normas sociales, políticas, religiosas e intelectuales de esa región. Eran marcadamente elitistas y la entrada a Harvard era prácticamente imposible para un candidato que no perteneciera a las altas esferas socioeconómicas. Todo lo anterior, según Emerson, debía ser removido con el objeto de crear una cultura netamente estadounidense. Aun cuando desde principios del siglo XIX ya se hablaba de una cultura nacionalista bien cimentada y era para ellos un orgullo el ser americano, en la realidad dicha cultura no reflejaba lo que se vivía en la nación.

Emerson narra al principio del discurso una antigua fábula que dice que el hombre se manifiesta parcialmente en cada uno de los hombres, por lo que es preciso abarcar a toda la sociedad para descubrir a un hombre completo, ya que el hombre no es un granjero, un profesor o un ingeniero, sino que es un todo. De acuerdo con la fábula, el hombre es, a la vez, sacerdote, sabio, político, soldado, etc.; pero, en la sociedad, estas funciones se distribuyen entre los individuos y cada uno de ellos se esfuerza por cumplir con su trabajo de forma particular. Sin embargo, la fábula aclara que para que el individuo se posea a sí mismo debe, en ocasiones, hacer a un lado su propia labor para albergar la de otros trabajadores porque, a partir de tanta especificidad en la división de labores, los miembros de la sociedad han sufrido una amputación tal que en su desempeño diario no son más allá de un buen dedo, un cuello, un estómago; todo menos un hombre. “Man is thus metamorphosed into a thing, into many things. The planter, who is Man sent out into the field to gather food, is seldom cheered by any idea of the true dignity of his ministry. He sees his bushel and his cart, and nothing beyond, and sinks into the Farmer, instead of Man on the farm. The priest becomes a form, the attorney a statute book; the mechanic a machine; the sailor a rope of the ship”.<sup>31</sup>

Me parece oportuno aprovechar esta cita para compararla con el texto de Crèvecoeur, “What is an American”, y con ello comprobar la transformación que opera entre el periodo previo a la Independencia (momento rural) y la tercera década del siglo XIX (momento intelectual) en cuanto a ser americano. En el texto de Crèvecoeur se hace énfasis en mostrar el perfil del granjero americano (the american farmer) y cómo al ser un emigrante europeo agradece las bondades que le ofrece este territorio y siente el orgullo de ser americano. La función del texto está construida, tanto en querer resaltar el trabajo de un

---

31 Ralph Waldo Emerson, “The American Scholar”. En *The Essays of Ralph Waldo Emerson* (Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2001), 52.



granjero que acude a este nuevo territorio porque en su lugar de origen no goza de las oportunidades que debiere tener, como en mostrar el orgullo que le permite ser un granjero americano. En ese sentido, el texto más bien define al emigrante europeo por las funciones que desempeña dentro de la sociedad. Por el contrario, “The American Scholar” hace énfasis en el valor del hombre como un todo, no solo como académico, sino como un ciudadano pensante y comprometido cuya función es la de forjar una identidad que sea digna de llamarse americana. Por lo tanto, el académico americano es el medio a través del cual el texto pretende operar los cambios para que no solo sea relevante ser americano, sino que sea un americano que ostente una identidad distinta de aquella impuesta por preceptos europeos.

Ya casi al final del discurso refuerza la labor sobresaliente que le asigna al académico americano en la sociedad: “Mr. President and Gentlemen, this confidence in the unsearched might of man belongs, by all motives, by all prophecy, by all preparation, to the American Scholar”.<sup>32</sup> Y líneas más adelante concluye diciendo: “A nation of men will for the first time exist, because each believes himself inspired by the Divine Soul which also inspires all men”.<sup>33</sup>

## Conclusiones

A partir de un análisis de los textos citados, se ha mostrado cómo la configuración de *ser americano* fue desarrollada a partir de tres momentos conceptuales aquí denominados como moral, rural e intelectual. Con ello, espero haber compartido con el lector o lectora el potencial de las herramientas metodológicas de la historia conceptual y la manera como resultan fructíferas para investigar el papel de los textos literarios y su significatividad como parte de un proceso histórico que nos interese comprender.

Aunque las fuentes principales de este capítulo son literarias, su carácter es de un trabajo de historia conceptual. Es decir, el estudio no se lleva a cabo solamente a través del análisis textual, sino que se busca entender los textos como actos lingüísticos de agentes particulares en el contexto de sus interacciones mutuas y en el marco de la sociedad en la que se encuentran. Para estudiar la evolución del concepto ser americano, recurrí de manera principal a la metodología de la historia de conceptos desarrollada por Reinhart Koselleck. Sin embargo, con el objeto de mostrar la importancia del dialogismo multidisciplinario entre la literatura y la historia de conceptos, apliqué a este análisis el estudio desarrollado por Gonzalo Capellán de Miguel denominado “Los ‘momen-

---

32 *Ibíd.*, 70.

33 *Ibíd.*, 71.

tos conceptuales”, el cual me permitió ser más precisa al investigar, interpretar y exponer el concepto ser americano en tres momentos históricos distintos.

En consecuencia, los textos literarios citados no son propiamente el objeto de estudio de este análisis, sino que son el medio a través del cual se muestra el proceso que pretendo aclarar: cómo los cambios semánticos en cada momento llevan a definir el ser americano de maneras diversas. Desde un punto de vista metodológico, resulta fructífero centrarse en un texto paradigmático correspondiente a cada momento, puesto que es posible apoyarse en el análisis literario para interpretar adecuadamente el léxico de cada texto y establecer su campo semántico. Posteriormente, la historia de conceptos permite ir más allá del texto para ver este campo semántico en acción, en el entramado de los agentes sociales. Asimismo, este análisis permite ver un hilo conductor entre los tres momentos, de manera que es posible comprenderlos como parte de un solo proceso diacrónico. En el caso particular de este capítulo, el excepcionalismo americano es el eje que le da continuidad y dirección a los cambios conceptuales y que, por lo mismo, permite comprender el proceso de construcción del ser americano que motivó la investigación en primera instancia. Al mostrar la manera como la historia de conceptos resultó una herramienta adecuada como respuesta a los retos metodológicos a los que se enfrentó mi trabajo, espero motivar a que futuras investigaciones transdisciplinarias consideren seriamente el potencial que este marco teórico les puede brindar para estudiar textos literarios en su plena significación histórica.



# Burdeles, clínicas y juzgados. Puentes entre el análisis literario y la historia de conceptos

OMAR DELGADO

## Introducción

**E**n mi trabajo de investigación doctoral analicé la manera en que se construye el arquetipo literario de la trabajadora sexual en tres novelas de autores del siglo xx que tienen como características comunes las siguientes: 1) la protagonista de la historia es una trabajadora sexual, o bien, la prostitución es un tema central dentro de la trama; 2) están enunciadas por medio de un narrador en tercera persona, y 3) problematizan el trabajo sexual en distintas épocas del siglo xx en México. Las novelas que elegí para tal efecto fueron *Santa*, de Federico Gamboa, publicada en 1903; *Los errores*, de José Revueltas, publicada en 1969; y *Nadie me verá llorar*, de Cristina Rivera Garza, publicada en 1991.

Para elaborar mi análisis utilicé algunas herramientas propias de la teoría literaria para encontrar la construcción del estilo autoral en ellas. Específicamente, hice uso de las referentes a la construcción de la voz narrativa y sus distintos niveles de enunciación y focalización de acuerdo con las teorías de Gérard Genette y la polifonía y análisis discursivo de Mijaíl Bajtín. Por otro lado, para lograr vincular la construcción del arquetipo literario con su contexto histórico, me valí de las nociones de la historia de conceptos de Reinhart Koselleck con el fin de analizar la evolución de las diversas nociones y significados que contuvo el término *prostitución* y su actuante, la prostituta.

Durante este proceso, y como parte de este, surgieron tres preguntas capitales que fue necesario contestar, o por lo menos explorar en sus potenciales respuestas: 1) ¿qué principios teóricos de la obra de Reinhart Koselleck pueden ser útiles para hacer un análisis desde lo literario?; 2) ¿puede el trabajo sexual (o prostitución) ser considerado un “concepto” desde la teoría de Reinhart Koselleck?, y 3) ¿de qué manera una novela, como obra de ficción, puede aportar elementos para un análisis historiográfico? A continuación, me propongo construir posibles respuestas a estas interrogantes.

## ¿Qué principios teóricos de la obra de Reinhart Koselleck pueden ser útiles para hacer un análisis desde lo literario?

La historia conceptual tiene como su materia de estudio las construcciones lingüísticas que fueron capaces de regir o determinar la historia de los hechos y los actos, a tal grado que su sola evolución fue determinante en la experiencia histórica de un periodo en particular. Koselleck define los conceptos de la siguiente manera:

Los conceptos son, pues, concentrados de muchos contenidos significativos. Los significados de las palabras y lo significado por ellas pueden pensarse por separado. En el concepto concurren significaciones y lo significado, al pasar a formar parte de la polivocidad de una palabra la pluralidad de realidad y de experiencia históricas, de tal modo que sólo se comprende en el sentido que recibe esa palabra. Una palabra contiene posibilidades de significado, un concepto unifica en sí la totalidad del significado. Así, un concepto puede ser claro, pero tiene que ser polívoco.<sup>1</sup>

El concepto es algo mutable, vivo, que va enriqueciéndose y enriqueciendo la experiencia humana y que, sobre todo, en su calidad de fenómeno lingüístico es determinante al momento de delimitar la realidad, de normarla, de legislarla: “Un concepto no es sólo indicador de los contextos que engloba, también es un factor suyo. Con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también, límites para la experiencia posible y para la teoría concebible”.<sup>2</sup>

El erudito alemán le atribuye a su noción de concepto tres características: *la polisemia*, es decir, la multiplicidad de significados en un mismo significante,

---

1 Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993), 117.

2 *Ibíd.*, 118.

lo cual ocasiona una “multiplicidad en tensión permanente”.<sup>3</sup> Dicha multiplicidad debe provenir no solo de los diversos significados que pueda contener un concepto, sino de la naturaleza temporal y evolutiva de estos, es decir, de su capacidad de modificarse a lo largo del tiempo. A esta naturaleza se le llama “multiplicidad onomástica”.<sup>4</sup> La segunda característica se define como *espacio de experiencia*, que hace referencia al conjunto de usos pasados y presentes de dicho concepto a lo largo de la historia. En palabras de Koselleck: “La experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro. Las categorías son adecuadas para intentar descubrir el tiempo histórico también en el campo de la investigación empírica, pues enriquecidas en su contenido, dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político”.<sup>5</sup>

Por otro lado, el *horizonte de expectativas*, la tercera característica de un concepto, es su capacidad de proyectarse en su evolución hacia el futuro. Nuevamente, cito al erudito alemán:

la experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. En la experiencia se fusionan tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento que no deben, o no debieran ya, estar presentes en el saber [...]. Algo similar se puede decir de la expectativa: está ligada a personas, siendo a la vez impersonal, también la expectativa se efectúa en el hoy, es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir.<sup>6</sup>

Por último, y en concreto para los fines de este capítulo de mi trabajo de investigación, consideré indispensable explorar las nociones de semántica política que Koselleck expone en el décimo capítulo de *Futuro pasado*, especialmente la noción de *conceptos contrarios asimétricos*. Para el autor alemán, el acto discursivo de calificar es esencial para la sociabilidad cotidiana de los hombres, ya que es un mecanismo indispensable para la formación de identidad individual y grupal. Sin embargo, en el caso del discurso político, el acto de calificar al otro también implica un acto de poder porque a partir de él se construye para el grupo no solo una identidad colectiva que se traducirá en acción, ya que

---

3 Alejandro Cheirif Wolosky, “La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck”, *Historiografías: revista de historia y teoría*, n.º 7 (enero-junio, 2014): 89.

4 *Ibíd.*

5 Reinhart Koselleck, *Futuro pasado...*, 337.

6 *Ibíd.*, 338.

un “grupo nosotros” sólo puede convertirse en una unidad de acción eficaz políticamente mediante conceptos que contienen en sí mismos algo más que una simple descripción o denotación. Una unidad social o política de acción se constituye sólo mediante conceptos en virtud de los cuales se delimita y excluye a otras, es decir, en virtud de los cuales se determina a sí misma.<sup>7</sup>

Una construcción conceptual que “mueva a la acción” solo puede elaborarse a partir del moldeado de un otro indeseable, de un *no-deber-ser* en el cual el grupo social pueda construir su identidad en el contraste con un otro que contiene todas las características extrañas e indeseables. Como ejemplos de estos conceptos contrarios asimétricos pueden citarse las dicotomías hereje/católico, pagano/cristiano y bárbaro/heleno. Koselleck define estas construcciones como asimétricas porque son unilaterales, pues no conceden derecho de réplica y, como contrarias, justamente crean sistemas de antónimos que sirven para contrastar el yo-virtuoso-civilizado con el otro-malvado-salvaje.

Expuestas algunas de las ideas fundacionales de la teoría de Koselleck, surge entonces otra cuestión: ¿cómo podemos incorporarlas al estudio de una obra literaria? En primer lugar, habremos de recordar que la filología es el tronco del que derivan tanto la historia conceptual como el análisis literario, así que, más bien, lo que debemos de cambiar es el enfoque: la novela será no únicamente un artefacto narrativo con pretensiones estéticas, sino también un discurso alegórico-político en el que el autor, en su calidad de persona histórica, establece ideologías y valores de manera consciente e inconsciente a través de los mecanismos de estilización del relato. La voz narrativa, el mediador entre la diégesis y el lector, será también la encarnación de esos valores colectivos que conforman parte de la subjetividad del autor; y la otredad estará representada por las entidades plasmadas dentro de su obra. Concretamente, la otredad será tanto la trabajadora sexual en su naturaleza de personaje, como el ejercicio de la prostitución, misma que el personaje protagónico encarna de manera performativa.

Expuesto lo anterior, y con base en las herramientas teóricas presentadas anteriormente, me dispondré a analizar, en primer lugar, la manera en que la idea del trabajo sexual, o prostitución, evolucionó en los discursos sociales del México del siglo XIX y principios del XX; posteriormente, haré la comparación entre este panorama y lo contenido en *Santa*, novela de Federico Gamboa que fue publicada en 1903 y que sintetiza justamente esta serie de nociones con respecto al comercio de la carne.

---

7 Ibid., 206.



## ¿Puede el trabajo sexual (o prostitución) ser considerado un “concepto” desde la teoría de Reinhart Koselleck?

A lo largo del siglo XIX, la mayoría de las sociedades occidentales generaron una serie de discursos sociales que justificaban la existencia y utilidad del trabajo sexual más allá de la condena que ejercían las instancias religiosas y morales. Estos discursos *legitimadores* se pueden dividir en dos vertientes principales: la sanitaria y la legal. Ambas se alimentaban de la filosofía política que influyó a gran parte de los proyectos de Estado nacionales que surgieron en la época: el positivismo. La sexualidad en lo general, y el sexoservicio en lo particular, se convirtieron en objeto de regulación por parte de las instancias del poder político. Estos mecanismos invocaban una razón “científica”, basada muchas veces en postulados poco o nada comprobados empíricamente, aunque “cimentados” en teorías e investigaciones provenientes de las ciencias exactas.

En 1827, el doctor Alexandre Jean Baptiste Parent-Duchâtelet publicó un estudio titulado *Memorias sobre la higiene*, en él, profundizó sobre el fenómeno del trabajo sexual, su crecimiento y circunstancias, tanto en París como en otras ciudades europeas. Esta misma investigación, enriquecida y complementada, fue publicada en 1836, apenas unos meses después de la muerte del autor, con el título *De la prostitution dans la ville de Paris, considérée sous le rapport de l'hygiène publique, de la morale et de l'administration*, desarrollando así el problema del comercio sexual dentro de la sociedad francesa. Parent-Duchâtelet estaba preocupado por el aumento de población en París y en otras urbes; y, por supuesto, preocupado por sus consecuencias en lo referente a insalubridad, hacinamiento y lo que él entendía como “promiscuidad”. Por lo anterior, en sus labores como médico se dedica a estudiar las relaciones entre las epidemias, la falta de higiene y el comercio sexual en las ciudades. En una conferencia sobre el médico y su obra, el profesor Francisco Vázquez García señala que su “labor como explorador prostitucional se inscribe en una preocupación obsesiva por convertir a la capital francesa en un espacio sano y apacible. Se trataba ante todo de evitar el amontonamiento de basura, de excrementos, de carne cadavérica, que derivaba en insanos atascos y en la difusión de vapores insalubres”.<sup>8</sup>

En *De la prostitution* el médico galo equipara el oficio de las prostitutas al de los sistemas de desagüe de las grandes capitales europeas, otorgándole la función de “purgar” los impulsos eróticos más perniciosos al grupo social con

---

8 Ana Remón Rodríguez, Rosa María Toribio Ruiz y Francisco Vázquez García, *De la prostitution dans la ville de Paris... Par Alexandre Parent Duchâtelet. Paris, 1857* (Cádiz: Universidad de Cádiz, Biblioteca, 2015), 11.

el fin de que dichos impulsos no devinieran en conductas que él consideraba aún más dañinas. Entre las conductas abiertamente indeseables incluyó el estupro, el adulterio, la violación o la pedofilia, a las cuales condenó, no por motivos morales ni éticos, sino debido a que eran las que podían corroer a la institución familiar, base de la sociedad heteronormada ideal. Es por eso que el médico galo “contemplaba la prostitución como una verdadera función social del organismo urbano; adecuadamente gestionada podía servir de exutorio para dos de los principales males que se derivaban del sexo descontrolado: las enfermedades venéreas y la seducción “Para la ciudad, el sexo es una causa de perturbaciones cuya válvula excretora es la prostitución”.<sup>9</sup>

Las ideas de Parent-Duchâtelet fueron retomadas décadas después por los urbanistas y legisladores que intentarían ordenar el trabajo sexual en la ciudad de México. Uno de los primeros esfuerzos en tal sentido se da en 1865, cuando se articula el primer intento importante por regular el comercio sexual en este país. Durante el Segundo Imperio mexicano (1863-1867), Maximiliano de Habsburgo ordena realizar un registro y clasificación de las mujeres que ejercían la prostitución en las principales ciudades del país; tal registro incluía una imagen fotográfica, el nombre de la mujer,<sup>10</sup> la “clase” a la que estaba asignada y sus datos generales. El hecho de que se incluyeran las fotografías de las mujeres registradas —una tecnología costosa y de difícil acceso en esa época—, puede dar una idea de la importancia que tuvo para el austriaco y sus funcionarios la reglamentación del sexoservicio. A partir de ese momento, y a pesar de las alternancias subsecuentes en el gobierno, continuaron los esfuerzos por controlar el comercio sexual.

Algunos años después, ya con la república restaurada, en 1871, se instauró el Consejo Superior de Salubridad de la Ciudad de México, el cual expidió un *Reglamento de Prostitución*, inspirado en el de 1865 y que aportó al tema la clasificación de los lugares de prostitución en burdeles de primera, segunda y tercera clase. Sin embargo, conforme se expandía la metrópoli, también lo hacía el número de mujeres que se dedicaban al comercio sexual, por lo que las autoridades se vieron en la necesidad de establecer políticas mucho más formales y consolidadas. Este reglamento tuvo sus adendas y modificaciones en 1876, 1881 y 1888 hasta que, finalmente, en 1898, el doctor Manuel Alfaro, quien posteriormente sería el encargado de la salubridad de la capital, promulgó su *Reglamento de Prostitución en México*, el cual estaba basado en una actitud de relativa tolerancia hacia el fenómeno. Cristina Rivera Garza, en su tesis docto-

---

9 *Ibíd.*,12.

10 Hay que señalar que en estos primeros intentos de regulación se ignoró totalmente la existencia de la prostitución masculina.

ral *The Masters of the Streets. Bodies, Power and Modernity in Mexico, 1867-1930*, sintetiza lo estipulado por Alfaro de la siguiente manera:

The *reglamento*, however, lacked a concrete definition for prostitution. In the first article of this document, a prostitute was, tautologically, a woman whose profession was prostitution. Nevertheless, they divided prostitutes according to the places they lived. The *publicas* inhabited a house of prostitution or *casa pública*; the *aisladas* or isolated lived by themselves and attended a hotel or lodging house, *casa de paso*, to perform their trade. The establishment of three different classes of prostitutes further differentiated both *públicas* and *aisladas* according to the category of the clientele, the location of their place of work and the fees they charged. In addition, prostitutes of different classes were not to be mixed in the same place. The *matrona* or women in charge of the house of prostitution paid monthly fees for each woman, \$8 pesos for prostitutes of the first class, \$5 pesos for those of the second class and \$3 pesos for the third class. The *aisladas* paid an enrollment fee of \$10, \$5 and \$2 and \$1 pesos respectively.<sup>11</sup>

El reglamento de Alfaro, aunque sufrió modificaciones en años subsecuentes, fue la base para las reglamentaciones que estuvieron vigentes en la ciudad de México por lo menos hasta la década de 1920, momento en que comienza a predominar el enfoque prohibicionista.

En 1874, otro médico, el doctor José María Reyes, inspirado también tanto en la obra de Parent-Duchâtelet como en el registro ordenado por Maximiliano I, publica su *Estudio de la higiene social sobre la prostitución en México*, que postula la necesidad de una regulación más rígida al trabajo sexual y de un control a las mujeres que ejercían dicho oficio. Reyes alertaba de los males que su prohibición detendría, ya que servía como un dique para males aún mayores, como lo expone la antropóloga Fernanda Núñez Becerra:

Para la conservación de la especie humana, escribe el doctor Reyes, tanto las leyes civiles como las religiosas han santificado el matrimonio y condenado la prostitución que no es más que placer material despojado de las afecciones morales; es la degradación del hombre... Ya que muchos —afirma horrorizado— llegan a la masturbación y entre los más ignorantes al vicio de la pederastia y aún el de la bestialidad, depravaciones que comienzan temprano, cuando se sienten los primeros síntomas de aptitud viril; y si el incauto (mal educado y pobre, ciertamente) trata de multiplicarlas por medio del onanismo, esto

---

11 Cristina Rivera Garza, "The Masters of the Streets. Bodies, Power and Modernity in Mexico, 1867-1930" (tesis doctoral, University of Houston, 1995), 39.

repercutirá en su salud ya que este vicio asqueroso y repugnante conlleva irremediablemente a la impotencia precoz y a la tisis.<sup>12</sup>

Es de notar el papel central de la sexualidad masculina mal encauzada —con prácticas que Reyes considera deleznable— como motivo de su tolerancia al trabajo sexual. Nuevamente, resalta la importancia de la virilidad y la capacidad de procreación del joven como un recurso que hay que cuidar: la descendencia, la familia y la producción de hijos sanos que serán futuras piezas en la maquinaria social representan el centro de su preocupación.

Pocos años después, en 1888, el también médico Francisco Güemes hace un estudio pormenorizado del estado del problema para luego publicar *Algunas consideraciones sobre la prostitución pública en México*. La postura del doctor Güemes es mucho menos tolerante que la de Reyes, culpabilizando a la prostituta de todas las consecuencias funestas que su modo de vida podía acarrear a la patria. En su ya citado estudio, Núñez Becerra deja clara la postura de Güemes:

Para él, la prostitución es una repugnante herida social y la prostituta un ser abyecto que instiga a los hombres con objeto de entregarse a ellos por dinero; al ser un peligro para la moral y la salud pública la policía tiene el deber de reprimir y vigilar. Pero afirmaba que la prostitución era un mal mil veces preferible, con todo y su fango y su vergüenza, ya que era el único freno a la masturbación, que era un horroroso pecado de higiene, un atentado contra la especie, peligroso para el individuo, deplorable para la familia y la sociedad.<sup>13</sup>

En los documentos médicos de la época —los mismos que analiza y cita Núñez Becerra—, hay un cambio en la representación discursiva del trabajo sexual, mismo que, luego de ser considerado un *mal vergonzoso pero necesario* paulatinamente se fue considerando un *delito pernicioso que ponía en riesgo a la sociedad*. A lo anterior contribuyeron, en primer lugar, el aumento en la diseminación de las enfermedades venéreas en las grandes ciudades durante las últimas décadas del siglo XIX, consecuencia tanto del aumento de la población en general como del número de mujeres dedicadas al oficio de la prostitución; y, en segundo lugar, la criminalización del oficio sexual en el discurso legal. La prostituta pasó de ser un *elemento de contención sanitaria* a ser una criminal.

El jurista mexicano Carlos Roumagnac, cuyas ideas inspiraron gran parte de las posturas contra el crimen en los primeros años del siglo XX, escribió un tratado titulado *Los criminales en México*, inspirado en el trabajo de Cesare Lom-

---

12 Fernanda Núñez Becerra, *La prostitución y su represión en la Ciudad de México (siglo XIX). Prácticas y representaciones* (Barcelona: Gedisa, 2002), 42.

13 *Ibíd.*, 43.

broso. En él afirma que, además de la predisposición genética, la clase social actúa como determinante para la conducta criminal. “El crimen es, para él, consecuencia ineludible de la condición personal y social de nuestro pueblo bajo, compuesto totalmente por elementos degenerados por la herencia morbosa y agotados por el alcoholismo y la miseria”.<sup>14</sup>

Desde la trinchera del discurso sanitario, fue el médico Luis Lara y Pardo, por medio de su libro *La prostitución en México* (1908), quien defendió la postura prohibicionista, basada en la representación discursiva de la prostituta como delincuente congénita. La aportación más trascendente del autor es su intento por resignificar el término prostituta, asociándolo a los de fama pública, venalidad, notoriedad, promiscuidad e insalubridad. Para él, en este concepto caían no solo las mujeres que recibían un pago por acceder a un intercambio erótico, sino también aquellas que ejercieran su libertad sexual; todas ellas representaban un peligro para la sociedad en su conjunto, por lo que debían ser perseguidas por los aparatos del Estado.

En resumen, durante el siglo XIX el problema de la prostitución desde las instancias del poder estuvo determinado de manera predominante dentro del campo semantizado de lo sanitario, y en específico, a la noción de lo patológico. Lo anterior se aprecia ya en el trabajo de Parent-Duchâtelet, en el que coloca el concepto de prostitución adyacente a los de “enfermedad” y “suciedad” y contrapuesto al de “higiene”. Los trabajos de Alfaro, Güemes y Lara basaron su conceptualización en esas mismas conexiones semánticas, aunque con diversos acercamientos al campo semántico de lo punitivo/criminal. Como ya se abordó en páginas atrás, esta resemantización se realiza en dos vertientes: la enfermedad vista como “padecimiento del alma” o como predisposición que ciertas mujeres tenían como consecuencia de su clase social, de su carga hereditaria o incluso de su fenotipo.

Alrededor de la segunda mitad del siglo XIX, y basado en la relación semántica *prostitución-enfermedad*, se articuló un aparato discursivo que, si bien justificaba la existencia del fenómeno, también lo subordinaba a instancias de poder cuya intervención atenuara sus riesgos: el control sanitario, ejecutado por el aparato de salubridad del Estado, se encargaba de la revisión periódica de las mujeres del oficio y de su tratamiento en caso de detectárseles algún padecimiento venéreo; y el control administrativo registraba, clasificaba, asignaba a las prostitutas en locales controlados y las sancionaba en caso de que transgredieran el reglamento vigente. Para construir esta relación, recordemos la noción que hace Koselleck del concepto contrario asimétrico: los enunciantes del discurso (en este caso, doctores e higienistas), construyen la noción de la

---

14 *Ibíd.*, 39.

otredad (la prostitución) colocándose como paradigma de la noción de lo civilizatorio, lo limpio, lo sano y, por supuesto, lo masculino. La prostitución y, por consiguiente, la prostituta como actuante, se situarán en el extremo conceptual opuesto: lo sucio, lo enfermo, lo primitivo... Lo femenino.

Esta percepción del trabajo sexual fue modificándose conforme se recrudecía la diseminación de enfermedades venéreas, en lo general, y la sífilis, en lo particular. Para las instancias del poder, las prostitutas se convirtieron en las únicas responsables del aumento de casos de dichos padecimientos. Así, en los últimos años del siglo XIX, la noción de trabajo sexual ya no se construía alrededor del campo semántico de la *enfermedad* sino al del *delito*, trasladándose del campo semántico sanitario-preventivo al legal-punitivo. Las prostitutas quedan así en la misma categoría judicial que los asesinos y los sabotadores. Ahora, en la lógica del concepto contrario asimétrico, quienes construyen el discurso no eran médicos ni personal sanitario, sino abogados, constructores de leyes, los creadores del nuevo Estado revolucionario. Así, la contraposición sería lo civilizado / lo legal / lo masculino versus lo primitivo / lo ilegal / lo femenino. Este cambio de paradigmas no solo se percibió en los discursos sociales que problematizaban el trabajo sexual, sino también en las obras literarias que lo hacían su tema principal. El caso más representativo en la literatura mexicana fue la novela *Santa*, del autor Federico Gamboa, publicada en 1903.

## ¿Las características de una novela, como obra de ficción, pueden aportar elementos para un análisis historiográfico?

En este punto me permito formular una hipótesis: a partir del discurso literario *Santa*, novela escrita por Federico Gamboa, construye una representación de la praxis del trabajo sexual consecuente con el dispositivo discursivo que normaba la prostitución a finales del siglo XIX y principios del XX en México.

Para demostrar lo anterior, por principio de cuentas, hay que señalar que Gamboa escribe su novela más célebre entre 1901 y 1903, justo cuando la actitud social hacia el comercio sexual fluctuaba entre la permisividad y la prohibición. Esta tensión se hace evidente a lo largo de la novela, en la que la voz narrativa liga el oficio de la prostitución tanto al concepto de enfermedad como al de crimen.

Por ejemplo, en la siguiente cita, presente en el capítulo I de la mencionada novela, es posible apreciar el momento en el que Santa, aún inocente, es examinada por los médicos del ayuntamiento como parte de los requisitos que tenía que cubrir para entrar a la casa de Elvira, la proxeneta que la recluta en el oficio:

Acostada en la cama que le dieron por suya —una cama matrimonial, de bronce, con mullidos colchones y más dorados en columnas y barandales que la capilla de su pueblo; abriéndole la cabeza una jaqueca tremenda, que la obligó a permanecer dos horas sin despegar los ojos—, no recordaba lo que los médicos le habían dicho cuando el reconocimiento, que al fin efectuaron después de excepcional insistencia; [...] Del reconocimiento en sí, nada; que la hicieron acostarse en una especie de mesa forrada de hule algo mugriento; que la hurgaron con un aparato de metal y... nada más, sí, nada más... [...] Lo que sí recordaba a maravilla era que al incorporarse y arreglarse el vestido, los doctores la tutearon y aun le dirigieron bromas pesadas, que provocaban grandes risas en Pepa y enojos en ella, que desconocía el derecho de estos caballeros para burlarse de una mujer...<sup>15</sup>

En esta escena son notables tres detalles: 1) que la inspección es efectuada fuera de la casa de citas donde Santa habita; 2) que el gabinete donde ocurre es un lugar insalubre y sin higiene; 3) que la revisión ginecológica era un acto público donde estaban presentes dos doctores y un enfermero, además de Pepa, la cuidadora de la muchacha, lo cual sugiere que el acto es, más que un procedimiento médico, un requisito legal que requería de validación y testigos. Por supuesto que toda la acción muestra el nulo control que tiene Santa sobre su propio cuerpo, su calidad de no-persona, de objeto a ser medido, pesado y validado por una instancia de poder para el uso y disfrute de otros.

En esta primera aparición de los médicos, estos establecen la prevalencia del discurso sanitario-científico como componente normativo del comercio sexual, y lo hacen a partir del control que ejercen sobre el cuerpo de Santa, de su intimidad, misma que es tratada ya no como parte de ella, sino como un insumo al servicio del Estado. Santa ha dejado de ser un individuo para convertirse en este dispositivo por el cual los hombres de la época purgarán sus pasiones más dañinas y, por lo mismo, deberá ser analizada, registrada y normada por los funcionarios encargados de la sanidad de los ciudadanos. Aquel pasaje no es sino la escenificación de lo que establecía el reglamento escrito por Manuel Alfaro.

Más adelante, en la novela, aparecen nuevamente los representantes del brazo represor del Estado: los inspectores de salubridad, encargados de visitar las casas de mala nota y detectar cualquier irregularidad; especialmente las relacionadas con pupilas con síntomas de enfermedad. El narrador describe a los funcionarios judiciales con evidente desagrado: “Son los “Agentes de Sanidad” el último peldaño de la pringosa escala administrativa. Estriban sus atribuciones principales en perseguir la prostitución subrepticia y vigilar que las sacerdotisas de la prostitución reglamentada municipalmente, cumplan con una porción de capítulos, dizque encaminados a salvaguardar la salud de

---

15 Federico Gamboa, *Santa* (Barcelona: Talleres Araluze, 1903), 22-23.



los masculinos de la comuna”.<sup>16</sup> Estos funcionarios, a diferencia de los médicos, sí cuentan con potestades punitivas. Pueden mandar a clausurar un establecimiento si no cuenta con los requisitos señalados por la ley o suspender e internar a cualquier prostituta —o a cualquier mujer que señalen como tal— que consideren un “riesgo sanitario”. Gamboa lo especifica con claridad:

Y como a la vez disfrutaban de cierto carácter de policías, es de admirar, en lo general, el sinnúmero de arbitrariedades que ejecutan, los abusos y hasta las infamias que suelen cometer a sabiendas, arreando a la prevención con señoritas honestas, pero desvalidas y mal trajeadas que resultan inocentes del horrendo cargo de prostitutas, y a quienes se despide con un “Usted dispense”, que vale oro.<sup>17</sup>

Los funcionarios pasan revista a todas las mujeres que trabajan en la casa de Elvira y, al encontrar síntomas de enfermedad en Santa, no dudan en llevarla a la comisaría a pesar de los esfuerzos de la *matrona* por corromperlos. Por los registros mencionados en el trabajo de Núñez Becerra, el procedimiento real era muy parecido al que se representa en *Santa*. Hay que señalar que, si bien los funcionarios son fáciles de corromper, en todos los discursos la responsabilidad principal del acto de cohecho, con toda su carga ética y legal, recae en la trabajadora sexual. En estos fragmentos, y en las escenas que transcurren en los juzgados, se articula el binomio semántico *prostitución-delito*. El cuerpo de Santa, y de las demás prostitutas, ya no es solo el elemento por el cual se desfogarán los impulsos sociales, también encarnará un riesgo sanitario, un foco de infección ambulante con capacidad de diseminar enfermedades venéreas.

Por último, en la novela de Gamboa está presente el discurso criminalístico lombrosiano que atribuía a los criminales —y a las trabajadoras sexuales— un destino inherente e inmutable, consecuencia de su clase social y su herencia genética. Para estos teóricos, el pobre tenía una propensión natural a la conducta delictiva e inmoral y, por mucho que se esforzara, no podía escapar de sus impulsos. Por ello, la lógica del determinismo social se presenta una y otra vez en las páginas de la novela, justificando las acciones de Santa como “parte de su naturaleza”. Ejemplo de lo anterior es la descripción que de la protagonista hace el narrador luego que se aclimata a su nueva condición de prostituta:

Santa embellecióse más aún; los excesos y desvelos, cual diabólicos artífices empeñados en desatinada justa, en vez de arruinar sus facciones, hermoseábanlas a ojos vistas, que hasta las palideces por el no dormir y las hondas ojeras por el tanto pecar, íbanle de perlas a la campesina. Lo que sí perdía, y

---

16 *Ibíd.*, 178.

17 *Ibíd.*

a grandísima priesa por desgracia, era el sentido moral en todas sus encantadoras manifestaciones; ni rastros quedaban de él; y por lo pronto que se connaturalizó con su nuevo y degradante estado, es de presumir que en la sangre llevara gérmenes de muy vieja lascivia de algún tatarabuelo que en ella resucitaba con vicios y todo.<sup>18</sup>

En los ejemplos anteriores, es posible apreciar cómo se representan, desde el discurso literario, los mecanismos discursivos de control con que las instancias de poder actuaban en contra de las mujeres dedicadas a la prostitución. Hay una clara resonancia de los registros históricos y legales de la época con la diégesis de *Santa* que dota de verosimilitud a la novela, a la vez que justifica la actitud social que mantenía a la trabajadora sexual en un estatus de marginación simbólica y real.

A lo largo de la novela, es constante la asociación semántica del oficio de Santa con elementos relacionados con la enfermedad, la fealdad, la deformidad y la muerte. Por otro lado, para el ideario positivista, la propensión al crimen y a la prostitución de los miembros de cierta clase social era algo hereditario e ineludible, lo cual es mostrado en la novela de manera plástica, casi tangible. Gamboa lo muestra con largueza en el siguiente fragmento, cuando explica la transformación de Santa de una inocente muchacha de campo a una prostituta de alcurnia:

Lo que sí perdía, y a grandísima priesa por desgracia, era el sentido moral en todas sus encantadoras manifestaciones; ni rastros quedaban de él; y por lo pronto que se connaturalizó con su nuevo y degradante estado, es de presumir que en la sangre llevara gérmenes de muy vieja lascivia de algún tatarabuelo que en ella resucitaba con vicios y todo. Rápida fue su aclimatación, con lo que a las claras se prueba que la chica no era nacida para lo honrado y derecho.<sup>19</sup>

Este fragmento tiene su correspondencia en algunas partes de los informes médicos y legistas de la época. Por ejemplo, Francisco Güemes, en su libro sobre la prostitución pública en México, argumenta que las causas principales de que una mujer opte por el trabajo sexual son la pereza y la ambición: “Mujeres hay tan jóvenes como hermosas a quienes horroriza el trabajo honrado. Odian la pobreza y retroceden ante la idea de ser mujeres de un obrero, la sola perspectiva de llevar una vida humilde las pone nerviosas; sueñan con la fortuna de Asparia, su imaginación ardiente hace real su dorado sueño, deslumbrar y ofuscar a las amigas y rivales: si es este estado moral las sorprende la miseria

---

18 *Ibíd.*, 85.

19 *Ibíd.*

no diremos que corren, sino que vuelan a venderse”.<sup>20</sup> Estas razones coincidirán con las que, en 1879, consignará el doctor Nicolás Arellano en una encuesta que hace a seiscientas mujeres del oficio en las Oficinas de la Inspección Sanitaria acerca de las razones que las llevaron a prostituirse, a saber: a) La seducción por parte de un amante que luego las había abandonado, o una serie de abandonos por parte de subsecuentes enamorados que las habían orillado a prostituirse; b) la miseria ocasionada por la falta de amor al trabajo o por la dificultad para conseguirlo; c) la migración de las muchachas del campo a la capital, misma que se llevaba en condiciones precarias que las obligaban a conseguir dinero a cualquier costo; d) el maltrato de los parientes y las malas influencias del entorno; e) el deseo de lujos y el temor a la precariedad y la escasez.<sup>21</sup>

En *Santa*, el binomio semántico dominante es el de *prostitución-enfermedad*, que de manera nada sutil le otorga una naturaleza patológica a cualquier ejercicio de sexualidad femenina que transgreda las normas del deber-ser. En el capítulo II, una joven e inocente Santa es presentada en toda su plenitud y salud, misma que es quebrantada cuando, luego de ser seducida por el militar Marcelino Beltrán, sufre un aborto espontáneo:

Fue un rayo. Un copioso sudar; un dolor horrible en las caderas, cerca de las ingles, y en la cintura, atrás; un dolor de tal manera lacerante que Santa soltó la cuerda, lanzó un gran grito y se abatió en el suelo. Luego la hemorragia, casi tan abundosa y sonora como la del cántaro, roto al chocar contra las húmedas paredes del pozo.<sup>22</sup>

A Santa el “pecado” le duele, la desgarrar por dentro. Gamboa une así a nivel simbólico la transgresión sexual de la muchacha con el desgaste físico. Esta correlación se presentará a lo largo de la obra *in crescendo*, mostrando cómo el organismo de Santa se va deteriorando —aún antes de que se manifieste la enfermedad que terminará matándola— conforme avanza en el oficio del trabajo sexual. Se manifiesta primero en el capítulo II de la segunda parte, cuando la rozagante muchacha tiene que comparecer ante la corte por el asesinato de un parroquiano en el local de Elvira: “Inopinadamente atacó a Santa un escalofrío agudo. Se echó a temblar sin poder reprimirse, no obstante los esfuerzos y abrigos que solicitó”.<sup>23</sup> El malestar se vuelve intenso al regresar a la casa de citas, donde “el escalofrío la agitaba demasiado, a pesar de la montaña de cobertores

---

20 Citado en Fernanda Núñez Becerra, *La prostitución...*, 69.

21 Fernanda Núñez Becerra, *La prostitución...*, 70.

22 Federico Gamboa, *Santa*, 77.

23 *Ibíd.*, 292.

y colchas que resistía. La calentura, alta, tenía sumida en densa modorra”.<sup>24</sup> Las compañeras de Santa no son indiferentes a su dolencia; sin embargo, no es compasión lo que sienten, sino temor supersticioso, lo cual establece el puente simbólico entre enfermedad del cuerpo y enfermedad del alma: “sintiéndose todas expuestas a eso, a que un vientecillo traicionero y suave, u otro motivo infinitamente pequeño, las enferme cuando menos se piensa y, por desamparadas, por rameras y por despreciables, nadie de verdad se duela de ellas...”<sup>25</sup> Conforme avanza la historia, la enfermedad se manifiesta en toda su crudeza. “Santa sentíase atacada de insidioso mal venido a luz con la pulmonía. Síntomas alarmantes y raros, unas hemorragias atroces, escoltadas de pesantez en el abdomen, dolorosa irradiación en los riñones y los muslos, en el perineo y las ingles...”<sup>26</sup> El narrador entonces comenzará a asociar el nombre de la protagonista con términos propios de lo enfermizo y lo sucio: “cutáneo sarpullido”, “continuo prurito”, “toalla nauseabunda”, “su espléndido cuerpo donde no anguloso, hinchado, convertido en ruina, en despojo y en harapo”.<sup>27</sup> Al final, la dolencia de Santa, un cáncer cérvico uterino,<sup>28</sup> termina por arrebatarse la vida en una escena especialmente dramática: ella es sometida a una operación de emergencia y muere en la plancha de operaciones. Queda así la asociación conceptual asentada: el oficio de la prostitución asociado a la enfermedad, y la ciencia como cura necesaria para su extirpación.

## Conclusiones

Entablar un concubinato entre la historia de conceptos y el análisis literario puede sonar artificioso, incluso podría representar un esfuerzo destinado al vacío. Sin embargo, es posible realizarlo en algunas obras literarias en específico, o bien en obras que abordan determinados temas trascendentes para la sociedad. Esto se puede lograr articulando las herramientas y metodologías que ambas disciplinas tienen en común.

---

24 *Ibíd.*, 300.

25 *Ibíd.*

26 *Ibíd.*, 317.

27 *Ibíd.*, 344, 345, 346.

28 Llama la atención que Gamboa no haya acudido a la sífilis —enfermedad que en el momento de la producción de la novela ocasionó acalorados debates— como causa de la decadencia y deceso de su personaje. Sin embargo, tuvo una intuición afortunada: el cáncer cervicouterino es casi siempre ocasionado por el virus del papiloma humano, una enfermedad de transmisión venérea.

En primer lugar, habrá que tocar el *tema*<sup>29</sup> de una obra literaria. El tema en *Santa* es la prostitución, y su autor desarrolla la noción que tiene de dicho oficio por medio de la anécdota del personaje protagonista. Si pensamos en este artefacto narrativo, también como un discurso político de Federico Gamboa, en el cual toma una postura moral y ética del fenómeno, misma que refleja en la historia de la desdichada muchacha de Chimalistac, entonces podemos afirmar que, en este caso en particular, Gamboa construye la diégesis en una relación contraria asimétrica que puede verse desde la perspectiva de Koselleck.

La obra está narrada por una entidad narrativa que entabla una relación de contraste con respecto a la protagonista y al tema que ilustra. En *Santa*, el narrador está enunciado en tercera persona, es heterodiegético y omnisciente, por lo que se edifica como una entidad todopoderosa que va dando fe de las acciones, pensamientos y sufrimientos de los personajes. Su discurso, además de construir el sentido de lo narrado, crea para sí mismo un deber-ser, es decir, se erige como esta conciencia que, sin intentar ser empática con *Santa*, se conduce de ella desde su posición contraria. El narrador es, en sí mismo, la representación de la voz social positivista/ higiénica/ reglamentada/ racional/ masculina/ progresista que se opone al mundo de *Santa*. La prostitución y su entidad actuante, *Santa*, quedan como lo opuesto a lo que representa la entidad narrativa: lo salvaje/ patógeno/ anárquico/ emocional/ femenino/ retrogrado, es decir, todo lo que había que dejar atrás según la episteme vigente en la sociedad (por lo menos en las instancias de poder) en la época en la que Federico Gamboa ideó y escribió su novela más célebre. Así pues, la pura enunciación del relato en *Santa* es ya una proclama política de la que pueden extraerse una serie de nociones que coincidirán —o quizá colisionarán— con el concepto de prostitución y prostituta vigentes en ese entorno social.

En segundo lugar, y hablando de la noción de trabajo sexual (o prostitución), vemos que, si bien quizá no tiene el peso referencial e histórico que Koselleck le da a su idea de concepto, sí participa de las características que el erudito alemán considera inherentes a ella: la noción de prostitución es polisémica, pues adquiere distintas valencias semánticas en el transcurso del tiempo y estas pueden expresarse por medio de las diadas de significado *prostitución-pecado*, *prostitución-enfermedad* y *prostitución-delito*, mismas que representan las transiciones de la representación de este oficio en los discursos sociales del siglo XIX. Esta cualidad polisémica sincrónica dota dicha noción tanto de un espacio de experiencia como de un horizonte de expectativa gracias a su naturaleza viva y adaptable a los cambios en las ideologías de una sociedad.

---

29 Tema o motivo, según definición de Helena Beristáin, es la “Unidad sintáctico-temática de análisis, pues contiene un fragmento de material temático que coincide con la proposición”. Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética* (Ciudad de México: Editorial Porrúa, 2005), 350.

Si bien al hacer el análisis de la noción de prostitución desde su evolución temporal queda manifiesto su carácter diacrónico, al vincularlo con una obra narrativa como *Santa* se establece que esta última “captura” las ideas de un momento histórico relativamente acotado, por decirlo de alguna manera, las inmoviliza como si fueran un insecto en una gota de ámbar. La novela de Gamboa representa, de manera sincrónica, las distintas tensiones semánticas presentes en la idea social de prostitución vigente a principios del siglo xx, justo en el momento en que Gamboa produce su obra. A pesar de su carácter ficticio, una novela como *Santa* representa, desde los mecanismos que le son propios, que son los de la narración y la alegoría, las discusiones morales, legales, sanitarias y éticas que la sociedad decimonónica mexicana entablaba en referencia al trabajo sexual y a su impacto. En otras palabras, hacía asequibles estas discusiones en los discursos de poder a una “audiencia” —la comunidad lectora de *Santa*— que los asimilaba, los discutía y los perpetuaba al repetir el arquetipo literario del que, y por el que, se alimentaban.





## El problema de la nación: aproximación a una ruta metodológica\*

JAIME ALBERTO RODRÍGUEZ

La finalidad de este capítulo es señalar algunas de las dificultades teórico-metodológicas que se presentaron al abordar el concepto de nación como objeto de investigación y exponer la manera en que esas dificultades se solventaron mediante la constitución de una ruta metodológica. La investigación histórica desde la historia conceptual privilegia este tipo de reflexiones ya que las categorías que utiliza (*horizonte de expectativa, espacio de experiencia, Sattelzeit, estratos del tiempo*, etc.) necesitan ser aprehendidas para extraer de ellas todo el potencial metodológico. Por otra parte, la historia conceptual, al ser el resultado de un proceso heurístico<sup>1</sup> y de una reflexión metodológica constante a partir de las fuentes, nos brinda la posibilidad de construir una ruta de investigación flexible, acorde a nuestros intereses y que se adapte al problema de investigación que estamos abordando.

---

\* Este capítulo hizo parte del proceso de reflexión teórico-metodológica realizado en el doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, que dio como resultado la tesis titulada *Historia conceptual de "Nación" entre el periodo de la desintegración del virreinato del Nuevo Reino de Granada y la emergencia de la primera República de Colombia*.

1 Reinhart Koselleck, "Introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana", *Anthropos*, n.º 223 (2009): 94-95.

## Algunos problemas teórico-metodológicos identificados en el proceso de investigación

La investigación realizada aborda el proceso histórico de construcción de la nación en la época de la desintegración de la Monarquía hispánica. El contexto específico seleccionado es la región que correspondía al virreinato del Nuevo Reino de Granada y a la Capitanía General de Venezuela.

En el proceso de indagar por el estado de la cuestión, lo primero que se evidenció es que el problema del surgimiento de la nación está dividido en dos tendencias historiográficas en conflicto. Están quienes plantean que el origen de la nación se remonta a una época anterior al periodo de la crisis de la Corona española (1808-1814) y quienes, por el contrario, plantean que la nación se configura después de los procesos independentistas. Esto nos llevó a cuestionar los límites temporales de esta investigación: ¿se abordará la investigación desde el inicio de la crisis de la Corona española o habrá que remontarse más atrás para entender este proceso? Si hay que retroceder, ¿de cuánto tiempo estamos hablando y por qué tomamos como referencia esta nueva fecha?

Estas preguntas tienen que ver de entrada con un problema historiográfico de gran envergadura: ¿la nación es inmemorial, del orden natural, o es una construcción histórica que tiene una época específica de aparición? Con estas preguntas la historia patria, oficial o nacionalista, que había mantenido su hegemonía en gran parte de los siglos XIX y XX, empieza a ser cuestionada en uno de los fundamentos de su legitimación. Aunque por su larga trayectoria este tipo de historiografía ha adquirido muchas tonalidades, estas tienen en común que parten de las naciones ya construidas y se retrotraen hacia el pasado buscando los orígenes, las causas o antecedentes que llevaron a su configuración. Por lo general, esos orígenes se remontan a los antiguos pueblos medievales o, en el caso hispanoamericano, a las culturas prehispánicas o a la época de la dominación española.

Desde el otro enfoque teórico-metodológico que tiene como referencias a Eric Hobsbawm, Elie Kedourie, Ernest Gellner, Benedict Anderson, Anthony Smith,<sup>2</sup> entre otros, la nación deja de ser inmemorial y pasa a tomar su lugar histórico, ya sea como una “comunidad imaginada”, una construcción sociopolítica o la invención de un grupo social determinado; pero, en todo caso, es un proceso que no se remonta más allá de la segunda mitad del siglo XVIII y que, para

---

2 Elie Kedourie, *Nacionalismo* (1960); Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismos* (1983); Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780* (1991); Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas* (1983); Anthony Smith, *El origen étnico de las naciones* (1991).

el caso hispanoamericano, sería el resultado de la crisis de la Corona española. De igual forma, esta interpretación tiene muchas variaciones, pero en el fondo plantea que la nación es una construcción esencialmente moderna.

El problema sobre decidir qué corriente historiográfica privilegiar parecía de fácil solución porque hoy en día difícilmente los investigadores, especialmente los historiadores, estarían dispuestos a admitir que la nación es una construcción que se retrotrae más allá de la época de las independencias o de la formación de los estados-nación para el caso europeo. Sin embargo, la discusión encierra otros aspectos. Los dos enfoques historiográficos, nación moderna / nación inmemorial, además de plantear una discusión entre dos modelos opuestos, nos lleva a cuestionar si no existe la posibilidad de encontrar un punto intermedio o, por el contrario, abandonar esta discusión de opuestos y encontrar una opción diferente. El problema de fondo de estas interpretaciones es que también plantean una distinción entre Antiguo Régimen y modernidad política. En el contexto hispanoamericano, mientras que la historiografía nacionalista postula que la nación o la identidad nacional existían antes de las independencias, para el enfoque de la nación moderna estas categorías solo aparecen después de construido el Estado-nación. En este sentido, el enfoque de la nación moderna tiende a considerar que hay una ruptura entre los lenguajes políticos e identidades del Antiguo Régimen y los lenguajes políticos e identidades modernas.<sup>3</sup>

En Hispanoamérica, el revisionismo historiográfico fue el encargado de cuestionar los postulados de la nación inmemorial. Esta corriente, cuyos inicios se pueden encontrar en los trabajos de Tulio Halperín Donghi, François Xavier Guerra y Jaime Edmundo Rodríguez,<sup>4</sup> además de cuestionar las “influencias” de la Ilustración, las reformas borbónicas, la independencia de EE. UU. o la

---

3 Javier Fernández Sebastián plantea que el paso a la modernidad no se caracteriza precisamente porque “la innovación desplace en bloque a la tradición”, ya que una de sus características es que muchas tradiciones seguirán gravitando y actuando tácitamente sobre el presente. Más bien, la modernidad se caracterizará por el incremento en la formación de tradiciones “voluntaristas, plurales, a la carta”, que Fernández Sebastián denomina como “tradiciones electivas”. Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2021), 135-136.

4 Tulio Halperín Donghi, *Revolución y Guerra, Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* (1972); François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (1992); Jaime Edmundo Rodríguez Ordóñez, *Nosotros somos ahora los verdaderos españoles. La transición de la Nueva España de un reino de la Monarquía Española a la República Federal Mexicana, 1808-1824* (2009).

Revolución francesa,<sup>5</sup> ha dado grandes frutos al plantear que la construcción de las naciones hispanoamericanas fue el producto de la crisis interna de la Monarquía hispánica y con ello se ha avanzado en un modelo de interpretación propia del tema de las independencias y la formación de las nuevas naciones.

En nuestro caso, se ha optado por tener en cuenta estos enfoques que pretenden construir un modelo de explicación específico que parte de las mismas particularidades del contexto y que ha reflexionado teórica y metodológicamente desde Hispanoamérica y España. Sin embargo, hemos encontrado que se han extendido interpretaciones historiográficas que toman como referencia los dos principales virreinos de la época: Perú y Nueva España. Ello ha contribuido a generalizar conclusiones propias de estos virreinos sin tener en cuenta las especificidades de otras regiones, por ejemplo: la del virreinato del Nuevo Reino de Granada o la Capitanía General de Venezuela.

Por otra parte, el problema de asumir la desintegración de la monarquía como una cuestión endógena, en muchas ocasiones nos lleva a considerar que es la crisis de una parte de la monarquía, en este caso la metrópoli, la que genera la desintegración.<sup>6</sup> Esto nos llevaría a dejar en un segundo plano los conflictos, luchas y procesos históricos específicos de los reinos americanos.<sup>7</sup> Para solventar este problema, se ha optado por tener en cuenta esos conflictos y particularidades de los reinos: las respuestas —diversas, contingentes— de los actores y agentes sociales fueron las que determinaron, en gran parte, el rumbo de la desintegración de la monarquía.<sup>8</sup>

---

5 A cambio de ello le ha dado más importancia a la crisis de la Corona iniciada en 1808, el bienio de 1808-1810, las Cortes de Cádiz, la Constitución de 1812, el liberalismo hispánico.

6 En este caso, los orígenes de la desintegración de la monarquía podrían ubicarse o bien a finales del siglo XVIII o en la época de los “años cruciales” de 1808-1810.

7 La historiografía revisionista ha minimizado las tensiones internas de los reinos, reemplazándolas por interpretaciones eurocéntricas o hispanocéntricas que postulan “la tesis de que los acontecimientos que abren 1808 constituyen un punto de inflexión en la cultura y en la participación política de los colonos/vasallos americanos, el inicio de una nueva socialización y práctica política conducente a la ciudadanía, y el comienzo de un proceso irreversible de ruptura con la metrópoli española”. Heraclio Bonilla plantea que los ejemplos más claros de esta interpretación serían los trabajos de François Guerra (*Modernidad e independencia*) y el trabajo de Jaime Rodríguez (*La independencia de la América española*). Heraclio Bonilla, “El 20 de Julio aquel...”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 37, n.º 1 (enero-junio, 2010): 85-119.

8 Por ejemplo, como lo expresa Heraclio Bonilla, la crisis que estaba viviendo el gobierno metropolitano fue aprovechada por los criollos para rechazar o

A estas dificultades que venimos señalando habría que añadir las derivadas del contexto territorial señalado. Una tiene que ver con aspectos prácticos relacionados con la cantidad de información, sectorización y dispersión de las fuentes —cada estado ha creado su propio acervo documental, además hay muchas entidades que tienen sus propios archivos—. El que cada estado haya sectorizado los archivos históricos y creado su propia historia oficial, nos lleva al problema de las interpretaciones nacionalistas que no nos dejan ver todas las conexiones políticas, económicas o sociales que se entretejieron en esta región. Al abordar la investigación sin tener en cuenta las fronteras nacionales, desde una visión general y como una entidad territorial de la Monarquía hispánica, se podrían generar reclamos de una u otra nación por el poco protagonismo o por excluir ciertos aspectos relevantes de su historia nacional.

Finalmente, un problema no menos importante, es considerar teórica y metodológicamente el vocablo *nación*. ¿Como una categoría científicamente construida, un constructo sociopolítico, un discurso o un concepto en términos koselleckianos? La nación, en su calidad de constructo sociohistórico o sociopolítico, se constituye a partir de la institucionalidad, legalidad, funcionalidad, legitimidad y de la configuración histórica que le da su carácter trascendental. En este caso los fundamentos sobre los que se constituye la nación son la homogeneidad cultural —la identidad nacional está por encima de cualquier diferencia étnica, regional, política o económica—, territorial y constitucional, los cuales se han mantenido, en esencia, desde sus orígenes. Dicha configuración histórica, social y política de la nación funciona como un discurso que le da legitimidad al Estado.

Este discurso, como podemos ver, no solo se alimenta de la configuración político-legal del Estado sino también de los hechos que han marcado la historia del país, muchos de los cuales han sido seleccionados, adaptados, depura-

---

alterar a su favor ciertas circunstancias que se vivenciaban a nivel local. En el caso del virreinato del Nuevo Reino de Granada, la marginación impuesta por el virrey y su burocracia de gobierno, constituida mayormente por peninsulares. Esta situación genera tensiones políticas entre los criollos y los integrantes del gobierno local (la Audiencia y el virrey). Heraclio Bonilla, “El 20 de Julio aquel...”.

dos para configurar la historia patria<sup>9</sup> o la historia oficial.<sup>10</sup> De igual forma, el discurso de la nación funciona como instrumento de legitimación de prácticas políticas. Por ello, constantemente se está renovando, actualizando, adaptando a las nuevas condiciones históricas; su finalidad es mantener cohesionados a los habitantes y al territorio, además de ser utilizado para movilizar a los ciudadanos en la consecución de diferentes proyectos. El discurso que parte de la realidad sociohistórica de la nación o el discurso historiográfico que se alimentó de dicha construcción, se configura como tal a partir de las evidencias históricas fácticas y de los procesos de consolidación del nacionalismo. Este último no solo hace parte de un proyecto político, sino que también funciona como un discurso que aglutina, crea lazos identitarios, sentimientos de pertenencia y moviliza a los integrantes de una comunidad. La nación como discurso también puede ser analizada desde los imaginarios y representaciones sociales y políticas, que no solo recurren a la historia sino también a los símbolos, manifestaciones culturales y sentimientos de pertenencia.

---

9 Para poner un ejemplo de la época y que tuvo grandes repercusiones para la historiografía colombiana, tenemos el caso de la *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, de José Manuel Restrepo, escrita en 1827 y reeditada en 1858 por el mismo autor. En palabras de Germán Colmenares, esta obra se constituyó en una “prisión historiográfica” porque construyó una visión particular del proceso de independencia y formación de la nación; además se convirtió en un discurso historiográfico difícil de controvertir. Esta visión construyó el mito nacionalista basado en un acervo de documentos oficiales y sobre una base subjetiva y moralista. Germán Colmenares, “La Historia de la Revolución de José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”. En *La Independencia. Ensayos de Historia social*, de Germán Colmenares, et. al., (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986). Para una crítica a la hipótesis de la “prisión historiográfica” planteada por Germán Colmenares, ver el artículo de Isidro Vanegas “La fuga imaginaria de Germán Colmenares”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 42, n.º 1 (2015): 275-307.

10 Al respecto, Fernández Sebastián plantea que los actores sociales no dudarán en “rebuscar en el abigarrado depósito de la historia aquellos elementos más funcionales para sus proyectos”. Esta forma de construir o reconstruir la historia es constantemente movilizadora por los movimientos sociales o políticos que proceden a “autoasignarse tradiciones históricas que muchas veces comparten determinados referentes con otras corrientes y grupos; a menudo, distintos agentes compiten por consagrar sus interpretaciones alternativas de una misma tradición particular [...]. Y esas tradiciones, al mirar hacia el origen desde el final de una larga cadena de unidades que se presuponen necesariamente eslabonadas, cierran la puerta a la contingencia para adoptar un perfil inequívocamente teleológico”. Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el Atlántico ibérico...*, 135-136.

La centralidad y actualidad de la nación, como constructo sociohistórico y como discurso, ha generado infinidad de interpretaciones y debates que giran en torno a la pregunta ¿qué es la nación? Y con ello indagan cuándo, cómo y por qué se originó. Las ciencias sociales, al abordar el constructo sociohistórico (legal, político, cultural, etc.) de la nación como objeto de estudio, ha constituido la categoría operativa o analítica que se alimenta de las reflexiones teórico-metodológicas de estas disciplinas y de las evidencias históricas.

Aunque *nación* como categoría analítica u operativa ha sido muy utilizada por la sociología y politología, especialmente, y ha generado grandes frutos, si no se la utiliza con ciertos criterios históricos puede llegar a causar interpretaciones anacrónicas.<sup>11</sup> Por ejemplo, cuando se quiere explicar el “origen” de la nación, se parte de algunos conceptos que ayudaron a configurarla, como el liberalismo o el republicanismo. Pero estos se asumen como categorías o modelos ideales, definidos *a priori*.

A esto se le suma que muchas de estas categorías utilizan modelos de interpretación que, por lo general, parten de realidades históricas y reflexiones teórico-metodológicas lejanas al contexto hispanoamericano.<sup>12</sup> Lo anterior nos lleva a suponer que los investigadores, al utilizar categorías ahistóricas de liberalismo o republicanismo, quizá terminen forzando al pasado para que se adapte al modelo de interpretación o concluyan que el liberalismo o el republicanismo se interpretó o aplicó mal. De ahí que, por ejemplo, en Colombia se hable de nación “inconclusa”, “fragmentada”, “fracasada”, etc. De igual forma, también podemos llegar a suponer que la nación solo se puede llegar a estudiar a partir de unas características y criterios preestablecidos que quizás sean europeos.

---

11 Koselleck plantea que las categorías que pretenden reconstruir “estados de cosas” que antes no se habían articulado lingüísticamente, son conceptos “que tienen una pretensión de permanencia, es decir, capacidad de ser empleados repetidamente y de ser efectivos empíricamente”. Pero, al igual que los conceptos sociopolíticos, las categorías analíticas no solo son condensados de experiencias históricas, también se reconfiguran en el presente a partir de los usos o sentidos que los actores sociales les den. Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993), 124.

12 Vicente Oieni plantea que “para evitar la adopción irreflexiva de teorías y métodos debemos, desde una perspectiva latinoamericana, realizar una doble labor deconstructiva: una, orientada a la comprensión y análisis de la realidad y otra orientada a la crítica de las teorías tomadas de otros procesos con que se intentó explicarla”. Vicente Oieni y Maj-Lis Follér, “La batalla conceptual en América Latina: hacia una historia conceptual de los discursos políticos. Introducción”. *Anales Nueva Época*, n.º 7/8 (2004/2005): 5.



Aunque los investigadores intercalen algunas de estas formas de ver la nación, se hace necesario clarificarlas o hacer explícita la postura desde donde se asume la investigación para que así mismo las críticas se encaminen desde esta perspectiva.

## En busca de una ruta metodológica

La ruta que hemos venido transitando partió de considerar la nación como un concepto en términos koselleckianos, esto tiene unas implicaciones teóricas y metodológicas específicas. Aunque el concepto de nación se pueda considerar como una categoría analítica, este no es como tal una categoría abstracta; su origen se encuentra en las fuentes mismas que se investigan y se relaciona directamente con la manera en que los sujetos interactúan con el mundo, expresan su pensamiento e interpretan el tiempo histórico. Por tal razón, el concepto no se limita a la expresión lingüística de la palabra, va más allá.<sup>13</sup>

Mientras que la palabra es una categoría lingüística que está limitada al contexto de enunciación, cuyo significado depende de ese contexto y no genera conflictos cuando se utiliza, el concepto no depende únicamente de su configuración lingüística; es una construcción sociopolítica que se configura por multiplicidad de sentidos y en la que confluyen el pasado, el presente en disputa y el futuro en construcción. Los conceptos tienen mayor profundidad que las palabras porque no solo tienen una carga lingüística sino también histórica, contienen un peso semántico del pasado que le da cierta estabilidad en el presente, almacenan experiencias con las que aprehendemos la realidad social.<sup>14</sup>

Al ir ahondando en la ruta metodológica derivada de la historia conceptual, la investigación nos lleva a reflexionar sobre las consecuencias epistemológicas y antropológicas de estas consideraciones. En un principio, se pretendía ver los usos, significados y sentidos que los actores y agentes sociales le daban al concepto de nación en la época y cómo a partir de las discusiones, reflexiones y legitimaciones de ciertos sentidos se fue configurando el vocablo en un concepto sociopolítico. El asunto se complicó al profundizar en las conexiones que existen entre la categoría de concepto, el análisis onomasiológico, el estudio

---

13 Aunque el soporte lingüístico de un concepto es una palabra, “cada palabra no es un concepto social y político. Los conceptos sociales y políticos contienen una concreta pretensión de generalidad y son siempre polisémicos —y contienen ambas cosas no sólo como simples palabras para la ciencia de la historia”. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado...*, 116.

14 Para ahondar en esta categoría de concepto, ver en este mismo libro el capítulo de Óscar Javier Linares, “Palabra/Concepto”.

sincrónico/diacrónico y la relación de todo ello con el *espacio de experiencia* y el *horizonte de expectativa*.

La historia conceptual, según los planteamientos koselleckianos, está relacionada con la forma en que los seres humanos estructuramos la realidad social. Koselleck ha planteado que los conceptos son necesarios “para poder tener o acumular experiencias e incorporarlas vitalmente [...], para integrar las experiencias pasadas tanto en nuestro lenguaje como en nuestro comportamiento [...], para fijar las experiencias, que se diluyen, para saber qué sucedió y para conservar el pasado en nuestro lenguaje”.<sup>15</sup>

A ello había que sumarle que, desde esta perspectiva, la temporalidad cobra una importancia fundamental para comprender los conceptos. Ella está vinculada a través de dos categorías, *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa*, que no hacen parte del lenguaje de las fuentes pero que tienen “la intención de perfilar y establecer las condiciones de las historias posibles”.<sup>16</sup> La historia conceptual parte de suponer que no existe ninguna historia que no se haya constituido a partir de las experiencias y expectativas que los actores sociales hayan tenido.<sup>17</sup> Estas dos categorías, que dependen mutuamente o están entrecruzadas, estarían relacionadas con un dato antropológico o una condición humana previa: “no hay expectativa sin experiencia, no hay experiencia sin expectativa”.<sup>18</sup> Sin este dato, afirma Koselleck, la historia no sería posible, ni siquiera concebible.<sup>19</sup>

---

15 Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* (Madrid: Trotta, 2012), 29.

16 *Ibíd.*, 335.

17 *Ibíd.*

18 En la medida que Koselleck ha ido ampliando y afinando la categoría de concepto, ha dejado entrever una reflexión epistemológica más profunda: “la historia conceptual presupone la Histórica, una doctrina trascendental de la historia que se erige preeminentemente sobre una teoría del tiempo, o mejor dicho, de los estratos del tiempo”. Faustino Oncina Coves, “La modernidad velociferina y el conjuro de la secularización”. En *Aceleración, prognosis y secularización*, de Reinhart Koselleck (Valencia: Pre-Textos, 2003), 17. El ser humano está en continua relación con cuestiones metahistóricas (el tiempo, el espacio y algunas determinaciones que se desprenden de la relación entre estos dos aspectos). Estas condiciones “metahistóricas” de los seres humanos están relacionadas con una visión antropológica de la categoría “concepto”, de cómo los seres humanos perciben y se relacionan con el tiempo a partir de experiencias y expectativas.

19 Reinhart Koselleck, *Futuro pasado...*, 336.

Con esta visión epistemológica y antropológica, Koselleck pretendía construir un puente entre lo meramente lingüístico del lenguaje y lo extralingüístico (o lo que él llama “historia social”); en términos generales, tender un puente entre el lenguaje y el “estado de cosas”.<sup>20</sup> Entonces no era limitarnos a rastrear los sentidos y usos del vocablo nación, sino también analizar cómo este vocablo estaba relacionado con cuestiones sociales, económicas, políticas y culturales.<sup>21</sup> De ahí que Koselleck planteara que los conceptos no son solamente índices de la realidad social sino también factores de la transformación de esa realidad.

En la práctica investigativa, esto nos conduce a considerar, por ejemplo, cuestiones que para la historiografía revisionista de las independencias ya eran temas sobrevalorados o hacían parte de la historiografía tradicional: la Ilustración y las reformas borbónicas. ¿Cómo estas temáticas que habían sido utilizadas por la historiografía nacionalista para explicar las causas y antecedentes de las independencias calarían dentro de esta visión de la historia conceptual? Remontarnos a estos hechos parecía un trabajo infructuoso, pero en el proceso de investigación se hizo necesario rastrear algunos discursos anteriores a 1808. Muchos de los argumentos que usaron los actores de la época provenían de esos discursos, sobre todo aquellos que se desprendieron de los nuevos lenguajes económicos que circulaban en ese entonces.

Fueron precisamente algunos conceptos como *progreso, civilización, comercio, colonia, riqueza, felicidad, bien común, utilidad pública, ciencia útil*, etc., los que me llevaron a rastrear los discursos que se habían creado alrededor de los nuevos lenguajes económicos. Tanto los españoles peninsulares como los españoles americanos utilizaban dichos discursos, pero entre unos y otros había diferencias. Mientras el gobierno metropolitano los utilizaba con la finalidad

---

20 Una de las primeras preocupaciones de Koselleck fue la de poner en diálogo el análisis político lingüístico con la historia social. Esta preocupación está presente en la introducción al primer volumen del *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* [Conceptos históricos fundamentales: Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania] (1972), ampliamente desarrollada en su obra de 1979: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*.

21 Koselleck plantea que, para el estudio del entrelazamiento sincrónico y diacrónico, la historia conceptual necesita investigar interdisciplinariamente; si se quiere comprender la historia, “ninguna ampliación o limitación de la investigación puede ignorar la actividad creadora de sentido y progresiva de los conceptos en su transformación”. Por ello, plantea que la metafórica, la retórica, el derecho, la economía, la teología, la filosofía, etc. pueden ser utilizadas para la comprensión de los conceptos, ya que todo concepto por sí mismo está relacionado con su contexto. Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos...*, 46-47.

de mejorar la administración y fiscalidad, fortalecer la dependencia económica de los reinos americanos, controlar de manera más eficaz estos territorios, etc., los ilustrados americanos, por su parte, fortalecieron el discurso de apropiación e identidad territorial.

Es precisamente de todos estos cambios semánticos, de las nuevas relaciones entre conceptos y de sus ampliaciones semánticas que se desprende una de las hipótesis planteada en la investigación: la especificidad geográfica y natural del territorio americano —su exploración, conocimiento, apropiación, así como la exaltación de sus potencialidades económicas, naturales, comerciales, humanas— había configurado un discurso territorial que fue utilizado por los criollos de manera retórica en el tiempo de las independencias. Ese discurso partía de algunos de los principios ilustrados de dominio, conocimiento y control de la naturaleza con fines económicos.

La especificidad territorial americana, sumada a otros discursos que se habían configurado o fortalecido en el transcurso del siglo XVIII (los reclamos de los criollos frente a la pérdida de sus privilegios, libertades y fueros; el rescate de la historia indígena y de sus “civilizaciones”; la especificidad legal americana derivada de las *Leyes de Indias*, etc.), nos llevan a plantear que en esta época se consolidó una “conciencia” de lo americano que más tarde sería utilizada como retórica discursiva, buscando crear una “identidad” americana para conseguir las independencias y formar las nuevas naciones.

El otro problema fue ¿cómo no caer, con esta mirada amplia de la desintegración de la monarquía, en una visión teleológica de la historia que retrocede en el tiempo para encontrar las causas y consecuencias de lo que ya se sabe que va a suceder? Precisamente utilizar la categoría “discurso” nos podría ayudar a superar estos escollos.

Pero ¿cómo se relacionan los discursos con los conceptos? La historia conceptual, al analizar los usos pragmáticos de los conceptos (sus sentidos y significados) dentro de contextos específicos, está recurriendo al uso argumentativo o discursivo.<sup>22</sup> Koselleck plantea que “todo concepto *eo ipso* está relacionado con su contexto”, es decir, con otros conceptos en el que cada uno “remite obligatoriamente a unidades textuales mayores”.<sup>23</sup> Las conexiones entre conceptos nos llevan a formular “cuestiones onomasiológicas relativas a las distintas denominaciones de estados de cosas similares”.<sup>24</sup> En este punto, afirma Koselleck,

---

22 Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos...*, 27-28.

23 *Ibíd.*, 47.

24 *Ibíd.*

se da el paso al análisis discursivo: “los conceptos siempre están integrados en redes conceptuales”.<sup>25</sup>

El campo de la onomasiología nos lleva a considerar las expresiones extralingüísticas como actividades creadoras de sentido que se pueden reconstruir en los discursos.<sup>26</sup> Como “un estado de cosas no puede plasmarse de una vez y para siempre en un mismo concepto”, genera una multiplicidad de denominaciones que se hace necesario estudiar.<sup>27</sup> Con ello nos referimos a situaciones históricas donde no solo se mueven conceptos sino también experiencias, emociones, pasiones, sentimientos que se expresan por medio de nociones o mediante diferentes palabras o conexiones semánticas (entre palabras, entre palabras y conceptos o solamente entre conceptos).

El discurso, desde esta perspectiva, es entendido como una red conceptual “mediante la cual, en una situación histórica dada, los individuos aprehenden y conceptualizan la realidad [...] y en función de la cual desarrollan su práctica”.<sup>28</sup> Mediante esta red conceptual “los individuos se conciben y conforman a sí mismos como sujetos y agentes”, dotan de significado el contexto social, confieren sentido a su relación con él y, en consecuencia, regulan su práctica social.<sup>29</sup>

Aunque los hechos y los discursos nos puedan llegar a parecer únicos e irrepetibles “contienen’ y movilizan estructuras sociales y lingüísticas cristalizadas a través de la larga reiteración de hechos y palabras similares en diferentes contextos”.<sup>30</sup> Esto no significa que los discursos configuren estructuras o sistemas de ideas que perduren en el tiempo por sí mismos; son los actores sociales los que les dan vida —o los dejan morir—, los resignifican o los transforman de acuerdo con contextos históricos específicos. Es decir, los discursos siempre van a estar cargados de contenidos históricos; contenidos que son constantemente renovados, adecuados o actualizados de acuerdo con las situaciones particulares, las necesidades o intereses de los actores sociales.<sup>31</sup>

---

25 *Ibíd.*

26 “Los discursos y diálogos conceptualizan aquello que sucedió, pudo haber sucedido o podría suceder en el futuro”. Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos...*, 43.

27 *Ibíd.*, 32.

28 Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad* (Madrid: Cátedra, 2001), 51.

29 *Ibíd.*

30 Javier Fernández Sebastián, “Acontecer, experiencia y teoría de la historia. Recordando a Reinhart Koselleck”, *Anthropos*, n.º 223 (2009): 49.

31 Al respecto, Pocock afirma que “el presente de un discurso está cargado de sugerencias de un pasado [...]. El discurso político es práctico, desde luego, y está

Vista de esta manera, la categoría discurso también nos permite superar los enfoques de nación moderna y nación inmemorial, especialmente la visión rupturista entre dos etapas históricas. Por ejemplo, los discursos de la conciencia de lo americano que rondaban en el mundo hispánico antes de 1808, al conjugarse con los acontecimientos y situaciones políticas novedosas, generaron grandes transformaciones en los lenguajes políticos y, como producto de las contingencias históricas, el resultado fue el proceso independentista y la formación de las nuevas naciones.

Por otra parte, las reflexiones teórico-metodológicas y el análisis de las fuentes me llevaron a revisar si *nación*, en dicha época de estudio, se podía considerar como una palabra o un concepto. Las primeras pesquisas de fuentes secundarias y de documentos de la época nos llevaron a considerar que el vocablo nación aún no se había configurado como un concepto en términos koselleckianos. La palabra existía y tenía diversos significados, pero en el contexto de lo que había sido el virreinato del Nuevo Reino de Granada y la Capitanía de Venezuela no fue usada para movilizar a la población con fines políticos. En un primer momento, no se usó para configurar la nueva comunidad política o no causó grandes controversias o debates. Por el contrario, fueron otros los conceptos que tuvieron más relevancia: *independencia, libertad, soberanía, patria, república, americano, pueblo(s)*, etc. Estos conceptos tomaban como referencia los discursos sobre la conciencia de lo americano y buscaban reconfigurar el cuerpo social, pero sus referencias no eran los conceptos de *Nación* sino de *República* o *Patria*.<sup>32</sup>

Koselleck plantea que un concepto fundamental es aquel que, “en combinación con varias docenas de otros conceptos de similar importancia, dirige e informa por entero el contenido político y social de una lengua”.<sup>33</sup> Esto nos llevó a cuestionar el uso del concepto dentro de este contexto. Aunque en esta época la nación aún no se había configurado como un concepto fundamental, sí se estaba configurando la red conceptual en la que más tarde el vocablo nación

---

informado por las necesidades presentes, pero no obstante ello está constantemente trabado en una lucha para descubrir cuáles son las necesidades presentes de la práctica, y las mentes más vigorosas que lo utilizan exploran la tensión entre los usos lingüísticos establecidos y la necesidad de usar las palabras de una manera novedosa”. John Greville Agard Pocock, “Historia intelectual: un estado del arte”, *Prismas*, n.º 5 (2001): 155.

32 No ahondo en este tema porque el objetivo de este capítulo no es exponer resultados de la investigación sino los problemas teórico-metodológicos que se desprenden del objeto de investigación.

33 Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, n.º 53 (2004).

tendría un papel predominante. Y esta afirmación no partió de una visión teleológica de la aparición de la nación, sino de los procesos de articulación con otras nociones en los que el concepto fue ampliando su campo semántico.

Las redes conceptuales, su reflexión teórica y metodológica, son un campo que no se ha explorado aún y en los trabajos de Koselleck apenas aparece mencionado;<sup>34</sup> sin embargo, tienen grandes posibilidades metodológicas.<sup>35</sup> Las redes conceptuales se generan por ampliaciones semánticas o por nuevas conexiones de sentido entre conceptos. Esto tendrá especial significación a la hora de la reconstrucción del “tejido discursivo” de un periodo histórico, ya que “no es posible ‘aislar’ una noción de las otras nociones —adyacentes, complementarias u opuestas— con las cuales aquélla aparece relacionada con mayor frecuencia en los discursos de la época”.<sup>36</sup>

En la configuración de los conceptos fundamentales se puede observar cómo estos aglutinan muchos significados individuales; por ejemplo, en el caso de *nación*, cuando este se configura como concepto fundamental se relaciona con *territorio, ciudadanía, libertad, soberanía, Estado, constitución*, etc., configurando así un entramado discursivo sin el cual difícilmente se podría explicar el contexto de esta época. Estos conceptos fundamentales, así como su profundidad semántica y sociopolítica, a pesar de tener una palabra que los identifica —por ejemplo, *nación*—, no se limitarán a los sentidos que podamos encontrar en las fuentes relacionadas con este vocablo.

El concepto fundamental, al hacer parte y configurar la realidad sociopolítica de una época, involucra aspectos culturales y simbólicos que desbordan el simple uso lingüístico o pragmático del lenguaje. Como este tipo de conceptos están interconectados, para la reconstrucción de esta red habrá que recurrir al análisis de los usos de los conceptos en los discursos, el análisis de las intenciones, el uso de estrategias y retóricas discursivas, etc. De ahí que al estudiar un concepto fundamental se estudien los conceptos siempre en función del juego del lenguaje en el que se integran y se usan. Los cambios conceptuales se dan como cambios sociales “y por lo tanto el momento fundante del aná-

---

34 La única alusión a redes conceptuales que hace Koselleck directamente es la que hemos mencionado más arriba. Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos...*, 46-47.

35 Ver en esta misma publicación el capítulo de Óscar Javier Linares: “Semasiología/ Onomasiología”.

36 Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos”. En *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850. (Iberconceptos-I)*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC, 2009), 34.



lisis lingüístico no es la asignación individual de definiciones a los términos, sino la asignación colectiva e interactiva de un conjunto de usos semánticos a dichos términos”.<sup>37</sup>

## Reflexiones finales

¿Qué representa elaborar una investigación desde la historia conceptual? La reflexión teórico-metodológica en este tipo de investigaciones historiográficas resulta ser fundamental porque nos ubica con respecto al objeto de investigación, la posición que adoptamos, la forma en que utilizamos las herramientas del método que hemos seleccionado. Aunque esto suele ser descartado en muchas investigaciones historiográficas, en este caso le hemos prestado atención porque la ruta metodológica nos ayuda a reconstruir ciertos aspectos de la historia de esta época que pretenden ser olvidados o desvalorizados por cuanto se los ubica dentro de corrientes historiográficas ya superadas.

Además, la reflexión historiográfica que se desprende de la historia conceptual nos facilita comprender y superar la visión dicotómica entre continuidad y ruptura o entre continuidad y cambio en las épocas de transición y crisis. Esta reflexión también nos ayuda a superar la visión predominante hoy en día dentro de la misma historia conceptual, que privilegia la vía semasiológica sin atender a la herramienta onomasiológica y sus posibilidades heurísticas. Esta visión predominante ha excluido el estudio de los fenómenos sociopolíticos y su relación con las transformaciones semánticas; el estudio se ha reducido al análisis de los conceptos como índices de la realidad sociopolítica, los diferentes significados y las disputas por la legitimación de uno u otro sentido, excluyendo su función como factores de transformación.

La historia conceptual no se limita a privilegiar el lenguaje sobre los acontecimientos sociales y nos permite ir más allá al escudriñar las fuentes consultadas. En primer lugar, nos lleva a comprender cómo pensaban los actores de la época, qué herramientas conceptuales utilizaban para comprender el mundo y cómo estas herramientas estaban relacionadas con representaciones simbólicas, sentimientos o emociones. Como segunda observación, el análisis variado de las fuentes de la época nos lleva a tener una mirada más amplia de las discusiones y reflexiones que se estaban generando en el mundo sociopolítico. Con ello no

---

37 Gonzalo Capellán de Miguel, “Los momentos conceptuales. Una nueva herramienta para el estudio de la semántica histórica”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Editorial de la Universidad de Cantabria, Madrid: McGraw Hill, 2013), 200.

solo podemos vislumbrar lo que quedó en la historia sino también las historias posibles, las discusiones o reflexiones que no trascendieron y todos los vericuetos que tuvo que seguir la línea predominante de la historia. Un tercer elemento: la historia conceptual por la vía onomasiológica nos permite introducirnos en las redes conceptuales o entramados discursivos y analizar cómo estas redes se constituyen, reconstituyen, transforman, cambian, a partir del análisis de los conceptos que las integran. Este último punto diluye el problema de la ruptura entre tradición y modernidad, entre lo viejo y lo nuevo, en la medida en que, al analizar en detalle las conexiones semánticas entre conceptos, podemos ver cómo los actores sociales de la época se servían de viejas discusiones para reformular sus planteamientos, para argumentar o contraargumentar y, en el proceso de reflexión, construir nuevos sentidos o encontrar nuevas conexiones semánticas entre conceptos.

Finalmente, contrario a otro tipo de investigaciones historiográficas que buscan encontrar los orígenes, causas o antecedentes de un hecho histórico, uno de los objetivos de la historia conceptual es estudiar y profundizar en los procesos históricos, analizar las diferentes historias, las diferentes posibilidades que se entretejieron al vaivén de las contingencias y ver cómo y por qué se impusieron ciertos hechos o acontecimientos históricos.

# Ahí donde habita la palabra. La entrevista y la experiencia del pasado-presente

CARLOS ALBERTO RÍOS GORDILLO

*Un estudio sincero de las prácticas del reportaje sería quizá más importante que cualquier otro para la práctica de la historia contemporánea.*

MARC BLOCH: APOLOGÍA PARA LA HISTORIA O EL OFICIO DE HISTORIADOR

## Presentación

**E**n el periodismo, las ciencias de la comunicación, la sociología y la antropología, la entrevista es considerada un método de investigación, cuya carta de nacionalidad es indiscutida. No obstante, fuera de sus fronteras el panorama es distinto. En la historia, aunque su uso es marginal, ha sido utilizada desde antaño (en una forma antigua, a medio camino de la conversación y el diálogo) para interrogar a testigos e informantes. Comúnmente alojada en los dominios de la historia oral, la entrevista guarda un potencial extraordinario para el oficio de historiadoras e historiadores, invitándolos a otros campos del saber. A través de la entrevista, la historia se acerca una vez más a la antropología y el trabajo de campo, al periodismo y el reportaje, permitiendo comprender la *historia del tiempo presente* (HTP), al igual que puede reconstruir desde el testimonio individual hasta la polifonía de sujetos sociales colectivos, incluso problematizar la concepción de los testigos, los testimonios, los archivos y el documento histórico.

Aquí se emprende un análisis de la entrevista en tanto herramienta de investigación social, de acuerdo con los objetivos siguientes: ¿cómo esta última nos permite escribir la *historia del tiempo presente*?, ¿cómo puede dar pie a registrar los testimonios individuales, de personas notables o ilustres (cuyas ideas u obras son reconocidas), pero también puede servir para ensamblar un retrato coral de la gente común (cuyas experiencias acerca de lo vivido, lo visto y oído, aunque desconocidas, son excepcionales), atendiendo así tanto a la experiencia individual como a la colectiva?, ¿cómo permite problematizar la idea del ‘documento’ histórico, al plantear la propuesta del documento vivo, el archivo oral, el testimonio voluntario, convertido en documento histórico por el propio historiador?

Para tal efecto, primero se analiza el cuestionamiento de testigos e informantes en la antropología y la historia; acto seguido, se analizan los modos de uso de la entrevista y la relación entre esta última con el testimonio y el testigo; finalmente se reflexiona sobre la cuestión técnica de la entrevista y la formación de archivos orales.

## El arte de conversar: inquirir al informante, cuestionar al testigo

*Conversar*: hablar con una u otra persona, según se lee en el *Diccionario de la lengua española*.<sup>1</sup> Desde antaño, quizá desde Sócrates —un conversador extraordinario, según atestiguó Platón, quien fue su discípulo y, con el pasar del tiempo, maestro de Aristóteles, a su vez, inventor de la mayéutica—, en la tradición occidental la conversación es un arte: el de la palabra razonada, el de la pregunta reflexiva, el del pensamiento inquisitivo. En la palabra, los orígenes socráticos de la filosofía refieren al carácter oral del pensamiento griego de la época clásica. Los griegos, escribió Moses Finley: “preferían conversar y oír; su misma arquitectura es la de un pueblo aficionado a la charla”.<sup>2</sup> A través de los *Diálogos*, Platón aproximó la filosofía a la oralidad, rasgo superior del conocimiento, pues por entonces los griegos consideraban que la escritura era propia de los ‘bárbaros’, quienes, a diferencia de ellos, preservaron su saber en libros y bibliotecas. Al dialogar, Platón llevaba la filosofía al terreno del contacto de un pensamiento con otro: de la plática con una u otra persona. Y he aquí el caso de

---

1 Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, T1, 22ª edición (Madrid, 2001), 647.

2 Moses Israel Finley, *Los griegos de la antigüedad* (Barcelona: Labor, 1980), 96.

la entrevista. ¿Acaso su significado, según el *Diccionario de la lengua española*, no es “la acción de mantener una conversación”?<sup>3</sup>

Sin ser una conversación habitual o un diálogo socrático, la entrevista guarda para con ambas un aire de familia. Sus raíces parecen hundirse tanto en el hábito inmemorial de la conversación, como en esa antigua forma de indagación; y es, quizá, el resultado de ambas: no es el hecho mismo de hablar, sino lo que se dice al hacerlo. En la entrevista, la palabra se convierte en escritura y el entrevistador deviene en escriba, pues edita la conversación y convierte las palabras en letras, pertrechando al lector que atiende a todo este ciclo del pensamiento de cosas dichas, escuchadas y leídas. Por tanto, aunque la entrevista es parecida a la conversación, es sin embargo distinta en sus fines. Si la primera es un ejercicio comunicativo, la segunda es una herramienta de investigación. Más cercana a los objetivos del diálogo, la entrevista tiene la misión de indagar, de cuestionar a profundidad para que la reflexión de uno se abra a la del otro.

Con base en las *Cartas a Lucilio* de Séneca, al analizar la misiva en tanto texto destinado a algún otro, Foucault sostuvo que en ella: “se lee lo que se escribe, del mismo modo que, al decir algo, uno oye lo que se dice”.<sup>4</sup> De modo similar, la entrevista actúa sobre el gesto mismo de la escritura, sobre el escucha que la transcribe, así como sobre aquel que lee y relee. Lo que es una plática entre dos, para entrever (*entre-voir*), de manera fluida o dinámica, se convierte en escritura. En este sentido, la entrevista da cuenta de una relación dialógica que hunde sus raíces en la conversación y en el diálogo; por lo cual, en tanto técnica de extracción que permite dar cuenta de sucesos y fenómenos extraordinarios, como el conocimiento del otro, la sensibilidad de las diferencias, el desciframiento de creencias y costumbres, tiene gran valor en la investigación social, como es el caso extraordinario de la sociología y la antropología, aunque también en la historia. Veamos.

Desde hace dos siglos, la antropología encontró una fuente de conocimiento en los ‘salvajes’ y ‘primitivos’, a quienes se debía interrogar para desmitificar la preeminencia de las creencias religiosas, mágicas y sobrenaturales en su vida social. Esto, como explicó E. E. Evans-Pritchard, correspondía a los intereses coloniales y a la idea del evolucionismo, que en ellos creía haber encontrado el eslabón perdido entre el hombre y el mono.<sup>5</sup> A través del trabajo de campo

---

3 Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, T1, 22ª edición (Madrid, 2001), 935.

4 Michel Foucault, “La escritura de sí”. En *Obras esenciales* (Barcelona: Paidós, 2015), 944.

5 Edward Evan Evans-Pritchard, “Introducción”. En *Las teorías de la religión primitiva*. Trad. Mercedes Abad y Carlos Piera (Madrid: Siglo XXI, 1991), 11-39.

intensivo, la especulación teórica se confrontaba con la experiencia directa y así la etnografía se nutría con el contenido emanado de la investigación de campo. Para Bronisław Malinowski, aunque también para Franz Boas, la teoría se relacionaba con los hechos gracias al trabajo de campo, haciendo posible captar la vida social de hombres vivos, de manera directa, a través de la inmersión durante períodos amplios en localidades concebidas como espacios de observación y análisis. “Informantes anónimos facilitaban genealogías, narraban cuentos populares, proclamaban las normas y aparentemente se sometían a ellas, nosotros nos familiarizábamos con los trobiand”, escribió Kaberry a propósito de los métodos del trabajo de campo y la literatura etnográfica.<sup>6</sup>

Estos informantes anónimos han sido los traductores de una lengua a otra, de una a otra civilización, desde antaño. En sus recorridos, Heródoto echó mano de ellos. Aunque era monolingüe, su visión cosmopolita le permitió captar las diferentes lenguas y los problemas relacionados con el lenguaje, tanto en las conversaciones y diálogos que describió entre personas que hablaban diferentes lenguas (la de los egipcios o la de los persas, por ejemplo), como entre quienes le contaban algo o incluso le leían o traducían.<sup>7</sup> “Yo sé que así fueron las cosas por habérselo oído a los delfios”,<sup>8</sup> o bien: “Esto es, pues, lo que oí de labios de los sacerdotes de Tebas”.<sup>9</sup> De ahí que, como asentó Marcel Detienne, “el *histôr* es un testigo, es el que *ve* y el que *oye*”.<sup>10</sup> Así, desde antaño, la indagación a través de informantes e intérpretes, con quienes se conversa y dialoga, ha sido un método para conocer el mundo circundante, cuyos riesgos, excesos y peligros han sido advertidos desde tiempo atrás.<sup>11</sup> “No tratamos”, escribió Clifford Geertz acerca de la investigación etnográfica, “de convertirnos en nativos (...) o de imitar a los

---

6 Phyllis Kaberry, “La contribución de Malinowski a los métodos del trabajo de campo y la literatura etnográfica”. En *Hombre y cultura. La obra de Bronisław Malinowski*, ed. de Raymond Firth. Trad. Ramón Valdez del Toro (México: Siglo XXI, 1999), 85.

7 Heródoto, *Historia*. Trad. de Carlos Shrader, 5 tomos (Barcelona: Gredos/RBA, 2006) Los libros se presentan en números romanos y los capítulos en números arábigos. Véase, por ejemplo: I.86.6; II.154.2; III.19.1; III.38.3-4; III.140.3; IV.24.

8 *Ibíd.*, I, 20.

9 *Ibíd.*, II, 55.

10 Marcel Detienne, *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica* (México: Sexto Piso, 2004), 160, nota al pie 80.

11 Por ejemplo, ante la ausencia de testimonios documentales debido a la distancia en el tiempo (la prehistoria) o ante la insuficiencia de una cultura material que hubiese sobrevivido hasta el momento del contacto entre el observador y el observado, o el entrevistador y el entrevistado, la cultura oral adquirió protagonismo. Esta fue la condición de base que dio pie a lo que durante mucho

nativos (...). Lo que procuramos es (en el sentido amplio del término en el cual éste designa mucho más que la charla) conversar con ellos”.<sup>12</sup>

Con sus evidentes diferencias, hay sin embargo similitudes de entrada entre esta técnica de conocimiento compartida entre la etnografía y la historia; una técnica de estudio que no es el objeto de estudio mismo, sino un medio para observar, conversar, registrar y analizar en un medio social determinado. Al relacionar la antropología con la historia, E. E. Evans-Pritchard consideraba que en Inglaterra los antropólogos tenían algunas ventajas que no tenían los historiadores de Francia: “La principal de estas ventajas es nuestra experiencia en el trabajo de campo”, y agregó un ejemplo: “Hay una gran diferencia entre leer sobre las instituciones feudales en crónicas y ordenanzas reales y vivir en medio de algo similar durante un par de años o más”.<sup>13</sup> La diferencia gnoseológica es evidente: mientras que el antropólogo puede producir sus propias fuentes, el historiador de las sociedades del pasado no está en condiciones de hacerlo. Ahora bien, entre la observación indirecta del pasado y la inmersión en el presente, entre la lectura indirecta de los testimonios y hablar con los protagonistas de los hechos, entre la imaginación histórica y la observación cercana de un comportamiento (durante períodos largos y en un medio social), la reflexión de Pritchard adquiere todo el valor de un síntoma: el historiador debe viajar al pasado; el antropólogo está en el presente y hace el trabajo de campo en su época, observando e interactuando con un sinnúmero de personajes y testimonios. ¿No obstante, no es ésta una tarea que también desempeña un historiador?

Sostener que los historiadores del presente puedan recrear épocas o episodios a voluntad es absurdo; sin embargo, considerar que el presente pueda serle útil para el conocimiento social es innegable. “La idea misma que el pasado, en cuanto tal, pueda ser objeto de una ciencia es absurda”, escribió Marc Bloch,<sup>14</sup> considerando que, al haber una frontera porosa entre el pasado y el presente, en realidad el historiador debía ver tanto a un tiempo como al otro. Dos tiempos, un solo momento de la duración, una oportunidad extraordinaria para ver el

---

tiempo se llamó ‘pueblos sin historia’ y que solo hasta la década de 1970 se matizó como ‘pueblos sin tradición escrita’.

12 Clifford Geertz, “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”. En *La interpretación de las culturas*. Trad. Alberto L. Bixio (Madrid: Gedisa, 2005), 27.

13 Edward Evan Evans-Pritchard, “Antropología e historia”. En *Ensayos de antropología social*. Trad. Miguel Rivera Dorado (Madrid: Siglo XXI, 2006), 69.

14 Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Ed. de Étienne Bloch, pref. de Jacques Le Goff y trad. de María Jiménez y Danielle Zaslavsky (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), 137.



cambio social a gran escala; todo ello a través del observatorio del presente, al cual Bloch concebía como un laboratorio de análisis y experimentación de las hipótesis cuyo valor heurístico era extraordinario, según consideró, sobre todo, en el caso del método regresivo: “el camino natural de toda investigación es ir de lo mejor conocido, o lo menos mal conocido, a lo más oscuro”.<sup>15</sup> Así, el presente le proporciona a su curioso explorador un número exponencial de testigos e informantes a quienes puede hacer hablar, incluso contra su voluntad —como en el caso de los testimonios indirectos, compuestos, en ocasiones, por registros escritos de testimonios orales—; es decir, pasando el cepillo a contrapelo, como decía Walter Benjamin en la “Tesis VII” sobre el concepto de historia.<sup>16</sup>

En la base de la investigación histórica, escribió Marc Bloch, se encuentra la “duda examinadora”.<sup>17</sup> Con ello invitaba a pensar en que toda huella, todo registro de las obras y las acciones de los hombres y mujeres en el tiempo, dependía de la mirada y la inteligencia (más que en el tema o en la fuente) de quien dirigía la investigación. De acuerdo con esta idea, la investigación está guiada analíticamente por el cuestionario: de este depende la dirección de la encuesta, la delimitación de los objetivos, la formulación de las hipótesis. Las preguntas que lo integran representan la observación activa de quien las ha formulado. A propósito del cuestionario, él escribió: “Tal es efectivamente la primera necesidad de toda investigación histórica bien llevada a cabo”.<sup>18</sup>

Un “cuestionario que desde el inicio apunta hacia una aproximación sintética”,<sup>19</sup> según escribió Carlo Ginzburg acerca de la actualidad del oficio del historiador, era para Marc Bloch, a su vez, el mecanismo que permite captar las acciones humanas en todas sus dimensiones, en toda su complejidad: “El buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea la carne humana, ahí sabe que está su presa”.<sup>20</sup> Con base en esta metáfora, el historiador se convierte así en cazador: husmea por doquier, olfatea huellas, lee, clasifica, compara y analiza los múltiples testimonios, en ocasiones monumentales, pero a menudo fragmentarios, involuntarios y azarosos, con el objetivo de rastrear las huellas

---

15 *Ibíd.*, 156.

16 Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Trad. de Bolívar Echeverría (México: Contrahistorias, 2005), 22.

17 Marc Bloch, *Apología para la historia*, 187.

18 *Ibíd.*, 171.

19 Carlo Ginzburg, “Nuestras palabras y las suyas. Una reflexión sobre el Oficio de historiador, hoy”. Trad. Carlos Alberto Ríos y América Bustamante. En *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, año 9, n.º 19 (sep. 2012-feb. 2013), 21.

20 Marc Bloch, *Apología para la historia*, 139.

que los seres humanos van dejando a lo largo del tiempo. Es decir, el resultado de la investigación se juega desde el cuestionario: la pesquisa, la indagación.

Con base en sus investigaciones sobre la brujería y una lectura osada de las actas procesales de la Inquisición, Carlo Ginzburg propuso una analogía curiosa: el inquisidor como antropólogo; su objetivo era conocer hasta los más íntimos detalles de los cultos de carácter extático de los *benandanti*, quienes salían volando a combatir en espíritu contra las brujas, librando batallas nocturnas de cuyo resultado dependía la fertilidad de los campos, ideas por las cuales fueron violentamente asimilados a la brujería diabólica.<sup>21</sup> Los registros escritos de los testimonios orales de los *benandanti* contienen las voces de los acusados y los inquisidores: preguntas y respuestas cuyas insistencias, aclaraciones, deslindes, resistencias, presiones, silencios, representan “un auténtico y cabal diálogo”, escribió Ginzburg.<sup>22</sup> “El valor etnográfico de estos procesos friulianos es extraordinario”, apunta. “No sólo palabras, sino gestos, silencios, reacciones casi imperceptibles como un repentino rubor fueron registrados por los notarios del Santo Oficio con puntillosa minucia”.<sup>23</sup>

La serie de preguntas y respuestas hacen de las actas de los juicios inquisitoriales documentos intrínsecamente dialógicos. Por ello, la reflexión de Ginzburg sobre la naturaleza de las actas es interesante por dos características: primero, los registros escritos están compuestos por testimonios orales; segundo, los inquisidores que (gracias a una relación asimétrica de poder) extraen información a los informantes (y acusados), parecen antropólogos redactando hasta los más mínimos detalles en su libreta de campo. Al estar consciente de los aspectos textuales de la descripción etnográfica, Clifford Geertz se cuestionó: “¿Qué hace el etnógrafo? El etnógrafo escribe”.<sup>24</sup> En una palabra, genera sus documentos, así como hace siglos los inquisidores crearon los suyos. Polémico, pero revelador, el caso siguiente da cuenta de ello:

Las entrevistas son evidencias que los historiadores crean y producen. No hacemos lo mismo con ningún otro tipo de evidencia. Por supuesto, todos leemos los documentos de diferentes maneras. Pero las entrevistas son especiales porque son nuestra creación, y nosotros somos los que preguntamos. Vemos

---

21 Carlo Ginzburg, *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos xvi y xvii*. Trad. Dulce María Zúñiga Chávez y Juan Carlos Rodríguez Aguilar (México: Universidad de Guadalajara), 2005.

22 Carlo Ginzburg, “El historiador como antropólogo”. En *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Trad. Luciano Padilla López (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010), 402.

23 *Ibíd.*, 403.

24 Clifford Geertz, “Descripción densa”, 31.

nuestras entrevistas como documentos muy personales, como de hecho lo son. Las hemos hecho nosotros y, por tanto, tenemos un cierto recelo hacia ellas porque son de creación muy personal. Pero también tenemos un sentimiento de propiedad precisamente porque las hemos hecho nosotros. Creamos la entrevista y luego la metemos en nuestra estantería o en el fondo de nuestro cajón de archivos. No es equivalente a ningún otro tipo de documentación porque es nuestra, es lo que hemos creado.<sup>25</sup>

Frente a ello, los historiadores deben acercarse a los documentos con la misma actitud inquisitiva de antropólogos e inquisidores. El presente les confiere un horizonte de posibilidad que el pasado les niega: crear sus propias fuentes, elaborar sus propios documentos. La entrevista brinda esta oportunidad. Beatriz Sarlo escribió que, “como ningún otro género, la entrevista construye su fuente”.<sup>26</sup>

## La entrevista, el testimonio y el testigo

Género periodístico *par excellence*, método de indagación y obtención de hechos y datos de primera mano, la entrevista es una técnica de investigación tan familiar como desconocida. Común en el oficio periodístico en sus distintos géneros (crónica, reportaje, investigación, artículo, columna),<sup>27</sup> utilizada ocasionalmente en las investigaciones de ciencias humanas para registrar datos cuyo acontecer es vertiginoso y fragmentario, la entrevista mantiene frente a estas una relación de intercambio desigual. Si bien es considerada un género que está a medio camino de la escritura elaborada y el pensamiento, su estatuto metodológico está reducido a una técnica de extracción. Es considerada una herramienta auxiliar en la investigación social (caso parecido al de las decimonónicas ‘ciencias auxiliares de la historia’), cuya importancia se mide por su capacidad de extraer el dato que falta o de sustituir el dato existente.

En nuestro medio, el periodismo y la literatura ofrecen un resultado notable de su aplicación, pues ha sido utilizada para la obtención de datos de primera mano y como sonda de penetración al mundo del arte, la cultura y la intelectualidad. Pareciera que, si la entrevista reúne todos los aspectos de la escritura,

---

25 Donald Ritchie *et al.*, “Interviews as historical evidence: a discussion of new standards of documentation and access”. *The history teacher*, vol. 24, n.º 2 (feb. 1991), 227.

26 Leonor Arfuch, *La entrevista, una invención dialógica*. Pról. Beatriz Sarlo (Barcelona: Paidós, 2010), 15.

27 Gabriel Bauducco, *Secretos de la entrevista. Manual para periodistas* (México: Trillas, 2015).

lo hace a condición de dar cuenta de todos ellos.<sup>28</sup> En *La entrevista, una invención dialógica*, Leonor Arfuch ha considerado que, durante el siglo xx, las ciencias sociales “fueron adueñándose de la entrevista como medio de producción de conocimiento válido para dar cuenta de múltiples fenómenos”, tales como: “historias de vida, autobiografías, relatos de historia oral, recolecciones con cuestionario abierto, dirigido o semidirigido”.<sup>29</sup>

En el terreno de la historiografía, las entrevistas han sido un género cuyo interés es cada vez mayor. Su estudio en términos teóricos y metodológicos nos remite a la serie de preguntas y respuestas del cuestionario utilizado por los historiadores: este permite observar, registrar, analizar y rescatar lo dicho y lo visto (antes y durante la conversación), al igual que invita a la penetración con el moderno informante: el entrevistado que responde a su interrogador. Persona y sujeto —antes que objeto— responde al cuestionario, aunque también se resiste, se inconforma y rechaza el sentido del cuestionamiento. No obstante, su uso y aplicación es distinto, por lo cual los resultados de la investigación también suelen ser diferentes.

En razón de su uso metodológico, sea el caso de los historiadores de México, sea el caso de los historiadores europeos y norteamericanos, algunos libros de entrevistas de corte historiográfico podrían clasificarse en los siguientes tipos: a) Entrevista en formato clásico, breve, para ser publicada en revistas.<sup>30</sup> b) En forma de cuestionario a distancia.<sup>31</sup> c) En forma de conversación con expertos

---

28 Joseph O'Connor y Cristina Pacheco, *La luz de México. Entrevistas con pintores y fotógrafos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995). Cristina Pacheco, *Al pie de la letra. Entrevistas con escritores*. Comp. y pról. Mauricio José Sanders Cortés (México: Fondo de Cultura Económica, 2014). Adela Salinas, *Primero Dios. Los escritores mexicanos hablan de sus amores, odios, peleas y reconciliaciones con la divinidad* (México: Colibrí, 1999). Silvia Lemus, *Tratos y retratos* (México: Fondo de Cultura Económica, 2013). Julio Scherer García, *Entrevistas para la historia* (México: Proceso, 2015). Luciano Concheiro y Ana Sofía Rodríguez, *El intelectual mexicano: una especie en extinción* (México: DeBolsillo, 2017).

29 Leonor Arfuch, *La entrevista, una invención dialógica*, 122.

30 Maria Lúcia Pallares-Burke, *La nueva historia: nueve entrevistas* (Universitat de València, Universidad de Granada, 2005). Christopher Domínguez Michael, *Profetas del pasado. Quince voces de la historiografía sobre México* (México: Universidad Autónoma de Nuevo León / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Ediciones Era, 2015). Alfonso Mendiola, *Diálogo con historiadores* (México: Ediciones Navarra / El ojo viajero, 2017).

31 Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, comps., *Historiadores de México en el siglo xx* (México: Conaculta / Fondo de Cultura Económica, 1996). Un libro que contiene algunas entrevistas.

—quienes sirven de correa de transmisión, o vínculo indirecto, de la experiencia del otro— en personajes históricos.<sup>32</sup> d) A profundidad, de varias horas de duración y acompañada por un estudio introductorio a la biografía intelectual del personaje.<sup>33</sup> e) Uso metódico y extenso de las entrevistas, a modo de archivo oral con cientos de testimonios.<sup>34</sup>

Sea para preservar mitos, leyendas, lenguas en vías de desaparición, saberes originarios (plantas medicinales, cuidado de la salud, acuerdos comunitarios, relación entre el cultivo del maíz y la memoria colectiva...), sea para recuperar las experiencias de clases subalternas y grupos marginados (obreros, campesinos, estudiantes, guerrilleros, mujeres, gays...), la entrevista permite acceder y registrar el testimonio del que ‘estuvo ahí’, o de quien transmite lo que otros le contaron y escuchó decir. Sea por vía directa, o a través de sí, el testimonio preserva las voces del pasado, incluso las del presente.

En México hay obras de renombre que fueron construidas con testimonios orales. Por ejemplo, *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana* (1961), de Oscar Lewis, o *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral* (1971), de Elena Poniatowska. Incómodos y censurados por los gobiernos de turno, ambos libros tienen la facultad de reconstruir elaboradamente los testimonios del período reciente de su estudio para ponerlos a punto de la narración académica (la cultura de la pobreza) y periodística (la verdad de los acontecimientos). Distintas en sus temas, ambas obras sirvieron para dar cuenta de un fenómeno similar: las contradicciones del desarrollismo mexicano y el régimen represivo que lo sostenía. En la misma época, se publicó una obra que daba cuenta de la Guerra Cristera (1926-1929) en México: *La Cristiada* (1973), de Jean Meyer, cuyo trabajo de reconstrucción histórica se basó en una serie de entrevistas con testigos presenciales y participantes del conflicto: los cristeros. Su testimonio, recuperado una generación después de la rebelión campesina en Jalisco, evoca al del documental de Francesco Taboada, *Los últimos zapatistas, héroes olvidados*

---

32 David Mark Rubenstein, *The American story: Conversations with master historians* (New York: Simon & Schuster, 2019).

33 Carlos Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein: Crítica del sistema-mundo capitalista. Estudio y Entrevista*. (México: Ediciones Era, 2007). Y de quien escribe, François Dosse en *el país de la historia intelectual. Itinerario de un historiador* [en preparación].

34 François Dosse, *Historia del estructuralismo. Tomo 1: El campo del signo: 1945-1966*. Trad. María del Mar Linares (Madrid: Akal, 2004). *Historia del estructuralismo. Tomo 2: El canto del cisne: 1966-a nuestros días*. Trad. María del Mar Linares (Madrid: Akal, 2004). François Dosse, *La saga des intellectuels français. Tome I: À l'épreuve de l'histoire, 1944-1968* (Paris: Gallimard, 2018). *La saga des intellectuels français. Tome II: L'avenir en miettes, 1968-1989* (Paris: Gallimard, 2018).

(2002) donde doce centenarios zapatistas y veteranos de la Revolución Mexicana, fueron largamente entrevistados.

En las obras de Lewis, Poniatowska y Meyer (antropología, periodismo e historia), el testimonio oral emanado de la entrevista asume una doble condición: complemento de las demás fuentes, al sumarse a la documentación existente; reemplazo o sustitución del documento escrito, porque este es unilateral o porque no existe. Cualquiera que sea la forma, su resultado en términos de la investigación depende de los objetivos y el método de exposición. No obstante, con base en la evidencia testimonial se percibe el sujeto de atención: la familia pobre del centro de la Ciudad de México en pleno Estado de bienestar, los estudiantes asesinados en la Plaza de Tlatelolco, los campesinos rebeldes del Bajío. Se trata de un sujeto social colectivo, cuyo testimonio permite ver, con mayor profundidad, las condiciones de la sociedad durante un momento específico de su desarrollo (sea esta contemporánea al investigador, o bien se haya alejado por más de una generación): el milagro mexicano, la guerra sucia, la guerra cristera.

En la línea de *La noche de Tlatelolco*, se inscribe *Una historia oral de la infamia. Los ataques contra los normalistas de Ayotzinapa* (2016) de John Gibler, basado por completo en entrevistas extensas con sobrevivientes a los ataques contra los estudiantes de Ayotzinapa, entre el 16 y 17 de septiembre de 2014 en Iguala, Guerrero. Como en otros libros suyos, *Morir en México* (2011) o *México rebelde* (2013), el autor usa la entrevista para acercarse a los testigos directos de los casos de estudio. En *Tzompaxtle. La fuga de un guerrillero* (2014), Gibler entrevista durante más de treinta horas a un guerrillero del Ejército Popular Revolucionario (EPR), quien había sido torturado por las fuerzas armadas durante varios meses. A la hora de escribir, se enfrentó a la incredulidad de lo sucedido, al igual que la amnesia por bloqueo, que son las condiciones objetivas propias del sujeto que está siendo entrevistado: un actor social emanado de esas raíces sociales de la guerrilla recurrente en el país, un sobreviviente de la tortura en los campos militares.

La atención a los testigos, sobrevivientes y víctimas de episodios represivos dignos de la guerra sucia, sigue el mismo objetivo: rescatar la voz del sobreviviente para contar una narración alternativa emanada de su experiencia y, a través de ella, mostrar la política represiva del Estado mexicano y su relación con los cárteles del narcotráfico. Así, el estudiante-sobreviviente se convierte en la sonda de penetración a la desaparición forzada y la ausencia de justicia para con las víctimas de la tragedia. No es casual que sean los sobrevivientes, los pueblos de desplazados, los problemas psicosociales de la violencia de la así llamada “guerra contra el narco” (2006-2018), lo que en el impactante libro *Fuego Cruzado* (2011), ha capturado Marcela Turati, echando mano del trabajo de campo, investigación de fondo y las entrevistas. En *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte* (2012), editado por Turati y Daniela Rea, se explo-



ran las historias de vida de una generación atravesada por la violencia. En el mismo sentido, *Saldos de guerra. Las víctimas civiles en la lucha contra el narco* (2011), de Víctor Ronquillo, documenta los “daños colaterales” de la guerra y las violaciones a los derechos humanos.

Al igual que en el periodismo, también en la antropología, la sociología y la ciencia política el uso de la entrevista ha sido importante; en particular, a la hora de estudiar los movimientos sociales, las luchas indígenas en defensa de la autonomía y el territorio, emanadas a raíz del levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994. Las entrevistas extraen el testimonio de activistas políticos y de protagonistas directos de las luchas. Mujeres rebeldes e indígenas, comandantas y milicianas del EZLN: *Mujeres de maíz* (1997) de Guiomar Rovira. Comandantas y comandantes, milicianos y milicianas fundadoras del EZLN: *20 y 10, el fuego y la palabra* (2003) de Gloria Muñoz. Autoridades autónomas y participantes de las áreas de trabajo (educación, salud, justicia, entre otras) de los Caracoles zapatistas: *Autonomía zapatista. Otro mundo es posible* (2008), editado por Cristina Híjar (texto) y Juan E. García (fotografía). Antropólogos, periodistas y sociólogos comprometidos con la causa zapatista: *Los colores de la tierra. Nuevas generaciones zapatistas* (2007), coordinado por Aydeé Martínez. Autoridades indígenas e integrantes de colectivos: *Otras geografías. Experiencias de autonomías indígenas en México* (2009), coordinado por Giovanna Gasparello y Jaime Quintana. Delegados, representantes y autoridades indígenas de procesos autonómicos de todo México: *Testimonios indígenas de autonomía y resistencia* (2009), compilado por Silvia Soriano. Mujeres del Concejo Indígena de Gobierno (CIG): *Flores en el desierto* (2018), de Gloria Muñoz.

Breves, las entrevistas son individuales (mujeres y hombres, representantes y participantes de los procesos sociales), pero también de grupo, sean autoridades indígenas —Juntas de Buen Gobierno o Cabildos autónomos—, sean radios comunitarias, autoridades de Justicia y Seguridad o Policías Comunitarias. En este contexto destaca, por sus dimensiones y profundidad, *Corte de caja: entrevista al subcomandante Marcos* (2008), de Laura Castellanos, donde se hace un balance crítico del zapatismo desde sus orígenes, fundación y levantamiento armado, hasta el período abierto por la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* (2005) y *La Otra Campaña* (2006). La entrevista juega en dos registros: es personal y colectiva, va del Subcomandante Insurgente Marcos al proyecto social zapatista. Más recientemente, en *Crónica de un país embozado: 1994-2018* (2020) Laura Castellanos echó mano de la entrevista para reconstruir la historia de un país de enmascarados con pasamontañas, paliacates, capuchas, máscaras y camisetas, sean zapatistas, guerrilleros, autodefensas, malandros, anarquistas, ecoterroristas o comuneros en defensa del territorio, a quien se considera la expresión de la violencia popular más importante en los últimos años.



En este sentido, la diversidad de usos es muestra de la naturaleza maleable de la herramienta. “Los métodos cualitativos demandan ser utilizados según un modo de empleo riguroso, pero no rígido”, escribió Christian Lalive, a condición de que “luego de cada nueva investigación, se deba adaptar la herramienta a su proyecto y a sus materiales”.<sup>35</sup> Los datos se subordinan a los objetivos de la investigación y a su formulación teórica, no al revés. Esto es particularmente interesante por el uso que puede darse a la entrevista (y sus datos) en relación con la narración de la historia que se cuenta. Cuando se usa en el análisis social, puede dar pie a resultados extraordinarios y cautivadores, como en los libros de Svetlana Aleksiévitich: *Últimos testigos. Los niños de la segunda guerra mundial* (1985), *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro* (1997), *Tiempo de segunda mano*, también intitulada como *El fin del “Homo Sovieticus”* (2013), crónicas basadas en la experiencia directa de testigos, sobrevivientes y víctimas de dramas épicos. Galardonada con el Premio Nobel de Literatura, la obra de Svetlana Aleksiévitich representa un punto de quiebre en la literatura testimonial, en particular cuando se consideran los estudios sobre la Shoah.

Por ejemplo, en *Los narradores de Auschwitz* (2006), Esther Cohen analiza la literatura testimonial de Imre Kertész, Albert Camus, Franz Kafka, Primo Levi, Jean Améry, Victor Klemperer, Elie Wiesel, Etty Hillesum. Unos, testigos y sobrevivientes de los campos de concentración, cuyas plumas contaron la catástrofe; otros, considerados a sí mismos narradores a través de quienes hablaban los muertos; todos, sin embargo, contaron el exterminio planificado de judíos, gitanos, homosexuales y disidentes políticos, al traducir la experiencia de los campos en grandes obras testimoniales con el objetivo de hacer creíble lo increíble y así hacer vivible lo invivible en el plano de la vida cotidiana. Testimonio, a la vez que advertencia para el mundo nacido de los horrores de la guerra, la experiencia vivida en la inmediatez del dolor y el sufrimiento advierte sobre los peligros del resurgimiento del fascismo, así como de los peligros, igualmente nocivos, de la indiferencia. De alguna manera, el mundo posterior a la Shoah sería su heredero.

A diferencia de esta literatura, y con base en la evidencia obtenida en cientos de entrevistas, Svetlana Aleksiévitich presenta una polifonía —o quizá incluso una sinfonía— de voces, creando un crisol en el que se bañan todos los colores. Al multiplicarse los testigos, lo hacen también los testimonios. En su obra, la entrevista es método y el retrato coral ejercicio de estilo; de tal suerte que su obra sea piedra de toque para encontrar las extraordinarias posibilidades de la

---

35 Christian Lalive d’Epinay, “Récit de vie, ethos et comportement: pour une exégèse sociologique”. En *Méthodes d’analyse de contenu et sociologie*, ed. de Jean Remy et Daniëlle Ruquoy (Bruxelles: Facultés Universitaires Saint-Louis, 1990), 68.

entrevista, no solo por lo que hace con ella, sino, sobre todo, por cómo lo hace. Según reza una página de *Voces de Chernóbil*, los suyos son “monólogos de sobre qué se puede conversar con un vivo... y con un muerto”.

## La cuestión técnica de la entrevista

Desde hace casi medio siglo, en los Estados Unidos y en Europa, el auge de la historia oral<sup>36</sup> puso a la entrevista en el centro del debate sobre la recuperación de conocimientos y experiencias que se encontraban en campos de conocimiento distintos (la lingüística, la antropología o la sociología). Con el paso del tiempo, los temas se fueron diversificando (de la Shoah, a los golpes de Estado, los genocidios o las guerras, pasando por desastres como Chernóbil o Fukushima y epidemias como H1N1 o COVID-19), así como también variaron las fuentes y los géneros (autobiografías, correspondencias, diarios íntimos, memorias, historias de vida, memoriales). Gracias a las nuevas tecnologías, la recuperación de testimonios y su reproductibilidad técnica es cada vez mayor.<sup>37</sup>

No obstante, no se trata solo de una operación de rescate sistemático de testimonios orales para la historia, pues su uso y edición demanda un proyecto de investigación (para interpretar los datos y los hechos); al igual que preparación, creatividad e inventiva por parte del entrevistador. Como todo testimonio subordinado a los objetivos de la investigación, la entrevista no es una mera transcripción literal, una simple adecuación a la narración escrita o una llana traducción a la lengua en la cual será publicada. De lo contrario, la entrevista por sí misma puede resultar un esfuerzo vano, cuya contribución al conocimiento sea irrelevante: entrevistas ¿para qué?, es la cuestión de fondo.

Una cosa es preparar el cuestionario de la entrevista (objetivos, plan de la investigación) y hacerla (condiciones de realización, equipo de grabación de

---

36 Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986).

37 Los archivos históricos, algunos especializados, han permitido su registro, preservación y consulta. De tal suerte que las entrevistas han sido consideradas evidencia histórica, dando pie a interesantes discusiones sobre las normas de documentación y acceso en la órbita de la American Historical Association y la Oral Historical Association (véase el artículo de Donald Ritchie). En México, el Programa de Historia Oral, la Mediateca y la Fonoteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), el Archivo de la Palabra en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), la Asociación Mexicana de Historia Oral (AMHO), los Talleres de Historia Oral del Instituto Mora, destacan entre los esfuerzos pioneros para la preservación de testimonios orales relativos a la tradición, la cultura y la historia en México.

audio, video o ambos); otra muy distinta es transcribirla (parcial o totalmente) y editarla (siguiendo fielmente la secuencia de las preguntas o modificándola). Es evidente que debe respetarse la veracidad y la autenticidad de las respuestas sin hacerles interpolaciones o falsificaciones. Manipularlas es una falta todavía mayor que el plagio (aunque sería interesante para observar las motivaciones de quien lo hace). Sin duda, debe respetarse su autenticidad y fidelidad, pero la edición obedece de nuevo a los objetivos de la investigación, al igual que la edición de un filme obedece al guion cinematográfico. Se trata de un proceso analítico que gira en torno de la comprensión y la explicación, así como del proceso creativo que sirve a la narración. Es decir, una cosa es hacer la entrevista y otra, distinta, es analizarla.

Por sus características, la entrevista puede adoptar una serie de formas, en su aplicación y a la hora de la edición. De entrada, si bien las preguntas son en forma de cuestionario, este último no es cerrado ni su aplicación es mecánica. Debe ser una guía, una brújula que dé pie a la improvisación ahí donde sea necesario: sea para seguir una pista nueva, sea para ahondar en un tema de relevancia que no se tenía contemplado. Esto vale para el principio, así como para el resultado. Por ejemplo, François Dosse me comentó un día que, en ocasiones, de una entrevista amplia solamente recuperaba un fragmento, el que se citaba en su trabajo. Él suele entrevistar a intelectuales, así que cita fragmentos; no obstante, todo lo demás le sirve para reconstruir la atmósfera intelectual y las condiciones sociales de su formación. Cualquiera que haya hecho entrevistas tendrá presente una experiencia similar: entrevistas breves o amplias cuyas respuestas devienen en fragmentos.

Caso contrario es la entrevista de fondo (grabada en audio y video, con libreta en mano para señalar los temas de mayor envergadura y el minuto de su ubicación) que demanda una transcripción integral. En mi caso, con las entrevistas amplias he intentado hacer el experimento siguiente: alterar el orden de las respuestas para clasificarlas en grupos temáticos (los objetivos preliminares de la investigación), ordenándolas con subtítulos. La edición, no es una cuestión de formato: obedece al análisis y a la narración.

Ahora bien, en cuanto a los archivos que resguardan entrevistas, su objetivo es doble: preservarlas, claro está, pero con el objetivo de permitir su consulta, en tanto evidencias de investigación, para quien así lo desee. Sería deseable incorporarlas en el corpus documental de nuestras investigaciones, reconociéndolas como una fuente válida de información, que es resultado de la pesquisa. Para facilitar su consulta, estas deben contar con información detallada acerca de las características de su nacimiento (por qué eran necesarias, a qué objetivos sirven, cuál es su relevancia) y ser presentadas con un resumen, una introducción o presentación, un índice de su contenido, palabras clave y referencias externas

(transcripciones integrales o parciales, datos y hechos complementarios); es decir, con características similares a los documentos de archivo, para facilitar su registro, catalogación y consulta. Es más, con las nuevas tecnologías los repositorios orales (sean colectivos o privados, sean especializados o escolares), son más sencillos de hacer y menos onerosos. Además, pueden relacionarse en redes temáticas transnacionales que faciliten la preservación y consulta de las fuentes. Sin duda, las posibilidades son muchas.

No obstante, más allá de la entrevista en la época de la reproductibilidad técnica y de haber sido alojada en la historia oral,<sup>38</sup> aquella no es más que una técnica que puede ser utilizada en la investigación social, junto a otras posibles. Su peculiaridad es comunicarnos con lo que durante los años setenta del siglo pasado se llamó el ‘documento vivo’ (*document vécu*): ‘lo vivido’, ‘estar ahí’, ‘dar cuenta de’, que se transformó en un registro prioritario, planteando la necesidad de contar con archivos orales de clases o grupos sociales marginados, instituciones, prácticas culturales, lenguas ancestrales, etnias o pueblos, y volviendo más complejas las mediaciones entre el protagonista y el entrevistador (sea antropólogo, periodista, psicólogo o historiador). Su característica no es ser un método científico, pero en tanto herramienta de investigación convoca a los métodos para enriquecer el análisis; su carta de naturalización no es propia de la historia oral, sino que es una apátrida que articula campos distintos (historia popular, social, política e intelectual), al mismo tiempo que disciplinas distintas (psicología, comunicación, sociología); no ‘da voz a los sin voz’ sino que trasmite la experiencia de sujetos sociales del más diverso tipo, en razón del cuestionario y la temporalidad de la pesquisa.

Curiosamente, la entrevista articula el conocimiento práctico (¿cómo hacerla?) con el conocimiento teórico (¿entrevista para qué?) y, al hacerlo, se vuelve un recurso que transgrede la investigación libresco y archivística, situando a historiadoras e historiadores en las condiciones de vida y en la atmósfera mental del presente. La entrevista les brinda incluso la posibilidad de crear sus propios documentos con base en la evidencia directa (o indirecta) de testigos e informantes, quienes, como en el pasado, ‘estuvieron ahí’, ‘vieron cómo’, ‘escucharon qué’, hicieron tal cosa o dejaron de hacerla... Así, a través de testimonios y testigos que son sometidos a la luz de la crítica, podemos hacer viajes de idas y vueltas entre el pasado y el presente, intentando esclarecer, en algunos puntos, el uno por el otro. En el altar del tiempo habrá que hacer audibles las voces, todas las voces que puedan crear un retrato coral del pasado, a condición de que este sea también el del presente. En este prisma habría que

---

38 Jorge Aceves Lozano, comp., *Historia oral* (México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997).

considerar lo que, en el prefacio de *Europa en ruinas. Relatos de testigos oculares de los años de 1944 a 1948*, Hans Magnus Enzensberger escribió sobre el valor de la contemporaneidad del observador con aquello que ve: “las mejores fuentes serían los testimonios oculares de los coetáneos”.<sup>39</sup> A través de estos, historiadoras e historiadores pueden ver eso que no han visto y que no hubieran podido ver. En una curiosa analogía, ambos se parecen al Ulises del inframundo, quien alimenta las sombras con sangre para poder interrogarlas; después de todo, quizá los testimonios solo hablen cuando uno se atreve a cuestionarlos.

## **Epílogo. Por qué hacer una entrevista y cómo intentarlo: una experiencia**

Los manuales sobre entrevistas están disponibles para el amplio público y gozan de un interés cada vez mayor. Para quien desee conocer la técnica, la diversidad de su género y de sus aplicaciones, su lectura es necesaria. No obstante, quizá no haya nada mejor que leer entrevistas para darse cuenta de la maleabilidad de su uso y de la importancia de sus resultados; si no es que también de su insignificancia y de la banalidad de la entrevista como técnica de investigación.

Como toda técnica, la entrevista debe ser adecuadamente valorada a la hora de ponerla al servicio de la investigación. No basta con entrevistar, es necesario saber para qué hacerlo y cómo hacerlo. Como cualquier método y técnica de investigación social, la entrevista debe ser concebida más allá de la lógica instrumental que la ha convertido en un simple extractor de experiencias, en un medio para crear testimonios cuya validez científica es cuestionable y cuyos resultados son irrelevantes. ‘Dar voz’ es una operación transitiva: de la palabra a la letra que preserva el dato, si no de forma exacta al menos sí aproximada. Sin reflexionar desde el dato mismo y gracias a él, el triunfo de la investigación —entendida como el simple rescate del testimonio—, esto es, el hecho de dar voz —como si este fuera, por sí mismo, un criterio de validez científica—, se esgrime sobre la dimensión analítica y la capacidad problemática.

Comencé a hacer entrevistas hace casi veinte años y de manera por completo circunstancial. Es más, lo hice sin ninguna formación sobre su técnica ni conciencia de su potencial. Eso sí, había visto y escuchado muchas: en la televisión y en la radio era común ver o escuchar a los periodistas, con grabadora en mano, dirigiéndola a quienes entrevistaban. Había presenciado algunas más, en San Cristóbal de Las Casas, después del levantamiento armado el 1 de

---

39 Hans Magnus Enzensberger, ed., *Europa en ruinas. Relatos de testigos oculares de los años de 1944 a 1948*. Trad. Begoña Llovet Barquero (Madrid: Capitan Swing, 2013).

enero de 1994. La pequeña ciudad que entró a la historia universal gracias a la gran rebelión indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), vio convertida su plaza central en un inmenso set de televisión desde donde, diariamente y por espacio de varios meses, se transmitían las noticias. Periodistas, reporteros y corresponsales de la prensa local, nacional e internacional, deambulaban cotidianamente por el centro de la ciudad (“el parque”), transmitiendo frente al Palacio Municipal y la Catedral; en ocasiones, entrevistando tanto a los políticos de todo cuño (fuese al entonces presidente municipal, líder del grupo de los “coletos auténticos”, fuese a los representantes del gobierno federal encargados de las pláticas de paz) como a los escritores e intelectuales: Poniatowska, Monsiváis, Saramago.

En pocos días, el centro de la ciudad, plaza colonial centenaria edificada en el siglo *xvi*, pasó de zona de combate a zona de transmisión de las noticias. Era tal el grado de efervescencia política de esa época, que el sermón dominical del obispo de San Cristóbal, el “Tatik” Samuel Ruíz García (1924-2011), era grabado por aquellos periodistas que en la Catedral se mezclaban con la feligresía. Así, para unos y para otros, el púlpito se convirtió en un extraordinario medio de comunicación desde donde se predicaba la palabra que defendía “la opción por los pobres”. Mientras que el Comisionado por la Paz en Chiapas, Manuel Camacho Solís (1946-2015), oficiaba sus conferencias de prensa en el Seminario de la Diócesis de San Cristóbal; en febrero de 1994 la Catedral fue la sede de los diálogos de paz, los “diálogos de la Catedral”, y el escenario desde donde estos fueron transmitidos a todo el mundo. Así, por una extraña paradoja de la historia, mientras que la rebelión zapatista prometía un reencantamiento del mundo, comenzó reviviendo la Edad Media al final del siglo *xx*.

Marcado por el efecto de la historia, mi imaginación cultivada desde niño en las novelas de aventuras, travesías transoceánicas y descubrimientos geográficos, arqueológicos o culturales me impulsó al estudio del periodismo; pues, con la inocencia que da la ignorancia, deseaba ser corresponsal de guerra, pero al verme imposibilitado de ello (al igual que tampoco pude estudiar arqueología), entonces opté por la antropología, convirtiéndome, finalmente, en historiador. Es curioso que en la entrevista hallé lo que no había encontrado en la consulta de los archivos históricos: el Archivo Histórico Municipal, salvado del fuego el 1 de enero de 1994, gracias al argumento de que ahí también se encontraba la memoria indígena, según protagonizó Justus Fenner, quien más adelante sería mi maestro en la clase de archivonomía; pero también el Archivo Diocesano, salvado de la basura y organizado durante décadas por Angélica Inda y Andrés Aubry, a quien más adelante conocería de cerca cuando preparaba su libro *Chiapas a Contrapelo*; es decir, en la entrevista encontré la posibilidad de sacar provecho de mi doble condición de partícipe y testigo para hacer investigación



en terreno y tener la oportunidad de cruzar de una disciplina a otra, recreando el trabajo de campo y la observación participante de periodistas, sociólogos y antropólogos, lo cual me permitía entrar en contacto con el testimonio vivo.

No obstante, conforme más he puesto en práctica la técnica de la entrevista, más insatisfecho me siento con sus resultados, aunque, después de cierto tiempo de echar mano de ella, más claro me queda su alcance y sus posibilidades. En las páginas siguientes quisiera abordar tres dimensiones: a. Las condiciones de posibilidad: cómo conseguir la entrevista. b. La preparación técnica: qué preguntar y cómo hacerlo. c. La edición: diseño y creatividad.

## **Las condiciones de posibilidad: cómo conseguir la entrevista**

En ocasiones, ha sido la cercanía con el investigador lo que me ha impulsado a hacerle una entrevista: sí, la amistad directa o mediada facilita el contacto y la persuasión. Cuando uno es joven y comienza con la carrera académica, la intervención de los maestros facilita el acuerdo. Las entrevistas a François Dosse sobre la historiografía francesa (en francés e inédita), a Carlos Aguirre Rojas sobre la historiografía occidental (con América Bustamante, en *Takwá*, n. 7, 2003) y a Maurice Aymard sobre la obra de Fernand Braudel (en francés y español, en *Signos históricos*, n. 15, 2006), figuran en esta circunstancia. Si no mal recuerdo, todas ellas fueron grabadas en minicasetes y mi primera grabadora Sony.

En otras, la pertenencia a una revista o el espacio abierto en sus páginas favorecieron el acuerdo: saber que su testimonio será publicado es un aliciente, pues un cierto número de lectores tendrá acceso a ella. Las entrevistas a Giovanni Levi sobre la microhistoria italiana (*Contrahistorias*, n. 1, 2003), a Paco Ignacio Taibo II sobre la conmemoración del bicentenario (*Contrahistorias*, n. 15, 2010) y a Bryan Palmer y Marcelo Badaró sobre la obra de E. P. Thompson (con Alejandro Estrella, en inglés, en *Trashumante*, n. 4, 2014) se inscriben en esa circunstancia. También juega el rol de la difusión de resultados: un informe de investigación sobre la contrainsurgencia en territorio zapatista, elaborado por una asociación civil, dio como resultado una entrevista a Ernesto Ledesma, quien era su director y hoy es periodista fundador de *Rompeviento TV* (*Contrahistorias*, n. 10, 2008).

Más recientemente, mi interés en las vírgenes zapatistas devino en una conversación con el pintor que las creó en pleno territorio zapatista: Gustavo Chávez Pavón (*Alteridades*, n. 59, 2020). Una conversación sobre los nazis en México se convirtió en una entrevista con Juan Alberto Cedillo, corresponsal del semanario *Proceso* en Nuevo León, sobre la “guerra del narco” (*Iztapalapa*, en espera de asignación). En todos estos casos, se trata de entrevistas que fueron



publicadas en extenso y en revistas académicas. Todas ellas representan el resultado más notable del trabajo pacientemente realizado.

Pero hay otros casos, cuyo propósito era absolutamente distinto: grabaciones a testigos de un acontecimiento en el pasado, como la toma de San Cristóbal en enero de 1994, la irrupción del grupo de los coletos auténticos y los rumores de aquellos días. Son testigos presenciales e investigadores: antropólogos (Édgar Sulca Báez y Gaspar Morquecho), periodistas (Elio Enríquez, de *La Jornada*) e incluso el cronista de la ciudad de San Cristóbal (el profesor Jorge Paniagua Herrera, quien falleció en marzo de 2018). Aquí la conversación, el diálogo y la entrevista se mezclaron. Algunas no son más que ‘pláticas’. Por ejemplo, la insistencia del periodista de no permitir el uso de la grabadora y, en ocasiones, de que yo no apuntara ciertos nombres de gente todavía viva, se tradujo en indicaciones someras, precisiones de fechas, publicaciones y acontecimientos, pero no en una entrevista publicable.

Sucedió lo mismo con los entrevistados anteriores. Aunque yo pudiese grabar —con mi grabadora digital Sony y el teléfono celular, cuando a la primera se le agotaron las baterías— y tomar notas, yo buscaba información precisa sobre la atmósfera de 1994. Y la conseguí. La conversación con ellos me dio pistas de trabajo en archivo y hemeroteca, a la vez que me llevó a otros testigos y partícipes. Uno no busca solamente el dato concreto, sino la posibilidad de encontrarlo a través de otros medios y en otros testigos, aprovechando la información ya obtenida y las oportunidades que se presentan. Pero no siempre se corre con suerte. En la presentación de un periódico local solicité la entrevista al cronista adjunto de San Cristóbal, Manuel Burguete Estrada (1937-2018), quien fue uno de los presentadores y miembro de los coletos auténticos. Él accedió a conversar conmigo una vez que consultara su agenda. Después de varias llamadas telefónicas a su domicilio, en las que su esposa contestaba diciéndome: “Acaba de salir, llame mañana”, finalmente él mismo me contestó, diciéndome: “¡El cronista no está en casa!”.

Toda esta información preserva los testimonios del paso del tiempo, en espera de mejores condiciones para dar a luz una investigación sobre los rumores del advenimiento de la guerra en Chiapas y la toma de San Cristóbal, el 1 de enero de 1994. Si supiéramos con cierta anticipación qué tipo de investigaciones podríamos hacer a mediano plazo o qué necesidades debemos subsanar en una investigación de largo aliento (una tesis de doctorado o un libro monográfico, por ejemplo), podríamos ir reuniendo estos testimonios que, con el paso del tiempo, corren el riesgo de perderse. En este sentido, la pandemia de COVID-19 ha sido una dolorosa maestra, pues se ha llevado y nos ha impedido, o dificultado, el acceso a incontables maestros, amigos y colegas, de quienes tanto teníamos que aprender.

## La preparación técnica: qué preguntar y cómo hacerlo

La entrevista es una técnica de investigación que requiere de su propia brújula y ha sido utilizada como método de investigación en diversas disciplinas. Frente a ella, mi experiencia es más sencilla y el orden de sus resultados es todavía más pobre. No obstante, estoy convencido de la posibilidad de hacer este tipo de investigaciones, cuando la entrevista es considerada menos un método que una herramienta. Esto lo cambia todo. Así considerada, la entrevista se aplica de manera selectiva, una vez determinado su objetivo y utilidad en el marco del plan de la investigación.

A diferencia de la consulta, la conversación amplia e incluso una entrevista dirigida exigen unos conocimientos aproximados desde el punto de partida: cierta familiaridad con el caso, el libro, el personaje, el período, el tema central de la conversación, un perfil general del entrevistado; son/pueden ser grabadas y transcritas, en parte, con el objetivo de recuperar el dato, el concepto, el nombre, el lugar, el día, o sea: el fragmento que interese a los fines de la investigación. Por su parte, la entrevista a profundidad demanda un trabajo de preparación más amplio y en múltiples aspectos. Solo la transcripción integral de un tiempo mayor a una hora ya es una tarea que hace pensar a cualquiera sobre la decisión de entrevistar a alguien.

La primera tarea de una entrevista bien llevada a cabo es la elaboración de un cuestionario. En primer lugar, el cuestionario justifica la elección del sujeto cuyo testimonio es importante para la investigación: qué sabe o qué conoce en vez de o además de alguien que comparte su situación; qué necesitamos saber de su experiencia que complemente o sustituya lo que nosotros sabemos ya; cuál es la peculiaridad de su rol: ¿testigo, protagonista, creador? Aun cuando uno tenga claro cuál es el perfil del entrevistado, o entrevistada, debe saber por qué lo ha elegido junto a o en vez de otros u otras posibles. Cuando entrevisté a Giovanni Levi y a Maurice Aymard, sabía quiénes eran, pero aun así quería buscar la originalidad de la entrevista: algo que no hubieran dicho, que no hubieran explicado antes o que solamente ellos sabían: “¿Y qué ha pasado con los manuscritos, la correspondencia y los proyectos inéditos de Braudel?”, le pregunté a Aymard. La originalidad de la entrevista comienza con la elección, pero ningún personaje hablará a menos que se le sepa interrogar.

En segundo lugar, el cuestionario debe estar integrado por preguntas que vayan dando cuenta de un razonamiento lógico y que estén orientadas por un problema de investigación. El planteamiento suele ser ideal y está sujeto a cambios, pero es necesario contar con un punto de partida: hacia dónde irá el cuestionamiento, cuáles son sus objetivos. Por tanto, hay que documentarse

ampliamente con base en su trayectoria, su producción, su experiencia y participación. Tener a la mano el *curriculum vitae* es ingresar a una mina de oro. Si no es posible encontrarlo, es necesario armarlo con base en su producción escrita o visual. Como en toda investigación, no hay peor cosa que comenzar con un planteamiento mal hecho. Si hay otras entrevistas del personaje es obligatorio leerlas, pues estas sirven también para documentar la entrevista a la hora de la edición; también debe releerse y analizarse la producción que es de nuestro mayor interés (artículos, libros, reseñas, pinturas, etcétera).

Debe tomarse en cuenta que a mayor número de preguntas el tiempo de la entrevista también será mayor; por lo cual, a menor tiempo acordado la precisión se impone. Al igual que una exposición, el cuestionario debe tener una ruta que delimite claramente el inicio y el final: pregunta de apertura, preguntas sobre el tema central y pregunta de cierre. “¿Cuál es el balance que usted haría hoy de la microhistoria italiana, a más de un cuarto de siglo de su aparición?”, fue la pregunta inicial a Levi. Por el contrario, ya bien adentrados, le pregunté a Paco Ignacio Taibo II: “¿cómo verías el problema de la permanencia del zapatismo, el villismo y el magonismo en la memoria popular?, es decir, ¿cuál sería la radicalidad y la vigencia de estos grandes movimientos en el momento actual?”.

En esta ruta hay algunas preguntas que son absolutamente centrales, otras que pueden ser prescindibles, otras imprevisibles, pero surgen para precisar o matizar: “¿Cuáles son los grupos paramilitares que ahora están operando con toda impunidad en el territorio zapatista?”, cuestioné instintivamente a Ernesto Ledesma. O bien, mientras Juan Alberto Cedillo me contaba lo que había visto y oído en la cobertura de la “guerra del narco” en el Noreste de México, le hice una pregunta que no estaba considerada en el cuestionario: “Por un lado, eres un testigo directo de lo que ocurrió, pero por el otro, escuchas a los capos y, finalmente, pones a prueba tanto lo que has visto como lo que has escuchado. ¿En qué medida tu propia experiencia como reportero te sirve de filtro, de crítica?”.

Como en toda investigación, el cuestionario debe estar abierto: se enriquece conforme uno va sabiendo y pretende conocer más a profundidad. Es necesario estar atento al rumbo que puede tomar la entrevista sin que se desvíe del todo de la dirección contemplada. Además, el azar juega siempre un papel importante. Recuerdo que, cuando Alejandro Estrella y yo planteamos la entrevista a Bryan Palmer y Marcelo Badaró, no previmos la extensión de las respuestas de ambos entrevistados: solo la primera respuesta duró más de veinte minutos. Así que, sobre la marcha, elegimos las preguntas centrales: teníamos diez y eliminamos al menos la tercera parte. Aun así, la entrevista duró dos horas y treinta minutos. Al final, fueron ocho preguntas (algunas surgieron durante las respuestas y se plantearon solo para precisarlas o dirigir las). Ya editada y publicada, tuvo un formato de veinte páginas.

Una entrevista larga demanda condiciones: cuaderno en mano para leer el cuestionario y hacer las anotaciones, instrumento de grabación con el volumen previamente modulado y privacidad. Cometí el error de entrevistar a Levi en un patio, a la vista de medio mundo y con algunos testigos deseando intervenir; a Juan Alberto Cedillo y Elio Enríquez los entrevisté por separado y en diferentes lugares, en cafeterías donde se filtraba el sonido de la calle; a Maurice Aymard, en un restaurante donde el ruido de los comensales lo ponía nervioso. Aunque también fue en un café, con Ernesto Ledesma y con Gustavo Chávez Pavón no hubo inconveniente y fue debido a la hora, pues había poca gente. El lugar, así como la geografía en la historia, juega un papel preponderante. A Carlos Aguirre, Paco Ignacio Taibo II y por segunda vez a François Dosse, tuve la fortuna de entrevistarlos en sus casas. Con el último, la entrevista duró alrededor de cuatro horas y dio pie a un libro.

En toda entrevista es necesario tomar apuntes y hacer anotaciones del tiempo de grabación. Así como cuando se lee un libro uno va anotando las páginas donde aparecen las ideas centrales, también en la entrevista uno debe ir marcando en qué minuto aparecen las ideas clave. Así es fácil regresar a ellas, para escucharlas de nuevo o para transcribirlas. No hay que olvidar que la mayor parte de las entrevistas se traducen en frases minúsculas, ideas clave, referencias precisas. Es necesario evitar la tentación de trabajar en vano y hacer apología del trabajo inútil. Si la entrevista está pensada para ser publicada integralmente, hay que transcribirla por completo, pero si ha sido concebida para obtener información precisa, entonces hay que señalar en qué parte de la grabación se encuentra lo que uno busca.

## **La edición: diseño y creatividad**

Editar una entrevista a profundidad no es simplemente el acto de transcribirla totalmente, procurando ser fiel y probo. Es un proceso creativo que demanda limpiar las expresiones orales de reiteraciones, acomodar frases inconexas, situar los tiempos verbales en un solo registro y todo lo que demanda transformar la palabra en escritura. Además, hay que documentarla, añadiendo la información que es necesaria para acompañar ciertos señalamientos (la referencia a un personaje, lugar, publicación, concepto, técnica, etcétera). Pero todo esto es relativamente sencillo cuando se trata de una entrevista corta o con un número determinado de preguntas. Cuando hay entrevistas de fondo, en mi caso la última que le hice a François Dosse, opté por reacomodar el orden de las respuestas al hacer clasificaciones temáticas conforme a ciertos temas centrales. Cada clasificación se acompaña por un subtítulo. Al hacerlo, el lector encuentra temas identificables y un índice que le permite leer la entrevista a partir de los temas, de adelante hacia atrás o comenzando por el final. Es jugar a la rayuela.

Pondré un ejemplo concreto. Al inquirir la opinión de Dosse sobre la noción y el género de la *historia del tiempo presente* en los estudios históricos, su respuesta me permitió crear una unidad temática: “Cuando el pasado resurge en el presente: la historia del tiempo presente”, uno de los temas del índice. “La toma de la palabra: los archivos de la inteligencia viviente” es otro de los temas, resultado, a su vez, de una pregunta. Es decir, si una pregunta puede despertar una respuesta que dé paso a otras tantas preguntas, entonces se profundiza en una misma dirección: uno de los objetivos preliminares de la investigación. En ese sentido, la edición es más que la forma del contenido: es en sí misma una adecuación de los objetivos de la investigación que se pone al servicio de la clasificación de la información y de la narración historiográfica.

Otro ejemplo posible es el análisis de una entrevista. Este es un caso excepcional porque fue resultado de cuatro dictámenes: se me pidió convertir la entrevista a Juan Alberto Cedillo en un análisis sobre la entrevista. Debí convertir la forma “pregunta-respuesta” en unidades de análisis derivadas de los temas de mayor relevancia y que sobresalían por encima del conjunto: primero, cómo él había atestiguado la guerra; segundo, cómo la había contado. Es decir, el trabajo consistió en analizar al que había visto: su experiencia concreta; así como estudiar al que había escrito: su narración en artículos y libros. Así es como surgió: “El que ve, el que escribe. Contar la guerra, escribir el presente”, un análisis a partir de una entrevista que revela las condiciones del testigo, al igual que las condiciones de la creación de los testimonios y de cómo aquel cuenta la guerra y escribe la historia.

Es así como uno va transformando la información surgida de la entrevista (y la manera en la cual uno mismo va aprendiendo de sus errores). No se falsea, ni se hacen interpolaciones, ni se tergiversa, simplemente se ordena, se clasifica y se documenta como si fuera un libro temático. Aun aquí se contradice la idea de la fuente, de la cual emana la verdad en estado puro. Quien haya leído el expediente de los *benandanti*, se dará cuenta del magnífico trabajo estilístico y de crítica histórica que hizo Carlo Ginzburg para crear una narración histórica.

Ni en el archivo ni en la entrevista se presenta el dato prístino, sino que este se reelabora, se pone a prueba. Se trata entonces de conciliar la probidad científica con la dimensión problemática, las certezas de la ciencia con los nuevos descubrimientos, el rigor, la precisión y la exactitud, con la creatividad, la curiosidad y el ingenio. En una palabra, es necesario intentar el experimento.

## En torno a lo político y la identidad: una trayectoria para dar sentido al orden y al desorden, al pasado y al futuro

PABLO SÁNCHEZ LEÓN

**P**ensar lo político con relación al orden y al desorden ha ocupado la mayor parte de mi actividad académica como historiador desde hace ya un tiempo que se cuenta por décadas. En lo que sigue, intento resumir una trayectoria que es de progresiva toma de conciencia de los desafíos y problemas que me he ido encontrando hasta hacerme con un bagaje de enfoques y categorías para pensar históricamente qué es eso de “lo político”. Por el camino, yo mismo he renunciado a muchas certidumbres y he aprendido a buscar fuentes de inspiración en campos disciplinarios variados para tratar de comprender cómo se construyen las identidades colectivas, por negación y reconocimiento, en el espacio y el tiempo.

Como este texto estuvo en principio diseñado como una entrada sobre “lo político”, empiezo por unas cuestiones de definición. Algo elemental de partida es distinguir entre lo político y la política. En principio, parece bastante sencillo explicitar qué es la política, lo difícil sería entonces identificar y delimitar lo político con un mínimo de rigor y precisión. Este capítulo no aspira a dar la vuelta a una convención tan profundamente arraigada en los hábitos de los científicos sociales en general y de los historiadores en particular; pero al menos pretende cuestionarla ofreciendo una alternativa que considero más fructífera para la investigación, además de exigente y ambiciosa sin por ello ser necesariamente más complicada.

La clave no está en definir qué son la política y lo político sino en el valor relativo que se les concede en el conocimiento social. El asunto viene ya liado desde lo epistemológico. Se esté o no de acuerdo en que la política es la dimensión más importante de todo orden social o comunidad, lo cierto es que las ciencias sociales implicadas en su estudio han transmitido un legado bastante ambiguo al respecto. Para la sociología, la política es una esfera esencial de toda sociedad en la medida en que en ella se resuelven conflictos decisivos que, sin embargo, normalmente se explican por factores ajenos a la política; por su parte, la politología convierte la esfera de la política en objeto específico de estudio, pero como un mundo contenido en sí mismo y circunscrito a las instituciones formales. Estas dos maneras de abordar la esfera de la política se exageran, a su vez, en la historiografía académica.

El viejo historicismo del siglo XIX postuló un conocimiento acerca del pasado en el que la política representaba el vector central de los procesos humanos;<sup>1</sup> en la práctica, no obstante, redujo el campo de estudio de la historia a la interpretación de fenómenos de la alta política.<sup>2</sup> Con todo, ha sido la historia social académica del siglo XX, originariamente surgida en reacción a esa tendencia a circunscribir el pasado a las acciones de “grandes hombres” con altas responsabilidades, la que paradójicamente ha dejado a su paso una mayor desustanciación de la política al considerarla el lugar donde culminan los grandes procesos de cambio, pero a costa de vaciarla de toda lógica y contenido propios.<sup>3</sup> Se dirá que hace tiempo la historia social ha dejado de ser el paradigma historiográfico dominante, pero su lugar no lo ha ocupado ningún otro que predique un estatus central para la política en el conocimiento del pasado. Los hábitos son correosos, de manera que, en la práctica, la mayoría de los historiadores asume de forma implícita el esquema de la vieja historia social.

En mi formación, el primer gran paso que me liberó de estos espejismos que dan y a la vez quitan relevancia a la esfera política, consistió en ir más allá de

---

1 Frank Ankersmit, “Politics”. En *Meaning, Truth, and Reference in Historical Representation* (Oxford: Oxford University Press, 2012), 245-256.

2 George Gerson Iggers, *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012), 49-61; Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica* (Madrid: Siglo XXI, 1989), 1-12.

3 Jacques Le Goff, “¿Es la política el esqueleto de la historia?”. En *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval* (Barcelona: Gedisa, 1988 [1971]), 163-178; Geoff Eley y Keith Nield, “Why Does Social History Ignore Politics?”, *Social History*, vol. 5, n.º 2 (1980): 249-271; George Gerson Iggers, *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012).



la necesaria inclusión, en ella, de procesos de movilización social —revueltas, revoluciones, etc.— exteriores al marco establecido de instituciones formales —la corte, el marco constitucional, el sistema de partidos, etc.—. Para comprender el sentido de lo político hay que dar la vuelta completamente a la ecuación: al comprender que la política no es más que una de las esferas en las que se desenvuelve la lógica de lo político, todas las contradicciones y ambigüedades que acumula el tratamiento de la política se resuelven y lo político adquiere una relevancia profunda en la conformación de todo orden social, empezando por hacer comprensible la constitución de los sujetos.

## Lo político y la identidad

Lo político atañe a todo aquello que se ve sometido a polémica en un orden dado de cosas, encarnando en sujetos que expresan así su condición subjetiva. Hay un componente bélico, de antagonismo en la definición de lo político (polemizar proviene de *pólemos*, ‘guerra’ en griego). De hecho, en la filosofía política occidental existe una larga tradición que entiende lo político como la distinción entre el amigo y el enemigo.<sup>4</sup> Recientemente esta perspectiva ha sido recuperada para una visión radical de la política, según la cual el antagonismo no es una derivación posible y límite de las luchas políticas, sino un ingrediente constituyente a ella.<sup>5</sup> Esta comprensión ha coincidido con el auge, en la sociología de los movimientos sociales, de un interés por las cuestiones de identidad;<sup>6</sup> el espacio de comunicación establecido entre estas dos orientaciones permite anclar la reflexión sobre lo político en un sustrato más sociohistórico.

Lo político tiene que ver con la identidad en el sentido más elemental y a la vez más profundo: las identidades se construyen polemizando referentes valorativos establecidos con los que otros sujetos tienen construidos sus “yoes”.<sup>7</sup> El rechazo de alguna otra identidad, sus expresiones colectivas y su escala de valores (propia o adjudicada) es un rasgo elemental de lo político: se trata de un proceso sin concesiones en el que el sujeto se juega el sentido de sí mismo por relación a los otros, de ahí que se hable de un fenómeno “constitutivo”.

---

4 Carl Schmitt, *El concepto de lo político* (Madrid: Alianza, 1980 [1932]).

5 Chantal Mouffe, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo y democracia radical* (Barcelona: Paidós, 1999).

6 Sydney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (Madrid: Alianza, 1997), 33-117.

7 Alessandro Pizzorno, “Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de la elección racional”, *Sistema*, n.º 88 (1989): 27-42.

Esta perspectiva sobre lo político como algo enraizado en la construcción de la identidad, desborda la interpretación más estrecha y habitual que lo reduce al establecimiento de la distinción entre el amigo y el enemigo, pues ninguna identidad se construye solo negando a otra, sino que lo hace también reconociéndose sus miembros en torno a referentes compartidos. No hay exclusión sin alguna inclusión. Esto vincula la identidad con la otra gran dimensión entera de lo político que se justifica en el “sentido común” de los grupos (*i. e.*, lo que se siente en común como algo dado): la toma colectiva de decisiones. Lo político es también el espacio en el que los sujetos establecen fines comunes en torno a los cuales deliberan y actúan en consecuencia. Desde los hábitos académicos convencionales, este componente es más susceptible de ser caracterizado como un proceso “político” y normalmente también es más fácil de rastrear en procesos históricos que hayan dejado registro documental, pudiendo ser objeto de investigación y base para un paradigma acerca del conocimiento histórico.

Yo de hecho empecé por aquí, en mi comprensión crítica de las dinámicas sociales y políticas, al estudiar la configuración colectiva de la nobleza en las ciudades castellanas bajomedievales. Por mi inmersión en el conocido “debate Brenner”,<sup>8</sup> estaba persuadido de que la forma en que se organizaban las clases dominantes en el paso de la Edad Media a la Edad Moderna era esencial para dar cuenta de los conflictos políticos que jalonaron el auge de las monarquías centralizadas. Frente a la interpretación dominante, que se limitaba a constatar que la pequeña nobleza urbana se organizaba en forma de bandos que competían por el control de los oficios públicos y otros recursos escasos, rastree procesos alternativos de unificación corporativa de los privilegiados de alcance estamental activados en busca de representación colectiva en el gobierno local, un fenómeno que situé en el origen de la crisis que llevó al levantamiento de las Comunidades de Castilla en 1520.<sup>9</sup> No obstante, esta conclusión desembocó en todo un nuevo horizonte de reflexión, pues quería decir, no solo que hay conflictos internos a los grupos dominantes que resultan decisivos para el resto de las dinámicas sociales y políticas, sino que para dar cuenta de ellos hay que tener en consideración referentes de identidad que pueden llegar a ser experimentados como generadores de fronteras amigo/enemigo en el seno de una

---

8 Trevor Henry Aston y Charles Harding English Philpin, *El debate Brenner. Estructura de clases agrarias y desarrollo económico en la Europa preindustrial* (Barcelona: Crítica, 1988).

9 Pablo Sánchez León, *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla* (Madrid: Siglo XXI, 1998).

misma clase, en este caso referentes de identidad de tipo corporativo frente a los formatos clientelares más generalizados.<sup>10</sup>

Para llegar a esta conclusión partí de la que considero la más fina reflexión de la sociología histórica marxista sobre conflictos intraclase,<sup>11</sup> pero pronto tuve que dejar de lado el materialismo histórico, por su manera estrechamente instrumental —replicando en esto su matriz conceptual, que proviene de la economía política ilustrada y liberal— de concebir toda acción social relevante realizada por un sujeto. La instrumentalidad estratégica vale para dar cuenta de los actos que un individuo realiza cuando su identidad no está en juego; pero la construcción de la identidad individual, empezando por la exclusión antagonista y culminando en deliberaciones a partir de sentidos comunes inclusivos, es un proceso que depende de la valoración que los otros efectúan sobre los actos propios, operación en la que se estabilizan los referentes compartidos por los miembros de un grupo. Lo político es, en esencia, un procedimiento de corte valorativo por el cual un “yo” se constituye dentro de algún “espacio moral”, establecido o emergente,<sup>12</sup> que no está predeterminado ni bajo el control de los miembros individuales que lo conforman tomados por separado.

Este enfoque pone en cuestión situaciones o realidades “pre-políticas”, pues si lo político está en el núcleo mismo de la constitución de todo sujeto, no hay cabida para ningún estado subjetivo anterior; también desaconseja otras categorías habituales entre los historiadores, como “politización”, cuando con esta terminología normalmente se está queriendo decir “ideologización”, es decir, la toma de conciencia del valor de la política por la exposición de las personas a discursos ideológicos. Lo político es algo distinto y más elemental: la capacidad de someter a polémica significados establecidos es algo que se produce sin necesidad de remitir a constructos ideológicos ni empleando grandes recursos discursivos o intelectuales; pero cuando encarna en sujetos produce identidad, normalmente partiendo del rechazo de sentidos comunes establecidos.

Mi trabajo como investigador experimentó una transformación profunda al comprender que toda identidad colectiva —de clase, etnia, género, política, ideológica o cultural— encarna el despliegue de lo político. Me permitió situar

---

10 Pablo Sánchez León, “La constitución histórica del sujeto comunero: orden absolutista y lucha por la incorporación estamental en las ciudades de Castilla, 1350-1520”. En *En torno a las Comunidades de Castilla*, coord. por Fernando Martínez Gil (Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2002), 159-208.

11 Maurice Zeitlin, *The Civil Wars in Chile, or the Bourgeois Revolutions that Never Were* (Princeton: Princeton University Press, 1984).

12 Charles Taylor, “El yo en el espacio moral”. En *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna* (Barcelona: Paidós, 1996), 49-85.

esta dimensión en el centro de todos los procesos históricos significativos a cualquier nivel, lo cual ofrece la posibilidad de reflexionar, de un modo transversal, acerca de la realidad social y, a la vez, observar las identidades colectivas con grandes posibilidades para la investigación histórica. Aunque también trae consigo bastante exigencia analítica y metodológica.

## Lo político, lo valorativo y el lenguaje

En principio, una concepción antagonista de la acción como la que acompaña la puesta en valor de lo político, casa bastante bien con el marxismo y, en general, con las perspectivas que hacen hincapié en el conflicto. Hay un problema y consiste en que los estudiosos que se inspiran en estas tradiciones normalmente dan por constituido al sujeto que conflictúa. Mientras que la perspectiva identitaria sobre lo político entiende, en cambio, que la forja del sujeto es inseparable del proceso de la polemización que lleva a cabo y con el que expresa su identidad; por ello, es posible afirmar que el despliegue de lo político es lo que constituye al sujeto

Un enfoque así desafía toda forma de esencialismo, empezando por esas versiones estructuralistas que asumen que la identidad de los individuos o los grupos viene prestablecida por la posición que ocupan en la sociedad; pero también se distancia de la tendencia más reciente a derivar la identidad de los entramados culturales. Puesto que la polemización es lo que define lo político, la emergencia de una identidad colectiva provoca siempre alguna discontinuidad en una cultura dada, una quiebra, por limitada que sea, de los significados comúnmente establecidos. En eso, precisamente, consiste lo político: en una alteración de marcos y herencias valorativas dadas, produciendo nuevos referentes de significado y de identidad, dando lugar a nuevos sujetos.

En mi trayectoria, acabar con el estructuralismo resultó una aventura bastante atractiva, pues no provino de grandes disquisiciones epistemológicas y filosóficas sino que fue propiciada por mi exposición a las críticas de la llamada “teoría de la elección racional” de la microeconomía, la cual esboza una concepción no instrumental de la acción como la expuesta arriba. Resumiendo mucho algo que ya desde entonces me acompaña: los actos identitarios son constitutivos del sujeto y, por ello, no pueden tener carácter estratégico —ya que los criterios para poder realizar acciones instrumentales se conforman en torno a ellos y no están, por tanto, disponibles de antemano para el sujeto que decide—, sino que remiten a otro tipo de racionalidad “expresiva” de identidad o de valores innegociables; tal racionalidad normalmente se combina, a su vez, con otra que suele denominarse “procedimental”, pues refleja el seguimiento de normas y procedimientos establecidos que permiten a un individuo ser valo-

rado por otros en función de la adecuación a pautas comunes de significado, presentación social y acción.<sup>13</sup>

Hoy día esta tríada de racionalidades, que remite en última instancia a la obra de Max Weber,<sup>14</sup> se encuentra elegantemente formulada, incluso en clave antropológica, bajo la tríada *homo economicus*, *homo sociologicus* y *homo sentiens*.<sup>15</sup> Pero, en su momento, tomar ese camino resultó de decepciones profundas — especialmente con la tradición marxista, por la hegemonía que ejerce en ella el reduccionismo instrumentalista— y, además, a cambio de mucha incompreensión dentro del gremio, pues la mayoría de colegas historiadores no estaban dispuestos a abandonar la zona de confort que viene proporcionando el tradicional instrumentalismo de la historia económica y social tradicional —más implícito e inercial que otra cosa— y menos aún a realizar el esfuerzo que implica cuestionar el emergente utilitarismo —entonces en plena ofensiva imperialista sobre el conjunto de las ciencias sociales—. El precio pagado por este bloqueo ha sido elevado para el estado de las disciplinas sociales y humanas; al día de hoy creo que sigue sin ser habitual formar a los investigadores en un campo tan decisivo de la investigación como es este de las racionalidades de la acción.

En los años del cambio de milenio me dediqué a explorar las posibilidades de este viraje copernicano en la concepción del sujeto, gracias al cual podía, desde reinterpretar trayectorias del campesinado castellano en la Edad Moderna,<sup>16</sup> hasta iluminar con una luz distinta las motivaciones inconscientes de los propios historiadores.<sup>17</sup> El enfoque me permitió así volver sobre el tema de mi

---

13 Shaun Hargraves Heap, *Rationality in Economics* (Oxford: Basil Blackwell, 1989).

14 Gert Harald Mueller, “The Notion of Rationality in the Work of Max Weber”, *European Journal of Sociology / Archives Européennes de Sociologie*, vol. 20, n.º 1 (1979): 149-171.

15 Margaret Scotford Archer, “*Homo economicus*, *Homo sociologicus* and *Homo sentiens*”. En *Rational Choice Theory: Resisting Colonization*, ed. de Margaret Scotford Archer y Jonathan Quetzal Tritter (London & New York: Routledge, 2000), 36-57.

16 Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín, “Racionalidad sin utilitarismo: la caza y sus conflictos en el Escorial durante el Antiguo Régimen”, *Historia Agraria: revista de agricultura e historia rural*, n.º 24 (2001): 123-151; Pablo Sánchez León, Jesús Izquierdo Martín, “Orden absolutista y conflicto agrario: una interpretación institucional de la ‘venta de baldíos’ bajo el reinado de Felipe II”. En *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica* (Madrid: Parteluz, III, 1999), 345-367.

17 Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín, “Conocimiento, poder e identidad en los historiadores sociales españoles”. En *Clásicos de historia social en España. Una selección crítica*, comp. por Jesús Izquierdo y Pablo Sánchez León (Valencia: Historia Social, 2000), 7-53; Pablo Sánchez León, “Eva fuimos todas. La identidad

tesis y ofrecer una crítica de mi propio trabajo anterior, afinando la comprensión de esa visión performativa, no utilitarista y constitutiva del sujeto —en este caso, aplicada a la identidad de los comuneros castellanos de comienzos del siglo XVI— en la que lo político se muestra en su más esencial manifestación.<sup>18</sup>

Ya en ese trabajo de revisión se hizo evidente otra reorientación entera que necesariamente acompaña el interés por dar cuenta de lo político constitutivo, si se aspira a contextualizarlo con rigor en escenarios históricos. Lo político sitúa la producción de significado en el centro de sus relaciones con la identidad; reclama, por tanto, una atención al lenguaje que favorece sinergias con la semántica histórica y la historia de los conceptos, especialmente cuando se trata de investigar sobre el pasado. De hecho, este enfoque sobre lo político contribuye a explicar uno de los fenómenos destacados por la historia conceptual: la contestabilidad inherente al lenguaje político y social,<sup>19</sup> esto es, el hecho de que los significados de los conceptos se encuentran siempre sometidos a controversia, de manera que su asentamiento en una cultura se manifiesta precisamente en su disputabilidad y no por el grado de consenso que producen, como a primera vista parecería deber ser. La relación entre lo político, las estructuras de significado y la identidad se muestra, asimismo, en la distinción entre conceptos simétricos y asimétricos<sup>20</sup> —de enorme relevancia para comprender las lógicas de la dominación y la subalternidad entre grupos—. Los primeros se aplican a grupos que se identifican ellos también con su significado convencional (p. ej. definir como revolucionario a un militante comunista); mientras que los segundos niegan la identidad de aquellos a quienes se aplica (p. ej. definir como bárbaro a un indígena, o como pagano a un hinduista).

He basado una parte importante de mi investigación de los últimos años en la construcción de la ciudadanía en la España de los siglos XVIII al XIX, en la reflexión a partir de una estructura semántica de este tipo: el par plebe/pueblo. Al instituir en el lenguaje esa dicotomía, los ilustrados, y después los liberales españoles, lograron impedir con bastante éxito la hegemonía de la soberanía

---

de la historiadora de género”. En *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, ed. de Silvia Tubert (Madrid: Cátedra, 2003), 161-213.

18 Pablo Sánchez León, “La constitución histórica del sujeto comunero...”, 159-208.

19 Michael Freeden, *Ideologies and Political Theory: A Conceptual Approach* (Oxford: Clarendon Press, 1996).

20 Reinhart Koselleck, “Sobre la semántica histórico-política de los conceptos contrarios asimétricos”. En *Futuro pasado. Por una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993 [1979]), 205-250; un panorama en: Kay Junge y Kyrill Postoutenko, *Asymmetrical Concepts after Reinhart Koselleck* (Bielefeld/New Brunswick: Transcript Verlag-Transaction, 2011).



popular como fundamento del gobierno representativo, pues para ello primero se necesitaba superar dicha dicotomía; una noción omnicomprendiva de pueblo solo consiguió ser insertada en el lenguaje político del siglo XIX con lentitud y dificultad, conforme los ideólogos y activistas radicales fueron capaces de ofrecer un discurso que diluía la divisoria que mantenía a la plebe como un concepto en contraposición asimétrica al de pueblo.<sup>21</sup> Adoptar este enfoque implica ampliar y complejizar la clasificatoria de Koselleck: definir como plebe a una parte de la comunidad era una manera de negar su identidad, pero lo específico de esa categoría era que sus miembros normalmente se autoidentificaban como pueblo, que era justamente la categoría de la que se veían excluidos y, en consecuencia, los inhabilitaba para hablar por sí mismos; de ahí que fuesen miembros destacados del legítimo pueblo —inicialmente tachados siempre de demagogos populistas— quienes dieran voz a esa plebe excluida para representarla como pueblo. Merced a esta cualificación de la teoría de Koselleck, el par de contraconceptos asimétricos plebe/pueblo, genuinos del campo de la política moderna, puede ahora ser incorporado al estudio de los procesos de establecimiento del gobierno representativo anteriores a la democracia.

El ejemplo sirve de paso para combatir cierto prejuicio alimentado por una interesada confusión. Decir que lo político arranca del lenguaje no supone adoptar una posición idealista, que es como a menudo se intenta desacreditar el llamado “giro lingüístico”: como muestra el caso de la construcción de la identidad política popular bajo el liberalismo, lo político es siempre un proceso ineludiblemente performativo. Ahora bien, hay que llevar esta afirmación hasta el final y añadir, remitiendo a la bien asentada teoría de los actos de habla de Austin y Searle, que proferir discurso es la principal y más abundante actividad humana en comunidad. Una apreciación así permite dialogar con las versiones del materialismo histórico más sensibles a los fenómenos históricos de lucha de clases, pues estas suelen poner en valor procesos de acción colectiva de dimensión política que incluyen la confrontación de discursos. Por contra, se distancia de las preconcepciones —tan habituales entre los historiadores, los científicos sociales y los ciudadanos de a pie— que asumen que la distribución del poder está siempre dada de antemano en cualquier contexto, o que lo único que importa de los procesos políticos son sus resultados.

---

21 Pablo Sánchez León, *De plebe a pueblo. La participación política popular y el imaginario de la democracia en España, 1766-1868* (Barcelona: Bellaterra, 2022) y “‘People’, ‘Plebs’ and the Changing Boundaries of the Political: Asymmetrical Counter-Concepts at the Origins of Spanish Democratic Discourse, 1750-1875”. En *Beyond ‘Hellenes’ and ‘Barbarians’: Counter-Concepts and Conceptual Asymmetries in European Discourse*, ed. de Kirill Postoutenko (New York: Berghahn Books, 2022).



## Lo político y la política

Lo político reproduce su lógica también en la política, una esfera que igualmente atestigua la acción performativa de identidades, tanto desde la racionalidad amigo/enemigo, como en la acogida de procesos deliberativos colectivos; lo distintivo de la política es que en ella lo político opera de un modo formalizado en torno a instituciones más o menos especializadas y coordinadas, cuyos efectos a su vez se despliegan más allá de la esfera política, siendo por definición de alcance comunitario. Pero, además, lo político impele a la política su dinámica característica: las fronteras de la política se amplían por la irrupción de nuevas identidades políticas, de igual manera que se contraen como efecto de exclusiones de grupos e identidades.

Esa forma de operar de lo político sobre los marcos institucionales ha dado lugar a toda una manera de caracterizar los conflictos sociales en general, y los procesos de acción colectiva en particular, como luchas por el reconocimiento.<sup>22</sup> Concebir así las movilizaciones colectivas ayuda a no caer en la exégesis a la hora de estudiar su retórica, al poderse distinguir demandas elaboradas intencionalmente con fines estratégicos respecto al empleo de referentes expresivos de identidad y procedimientos instituidos, cuyos usos y significados los actores políticos no están en condiciones de manejar de modo instrumental.

A menudo, las luchas por el reconocimiento vienen acompañadas de nuevos referentes y normalmente modifican los significados hegemónicos o dominantes establecidos acerca de conceptos fundamentales de la política o la cultura; incluso pueden afectar al estatus de las propias actividades colectivas de protesta. Así, por ejemplo, prácticas políticas que hoy se consideran formas convencionales de participación ciudadana, eran hace apenas medio siglo despachadas como parte del repertorio de los movimientos sociales externos al sistema político; no son las prácticas en sí las que han cambiado, solo han sido resignificadas y, en ese proceso, son revalorizadas como formas de acción política legítima.

En mi investigación sobre la construcción de la ciudadanía moderna, he rastreado cómo las luchas por el reconocimiento desarrolladas en España durante la primera mitad del siglo XIX produjeron, como un efecto cumulativo no intencional, nuevos significados para términos fundamentales del lenguaje político. En torno a la pugna por dar voz y representar a la plebe excluida, se conformó toda una sensibilidad radical bastante transversal —el llamado doceañismo, que mitificaba la Constitución de 1812, entre otras razones porque esta había habilitado derechos políticos para una mayoría de varones adultos— desde la cual

---

<sup>22</sup> Axel Honneth, *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales* (Barcelona: Crítica, 1997).

fue progresivamente dignificándose el significado de democracia, término que al comienzo del ciclo del liberalismo concitaba toda clase de recelos y rechazos, permitiendo, en adelante, su apropiación por nuevas identidades ideológicas, especialmente republicanos y demócratas.

Los resultados de las luchas por el reconocimiento marcan el destino de los grupos y, con ello, de un modo inseparable, el de determinados referentes y valores en la cultura: consolidan o debilitan las identidades colectivas tanto como los lenguajes sobre los que se fundan las instituciones.<sup>23</sup> Los órdenes institucionales establecen sistemas clasificatorios que aspiran a perdurar y que reflejan el grado de reconocimiento logrado por las identidades colectivas en acción. Ahora bien, esta institucionalización de conceptos y significados nunca es absoluta, como no lo puede ser tampoco el reconocimiento, pues reconocer no deja de ser una manera de interpretar: siempre hay un diferencial, por residual que sea, entre el reconocimiento buscado y el obtenido. Por eso nunca deja de haber luchas por el reconocimiento: eventualmente ese diferencial podrá, a través de la elaboración de nuevos discursos antagónicos, permitir nuevas reidentificaciones subjetivas, dando pie a la conformación de nuevas identidades políticas y/o sociales.

Sin necesidad de asumir la perspectiva de las luchas por el reconocimiento, conviene tomarse en serio la recomendación metodológica que la acompaña: distinguir entre referentes de identidad y clasificaciones instituidas es elemental en toda investigación histórica que no quiera ser presa de funcionalismo, esencialismos y tautologías; adoptar esta distinción, por su parte, deja abiertos los procesos históricos a desenlaces contingentes, como los que acompañan el despliegue de lo político en general y, en particular, en la esfera de la política. El ejemplo de las sociedades premodernas resulta esclarecedor: en ellas, la desigualdad ante la ley fijaba en el derecho atribuciones grupales exclusivas que tenían una enorme influencia sobre las mentalidades colectivas; y aun así, en el Antiguo Régimen, todos y cada uno de los órganos legitimados como miembros del cuerpo político se hallaban en una constante búsqueda de reconocimiento —normalmente en forma de una pugna por mejorar el estatus a través de la obtención de privilegios, o al menos por preservarlo frente a la concurrencia de otros órganos—; ello revela una autonomía de los referentes de identidad respecto a los sistemas clasificatorios instituidos en el derecho, un fenómeno que no hace sino crecer aún más con el advenimiento de la modernidad y la separación formal entre estado y sociedad civil.

Estos y otros fenómenos que se producen dentro y fuera de la esfera política muestran que en los órdenes institucionales complejos el antagonismo es

---

23 Mary Douglas, *Cómo piensan las instituciones* (Madrid: Alianza, 1996).

una opción que se combina, de modo cambiante en el espacio y el tiempo, con un más plural y variado agonismo. La esfera que denominamos política lo que produce es un orden, fuera del cual queda lo que se entiende como desorden. En contraste, lo político, por definición, no tiene límites: cualquier aspecto de la vida en comunidad es, en principio, susceptible de ser sometido a polémica, momento en que pasa a ser observado de un modo político.<sup>24</sup> Si la política está presidida por la contingencia es porque lo político resulta siempre potencialmente desbordante.

En la actualidad trabajo justamente sobre esta cuestión de los desenlaces desbordantes en la crisis del Antiguo Régimen, tratando de superar la teleología que asume que todos los procesos que culminaron en el establecimiento del liberalismo tenían por común finalidad la ciudadanía, basada en el reconocimiento de derechos individuales. Hablar de lo político y de la política implica asumir que, dentro de la naturaleza contingente que define su mutua relación, está la posibilidad de experiencias y trayectorias de autogobierno —como los movimientos de juntas populares iniciados en la monarquía hispánica, en 1808, y reiterados en distintos contextos de crisis a lo largo de la primera mitad del siglo XIX en España y en el Nuevo Mundo poscolonial— que ni replican sin más las lógicas políticas tradicionales ni tampoco se ciñen al canon individualista de la política ciudadana moderna.

## Lo político y el tiempo

Lo político tiene algo potencialmente ilimitado, pero ha sido en la modernidad cuando se ha dado la posibilidad de pensarlo como un fenómeno absoluto, desde cuya lógica todas las relaciones comunitarias son susceptibles de ser sometidas a polémica y deliberación. La reflexión sobre lo político tiene, por tanto, una historia; es solo que esta se halla subsumida en otra más amplia y por partida doble: la de la política como espacio de reflexión en la cultura y la de la esfera política dentro del orden social. En torno de esa doble trayectoria, el concepto mismo de política ha protagonizado un proceso de creciente autonomía, experimentada a lo largo de la Edad Moderna,<sup>25</sup> dando así mayor presancia a la filosofía política en el mismo período que en el mundo occidental la

---

24 Alessandro Pizzorno, *Política absoluta, política sin límites* (Madrid: Postmetropolis, 2019).

25 Giuseppe Duso, “La ‘Begriffsgeschichte’ y el concepto moderno de poder”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Santander: Universidad de Santander-MacGraw Hill, 2013), 141-170.

política fue ganando centralidad en las relaciones comunitarias.<sup>26</sup> No obstante, justamente esa epifanía de la política como ciencia y como marco de relaciones comunitarias ha ocluido tomar conciencia de cómo su dinámica histórica está atravesada en profundidad por lo político, de manera que todos sus hitos pueden ser observados, a su vez, como efecto de polemizaciones y deliberaciones en torno a la esfera pública.

Más relevante que una historia política es la reflexión de lo político en relación a la temporalidad. Si la política va de la mano con la historia, lo político se relaciona con el tiempo a través de la memoria. Esta faceta no ha sido, que yo sepa, apenas elaborada por los científicos sociales y, en cambio, forma una de las dimensiones enteras de mi perspectiva sobre historia ciudadana. Una manera de entender la famosa y preñada expresión de Walter Benjamin de “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo” —en su séptima tesis sobre la filosofía de la historia—<sup>27</sup> es como una polemización del pasado que, buscando salvar del olvido a los vencidos, altera las estructuras temporales establecidas y sus fronteras convencionales, acortando o extendiendo los tiempos pretéritos hasta hacer que luchas remotas aparezcan como contemporáneas y, en cambio, como lejanas y perdidas en el pasado otras épocas previas más cercanas y hasta entonces narradas desde el marco hegemónico de los vencedores.<sup>28</sup> Visto así, tanto las proyecciones utópicas como las distópicas tendrían en común ser expresión de lo político, una imaginación acerca del futuro que aparece formulada por rechazo de un presente considerado degradante.<sup>29</sup>

La centralidad de lo político en la conformación de los regímenes de temporalidad e historicidad está aún por ser reconocida. La temporalidad es ante todo una dimensión inherente a la identidad y, por tanto, también a escala de conductas individuales, tiene una implicación con lo político. De hecho la crítica más demoledora al utilitarismo que subyace a toda la tradición de las ciencias sociales, y especialmente a la teoría económica y su sentido común instrumentalista, procede justamente de la comprensión de que, para poder actuar calculando costes contra beneficios, los individuos necesitamos asegu-

---

26 Javier Fernández Sebastián, “Política antigua - política moderna. Una perspectiva histórico-conceptual”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, n.º 35, fasc. 1 (2005): 165-184.

27 Walter Benjamin, “Tesis sobre filosofía de la historia”. En *Iluminaciones I* (Madrid: Taurus, 1973), 175-194.

28 Pablo Sánchez León, *Historia ciudadana. Recontar lo común político que heredamos* (Madrid: Postmetropolis, 2023).

29 Fredric Jameson, *Archaeologies of the Future. The Desire Called Utopia and Other Science Fictions* (London: Verso, 2005).

rarnos seguir siendo los mismos cuando tomamos una decisión y cuando nos beneficiamos de los resultados de la acción llevada a cabo (o al menos debemos creer que seguiremos siendo los mismos antes y después de cosechar los efectos de nuestras acciones), lo cual sitúa en el centro de toda teoría rigurosa de la agencia los actos efectuados para preservar la identidad, que no pueden estar sujetos a cálculo.<sup>30</sup>

Dado que la identidad es la continuidad de un sujeto en el tiempo, se puede decir que un individuo solo cambia cuando experimenta alguna quiebra que afecta el significado concedido a valores encarnados por las comunidades referenciales de su identidad. La memoria y el olvido son, vistos así, dos ingredientes inherentes a la identidad, igualmente inasequibles a una activación instrumental o a un tratamiento intencional. Como muestran los estudios sobre trauma, el pasado no se olvida a voluntad, más bien es a través del recuerdo como los individuos expresamos hasta qué punto no todo lo vivido y recibido por transmisión es ya pasado en nuestro presente.

## Lo político y lo impolítico

Otras veces, sin embargo, se olvidan vivencias sin querer. Si hay olvido es porque ese pasado ha quedado despolemizado. Lo político es potencialmente una lógica absoluta, pero históricamente siempre existen límites instituidos a la polemización ilimitada de la vida social. Un enfoque completo sobre lo político en el análisis histórico reclama así hacerse también cargo del vasto y variado universo de lo que no es susceptible de contestación, debate o polémica en una comunidad, y/o de aquello acerca de lo cual no está establecida la posibilidad de deliberar de forma colectiva y tomar decisiones vinculantes. Ambas dimensiones acotan el territorio de lo impolítico.<sup>31</sup>

Hay en todo orden social prejuicios y valores convencionalmente admitidos que no son objeto de polémica, permaneciendo inmunes a la lógica de lo político.<sup>32</sup> Conviene, en ese extremo, distinguir entre aquellas manifestaciones de lo impolítico que lo son por considerarse que atañen a un terreno inferior a la política y que no incumbe a la confrontación ideológica —las costumbres heredadas y/o tradiciones y atributos considerados inherentes a una cultura plasmados en prácticas comunitarias—, respecto de aquellas otras realidades que se entienden como situadas “más allá” de la política, avaladas por un

---

30 Alessandro Pizzorno, “Algún otro tipo de alteridad...”, 27-42.

31 Roberto Esposito, *Categorías de lo impolítico* (Buenos Aires: Katz, 2006).

32 Roberto Esposito, *Inmunitas. Protección y negación de la vida* (Buenos Aires: Amorrortu, 2005).

discurso que se asume como desprovisto o liberado de dimensión ideológica o carga política —específicamente la teología y, en general, el campo de las creencias religiosas—.

Qué cuestiones no son, en principio, polemizables y cuáles son las condiciones bajo las que, aquellas que no lo son, llegan a serlo, son asuntos que compete al historiador discernir: por ejemplo, la Ilustración aparece como un contexto de novedosa polemización en las culturas europeas de unas costumbres comunitarias hasta entonces bendecidas por la tradición, dando paso a políticas promotoras de una nueva concepción del sujeto como un individuo reflexivo desanclado de esos referentes colectivos y, por tanto, legitimado para someterlas a crítica. En esa misma época, por contra, las creencias religiosas dejaron de ser un criterio de exclusión antagonista, como venían siendo en el contexto inmediatamente precedente —durante las guerras confesionales de la primera Edad Moderna—, perdiendo así parte de su estatus dentro de las prioridades de la intervención institucional al paso de nuevas formulaciones de los vínculos sociales y la autoridad, fundados en el intercambio individual y la propiedad privada (aunque también, eventualmente, en el autogobierno colectivo con el auge del imaginario de ciudadanía).

Esta tarea de especificación histórica por parte del observador no tiene por qué circunscribirse al terreno de las ideas y los discursos; incumbe también a la comprensión del destino de las identidades grupales en acción. Dentro de la variedad de situaciones producidas por la lucha por el reconocimiento a lo largo de la historia, destaca el caso en que las identidades dejan de ser sometidas a polémica: un posible desenlace radical de los conflictos sociales es la denegación del reconocimiento. Esta opción se expresa, por un lado, en el discurso, a través de contraconceptos asimétricos (definir al “otro” como un pagano o como un bárbaro es, de hecho, una forma extrema de negarle reconocimiento); por otro, una vez instituida, toda denegación de reconocimiento pone en marcha una alteración profunda de la cuestión entera de la deliberación. Según el esquema de Max Weber, la racionalidad orientada a valores fundamenta procesos deliberativos, gracias a los cuales se hace posible el reconocimiento de la alteridad; en cambio, cuando los sujetos han sido previamente clasificados en una categoría que les niega reconocimiento, solamente se trata ya de deliberar acerca de qué medios son los más adecuados para dar destino a los individuos clasificados en ella.

Es en situaciones como esta donde se aprecia la importancia de distinguir entre racionalidad valorativa y racionalidad medios/fines, evitando a su vez confundir lo político con la política institucional. Desplegado en su versión absoluta, lo político implica que cualquiera es susceptible de ser declarado enemigo y, en consecuencia, excluido. No obstante, dicha opción se halla sujeta

a la contingencia inherente a lo político, la cual permite redefinir categorías de exclusión, deliberar caso por caso acerca de si incluir o no a individuos en una categoría dada e incluso resignificar grupos enteros como amigos o aliados. No obstante, cuando la clasificación de los sujetos no está sujeta a disputa, sino que se considera dada y no susceptible de interpretación, ni menos de redefinición, lo político desaparece del escenario dejando todo el espacio a la política y su estrecha lógica instrumental: sigue habiendo toma de decisiones, pero ya solo acerca de qué hacer con unos sujetos que, desprovistos de reconocimiento, son susceptibles de gestión como meros objetos de administración.

Una vez instituida una clasificación negadora de reconocimiento, la racionalidad medios/fines pone en marcha la maquinaria institucional de la exclusión, que puede adoptar formas de menos a más intensivas, pasando de la marginación y la discriminación a la opresión y, de ahí, a la segregación, para finalmente llegar a la represión. Todas estas opciones de biopolítica<sup>33</sup> se sustentan en uno de dos criterios clasificatorios: o bien la animalización, que comporta una transgresión con fines degradantes de otra frontera, esta vez entre naturaleza y cultura (*i. e.*, tratar al otro como un “cerdo” o un “perro” o como “ratas”, como lo nazis a los judíos); o bien la objetivación, que reduce las personas a cosas para ser usadas (*i. e.*, la concepción de la Antigüedad clásica del esclavo como *instrumentum vocale* perteneciente a una casa). El punto de fuga de esta gestión de la vida de sujetos sin reconocimiento es la necropolítica, la gestión del exterminio de los miembros de una categoría privada de referentes de identidad y humanidad.<sup>34</sup>

De nuevo conviene subrayar que, a diferencia del aniquilamiento —una forma de represión más individualizada y que suele estar vinculada a la exclusión del enemigo político o ideológico—, el exterminio es siempre un fenómeno masivo y de aspiración absoluta, pues con lo que pretende a acabar la lógica impolítica que lo preside no es con las personas sino con la categoría instituida, lo cual presupone la desaparición de todos los individuos clasificados en ella. Este tipo de desenlace necropolítico es exclusivo de la modernidad, ya que necesita de una apoyatura ideológica sofisticada, como la que ofrece la ciencia, que pueda legitimar el acto de aplicar a los otros una categoría de no-humanos.<sup>35</sup>

---

33 Giorgio Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida I* (Valencia: Pre-Textos, 2006).

34 Achille Mbembe, *Necropolítica* (Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2011).

35 Reinhart Koselleck, “Sobre la semántica histórico-política de los conceptos contrarios asimétricos”. En *Futuro pasado. Por una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993 [1979]), 205-250.



He trabajado sobre este asunto aplicado al caso de la guerra española de 1936. El enfoque me ha permitido ofrecer toda una serie de reflexiones sobre cómo abordar la figura del victimario, una temática que apenas comienza a despuntar en unos estudios sobre la represión y la racionalidad de la violencia que hasta hace poco se han circunscrito normalmente a las víctimas.<sup>36</sup> Creo que, desarrollando y contextualizando esta tesis de excluir sin recurrir a la deliberación, consigo resituar la interpretación entera de la guerra española en un marco que finalmente supera la tendencia a la equidistancia y la confusión entre verdugos y víctimas.

## Lo político y la ciudadanía

Lo político es una lógica de polemización y deliberación que se produce en numerosas esferas de la vida social y comunitaria, y que puede rastrearse en escenarios históricos muy variados. Pero, si dicha lógica ha terminado por ser identificada y teorizada, ello es porque, con la modernidad, la capacidad de polemizar encarna finalmente en un tipo de sujeto —el ciudadano y la ciudadana— cuyo reconocimiento incluye como un referente nuclear el ejercicio público de la capacidad humana de dar significado al mundo. Con la ciudadanía, el poder reflexivo inherente a lo político se despliega socialmente con legitimidad<sup>37</sup> y, a su vez, la centralidad alcanzada por la esfera política lo retroalimenta y convierte en potencial objeto de estudio científico.

La reflexividad es un recurso del que ningún sujeto moderno puede ser privado —ni siquiera aunque se limiten las libertades de expresión— y tampoco está sujeto a redistribuciones desiguales ni escaseces por vía institucional; sin duda, esto no es aplicable a la información, pero la clave de los procesos informativos sigue estando en la reflexividad polemizadora, como lo muestra el fenómeno de la proliferación de las llamadas *fake news*. Las noticias falsas tienen mala reputación en este tiempo, pero tiende a olvidarse que los rumores sin fundamento han sido históricamente un recurso de primer orden en manos de los subalternos, cuya significación debe mucho a su racionalidad expresiva

---

36 Pablo Sánchez León, “Erradicar la ciudadanía: 1936 más allá de una guerra civil”. En *La guerra que nos han contado y la que no. Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI*, de Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín (Madrid: Postmetropolis, 2017), 305-380 y Pablo Sánchez León, *Exterminables sin deliberación: cómo estudiar las matanzas de civiles en la destrucción de la república democrática española* (Madrid: Postmetropolis, 2020).

37 Alessandro Pizzorno, *Política absoluta, política sin límites*.

de repudio y mofa del poder establecido.<sup>38</sup> Hoy día, en cambio, las noticias falsas son menos aireadas por identidades marginadas, antagonistas y contrahegemónicas que por grupos con poder y reconocimiento que temen estar perdiendo estatus. Verlas así permite tomar cierta distancia crítica de algunos lugares comunes y entender que lo que ha cambiado es el contexto y el poder de los agentes que las elaboran y diseminan.

Su capacidad de manipulación está menos en los medios de lo que se asume, pues como fenómeno no deja de estar atravesado por la lógica de lo político. Eso sí, no está claro que fenómenos como este contribuyan a la reproducción de valores cívicos: estos se apoyan en una responsabilidad ante el otro,<sup>39</sup> que es el ideal de convivencia entre ciudadanos con conciencia de serlo pero que, como se aprecia, coexiste con otras identidades en órdenes sociales e institucionales llamados democráticos, aunque deficitarios en ciudadanos.

En los regímenes ciudadanos del siglo XXI hay toda una serie de instancias de poder oligárquico que toman decisiones que afectan a millones de ciudadanos. Sin embargo, también se ha producido un aumento del reconocimiento de la participación ciudadana en la deliberación colectiva como un valor en sí, dando pie a toda una literatura sobre democracia deliberativa que seguramente marcará parte de las luchas por el reconocimiento por venir.<sup>40</sup>

## Lo político, el orden y el desorden, el pasado y el futuro

El futuro es a lo político algo nuevo y por naturaleza contingente. Es precisamente por eso que el investigador sobre el pasado tiene ante sí la posibilidad de alumbrar con nueva luz fenómenos y prácticas de polemización y deliberación histórica que permitan poner en cuestión las convenciones presentes acerca de los límites de la reflexividad crítica y el autogobierno comunitario. En esto consiste pensar históricamente: partiendo de una postura crítica con las convenciones del presente, buscar en procesos del pasado, debidamente interpretados en su alteridad y contextualizados, inspiración para dibujar, por

---

38 David Zaret, *Origins of Democratic Culture: Printing, Petitions, and the Public Sphere in Early-Modern England* (Princeton: Princeton University Press, 2000), 109-118.

39 Emmanuel Levinas, *Ética e infinito* (Madrid: Visor, 1991 [1961]).

40 John Dryzek, *Deliberative Democracy and Beyond: Liberals, Critics, Contestations* (Oxford: Oxford University Press, 2002).

contraste con el sentido común con el presente, líneas de futuro desbordantes del presente y sus convenciones y hegemonías discursivas.

Hay trayectos históricos que, en su día, quedaron ocultos o simplemente no continuaron, pero en los cuales se llegó a polemizar acerca de cuestiones de un modo que hoy resulta tan pertinente como radical. Solo el observador que piensa históricamente puede —al reconstruir procesos de polemización ocurridos en el pasado— efectuar la operación de someter a polémica tanto las barreras de tiempo cronológico, que separan los contextos pretéritos respecto del presente, como las del espacio semántico, que dificultan dar otro nombre a las cosas y relacionar entre sí campos de discurso que se hallan hoy dispersos o aislados. Tampoco se trata, no obstante, de convertir el pensar históricamente en una forma alternativa de discurso político; no al menos sin cuidarse de incorporar al propio observador a la lógica de lo político, pues también él construye su identidad en el acto performativo de compartir su discurso narrativo sobre el pasado.



## EPÍLOGO

*El libro o el artículo de historia es a la vez un resultado y un síntoma del grupo que funciona como un laboratorio. Como el automóvil producido por una fábrica, el estudio se vincula al complejo de una fabricación específica y colectiva y no es tanto el efecto de una filosofía personal o la resurrección de una “realidad” pasada. Es el producto de un lugar.*

MICHEL DE CERTEAU

**A**ño 2018: Una nueva generación de estudiantes del doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades nos invitaba a comenzar, una vez más, con una propuesta de trabajo que pudiera sentar algunas ideas básicas de lo que, desde fines del siglo xx, venía llamándose *historia intelectual*. Llevábamos algunos años trabajando en una Línea de Generación de Conocimiento que, bajo el mismo título, agrupaba a varios de los investigadores del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma M-Cuajimalpa. Nosotros tres, en cierto modo, habíamos entrado a formar parte de los profesores de la UAM invitados para poner en marcha un espacio académico que cultivara dicha corriente historiográfica y que pudiera aportar en México a la consolidación de la misma. Cuando la Unidad Cuajimalpa se creó, la historia intelectual en América Latina había aparecido más como una pregunta y un problema, un área de trabajo para dar espacio a un modo de plantearse preguntas y, desde luego, realizar investigaciones empíricas. Se creó un seminario, se realizaron algunas publicaciones, entraron y salieron de dicha línea de trabajo algunas personas y fueron acomodándose, como en todo orden institucional nuevo, dinámicas y ritmos de trabajo que fueron trazando alianzas, redes, tensiones y vínculos.

A mediados de la década de 2010 el Seminario de Historia Intelectual tuvo un crecimiento interesante. Nos vinculamos con algunos profesores de la UNAM y trazamos un espacio interinstitucional con la intención de fortalecer un seminario tanto formativo como reflexivo que nos permitiera discutir nuestras investigaciones, así como propiciar un espacio para los nuevos estudiantes interesados en formarse en la historia intelectual y desarrollar sus investigaciones.

Tuvimos, como todo espacio en formación, momentos de intensa “energía emocional”, como de lo contrarrito. Las actividades de docencia e investigación, los sábáticos, las nuevas contrataciones, los reajustes de las dinámicas del Departamento de Humanidades en el que estábamos (y estamos) adscritos fueron trazando condiciones institucionales que permitían darle continuidad a las actividades mensuales de nuestro seminario, aunque tuvimos que abandonar el proyecto de trabajo interinstitucional que fue tomando otras vertientes analíticas.

Una serie de factores que no importa detallar en este epílogo hicieron, pues, que para el año 2018 presentáramos a los nuevos alumnos de doctorado, como indicábamos arriba, un programa de trabajo que, bajo el título “Formas de hacer historia intelectual: tradiciones en historia conceptual y discursos políticos”, nos permitiera abrir el espacio de discusión, presentando a los alumnos un trazo general para invitarlos a trabajar bajo el marco orientativo de la historia intelectual. Habíamos decidido dedicar dicho trimestre al análisis de la historia de los conceptos y lenguajes políticos para dedicarnos, en el siguiente, al análisis de la sociología de los intelectuales. Sabíamos que toda clasificación y organización de lo que entonces tematizamos como “campo de conocimiento” implicaba un modo de observar y distinguir, que bajo la noción de “campo” se encuentran no solo diversidad de formas de trabajo, sino relación entre las partes, pero, sobre todo, disputa y antagonismo entre las posiciones.

Alberto Tena Camporesi, Andrés Arango y Jaime Rodríguez fueron parte de los alumnos que conformaron el seminario en esos años. Los acompañaban algunos alumnos que estaban terminando un ciclo de doctorado y algunos otros que estaban haciendo su maestría. Al comenzar el año 2019, el 1 de febrero, comenzó la huelga más larga de la UAM. Noventa y tres días de huelga suspendieron las actividades del seminario. Las relaciones laborales se pusieron a la vista, no había modo de que no sucediera, en prácticamente tres meses de paro y en todo el orden universitario. El trimestre en turno había comenzado con la reflexión en torno a la sociología de la vida intelectual y, como un golpe de realidad, la huelga mostraba que las relaciones intelectuales también, evidentemente, eran relaciones de trabajo.

Alberto, Andrés y Jaime estaban tomando, además, un curso de historiografía social inglesa y, según recordamos, habían generado un vínculo de trabajo intenso a través del cual habían ensayado un modo de relación y de labores académicas que rebasaba, con mucho, el modo cotidiano del quehacer de los estudiantes de doctorado. No importan las razones, intenciones o motivos, pero el interés por diagnosticar y ordenar el campo problemático de la historia intelectual se volvió parte de su formación, más allá del trabajo propio de investigación que sus proyectos de doctorado les exigían. Entre el seguimiento

del concepto de *nación* antes de que Colombia fuera Colombia (Jaime), la renta básica universal como problema de la historia de los lenguajes políticos y las redes (Alberto) y un grupo de estudiantes latinoamericanos llegados al Colegio Guadalupano de Madrid, en la España franquista (Andrés), los editores del presente volumen seguían acumulando preguntas y reconstruyendo horizontes de trabajo. Sus ensayos finales de trimestre seguían de manera ingeniosa nuestra propuesta de pensar el trabajo metodológico de la historia intelectual bajo la figura de una caja de herramientas. Para nosotros, la idea de herramientas para la historia intelectual quería, sobre todo, invitarlos a pensar que la teoría o la posición teórica elegida tenía sentido, solamente, si podía trazar un problema y organizar el campo empírico de sus investigaciones. Entraron al juego y jugaron las reglas del mismo. Sus propias investigaciones y las del resto de alumnos que participaban en el seminario ponían en tensión muchas de las problemáticas más agudas de la historia intelectual. La reflexividad acompañó su trabajo y fue orillándolos, en el afán de ordenar el campo de problemas, a historizar aquellas herramientas que usaban para construir sus objetos de estudio.

Para el año 2020 la pandemia nos confrontó con una nueva situación. De nuevo la dinámica de trabajo cotidiano quedaba alterada por una nueva contingencia, ahora sanitaria. Recordamos, como todo el mundo, que no solo estábamos configurados por condiciones laborales e institucionales que organizaban y limitaban nuestros trabajos de investigación. El encierro, el miedo, las condiciones materiales de desigualdad y las historias personales afectadas por la pandemia formaron parte de sus procesos de formación de doctorado. En el programa de trabajo que invitamos a seguir en el primer trimestre de la pandemia iniciábamos con el epígrafe que da entrada a este epílogo. Con Michel de Certeau queríamos recordar el peso del lugar desde el cual se realiza toda operación historiográfica. Era, de nuevo, una provocación y una nueva invitación a poner en juego la noción de fábrica, de herramienta, de técnicas y métodos, de escritura de la historia, de tensión entre pasado y presente, entre ficción e historia.

Nuestros estudiantes terminaban la mitad de su formación, apenas, y llegaron con la propuesta de realizar, junto con nosotros, el libro que el lector tiene en sus manos. Nos sorprendió su idea y, desde luego, nos rebasó. Por distintos motivos, compromisos de trabajo e incluso por la relación diferenciada que cada uno de nosotros tenía con la historia intelectual nos vinculamos de manera muy desigual con su propuesta. Ellos siguieron trabajando, en sus tesis y en este libro. Avanzaron en ambos procesos. Con las presiones propias de un programa de doctorado y dialogando entre su práctica de investigación empírica y el trabajo de reflexividad que la organización de este libro requería. Trazaron sus propias redes y lograron persuadir a distintos autores. Mientras



tanto, el trabajo en el seminario corría en paralelo. Y, desde luego, también lo cargaron de energía emocional haciéndolo tan suyo como nuestro. El libro avanzó sin que nosotros tuviéramos casi nada que ver con su desarrollo. No por celo de ellos, sino porque nuestros tiempos se concentraron en otros asuntos. Poco tiempo después, la estructura del libro, los invitados y algunos borradores estaban muy avanzados. Leímos algunos de los textos. Los pusimos a “prueba” en el seminario. Nos ayudaron, mucho, a pensar, a trazar otras investigaciones, a reconstruir preguntas y a concentrarnos en algunos debates puntuales. Nuestros trabajos de investigación quedaron alterados, también, por el impulso de sus inquietudes de manera directa o indirecta.

El libro quedó listo y ahora es publicado por el interés indeclinable de sus editores. Porque el mismo empeño que les hizo comenzar los llevó a buscar editorial y a darle la forma que ahora ha adquirido. En cinco años lo terminaron.

Al mirar el libro terminado notamos un gesto que lo acompañó desde el inicio: la generosidad del que pone a disposición de otros un enorme trabajo. En la introducción, incluso, sugieren al lector que tuvieron “en mente” o, mejor, que “fabrican” en la enunciación y que, al fabricarlo muestran también dónde sitúan su propia empresa de trabajo: “Hemos querido así, momentáneamente, dejar fuera al lector ideal personificado en el editor de revista indexada o en el especialista de congreso, para volver a empatizar con la mirada del aprendiz manufacturero que mira curioso y tentativo, una profesión que quiere ejercer”. Y, todavía más, indican: “van a poder percibir, en realidad, una mirada situada en el presente, una instantánea de lo que se está haciendo desde la historia intelectual, y en lo profundo, una oportunidad para reflexionar sobre las formas de problematizar la realidad en la diversidad de este campo”.

Con esta sugerencia, con esta invitación, exponen la disposición del libro: su estructura. Una primera parte que traza un recorrido por escuelas, tradiciones, corrientes; una segunda que atiende nociones o conceptos clave, “categorías, herramientas, objetos” llaman a esas nociones que permiten problematizar y enmarcar objetos de estudio; y una tercera, la más arriesgada pero también la más innovadora —vuelven a decirle al lector—, que muestra los procesos de investigación, los movimientos y las dudas, las experiencias de algunas y algunos investigadores más o menos formados, transformados y en formación por el oficio y la práctica de la historia intelectual.

Al situar *el origen y el sentido* del libro a través de la imagen del lector *como aprendiz* de un oficio y, además, al proponer el libro *como una instantánea de un tiempo presente*, invitan a todo lector, al anónimo lector y autor de “historia intelectual” a situarnos en dicho sitio: el de aprendiz ubicado en un presente intentando, a través de la reconstrucción histórica, alterar, a través de instan-

táneas, nuestras prácticas cotidianas. Ya sea para darle forma al oficio, para cuestionar las formas con las que trabajamos, para volver a pensar la pertinencia y manera de trabajo de una corriente historiográfica.

La historia intelectual no es, ni ha sido, ni será una disciplina o un campo del saber acabado. Ni ella, claro, ni ninguna otra actividad del pensamiento. La teoría —la reflexión conceptual y la creación de formas de lenguaje capaces de aprehender la experiencia y orientar la expectativa— y las metodologías —las prácticas de trabajo, los *modos de hacer*— que permiten operar y transformar los restos y huellas en documentos para la historia, están en constante movimiento.

Un primer lector de este libro, Elías Palti, también haciendo del gesto de la generosidad un modo de vínculo, anuncia en el prólogo un riesgo latente en ese lugar común, en ese *topos* tan recurrente de la historiografía actual: la diversidad de formas de trabajo, de *formas de hacer historia* y su consecuencia teórica: el eclecticismo. En efecto, hay algo de peligro en ese inocuo, vago y banal gesto de mirar el pensamiento y los modos de hacer investigación como un mundo infinito de posibilidades que aparecen, se desarrollan, se consolidan, tienen usuarios y hacen, de una o de otra manera, cosas a través de sus herramientas. La reproducción del conocimiento histórico sin reflexión crítica, tanto epistemológica como práctica, podría hacer del oficio una práctica sin sentido. En cierto modo, recuerda Palti, las principales fuentes de legitimidad, los referentes de la actual historia intelectual trabajaron, en los años setenta y ochenta del siglo pasado, bajo un espíritu crítico y reflexivo que movió formas de pensar y hacer ciencias sociales y humanidades. Usarlos sin una lectura crítica puede, pues, sostener un conformismo que Palti invita exhumar al hacer una lectura crítica del libro, de las tradiciones y las escuelas, de las nociones, herramientas, categorías y formas de problematizar que pueden volverse práctica inercial.

La formación que Alberto, Andrés y Jaime tuvieron en el doctorado se puede observar tanto en este libro como en sus tesis de grado. Un trabajo lo hicieron buscando situar sus tareas de investigación en una discusión amplia. Invitaron a varias personas —como nos cuentan en la introducción— y en el diálogo con ellas rebasaron la oferta que el doctorado de la UAM-Cuajimalpa y nuestro seminario hubieran limitado. Por ensanchar la discusión, problematizar la teoría y la metodología y extender los temas de la historia intelectual, estamos más que agradecidos con ellos. También por invitarnos a participar del libro en este epílogo. Desde la exterioridad, pero aun dentro del libro, agradecemos que pensarán en nosotros como aprendices críticos de nuestras propias prácticas y nos invitarán a escribir, a pensar con ellos y a sumarnos al ejercicio de reflexión y reconstrucción al que convocaron.

**Año 2023:** Miramos, ahora, un libro compuesto de varias piezas, dispuesto a la revisión aguda y a una nueva puesta en práctica. El texto, como el lector ya habrá advertido, cuenta con una serie amplia de entradas que, desde luego, seguirán permitiendo nuevas aperturas y desbordes. Como toda escritura, la del presente libro contiene un exceso, serán los lectores quienes puedan actualizarlo en otros espacios y en otros tiempos. El libro, como ya se dijo, tiene ese perfil interdisciplinar que le es propio a la historia intelectual. Una de las apuestas centrales de este libro —perceptible a lo largo de la obra— es su perfil interdisciplinar, perfil que le es propio a la historia intelectual. En las diferentes tradiciones teóricas y metodológicas que de la historia intelectual se abordan en la primera parte; en las categorías, herramientas y objetos de estudio de la historia intelectual que se desarrollan en la segunda sección; y en las líneas temáticas desarrolladas en la tercera parte. En estrecha articulación, este eje interdisciplinar que es transversal a este libro colectivo, otra de las apuestas centrales en este trabajo es el de la reflexión metodológica atinente a la historia intelectual. Como lo expresan los editores en la “Introducción”, este eje transversal metodológico parte “de quienes, desde el lugar del aprendiz, buscaban captar las prácticas y lenguajes de un campo de investigación al que todavía se asomaban con curiosidad”. Nos parece que la “curiosidad” de nuestros antiguos alumnos —ahora ya doctores, en el caso de Alberto Tena Camporesi, y muy próximamente, en los de Jaime Rodríguez y Andrés Arango— los llevó lejos. Al final del camino de esta “curiosidad” intelectual, el libro que el lector tiene entre sus manos, nuestros alumnos, ahora colegas, captaron más que bien los propósitos y los caminos metodológicos estudiados y debatidos en nuestro Seminario de Perspectivas Teóricas y Metodologías para el Estudio de la Historia Intelectual y la Filosofía. Los resultados alcanzados presentan un producto “acabado” hasta cierto punto, pero abierto a la discusión y a otros tipos de “curiosidad” teórica, metodológica y temática.

En suma, la perspectiva interdisciplinar, y su complemento, la reflexión teórica y metodológica, permiten establecer que el presente libro sistematiza una serie de reflexiones en torno a la historia intelectual, lo cual lo convierte en un producto académico que hace un verdadero aporte a los caminos recorridos por la historia intelectual latinoamericana y, paralelamente, deja abiertos otros senderos que quedan por explorar, sistematizar y reflexionar.

Uno de estos caminos lo plantea Elías Palti en el prólogo. Esto es, el eclecticismo interdisciplinar, la “filosofía espontánea” que aparentemente lo dice todo pero, a la vez, deja una especie de desasosiego entre los practicantes de la historia intelectual que, de acuerdo con el historiador argentino, lleva al vacío, más precisamente a lo “vacuo”. En el decir de Palti, darle sentido a esta interdisciplinaria constituye uno de “los desafíos a los que hoy se confronta esta

disciplina”. No obstante la pertinente reflexión del prologuista, creemos que en este libro se dan algunas puntadas para encausar, darle sentido, interrelacionar, restituir y discutir, como dice Palti, “estos complejos entramados por los que se constituye un determinado contexto discursivo”, en este caso, el de la nueva historia intelectual.

Generosidad, empatía, intercambio académico, debates y combates por la nueva historia intelectual podrían resumir, desde una perspectiva humana y humanística, los resultados de este libro. Creemos haber hecho bien nuestro trabajo de docentes; estamos más que seguros que nuestros estudiantes, mediante sus tesis doctorales y en este libro colectivo editado por ellos, exitosamente pusieron en marcha todo lo aprendido. Ahora corresponde al público lector dialogar y debatir con él y con sus autoras y autores.

ALEJANDRO ARAUJO  
AIMER GRANADOS  
ALEJANDRO ESTRELLA

Cuajimalpa de Morelos, Ciudad de México, septiembre de 2023



## Autores

**Andrés Arango** es historiador, magíster en literatura y candidato a doctor por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa (México). Recientemente ha publicado “Rafael Gutiérrez Girardot y el discurso literario de la modernidad” en el volumen colectivo *Libros clásicos de las ciencias sociales colombianas: análisis e interpretación. Volumen 1* (2020). Es miembro del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL) de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: renet.arango@udea.edu.co.

**Kenya Bello** es socióloga e historiadora, es profesora de tiempo completo, definitiva y titular, en la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNAM. Es doctora en historia por l'École des hautes études en sciences sociales (EHESS). Se ha especializado en la historia de la cultura escrita en México y América Latina, siglos XVIII a XX. Coordina el proyecto de investigación “Género, politización y cultura escrita en América Latina”, al tiempo que co-coordina el Seminario Interinstitucional Usos de lo Impreso en América Latina. Es nivel I en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Entre sus publicaciones recientes se encuentran: “¿Quiénes fueron los correctores? El Departamento Técnico del Fondo de Cultura Económica (1939-1954)” (2022), al igual que “Las ferias del libro como espacios para la alfabetización. La Ciudad de México en la década de 1940” (2022). Correo electrónico: kenyabello@filos.unam.mx.

**Mariana Canavese** se graduó de la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA, Argentina). Estudió y se desempeñó también como periodista en distintas publicaciones periódicas del campo político y cultural. Se especializó en Estudios en Cultura y Sociedad en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM, Argentina). Se doctoró en Historia en la UBA y en Histoire et Civilisations en l'École des hautes études en sciences sociales (EHESS). Es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) y docente del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Ha dictado cursos de posgrado en distintas universidades y se especializa en el campo de estudios de la historia intelectual argentina y latinoamericana,

área en la que ha publicado numerosos artículos, así como capítulos en libros. Es autora de *Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días* (2015). Participa en redes y equipos de investigación de Argentina y del exterior. Actualmente forma parte del equipo editorial de la revista *Políticas de la Memoria* y coordina el Programa de Historia Intelectual “José Sazbón” del CeDInCI. Correo electrónico: mcanavese@gmail.com.

**Gildardo Castaño Duque** es docente de la Escuela Normal Superior de Marinilla (Antioquia, Colombia). Egresado de la Licenciatura en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia, misma institución donde realizó una maestría en Literatura. Actualmente está en proceso de culminar su doctorado en Ciencias Humanas y Sociales en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Ha publicado varios artículos relacionados con la pedagogía y la formación de docentes. En la línea de historia intelectual, su temática de trabajo se centra principalmente en el seguimiento y análisis de la trayectoria intelectual del autor antioqueño Baldomero Sanín Cano (1861-1957), quien ha sido su objeto de estudio tanto en su trabajo de maestría como en su tesis doctoral. El primer trabajo se centró en el estudio de la revista *Hispania*, publicación con sede en Londres que, a lo largo de cuatro años y bajo el liderazgo de Santiago Pérez Triana, Enrique Pérez Lleras y Baldomero Sanín Cano, promovió un activo intercambio de ideas a nivel intercontinental; la tesis doctoral se centró en la elaboración de una biografía intelectual del personaje mencionado, allí se rescatan sus orígenes, el periodo de formación inicial y su periplo vital bogotano entre 1885 y 1905. Como producto de tales estudios ha publicado “*Revista Hispania* (1912-1916): presencia cultural colombiana en la vida intelectual europea” (2014) y “La invención de un pasado para Baldomero Sanín Cano” (2021). Miembro del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL), Universidad de Antioquia. Correo electrónico: gjcastanod@unal.edu.co.

**Jorge Costa Delgado** es profesor de Filosofía en la Universidad de Alcalá (España). Su trabajo se ha orientado hacia una perspectiva interdisciplinar, fundamentalmente desde la filosofía y la sociología. Hasta el momento, ha explorado principalmente dos vías de investigación: la primera, enmarcada en la sociología del conocimiento y la historia intelectual, tomando como objeto de estudio la generación del 14 en España y la teoría de las generaciones de José Ortega y Gasset; y la segunda en la filosofía política, orientada al estudio de la democracia, de la recuperación del sorteo en el repertorio de prácticas políticas contemporáneas y al análisis de la relación entre movimientos sociales y Estados en el neoliberalismo. Como parte de su formación predoctoral, realizó estancias de investigación en el Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón (Madrid, España) y en el Centre européen de sociologie et de science politique (CESSP) de la École des hautes études en sciences



sociales (EHESS). Después de su doctorado, ha realizado dos estancias en Chile. La última de ellas en la Universidad Adolfo Ibáñez, con una investigación denominada “Formas de organización, trayectorias políticas y crisis de la representación en el Estallido social chileno”. Entre sus publicaciones, destacan *La educación política de las masas. Capital cultural y clases sociales en la Generación del 14* (2019) y la coordinación, junto a José Luis Moreno Pestaña, de *Todo lo que entró en crisis. Escenas de clase y crisis económica, cultural y social* (2023). Correo electrónico: [jorge.costadelgado@gmail.com](mailto:jorge.costadelgado@gmail.com).

**Omar Delgado** es escritor, periodista y académico. Ha publicado las siguientes novelas: *Ellos nos cuidan* (2005), *El caballero del desierto* (2012), *Habsburgo* (2017) y *El don del Diablo* (2022), además de las antologías de relato *De mujeres. ¿Mujeres y traiciones?* (2015), *Borderline raza* (2017) y *Donde no hay Dios* (2017). Como periodista, trabajó en la revista *Muy Interesante* de 2015 a 2019. En 2016 obtuvo el grado de maestro en literatura contemporánea mexicana en la Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Azcapotzalco), con la tesis *De Tormes a Badiraguato*, donde estudia las similitudes entre la picaresca española y la novela del narcotráfico a partir de dos obras referenciales de ambos géneros. Actualmente está en proceso de obtener el título de doctor en Ciencias Sociales y Humanidades por la UAM (Cuajimalpa) con un estudio de la representación de la trabajadora sexual en la novela mexicana del siglo xx. Correo electrónico: [omar.delgado.vazquez@gmail.com](mailto:omar.delgado.vazquez@gmail.com).

**Alejandro Estrella González** es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Cádiz y profesor de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Las áreas de investigación en las que se ha desempeñado son la historia intelectual, la sociología de la filosofía, la epistemología histórica y la historia social. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad de Leeds, en la Universidad Complutense de Madrid, en la Universidad de Santiago de Compostela y en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Producto de este trabajo es más de una veintena de artículos y libros, entre los que destacan: *Clío ante el espejo* (2011); *Libertad, progreso y autenticidad: ideas sobre México a través de las generaciones filosóficas* (2014); *E. P. Thompson: Socialismo y Democracia* (2017) y *Thomas Gataker: Sobre la naturaleza y uso de los sorteos* (CSIC, 2023). Correo electrónico: [aestrella@cua.uam.mx](mailto:aestrella@cua.uam.mx).

**Pedro García-Durán** es doctor en Filosofía por la Universitat de València con una tesis sobre la fenomenología de Hans Blumenberg. Ha trabajado como profesor asociado en la Universitat Jaume I de Castellón y ha participado en el proyecto de investigación “Historia conceptual y crítica de la modernidad”, de la Universitat de València. Ha publicado la primera monografía en castellano sobre este mismo autor: *El camino filosófico de Hans Blumenberg. Fenomenología, historia y ser humano* (2017); también ha coeditado junto a Faustino Oncina el

volumen *Hans Blumenberg: Historia in/conceptual, antropología y modernidad* (2015) y la obra colectiva *Mitologías políticas*, de próxima aparición en la editorial Plaza y Valdés. Su campo de investigación incluye también la historia conceptual alemana, así como las relaciones entre política y significatividad, temas acerca de los cuales ha publicado numerosos artículos en revistas de España y Latinoamérica. Correo electrónico: trucoso@hotmail.com.

**Aimer Granados** es licenciado en Historia y maestro en Historia Andina por la Universidad del Valle (Cali, Colombia). Maestro y doctor en Historia por El Colegio de México. Posdoctorado en Historia de América Latina en la Universidad Andina “Simón Bolívar” (Quito, Ecuador). Ha impartido docencia en universidades de Colombia y México. Actualmente se desempeña como docente-investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa (Ciudad de México). Sus principales líneas de investigación son la sociología de los intelectuales en perspectiva histórica y la historia intelectual de América Latina; la historia de las relaciones culturales en Iberoamérica y la historia de la construcción de los Estados nación en México y Colombia, temas sobre los cuales ha publicado libros y artículos. Es miembro de comités editoriales de las siguientes revistas de historia en Colombia y México: *Política y Cultura*; *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*; *Historia y Espacio*; *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*; *Revista Colombiana de Educación* y *Revista de Historia de América*. Correo electrónico: agranados@cua.uam.mx.

**Gloria Hernández Avalos** investiga temas relacionados con la literatura y la historia intelectual de los Estados Unidos en el siglo XIX, con especial atención al concepto de *naturaleza* a través del movimiento trascendentalista. Sobre estos temas ha participado en congresos nacionales e internacionales y ha publicado en revistas especializadas como *Norteamérica* del CISAN-UNAM. También está interesada en temas relacionados con la estética de la recepción, la hermenéutica, la asimilación del pensamiento asiático en Norteamérica y las relaciones entre literatura y pintura. Realizó una estancia de investigación en la Biblioteca Pública de Concord (Massachusetts), financiada por la UNAM. Es doctora en Humanidades y Ciencias Sociales por la UAM-Cuajimalpa y maestra y licenciada en Letras Modernas por la UNAM. Correo electrónico: gloriaicus@yahoo.com.mx.

**Diana Hernández Castillo** es licenciada en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (UAM-I). Maestra y doctoranda en Ciencias Sociales y Humanidades en la misma institución, Unidad Cuajimalpa (UAM-C). Sus líneas de investigación son: 1) historia intelectual y de los intelectuales en México, siglos XIX y XX; 2) estudios de género y del cuerpo en la literatura mexicana, siglos XIX y XX; 3) historia de las publicaciones periódicas en México, siglo XX y 4) nuevas geografías históricas. Ha publicado capítulos en libros arbitrados por pares académicos y artículos en revistas indexadas. Asimismo, ha presen-

tado ponencias en congresos celebrados en diversas universidades de América Latina y Europa. Correo electrónico: dianadhchcd@gmail.com.

**Óscar Javier Linares Londoño** es licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional, filósofo de la Universidad Nacional de Colombia, magíster en Estudios Latinoamericanos y doctor en Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es autor del libro *Un mapa del giro metodológico. Historia de las ideas, los conceptos y los lenguajes políticos en América Latina* (2021), así como de diversos artículos sobre el republicanismo, la historia conceptual e intelectual y la filosofía en América Latina. Actualmente es profesor ocasional de tiempo completo de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional y miembro de Prácticas Filosóficas, grupo de investigación en didácticas de la filosofía de la misma universidad. En este momento se encuentra trabajando en una historia de la filosofía en Colombia. Correo electrónico: ojlinaresl@pedagogica.edu.co.

**José Luis Moreno Pestaña** es profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Granada. Se ha doctorado en Filosofía y Sociología y estudia los procesos de configuración histórica de la norma en filosofía, la violencia simbólica y laboral sobre el cuerpo y la renovación de la democracia contemporánea a través de procedimientos de la democracia antigua. Entre sus publicaciones destacan *Convirtiéndose en Foucault. Sociogénesis de un filósofo* (2006); *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez. Genealogía de un pensador crítico* (2008); *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social* (2010); *Foucault y la política* (2011); *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil* (2013); *La cara oscura del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios* (2016); *Retorno a Atenas. La democracia como principio antioligárquico* (2019) y *Los pocos y los mejores. Localización y crítica del fetichismo político* (2021). Correo electrónico: jlmorenopestana@ugr.es.

**Francisco Quijano Velasco** es doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de dicha universidad. Sus investigaciones giran en torno a la historia política e intelectual hispanoamericana de los siglos XVI y XVII, en particular de la Nueva España. Sobre estos temas tiene diversos artículos y capítulos de libros publicados en México y en el extranjero, así como los libros *Las repúblicas de la Monarquía. Pensamiento constitucionalista y republicano en Nueva España (1550-1610)* (2017); *La invención de Nueva España* (2021) y *Gobernar el orbe indiano. Personas, mediaciones, objetos (siglos XVI y XVII)*, editado con Caroline Cunill (Silex Ultramar, en prensa). De manera paralela, se interesa en los problemas teóricos y metodológicos de la disciplina histórica, entre sus publicaciones sobre estos temas destacan los libros colectivos coordinados junto a

Marialba Pastor *La prueba histórica. Casos y reflexiones* (2021) y *Las pruebas en la investigación. Diez entrevistas* (2022). Actualmente desarrolla un proyecto de investigación sobre el gobierno de la ciudad de México en el siglo XVI. Es fundador y miembro del consejo editorial de la *Revista Común* y autor de libros de texto y de difusión para adolescentes. Correo electrónico: fquijanov@gmail.com.

**Marcos Reguera Mateo** es investigador posdoctoral de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU), licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid, con un máster en Filosofía de la Historia por la Universidad Autónoma de Madrid y doctor en Historia Atlántica por la Universidad del País Vasco y la Universidad de Valladolid. Ha sido investigador visitante en la Universidad de Oregón (2022-2023), en la Universidad de Cambridge (2021-2022), en el Graduate Center de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (2017) y en la Universidad de Columbia (2016). Además, es miembro de la red de investigación *Iberconcepts* y del grupo de investigación Historia Intelectual de la Política Moderna: Lenguajes, Conceptos y Discursos, en la Universidad del País Vasco. Sus áreas de investigación son la historia del pensamiento político, la historia intelectual y la historia conceptual, todo ello aplicado a la historia de los Estados Unidos, en la que es especialista en su historia colonial y del siglo XIX. En lo referido a sus temáticas de investigación, durante la última década se ha especializado en la historia del expansionismo territorial estadounidense y su justificación, así como en la historia intelectual del imperialismo decimonónico, con especial interés en la historia del concepto de *destino manifiesto*. También ha contribuido al estudio de la nueva extrema derecha estadounidense, realizando investigaciones sobre la presidencia Trump y el auge de la Alt-Right en el 2016, cuyas conclusiones aparecen en su libro *El triunfo de Trump: Claves sobre la nueva extrema derecha estadounidense* (2017). Correo electrónico: marcosreguera@gmail.com.

**Carlos Alberto Ríos Gordillo** es historiador por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas, en San Cristóbal de Las Casas. Es maestro y doctor en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Así mismo, fue alumno de “La escuelita zapatista”, organizada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Actualmente es profesor-investigador en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco. En el año 2004 fue cofundador del Centro de Investigación, Documentación y Análisis Immanuel Wallerstein (Universidad de la Tierra, San Cristóbal de Las Casas), entonces avalado por el profesor Wallerstein. Ha sido investigador visitante en el Institut d’Histoire du Temps Présent e investigador residente en la Maison Suger de la Fondation Maison des Sciences de l’Homme (París) bajo la dirección de François Dosse. Es fundador, con J. Nóvoa y S. Biscouto (UFBA-Brasil), de Indicios. Red Internacional de Investigación en

Ciencias Sociales y Humanas, y de Connections and Comparisons. International Network in Sociology of Civilizations, con J. Smith (FU-Australia). Es autor de *Las formas de la comparación: Marc Bloch y las ciencias humanas. Ensayo de morfología e historia* (2016). En prensa se encuentran: *Nueve textos de sociología de la escuela de Chicago. Selección y traducción de Óscar Cuéllar* (con David Robichaux); *Wallerstein: The World-System in the age of transition*, coordinado por Raúl Zibechi. y *Capitalismo devastador y luchas por la vida*, a publicarse en español, portugués y francés. Correo electrónico: car@azc.uam.mx.

**Jaime Alberto Rodríguez** se doctoró en Ciencias Sociales y Humanidades por la UAM Cuajimalpa (México) con una investigación titulada *Historia conceptual de “Nación” entre el periodo de desintegración del Virreinato del Nuevo Reino de Granada y la emergencia de la República de Colombia*. Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional, tiene una maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Francisco José de Caldas, con una tesis titulada *Hegemonía y reconfiguración de poderes en Colombia. El proyecto de Álvaro Uribe 2002-2010*. Su artículo más reciente se titula “El concepto de nación entre la desintegración del virreinato del Nuevo Reino de Granada y la emergencia de la república de Colombia” (2022). Actualmente se encuentra vinculado a la Secretaría de Educación de Bogotá. Sus intereses investigativos están centrados en la historia conceptual del siglo XIX colombiano. Correo electrónico: jarsito72@yahoo.com.

**Gabriel David Samacá Alonso** es profesor-investigador del Departamento de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad del Norte (Barranquilla, Colombia). Director del Instituto de Altos Estudios Sociales y Culturales de América Latina y el Caribe. Coordinador académico del Seminario de Historia Intelectual de América Latina (COLMEX-UCOLIMA-UAM-CUAJIMALPA-UNINORTE). Doctor en Historia de El Colegio de México. Ha publicado y compilado libros y artículos en revistas indexadas sobre historiografía, historia de la educación e historia de los movimientos estudiantiles en Colombia y México. Sus intereses investigativos abarcan la historia de la historiografía latinoamericana desde la historia intelectual, la relación entre lenguajes políticos y movimientos estudiantiles y la historia cultural de las conmemoraciones entre los siglos XIX y XX. Correo electrónico: gsamaca@uninorte.edu.co.

**Pablo Sánchez León** es doctor en Historia por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido investigador predoctoral en el CSIC, y postdoctoral en el Center for Social Theory and Comparative History de UCLA (California), en la Universidad Autónoma de Madrid y en la Universidad Carlos III de Madrid; también ha sido profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid y profesor visitante en Sabanci University (Estambul). Ha trabajado como investigador en la Universidad del País Vasco entre 2010



y 2018. Actualmente es investigador en el Centro de Humanidades CHAM de la Universidade Nova de Lisboa, donde es coordinador de la línea transversal “Teoría e metodología”. Su investigación es sobre temas de historia de España de la Edad Media a la actualidad desde perspectivas comparadas y en diálogo entre ciencias sociales y humanidades: sociología histórica, microeconomía, antropología e historia de los conceptos y del pensamiento político, social y económico, con un interés en la renovación de perspectivas sobre identidad, acción colectiva, lenguaje, así como temporalidad y memoria, en busca de la elaboración de marcos narrativos alternativos acerca de la modernización y el pasado traumático. Es director de la editorial Postmetropolis ([www.postmetropolis.com](http://www.postmetropolis.com)), enfocada en temas de historia y memoria. Recientemente ha publicado el estudio *De plebe a pueblo. La participación política popular y el imaginario de la democracia en España, 1766-1868* (2022, con edición previa en inglés en 2020) y el ensayo *Historia ciudadana. Recontar lo común político que heredamos* (2023). Correo electrónico: [psleon@fcsh.unl.pt](mailto:psleon@fcsh.unl.pt).

**Sylvia Sosa Fuentes** es Técnico Académico Titular E en el Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, donde también forma parte del Taller de Análisis Sociocultural. Licenciada en Sociología y maestra en Estudios Políticos y Sociales por la FCPyS de la UNAM. Actualmente se encuentra desarrollando el doctorado en Sociología en la misma institución. Participa de los proyectos de investigación “Taller interdisciplinario de cultura política” (DEH-INAH, FFyL-UNAM, UAM-C y UAM-I) y “Memoria urbana: espacialización de las experiencias, las materialidades y las narrativas” (UAM-C). Ha impartido cursos a nivel bachillerato, licenciatura y posgrado en diversas instituciones en México. Entre sus temas de interés se encuentran la sociología e historia de las ciencias sociales, las teorías sociológicas y la sociología de las ciencias. Correo electrónico: [ssosa@cua.uam.mx](mailto:ssosa@cua.uam.mx).

**Alberto Tena Camporesi** es investigador postdoctoral en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), con el programa de becas postdoctorales de la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Es doctor en Ciencias Sociales y Humanidades por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Cuajimalpa de México, licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad Complutense de Madrid y maestro en Políticas Públicas y Sociales por la Pompeu Fabra de Barcelona. Su tesis doctoral es una investigación sobre la historia intelectual de la idea de renta básica universal. En la actualidad se dedica a explorar los vínculos metodológicos entre la historia del pensamiento económico y la historia intelectual. Es autor del libro *Los orígenes revolucionarios de la renta básica*, (2021). Uno de sus artículos más recientes, titulado “Rethinking Thomas Paine and the Origins of

the Basic Income Proposal”, ha sido publicado en *History of Political Economy*, de Duke University Press. Correo electrónico: alberto.tena@cide.edu.

**Francisco Vázquez García** es catedrático de Filosofía por la Universidad de Cádiz. Ha realizado estancias como investigador becado en el Centre Michel Foucault (París) y en el Centre de recherches historiques de l'école des hautes études en sciences sociales (EHESS). Especialista en filosofía contemporánea española y francesa y en historia cultural de la sexualidad. Profesor invitado en universidades y centros de investigación de Gran Bretaña, Francia, México, Colombia, Brasil y Chile. Sobre estos temas ha publicado una treintena de libros y numerosos artículos en revistas internacionales. Entre sus trabajos sobre sociología de la filosofía española cabe mencionar *Filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)* (2009) e *Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968-1985)* (2014). En 2024 está prevista la salida en la editorial Akal de un libro realizado junto a Álvaro Castro, titulado *Heidegger en España. Historia de una recepción*. Correo electrónico: francisco.vazquez@uca.es.

**Diego Alejandro Zuluaga Quintero** es sociólogo y maestro en literatura colombiana de la Universidad de Antioquia (Colombia). Doctor en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, Ciudad de México. Es miembro del Grupo Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL) de la Universidad de Antioquia y profesor en la misma institución. Ha publicado artículos en revistas nacionales y capítulos de libros. Editó y prologó *Ensayos sobre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña* (2014), de Rafael Gutiérrez Girardot y *Viajes por las literaturas de Colombia y España* (2011), de Jorge Zalamea. Es editor académico del libro *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas* (2021). Correo electrónico: diego.zuluagaq@udea.edu.co.





# Bibliografía

- Abellán, Joaquín. “En torno al objeto de la ‘historia de los conceptos’ de Reinhart Koselleck”. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, edición de Enrique Bocardo Crespo. Madrid: Tecnos, 2007.
- Abellán, Joaquín. “Historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*) e historia social. A propósito del diccionario ‘*Geschichtliche Grundbegriffe*’”, *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, n.º 14 (1991): 277-289. <https://www.rehj.cl/index.php/rehj/article/view/193/184>
- Aceves Lozano, Jorge, comp., *Historia oral*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997.
- Affron, Matthew (coord.). *Pinta la revolución: arte moderno mexicano, 1910-1950*. México: Museo del Palacio de Bellas Artes, INBAL/Fondo de Cultura Económica/Philadelphia Museum of Art/Fundación Jenkins, 2016.
- Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. Valencia: Pre-Textos, 2006.
- Aguilera Navarrete, Flor Esther. “La narrativa de la Revolución: periodo literario de violencia”. *Acta Universitaria*, vol. 26, n.º 4 (2016): 91-102.
- Aguirre, Germán Rodrigo y Sabrina Morán. “Historia conceptual”. En *Métodos de teoría política. Un manual*, dir. por Luciano Nosetto y Tomás Wiecek. Buenos Aires: IIGG, CLACSO, 2020.
- Åkerstrøm Andersen, Niels. *Discursive Analytical Strategies. Understanding Foucault, Koselleck, Laclau, Luhmann*. Bristol: The Policy Press, 2003.
- Albieri, Sara. “Apresentação”, *Intelligere. Revista de história intelectual*, vol. 1, n.º 1 (2015): V-VI, <https://bit.ly/3ou16Wn>
- Alcaraz Varó, Enrique y María Antonia Martínez. *Diccionario de lingüística moderna*. Barcelona: Ariel, 1997.

- Almela Pérez, Ramón. “Para una articulación realista y semasiológica de las disciplinas lingüísticas”, *Anales de filología hispánica*, vol. 3 (1987): 61-82, <http://hdl.handle.net/10201/3026>
- Altamirano, Carlos. “Intelectuales: nacimiento y peripecias de un nombre”. *Nueva Sociedad*, n.º 245 (2013): 38-53.
- Altamirano, Carlos. “Sobre la Historia Intelectual”, *Políticas de la Memoria*, n.º 13 (2013): 157-162. <https://ojs.politicadela memoria.cedinci.org/index.php/PM/article/view/182>
- Altamirano, Carlos. *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz, 2008.
- Altamirano, Carlos. *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.
- Altamirano, Carlos. *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2021.
- Altamirano, Carlos. *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Anaya Revuelta, Inmaculada. “La función onomasiológica de los diccionarios: el diccionario como herramienta para aprender nuevas voces o recuperar la palabra olvidada”, *Hesperia. Anuario de filología hispánica*, n.º 8 (2005): 7-26.
- Angermuller, Johannes. *¿Quién dijo posestructuralismo? La creación de una generación intelectual*. Madrid: Dado, 2019.
- Ankersmit, Frank. “Politics”. En *Meaning, Truth, and Reference in Historical Representation*, 245-256. Oxford: Oxford University Press, 2012.
- Arfuch, Leonor. *La entrevista, una invención dialógica*. Prólogo de Beatriz Sarlo. Barcelona: Paidós, 2010.
- Aron, Raymond. “Los intelectuales y su patria”. En *El opio de los intelectuales*. Traducido por Enrique Alonso. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1967.
- Aston, Trevor Henry y Charles Harding Philpin. *El debate Brenner. Estructura de clases agrarias y desarrollo económico en la Europa preindustrial*. Barcelona: Crítica, 1988.
- Atsma, Hartmut y André Burguière (comps.). *Marc Bloch, aujourd’hui. Histoire comparée et sciences sociales*. Paris: EHESS, 1990.
- Austin, John Langshaw. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós, 1971.
- Baert, Patrick. “Positioning Theory and Intellectual Interventions”, *Journal for the Theory of Social Behaviour*, vol. 42, n.º 3 (2012): 304-324. doi: <https://doi.org/10.1111/j.1468-5914.2012.00492.x>
- Baert, Patrick. *The Existentialist Moment. The Rise of Sartre as a Public Intellectual*. Cambridge: Polity Press, 2015.

- Barck, Karlheinz, Martin Fontius, Dieter Schlenstedt, Burkhart Steinwachs y Friedrich Wolfzettel (eds.). *Ästhetische Grundbegriffe. Historisches Wörterbuch in sieben Bänden*. Stuttgart/Weimar: J. B. Metzler Verlag, 1992-2005.
- Barrón, Luis. *Historias de la Revolución mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2010.
- Barthes, Roland. "La muerte del autor". En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós, 1987.
- Bauducco, Gabriel. *Secretos de la entrevista. Manual para periodistas*. México: Trillas, 2015.
- Beck, Ulrich. "Teoría de la sociedad del riesgo". En *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, compilado por Josetxo Beriain, 201-222. Barcelona: Anthropos, 1996.
- Benigno, Francesco. *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente*. Madrid: Cátedra, 2013.
- Benjamin, Thomas. *La Revolución mexicana: memoria, mito e historia*. México: Santillana, 2003.
- Benjamin, Walter. "Tesis sobre filosofía de la historia". En *Iluminaciones I*, 175-194. Madrid: Taurus, 1973.
- Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Traducción y presentación de Bolívar Echeverría. México: Contrahistorias, 2005.
- Bergel, Martín. "Un partido hecho de cartas. Exilio, redes diaspóricas y el rol de la correspondencia en la formación del aprismo peruano (1921-1930)", *Políticas de la Memoria*, n.º 15 (verano 2014-2015): 71-85. <https://ojs.politicasdelamemoria.cedinci.org/index.php/PM/article/view/227>
- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. Ciudad de México: Editorial Porrúa, 2005.
- Biset, Emmanuel. "Conceptos, totalidad y contingencia. Una lectura de Reinhart Koselleck", *Res Publica*, n.º 23 (2010): 123-143, <https://revistas.ucm.es/index.php/RPUB/article/view/45485>
- Blanco, José Javier. Reseña de *Diccionario Político y Social del Mundo Iberoamericano. (Iberconceptos II)*, vol. 5, dir. por Javier Fernández Sebastián, *Politeia*, vol. 38, n.º 54 (2015): 179-182. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=170048808007>
- Bloch, Marc. "A favor de una historia comparada de las sociedades europeas". En *Historia e Historiadores*. Comp. Étienne Bloch. Traducido por F. J. González García. Madrid: Akal, 1999.

- Bloch, Marc. "Réflexions pour un lecteur curieux de méthode" [1939]. En *L'histoire, la Guerre, La Résistance*. Édition établie par Annette Becker et Étienne Bloch. Paris: Gallimard, 2006.
- Bloch, Marc. *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición de Étienne Bloch, prefacio de Jacques Le Goff y traducción de María Jiménez y Danielle Zaslavsky. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Bloch, Marc. *La sociedad feudal*. [1939-1940]. Traducido por Eduardo Ripoll Perelló. Prólogo de Henri Berr. Madrid: Akal, 1986.
- Bloom, Harold. *The anxiety of influence. A theory of poetry*. Oxford: Oxford University Press, 1997.
- Bloom, Harold. *The Western Canon: The Books and Schools of the Ages*. New York: Harcourt Brace & Company, 1994.
- Blumenberg, Hans. *Ästhetische und metaphorologische Schriften*. Frankfurt: Suhrkamp, 2002.
- Blumenberg, Hans. *Die nackte Wahrheit*. Frankfurt: Suhrkamp, 2019.
- Blumenberg, Hans. *Fuentes, corrientes e icebergs*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Blumenberg, Hans. *La legibilidad del mundo*. Barcelona: Paidós, 2000.
- Blumenberg, Hans. *La legitimación de la edad moderna*. Valencia: Pre-Textos, 2008.
- Blumenberg, Hans. *Naufragio con espectador*. Madrid: Visor, 1995.
- Blumenberg, Hans. *Paradigmas para una metaforología*. Madrid: Trotta, 2003.
- Bobbio, Norberto. *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Bocardo Crespo, Enrique (ed.). *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*. Madrid: Tecnos, 2007.
- Bödeker, Hans Erich. "Historia de los conceptos como historia de la teoría. Historia de la teoría como historia de los conceptos. Una aproximación tentativa". En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, edición de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel. Santander: Universidad de Cantabria/McGraw-Hill, 2013.
- Bonilla, Heraclio. "El 20 de Julio aquel...", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 37, n.º 1 (enero-junio, 2010): 85-119.
- Borges, Jorge Luis. *Obras Completas I. 1923-1949*. Buenos Aires: Emecé, 2009.
- Bork, Cornelius. "Pensar y escribir en el grupo de trabajo. La forma de trabajo de Poética y hermenéutica como constelación". En *Constelaciones*, edición de Faustino Oncina Coves. Valencia: Pre-Textos, 2017.

- Boschetti, Anna. *Sartre et "Les Temps Modernes". Une entreprise intellectuelle*. Paris: Minuit, 1985.
- Bourdieu, Pierre y Roger Chartier. *El sociólogo y el historiador*. Madrid: Abada, 2011.
- Bourdieu, Pierre. "El racismo de la inteligencia". En *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo, 2003.
- Bourdieu, Pierre. "La ilusión biográfica", *Historia y Fuente Oral*, n.º 2 (1989): 27-33.
- Bourdieu, Pierre. "La ilusión biográfica". En *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- Bourdieu, Pierre. "L'ontologie politique de Martin Heidegger", *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 1, n.º 5-6 (1975). doi: <https://doi.org/10.3406/arss.1975.2485>
- Bourdieu, Pierre. *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI, 2005.
- Bourdieu, Pierre. *Homo academicus*, Madrid: Siglo XXI, 2008.
- Bourdieu, Pierre. *Homo academicus*. Paris: Minuit, 1984.
- Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires/Madrid: Eudeba/Clave Intelectual, 2012.
- Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 2006 [1979].
- Bourdieu, Pierre. *La nobleza de Estado. Educación de élite y espíritu de cuerpo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.
- Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Bourdieu, Pierre. *L'ontologie politique de Martin Heidegger*. Paris: Minuit, 1988.
- Bourdieu, Pierre. *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2000.
- Bourdieu, Pierre. *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Bourdieu, Pierre. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- Bourdieu, Pierre. *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Barcelona: Anagrama, 2014.
- Bremer, Francis John. *John Winthrop: America's Forgotten Founding Father*. Oxford: Oxford University Press, 2003.
- Breña, Roberto. "Tensions and Challenges of Intellectual History in Contemporary Latin America", *Contributions to the History of Concepts*, vol. 16, n.º 1 (2021): 89-115. doi: <https://doi.org/10.3167/choc.2020.160105>

- Brunner, Otto, Werner Konze y Reinhart Koselleck (eds.). *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Stuttgart: Klett-Cotta, 1972-1997, 9 vols.
- Brym, Robert. "Intellectual, sociology of". En *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, vol. 12, edición de James David Wright. Amsterdam: Elsevier, 2015.
- Burgièrre, André. *La escuela de Annales. Una historia intelectual*. Valencia: Universidad de Valencia, 2009.
- Burke, Peter. "Los ego-documentos como fuentes históricas". En *El oficio del historiador. Reflexiones metodológicas en torno a las fuentes*, comp. por Yobenj Aucardo Chicangana Bayona, María Cristina Pérez Pérez y Ana María Rodríguez Sierra. Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad del Rosario, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2019.
- Cabrera, Miguel Ángel. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid: Cátedra, 2001.
- Cáceres, María Francisca Fernández. "Manuel Sacristán: génesis de un intelectual polifónico", *Daimon. Revista Internacional De Filosofía*, n.º 53 (2011): 29-45. <https://revistas.um.es/daimon/article/view/151381>
- Cáceres, María Francisca Fernández. "Una lectura de Heidegger en la España franquista. El caso de Manuel Sacristán" *Sociología Histórica*, n.º 2 (2013): 73-110. <https://revistas.um.es/sh/article/view/188941>
- Camp, Roderic. "An image of mexican intellectuals, some preliminary observations", *Estudios Mexicanos*, vol. 1, n.º 1 (1985): 61-82.
- Capellán de Miguel, Gonzalo. "Los 'momentos conceptuales'. Una nueva herramienta para el estudio de la semántica histórica". En *Conceptos políticos, tiempo e historia. Nuevos enfoques en historia conceptual*, edición de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel. Santander: Ediciones Universidad de Cantabria, McGraw Hill Interamericana, 2013.
- Capellán, Gonzalo. "Imágenes de la democracia: la representación de los conceptos fundamentales (y sus símbolos)". En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, edición de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova. Santander: G9/UN, 2021.
- Capistegui, Francisco Javier. "Reinhart Koselleck. Bibliografía más destacada y principales traducciones", *Anthropos*, n.º 223 (2009): 82-91.
- Cárdenas Ayala, Elisa y Francisco Ortega Martínez (coords.). *El lenguaje de la secularización en América Latina. Contribuciones para un léxico*. Santander: Editorial Universidad de Cantabria, 2023.
- Cassirer, Ernst. *Filosofía de la Ilustración*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.



- Castaño Duque, Gildardo, “La invención de un pasado para Baldomero Sanín Cano”. En *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas*, coords. Diego Alejandro Zuluaga Quintero y Luis Fernando Quiroz Jiménez. Medellín: Fondo Editorial FOCO, 2021.
- Castells, Manuel. *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen I: La sociedad red*. Madrid: Alianza, 2000.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (dirs.) *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 2001.
- Cedomil, Goic. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. III Época contemporánea*. Madrid: Crítica, 1988.
- Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. *Programa Congreso Internacional de la modernidad en Iberoamérica. El lenguaje de la modernidad en Iberoamérica. Conceptos políticos en la era de las independencias*. Madrid: Ministerio de Cultura, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Fundación Carolina, Grupo Santander, Universidad del País Vasco, 2007.
- Charle, Christophe, Jürgen Shriewer y Peter Wagner (comps.). *Redes intelectuales transnacionales. Formas de conocimiento académico y búsqueda de identidades culturales*. Traducido por José M. Pomares. Barcelona: Pomares, 2006.
- Charle, Christophe. *El nacimiento de los “intelectuales”. 1880-1900*. Traducido por Heber Cardoso. Buenos Aires: Nueva Visión, 2009.
- Charle, Christophe. *Les Intellectuels en Europe au XIXe. Siècle. Essai d’histoire comparée*. Paris: Seuil, 1996.
- Chartier, Roger. “Histoire intellectuelle et histoire des mentalités”. En *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et inquiétude*. Paris: Éditions Albin Michel, 2009.
- Chartier, Roger. “Intelectual (Historia)”. En *Diccionario Akal de Ciencias Históricas*, dir. por André Burguière. Traducido por E. Ripoll Perelló, 398-402. Madrid: Akal, 1991.
- Chartier, Roger. “Materialidad del texto, textualidad del libro”, *Orbis Tertius*, año XI, n.º 12 (2006): 1-9. <https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv11n12a01>
- Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, 2005.
- Cherif Wolosky, Alejandro. “La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck”, *Historiografías: revista de historia y teoría*, n.º 7 (enero-junio, 2014): 85-100. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4741525>

- Chignola, Sandro y Giuseppe Duso. *Historia de los conceptos y filosofía política*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.
- Chignola, Sandro. "Historia de los conceptos y de la filosofía política. Sobre el debate en Alemania". En *Historia de los conceptos y filosofía política*, de Sandro Chignola y Giuseppe Duso. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.
- Collins, Randall. *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos/UAM/UNAM/UNAL, 2009.
- Collins, Randall. *El caso del anillo de los filósofos*. Madrid: Valdemar, 2008.
- Collins, Randall. *Historia comparativa de las comunidades intelectuales*. Barcelona: Hacer, 2005.
- Collins, Randall. *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*. Madrid: Hacer, 2005.
- Colmenares Germán. "La Historia de la Revolución de José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica". En *La Independencia. Ensayos de Historia social*, de Germán Colmenares, et. al. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986.
- Concheiro, Luciano y Ana Sofía Rodríguez. *El intelectual mexicano: una especie en extinción*. México: DeBolsillo, 2017.
- Corominas, Jordi y Joan Albert Vicens Folgueira. *Xavier Zubiri: la soledad sonora*. Madrid: Taurus, 2006.
- Coser, Lewis Alfred. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Cosío Villegas, Daniel (coord.). *Historia general de México*, tomo 2. México: El Colegio de México, 2000.
- Costa Delgado, Jorge. "La dimensión generacional en la constitución del carácter individual: ¿Es posible hablar de un *habitus* de generación?", *Bajo Palabra*, n.º 28 (2021): 135-154. doi: <https://doi.org/10.15366/bp2021.28.006>
- Costa Delgado, Jorge. *La educación política de las masas. Capital cultural y clases sociales en la generación del 14*. Madrid: Siglo XXI, 2019.
- Crèvecoeur, John Hector Saint John de. *Letters from an American Farmer*. New York: Oxford University Press, 1997.
- Cruz Rodríguez, Edwin. "El poder en los análisis políticos de Marx. Una aproximación onomasiológica-semasiológica", *Nómadas*, vol. 38, n.º 2 (2011): 37-50. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18128245003>
- Cruz, Juan. "Juan Rulfo: 'No puedo escribir sobre lo que veo'". *El País* (19 de agosto de 1979). [https://elpais.com/elpais/2015/07/27/actualidad/1437991191\\_012418.html](https://elpais.com/elpais/2015/07/27/actualidad/1437991191_012418.html)

- Cuesta, Raimundo. Reseña de *Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968-1985)*, de Francisco Vázquez García, *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, n.º 34 (2015): 451-453. <https://revistas.usal.es/index.php/0212-0267/article/view/15110/15728>
- Curriel Defossé, Fernando. “sigloveinte@lit.mex. Recorrido en 4 escalas”, *(An)ecdótica: Seminario de edición crítica de textos*, vol. 4, n.º 2 (2020): 31-60. <https://revistas-filologicas.unam.mx/anEcdotica/index.php/anec/article/view/83>
- Cusset, François. *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux États Unis*. Paris: La Découverte, 2003.
- CUSur. “Juan Rulfo, referente obligado de la literatura universal”, Universidad de Guadalajara (7 de enero de 2014). <http://148.202.105.20/prensa/boletines/2014/enero/0009cusur.pdf>
- Dannenberg, Lutz, Carlos Spoerhase y Dirk Werle (eds.). *Begriffe, Metaphern und Imaginationen in Philosophie und Wissenschaftsgeschichte*. Wiesbaden: Harrasowitz, 2009.
- Darnton, Robert. *El negocio de la ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Departamento de Derecho Constitucional e Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad del País Vasco y Fundación Euskoiker. *Programa del I Seminario Internacional de Historia Conceptual Comparada del Mundo Iberoamericano*. Madrid: Programa de Universidades del Grupo Santander, Ministerio de Cultura, Fundación Mapfre, Fundación Carolina, 10 y 11 de abril de 2006.
- Detienne, Marcel. *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*. México: Sexto Piso, 2004.
- Devés, Eduardo. “Los estudios de las ideas y las intelectualidades en América Latina a inicios del XXI: cartografía, trazos característicos y evaluación. Un ensayo con perspectiva personal. Primera parte: Cartografía de los estudios eidéticos”, *Wirapuru*, n.º 1 (2020): 100-119. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7936441>
- Devés, Eduardo. “Los estudios de las ideas y las intelectualidades en América Latina-Caribe a inicios del XXI: cartografía, trazos característicos y evaluación. Un ensayo con perspectiva personal. Parte II: Trazos para un boceto y evaluación”, *Wirapuru*, n.º 3 (2021): 1-25. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8067537>
- Dip, Nicolás (coord). “La nueva izquierda en la historia reciente de América Latina. Un diálogo entre Eric Zolov, Rafael Rojas, Elisa Servín, María Cristina Tortti y Aldo Marchesi”. *Espectra. Revista de Historia*, vol. 2, n.º 4 (julio-diciembre de 2020): 290-323. <https://revistas.uas.edu.mx/index.php/Espectra/article/view/211/199>

- Dosse, Florence. *Les héritiers du silence. Enfants d'appelés en Algérie*. Paris: Éditions Stock, 2012.
- Dosse, François. "Histoire intellectuelle". En *Historiographies I. Concepts et débats*, edición de Christian Delacroix, François Dosse, Patrick Garcia y Nicolas Offenstadt. Paris: Gallimard, 2010.
- Dosse, François. *Amitiés philosophiques*. Paris: Odile Jacob, 2021.
- Dosse, François. *Historia del estructuralismo. Tomo 1: El campo del signo: 1945-1966*. Traducido por María del Mar Linares. Madrid: Akal, 2004.
- Dosse, François. *Historia del estructuralismo. Tomo 2: El canto del cisne: 1966-a nuestros días*. Traducido por María del Mar Linares. Madrid: Akal, 2004.
- Dosse, François. *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*. Paris: La Découverte, 1995.
- Dosse, François. *La apuesta biográfica*. Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia, 2007.
- Dosse, François. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: Ediciones de la Universidad de Valencia, 2006.
- Dosse, François. *La marche des idées. Histoire des intellectuels, histoire intellectuelle*. Paris: La Découverte, 2003.
- Dosse, François. *La saga des intellectuels français. Tome I: À l'épreuve de l'histoire, 1944-1968*. Paris: Gallimard, 2018.
- Dosse, François. *La saga des intellectuels français. Tome II: L'avenir en miettes, 1968-1989*. Paris: Gallimard, 2018.
- Dosse, François. *Pierre Vidal-Naquet. Une vie*. Paris: La Découverte, 2020.
- Douglas, Mary. *Cómo piensan las instituciones*. Madrid: Alianza, 1996.
- Dryzek, John S. *Deliberative Democracy and Beyond: Liberals, Critics, Contestations*. Oxford: Oxford University Press, 2002.
- Dubois, Jacques. *La institución de la literatura*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2014.
- Duby, Georges. "Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme". En *Féodalité*. Paris: Gallimard, 1996.
- Duby, Georges. *Obras selectas*, comp. por Beatriz Rojas. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Dunn, John. *The Political Thought of John Locke. An Historical Account of the Argument of the "Two Treatises of Government"*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982.

- Durkheim, Émile. “El individualismo y los intelectuales”. En *La science sociale et l’action*. Paris: PUF, 1970. Traducido por Federico Lorenc Valcarde. <http://misociologia.blogspot.com/2004/09/mile-durkheim-el-individualismo-y-los.html>
- Durkheim, Émile. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza, 1993.
- Duso, Giuseppe. “Conceptos políticos y realidad en la época moderna”, *Historia y Grafía*, n.º 44 (2015): 17-46. <https://www.revistahistoriaygrafia.com.mx/index.php/HyG/article/view/96/77>
- Duso, Giuseppe. “Historia conceptual como filosofía política”. En *Historia de los conceptos y filosofía política*, de Sandro Chignola y Giuseppe Duso. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.
- Duso, Giuseppe. “La *Begriffsgeschichte*’ y el concepto moderno de poder”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, edición de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel. Santander: Universidad de Santander-MacGraw Hill, 2013.
- Duso, Giuseppe. *La representación política. Génesis y crisis de un concepto*. Buenos Aires: UNSAM/Jorge Baudino Ediciones, 2019.
- Dutt, Carsten. “Funciones de la historia conceptual”. En *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, edición de Faustino Oncina Covés. Barcelona: Herder, 2010.
- Echeverría, Bolívar. *¿Qué es la modernidad?* México: UNAM, 2006.
- El Universal. “¿A qué se le llama ‘Generación de la Ruptura’?”, *El Universal* (3 de julio de 2017). <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/cultura/artes-visuales/2017/07/3/que-se-le-llama-generacion-de-la-ruptura/>
- El Universal. “La fama fue nociva para Paz y Rulfo: Antonio Alatorre”, *Vanguardia/MX* (22 de septiembre de 2015). <https://vanguardia.com.mx/circulo/2925613-la-fama-fue-nociva-para-paz-y-rulfo-antonio-alatorre-BBVG2925613>
- Eley, Geoff y Keith Nield. “Why Does Social History Ignore Politics?”. *Social History*, vol. 5, n.º 2 (1980): 249-271.
- Elliot, Emory. *Columbia Literary History of the United States*. New York: Columbia University Press, 1988.
- Emerson, Ralph Waldo. *The Essays of Ralph Waldo Emerson*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2001.
- Entin, Gabriel y Jeanne Moisand. “El abecedario iberoamericano de la modernidad política. Entrevista con Javier Fernández Sebastián”, *Book and Ideas* (10 de junio de 2011). [https://booksandideas.net/IMG/pdf/20110610\\_JFS\\_ES.pdf](https://booksandideas.net/IMG/pdf/20110610_JFS_ES.pdf)

- Enzenberger, Hans Magnus (ed.). *Europa en ruinas. Relatos de testigos oculares de los años de 1944 a 1948*. Traducido por Begoña Llovet Barquero. Madrid: Capitan Swing, 2013.
- Escudier, Alexandre. “Temporalización’ y modernidad política: intento de sistematización a partir de R. Koselleck”. En *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, edición de Faustino Oncina Covés. Barcelona: Herder, 2010.
- Esposito, Roberto. *Categorías de lo impolítico*. Buenos Aires: Katz, 2006.
- Esposito, Roberto. *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- Estrella González, Alejandro. “La filosofía mexicana durante el régimen liberal: redes intelectuales y equilibrios políticos”, *Signos Filosóficos*, vol. 12, n.º 23 (2010): 141-181. <https://signosfilosoficos.izt.uam.mx/index.php/SF/article/view/433>
- Estrella González, Alejandro. “La profesionalización de la filosofía y el *ethos* del exilio español en México”, *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, n.º 52 (2015). doi: <https://doi.org/10.3989/isegoria.2015.052.10>
- Estrella González, Alejandro. *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2011.
- Estrella González, Alejandro. *Libertad, progreso y autenticidad. Ideas sobre México a través de las generaciones filosóficas (1865-1925)*. México: Jus, 2014.
- Evans-Pritchard, Edward Evan. “Antropología e historia”. En *Ensayos de antropología social*. Traducido por Miguel Rivera Dorad. 2ª ed. revisada. Madrid: Siglo XXI, 2006.
- Evans-Pritchard, Edward Evan. “Introducción”. En *Las teorías de la religión primitiva*. Traducido por Mercedes Abad y Carlos Piera, 11-39. Madrid: Siglo XXI, 1991.
- Fabiani, Jean-Louis. “Les programmes, les hommes et les oeuvres”. *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 47-48 (1983). doi: <https://doi.org/10.3406/arss.1983.2184>
- Fabiani, Jean-Louis. *La crise du champ philosophique (1880-1914)* [thèse dactylographiée]. Paris: EHESS, 1980.
- Fabiani, Jean-Louis. *Les philosophes de la république*. Paris: Minuit, 1988.
- Fabiani, Jean-Louis. *Qu’est-ce qu’un philosophe français? La vie sociale des concepts (1880-1980)*. Paris: EHESS, 2010.
- Fachin, Patricia. “O intelectual cosmopolita globalizado é um outsider. Entrevista especial com Ivan Domingues”, *Instituto Humanitas UNISINOS/Adital* (2018).



- Febvre, Lucien. "La société féodale: una synthèse critique". En *Pour une histoire à part entière* [1962]. Paris: EHESS, 1982.
- Febvre, Lucien. *Europa. Génesis de una civilización*. Traducido por Juan Vivanco. Prólogo de Marc Ferro. Barcelona: Crítica, 1999.
- Febvre, Lucien. *Honor y patria*. Traducido por Aurelia Álvarez Urbajtel. Texto establecido, presentado y anotado por Thérèse Charmasson y Brigitte Mazon. Prefacio de Charles Morazé. México: Siglo XXI, 1999.
- Femia, Joseph. "An Historic critic of 'revisionist' methods for studying the history of ideas". En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics*. Princeton: Princeton University Press, 1988.
- Feres Júnior, João. "Los estratos teóricos de la historia conceptual y su utilidad para futuras investigaciones". En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, edición de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel. Santander: Universidad de Cantabria/McGraw-Hill, 2013.
- Fernández Sebastián, Javier. "Política antigua - política moderna. Una perspectiva histórico-conceptual", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, n.º 35, fasc. 1 (2005): 165-184. doi: <https://doi.org/10.4000/mcv.1521>
- Fernández Sebastián, Javier (dir.). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750-1850 (Iberconceptos-I)*, dir. por Javier Fernández Sebastián. Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC, 2009.
- Fernández Sebastián, Javier y Elías José Palti. "Novedades en historia político-conceptual e intelectual iberoamericana: redes, foros, congresos, publicaciones y proyectos", *Historia Constitucional*, n.º 7 (2006): 369-381.
- Fernández Sebastián, Javier y Faustino Oncina Coves (eds.). *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques históricos e historiográficos*. Valencia: Pre-Textos, 2021.
- Fernández Sebastián, Javier y Gonzalo Capellán de Miguel (eds.). *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*. Santander: Universidad de Cantabria; Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España, D. L. 2013.
- Fernández Sebastián, Javier y Juan Francisco Fuentes (dirs.). *Diccionario político y social del siglo XIX español*. Madrid: Alianza, 2002.
- Fernández Sebastián, Javier y Juan Francisco Fuentes (dirs.). *Diccionario político y social del siglo XX español*. Madrid: Alianza, 2008.
- Fernández Sebastián, Javier y Juan Francisco Fuentes. "A manera de introducción. Historia, lenguaje y política", *Ayer*, n.º 53, 1 (2004): 11-26.



- Fernández Sebastián, Javier y Luis Torres Fernández. “Iberconceptos: un proyecto de investigación en red. Cuestiones teórico-metodológicas y organizativas”, *Spagna Contemporanea*, n.º 51 (2017): 153-175. <https://bit.ly/3zzF4bf>
- Fernández Sebastián, Javier, dir. *Diccionario político y social del mundo iberoamericano, Vol. II, Tomo I*. Madrid: Universidad del País Vasco, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014.
- Fernández Sebastián, Javier. “¿Cómo clasificamos a la gente del pasado? Categorías sociales, clases e identidades anacrónicas”, *Historia y Grafía*, n.º 45 (2015): 13-55.
- Fernández Sebastián, Javier. “¿Cómo clasificamos a las gentes del pasado? Categorías sociales e identidades en el tiempo”. En *La subversión del orden por la palabra. Tiempo, espacio e identidad en la crisis del mundo ibérico, siglos XVIII-XIX*, edición de Javier Fernández Sebastián y Cecilia Suárez Cabal. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2015.
- Fernández Sebastián, Javier. “¿Qué es un diccionario histórico de conceptos políticos?”, *Anales*, n.º 7-8 (2004-2005): 223-240. <https://bit.ly/3OAK9sU>
- Fernández Sebastián, Javier. “Acontecer, experiencia y teoría de la historia. Recordando a Reinhart Koselleck”, *Anthropos*, n.º 223 (2009): 45-53.
- Fernández Sebastián, Javier. “Apresentação. Algumas notas sobre história conceptual e sobre a sua aplicação ao espaço atlântico ibero-americano”, *Ler História*, n.º 55 (2008): 5-15.
- Fernández Sebastián, Javier. “Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual”. En *Historia cultural de la política contemporánea*, edición de Jordi Canal y Javier Moreno Luzón. Madrid: CEPC, 2009.
- Fernández Sebastián, Javier. “*Ex innovatio traditio/Ex traditio innovatio*. Continuidad y ruptura en historia conceptual”. En *Tradición e innovación en historia conceptual. Métodos historiográficos*, edición de Faustino Oncina Coves. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.
- Fernández Sebastián, Javier. “Iberconceptos. Hacia una historia transnacional de los conceptos políticos en el mundo iberoamericano”, *Isegoría*, n.º 37 (julio-diciembre de 2007): 165-176. <https://revistaestudiostributarios.uchile.cl/index.php/CDH/article/view/47280>
- Fernández Sebastián, Javier. “Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos”. En *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850. (Iberconceptos-I)*, dir. por Javier Fernández Sebastián, 23-46. Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC, 2009.
- Fernández Sebastián, Javier. “Levantando los planos del porvenir. Sobre el advenimiento del futuro en el mundo hispánico”. En *Tiempos críticos: historia*,

*revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano: siglos XVIII y XIX*, edición de Fabio Wasserman. Buenos Aires: Prometeo, 2020.

- Fernández Sebastián, Javier. "Revolucionarios y liberales. Conceptos e identidades políticas en el mundo atlántico". En *Las revoluciones en el mundo atlántico*, coord. por María Teresa Calderón y Clément Thibaud. Bogotá: Universidad Externado/Taurus/Fundación Carolina, 2006.
- Fernández Sebastián, Javier. "Seminario Iberconceptos. Historia política e intelectual del mundo iberoamericano: lenguajes, conceptos y discursos", Universidad Nacional de Colombia, acceso el 1 de julio de 2022. [http://www.youtube.com/watch?v=rq\\_bREJeOuc](http://www.youtube.com/watch?v=rq_bREJeOuc)
- Fernández Sebastián, Javier. "Tiempos de transición en el Atlántico Ibérico: conceptos políticos en revolución", En *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870 (Iberconceptos-II)*, dir. por Javier Fernández Sebastián, tomo I, 25-72. Madrid: Universidad del País Vasco/CEPC, 2014.
- Fernández Sebastián, Javier. *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2021.
- Fernández Torres, Luis. "La recepción de la historia de conceptos en España. En la encrucijada entre la reflexión teórica y la aplicación práctica", *Historia da Historiografía*, vol. 12, n.º 30 (mayo-agosto de 2019): 239-243. doi: <http://dx.doi.org/10.15848/hh.v12i30.1450>
- Finley, Moses Israel. *Los griegos de la antigüedad*. Barcelona: Labor, 1980.
- Foucault, Michel. "La escritura de sí". En *Obras esenciales*. Barcelona: Paidós, 2015.
- Foucault, Michel. "¿Qué es un autor?", *Littoral*, n.º 9 (junio, 1983): 51-82.
- Foucault, Michel. "Los intelectuales y el poder". En *Obras esenciales. II. Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós, 2015.
- Franco Pérez, Antonio-Filiu. "Conceptos políticos clave para entender la transición a la modernidad en Iberoamérica (1770-1870)", *Revista de Historia Constitucional*, n.º 16 (2015): 459-465. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0919300>
- Frank, Manfred. "Filosofía como 'aproximación infinita'. Consideraciones a partir de la 'constelación' del primer Romanticismo alemán", *Análisis. Revista de investigación filosófica*, vol 2, n.º 2 (2015): 311-333. doi: [https://doi.org/10.26754/ojs\\_arif/a.rif.201521202](https://doi.org/10.26754/ojs_arif/a.rif.201521202)
- Freeden, Michael. *Ideologies and Political Theory: A Conceptual Approach*. Oxford: Clarendon Press, 1996.
- Friedrich, Alexander. *Metaphorologie der Vernetzung Zur Theorie kultureller Leitmetaphern*. München: Fink, 2015.

- Fundación Carolina, Universidad del País Vasco, Ministerio de la Presidencia, Universidad de la República, Instituto de Ciencia Política y Cefir. *Programa del III Congreso Internacional El lenguaje de las independencias en Iberoamérica: Conceptos políticos y conceptos historiográficos en la era de las revoluciones*. Montevideo: Bicentenario Uruguay, Presidencia, Grupo Santander, Asociación Cultural Española, Gobierno de España, Ateneo de Montevideo, Universidad Católica, Ancap, Ministerio de Educación y Cultural, 5-7 de septiembre de 2011.
- Fusaro, Diego. “Reinhart Koselleck y los monumentos como indicadores de los cambios históricos y políticos”, *Historia y Grafía*, n.º 45 (2015): 95-122. <https://www.revistahistoriaygrafia.com.mx/index.php/HyG/article/view/108/88>
- Gadamer, Hans-George. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme, 1999.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método II*. Salamanca: Sígueme, 2010.
- Galindo Hervás, Alfonso. *Historia y conceptos políticos. Una introducción a Reinhart Koselleck*. Pamplona: UENSA, 2021.
- Gallino, Luciano. *Diccionario de sociología*. México: Siglo XXI, 2001.
- Gamboa, Federico. *Santa*. Barcelona: Talleres Araluce, 1903. <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080006854/1080006854.PDF>
- Gaos, José. *Obras completas xvii. Confesiones profesionales. Aforística*. México: UNAM, 1982.
- García Bonilla, Emilio. *Lombardo: Facetas de una vida*. México: Códice, 2020.
- García Bonilla, Roberto. “El camino de Rulfo”, *Nexos* (2017). <https://www.nexos.com.mx/?p=32211>
- García Jolly, Victoria. “Generación de Ruptura”, *Algarabía*, n.º 127 (2017). <https://mail.radiocalpulpan.com/cultura-y-espectaculos/2496-generacion-de-ruptura.html>
- Geertz, Clifford. “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”. En *La interpretación de las culturas*. Traducido por Alberto L. Bixio. Madrid: Gedisa, 2005.
- Gella, Aleksander. “The Russian and Polish Intelligentsias: a Sociological Perspective”, *Studies in Soviet Thought*, vol. 19, n.º 4 (Jun., 1979): 307-320. doi: <https://doi.org/10.1007/BF00832019>
- Geney Beltrán, Félix. “¿Dinero de la CIA para Juan Rulfo?”, *Confabulario* (5 de abril de 2014). <https://confabulario.eluniversal.com.mx/dinero-de-la-cia-para-juan-rulfo/>
- Giddens, Anthony. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península, 1995.

- Gil Villegas, Francisco. *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Gilhaumou, Jacques. “La historia lingüística de los conceptos: el problema de la intencionalidad”, *Ayer*, n.º 53 (2004): 47-61. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1034821>
- Ginzburg, Carlo. “El historiador como antropólogo”. En *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Traducido por Luciano Padilla López. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Ginzburg, Carlo. “Nuestras palabras y las suyas. Una reflexión sobre el Oficio de historiador, hoy”. Traducido por Carlos Alberto Ríos y América Bustamante. En *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, año 9, n.º 19 (sep. 2012-feb. 2013): 7-24.
- Ginzburg, Carlo. “Prólogo a la edición italiana de *Los reyes taumaturgos*, de Marc Bloch”. En *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, 2015.
- Ginzburg, Carlo. “Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario veinticinco años después”. Traducido por Carlos Aguirre Rojas. *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, n.º 7. (sep. 2006-feb. 2007): 7-16.
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Traducido por Francisco Martín. México: Océano, 2000.
- Ginzburg, Carlo. *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*. Traducido por Dulce María Zúñiga Chávez y Juan Carlos Rodríguez Aguilar. México: Universidad de Guadalajara, 2005.
- Godechot, Olivier. “Le marché du livre philosophique”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 130 (1999): 11-28. doi: <https://doi.org/10.3406/arss.1999.3309>
- Godicheau, François y Pablo Sánchez León (eds.). *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Goldentul, Analía Eugenia y Ezequiel Andrés Saferstein. “Los jóvenes lectores de la derecha argentina: un acercamiento etnográfico a los seguidores de Agustín Laje y Nicolás Márquez”, *Cuaderno 112. Centro de Estudios en Diseño y Comunicación* (2020/2021): 113-131. doi: <https://doi.org/10.18682/cdc.vi112.4095>
- Gómez Ramos, Antonio. “Conceptos y redes: sobre sujetos de las constelaciones e historia conceptual”. En *Constelaciones*, edición de Faustino Oncina Coves. Valencia: Pre-Textos, 2017.

- Gómez Ramos, Antonio. "El trabajo público de los conceptos". En *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual*, edición de Faustino Oncina Covés. Madrid/México: CSIC/Plaza y Valdés, 2009.
- Gómez Ramos, Antonio. "Introducción. Koselleck y la *Begriffsgeschichte*. Cuando el lenguaje se corta con la historia". En *historia/Historia*, de Reinhart Koselleck. Madrid: Trotta, 2010.
- Gómez Ramos, Antonio. "Koselleck, la memoria y la historia. Sobre la dificultad de entender el tiempo presente", *Revista de historiografía*, n.º 34 (2020): 137-161. doi: <https://doi.org/10.20318/revhisto.2020.5828>
- Gómez Revuelta, Gloria Maritza. "Un nuevo ejercicio de historia conceptual sobre Iberoamérica", *Historia y Grafía*, n.º 45 (julio-diciembre de 2015): 195-202. <https://www.scielo.org.mx/pdf/hg/n45/1405-0927-hg-45-195.pdf>
- González Bermejo, Ernesto. "Juan Rulfo: la literatura es una mentira que dice la verdad. Una conversación con Ernesto González Bermejo", *Revista de la Universidad de México*, vol. XXXIV, n.º 1 (1979): 4-8. <https://bit.ly/3zcccED>
- Graham, Keith. "How do illocutionary description explain". En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics*. Princeton: Princeton University Press, 1988.
- Gramsci, Antonio. "La formación de los intelectuales". En *Antología*. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. México: Siglo XXI, 2010.
- Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. México: Grijalbo, 1967.
- Granados, Aimer y Carlos Marichal (comps). *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*. México: COLMEX, 2004.
- Granet, Marcel y Carlo Ginzburg. "Brujas y Chamanes". En *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Traducido por Luciano Padilla López. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Greeley, Robin Adèle. "Testimoniando la Revolución, forjando Patria". En *Pinta la revolución: arte moderno mexicano, 1910-1950*, coord. por Matthew Affron, 263-270. México: Museo del Palacio de Bellas Artes, INBAL/Fondo de Cultura Económica/Philadelphia Museum of Art/Fundación Jenkins, 2016).
- Gross, Neil. *Richard Rorty. The Making of an American Philosopher*. Chicago: The University of Chicago Press, 2008.
- Gumbrecht, Hans-Ulrich. *Dimensionen und Grezen der Begriffsgeschichte*. Múnich: Wilhelm Fink, 2006.
- Gurwitz De Anhalt, Nedda. *¿Por qué Dreyfus? El ensayo de un crimen*. México: CONACULTA, 2003.

- Habermas, Jürgen. “Crítica a la filosofía de la historia”. En *Perfiles filosófico-políticos*, de Jürgen Habermas. Madrid: Taurus, 2000.
- Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gil, 1981.
- Hampsher-Monk, Iain, Karin Tilmans y Frank van Vree (eds.). *History of Concepts. Comparative Perspective*. Amsterdam: Amsterdam University Press, 1998.
- Hargraves Heap, Shaun. *Rationality in Economics*. Oxford: Basil Blackwell, 1989.
- Haverkamp, Anselm (ed.). *Theorie der Metapher*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1996.
- Haverkamp, Anselm y Dirk Mende (eds.). “Metaphorologie zweiten Grades. Unbegrifflichkeit, Vorformen der Idee”. En *Metaphorologie. Zur Praxis von Theorie*. Frankfurt: Suhrkamp, 2009.
- Heger, Klaus. *Teoría semántica. Hacia una semántica moderna. II*. Madrid: Alcalá, 1974.
- Heidregen Carl-Goran y Henrik Lundberg. “Towards a Sociology of Philosophy”, *Acta Sociologica*, vol. 53, n.º 1 (2010). doi: <https://doi.org/10.1177/0001699309357831>
- Henrich, Dieter. *Grundlegung aus dem Ich. Untersuchung zur Vorgeschichte des Idealismus Tübingen – Jena (1790-1794)*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2004.
- Henrich, Dieter. *Konstellationen. Probleme und Debatten am Ursprung der idealistischen Philosophie (1789-1795)*. Stuttgart: Klett-Cotta, 1991.
- Heredia Soriano, Antonio. *Política docente y filosofía oficial en la España del siglo XIX (1833-1864)*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1982.
- Hernández Castillo, Diana. “(Des)archivando a *Pedro Páramo*, Paralelo 20. *Revista Nacional y Paralelo 20*”, *Tenso Diagonal*, n.º 7 (2019): 131-140. <https://tensodiagonal.org/index.php/tensodiagonal/article/view/53>
- Heródoto. *Historia*. Traducción y notas de Carlos Shrader, 5 tomos. Barcelona: Gredos/RBA, 2006.
- Herrero, Alejandro (coord). “¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?”, *Perspectivas metodológicas*, vol. 21 (2021): 1-110. doi: <https://doi.org/10.18294/pm.2021.3525>
- Hollis, Martin. “Say it with flowers”. En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics*. Princeton: Princeton University Press, 1988.
- Hölscher, Lucian. “Lección conmemorativa de Reinhart Koselleck”, *Anthropos*, n.º 223 (2009): 39-44.
- Hölscher, Lucian. *El descubrimiento del futuro*. Madrid: Siglo XXI, 2014.



- Honneth, Axel. *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica, 1997.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta, 1998.
- Ifversen, Jan. "About Key Concepts and How to Study Them", *Contributions to the History of Concepts*, vol. 6, n.º 1 (2013): 65-88 doi: <http://dx.doi.org/10.3167/choc.2011.060104>
- Iggers, George Gerson. *La historiografía del siglo xx. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Ingerflom, Claudio. "El Estado de Reinhart Koselleck o cómo pensar los cambios históricos". En *El concepto de Estado y otros ensayos*, de Reinhart Koselleck. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021.
- Iranzo, Juan Manuel. "Proemio". En *Cadenas de rituales de interacción*, de Randall Collins. Barcelona: Anthropos/UAM/UNAM/UNAL, 2009.
- Jameson, Fredric. *Archaeologies of the Future. The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*. London: Verso, 2005.
- Jauss, Hans-Robert. "Literary History as a Challenge to Literary Theory". En *Toward a Aesthetic of Reception*, de Hans-Robert Jauss, 20-24. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2005.
- Jiménez de Báez, Yvette y Luzelena Gutiérrez de Velasco (coords.). *Pedro Páramo: diálogos en contrapunto (1955-2005)*. México: El Colegio de México/ Fundación para las Letras Mexicanas (FLM), 2008.
- Jiménez, Víctor, Alberto Vital y Jorge Cepeda. *Tríptico para Juan Rulfo*. México: Fundación Juan Rulfo/RM, 2005.
- Joutard, Philippe. *Esas voces que nos llegan del pasado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Juliá, Santos. *Historia social/sociología histórica*. Madrid: Siglo XXI, 1989.
- Junge, Kay y Kyrill Postoutenko. *Asymmetrical Concepts after Reinhart Koselleck*. Bielefeld/New Brunswick: Transcript Verlag-Transaction, 2011.
- Kaberry, Phyllis. "La contribución de Malinowski a los métodos del trabajo de campo y la literatura etnográfica". En *Hombre y cultura. La obra de Bronisław Malinowski*, edición de Raymond Firth. Traducido por Ramón Valdez del Toro. México: Siglo XXI, 1999.
- Keane, John. "More theses on the philosophy of history". En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics*. Princeton: Princeton University Press, 1988.
- Köhnke, Klaus Christian. *Surgimiento y auge del neokantismo. La filosofía universitaria alemana entre el idealismo y el positivismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.



- Konersmann, Ralph (ed.). *Wörterbuch der philosophischen Metaphern*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2007.
- Konze, Werner y Reinhart Koselleck. "Estado". En *El concepto de Estado y otros ensayos*, por Reinhart Koselleck, 129-238. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021.
- Koselleck, Reinhart. "Introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana", *Anthropos*, n.º 223 (2009): 92-105.
- Koselleck, Reinhart. "Historia de los conceptos y conceptos de historia", *Ayer*, n.º 53 (2004): 27-45.
- Koselleck, Reinhart. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta, 2012.
- Koselleck, Reinhart. "¿Existe una aceleración en la historia?". En *Las contradicciones culturales de la modernidad*, edición de Josetxo Beriain y Maya Aguiluz. Barcelona: Anthropos/UAM/UNAM/UN, 2007.
- Koselleck, Reinhart. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós/UAB, 2001.
- Koselleck, Reinhart. *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia: Pre-Textos, 2003.
- Koselleck, Reinhart. "Histórica y hermenéutica". En *Historia y hermenéutica*, de Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer. Barcelona: Paidós, 1997.
- Koselleck, Reinhart. "Introducción a Estratos del tiempo", *Prismas*, n.º 25 (2021): 119-124. doi: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1210>
- Koselleck, Reinhart. "Legajos – Fuentes – Historias". En *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, de Reinhart Koselleck. Madrid: Escolar y Mayo, 2013.
- Koselleck, Reinhart. *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid: Trotta/Universidad Autónoma de Madrid, 2007.
- Koselleck, Reinhart. *El concepto de Estado y otros ensayos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021.
- Koselleck, Reinhart. *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?* Madrid: Escolar y Mayo, 2013.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Koselleck, Reinhart. *historia/Historia*. Madrid: Trotta, 2004.
- Koselleck, Reinhart. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta, 2012.

- Koselleck, Reinhart. *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Madrid: CEPC, 2011.
- Koselleck, Reinhart. *Sentido y repetición en la historia*. Buenos Aires: Hydra, 2013.
- Kurzman, Charles y Lynn Owens. "The sociology of intellectuals", *Annual Review of Sociology*, n.º 28 (2002): 63-90.
- Kusch, Martin. "The Sociology of Philosophical Knowledge: a Case study and a Defense". En *The Sociology of Philosophical Knowledge*, edición de Martin Kusch, 15-38. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 2000.
- Kusch, Martin. *Psychologism: A Case Study in the Sociology of Philosophical Knowledge*. London: Routledge, 1995.
- Laín Entralgo, Pedro. *Las generaciones en la historia*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1945.
- Lalive d'Épinay, Christian. "Récit de vie, ethos et comportement: pour une exégèse sociologique". En *Méthodes d'analyse de contenu et sociologie*, edición de Jean Remy et Daniëlle Ruquoy. Bruxelles: Facultés Universitaires Saint-Louis, 1990.
- Lamont, Michèle. "How to Become a Dominant French Philosopher: The Case of Jacques Derrida", *American Journal of Sociology*, vol. 93, n.º 3 (1987): 584-622. <http://nrs.harvard.edu/urn-3:HUL.InstRepos:3428546>
- Laotur, Bruno. *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial, 2008.
- Laslett, Peter. "Introduction". En John Locke, *Two Treatises of Government*. Cambridge: Cambridge University Press, 1960.
- Latour, Bruno. "Dadme un laboratorio y moveré el mundo". En *Science Observed: Perspectives on the Social Study of Science*, edición de Karine Knorr-Cetina y Mijail Mulkay, 141-170. London: Sage, 1983.
- Latour, Bruno. *Investigación sobre los modos de existencia. Una antropología de los modernos*. Buenos Aires: Paidós, 2013.
- Latour, Bruno. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa, 2001.
- Latour, Bruno. *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- Latour, Bruno. *Pasteur. Una ciencia, un estilo, un siglo*. México: Siglo XXI/Secretaría de Salud, 1995.
- Le Goff, Jacques. "¿Es la política el esqueleto de la historia?". En *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, 163-178. Barcelona: Gedisa, 1988 [1971].
- Le Goff, Jacques. *Los intelectuales en la Edad Media*. Traducido por Alberto Luis Bixio. Barcelona: Gedisa, 2008 [1957].

- Lemus, Silvia. *Tratos y retratos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Levinas, Emmanuel. *Ética e infinito*. Madrid: Visor, 1991 [1961].
- Linares, Óscar. “De héroes, naciones milenarias y guerras fratricidas. Tres mitos fundacionales en tres relatos historiográficos de la nación mexicana”. *Folios*, n.º 32 (2010): 7-22.
- Linares, Óscar. “Las caras del giro republicano en Hispanoamérica: ¿reflejos del espejo historiográfico y metodológico anglosajón?”. *Folios*, n.º 56 (2022): 187-206. doi: <https://doi.org/10.17227/folios.56-13197>
- Linares, Óscar. *Un mapa del giro metodológico. Historia de las ideas, los conceptos y los lenguajes políticos en América Latina*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2021.
- Lippmann, Walter. *Public Opinion*. New Brunswick: Transaction Publisher, 1998.
- Locke, John. *Two treatises of government*, edición de Peter Laslett. Cambridge: Cambridge University Press, 1999 [1960].
- Lomné, George (dir). *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 39 (1) (1 de octubre de 2010). [En línea]. doi: <https://doi.org/10.4000/bifea.2056>
- López Mena, Sergio. “Juan Rulfo y el mundo indígena”, *Fragmentos*, n.º 23 (2002): 103-109. <https://xdoc.mx/documents/juan-rulfo-y-el-mundo-indigena-60839a21cddb5>
- López Mena, Sergio. *Los caminos de la creación en Juan Rulfo*. México: UNAM, 1993.
- Lovejoy, Arthur Oncken. *La gran cadena del ser. Historia de una idea*. Barcelona: Icaria, 1983.
- Lundberg, Henrik. “‘The Holy that has befallen me’. Vitalis Norström and his Intellectual Choices in a Sociology of Philosophy Perspective”, *Ideas in History. Journal of the Nordic Society for the History of Ideas*, vol. 9, n.º 1-2 (2015): 37-64.
- Lundberg, Henrik. “Philosophical Thought and its Existential Basis: the Sociologies of Philosophy of Randall Collins and Pierre Bourdieu”, *Transcultural Studies*, vol. 10, n.º 1 (2014): 119-147.
- Mannheim, Karl. “El problema de las generaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas: REIS*, n.º 62 (1993 [1928]): 193-244. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=766796>
- Marías, Julián. *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente, 1967 [1949].
- Marías, Julián. *Una vida presente. Memorias*. Madrid: Páginas de Espuma, 2008.
- Marichal, Juan. *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana. 1810-1970*. Madrid: Fundación Juan March/Cátedra, 1978.

- Marsal, Juan Francisco (dir.). *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*. Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1970.
- Martín Criado, Enrique. *Producir la juventud*. Madrid: Istmo, 1998.
- Mauerer, Marco. “Historias sobre los humanos: la perspectiva antropológica sobre el mito de Blumenberg”. En *Hans Blumenberg: historia in/conceptual, antropología y modernidad*, editado de Faustino Oncina Coves y Pedro García Durán, 189-204. Valencia: Pre-Textos, 2015.
- Mauger, Gérard. “Préface de la deuxième édition”, “Introduction” y “Postface”. En *Le problème des générations*, de Karl Mannheim. Paris: Armand Colin, 2011 [1990].
- Mauger, Gérard. *Âges et générations*. Paris: La Découverte, 2015.
- Maurois, André. *Aspectos de la biografía*. Santiago de Chile: Ercilla, 1935.
- Mayer, Arno Joseph. *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*. Barcelona: Altaya, 1997.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2011.
- McKenzie, Donald Francis. “Printers of the mind: Some Notes on Bibliographical Theories and Printing-House Practices”, *Studies in Bibliography*, vol. 22 (1969): 7-60.
- McKenzie, Donald Francis. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal, 2005.
- Meglioli, Mauricio. *Los historiadores y sus libros*. Salamanca: Guillermo Escolar Editor, 2021.
- Mehring, Reinhard. “Teoría de la historia después de Nietzsche y Stalingrado”. En *Sentido y repetición en la historia*, de Reinhart Koselleck. Buenos Aires: Hydra, 2013.
- Mejía Macía, Sergio. Reseña de *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, dir. por Javier Fernández Sebastián, *Revista de Estudios Sociales*, n.º 38 (2011): 194-196. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3655184>
- Menton, Seymor. *El cuento hispanoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Mentré, François. *Les Générations sociales*. Paris: Bossard, 1920.
- Mignolo, Walter. *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa, 2007.
- Minogue, Kenneth. “Method in intellectual history: Quentin Skinner *Foundations*”. En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics*, 176-193. Princeton: Princeton University Press, 1988.
- Miravet, Nerea. “¿Cuán nueva es la aceleración contemporánea? Historia conceptual y crítica del tiempo”, *Conceptos históricos*, año 5, n.º 7 (2019): 98-127,

<http://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/papdetrab/article/view/69>

- Momigliano, Arnaldo. "Georges Dumézil y el enfoque trifuncional de la civilización romana". En *De paganos, judíos y cristianos*. Traducido por Stella Mastrangelo. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Monod, Jean-Claude. *La querrela de la secularización. Teología política y filosofías de la historia de Hegel a Blumenberg*. Buenos Aires: Amorrortu, 2015.
- Montes, Catalina. "Introducción". En *Un modelo de caridad cristiana*, de John Winthrop. León: Universidad de León, 1997.
- Moreno Pestaña, José Luis. "Consagración institucional, consagración intelectual, autonomía creativa. Hacia una sociología del fracaso intelectual", *Telos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, vol. 15, n.º 2 (2009):73-107. <http://hdl.handle.net/10347/5379>
- Moreno Pestaña, José Luis. "Ortega, el pasado y el presente de la escolástica", *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, n.º 52, (2015): 67-89. doi: <https://doi.org/10.3989/isegoria.2015.052.03>
- Moreno Pestaña, José Luis. "Un programa para la sociología de la filosofía", *Revista Internacional de Sociología*, vol. 70, n.º 2 (2012): 263-284. doi: <https://doi.org/10.3989/ris.2010.07.05>
- Moreno Pestaña, José Luis. *En devenant Foucault. Sociogenèse d'un grand philosophe*. París: Éditions du Croquant, 2006.
- Moreno Pestaña, José Luis. *Filosofía y Sociología en Jesús Ibáñez. Genealogía de un pensador crítico*. Madrid: Siglo XXI, 2008.
- Moreno Pestaña, José Luis. *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico tras la Guerra Civil*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.
- Moreno Reséndiz, Gerson. "Historia de las palabras (*history of Speech*) o historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*). Qué no es la historia de los conceptos de Koselleck", *Historia y Grafía*, n.º 45 (2015): 135-164. <https://www.revistahistoriaygrafia.com.mx/index.php/HyG/article/view/110/90>
- Mouffe, Chantal. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo y democracia radical*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Mueller, Gert Harald. (1985), "The Notion of Rationality in the Work of Max Weber", *European Journal of Sociology / Archives Européennes de Sociologie*, vol. 20, n.º 1 (1979): 149-171. doi: <https://doi.org/10.1017/S0003975600003374>
- Müller, Ernst. "Historia conceptual interdisciplinar". En *Tradición e innovación en historia conceptual. Métodos historiográficos*, edición de Faustino Oncina, 39-49. Madrid: Biblioteca Nueva, 2019.

- Mulsow, Herausgegeben von Martin y Marcelo Stamm. *Konstellationsforschung*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2005.
- Mulsow, Herausgegeben von Martin. “Qu’est-ce qu’une constellation philosophique? Propositions pour une analyse des réseaux intellectuels”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, vol. 64, n.º 1 (2009): 81-109.
- Myers, Jorge. “Músicas distantes. Algunas notas sobre a história intelectual hoje: horizontes velhos e novos, perspectivas que se abrem”. En *História intelectual latino-americana: itinerários, debates e perspectivas*, org. por Maria Elisa Noronha de Sá. Rio de Janeiro: PUC-Rio, 2016.
- Myers, Jorge. “El epistolario como conversación humanista: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)”, *Políticas de la Memoria*, n.º 15 (verano 2014-2015): 53-69. <https://ojs.politicadela memoria.cedinci.org/index.php/PM/article/view/226>
- Navarrete, César. “Mis fragmentos: José Revueltas, Juan Rulfo y Jaime García Terres. Investigación bibliográfica”, *César Abraham Navarrete Vázquez* (s. f.). <https://cesarnavarretevazquez.wordpress.com/2017/11/16/mis-fragmentos-jose-revueltas-juan-rulfo-y-jaime-garcia-terres-investigacion-bibliografica/>
- Nehuén, Tes. “Juan Rulfo”, *Solo Literatura. Literatura Hispanoamericana* (10 de julio de 2017). <https://sololiteratura.com/juan-rulfo/>
- Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. Madrid: Alianza, 2005.
- Núñez Becerra, Fernanda. *La prostitución y su represión en la Ciudad de México (siglo XIX). Prácticas y representaciones*. Barcelona: Gedisa, 2002.
- Núñez Olguín, Juan Gustavo. “Intelectuales ante el suceso histórico. El golpe de Estado en Chile y la reflexión política de oposición al franquismo en la España de fines de 1973”. *Sociología Histórica*, n.º 2 (2013): 211-237. <https://revistas.um.es/sh/article/view/188991>
- O’Connor, Joseph y Cristina Pacheco. *La luz de México. Entrevistas con pintores y fotógrafos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Oieni, Vicente y Maj-Lis Follér. “La batalla conceptual en América Latina: hacia una historia conceptual de los discursos políticos. Introducción”. *Anales Nueva Época*, n.º 7/8 (2004/2005): 5-11.
- Olsen, Niklas. *History in the Plural. An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*. New York: Berghahn, 2014.
- Oncina Coves, Faustino y Elena Cantarino (eds). *Giros narrativos e historias del saber*. Madrid: Plaza y Valdés, 2013.
- Oncina Coves, Faustino y Pedro García-Durán (eds.). *Hans Blumenberg: historia in/conceptual, antropología y modernidad*. Valencia: Pre-Textos, 2015.



- Oncina Coves, Faustino. “¿Qué significa y para qué se estudia la historia conceptual?”. En *Ilustración, progreso, modernidad*, de Horst Stuke, Reinhart Koselleck y Hans Ulrich Gumbrecht. Madrid: Trotta, 2021.
- Oncina Coves, Faustino. “De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes”, *Historia y Grafía*, n.º 44 (2015): 89-114, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7345680>
- Oncina Coves, Faustino. “Editorial. Derroteros de la historia conceptual”, *Conceptos históricos*, año 5, n.º 7 (2019): 9-16, <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/conhist/article/view/65>
- Oncina Coves, Faustino. “El giro icónico de la memoria: el caso de Reinhart Koselleck”. En *Estética de la memoria*, edición de Faustino Oncina Coves y Elena Cantarino. Valencia: Universitat de València, 2011.
- Oncina Coves, Faustino. “Historia conceptual y crítica: hitos o episodios de una relación nunca consumada”. En *La historia sedimentada en conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*, edición de Faustino Oncina Coves y José Manuel Romero, 3-28. Granada: Comares, 2016.
- Oncina Coves, Faustino. “Historia conceptual y método de las constelaciones”. En *Constelaciones*, dirigido por Faustino Oncina Coves, 11-30. Valencia: Pre-Textos, 2017.
- Oncina Coves, Faustino. “Historia conceptual: ¿Algo más que un método?”. En *Tradición e innovación en historia conceptual. Métodos historiográficos*, edición de Faustino Oncina Coves. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.
- Oncina Coves, Faustino. “La modernidad velociferina y el conjuro de la secularización”. En *Aceleración, prognosis y secularización*, de Reinhart Koselleck, 11-33. Valencia: Pre-Textos, 2003.
- Oncina Coves, Faustino. “Las metáforas de Reinhart Koselleck”. En *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques históricos e historiográficos*, edición de Javier Fernández Sebastián y Faustino Oncina Coves. Valencia: Pre-Textos, 2021.
- Oncina Coves, Faustino. “Nomadismo conceptual y autodeterminación como destino. A modo de introducción”. En *Conceptos nómadas. Autodeterminación*, edición de Faustino Oncina Coves, Nerea Miravet y Héctor Vizcaíno. Valencia: Universitat de València, 2014.
- Oncina Coves, Faustino. *Historia conceptual, Ilustración y Modernidad*. Barcelona/México: Anthropos, UAM, 2009.
- Oncina Coves, Faustino. “Historia in/conceptual y metaforología: método y modernidad”. En *Hans Blumenberg: historia in/conceptual, antropología y modernidad*, edición de Faustino Oncina Coves y Pedro García-Durán, 11-32. Valencia: Pre-Textos, 2015.



- Ortega y Gasset, José. *El tema de nuestro tiempo. Obras Completas*, tomo III, de José Ortega y Gasset, 557-652. Madrid: Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2005 [1923].
- Ortega y Gasset, José. *En torno a Galileo*. En *Obras Completas*, tomo VI, de José Ortega y Gasset, 367-506. Madrid: Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2006 [1947].
- Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas*. Madrid: Austral, 1976.
- Ortega y Medina, Juan Antonio. *El destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*. México: Alianza Editorial Mexicana, 1972.
- Ortega, Francisco, Rafael Acevedo y Pablo Casanova (eds). *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, edición de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova. Santander: G9/UN, 2021.
- Ortega, Francisco. “De conceptos y categorías: el caso de colonia”. En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, edición de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova. Santander: G9/UN, 2021.
- Ortega, Francisco. Reseña de *Diccionario político y social del mundo moderno iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870. Iberconceptos. 10 tomos*, dir. por Javier Fernández Sebastián. Madrid: Fundación Carolina/SECC/CEPC, 2014. *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, vol. 43, n.º 1 (enero-junio de 2016): 432-438. doi: <https://doi.org/10.15446/achsc.v43n1.55081>
- Ortoll, Servando. “Obstáculos en la escritura de Juan Rulfo”, *Signos Literarios*, vol. 11, n.º 22 (2015): 76-121. <https://signosliterarios.izt.uam.mx/index.php/SL/article/view/71>
- Ory, Pascal y Jean Francois Sirinelli. *Los intelectuales en Francia: del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: Universitat de València, 2007.
- Ostrensky, Eunice. “Estudio preliminar”. En *El nacimiento del estado*, de Quentin Skinner. Buenos Aires: Gorla, 2003 [2002].
- Ozuna Castañeda, Mariana. “Epistolaridad del ensayo, ensayismo de la epístola”. En *El ensayo en diálogo I*, coord. Liliana Weinberg. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.
- Pacheco Colín, Ricardo. “Pedro Páramo cumple hoy 50 años”, *Crónica* (19 de marzo de 2005).
- Pacheco, Cristina. *Al pie de la letra. Entrevistas con escritores*. Compilación y prólogo de Mauricio José Sanders Cortés. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

- Palti, Elías José. *¿Las ideas fuera de lugar? Estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana*. Buenos Aires: Prometeo, 2014.
- Palti, Elías José. “El malestar y la búsqueda. Más allá de la historia de las ‘ideas’”. En *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Palti, Elías José. “El malestar y la búsqueda: Sobre las aproximaciones dicotómicas a la historia intelectual latinoamericana”, *Prismas*, vol. 3, n.º 2 (1999): 225-230. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2701>
- Palti, Elías José. “Giro lingüístico” e historia intelectual. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- Palti, Elías José. “Hans Blumenberg y su crítica a la historia conceptual”. En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, edición de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova, 471-494. Santander: G9/UN, 2021.
- Palti, Elías José. “Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje”. En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, edición de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel, 31-59. Santander: Universidad de Cantabria/McGraw-Hill, 2013.
- Palti, Elías José. “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, *Ayer* N.º 53 (2004): 63-74. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1034826>
- Palti, Elías José. “Oscar Terán y la filosofía latinoamericana”, *Cuadernos de filosofía*, n.º 69 (2017): 35-46. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/CdF/article/view/6112/5400>
- Palti, Elías José. “Pensar históricamente en una era postsecular. O del fin de los historiadores después del fin de la historia”. En *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, edición de Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín. Madrid: Siglo XXI, 2008.
- Palti, Elías José. *Mito y realidad de la “cultura política latinoamericana”. Debates en Iberoideas*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.
- Palti, Elías José. *Una arqueología de lo político. Regímenes de poder desde el siglo XVII*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2018.
- Parsons, Talcott. “‘The Intellectual’: a Social Role Category”. En *On Intellectuals: Theoretical Studies, Case Studies*, edición de Philip Rieff. New York: Doubleday & Company, 1969.

- Peocurt Gracia, Juan. "La reconstrucción de la sociología de los intelectuales y su programa de investigación", *Paper*, vol. 101, n.º 3 (2016): 339-361. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5571915>
- Pereira das Neves, Guilherme, Rodrigo Bentes Monteiro y Francine Legelski. "Iber-conceptos, historia conceptual, teoría de la historia - Entrevista a Javier Fernández Sebastián (Parte I)", *Tempo*, vol. 24, n.º 3 (septiembre-diciembre de 2018): 687-700. doi: <https://doi.org/10.1590/TEM-1980-542X2018v240314>
- Pereira, Armando. *La generación de medio siglo: un momento de transición de la cultura mexicana*. México: UNAM, 1997.
- Pernau, Margrit. "Nuevos caminos de la historia conceptual", *Conceptos históricos*, año 5, n.º 8 (2019): 12-47. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/conhist/article/view/75>
- Petersen, Julius. "Las generaciones literarias". En *Filosofía de la ciencia literaria*, edición de Emil Ermatinger. México: Fondo de Cultura Económica, 1984 [1930].
- Petit, Carlos. *Discurso sobre el Discurso*. Madrid: Universidad Carlos III, 2014.
- Pinacchio, Ezequiel. "Sobre el concepto de concepto en Reinhart Koselleck. Entre las condiciones de la historia y la historia de las condiciones", *Conceptos históricos*, año 4, n.º 5 (2018): 48-71. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/conhist/article/view/46>
- Pinder, Wilhelm. *El problema de las generaciones en la Historia del arte de Europa*. Buenos Aires: Losada, 1946 [1926].
- Pinto, Louis (dir.). *Le commerce des idées philosophiques*. Paris: Éditions du Cerf, 2009.
- Pinto, Louis. "(Re)traductions. Phénoménologie et 'philosophie allemande' dans les années 1930", *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, n.º 145 (2002). doi: <https://doi.org/10.3406/arss.2002.2795>
- Pinto, Louis. "L'inconscient scolaire des philosophes", *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 135 (2000). doi: <https://doi.org/10.3406/arss.2000.2700>
- Pinto, Louis. "La dénégation de l'origine. Hermann Cohen, de la sociologie à la philosophie transcendante", *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, n.º 109 (1995). doi: <https://doi.org/10.3406/arss.1995.3153>
- Pinto, Louis. "Le journalisme philosophique", *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 101-102 (1994). doi: <https://doi.org/10.3406/arss.1994.3082>
- Pinto, Louis. *La théorie souveraine. Les philosophes français et la sociologie au xx<sup>e</sup> siècle*. Paris: Le Cerf, 2009.
- Pinto, Louis. *La vocation et le métier de philosophe. Pour une sociologie de la philosophie dans la France Contemporaine*. Paris: Seuil, 2007.

- Pinto, Louis. *Les neveux de Zarathoustra. La réception de Nietzsche en France*. Paris: Seuil, 1995.
- Pinto, Louis. *Les philosophes entre le lycée et l'avant-garde*. Paris: L'Harmattan, 1987.
- Pizzorno, Alessandro. "Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de la elección racional", *Sistema*, n.º 88 (1989): 27-42.
- Pizzorno, Alessandro. *Política absoluta, política sin límites*. Madrid: Postmetropolis, 2019.
- Pocock, John Greville Agard. "Concepts and Discourses: A Difference in Culture? Comment on a Paper by Melvin Richter". En *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, editado por Hartmut Lehmann y Melvin Richter. Washington: German Historical Institute, 1996.
- Pocock, John Greville Agard. "Historia intelectual: un estado del arte", *Prismas*, n.º 5 (2001): 145-173.
- Pocock, John Greville Agard. *El momento maquiavélico: El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid: Tecnos, 2002.
- Pocock, John Greville Agard. *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Traducido por Sandra Chaparro Martínez. Madrid: Akal, 2011.
- Pocock, John Greville Agard. *Political Thought and History. Essays on Theory and Method*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.
- Pocock, John Greville Agard. *Virtud, comercio e historia. Ensayos sobre el pensamiento político e historia en el siglo XVIII*. Bogotá: Temis, 2018.
- Polgovsky Ezcurra, Mara. "La historia intelectual latinoamericana en la era del 'giro lingüístico'", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (2010). doi: <http://dx.doi.org/10.4000/nuevomundo.60207>
- Portal, Marta. *Proceso narrativo de la Revolución mexicana*. Madrid: Espasa-Calpe, 1980.
- Real Academia Española (RAE). *Diccionario de la Lengua Española*, T1 y T2. Madrid, 2001.
- Reguera Mateo, Marcos. "El imperio de la democracia en América: John L. O'Sullivan y la formación del concepto de Destino Manifiesto". Tesis doctoral: Universidad del País Vasco, 2020. <https://addi.ehu.es/handle/10810/48201>
- Reichardt, Rolf y Eberhard Schmitt (eds.). *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich 1680-1820*. Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 1985.
- Remón Rodríguez, Ana, Rosa María Toribio Ruiz y Francisco Vázquez García. *De la prostitution dans la ville de Paris... Par Alexandre Parent-Duchâtelet. Paris, 1857*. Cádiz: Universidad de Cádiz, Biblioteca, 2015. <https://rodin.uca.es/xmlui/handle/10498/17219>

- Richter, Melvin. *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction*. New York: Oxford University Press, 1995.
- Ricoeur, Paul. "Identidad narrativa". En *Sujeto y relato. Antología de textos teóricos*, compilado por María Stoopén. México: UNAM, 2009.
- Ricoeur, Paul. *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI, 2006.
- Riding, Alan. *Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis*. Traducido por Carlos Andreu. Barcelona: Crítica, 2012.
- Ríos Gordillo, Carlos Alberto. "En los orígenes de la historia comparativa. Campos de transferencias y circulación de saberes, siglos XIX y XX". *Revista de Historia*, n.º 181 (agosto 2022): 1-26.
- Ríos Gordillo, Carlos Alberto. *Las formas de la comparación: Marc Bloch y las ciencias humanas. Ensayo de morfología e historia*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Siglo XXI/Anthropos, 2016.
- Ritchie, Donald, Holly Cowan Shulman, Richard S. Kirkendall y Terry L. Birdwhistell. "Interviews as historical evidence: a discussion of new standards of documentation and access". *The History Teacher*, vol. 24, n.º 2 (feb. 1991): 223-238. doi: <https://doi.org/10.2307/494127>
- Ritter, Joachim, Karlfried Gründer y Gottfried Gabriel. *Historisches Wörterbuch der Philosophie*. Basel: Schwabe Verlag, 1971-2007.
- Rivera Garza, Cristina. "The Masters of the Streets. Bodies, Power and Modernity in Mexico, 1867-1930". Tesis doctoral: University of Houston, 1995. <https://searchworks.stanford.edu/view/6727200>.
- Rivera Mir, Sebastián. "Folletos para la educación socialista en México (1934-1940)", *Amoxtli. Historia de la Edición y la Lectura*, n.º 6 (2021): 1-25. <https://revistas.uft.cl/index.php/amox/article/view/135/162>
- Roig, Arturo Andrés. "La 'historia de las ideas' cinco lustros después", *Revista de Historia de las Ideas* (edición facsimilar), n.º 1-2 (1984).
- Roldán Vera, Eugenia. *Libros, negocios y educación. La empresa editorial de Rudolph Ackermann para Hispanoamérica en la primera mitad del siglo XIX*. Bogotá: Universidad del Rosario-Universidad Javeriana-UAM Cuaajimalpa, 2022.
- Romero, José Manuel. "El diagnóstico de la modernidad en la historia conceptual de R. Koselleck". En *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, edición de Faustino Oncina Coves. Barcelona: Herder, 2010.
- Rosa, Harmut. "Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada", *Persona y Sociedad*, vol. 25, n.º 1 (2011): 9-49. doi: <https://doi.org/10.53689/pys.v25i1.204>
- Rosanvallon, Pierre. "La historia de la palabra 'democracia' en la época moderna", *Estudios políticos*, n.º 28 (2006): 9-28. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/1329>

- Rulfo, Juan. "El desafío de la creación", *Revista de la Universidad de México*, n.º 2-3 (1980): 15-17.
- Rulfo, Juan. *El Gallo de Oro y otros relatos*. México: RM/Fundación Juan Rulfo, 2018.
- Rulfo, Juan. *El Llano en Llamas*. México: RM, 2017.
- Sacks, Kenneth S. *Understanding Emerson. The American Scholar and His Struggle for Self-Reliance*. Princeton: Princeton University Press, 2003.
- Salinas, Adela. *Primero Dios. Los escritores mexicanos hablan de sus amores, odios, peleas y reconciliaciones con la divinidad*. México: Colibrí, 1999.
- Sánchez Hernández, Paloma. "Los diccionarios onomasiológicos en español: el Diccionario ideológico de Julio Casares", *Semas*, vol. 1, n.º 1 (2020): 65-84. <https://semas.uaq.mx/index.php/ojs/article/view/4>
- Sánchez León, Pablo y Jesús Izquierdo Martín. "Conocimiento, poder e identidad en los historiadores sociales españoles". En *Clásicos de historia social en España. Una selección crítica*, comp. por Jesús Izquierdo y Pablo Sánchez León. Valencia: Historia Social, 2000.
- Sánchez León, Pablo y Jesús Izquierdo Martín. "Orden absolutista y conflicto agrario: una interpretación institucional de la 'venta de baldíos' bajo el reinado de Felipe II". En *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, 345-367. Madrid: Parteluz, III, 1999.
- Sánchez León, Pablo y Jesús Izquierdo Martín. "Racionalidad sin utilitarismo: la caza y sus conflictos en el Escorial durante el Antiguo Régimen", *Historia Agraria: revista de agricultura e historia rural*, n.º 24 (2001): 123-151. <http://hdl.handle.net/10234/130947>
- Sánchez León, Pablo. "'People', 'Plebs' and the Changing Boundaries of the Political: Asymmetrical Counter-Concepts at the Origins of Spanish Democratic Discourse, 1750-1875". En *Beyond 'Hellenes' and 'Barbarians': Counter-Concepts and Conceptual Asymmetries in European Discourse*, edición de Kirill Postoutenko. New York: Berghahn Books, 2022.
- Sánchez León, Pablo. "Erradicar la ciudadanía: 1936 más allá de una guerra civil". En *La guerra que nos han contado y la que no. Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI*, de Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín, 305-380. Madrid: Postmetropolis, 2017.
- Sánchez León, Pablo. "Eva fuimos todas. La identidad de la historiadora de género". En *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, edición de Silvia Tubert, 161-213. Madrid: Cátedra, 2003.
- Sánchez León, Pablo. "La constitución histórica del sujeto comunero: orden absolutista y lucha por la incorporación estamental en las ciudades de Castilla, 1350-1520". En *En torno a las Comunidades de Castilla*, coord. por Fernando Martínez Gil. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2002.



- Sánchez León, Pablo. *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*. Madrid: Siglo XXI, 1998.
- Sánchez León, Pablo. *De plebe a pueblo. La participación política popular y el imaginario de la democracia en España, 1766-1868*. Barcelona: Bellaterra, 2022.
- Sánchez León, Pablo. *Exterminables sin deliberación: cómo estudiar las matanzas de civiles en la destrucción de la república democrática española*. Madrid: Postmetropolis, 2020.
- Sánchez León, Pablo. *Historia ciudadana. Recontar lo común político que heredamos*. Madrid: Postmetropolis, 2023.
- Sánchez Román, José Antonio. Reseña de *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750-1850. (Iberconceptos I)*, dir. por Javier Fernández Sebastián, *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, n.º 23 (2010): 332-336. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=420406>
- Sapiro, Gisèle. *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*. Córdoba: Eduvim, 2017.
- Scherer García, Julio. *Entrevistas para la historia*. México: Proceso, 2015.
- Schettino, Macario. *Cien años de confusión. México en el siglo xx*. México: Taurus, 2007.
- Schmidt-Welle, Friedhelm (coord.). *La historia intelectual como historia literaria*. México: El Colegio de México/Cátedra Guillermo y Alejandro von Humboldt, 2015.
- Schmieder, Falko. “Las metáforas de la historia y su historia. Una confrontación con Reinhart Koselleck”. En *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques históricos e historiográficos*, edición de Javier Fernández Sebastián y Faustino Oncina Coves, 95-120. Valencia: Pre-Textos, 2021.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza, 1980 [1932].
- Schorske, Carl. *La Viena de fin de siglo: política y cultura*. Traducido por Silvia Jawerbaum y Julieta Barba. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- Schuessler, Michael. “Margaret Shedd y el Centro Mexicano de Escritores: el extraño caso de Juan Rulfo y la CIA”, *Nexos* (4 de marzo de 2017). <https://cultura.nexos.com.mx/?p=12271>
- Schwandt, Silke. “Métodos digitales para la semántica histórica. Tras el rastro de los conceptos en corpus digitales”, *Conceptos históricos*, año 5, n.º 8 (2019): 160-196. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/conhist/article/view/79>
- Schwarz, Roberto. “As idéias fora do lugar”, *Estudos CEBRAP*, n.º 3 (1973): 1-17.



- Schwarz, Roberto. "Las ideas fuera de lugar: algunas aclaraciones cuatro décadas después", *Políticas de la Memoria*, n.º 10/11/12 (2009/2011): 25-28, <https://ojs.politicasdela memoria.cedinci.org/index.php/PM/article/view/254>
- Schwob, Marcel. *Vidas imaginarias*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1986.
- Scotford Archer, Margaret. "Homo economicus, Homo sociologicus and Homo sentiens". En *Rational Choice Theory: Resisting Colonization*, edición de Margaret Scotford Archer y Jonathan Quetzal Tritter, 36-57. London & New York: Routledge, 2000.
- Servín, Elisa. *Del nacionalismo al neoliberalismo, 1940-1994*. México: CIDE, 1994.
- Simal, Juan Luis. Reseña de *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870 (Iberconceptos-II)*, dir. por Javier Fernández Sebastián. Madrid: Universidad del País Vasco/CEPC, 2014. *Historia y Política*, n.º 33 (enero-junio de 2015): 335-371. <https://bit.ly/3zApZ9h>
- Sirinelli, Jean-François. "The Concept of an Intellectual Generation". En *Intellectuals in Twentieth-Century France. Mandarins and Samurais*, edición de Jeremy Jennings, 82-93. London: Palgrave Macmillan, 1993.
- Skinner, Quentin. "Historia intelectual y acción política: retórica, libertad y republicanismo. Una entrevista con Quentin Skinner", entrevista por Javier Fernández Sebastián, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n.º 16 (2006): 237-260. <https://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp/article/view/44596>
- Skinner, Quentin. "Interpretación y comprensión en los actos de habla". En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, edición de Enrique Bocardo Crespo. Madrid: Tecnos, 2007 [1988].
- Skinner, Quentin. "La libertad de las repúblicas: ¿un tercer concepto de libertad?", *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*, n.º 33 (2005): 19-49. doi: <https://doi.org/10.3989/isegoria.2005.i33.417>
- Skinner, Quentin. "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *History and Theory*, vol. 8, n.º 1 (1969): 3-53. doi: <https://doi.org/10.2307/2504188>
- Skinner, Quentin. "Motivos, intenciones e interpretación". En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, edición de Enrique Bocardo Crespo. Madrid: Tecnos, 2007 [1972].
- Skinner, Quentin. "Significado y comprensión en la historia de las ideas". En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner*, edición de Enrique Bocardo Crespo, 63-108. Madrid: Tecnos, 2007 [1972].
- Skinner, Quentin. "The context of Hobbes's theory of political thought". En *Hobbes and Rousseau: A Collection of Critical Essays*, edición de Maurice Cranston y Richard Stanley Peters, 109-142. New York: Anchor Books, 1972.

- Skinner, Quentin. *La Libertad antes del liberalismo*. México: Centro de Investigación y Docencia Económica / Taurus, 1998.
- Skinner, Quentin. *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. 2 vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Skinner, Quentin. *The foundations of modern political thought (I, II)*. Cambridge: Cambridge University Press, 1978.
- Skinner, Quentin. *Visions of Politics. Volume I. Regarding Method*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- Skinner, Quentin. “La idea de libertad negativa: perspectivas filosóficas e históricas”. En *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*, comp. por Richard Rorty, Jerome Borges Schneewind y Quentin Skinner. Barcelona: Paidós, 1990 [1984].
- Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Fundación Carolina y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. *Programa del II Congreso Internacional El lenguaje de la libertad en Iberoamérica Conceptos políticos en la era de las independencias*. Madrid: Grupo Santander, Universidad del País Vasco, Secretaría General Iberoamericana, 23-25 de septiembre de 2009. [https://iberconceptos.es/?page\\_id=201](https://iberconceptos.es/?page_id=201)
- Soulié, Charles. “Anatomie du goût philosophique”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 109 (1995). doi: <https://doi.org/10.3406/arss.1995.3151>
- Soulié, Charles. “Apprentis philosophes et apprentis sociologues”, *Sociétés contemporaines*, n.º 21 (1995). doi: <https://doi.org/10.3406/socco.1995.1421>
- Soulié, Charles. “Histoire du département de philosophie de Paris VIII. Le destin d’une institution d’avant-garde”, *Histoire de l’éducation*, n.º 77 (1998): 47-69. doi: <https://doi.org/10.3406/hedu.1998.2941>
- Soulié, Charles. “Profession philosophe”, *Genèses*, n.º 26 (1997). doi: <https://doi.org/10.3406/genes.1997.1434>
- Souto Kustrín, Sandra. “Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis”, *Historia Actual Online*, n.º 13 (2007): 171-192. doi: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2479343>
- Steinmetz, Willibald, Michael Freeden y Javier Fernández Sebastián (eds). *Conceptual History in the European Space*. New York/Oxford: Berghahn Books, 2019.
- Stuke, Horst, Reinhart Koselleck y Hans-Ulrich Gumbrecht. *Ilustración, progreso, modernidad*. Madrid: Trotta, 2021.
- Sujon, Zeotanya. *The Social Media Age*. London: Sage, 2021.
- Tabet, Simon. “Del proyecto moderno al mundo líquido. Conversación con Zygmunt Bauman”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 62, n.º 230 (2017): 287-304. doi: [http://dx.doi.org/10.1016/S0185-1918\(17\)30025-9](http://dx.doi.org/10.1016/S0185-1918(17)30025-9)

- Talavera, Juan Carlos. "Autores revisan la obra 'Pedro Páramo', de Juan Rulfo", *Excelsior* (01/09/2015). <https://www.excelsior.com.mx/expresiones/2015/09/01/1043261>
- Tarcov, Nathan. "Quentin Skinner method and Machiavelli's *Prince*". En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics*, edición de James Tully, 194-203. Princeton: Princeton University Press, 1988.
- Tarcus, Horacio. "Una invitación a la historia intelectual. Palabras de apertura del II Congreso de Historia Intelectual de América Latina", *Pléyade*, n.º 15 (2015): 9-25. <https://www.revistapleyade.cl/index.php/OJS/article/view/146>
- Tarcus, Horacio. *La biblia del proletariado. Traductores y ediciones de El Capital*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2018.
- Tarcus, Horacio. *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Temperley: Tren en Movimiento, 2020.
- Tarrow, Sydney. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza, 1997.
- Taylor, Charles. *Imaginario social moderno*. Barcelona: Paidós, 2006.
- Taylor, Charles. *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós, 1996.
- Terán, Óscar. *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- Touraine, Alain. *Crítica de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Trebitsch, Michel y Marie-Christine Granjon. *Pour une histoire comparée des intellectuels*. Paris: Complexe/IHTP-CNRS, 1998.
- Tully, James. "The pen is a mighty sword: Quentin Skinner's analysis of politics". En *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics*, edición de James Tully, 7-25. Princeton: Princeton University Press, 1988.
- Ueding, Gert. *Historisches Wörterbuch der Rhetorik*. Berlin: De Gruyter, 1992-2014.
- Universidad de Guadalajara. "El grito de Guadalajara' de Plutarco Elías Calles (1934)", *Enciclopedia histórica y biográfica de la Universidad de Guadalajara. Desarrollo histórico (1925-1934)*, tomo IV, coord. por Juan Real Ledezma (Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara, 2017). <http://enciclopedia.udg.mx/articulos/el-grito-de-guadalajara-de-plutarco-elias-calles-1934>
- Valencia Venegas, Luis Enrique. "Los intelectuales y el poder en México. El caso de Lorenzo Meyer y Héctor Aguilar". Tesis de licenciatura, UAEM, 2016, 2. <http://ri.uaemex.mx/handle/20.500.11799/65116>
- Van Dijck, José. *La cultura de la conectividad: una historia crítica de las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2016.

- Vanegas Isidro. “La fuga imaginaria de Germán Colmenares”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 42, n.º 1 (2015): 275-307.
- Vattimo, Gianni. *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Barcelona: Gedisa, 1987.
- Vázquez García, Francisco. *Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968-1985)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2014.
- Vázquez García, Francisco. *La filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*. Madrid: Abada, 2009.
- Vázquez García, Francisco. *La sociología como crítica de la razón*. Barcelona: Montesinos, 2000.
- Vázquez, Francisco e Ildefonso Marqués. “Sociología del campo filosófico español entre el franquismo y la Transición democrática. Una validación cuantitativa”, *Revista de Investigaciones Sociológicas*, vol. 73, n.º 3 (2015). doi: <http://dx.doi.org/10.3989/ris.2015.73.3.e021>
- Vernant, Jean-Pierre. *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Traducido por Juan Diego López Bonillo. Madrid: Ariel, 2001 [1965].
- Vidal-Naquet, Pierre. *Los asesinos de la memoria*. Traducido por León Mames. México: Siglo XXI, 1994.
- Vierhaus, Rudolf. “Formación (Bildung)”, *Revista Educación y Pedagogía* vol. xiv, n.º 33 (2002): 7-68.
- Villacañas, José Luis y Faustino Oncina Coves. “Introducción”. En *Historia y hermenéutica*, de Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer. Barcelona: Paidós, 1997.
- Villacañas, José Luis y Faustino Oncina Coves. “Referencias bibliográficas”. En *Historia y hermenéutica*, de Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, 55-62. Barcelona: Paidós, 1997.
- Villacañas, José Luis. “Koselleck: esbozos teóricos”. En *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, de Reinhart Koselleck. Madrid: Escolar y Mayo, 2013.
- Villacañas, José Luis. *Kant en España. El neokantismo en el siglo XIX*. Madrid: Verbum, 2006.
- Vital, Alberto. “Juan Rulfo”, *Enciclopedia de la Literatura en México*. 15 de octubre de 2018.
- Wasserman, Fabio (coord.). *El mundo en movimiento: El concepto de revolución en Iberoamérica y el Atlántico norte (siglos XVII-XX)*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2019.
- Wasserman, Fabio (ed.). *Tiempos críticos: historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano: siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires: Prometeo, 2020.

- Wasserman, Fabio. "Temporalidad e historia conceptual: la experiencia de Iberconceptos". En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica. Trayectorias e incursiones*, edición de Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Santander: Genuève Ediciones, 2021.
- Weber, Max. *Economía y sociedad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Winock, Michel. *El siglo de los intelectuales*. Traducido por Ana Herrera. Madrid: Edhasa, 2010.
- Winthrop, John. *The Journal of John Winthrop 1630-1649*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 1996.
- Wittgenstein, Ludwig. *Investigaciones filosóficas*. Traducido por Alfonso García Suárez y Ulises Moulines. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas UNAM, 1988.
- Zamora Bonilla, Javier. *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza y Janés, 2001.
- Zaret, David. *Origins of Democratic Culture: Printing, Petitions, and the Public Sphere in Early-Modern England*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Zeitlin, Maurice. *The Civil Wars in Chile, or the Bourgeois Revolutions that Never Were*. Princeton: Princeton University Press, 1984.
- Zepeda, Jorge. "Centenario de Juan Rulfo: cómo el escritor mexicano más traducido se consagró con un puñado de páginas", *BBC Mundo*, 16 de mayo de 2017. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-39930834>
- Zepeda, Jorge. *La recepción inicial de Pedro Páramo (1955-1963)*. México: Fundación Juan Rulfo/RM, 2005.
- Zermeño Padilla, Guillermo. "Sobre la condición postnacional en la historiografía contemporánea: el caso de *Iberconceptos*". En *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, edición de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel. Santander: Editorial de la Universidad de Cantabria; Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España, D. L. 2013.
- Zermeño, Guillermo. "El cronotopo moderno de la historia y su crisis actual". En *Tiempos críticos: historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano: siglos XVIII y XIX*, edición de Fabio Wasserman. Buenos Aires: Prometeo, 2020.
- Zermeño, Guillermo. *Historias conceptuales*. México: El Colegio de México, 2017.



Este libro se terminó de editar e imprimir  
en el mes de diciembre del 2024, en  
Bogotá, Colombia.





Este libro es el resultado de un profundo proceso de aprendizaje y reflexión en torno a la historia intelectual, desarrollado en el Seminario de Metodologías para la Historia Intelectual y la Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana Cuajimalpa. A través de una colaboración internacional, los autores y editores han tejido un diálogo colectivo que cruza fronteras disciplinarias y geográficas. Lejos de ser un manual didáctico tradicional, esta obra propone una mirada entre bastidores hacia las prácticas y herramientas que configuran el campo de la historia intelectual. Los lectores encontrarán aquí un mapa de las principales corrientes, conceptos clave y enfoques metodológicos que permiten entender cómo se articulan las investigaciones en este vasto terreno. En sus tres secciones, el libro ofrece una introducción a las escuelas y tradiciones más relevantes, desglosa herramientas operativas para la investigación y explora experiencias interdisciplinarias que invitan a reflexionar sobre los límites y posibilidades del campo. Es una obra esencial para quienes, desde la curiosidad y el rigor, buscan comprender las estructuras que sostienen el pensamiento intelectual en su complejidad. Una invitación a aprender, debatir y construir colectivamente una mirada profunda y didáctica sobre la historia intelectual.

ISBN: 978-628-7760-17-2



9 786287 760172 2